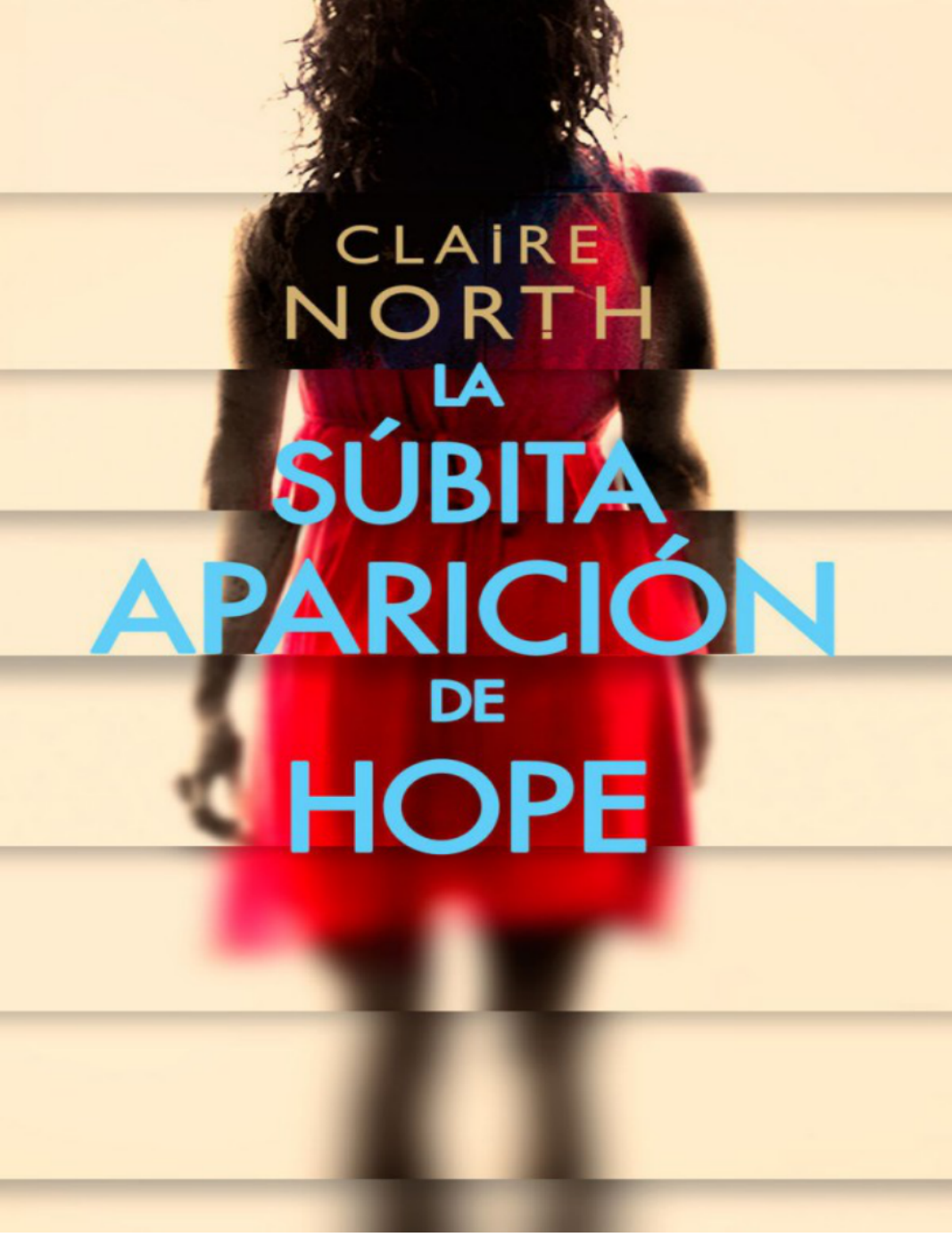
CLAIRE
NORTH
LA
SÚBITA
APARICIÓN
DE
HOPE

LA SÚBITA APARICIÓN DE HOPE

Claire North

LA SÚBITA APARICIÓN DE HOPE

Editorial Hidra

www.editorialhidra.com

CAPÍTULO 1

Dijeron, en el momento de su muerte, que lo único que escucharon fueron los gritos.

Emborrono con tinta esta hoja en blanco, veo el mundo pasar a través de las ventanillas del tren, nubes grises sobre Escocia. Y aunque los gritos continúan, no me molestan. Ya no.

Escribo esto para que me recuerden. ¿Me juzgarás al leer esto? ¿Quién eres tú? ¿Mentiroso, embustero, amante, ladrón, marido, esposa, madre, hija, amigo, enemigo, policía, médico, profesor, niño, asesino, sacerdote? Seas quien seas, casi siento más interés por ti que por mí misma.

Seas quien seas: aquí tienes mis palabras.

Aquí tienes mi verdad.

Presta atención y acuérdate de mí.

CAPÍTULO 2

El mundo empezó a olvidarme cuando cumplí dieciséis años.

Fue un proceso lento, progresivo.

Mi padre, olvidándose de llevarme en coche a la escuela.

Mi madre, poniendo la mesa para tres en lugar de para cuatro.

—Huy —dijo, cuando me vio entrar—. Debí de pensar que comías fuera.

Una profesora, la señorita Tomas —la única que se preocupaba de verdad por sus alumnos, la única que tenía fe en ellos y en su futuro —, empezó a olvidarse de reclamar mis deberes, de hacer preguntas, de escuchar mis respuestas... Al final, dejé de molestarme en levantar la mano.

Mis amigos, cinco en total, eran una pieza clave en mi vida. Siempre estaba con ellos, hasta que un día se sentaron en otra mesa. Sin dramatismos, sin mandarme a la mierda, simplemente porque al mirarme vieron a una extraña.

Una disociación entre nombre y rostro al procesar mi imagen. Se acuerdan de mi nombre, pero el vínculo está roto. ¿Qué es Hope Arden? Un garabato de tinta que no tiene pasado. Ya no.

Primero se te olvida mi cara, después mi voz, y, por último, poco a poco, olvidas las consecuencias de mis actos. Le pegué un bofetón a Alan, mi mejor amigo, el día que se olvidó de mí. Salió corriendo de la habitación, horrorizado, y yo salí corriendo tras él, avergonzada y arrepentida. Cuando lo alcancé, estaba sentado en el pasillo del ala de ciencias frotándose la mejilla:

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí —respondió—. Solo me duele un poco la cara.

—Lo siento.

—Tranquila, tú no tienes la culpa.

Me miró como si fuera una extraña, pero sus ojos se llenaron de lágrimas mientras hablaba. ¿Qué recordaba, entonces? A mí no, no a Hope Arden, la chica con la que había crecido. Tampoco recordaba el impacto de mi mano contra su rostro, ni las cosas que le grité: «Recuérdame, recuérdame». Su dolor estaba remitiendo, llevándose el recuerdo consigo. Alan experimentó tristeza, rabia, miedo; pude ver como esas emociones centelleaban en sus ojos, pero ¿de dónde provenían? Alan no fue consciente, pero el recuerdo que tenía de mí se desmoronó como un castillo de arena ante la acometida del mar.

CAPÍTULO 3

El mundo empezó a olvidarme cuando cumplí dieciséis años.

Pero esta historia no trata del olvido.

A medida que se desvanecían los recuerdos sobre mí, también lo hizo una parte de mi ser. Quienquiera que fuera esa Hope Arden que se reía con sus amigos, sonreía a su familia, coqueteaba con su novio, se quejaba de su jefe o se divertía con sus compañeros, dejó de existir. Y me sorprendió mucho descubrir lo poquito que quedó de mí una vez que esas cosas desaparecieron.

Las palabras impresas son la única parte de mi ser que puede ser recordada, y si voy a escribir algo que permanezca aunque yo ya no esté, tendrá que ser una historia relevante.

Que sea, entonces, una historia sobre Perfección.

Para ti, comienza en Venecia. Aquella fue, sin duda, la primera vez que el mundo fue consciente de lo que estaba pasando. Pero para mí, y para el papel que iba a desempeñar en ella, la historia comenzó antes, en Dubái, el día que Reina bint Badr al-Mustafki se suicidó en su habitación de la séptima planta del hotel Burj al Arab Jumeirah.

Como la habitación costaba 830 libras la noche —y como se trataba claramente de un suicidio, y, por tanto, de algo impropio de una persona de su categoría—, el cuerpo fue sacado a toda prisa por la puerta de personal pocas horas después de que lo encontraran. Enviaron a una limpiadora nepalí para que refrotara las manchas más aparatosas, aunque Reina había tenido la deferencia de cortarse la arteria femoral en una bañera de agua caliente, de manera que solo hizo falta quemar unas cuantas toallas y la alfombrilla del baño.

Me enteré de que estaba muerta porque su prima, Leena, no paró de gritar. No lloró, se limitó a pegar gritos. Más tarde, cuando relataba lo ocurrido, Leena no empleaba la frase: «Mi prima Reina se ha suicidado por esto, por esto y por esto», sino más bien: «Mi prima Reina se ha suicidado, no sabes lo mal que lo estoy pasando.»

Leena no me caía demasiado bien. Tal vez por eso me resultó tan fácil robarle.

Reina sí que era una buena persona. Ella no sabía que éramos amigas, pero da igual. Esas cosas ya no me importan.

Me colé en la morgue a la que trasladaron el cuerpo de Reina. Un nombre falso figuraba en la etiqueta que llevaba prendida del dedo gordo del pie y su piel estaba tan pálida como la camilla de acero sobre la que estaba tendida. Rebusqué entre la ropa que le habían quitado, hojeé un cuaderno donde anotaba ideas curiosas e impresiones sobre la gente con la que se cruzaba, y allí encontré una descripción mía: «Mujer, su piel es como una gota de leche vertida en

el café: oscura, diluida. Pañuelo rosa en la cabeza, uñas muy recortadas, camina con la cabeza alta, con un bolso en la mano izquierda, mira a todo el mundo sin reparos, no le importa que la gente se quede mirándola».

Cogí el cuaderno, lo presioné contra mi pecho y después me lo guardé en el bolsillo. Era un tesoro que debía mantener a salvo.

Su móvil estaba metido en una bolsa de plástico transparente junto con sus zapatos, y resultó fácil averiguar el código de desbloqueo gracias a los restos de grasa que habían dejado sus dedos al deslizarlos por la pantalla. Lo saqué y me senté en las escaleras de la morgue, bajo la ardiente penumbra, para revisar mensajes y correos electrónicos en busca de alguna crueldad o de un grito de socorro que explicara por qué el cadáver de Reina se encontraba allí.

Si me topé con Perfección fue solo porque apareció una notificación.

Han pasado cuarenta y ocho horas desde que fuiste por última vez al gimnasio. ¡El cuerpo perfecto no se consigue por arte de magia!

Una *app,* que funcionaba en segundo plano en su teléfono.

Ten cuidado con lo que compras hoy: ¡esa última compra cubrió tus niveles diarios recomendados de grasas saturadas! ¿Sabías que las grasas saturadas son una de las principales causas de los problemas cardíacos?

¿Qué narices era esa aplicación?
La abrí, con curiosidad.

Alcanza la perfección.

La interfaz era sencilla, minimalista. No había complementos ni posibilidades de personalizarla.

La perfección es real. La perfección te espera.

Se me acercó un policía y me preguntó si me había perdido. Apagué el móvil, me lo guardé en el bolsillo, sonreí y le dije que no, que solo me había mareado un poco.

El policía me dijo, con voz suave y serena:

—Cualquier aflicción humana que puedas experimentar, ya ha sido experimentada por otros seres humanos, y también lo harán los que todavía están por llegar. Es imposible estar preparado para ello, es imposible aplacar el dolor. Pero, por si te sirve de algo, debes saber que la humanidad entera, ya sea presente, pasada o futura, está aquí contigo, a tu lado.

Sonreí, le di las gracias y me fui corriendo antes de que me viera romper a llorar.

Aquella misma noche, tumbada boca abajo en la habitación del hotel, me registré en Perfección.

Introduje un nombre falso y una dirección de correo inoperativa que abrí apresuradamente en una cafetería.

Por registrarme, gané automáticamente quinientos puntos: suficientes para obtener un descuento de cinco dólares en una bebida energética de una marca patrocinadora. La aplicación comprobó mi localización a través del dispositivo, determinó mi ubicación con un margen de error de cinco metros y localizó una tienda de alimentación saludable a una distancia de setecientos metros donde podría canjear el vale.

Avanza más deprisa, vincula tu vida.

Me pidió una foto mía. Subí la de una desconocida, que encontré en Facebook.

En ese momento, la aplicación me aseguró que tenía un cuerpo estupendo, pero que podía perfeccionarse.

Plantéate cambiar de dieta. Aquí tienes unos consejos.

¡Encuentra el ejercicio perfecto para ti!

Un cuestionario. Lo rellené y me informó de que el ejercicio perfecto para mí era el atletismo de media distancia. La aplicación me proporcionó una lista de entrenadores apropiados junto con los puntos que conseguiría si me inscribía en alguno de los clubes certificados por Perfección.

Vincula tu vida, me recordó. Alcanza la perfección.

Me pidió mis datos bancarios.

Al concedernos acceso a tus gastos y tus registros financieros,
Perfección podrá hacer un análisis más exacto de tu verdadero yo.
Perfecciona tus hábitos y tu estilo de vida con consejos personalizados para ti.

Me negué a introducir los datos, y cuando volví a abrir la aplicación a la mañana siguiente, había perdido doscientos puntos.

La perfección requiere esfuerzo, decía. El poder está en tu interior.

Cerré la aplicación y restringí sus permisos en mi móvil.

CAPÍTULO 4

Cosas que resultan difíciles cuando el mundo se olvida de ti:

- Ligar
- Encontrar trabajo
- Recibir atención médica continuada
- Conseguir un préstamo
- Conseguir un título académico
- Conseguir referencias
- Que te atiendan en los restaurantes

Cosas que resultan fáciles cuando el mundo se olvida de ti:

- Asesinatos
- Robos
- Espionaje
- Delitos menores
- Polvos de una noche sin complicaciones (pero con condón)
- No dejar propina

Durante un tiempo, después de que el mundo se olvidara de mí, me planteé la posibilidad de convertirme en asesina a sueldo. Me imaginaba vestida con un mono de cuero, abatiendo a mis objetivos con un rifle de francotirador y con mi melena oscura ondeando al viento. Ningún poli podría atraparme, nadie conocería mi nombre. Tenía dieciséis años y un concepto bastante peculiar de lo que era «guay».

Entonces, me puse a investigar un poco y descubrí que se podía concertar un asesinato por 5.000 dólares, y que la mayoría de la gente que trabajaba en ese campo eran hombres despiadados con chándales de nailon. No había, casi con toda seguridad, mujeres que vertieran ampollas de veneno en la bebida de sus víctimas, ni cócteles donde los espías intercambiaran informaciones en clave, ni diosas de la muerte, ni mujeres misteriosas. Solo un destello de brutalidad en la penumbra y el olor de las llantas sobre el asfalto.

Más tarde, mientras me acurrucaba en mi saco de dormir bajo las escaleras de la biblioteca, cerré los ojos y me pregunté por qué había llegado a la conclusión de que el asesinato era algo aceptable. En mi delicada situación, privada de familia y esperanza, sabía que el crimen sería mi única salida para sobrevivir, pero ¿significaba eso que la vida humana había dejado de ser sagrada para mí? Me imaginé matando a

un desconocido y me pareció más fácil que matar a un amigo. Después me dormí y soñé con hombres que me golpeaban sin que yo pudiera devolverles los golpes; tenía el brazo paralizado, me sentía desfallecida.

«Hazlo, hazlo, hazlo» , chillaba mi mente dormida. *«¡Hazlo! ¡Hazlo! ¡HAZLO!»*

Pero seguí sin poder moverme, y cuando desperté a la mañana siguiente, descubrí que alguien se había meado en un extremo de mi saco de dormir.

CAPÍTULO 5

¿Tienes Perfección?

Recuerdos. ¿Necesito explicar lo que pasó antes para hacerme entender? Tal vez. Hay una palabra que Reina empleaba a veces: peregrinaje.

Peregrinaje: un viaje emprendido por motivos elevados.

Un acto sagrado.

Y una vez más, una búsqueda en Google: *Peregri-naje es...*

- algo desfasado
- una pérdida de tiempo y de dinero
- una tradición que no debería perderse

¿Tienes Perfección?, preguntó ella. ¿Dónde ocurrió aquello?

En Dubái, unos días antes de la muerte de Reina. Un hotel construido en una isla artificial: el Burj al Arab Jumeirah. Cuando entré, un hombre me dio una toallita de manos humedecida, una mujer me ofreció dátiles en un plato dorado, y el recepcionista me preguntó si quería usar uno de los Bentleys del hotel. Por 650 libras podías alojarte durante una noche en la habitación más barata del hotel. Aunque, por tan poco dinero, que no te extrañase que tu mayordomo privado fuera un poco antipático o que no tuvieras acceso a la sala VIP. ¿Es aquí donde comienza la historia? Creo que sí.

—¿Tienes Perfección? —preguntó Leena, y, detrás de ella, Reina suspiró—. El director ejecutivo va a venir a Dubái, aquí tenemos un mercado financiero boyante. Cuesta creer que una empresa como esa necesite inversores, pero Perfección se va a convertir en algo global, va a ser un éxito, lo sé, ¡me ha cambiado la vida! ¡Y me voy a someter a los tratamientos!

Cinco mujeres sentadas en los sofás de un spa, un mar azul como el firmamento y un cielo de mediodía blanco como la luna de medianoche, asomados a los ventanales que rodeaban la estancia. Bebidas multicolores servidas por mujeres bangladesíes con sonrisas radiantes y la cabeza agachada en señal de respeto. De las cinco mujeres a las que nos sirvieron, solo dos eran de Dubái: la princesa no sé qué de no sé dónde, que hablaba un inglés perfecto, y su prima Reina, que quizá no fuera una princesa, aunque era difícil asegurarlo. Tenía un blog sobre reformas sociales y derechos de la mujer, y era, según Leena:

—Maravillosa, dime si no es maravillosa. Aunque me gustaría que fuera un poco más... en fin, ya sabes...

Abarcó con un gesto la silenciosa figura de Reina, que, al contrario que las demás, llevaba puesto un traje de baño en lugar de

un bikini, y estaba tumbada en su sofá con el portátil encendido y las cejas fruncidas en lo alto de la nariz.

—Los tratamientos te destruyen el alma —replicó Reina en voz baja, sin apartar la mirada de su portátil—. Los tratamientos destruyen tu identidad.

—Nena, para algunas de nosotras eso es bueno —exclamó Leena.

Entonces, Reina levantó la mirada, la cruzó con la de su prima, se la sostuvo unos segundos y después miró para otro lado.

—Yo solo quiero ser yo misma —murmuró.

—Pero ¿con eso basta? —musitó Leena—. ¿No te parece egoísta?

Fui a sentarme al lado de Reina y le pregunté en qué estaba trabajando, mientras las demás ganduleaban a su alrededor.

—Esta es mi *yihad* —respondió Reina, sin apartar la mirada de la pantalla—. Este es mi peregrinaje.

Yihad significa lucha. Avanzar con esfuerzo en la senda de Dios.

Siempre me ha gustado el conocimiento. Me hace sentir que soy real, que formo parte de algo, a pesar de todo.

—Ayer, la policía detuvo a una chica de catorce años acusada de mantener relaciones sexuales fuera del matrimonio con un vendedor de helados —murmuró Reina, hablándole al ordenador, pues había aprendido hacía mucho tiempo que era el único que le escuchaba—. El vendedor la violó y será deportado. Ella va a ir a la cárcel por adulterio. Me niego a aceptar que los derechos de la mujer dependan del contexto cultural.

—¿Lo veis? —exclamó Leena, que rodó sobre su tumbona para que la filipina que le estaba masajeando pudiera llegar hasta su nuca —. Reina es tan... tan... ¡no me digáis que no!

*

—¿Tienes Perfección?

Una mujer americana —Suzy, Sandy, Sophie, o algo por el estilo — que estaba tendida boca abajo, con la espalda al descubierto, mientras le aplicaban unas finas láminas de oro sobre la piel, creando curvas y remolinos resplandecientes que seguían los contornos de su carne exfoliada, bronceada y tonificada a la perfección.

Me incliné desde mi tumbona para comprobar a qué se refería.

—Es una aplicación —me explicó, girándose para que la viera—. Una herramienta que funciona como asesor personal, un método de perfeccionamiento. Te registras, le das acceso a tus datos, ¡y te ayuda a ser mejor!

—¿Qué clase de datos? —pregunté.

—De todo tipo, en realidad. Tarjetas de fidelización, millas aéreas, compras online, cuentas bancarias... Cuanta más información

tenga, mejor será la ayuda que podrá prestarte. Fíjate que, cuando me registré, me saqué una foto y supo decirme cuánto medía, cuánto pesaba, qué pie calzo, todas esas cosas... No veas lo inteligente que es. Por aquel entonces tenía sobrepeso y... ¡bueno, no te voy a dar más datos! El caso es que encontró la dieta más adecuada para mí y los mejores entrenadores, porque eso es lo más importante, ¿verdad? Y cada vez que consigues un objetivo, como alcanzar tu peso ideal o comprarte los zapatos perfectos desde la tienda de la aplicación, consigues puntos, ¡y cuando acumulas una serie de puntos ganas una experiencia relacionada con la suscripción!

—¿Qué clase de experiencia?

—Algo increíble, fabuloso. Con cinco mil puntos conseguí un corte de pelo gratis en Pike and Ion, fue sensacional, allí sí que saben cómo tratar el pelo. Con diez mil puntos conseguí trescientos dólares para gastarlos en el *outlet* de SpringYou del centro comercial. ¡Trescientos! No me lo podía creer, pero claro, la aplicación conoce mis gustos, y solo por comprar la ropa adecuada conseguí una bonificación automática de quinientos puntos. Ahora tengo cincuenta y dos mil puntos, y estoy deseando saber cuál será la próxima recompensa.

Sonreí, le dije que me parecía genial, fabuloso, que me vendría genial contar con algo así en mi vida.

—¡Deberías probarlo! —exclamó—. Eres muy guapa, ¡pero con un poco de esfuerzo tú también podrías llegar a ser perfecta!

Sonreí. Era el tercer día que pasaba en compañía de esas mujeres, aunque para ellas era el primero. Se me da bien pasar desapercibida.

Y aquella tarde:

—¿Tienes Perfección? —le pregunté a Reina, mientras corríamos juntas en el gimnasio exclusivo para mujeres, con la cabeza descubierta y el pelo empapado de sudor.

—Sí —respondió—. La tengo. Es posible que mi familia invierta en ella.

—¿Es tan buena como dice la gente?

—Pues... supongo que sí.

—No pareces muy convencida.

—Es que... Leena me registró, me dijo que era... ¿Sabes cuando alguien te dice algo muy feo, pero como conoces a esa persona y su manera de decir las cosas, ya no te parece tan mal? Aunque —añadió —, en el fondo, sigue estando muy feo...

—¿Qué te dijo? —pregunté.

—Lo típico. Gorda. Dejada. Aburrida. Poco atractiva para los hombres. Aguafiestas. Frígida. Ya sé que no debería importarme, es su punto de vista, no el mío.

Hola, ¿seguro que este es el restaurante apropiado para ti? ¡Aquí tienes una lista de nuestros locales recomendados, con garantía de Perfección!

Seguimos corriendo. Al rato, Reina dijo:

—Antes pensaba que estaba bien gustar a la gente por ser como soy.

Estuve a punto de reírme, pero había tanta tristeza en sus ojos, y yo estaba tan exhausta, que no lo hice. En vez de eso, le dije:

—A la gente que sabe cómo eres de verdad, le gustas tal y como eres, te lo aseguro.

Reina sonrió y miró para otro lado. No volvimos a hablar aquella noche.

CAPÍTULO 6

¿Por qué había ido a Dubái?

En resumen: para robar a la familia real. Mi objetivo era el diamante Crisálida, la pieza central de un collar diseñado en 1912 para Afise Lakerba, esposa de Mehmed VI, el último sultán otomano. Cuando cayó la monarquía, las joyas pulularon por casas de subastas de todo el mundo, pasando a ser propiedad, en diferentes momentos, de magnates petroquímicos, estrellas de Hollywood, y la mujer del presidente de Colombia. Una trayectoria que disparó muchísimo su valor, hasta que regresó a Oriente Medio a través de la tía de Leena, Shamma bint Bandar, que formaba parte de los casi cuatro mil descendientes reales de la Casa de Saúd.

¿Y por qué esos diamantes?

Porque tres equipos diferentes habían intentado hacerse con ellos en los últimos cinco años y habían fracasado. Su fracaso significaba que había dos cosas: un reto y un comprador interesado.

Me resulta fácil, dada mi situación, ser poco profesional con estas cosas. He descubierto que la conmoción es mayor cuando encajan todas las piezas del puzle. En una ocasión, le robé por simple capricho el reloj de pulsera al presidente de Paraguay, pero solo me reportó 250 dólares, y la conmoción no fue nada comparado con el día que conseguí 98.000 libras durante un robo en un casino que fue como la seda; la ejecución perfecta de un plan magnífico que tardó meses en tomar forma. En mi ámbito de trabajo, los límites debes marcarlos tú mismo.

Shamma bint Bandar iba a viajar a Dubái para salir de fiesta con los creadores de Perfección, y con ella vendría el Crisálida.

Leena era mi salvoconducto, pero mientras pasaba tiempo con ella, descubrí que Reina resultaba mucho más interesante.

—Aún no nos han presentado —le dije a Reina, la cuarta vez que fuimos a correr juntas—. Me llamo Rachel Donovan.

Le repetí lo de «Aún no nos han presentado» una vez más cuando nos sentamos juntas a escuchar un recital de música tradicional siria en un bar situado a los pies del hotel. «Me alegro mucho de conocerte», añadí.

—Formo parte de una familia importante, en cierto modo —me explicó, suspirando, mientras compartíamos una ración de mango servida sobre un lecho de hielo picado—. Pero en este lugar eso no significa nada. Estoy intentando mejorar.

—¿Mejorar en qué?

—En todo. En hablar con la gente. Intento aprender, comprender,

expresar mejor lo que siento y entender a los demás. Mejorar mi aspecto, mi forma de pensar, quiero mejorar... en general. Es una buena aspiración, ¿no te parece?

¿Te has planteado comprar alguna de estas revistas que pueden cambiar tu vida? ¡Inspírate con las historias de mujeres que consiguieron tener una Vida Perfecta!

—Sí. Creo que sí.

—Tengo un blog.

—Creo que lo he leído.

—¿En serio? Serías de las pocas... ¡Qué ilusión! Hay tanta gente alzando su voz en Internet, todos gritando al mismo tiempo, que a veces es difícil hacerse escuchar. A veces creo que el mundo está lleno de gritos.

Dije... algo. Algo insustancial, algo como lo que diría la mujer que estaba comiendo mango con Reina bint Badr al Mustakfi, pero, por alguna razón, me había salido del personaje durante el transcurso de nuestra conversación, así que ya solo quedaba Hope Arden, y ella no tenía gran cosa que decir.

—Durante un tiempo, pensé que debía luchar para encontrar mi sitio —musitó Reina, con la mirada perdida—. Ahora solo quiero ser feliz donde estoy.

Al día siguiente estaba muerta.

Copié sus emails a mi ordenador, arrojé su teléfono móvil al mar.

Correos de sus padres, preocupados por ella. De una pareja de amigos, que esperaban que estuviera bien, fotos de familias felices, de niños haciéndose mayores, ¿no es maravilloso?

Grupos de activistas por los derechos civiles, los derechos de los inmigrantes, la conservación del medio ambiente, las reformas legales, etc.

Perfección, un recordatorio generado de manera automática.

Hemos visto que te has quedado rezagada en tu régimen de belleza y compras. Has perdido 400 puntos durante la última semana. Recuerda: la perfección está en la mente, no solo en el cuerpo. Solo tú puedes elegir ser perfecta. Para que te inspires, aquí te dejamos una serie de historias de gente perfecta, miembros del 106, para animarte a ponerte de nuevo en marcha.

Un enlace: fotos, hombres, mujeres. Hermosos, todos ellos, sin excepción. Dientes, cabello, labios, sonrisas, pectorales, pechos.

Antónimos de frígida: amigable, adorable, receptiva, ardiente,

amorosa.

Leí hasta el final el contenido de su libreta escrita a mano.

Leena es feliz, escribió. *Es increíblemente feliz. Es idiota, perezosa, malcriada y aburrida, y puede que ella misma lo supiera, pero encontró una manera de olvidarlo. Yo pensaba que su confianza era pura fachada, una coraza para protegerse de su propia tristeza, pero ahora comprendo que lo que muestra por fuera es la realidad, que no hay nada bajo la superficie.*

Ayer almorcé sola, pero cuando revisé la cuenta vi que habían cobrado dos almuerzos encargados, y que yo no lo había pagado.

Hoy, Perfección me ha enviado fotos de una modelo en una boda, para recordarme lo que podría llegar a ser. Cuando se tira a un tío, ¿grita de placer cuando se corre? ¿Lo hace? Supongo que debo pensar que sí.

Los gritos son fuertes esta noche. Muy fuertes.

Esas fueron sus últimas palabras. Me senté junto al mar y me quedé mirando las olas durante una hora, después dos. Me pregunté si se pondría contenta al saber que alguien estaba pensando en ella. Me pregunté si sería feliz, en el caso de concocer mis planes. Esperé que así fuera, y después de mucho pensar, quemé su cuaderno y esparcí las cenizas en el mar.

CAPÍTULO 7

Clases de robos: atraco, sustracción, tirón, hurto de vehículo, robo con allanamiento de morada, el gran golpe, trapicheo, falsificación, usurpación de identidad, hurto en tiendas, tráfico de objetos robados, malversación, latrocinio, pillaje, desfalco, fraude.

Actus reus : acto culpable.

Mens rea : mente culpable.

Una mujer inocente comete un *actus reus* cuando se lleva el bolso de otra persona por error. Una mujer culpable comete un *mens rea* cuando lo hace a propósito. Uno puede conllevar una responsabilidad civil; cuando coinciden los dos, la cuestión se resuelve ante un juzgado de lo penal.

Yo no quería ser una ladrona.

Mi padre era poli, se cruzó conmigo unas cuantas veces en comisaría. La mayoría de la gente acababa allí por haber hecho cosas cuando estaban borrachos, colocados o desesperados. Uno de ellos, un camello, sonrió mientras le tomaban las huellas, se rio del sargento, le llamó «colega» y dijo: «No llegará la sangre al río, ¡ya lo veréis!». Tenía razón, y les dijo adiós con la mano mientras salía de la comisaría. «Más suerte la próxima vez, colega», añadió, con una cadenita de oro alrededor del cuello, calzado con unas deportivas mugrientas.

El único ladrón que vi tenía diecisiete años, y aunque yo apenas tenía catorce, parecía más joven que yo. Era pálido como un espectro, delgado como el palo de una escoba, y oscilaba entre momentos de inactividad y estallidos de violencia como una veleta en medio de un tornado.

Ahora: inmóvil, hombros caídos, rodillas flexionadas, pies apuntando hacia dentro.

Ahora: forcejea, patalea, se retuerce, se tira al suelo, intenta golpearse la cabeza contra el mostrador.

Y ahora: inmóvil, en silencio.

Y ahora: gritos, gritos, joder, joder, gritos, sin palabras, solo joder, joder, gritos.

Y ahora: calma absoluta. Silencio absoluto. La mirada fija en una puerta cerrada.

Aquel día, mi padre iba a llevarme a ver una película, pero tuvo que volver a entrar para ayudar a inmovilizar al chico en la celda. Lo dejaron envuelto como si fuera una alfombra durante veinte minutos, luego lo soltaron para evitar el riesgo de asfixia, y papá me llevó por fin al cine, pero la peli ya había empezado. A la mañana siguiente, se llevaron al chico al hospital después de que se estampara el cráneo

contra el muro de la celda.

—La gente piensa que es fácil —murmuró mi padre, mientras me llevaba a casa en coche tras nuestra escapada fallida. Una inconsistente pila de patatas fritas a medio comer, compradas a modo de disculpa, yacía sobre mi regazo—. Se creen que es más fácil robar que trabajar, que es más fácil mentir, irse de rositas. A veces tienen razón. A veces... demasiadas... el sistema no está pensado para aquellos que no pueden aspirar a nada mejor. Los marginados y los drogatas, los que no tienen adonde ir. A veces es más fácil jugar sucio, porque la vida aprieta. Pero necesitas contar con tus amigos, con tu familia, necesitas tener gente que te quiera y a la que le importes a tu alrededor, y necesitas tener esperanza, grandes esperanzas para el futuro, planes sobre lo que quieres hacer, porque cuando tienes todo eso, la vida se vuelve más fácil. Tampoco mucho, solo un poquito más fácil. Es entonces cuando te das cuenta de que el juego sucio es fruto de la desesperación, y estar desesperado es duro.

Yo no dije nada. Seguía cabreada con mi padre por haber sido víctima otra vez de un exceso de trabajo, de un exceso de promesas rotas.

Mi padre no dijo nada más durante el resto del trayecto, tampoco encendió la radio.

CAPÍTULO 8

El día después de la muerte de Reina, la princesa Shamma bint Bandar llegó a Dubái, trayendo consigo el diamante Crisálida. Yo estaba presente, con el equipaje ya preparado, cuando Leena se reunió con su tía y su séquito ante la puerta del hotel.

—¡Cariño, estás preciosa! —exclamó su tía, dando gritos, y Leena le respondió que tenía mucho que contarle, ay Dios, la de cosas chulas que habían pasado.

Nadie mencionó a Reina.

Me quedé allí un rato, bajo el sol, ignorando al taxista que había pedido el botones para que me llevara al aeropuerto.

—¿Señorita? —dijo, y al ver que no le respondía—: ¿Señorita? ¿Sigue queriendo el taxi?

—No, gracias —respondí, con una firmeza que incluso a mí me sorprendió—. Me parece que aún tengo cosas que hacer aquí.

Dicho esto, recogí mi maleta y volví a entrar en el hotel.

Reuní el equipamiento necesario para el robo.

Los de seguridad pueden detectar a un ladrón a un kilómetro de distancia, pero nunca se acuerdan de mí el tiempo suficiente como para darle importancia a mi presencia. He acechado a reinas y príncipes, les he estrechado la mano a diplomáticos y espías, y ninguno se ha parado a pensar en mí. Nadie se para nunca a pensar en mí.

Saqué el explosivo plástico. Se lo compré a un experto en demoliciones que perdió su empleo en Qatar después de que ocho trabajadores murieran durante su turno.

—Allí la gente muere a todas horas —explicó, mientras me entregaba la mercancía en un paquete atado con un cordel—. Las personas son más baratas que el acero. ¿Qué más les daba? Me convirtieron en un chivo expiatorio. La hipocresía es la perdición del hombre.

Quitar la corriente en el momento justo resultó más difícil, pero ni mucho menos imposible. El virus que pensaba utilizar en ese trabajito se lo compré a un proveedor llamado BarbieDestruyóLaLuna. Ella —espero que fuera una chica— no tuvo problema en vendérmelo a través de la red oscura, ya que, como bien dijo: «Ya seas poli, ladrona, espía o imbécil, nunca lograrás rastrearme.»

¿Y qué estaba comprando exactamente con mis bitcoins?, le pregunté.

«Está inspirado en un diseño de la CIA», me explicó. «Lo utilizaron en Irán para clausurar su programa nuclear, pero el asunto salió a la luz y les estalló en las narices. Los de la CIA son una panda de idiotas. A lo que tienes que respetar es a los de la NSA.»

Introduje un código temporal e implanté el virus en el portátil de un ingeniero en prácticas que estaba pasando un mal trago emocional que, al final, resultó ser fruto de su imaginación.

—¡Mi mujer se acuesta con otro! —exclamó, mientras compartíamos una ración de sushi y té verde en un restaurante japonés que tenía las paredes cubiertas con fotos de unas criaturas sonrosadas con ojos desorbitados que tal vez fueran gatos—. Ella lo niega, y yo le digo que si lo admite la perdonaré, pero se niega a hacerlo, así que no pienso perdonarla en la vida.

Sonreí mientras mojaba en soja una pieza de sushi. No hay que excederse al mojar el sushi. En una ocasión, un chef se puso a gritarme por ese motivo, pero la camarera se disculpó en su nombre, explicándome que el tritón favorito del cocinero había muerto aquel día, y que era un hombre muy pasional. Le dije que lo entendía perfectamente. Es normal quedarse hecho polvo después de perder a un tritón muy querido.

—Claro está, no he podido encontrar ninguna prueba de que me esté engañando —suspiró mi amigo, el ingeniero en prácticas, que seguramente no era tan cornudo como se pensaba—. ¡Pero eso solo demuestra lo bien que lo está encubriendo!

Implanté el virus en su portátil cuando se fue a hacer pis, y al día siguiente, sin saberlo, él lo subió a los ordenadores de la subestación donde trabajaba, junto con sus horarios y una serie de poemas cursis sobre los altibajos del amor.

CAPÍTULO 9

Profesionalidad delictiva: es algo más que un buen hábito.

Nunca robes cuando estés enfadado... Pero Reina había muerto, y el Crisálida había llegado a Dubái, así que...

Inspira. Cuenta cada respiración. Una dentro, una fuera.

Cuenta hasta diez.

Frecuencia cardíaca: 76 lpm.

Presión arterial: 118/76. Sistólica/diastólica. En 1615, un médico llamado William Harvey publicó *Exercitatio Anatomica de motu Cordis et Sanguinis in Animalibus* , o *Estudio anatómico sobre los movimientos del corazón y la sangre de los animales* . Es posible que los chinos y los indios abordaran ese tema primero, pero no fue hasta 1818 cuando Samuel Siegfried Karl Ritter von Basch inventó el esfigmomanómetro.

El conocimiento es poder.

El conocimiento es libertad.

El conocimiento es lo único con lo que podemos contar.

No hay nada en este mundo que pueda controlarme, salvo yo misma.

Jornadas de cacería en el Burj al Araba Jumeirah.

El lunes me convertí en una desconocida que se cruzó con Leena en la piscina. El martes fui una desconocida en el spa. El miércoles fui una desconocida que se acercó a ella durante la cena. Le robé el móvil a Leena, copié toda su información y vinculé su tarjeta SIM con la mía. Tenía 634.000 puntos en Perfección.

Llegados a este punto, estarás sintiendo la emoción que solo se obtiene al saber que te estás aproximando a la cúspide de tu potencial. Tus metas no son sueños, ¡son certezas que puedes y debes cumplir para convertirte en la persona perfecta!

Un mensaje de texto en el móvil de Leena:

¡No me puedo creer que Reina nos haya hecho esto! ¿Cómo ha podido ser tan estúpida?

Después de pasarse veinte minutos separada de su móvil, Leena comenzó a perder los nervios. Se lo devolví a uno de sus guardaespaldas, que sospechó de mis intenciones, pero en cuanto me fui dejó de recordarme.

El don que poseo no es el de la invisibilidad; es más bien una ofuscación continuada de la mente.

—¡Todas tenemos Perfección! —me susurró Suzy-Sandy-Sophie al

oído, en la sala de aromaterapia—. ¡Incluso las princesas! Yo vengo de Ogema, Wisconsin, mi padre se dedicaba a vender menaje de cocina de segunda mano desde el garaje de casa, y aquí me tienes ahora, cenando con la realeza. Pero no puedes dejar que se te suba a la cabeza, porque solo son gente normal, de veras, ¡aunque sean musulmanes!

Sonreí y le dije:

—Tú eres un poco tonta, ¿no?

Cuando se quedó boquiabierta y roja de ira, salí de la sala de aromaterapia y me metí en la piscina de agua fría, donde permanecí, con la cabeza palpitándome por el cambio de temperatura, hasta que conté hasta cincuenta. Después, volví a la superficie, tomé aire y volví a sumergirme, iniciando una cuenta atrás hasta cero.

¿Por qué había dicho eso?

Era una falta de profesionalidad, algo imperdonable en mi oficio. Sentí el cosquilleo del agua helada sobre la piel, la presión que se iba acumulando al fondo de mi nariz, mientras me reprendía.

Siempre lograba dominarme, en cualquier circunstancia. Ante todo, disciplina.

Cuando regresé a la sala de aromaterapia, Suzy-Sandy seguía allí, tumbada sobre una toalla blanca. Abrió un ojo cuando entré y, al no detectar ninguna amenaza, lo volvió a cerrar.

—Hola —dije, mientras me sentaba en el banco que estaba enfrente de ella—. Soy Rachel. Acabo de llegar. ¿Cómo te llamas?

*

Al caer la tarde, me presenté a Leena por decimosexta noche consecutiva, y como ya tenía práctica, le entré directamente con un «Me encanta tu vestido».

Acercamientos previos: «Estoy interesada en esta asombrosa ciudad.» «Trabajo en finanzas.» «Estoy interesada en Perfección.» «Estoy escribiendo un artículo sobre las mujeres en Dubái.» «Conocía a Reina, te acompaño en el sentimiento.»

Ninguno había funcionado, aunque la mención de Perfección fue la que estuvo más cerca de conseguirlo. A veces, la opción más frívola resulta ser la más efectiva, y así fue:

—Me encanta tu vestido.

—Es precioso, ¿verdad?

—¿Es de Vera Wang?

—¡Pues sí! ¿Y el tuyo es de...?

—Dior.

—Me encanta Dior.

—¿Y a quién no?

Palabras huecas.

Soy mi sonrisa.

Soy mis labios.

Agaché la cabeza mientras hablaba con ella, para tener que girar los ojos hacia arriba y que así parecieran más grandes, más redondeados, más atractivos. Un animal acechando a otro animal. Mis joyas, mi vestido y mi cuerpo hablaban por mí, una mujer con la piel casi tan oscura como la de mi madre, con el perfume perfecto para una noche perfecta junto al mar. Las primeras impresiones importan cuando son lo único en lo que puedes basarte.

Soy una arruguita jovial en la comisura de los ojos. Soy la mujer que ella quiere que sea.

—Me encanta la moda —dije, frunciendo mis brillantes labios—. Eres, con diferencia, la mujer con más estilo de este lugar.

Fogonazos de información:

Vera Wang: diseñadora de moda, antes estrella del patinaje artístico.

Al Maktoum, familia real de Dubái, descendientes de la casa de Al-Falasi, de la coalición de las tribus Bani Yas.

—Eres maravillosa —exclamó Leena—. Eres la clase de persona que me gusta conocer.

*

Una vez que has localizado a tu presa, no la pierdas de vista. En cuanto la gente deja de verme, se olvida de mí.

Me mantuve pegada a Leena, me fusioné con su séquito, le reí los chistes, compartí mis opiniones sobre la moda, la fama, los viajes.

—¡La gente perfecta, la ropa perfecta, las palabras perfectas, las vacaciones perfectas! —exclamó Leena, y todos los que estaban a su alrededor se rieron.

—Yo trabajo en Prometeo —explicó un hombre que llevaba puesto un traje Nehru de color blanco y dorado, con un cóctel helado en la mano—. Nuestro mayor deseo es que Perfección sea algo positivo para la gente, que les ayude a mejorar sus vidas. ¡Con la ayuda adecuada, cualquiera puede ser perfecto!

Sonreí, me reí, y pensé en otra clase de virtud, descrita por un príncipe hindú muerto hace mucho tiempo. Visión correcta, determinación correcta, hablar correcto, conducta correcta, modo de vida correcto, esfuerzo correcto, consciencia del momento correcta, concentración correcta. El noble camino óctuple. *Samyanc* , en sánscrito. Una senda de virtud que implica consecución, unidad, coherencia. También puede emplearse para definir el concepto de perfección.

Leena y yo recorrimos juntas una estancia con ornamentos dorados, suelos de mármol y flores frescas: orquídeas, lilas con motitas blancas. Una fiesta en pleno auge, casi no se veía un solo pañuelo en la cabeza, hombres y mujeres mezclándose libremente, y una pancarta en la pared que rezaba: «El futuro es Perfecto.» Los camareros provenían de India y Bangladesh, traídos desde los campos de trabajo escondidos en el desierto. Había expatriados por todas partes.

«Antes estaba especializado en bonos del Estado, pero ahora me he pasado al mercado de Futuros...»

«...lo que hay que saber sobre los seguros es que...»

«¿Por qué lo llaman "paraíso fiscal"? ¿Es que no se dan cuenta de cómo reacciona la prensa ante un término como ese?»

«...el petróleo es pensar a muy corto plazo. Sí, claro que mueve mucho dinero a día de hoy, pero yo quiero que mis hijos se metan en el terreno de los derechos digitales.»

Los Emiratos Árabes Unidos tienen una población compuesta por entre un 75 y un 85 por ciento de expatriados. ¿Qué efecto tienen tantos extranjeros en una sociedad? ¿Volvos en Abu Dabi, cenas copiosas en McDonald's? ¿O acaso la cultura se defiende ensalzando viejas glorias? Los poemas de Dhu al-Rummah, la música de Umm Kulthum, los dichos del *hadiz* , las tradiciones de los pueblos de las arenas...

Un poco de todo, quizá. Las canciones de Umm Kulthum reinterpretadas al estilo de Beyoncé, por ejemplo.

Conté relojes de oro.

Conté teléfonos móviles.

Conté los pasos hasta la puerta.

En un momento dado, vi el collar que había venido a robar, que ya no estaba en su caja de seguridad sensible a la presión, el calor y el movimiento, sino alrededor del cuello de Shamma bint Bandar, que en ese momento le estaba dando un beso en la mejilla a un tipo con un elegante traje negro, felicitándole por su esfuerzo. Allí, esa noche, se le estaba dando al diamante Crisálida su uso adecuado. La vanidad hace vulnerable a la gente.

—Acabo de empezar los tratamientos —exclamó una mujer con unos tacones de quince centímetros y los talones más finos que había visto en mi vida. Sus pantorrillas estaban levemente marcadas por una línea plateada y traslúcida que señalaba el lugar donde el cirujano había hecho el corte, visible solo cuando la luz incidía directamente sobre él—. Es increíble, absolutamente increíble, ha cambiado mi forma de ver el mundo.

Llevaba un vestido que se desparramaba por delante, por detrás, por los lados, dejando poco más que unas tiras de tela situadas estratégicamente sobre sus hombros. El hombre con el que hablaba

llevaba un turbante blanco sujeto por un broche de oro, con una túnica blanca y una barba morena recortada en forma de V a la altura de la barbilla. Portaba un puñal ceremonial incrustado de rubíes. Parecía imposible que pudieran entenderse, pero él exclamó:

—Mi primer tratamiento fue asombroso. Mi chófer vino después a recogerme, y lo vi por primera vez. Me refiero a verlo de verdad.

Seguí avanzando. En círculo, contando.

Robarle joyas a un ser humano me resulta más fácil que robarlas de una caja fuerte. Las cámaras de seguridad se acuerdan de mi cara, la caja fuerte necesita un experto para poder abrirla, los sensores de movimiento requieren herramientas capaces de burlarlos. No puedo trazar planes a tan largo plazo, sino que debo esperar una oportunidad para actuar, sola y sin ayuda de nadie, corriendo riesgos que nadie se atrevería a asumir por miedo a que los reconozcan.

Seguí paseando y paseando por la estancia.

Conté a los guardias de seguridad de uniforme —once— y a los de paisano que se mezclaban con la multitud —cuatro, que yo hubiera visto—.

Conté a los jeques jordanos con túnicas blancas, a los príncipes saudíes con elegantes trajes de seda, a los embajadores americanos con manchas de sudor en la camisa, por debajo de los brazos, a los inversores chinos que se hacían *selfies* delante de la cascada artificial que había dentro del salón de baile, sonriendo hacia una cámara situada en el extremo de un palo.

Conté las mujeres que preferirían no estar allí, que sonreían con los labios, pero no con los ojos. Conté los relojes de pulsera que costaban más que el salario anual de los camareros que los codiciaban, y el número de veces que escuché la palabra «acciones» pronunciada en voz alta. Treinta y nueve.

Conté las cámaras de seguridad.

Conté los pasos que me separaban de la princesa Shamma, y de los 2,2 millones de dólares en joyas que llevaba alrededor del cuello. Perdí todo interés en Leena, ahora que me había permitido acceder a la fiesta. Ella ya estaba bastante borracha. Su tía, aún no.

¿Preparada?

Conté los segundos, me situé en la posición perfecta para dar el siguiente paso y aflojé mis pies dentro de aquellos zapatos de tacón desmesurado que solo supondrían un estorbo cuando llegara el momento.

—Disculpa.

La mujer hablaba inglés con un ligero acento americano típico de colegio internacional: apátrida, jovial. Me quedé mirándola sorprendida, contemplando su vestido de cuello alto al estilo chino, adornado con dragones plateados sobre un fondo negro; su cabello

negro recogido de una forma tan caótica que seguramente le habría costado un montón de dinero; su brazalete de plata y sus pendientes a juego, su rímel negro, su sonrisa prudente. El maquillaje hacía que sus ojos parecieran más oscuros de lo que eran en realidad, mientras que los pendientes hacían que su cuello pareciera más largo. Después de una velada bebiendo, se convertiría en una criaturita pálida del tamaño de un estornino, pero en ese momento y en ese lugar, era como un rayo de luna con tacones.

—¿Estás sola? —me preguntó—. ¿Conoces a alguien?

Lo primero que pensé: ¿sería una guardia de seguridad? ¿Por qué si no iba alguien a fijarse en mí durante el tiempo suficiente como para percibir mi soledad, sin llegar a olvidarme? La mujer se acercó lo suficiente como para hacerse oír, pero sin resultar intrusiva, esbozando una sonrisa amable y con la cabeza ladeada ligeramente.

—Eh... no —murmuré—. No conozco a nadie.

—¿Eres británica?

—Sí.

—¿Has venido por trabajo?

—Sí... trabajo para el British Council.

Una mentira, soltada sin dudar. Estaba allí para promocionar lo británico. Para promulgar por el mundo la palabra de Shakespeare, la historia del críquet, los recuerdos del colonialismo y el sabor del *fish and chips* . Una muestra de buena voluntad. O de arrogancia nacional. ¿Quién sabe?

La mujer, que seguía sonriendo, no dijo nada.

—¿A qué te dedicas tú? —murmuré, para romper el silencio.

—Investigo.

—¿Qué significa eso?

—Estudio el cerebro humano.

—Vaya, eso parece... importante.

Por primera vez, un tic en la comisura de sus labios, que bien pudo ser un intento de sonrisa.

—El pensamiento es fruto de la asociación y la retroalimentación. Al enfrentarse a una carga creciente de estrés social, el cuerpo responde tal y como lo haría ante cualquier señal de alarma. Los capilares se constriñen, aumenta la frecuencia cardíaca, la respiración se acelera, aumenta la temperatura de la piel, los músculos se tensan. La cortesía se desvanece en pro de la hipertensión. Desde el momento en que se produce un rechazo social, se refuerzan conexiones en el cerebro para fortalecer el vínculo entre socialización y ansiedad. Se desarrollan unas presunciones que inducen a percibir los sistemas sociales como una amenaza, desencadenando una respuesta adversa. El pensamiento es fruto de la retroalimentación, pero a veces esa retroalimentación puede resultar abrumadora. Dime, ¿formas parte del

106?

—No sé qué significa eso.

Un breve gesto de sorpresa, antes de añadir:

—¿Tienes Perfección?

—¿Qué? Yo... no.

—Pues no se lo digas a mi hermano.

—¿Quién es tu hermano?

—Está intentando crear una versión que promueva los valores islámicos. Cincuenta mil puntos por cumplir el *hajj* , quinientos puntos si se hace una donación a la beneficencia, y cosas así. Yo le dije que no creía que el camino hacia Dios funcionara de esa manera, a través de algoritmos y descuentos en compras, pero aquí nos tienes... —Alzó levemente las manos, con las palmas hacia arriba, como si quisiera levantar la habitación desde sus cimientos para examinarla—. Y parece que todo está yendo... genial.

A juzgar por su mirada, me dio la sensación de que el concepto que tenía esa mujer sobre lo que es «genial» se estaba redefiniendo durante la velada.

Abrí la boca para decir, Vaya, qué maravilla, pero no me dio tiempo. El virus que implanté nueve días antes en una subestación eléctrica se activó en el momento preciso, y acabó con cerca del 30 por ciento de la electricidad de Dubái.

Un parpadeo, mientras se atenuaba la luz de las bombillas, seguido de una vuelta a la normalidad a medida que el generador de emergencia del hotel tomaba las riendas. El sonido de la música decayó, después se recuperó, y los murmullos de los invitados se tornaron estridentes durante ese breve paréntesis de calma. La mujer alzó la mirada al techo, después miró por los ventanales, hacia el lugar donde una hilera de luces se había apagado a lo largo de la costa.

Treinta, veintinueve, veintiocho, veintisiete...

—La subestación —musitó—. Seguramente no habrá sido nada.

—Una amiga mía tenía Perfección —dije, y me sorprendí al escuchar mi propia voz, al ver cómo mi interlocutora giraba sus ojos hacia mí—. En aquel momento, no me pareció que fuera desdichada.

—Lo siento —dijo la mujer—. ¿Cómo se llamaba?

—Reina.

...diecinueve, dieciocho, diecisiete, dieciséis...

Abrí la boca para añadir algo más, alguna banalidad, pero en vez de eso le tendí la mano sin pensarlo, y ella me la estrechó.

—Soy Hope.

—Filipa —respondió ella—. Eres mucho más interesante de lo que aparentas.

—¿Y tú lo eres más de lo que la gente piensa?

Filipa contrajo el labio inferior con la mirada puesta en el techo, como si estuviera tratando de localizar un hilo de seda entre un amasijo de telarañas.

—Pues sí. Yo diría que sí.

...seis, cinco, cuatro...

Siete pasos hasta la tía de Leena, el cierre de su collar no ofrecía complicación alguna. La otra noche estuve practicando con un modelo parecido durante tres horas. Tres personas me separaban de mi objetivo, después cuatro.El trajín de la sala suponía una desventaja.

Abrí la boca para decir algo relevante, pero en ese momento, en el laberinto de pasillos de suministros y puertas de seguridad —que no eran tan seguras como deberían— que había por debajo del hotel, estalló por fin el trozo de *Semtex* que coloqué.

La explosión no sacudió el edificio, apenas tenía potencia suficiente como para perforar los cables a los que estaba sujeto. La oscuridad se extendió de inmediato, como unas manos alrededor del pescuezo. No pasaría mucho tiempo hasta que alguien se oliera que había sido provocado, y bastarían unos minutos para que los ingenieros detectaran el problema. Los generadores, cuando los inspeccioné durante una de mis rondas nocturnas disfrazada de limpiadora, estaban diseñados para soportar terremotos y huracanes. No sería difícil repararlos.

Apenas hubo reacción en la sala: unos cuantos suspiros, algún que otro quejido, pero nada de gritos ni estallidos de pánico. A veces hay apagones, la gente estaba acostumbrada.

Me di la vuelta, con las manos extendidas mientras mis ojos se acostumbraban a la oscuridad, y me abrí paso a tientas entre masas de seda y terciopelo, entre lazos y perlas, contando los pasos, cinco, seis, siete, sin apresurarme, hasta que sentí el roce de una cintura en la mano y escuché la suave respiración de una desconocida frente a mí.

—¿Princesa Shamma? —pregunté en árabe, aderezado con el acento de mi madre.

—¿Sí? —respondió la mujer.

Le agarré la muñeca con una mano, sujetándosela con fuerza, y con la otra le arranqué el collar del pescuezo. Fácil, ensayado. Ella se sorprendió, pero solo por el contacto inesperado en el brazo. El ojo siempre sigue el movimiento más aparatoso, el cuerpo siempre responde a la sensación más intensa. Cualquier ilusionista sabe eso.

Me guardé los diamantes, le solté la muñeca y me alejé.

Pasaron cuarenta y siete segundos antes de que la tía de Leena comenzara a chillar.

CAPÍTULO 10

No siempre he sido lo que soy ahora.

Hace tiempo, me recordaban.

Tenía amigos y familia, profesores y deberes.

No era buena en los estudios, pero daba igual.

«No llegarás muy lejos con esa actitud», dijo el profesor de Geografía.

«No es tu fuerte, ¿verdad?», dijo el de Mates.

«¡Venga, pásalo a limpio!»

Un día, en clase de Inglés, nos dijeron que teníamos que hablar durante un minuto sobre un tema al azar. La chica que se sentaba delante de mí, Emma Accrington, sacó la frase «oficinas de concepto abierto» del sombrero que había sobre la mesa de la profesora.

—No sé qué es esto —dijo Emma, retorciéndose las manos delante de sus expectantes compañeros—. Supongo que es como una oficina normal, pero al aire libre, ¿no? No sé, supongo que la gente sale a la calle y... puede que haya animales, ¿no? Como gallinas, vacas y cosas de esas.

La clase se rio, y Emma también, consciente del disparate que estaba diciendo. Cuando la profesora anunció que me tocaba hablar a mí, yo todavía me estaba riendo, y no pude decir una sola palabra sobre el tema que me tocó —«pasear perros»—, ya que tenía el rostro cubierto de lágrimas.

—¿Te crees muy graciosa? —me preguntó la profesora cuando me castigó—. ¿Crees que alguna vez harás algo meritorio?

Mérito: la cualidad que determina si algo es deseable o valioso.

Meritorio: poseer cualidades dignas de reconocimiento.

Caracterizado por buenas intenciones, pero falto de sentido del humor.

Una persona notable en un ámbito concreto.

Sinónimos: virtuoso, bueno, ético, excelso, juicioso, noble, recto, venerable, meticuloso, honrado, íntegro, ejemplar.

Antónimos: indigno, deshonroso. Don nadie.

Yo tenía quince años, y mientras volvía caminando a casa bajo el manto gris del invierno, comprendí que no tenía ningún mérito.

Cuando me dieron las notas, mi padre se quedó callado. Pensé que se pondría a gritarme, pero no lo hizo. Mi madre sí, ella me gritó hasta desgañitarse. Tenía la piel tan oscura como la madera de caoba chamuscada y el pelo cortado al rape, con un atisbo de canas a la altura de las sienes. Se ponía un delantal de zanahorias y coliflores cuando preparaba la cena, cosa que hacía cinco veces a la semana, a no ser que papá tuviera turno de noche, en cuyo caso dejaba la

comida preparada antes de marcharse. Cuando cumplí diez años, me dijo: «¡Ahora vas a aprender a cocinar!», y comprendí que no era algo sobre lo que yo pudiera opinar. Nyaring Ayun-Arden, mi madre, coordinaba el servicio de atención al cliente en la oficina de viviendas de protección oficial y era una buena cocinera, pese a que le gustaban las sardinas más que nada en el mundo.

—¡Es increíble! —exclamaba—. ¡Una ración de pescado, en una lata, por 16 peniques!

Mi padre dijo que conoció a mi madre en un evento comunitario. Mi madre se rio y dijo:

—¿Ahora lo llaman así?

Lo tomé por una ridícula broma de adultos, hasta que un día mi tía Carol me dijo en confianza:

—Tu madre atravesó Sudán a pie hasta llegar a Egipto, y siguió caminando hasta Estambul. Llegó a nuestro país en la parte trasera de un camión y encontró trabajo haciendo la colada en un hotel, pero acabó pidiendo en la calle cuando le dijeron que a los inmigrantes no podían pagarles el salario mínimo. Tu padre la recogió, la metió en el calabozo durante una noche y le dio una taza de té y una comida calentada en el microondas. Tres años después, tu madre regentaba el mostrador de recepción en la oficina de la diputación que hay en el centro del pueblo y a él lo habían nombrado sargento. Tu padre se había olvidado de ella, pero ella no, tu madre nunca olvida una cara, por suerte para él.

El año que yo nací, la hermana de mi madre, que se había quedado en Sudán, también tuvo una niña a la que llamó Sorrow. Mi madre, que no estaba al corriente de eso y ni siquiera sabía que su hermana seguía viva, me llamó Hope. Su familia era Nuer, pero, para poder prosperar en la vida, mi abuelo insistió en que todos aprendieran árabe, con la esperanza de que algún día sus hijos ocuparan cargos públicos. La administración pública se negó a acogerlos, pero mi madre me cantaba nanas en árabe, maldecía en árabe y se paseaba de un lado a otro de la habitación regañándome en árabe, siempre las mismas palabras, primero en una lengua y después en otra:

—¡Vas a hablar muchos idiomas y tendrás las oportunidades que yo no tuve!

De niña, esas palabras me parecían una condena. Mi madre no había tenido oportunidades y ahora me estaba obligando a mí, su hija, a vivir la vida que ella no pudo tener. No fue hasta que perdí a mi familia cuando comprendí lo que intentaba decir.

—Que un poli se casara con una inmigrante, y más en esa época, dice mucho del amor que sentían —musitó mi tía—. Claro que tu padre siempre ha sido ante todo un buen hombre, y después un

policía. Por eso su carrera no ha despegado. En cuanto a tu madre... siempre ha creído en las personas. Por eso te llamó Hope.

CAPÍTULO 11

Caminé descalza después de haber cometido un robo en Dubái.

No fui directa a la salida del hotel, aún no. Si lo hiciera, alguien podría cargarse de paciencia y revisar los vídeos de las cámaras de seguridad, determinar quién estaba presente cuando se fue la luz y quién faltaba cuando volvió. De esa comparación saldría mi cara.

La mayoría de los cuerpos de policía no tienen tanto tiempo, ya que el tiempo es dinero. Pero la policía de Dubái está dirigida por el príncipe no sé qué, que es pariente del príncipe no sé cuántos, y mientras que un hurto menor, una pequeña agresión o un episodio de abuso sexual o maltrato doméstico podían quedarse en el tintero por falta de tiempo y energía, que nadie se atreviera a meterse con un miembro de la familia real.

Así que esperé.

Metí los diamantes en una bolsa de plástico, dentro de la cisterna del tercer retrete del baño de mujeres de la planta baja. En una película de Hollywood, algún lerdo y su entrañable hijo se toparían con mis objetos robados. Un par de chistes malos, el protagonista encuentra el amor, y yo acabo etiquetada como la villana —una *femme fatale* , quizá—, ya que, desde el punto de vista narrativo, es imposible que mi personaje sea otra cosa que una depredadora sexual y maestra del crimen.

El caso es que los policías, cuando llegaron, se dispusieron de inmediato a interrogar al personal del hotel, agarrando a hombres adultos por el cogote y gritándoles en la cara a las doncellas filipinas mientras los expatriados y los dignatarios se entremezclaban con pasmo y excitación, ya que se trataba de lo más emocionante que les había ocurrido en mucho tiempo. Algo que contar durante la sobremesa en los años venideros.

Un hombre en el vestíbulo, gritando por el móvil. Una mujer vestida completamente de negro plantada detrás de él, observando la escena con el rostro mudo de expresión.

—¡En mi fiesta, joder! —gritaba el hombre—. ¡Le han robado sus putas joyas en mi fiesta! Joder, ¿sabes lo que eso significa para nosotros? ¿Sabes cuánto nos ha costado, maldita sea?

Las puertas del ascensor se cerraron, apartándolo de mi vista.

Ya en mi habitación, me tumbé con la espalda estirada y los brazos apoyados encima del pecho.

Respirar.

Una vez.

Dos veces.

Observar el reflejo del agua en el techo.

Disciplina.
A diario: algún tipo de ejercicio.
A diario: algún tipo de interacción social.
Disciplina.
Cerré los ojos y respiré.

CAPÍTULO 12

Me olvidaron cuando cumplí dieciséis años.

¿Por qué en ese momento?

Mis padres me querían, de eso no hay duda. Pero cuando nació mi hermana, requirió una atención casi constante. A los cuatro años, la pequeña Gracie contrajo el sarampión tras contagiarse en la guardería de un niño cuya madre pensaba que la vacuna triple vírica era un veneno.

—¿Lo veis? —gritó, mientras se llevaban corriendo a mi hermana a urgencias con 41 de fiebre—. A ella le pusieron la vacuna, ¿y de qué le ha servido?

Pensé que mi madre le iba a cruzar la cara, y cuando mi padre me llevó a casa en coche, mientras mi madre se quedaba en la UCI, estuvo a punto de atropellar a un ciclista. Tuvimos que quedarnos parados en el carril bus durante diez minutos mientras recuperaba el aliento.

Los médicos se basan en tres elementos para diagnosticar el sarampión: tos, conjuntivitis y rinitis (nariz taponada, en cristiano). También se puede añadir un cuarto: las manchas de Koplik. Unas lesiones granulares en la mucosa oral. Aparecen como pequeñas marquitas blancas, como granitos de sal, en la cara interna del carrillo, allí donde se junta con los molares. Una detección a tiempo puede desembocar en un diagnóstico precoz antes de que la infección se extienda por completo. Nosotros no las detectamos a tiempo, no sabíamos que las teníamos que buscar.

A los 42ºC, los órganos comienzan a dañarse. Me dieron permiso para no ir al colegio, y por primera vez no me alegré de faltar, mientras el sarpullido se extendía por el cuerpo de Gracie.

Pasaron quince días hasta que le dieron el alta a mi hermana. Al cabo de nueve meses, quedó claro que había sufrido daños cerebrales. La madre del niño sin vacunar vino a casa tres días después de que sacáramos a Grace de la guardería. Se plantó ante la puerta, bajita, ataviada con una bufanda multicolor, y habló con mi madre en voz baja. Al final acabó llorando, y mi madre también, pero ninguna de las dos levantó la voz. Jamás volví a verla.

Creo que fue entonces cuando empezó todo, durante los meses y años posteriores al sarampión.

Lentamente, pedazo a pedazo, empecé a volverme pequeñita, y el mundo comenzó a olvidarme.

CAPÍTULO 13

Trece horas después de esconder los diamantes en el lavabo de señoras, los recogí y abandoné el hotel.

El autobús de línea entre Dubái y Mascat era un autocar elegante con aire acondicionado que se dedicó a circular a una velocidad invariable y desesperante por mitad de la enorme y desolada autopista durante seis horas y media, dos de las cuales se consumieron en un laberinto de puestos fronterizos. Los agentes de los Emiratos miraron mi pasaporte americano sin mucho interés. Los indios y los pakistaníes que se dirigían a Omán fueron sometidos a varias horas de interrogatorios.

—Siempre pasa lo mismo —dijo la mujer que estaba a mi lado, masticando afanosamente unas pipas de girasol, mientras permanecíamos sentadas sobre nuestros equipajes frente a la caseta de la aduana. Escupió las cáscaras a un lado y sonrió, mostrando una hilera de enormes dientes—. Tú tienes suerte, vienes de un país rico. A nadie le importa lo que hacen los ricos. Eh, ¿quieres oír algo gracioso?

Claro, por qué no.

La mujer volvió a mostrar su estropicio dental con otra sonrisa y dijo en inglés, con mucho acento:

—¿En qué se parecen los hombres a los delfines? ¡En que se sospecha que piensan, pero aún no está comprobado!

Se echó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas.

El autocar zigzagueó entre montañas, en una tierra de nadie compuesta por carreteras vacías, antes de llegar a la frontera omaní, donde registraron nuestro equipaje. Nadie se molestó en abrir el tarro de protector solar en el que estaban cuidadosamente escondidos los diamantes. Los perros antidroga no detectaron nada interesante tras olisquear la fila. La oficina de inmigración omaní se encontraba en un palacio que imitaba el estilo árabe, aunque su arquitectura era más deudora de Disney que de Sinan Pasha.

—¿Viaja sola? —preguntó el inspector.

—Sí.

—¿Está casada?

—No.

—¿Tiene alguien con quien alojarse?

—Sí.

—¿Pero no está casada?

—No.

El tipo torció ligeramente el gesto. Yo era una mujer soltera, pero me estaba desplazando en un autocar público, así que, al no encontrar

ninguna razón de peso para negármelo, me acabó concediendo el visado.

Todo era amarillo en la carretera.

Conté coches durante un rato; después me puse a contar matorrales, hasta que ya no quedaba nada que contar y me puse a contemplar el terreno polvoriento, preguntándome cuántos granitos de arena serían arrastrados por el viento cada año hacia el mar, y si se podría construir con ellos una pirámide. La costa de Omán había sido excavada y sembrada con árboles robustos de color verde oscuro y prados mustios y ralos de color beis, pero el polvo se adentraba en los porches de todas las casas de los pueblos que se asomaban a la carretera.

Palabras que relaciono con Mascat:

- Hospitalidad: estantes con carne, sonrisas en cada puerta, la frase «Tiene que conocer a mi madre» pronunciada con una alegría sincera.
- Calor: parece como si el terreno repeliera la brisa marina, el roce árido del desierto te abrasa la espalda.
- División: no tanto una ciudad como una serie de pueblos, unidos entre sí por carreteras congestionadas que discurren entre colinas escarpadas.
- Unidad: las calles deben adecuarse a un estilo determinado, las oficinas deben cumplir unas estrictas normas arquitectónicas.
- Lo nuevo y lo viejo: tapices antiguos por abajo, aparatos de aire acondicionado por encima. Pies descalzos, cabezas cubiertas. Ventanas arabescas, tejados con forma de cúpula, un lugar tan encantador como absurdo.

En Mascat, hay muy pocas calles que tengan nombre. El hotel en el que me registré indicaba su dirección como «el cuarto edificio al pasar la estatua del barco, a mano izquierda, frente al mar», antes de desembocar en un distrito de arterias más anchas.

Tomé asiento en una terraza que daba al océano y me bebí un café turco, sintiendo el roce de sus gruesos granos en los dientes. Ese hotel no fue mi primera elección, pero aquello no era Dubái. No en todos los sitios aceptan a una mujer soltera que viaja sola.

En ese remanso de paz apartado del mundo, encendí la tele y me puse a ver las noticias. El robo en Dubái solo apareció de pasada en unos cuantos canales, donde se decía que la policía confiaba en tener

éxito con sus investigaciones muy pronto. Apenas dieron detalles, incluso Internet parecía guardar silencio al respecto. Solo hubo una cosa que me llamó la atención, una entrevista con un tipo llamado Rafe Pereyra-Conroy —director ejecutivo de Prometeo—que se giró hacia la cámara y dijo:

—Lamentamos profundamente esta afrenta contra nuestros amables y generosos anfitriones, y haremos cuanto esté en nuestra mano para ayudar a llevar al culpable ante la justicia.

Examiné su rostro, pero no vi nada destacable en él. Apagué el televisor.

En el lavabo del cuarto de baño, limpié los diamantes y los extendí sobre una sábana blanca; dejé al lado un trozo de papel en el que anoté la fecha y la hora, saqué una foto del conjunto y me dispuse a vender mis objetos robados.

En un cibercafé de Mascat, enchufé el portátil a la conexión Ethernet de la pared, subí la foto de los diamantes al ordenador y publiqué la imagen en un anuncio a través de Tor.

«Se vende: Diamantes Crisálida, valor estimado en 2,2 millones de dólares. Se tomarán en cuenta todas las ofertas que superen los 450.000 dólares.»

Me registré con el nombre de _porqué, y una vez concluido el trabajo, apagué el portátil, lo guardé en su funda y salí en busca de compañía.

CAPÍTULO 14

Poner en circulación un objeto robado es más importante que el robo en sí.

Reproductores de DVD, relojes, móviles, reliquias familiares, alguna que otra pieza de oro y plata... En cualquier casa de empeños pueden ocuparse de ello por una pequeña comisión. En Florida, un juez dictaminó que las casas de empeños no tienen por qué devolver objetos robados sin que antes tengan ocasión de defenderse en un proceso civil. Los delitos aumentaron, y con ellos el número de casas de empeños.

—¿Existe un vínculo entre la pobreza, el crimen y las casas de empeños? —preguntó una periodista de Miami, que estaba trabajando en una serie de reportajes sobre el declive de Norteamérica.

—Señora —respondió el sheriff local—, ¿usted caga después de comer?

En Reino Unido, un comentario así habría sido motivo sobrado de despido. Expresar lo que piensas en público, y encima hacer referencia a las funciones corporales, es algo impropio de las clases dirigentes. En Estados Unidos, esa pose ruda resulta reconfortante; casi tan reconfortante como ver a un sheriff con un AK-47 conduciendo por tu barrio. Suponiendo, claro está, que vivas en un barrio blanco y de clase media.

—¿Usted caga después de comer? —dijo un profesor de la Universidad de Nueva York al que soborné con un plato de *chow mein* y una sesión de Elgar a cambio de sus conocimientos de criminología —. ¿La mierda está compuesta de biocarbonos complejos? ¿La naturaleza es un prodigio? ¿Hemos llegado a comprender el cuerpo humano? ¿Y la sociedad? ¿Y a la gente? ¿Son las simplificaciones grotescas de problemas socioeconómicos arraigados lo que de verdad falla en este país tan polarizado? ¡Joder, sí! —Se rio alegremente tras esa revelación, mientras se llevaba a la boca otro puñado de tallarines —. ¿Sabes por qué los expertos no tienen una respuesta fácil? Porque un experto es ese tipo que sabe lo complicadas que son esas jodidas preguntas.

Más tarde, cuando se le pasó el pedo, le pregunté las cosas que de verdad quería saber. Crimen organizado. Interpol. Legislación y huellas digitales. Todo lo que un estudiante de criminología en ciernes querría saber. ¿Y por qué no contármelo? Me había visto la cara; ningún criminal se atrevería a ser tan osado.

¿Cómo se pueden vender unos diamantes robados?

—Tienes que dejar que se ocupe el contrabandista —me explicó un exladrón de cajas fuertes croata reformado, que ponía sus

conocimientos al servicio de las fuerzas de la ley, de las universidades, y, según me confió durante nuestra velada frente al mar Adriático, «de algunos espías, pero nunca los rusos y los judíos, jamás, te lo juro por mi madre».

Compré sus conocimientos por 5.000 euros y una botella de champán, y él estaba dando buena cuenta de la bebida mientras el sol se ponía a nuestra espalda y el cielo quedaba bañado en tonos rosados.

—No me gustaría ser el contrabandista. Nunca sabes con qué te vas a topar. Los polis no son el problema, son los tipos con los que estás haciendo el trato. Podrían ser cualquiera, sí, cualquiera. Pero es el contrabandista el que corre el riesgo, gracias a Dios. Se oye cada historia... Por muy bueno que sea un tipo, ponle delante un diamante de diez quilates y verás cómo se convierte en un monstruo, tal que así. —Un chasquido de dedos, un trago de champán, rayos de sol a través de las gafas—. ¿Sabes cuál es la diferencia entre un ladrón profesional y uno aficionado?

No, no lo sabía.

—El profesional sabe cuándo plantarse. El trato es demasiado bueno, la caja fuerte es demasiado resistente, los maderos están montando bulla... Se trata de minimizar las pérdidas. Solo es dinero, joder, ¿sabes lo que quiero decir?

¿Y si el trato salía bien?

—Te pagan. Puede que un 5 o un 10 por ciento si tienes suerte. Lo mejor que yo he conseguido fue un 20 por ciento del valor del diamante, y fue algo único, uno de esos casos que no se repiten. Pero el tipo que se queda con el producto, el contrabandista, tiene que moverlo. Así que lo envía a la India o a África, por decir algo. A Mozambique... o tal vez a Zimbabue. Allí tienen una movida, el Proceso de Kimberley lo llaman, pensada para proteger a la gente que extrae diamantes y esas mierdas, pero en el fondo todo se limita a una cuestión de papeleo. Así que cortas los diamantes, una vez, dos veces, puede que diez o veinte, dependiendo de lo que estés buscando. Entonces, te dan un certificado nuevecito mientras tú vas por ahí diciendo que ese pedrusco reluciente es auténtico, y luego lo envías a Norteamérica, a China o a Brasil, y lo vendes por menos valor del que tenía antes, pero en fin, ese es el precio de hacer negocios.

Entonces, ¿es un negocio que se basa en la confianza?

—Claro, claro. Hay que confiar en el contrabandista, que a su vez debe fiarse del comprador, que a su vez debe fiarse de los tipos que se lo están vendiendo. Todo se basa en la confianza, ¿por qué no habría de ser así? Si rompes esa confianza, acabas en la cárcel. O muerto. O las dos cosas. Así que confías para sobrevivir y al final todos salen ganando.

Sonreí y le serví otra copa de champán.

Confianza: creer que alguien es de fiar, honesto, íntegro, bueno.

Esas impresiones se forman con el tiempo, y nadie en todo el mundo me recordaba el tiempo suficiente como para confiar en mí. Así que lo hacía todo yo sola, y aquella vez no fue una excepción.

CAPÍTULO 15

Mascat, frente al mar.

Quería vender los diamantes, sabía que había compradores interesados, un mercado deseoso de comprar.

Me metí en la red oscura.

Mi anuncio había recibido ochenta y siete respuestas distintas cuando me metí en el foro.

De ellas, cincuenta y una eran una pérdida de tiempo que iban desde lo insultante a lo manifiestamente falso. Eso dejaba treinta y seis contactos dignos de consideración.

Desestimé de un plumazo las diez ofertas más altas y las diez más bajas. Una de ellas, por dos millones de dólares, cantaba a idiota de compañía de seguros o de agencia de seguridad, y la siguiente más alta, de 1,8 millones de dólares, venía acompañada de estas palabras: «Puedes confiar en nosotros para preservar tu anonimato.»

Yo no confiaba en nadie, y nadie en su sano juicio esperaría otra cosa de mí.

Centré mi atención en otras ofertas más convincentes, que iban desde los 650.000 a los 900.000 dólares en diferentes divisas. Dos ofrecían el pago en bitcoins, lo cual tenía cierto atractivo, pero una requería que enviara los diamantes a Sudáfrica, un riesgo que no estaba dispuesta a correr.

De las ofertas que quedaban encima de la mesa, elegí las cuatro que tenían mejor pinta: una que ofrecía bitcoins, otra que ofrecía hacer el intercambio en la ciudad que yo quisiera, una que requería la entrega en la India, y una última que me preguntaba si estaba interesada en recibir el pago a través de un casino en Macao.

Macao se cayó de la lista cuando el comprador pidió mantener una reunión preliminar en un yate privado anclado en la costa de Túnez. El comprador en bitcoins se cayó cuando pregunté por los detalles logísticos. Entre la India y la ciudad que me diera la gana, me decanté por la opción más cómoda.

«Estos productos tienen valor histórico», escribió la persona que me proponía la ciudad que yo quisiera, que operaba bajo el nombre de mugurski71. «Trabajo para un coleccionista. ¿Dónde quieres que nos veamos?»

Dos días de reconocimiento en Mascat.

La ubicación ideal: un lugar público, para minimizar las posibilidades de que me roben. Un lugar discreto, para poder

inspeccionar la mercancía de cada uno en privado. Un lugar sin cámaras de vigilancia, pero con acceso a medios de transporte y huida. Elegí el zoco de Muttrah. Antaño, bien pudo ser un lugar repleto de ladrones y callejones que apestaban a meados, de rincones oscuros y calles sin salida, de humo y mercancías tiradas por el suelo; un lugar que inspiraba las mentes de los poetas y los pintores llegados de Occidente, anegando sus sentidos con incienso. Ahora era una trampa para turistas y compradores que seguían confundiendo «brillante» con «valioso», un lugar plagado de hormigón y suelos impolutos. ¿Dónde estaban las exóticas casas de baños, repletas de mujeres desnudas, que aparecían en las obras de Ingres y de Matisse? ¿Dónde estaban los genios de *Las mil y una noches* , el misticismo del *Al Aaraaf* ? El mercado inmobiliario los había expulsado del tablero de juego, y aunque los puestos estaban atestados de productos, regateando apenas podías rascar un 10 por ciento de descuento, aunque fueras estadounidense y el precio inicial fuera desorbitado.

Paseé sin rumbo entre puestos repletos de telas de seda y cachemir, algunas más auténticas que otras. Examiné collares de oro, collares de algo parecido al oro y gruesos brazaletes de algo que no tenía nada que ver con el oro. Estaban extendidos en todo su esplendor sobre estantes tan apretujados entre sí en el tenderete que el vendedor tenía que ponerse de puntillas para asomarse por el diminuto hueco que quedaba entre sus mercancías. Remoloneé entre sacos inmensos de cúrcuma y azafrán, de clavo y canela; entre bandejas con dátiles, cubetas con aceitunas y lámparas de cristal que colgaban del techo, cuyas esferas estaban salpicadas de lunas y estrellas. Avancé repiqueteando entre sartenes de cobre y me encogí para sortear maniquíes engalanados con *abayas* de color azul y negro. Un vendedor sostuvo en alto un puñal curvado, metido en una funda con joyas incrustadas, y gritó en inglés:

—¡Eh, eh, señorita americana, tú muy guapa, vendo lo mejor, sí, lo mejor!

Otro me sorprendió mirando una pequeña tetera naranja sobre una mesa repleta de chuminadas y exclamó:

—¡Para tu marido!

En cambio, al otro lado del estrecho callejón, un anciano de barba blanca se quedó callado mientras yo examinaba un tablero de ajedrez tallado en esteatita, hasta que finalmente alzó la cabeza y, al percibir mis dudas, me dijo en voz baja:

—Solo debería comprarlo si piensa jugar.

—Es cierto —respondí—. Tiene razón.

Encontré el sitio adecuado, lleno de gente, lleno de escondites, sin cámaras de seguridad a la vista: una cafetería donde podías beber té y fumar *shisha* , donde contabas con la privacidad de las sábanas de

damasco y las celosías de palisandro para poder hacer negocios ilícitos.

Regresé a la habitación del hotel. Las pruebas de la solvencia de mugurski71 me estaban esperando en el ordenador.

También había un mensaje nuevo.

Byron14: ¿Por qué atacaste a Prometeo?

En circunstancias normales, suelo ignorar los mensajes enviados por desconocidos. La soledad me ha llevado a cometer muchos errores en mi vida. Así que apagué el ordenador y lo ignoré.

Dos horas después, cuando fui a comprobar si mugurski71 había ofrecido algo más:

Byron14: Sé que vas a hacer un trato con mugurski71.

Me quedé pensativa un rato, después de leer el mensaje. Me paseé por la habitación, abrí la ventana para escuchar el mar y finalmente volví a sentarme ante el teclado.

_porqué: No hablo de mis negocios con nadie.

Byron 14: ¿Por qué atacaste a Prometeo?

_porqué: No sé a qué te refieres.

Byron14: Le robaste el Crisálida a Shamma bint Bandar durante la presentación del nuevo producto de Prometeo en Dubái. Humillaste a Pereyra-Conroy, fue un bochorno para su empresa.

_porqué: ¿Quiénes son Prometeo?

Byron14: Son Perfección. Mugurski71 trabaja para Prometeo.

Volví a apartarme del ordenador, remoloneé por la habitación, bebí agua fría, me agarré los dedos de los pies y me estiré hasta que me zumbaron los oídos, después volví a sentarme.

Byron14 estaba esperando, paciente, al otro lado de la línea.

_porqué: ¿Qué interés tienes tú en esto?

Byron14: Al robar el Crisálida durante su velada, humillaste a Prometeo. Están colaborando con los Emiratos Árabes en su investigación.

_porqué: Eso no responde a mi pregunta.

Byron14: ¿Has accedido a reunirte con mugurski71?

_porqué: ¿Qué quieres?

Byron14: Envía a un señuelo. Contacta conmigo cuando termine.

Eso fue todo.

CAPÍTULO 16

Acostada, despierta, envuelta en la sofocante oscuridad de un verano en Mascat.

Sin pegar ojo.

Los ladrones son propensos a la paranoia. Un coche en mitad de la noche, una pisada en la sombra. Confianza. ¿En quién confías? En casi todos los delitos menores, el odio es tan buena garantía como el honor. Odio a la policía, odio la ley, odio al mundo. Esa es la razón por la que el típico ratero de tres al cuarto al que le caen tres años en Pentonville no se chiva de sus compañeros, porque, por mucho que sean unos cabronazos que te la clavan por la espalda, no son polis, no son de la pasma, y aunque no sean tus amigos, siguen siendo tus compañeros.

Cuanto más grave es el delito, mayores son los intereses y las razones para traicionar al otro.

Una escapada nocturna por las calles de Mascat, y tres hombres vestidos de blanco gritando, Eh, señorita, tú muy guapa, ¿eh?

Esos tipos podrían estar casados, serían capaces de golpear a otro hombre hasta matarlo por el simple hecho de mirar a sus mujeres, a sus hermanas, a sus hijas, pero cuando una mujer occidental pasea sola por las calles de Omán, no pasa nada, porque las mujeres occidentales son unas busconas, ¿no es cierto? Tienen que serlo, viendo cómo caminan y cómo hablan.

Tú muy guapa, ¿eh?

Durante un instante, me invadió el miedo de ser una mujer en un país extraño.

Soy la reina de las clases particulares: autodefensa, media docena de tipos diferentes de artes marciales; disparé con una pistola en un rancho de tiro en Nebraska, con un fusil en Kentucky. Siempre llevo una linterna en el bolso que, con muy poquito esfuerzo, puede convertirse en un arma contundente en caso de emergencia, y estoy entrenada para hacer daño a alguien, para hacerle daño de verdad, si mi integridad se ve amenazada.

Seguí corriendo, y mientras tanto conté los pasos. Fueron veintisiete hasta que los tres hombres desaparecieron completamente de mi vista.

La policía me ha capturado tres veces a lo largo de mi carrera.

La primera vez, cuando tenía diecisiete años, me pillaron con las manos en la masa robando en unos grandes almacenes de Birmingham. El guardia de seguridad que me abordó me estuvo sujetando del brazo hasta que llegó la policía. Tomaron nota de mi

nombre (falso), mi dirección (falsa), y cuando descubrieron la mentira, el sargento me miró a los ojos y dijo:

—Lo lamento, chiquilla, pero vamos a tener que detenerte.

Me metieron en la parte trasera del coche de policía y condujeron lentamente hasta la comisaría. Yo me encogí en mi asiento, sin decir nada, escuchando cómo los polis que iban delante hablaban del resultado del partido, de lo que habían dicho sus parientas y de lo mucho que uno deseaba tener más tiempo para ver a los críos, mientras que otro estaba preocupado por su padre. Cuando llegaron a la estación, uno de ellos dijo:

—¿Un té?

—Cojonudo —respondió el otro alegremente, y dicho esto, salieron del coche sin revisar el asiento trasero, cerraron las puertas y se marcharon a disfrutar de su descanso, dejándome allí metida, olvidada, preguntándome qué iba a hacer a continuación.

Al final, me encontró otro agente, que llamó a los conductores del coche y les preguntó qué demonios estaba pasando. No tenían ni idea; recordaban el aviso del robo en una tienda, pero una vez allí no había nadie a quien arrestar.

—Entonces, ¿qué narices está haciendo ella aquí? —inquirió el comisario—. ¿Quién es?

—Me abordaron unos tipos en la calle —dije—, me abordaron y me dijeron que me iban a hacer cosas, no sé por qué, pero el caso es que se pusieron a decirme esas cosas y me dio la impresión de que estaban borrachos.

Entonces me eché a llorar, lo cual no resultó muy difícil, dada la situación, y los polis me dejaron marchar y me pidieron que no los denunciara.

La segunda vez que me pescaron fue a través de la red oscura.

Yo tenía veinticuatro años y me había desplazado a Milán, atraída por la comida y la moda. Primeras impresiones; mi vida consiste en causar una primera impresión positiva. Cuando un intento falla, me marcho, me reinvento y regreso para intentarlo de nuevo. Aunque las primeras impresiones sean lo único con lo que cuento, al menos puedo ensayarlas hasta que salen bien.

Durante la semana de la moda, Milán está repleta de muchedumbres extrañas en los lugares más insospechados. Giras una esquina y ahí están, jóvenes y ancianos, vestidos con zapatos increíbles y sombreros ridículos, esperando a ver al conocido de un conocido de un amigo caminar por la alfombra roja. Las modelos abundan, pero resulta sorprendentemente difícil distinguirlas en la calle sin el maquillaje y los morritos, despojadas de todo glamur, caminando normal, sin menear las caderas. Era un ejercicio de

transformación, uno que estaba decidida a estudiar.

Colarme en la fiesta privada de Dolce & Gabbana resultó fácil. Te metes haciéndote pasar por camarera, y una vez dentro te pones un vestido. Ese año se llevaban los cuellos altos, las faldas cortas y la estética a lo *Star Trek* con estampados de cachemir. Me fijé en todas las mujeres importantes, en todas las modelos que trataban de buscarse la vida en ese mundillo, y copié sus sonrisas y su forma de caminar, con un pie delante del otro, en perfecta línea recta, con los dedos alineados con el talón.

Fue un arrebato de rabia lo que me llevó a robar a Salvatore Rizzo, rey de la belleza de sesenta y nueve años.

—Qué lástima, qué lástima —dijo, mientras me miraba—. Podrías llegar a ser alguien, pero no eres nadie, te falta presencia, ojos, labios. Y si pudieras aspirar a ser alguien, a estas alturas ya lo serías.

Pensé en decirle lo que pensaba, pero me contuve. Tenía veinticuatro años y estaba aprendiendo a ser profesional.

—Estas son las Lágrimas de la Zarina —dijo, deslizando los dedos primero por la gargantilla de oro y zafiros que llevaba puesta una modelo, después sobre la línea de su clavícula, finalmente por la pendiente de su brazo—. Las llevaba puestas Alejandra de Rusia el día que cayó el Palacio de Invierno. ¿Sabes cuánto valen?

Aproximadamente seis millones de dólares, pensé.

—Pues no —respondí—. ¿Cuánto?

—Para la gente corriente, dinero. Para mí, el alma humana. La muchacha que lleva puesta esta gargantilla no solo es hermosa, es extraordinaria, es un icono, un icono de lo que debería ser una mujer. Las mujeres tienen que ser hermosas, como diamantes, deberíamos venerarlas, anhelarlas, necesitamos sentirnos deseados por ellas, tenemos que mantenerlas a salvo, pulidas y perfectas. Esa es mi filosofía, eso es por lo que lucho. Como ves, soy un feminista, para mí son lo único importante en la vida. Las mujeres. Y la belleza. Y el alma.

Sonreí y me pregunté si alguno de los miembros del personal de seguridad iría armado.

En la barra, una modelo de Riga, de diecisiete años, susurró:

—Me dijeron que debía acostarme con él, pero una amiga mía le dejó hacerle cosas el mes pasado y luego la enviaron a casa sin pagarle lo acordado, así que voy a limitarme a seguir trabajando, a mantener el control, a llegar hasta la cima a base de esfuerzo.

—¿Por qué te dedicas a esto? —le pregunté.

—Por dinero —respondió—. Si consigo mantener el nivel, podré pagarme la universidad, pero no es fácil... Es una vida dura, tienes que cambiar todo lo que haces, tu manera de comer, de hablar, de hacer ejercicio, de dormir, de caminar. Todo. Pero, a veces, cuando desfilo

por la pasarela y todo el mundo se queda mirándome, puedo sentirlo.

—¿El qué?

—Me siento en plan... A la mierda todo. Soy la hostia. Soy poderosa. Eso es lo que significan las prendas, ¿sabes? Cuando son buenas, me acerco más a lo que soy en realidad. Y soy invencible.

Eso es lo que significa también la sonrisa, pensé, con los labios firmes en su sitio. Sonreí y no dije lo que pensaba, porque cuando me contengo en mis actos, soy algo más que yo misma: soy imparable.

—¿Qué quieres estudiar? —le pregunté.

—Renovación de zonas urbanas.

—¿Y moda no?

Se encogió de hombros.

—Ya sé de moda. Pero no sé lo suficiente sobre redes de transporte masivo.

Durante un instante, su sonrisa se volvió auténtica.

—Deberías estudiar —dije—. Creo que es una gran idea.

Tres horas después, me la encontré desmayada detrás de la barra. Alguien le había echado algo en la bebida y le había arrancado las bragas. En el hospital dijeron que no había indicios de penetración, pero la dirección le dio el alta, por si acaso. Dos horas después, las Lágrimas de la Zarina desaparecieron de la habitación de Salvatore Rizzo, requisadas por una mujer cuyo rostro nadie podía recordar.

El patrón de comportamiento habitual.

Puse en venta las joyas robadas, accedí a realizar el intercambio en una cafetería de Viena, llegué, pedí tarta Sacher y en cuestión de cinco minutos me topé con una orden de arresto y con un tipo con indicios de una alopecia prematura que me preguntó:

—¿Has traído abrigo?

Me quedé tan estupefacta por la situación, por la multitud de policías que se congregó a mi alrededor y por el pequeño grupo de turistas que se quedó mirándome a través del escaparate de la cafetería mientras me esposaban, que al principio no entendí la pregunta.

—¿Qué?

—Un abrigo —repitió pacientemente—. Hace mucho frío en la calle.

—Al lado de la puerta, el azul.

—¿Este?

—Sí.

Lo palpó rápidamente, no encontró nada relevante y me lo echó sobre los hombros.

—Vale, andando.

Se sentó a mi lado durante el trayecto hasta la comisaría de

policía, y recibió los aplausos de los agentes vieneses mientras me conducía hacia el interior. Me tomaron las huellas, lo cual era un problema. Los ordenadores se acordarían de mí. Tendría que ser más cuidadosa a partir de entonces.

En la sala de interrogatorios pregunté:

—¿Por qué le han aplaudido cuando entramos?

Hablaba en alemán con un acento que no logré determinar; no era ni el tono seco y preciso de Berlín, ni el deje arrastrado de Viena.

—Llevo tres años detrás de un ladrón de joyas —respondió—. Atraparte ha sido un golpe de suerte. ¿Te apetece un té helado, un café?

—¿No trabaja para la policía local?

—Interpol.

—Pensaba que la Interpol solo existía en las películas.

—En las películas hay mucho menos papeleo —respondió con un suspiro—. Escribir emails y clasificar hojas de cálculo no vende en taquilla, aunque tengo algunas bases de datos muy emocionantes.

Para mi sorpresa, sonreí, mirando a aquel policía con otros ojos. Era un pelín más bajo que yo, con brazos largos, el cuello achaparrado y una constelación formada por tres pequeñas verrugas junto a la oreja izquierda. Llevaba las uñas tan cortas que por fuerza tenía que haberse hecho daño al cortárselas. ¿Será que se las mordía de pequeño?

Onicofagia: el hábito de morderse las uñas compulsivamente. Aplicar un barniz químico a las uñas para evitar mordisqueárselas. Benzoato de denatonio, el sabor más amargo conocido por el hombre.

—¿Cómo se llama? —le pregunté, sorprendida de oír mi propia voz.

—Soy el inspector Evard.

—¿Hay inspectores en la Interpol?

—Somos policías, además de chupatintas.

Hablaba con suavidad; Tenía la espalda encorvada, una nariz aguileña y los ojos entornados, lo que permitía intuir un aire de resolución detrás de esa aura cortés y distraída. El miedo a ser arrestada estaba empezando a remitir, dejando paso a un pensamiento más racional. Las posibilidades de escapar parecían altas. Aquello no era más que un ligero contratiempo, ¿verdad? Aun así, ese inspector seguía teniendo mis huellas, y ahora también una fotografía.

Me observó, mientras yo le sostenía la mirada, y finalmente dijo:

—Hablas alemán con acento.

—Usted también.

—¿Podemos hablar en otro idioma?

—Preferiría hacerlo en español.

—Mi español deja bastante que desear.

—Entonces, sigamos mejor con el alemán.

—¿Quieres beber algo?

—Un café, por favor.

Me quitó las esposas y salió de la habitación. Me quedé sola.

Las paredes eran de color beis. No había espejo polarizado, pero sí una cámara de vigilancia apuntando hacia la mesa. La puerta era metálica, robusta, azul. Me levanté, avancé hasta quedar situada justo debajo de la cámara de vigilancia y empecé a contar.

Sesenta segundos: mi rostro comenzaría a difuminarse.

Cien segundos: el inspector Evard empezaría a preguntarse por qué llevaba dos cafés en la mano.

Doscientos segundos y los policías que habían aplaudido al inspector Evard por haber realizado ese arresto ya se habrían olvidado de por qué le habían vitoreado. Quizá le aplaudieron por recuperar las Lágrimas de la Zarina, que esperaban ser devueltas a su legítimo propietario. Puede que sus mentes ya estuvieran tejiendo una historia: los diamantes habían sido recuperados, pero el contrabandista se escapó. De momento, una victoria a medias.

Esperé, con la espalda pegada a la pared y la cámara de seguridad por encima de mi cabeza.

Esperé una hora, después dos, después cuatro, sin moverme, sin hacer ningún ruido, fuera del campo visual de la cámara.

Esperé hasta las once de la noche, cuando por fin me puse a aporrear la puerta de la celda y grité en mi mejor alemán:

—¡Sacadme de aquí, idiotas! ¿Dónde está mi cliente?

Después de dar golpes durante un rato, alguien vino corriendo y la puerta de la sala de interrogatorios se abrió. Un agente se quedó mirándome con desconcierto, y antes de que pudiera decir nada, exclamé:

—¿Dónde está mi cliente? ¡Llevo aquí una hora esperándole!

Confusión, duda. ¿Qué estaba haciendo esa mujer, vestida con ropa elegante, encerrada en una sala de interrogatorios?

—¿Dónde está su superior? —añadí, mientras me abría camino hacia el mostrador de recepción—. Dígale que quiero poner una reclamación... ¡Ah, el baño, por fin!

Me lancé hacia la puerta del cuarto de baño antes de que el poli pudiera reaccionar, y el muy iluso no me siguió. Esperé otros cinco minutos dentro del baño, después me lavé la cara, me alisé la camisa, me eché el pelo hacia atrás y salí de la comisaría de policía, por delante del mostrador de recepción, con la espalda erguida y la cabeza alta.

Nadie me siguió.

Al día siguiente, los periódicos informaron de la recuperación de las Lágrimas de la Zarina, aunque, lamentablemente, el ladrón había conseguido escapar. Dos días más tarde, seguí al inspector Evard desde la comisaría hasta el hotel donde se alojaba; un edificio gris y cuadriculado en Donaustadt. Cuando salió a cenar, me puse el abrigo y las botas de invierno, y le seguí al amparo de la noche.

Nevaba. En el suelo se había formado una capa de diez centímetros que crujía bajo las botas, empapaba los pantalones y te amorataba las rodillas. Una nieve que silenciaba los tranvías, que vaciaba las aceras y hacía que las luces amarillentas que se divisaban en las ventanas resultaran cálidas, lejanas. Me introduje las manos enguantadas bajo las axilas y proseguí la persecución. Evard a veces me veía, y alguna de esas veces se daba la vuelta solo para volver a verme por primera vez.

Una vez.

Y otra.

Pero nunca por segunda vez.

Se dirigió hacia una posada que no tenía nada de especial; un salón de techos bajos asentado por debajo de un apartamento de hormigón donde servían licores checos que olían a anís y sabían a jarabe para la tos, cervezas alemanas que tenían cada una su vaso especial, y salchichas hervidas, hortalizas hervidas, pollo empanado y diversas variaciones de repollo. Tomó asiento en un rincón y, para disgusto del camarero, pidió solamente media pinta de una cerveza cualquiera y un escalope con patatas fritas. Cuando se terminó la cerveza, me senté frente a él y dije:

—Disculpe, ¿es usted el inspector Evard?

—Sí, pero...

—Me llamo Joy —dije, tendiéndole la mano. Cuando alguien ofrece una mano, la mayoría de la gente la estrecha automáticamente; rechazarla requiere tomar una decisión consciente—. Nos conocimos en Milán, ¿se acuerda? Trabajo como fotógrafa de prensa independiente. Le he visto y pensé...

Evard no se acordaba, pero su mente ya se ocuparía de rellenar los huecos. Había estado en Milán, desde luego, siguiendo la pista del ladrón de las Lágrimas de la Zarina. A veces conocía periodistas. Arrugó el entrecejo. ¿Cómo podía haberme olvidado? En fin, ¿quién se acuerda de un fotógrafo?

Dejé que se comiera la cabeza un poco más, después añadí:

—Felicidades por haber recuperado las Lágrimas de la Zarina. Lo leí en el periódico.

—Gracias. Habría sido mejor si hubiéramos podido arrestarla, pero... gracias.

—¿Arrestarla? ¿El ladrón es una mujer?

—Su cara aparece en las grabaciones de seguridad de una docena de robos distintos. Ha sido descuidada: huellas digitales, ADN...

—¿Puedo invitarle a una copa?

—Pensaba volver al hotel, mi vuelo sale mañana temprano...

—Lo entiendo, no se preocupe.

—Señorita... Joy, ¿verdad?

—Sí, Joy.

—Me sorprende no acordarme de usted.

—Nos conocimos de pasada, en Milán, y había un montón de gente aquel día.

—Ya... —murmuró—. En fin, espero volver a verla pronto.

Tras decir esto se levantó, y yo le seguí a veinte metros de distancia, de nuevo al amparo de la noche, bajo la nieve, y me planté delante de su hotel hasta que vi apagarse la luz de su habitación. Entonces me sentí feliz, atolondrada incluso, como la niña nueva del colegio que por fin ha hecho un amigo.

CAPÍTULO 17

Unos años más tarde, me senté junto a un estanque a la sombra de la Gran Mezquita del Sultán Qaboos, con la cabeza cubierta, descalza, pensando en todo y en nada a la vez. Incluso a la sombra, las piedras seguían calientes por efecto del sol de mediodía, pero el roce resultaba agradable en la piel.

Diosas del sol:

- Amaterasu, que se escindió de su hermano Tsukuyomi, el dios de la luna, después de asesinar a Uke Mochi.
- Bastet, diosa leonina del atardecer.
- Shapash, jueza de los dioses que se negó a brillar hasta que Baal fue resucitado.
- Brigid, diosa celta del corazón, que, al morir su hijo, lloró y cantó al mismo tiempo, y que más tarde fue adoptada por la iglesia católica como santa cuyos poderes habitaban en fogatas y pozos sagrados.

No tenía ganas de rezar, pero me pregunté si alguna diosa del sol velaría por mí a pesar de todo.

Pensé en Byron14 y en mugurski71.

Pensé en los diamantes Crisálida, escondidos en mi habitación de hotel. ¿Por qué los había robado? Al principio había formado parte de un plan, de un desafío, de algo con lo que entretenerme. Pero Reina había muerto, y yo estaba lista para marcharme hasta que alguien dijo...

Perfección.

La princesa Shamma bint Bandar era perfecta, también Leena, pero Reina no, y entonces murió, así que tal vez...

...al ver las cosas en retrospectiva...

...es posible que permitiera que el rencor afectara a mi profesionalidad.

Rencor: un sentimiento de animadversión. El deseo de hacer daño o humillar.

Byron14 tenía sus propias intenciones ocultas, pero eso no significaba necesariamente que se equivocara.

Me quedé pensativa durante una hora y media, hasta que el movimiento del sol apartó la sombra de mi rostro y comenzó a arderme la piel. Entonces, me adentré en una sala de piedra blanca y

lámparas de araña, y me pregunté si esa muestra de opulencia, si esa elegante extravagancia, era lo que tenía en mente el Profeta mientras predicaba. Asistí a una conferencia en inglés sobre la interpretación del *hadiz* , cerré los ojos mientras hablaba el mulá y seguí pensando un poco más.

CAPÍTULO 18

Se cuentan muchas gilipolleces sobre la red oscura.

Datos encriptados, difíciles de rastrear (pero no imposible, que quede claro). Acecha por debajo de Internet, ese caldo de cultivo público formado por datos y tuits rastreables, como el submarino que discurre por debajo de un crucero. Aquí, los disidentes políticos cuelgan vídeos en los que se ve cómo las autoridades masacran a los de su etnia; allá, los trabajadores de una fábrica en Yunnan, consumidos por la desesperación, muestran sus últimos instantes mientras se arrojan desde las ventanas más altas. Sus muertes son filmadas con un *smartphone* y pasadas de estraperlo a través del Gran Cortafuegos de China. El hombre que murió aquel día fabricó ese ordenador que te salió tan barato... De haber conocido su sufrimiento, ¿lo habrías comprado en otra parte? (¡Pero es que era muy barato! ¡Baratísimo!). Los gobiernos usan la red oscura para negociar y comunicarse a salvo de miradas indiscretas. La inventó la marina de Estados Unidos, y a través de ella se salvaguardan tratados, se revelan secretos.

Anonymous se ponen sus máscaras de Guy Fawkes y hacen caer los servidores de los gobiernos y las grandes empresas, luchan tanto por pequeñeces como por causas nobles. Hoy, realizan un ataque DDoS contra el gobierno ruso en represalia por la muerte de un periodista que dio su opinión sobre el tema de Ucrania. Mañana, borrarán un servidor de policía en Scotland Yard, eliminando los registros de uno de los suyos y, accidentalmente, asegurando la libertad de dos condenados por asalto a mano armada, tres ladrones y un violador.

Dicen que, a veces, las causas son ciegas. A veces, la gente sale herida durante la lucha por la libertad.

Libertad para ver pornografía infantil.

¡¡Mi página web tiene 40.000 reseñas positivas y más de 3.000 imágenes!!

O quizá:

Heroína, sin cortar, dos kilos traídos directamente desde Afganistán. Máxima calidad, cuidadosamente empaquetada y entregada. Por favor, hagan sus ofertas poniendo en el asunto: «Puja para la subasta».

No existe acto demasiado denigrante, ni violencia tan extrema que no pueda satisfacerse en la red oscura. Si pagas en dólares, euros, bitcoins o yenes, alguien, en alguna parte, hará que tus sueños se hagan realidad.

El día que iba a intercambiar 2,2 millones de dólares en diamantes con un usuario anónimo que respondía al nombre de

mugurski71 en una cafetería de Omán, hice caso a lo que me dijo Byron14 y envié un señuelo en mi lugar.

Se llamaba Tola, la habían traído ilegalmente desde Tailandia cuatro años antes para trabajar en el servicio doméstico. Su pasaporte se lo quedó la agencia que había organizado el traslado, su salario se lo retenían por «requisitos de seguridad», y cuando llevaba tres semanas en la casa donde estaba sirviendo, el padre de familia, con cincuenta y cuatro años y nueve hijos, intentó violarla. Tola le mordió la oreja con tanta fuerza que tuvieron que ponerle puntos, así que la arrestaron. Cuando el tipo salió del hospital no presentó cargos, pero la agencia que había traído ilegalmente a Tola le dio una compensación por las molestias y encerró a Tola en un burdel del desierto antes de que al otro le diera tiempo a cobrar el cheque.

—Soy buena —me dijo cuando llamé—. Hablo bien francés.

Le dije que se reuniera conmigo en el zoco, y dejé un teléfono móvil sobre una mesa de la cafetería donde iba a tener lugar la transacción.

A través de la cámara del móvil, vi cómo asomaba la cabeza de Tola, desenfocada. No cogió el teléfono, no lo examinó, no mostró la más mínima curiosidad. Se quedó sentada, esperando, con una expresión casi imperceptible en sus facciones, como un viejo fragmento de vídeo reproducido en bucle.

Desde mi móvil, a unas cuantas tiendas de distancia, le envié la ubicación de Tola a mugurski71 y esperé.

Llegaron al cabo de diecisiete minutos, y en cuanto lo hicieron, quedó claro que era una trampa. El hombre que entró en la cafetería tenía un aspecto de lo más respetable: traje de lino color crema, gafas de sol, entradas que dejaban su frente al descubierto y un pañuelo de seda doblado en el bolsillo de la chaqueta. Los siete hombres que se colocaron alrededor del local y sus accesos no se molestaron siquiera en disimular sus armas; uno de ellos, un idiota que se merecía perder ambos testículos por culpa de un disparo accidental, llevaba la pistola enganchada al cinturón.

Todo esto lo vi mientras caminaba entre ellos, contemplando las vistas del mercado como una buena turista. Capté la conversación que se estaba desarrollando en la cafetería y me alegré de no formar parte de ella.

¿Dónde está la mercancía?

Muy bien, muy bien.

¿Dónde están?

¿Conoces lugar cerca de aquí? Yo conozco lugar cerca de aquí.

¿Sabes de lo que te estoy hablando?

Muy bien. Sí, claro, muy bien.

Tola se inclinó sobre la mesa, alargando una mano para acariciar

el muslo del comprador. Un bofetón. El tipo la empujó, Tola se encogió y puso cara de animalillo herido.

Llamé al móvil que había dejado en la cafetería.

Respondió mugurski71.

—¿Diga?

—Demasiadas armas en la sala —dije—. ¡Despídase de los diamantes!

El tipo intentó decir algo, pero colgué, saqué la batería y la tarjeta SIM, y las tiré a la basura mientras me alejaba.

Salí de Omán aquella noche, después de robarle el billete a una pasajera de un crucero que se dirigía al Mar Rojo. No pude utilizar el camarote de la mujer; consiguió que la dejaran embarcar a base de gritos, y pronto se puso en marcha la búsqueda del polizón. Lo que sí pude hacer fue sentarme en la barra y pedir algún que otro mejunje sin alcohol mientras esperaba a que los de seguridad tirasen la toalla y le dijeran: «A lo mejor lo ha perdido, señora», antes de que saliéramos del puerto. No podía llevar ningún equipaje que llamara la atención, así que me paseé por ahí con mi mercancía robada y me quedé despierta hasta las tres de la mañana, cuando por fin pude echar una cabezada durante la proyección de una comedia romántica cutre en la sala de cine del barco, que abría toda la noche.

Por el día, dormité en una terraza que daba al mar mientras los motores rugían por encima y gruñían por debajo. Compré un bikini carísimo en la tienda de a bordo, me cambié en el baño, me bañé en la piscina al aire libre del transatlántico, me aseé en las fuentes que manaban a ambos lados de la cubierta y me sequé al sol; conocí a un predicador y a su esposa, a un comandante de la RAF jubilado, a una antigua profesora de claqué y a sus cuatro aborrecibles hijos, a un tipo que decía dedicarse a comerciar con «materias primas» (sospecho que era un traficante de armas), y a un grupo de estudiantes de interpretación que todos los días organizaban «La actuación matutina feliz para los peques: *Mi amigo el gigante* », y que luego, por la tarde y en el mismo escenario, representaban «La función cultural para adultos: *Ricardo III* ».

—Yo interpreto al rey Ricardo —me contó uno de ellos, en confianza—. Es un gran papel, en serio, es un papel increíble, de lo mejorcito, pero entre tú y yo, me lo paso mejor siendo un brócoli parlante durante la actuación matutina.

—No sabía que hubiera un brócoli parlante en *Mi amigo el gigante* .

—¡Yo tampoco! Pero el director estaba inspirado.

Una pareja en el comedor de primera clase, la más hermosa que había visto en mi vida. El hombre estaba radiante, pero en lugar de eclipsar a la mujer, potenciaba su hermosura. El salón entero se dio la vuelta para verlos entrar. Los camareros se apresuraron a tomar nota de su pedido —que fue un insípido plato vegetariano y una extraña bebida proteica—, y, durante todo ese rato, la mujer apoyó la barbilla sobre el reverso de su mano y se rio de los chistes del otro, con una risa que era como el sonido agudo de la plata al repicar contra una copa de cristal, y lo hizo sin mirarle a la cara, ya que se dedicó a examinar la estancia como un animal receloso de los depredadores que lo acechan.

Me acerqué a ellos por curiosidad, les dije que era productora en la BBC y que disculparan la intromisión, pero que me resultaban familiares. ¿Habían salido en la tele?

—Aún no —respondió el hombre, con una sonrisa deslumbrante.

—¡Ay, una productora, qué maravilla! —exclamó la mujer, y después de unas cuantas frases cortas y de un par de referencias a mi amigo el director general y a lo emocionante que era descubrir nuevos talentos, me hicieron sitio en su mesa.

—Me encantaría salir en la tele —dijo la mujer—. No por ser famosa, no es eso, es que creo que tengo muchas cosas importantes que decir.

El otro metió baza cuando mencioné el programa *Top Gear* ; me preguntó si conocía a los chicos y si había conducido alguno de los coches.

—Son unos tipos geniales, geniales... Esa química que se ve en pantalla es real, de veras, es absolutamente real —mentí—. ¿Te gustan los coches?

Pues sí, claro que le gustaban, precisamente acaba de comprarse su primer Jaguar...

—Él quería un Ferrari —exclamó la mujer—, pero no pienso permitir que cometa una tontería tan gorda.

Escuché lo que decían durante un rato, soltando de vez en cuando alguna mentira podrida y algún halago gratuito, hasta que por fin la mujer se inclinó hacia mí y me dijo:

—¿Tienes Perfección?

—Sí, claro que sí. Aunque hace tiempo que no la utilizo.

—¡A nosotros nos cambió la vida! —exclamó.

—Sí, nos la cambió —coincidió él.

—Este viaje: la exclusividad, la mejora a primera clase... Me dijo: «Necesitas darte un respiro», y tenía razón, vaya si la tenía. Al fin y al cabo, me tiene localizada con el GPS, sabía todo el tiempo que pasaba en el trabajo...

—Demasiado... —añadió el caballero.

—«Las vacaciones perfectas, para la versión perfecta de ti», eso

fue lo que me dijo. Y lo son, ¿verdad? ¿A que lo son?

—¿No te sientes como si te hubieran vendido un paquete vacacional? —inquirí.

—Pues claro que nos han vendido un paquete —replicó él, como si no pudiera concebir que a alguien se le ocurriera algo que él no hubiera pensado ya—. Todas estas compañías de cruceros y agencias de viajes tienen acuerdos con Perfección, claro que los tienen. Pero no por ello dejan de ser las vacaciones perfectas...

—¡Las vacaciones perfectas!

—¿Verdad?

Sonreí y observé de nuevo a esa pareja. Me imaginé las horas que se habrían pasado en la silla de un dentista, el flujo de la anestesia general antes de la cirugía plástica, los días que habrían malgastado en ir de compras, los amigos que habrían dejado atrás por falta de excelencia social.

—Las vacaciones perfectas para la pareja perfecta —murmuré, y les robé la llave de su camarote.

Mientras ellos terminaban de cenar, utilicé su ducha y les robé un reloj, el dinero en efectivo y un neceser de maquillaje.

CAPÍTULO 19

Dilema para quienes están solos: buscar contacto humano en cualquiera de sus formas, o sentirse a gusto sin tener compañía alguna.

Yo alterno entre ambas opciones.

Llegué a pasar quince días sola en una cabaña en mitad de un bosque canadiense antes de venirme abajo. Al final, paralizada y sollozando, tuve que llamar a la policía para que viniera a rescatarme.

Me recogió una mujer con un sombrero marrón. Cuando llegó, me aferré a su brazo y le dije que lo sentía, que lo sentía mucho, que no sabía lo que me pasaba, pero que no podía moverme, mis piernas se negaban a responder, intenté caminar, pero las piernas no me sostenían, así que tuve que reptar hasta el teléfono. Le dije que había sombras en las ventanas, ruidos en la oscuridad. Le dije que pensé que me las apañaría, pero nada más lejos de la realidad.

La mujer, una completa desconocida, me abrazó fuerte y dijo:

—Tranquila, tranquila, te pondrás bien. A veces el bosque causa este efecto en la gente. No eres la primera que nos llama, y seguro que no serás la última. Tranquila.

En cualquier otro lugar, es posible que me hubiera reprendido por hacerle perder el tiempo a la policía, pero allí, donde su jurisdicción eran dos mil kilómetros cuadrados de bosque, donde conocía el nombre de todas las personas que vivían en él, no pensaba andarse con formalidades. Me llevó en coche hasta el pueblo, que se encontraba a cincuenta kilómetros, me invitó a su casa, preparó café, encendió la tele y dijo:

—Mis hijos volverán pronto. ¿Quieres quedarte a ver una peli?

Vimos *La bruja novata* , una comedia de Disney poco conocida en la que salían estafadores, nazis, leones obsesionados con el fútbol, conejos y magia.

—Cuando sea mayor —dijo la hija más pequeña, y yo pensé que iba a decir que quería ser bruja, o caballera, o soldado—, quiero ser la dueña de un museo.

Cuando se apagó la luz y los niños se durmieron, le di las gracias a la sheriff y le dije que no entendía lo que me había pasado.

—Supongo que hay gente que no está hecha para vivir sola —respondió ella—. Si ese es tu caso, no tienes por qué avergonzarte.

Durante los meses siguientes, me dediqué a viajar por Norteamérica. Me cité con psicólogos y asistí a conferencias;estudié revistas y periódicos; hablé con académicos y monjes, con hombres y mujeres que habían estado recluidos en soledad durante años.

—Cada cual debe encontrar su propia felicidad —me dijo uno—. A veces es difícil, a veces hay que excavar hondo, pero está ahí, esa cosa que llevas dentro y que te permite estar en paz.

Le pregunté qué ocurrió cuando le liberaron de su celda tras de siete años de aislamiento.

—Fui al hotel y me reuní con mi esposa. Me abrazó y se echó a llorar, pero yo no dije nada. Mis sentimientos se habían entumecido. Hacía siete años que no tenía necesidad de hablar, ni siquiera sabía si recordaría cómo hacerlo.

Un prisionero de una cárcel de seguridad en Florida, sentado en el borde de la cama de un hospital.

—Ahora estoy lúcido —dijo—, pero llevo once días en el hospital. No es la primera vez que me meten en régimen de aislamiento. Es cuando te separan del resto de los reclusos, para que no puedas hacerle daño a nadie.

—¿Le hizo daño a alguien? —pregunté.

—Maté a un hombre —respondió, encogiéndose de hombros—. Quería matarme.

—¿Está seguro de eso?

—Claro que estoy seguro. Por la forma que tenía de mirarme, como si supiera que iba a morir. No tuve más remedio que ocuparme primero de él.

—¿Y por qué está ahora en el hospital?

—Intenté ahorcarme con mis sábanas. Es la tercera vez que intento suicidarme, pero ya me siento mejor, me siento bien ahora que me ha visto el médico, pero supongo que cuando me manden de vuelta lo volveré a intentar hasta que lo consiga.

Con calma, con mucha calma, se quedó sentado con la barbilla apoyada sobre las manos. Culpable de tres homicidios a los veintidós años, aislado de por vida.

—Antes soñaba, cuando estaba incomunicado —dijo, asomando la mirada a través de sus manos—. Pero ya casi no sueño. Me limito a esperar.

—¿A qué espera?

—No sé. Espero sin más.

No le tengo miedo a la soledad. Ya no.

Disciplina.

Soy la reina de las citas por Internet, de los encuentros a un solo clic de distancia. La gente me olvida, pero mi perfil digital permanece, grabado a fuego en código binario, recordado por la red, que es mucho más fiable que la mente humana. Internet está concebido para el corto plazo. ¿Ves algo que te gusta? Ponlo en favoritos. ¿Te gusta lo que ves en este preciso momento? Llámame. Estoy aquí mismo,

esperando.

—¡No te pareces en nada a la foto de tu perfil! —exclama la gente cuando me presento en la cita que hemos concertado de antemano.

Soy idéntica a mi foto de perfil, pero mi rostro es más fácil de olvidar que una fecha y una hora que has guardado en tu *smartphone*. Normalmente tienen que añadir algo apresuradamente, para disimular el bochorno de no acordarse de mí, de no haberme reconocido.

—Pero estás muy bien, ¿eh? —añaden—. Es decir... estás mucho mejor en persona.

Las pausas para ir al baño son la perdición de una buena cita. Los hombres que al cabo de apenas veinte minutos necesitan vaciar la vejiga no me sirven para nada. Durante los tres minutos que pasan en el lavabo, sus recuer-dos se desvanecen y, cuando vuelven a salir, hasta los más ardientes amantes se han olvidado de mis facciones, y la inmensa mayoría olvidan incluso que estaban teniendo una cita.

De igual modo, resulta fácil librarse de los tipos que son un coñazo. Tres minutos en el baño de mujeres y, cuando regreso, lo más probable es que el tipo en cuestión esté pagando la cuenta y escribiendo a sus amigos.

«Hola», escribiría, «estoy en el centro tomando algo. ¿Estáis por aquí?».

La mente llena los huecos, inventa excusas.

—Soy un buen hombre —dijo el inspector Luca Evard, el día que se enteró—. No me olvido de la gente con la que me acuesto. Yo no soy así.

Solo porque te hayas olvidado de mí, ¿significa que no soy real?

Ahora.

Olvidas.

Ahora.

Soy real.

Realidad: el estado hipotético de las cosas tal y como existen de verdad.

Respiro, y en el tiempo que tarda el aire en salir de mis pulmones, desaparezco de la mente de los hombres y dejo de existir para todo el mundo, menos para mí.

CAPÍTULO 20

El transatlántico atracó en Sharm el-Sheij justo antes del amanecer, y se acercó lentamente al muelle a medida que salía el sol. Me maquillé para disimular el cansancio que se reflejaba en mis ojos y crucé la frontera con mi pasaporte australiano entre la maraña de turistas. El árabe egipcio es muy distinto del convencional y de los dialectos sudaneses que yo hablaba, y aunque podía entenderlo bastante bien, me costaba responder con fluidez. Pero, aunque lo hubiera hablado mejor, los lugareños no parecían demasiado interesados en conversar.

—¿Quiere ver pirámides? ¡Yo la llevo! ¿Quiere comprar figuritas? ¡Tengo todas las figuritas que quiera, objetos antiguos, de calidad, vamos, venga a ver! ¿Quiere taxi? ¿Quiere restaurante? ¿Quiere ver el Nilo? ¿Quiere visita guiada? ¡Yo tengo lo mejor, lo mejor!

Solo una lugareña que estaba en el resort parecía dispuesta a conversar conmigo, cambiando al árabe sirio tras escuchar mi acento, y diciendo:

—¿Usted no es turista?

—Soy trabajadora social —respondí—. Colaboro con Médicos Sin Fronteras.

—¡Anda! ¿Y está trabajando en Egipto?

—En Sudán.

—Es un lugar horrible. Es usted una mujer muy buena por ir allí.

—No está tan mal.

—Es un lugar horrible... ¡y la gente es horrible también!

—Egipto también tiene sus propios problemas.

—Desde luego, pero al menos aquí el único problema es el gobierno.

—¿Me deja que la invite a un café? —pregunté—. Me gustaría saber más sobre eso.

—Me encantaría —respondió la mujer—, pero alguien podría pensar que es usted periodista.

Rechazada, traté de hablar con los turistas, centrándome en aquellos que viajaran solos. Sharm se compone de hoteles, palmeras, piscinas y restaurantes, cada cual más caro que el anterior. Antaño, las aguas azules y cristalinas y la laguna salada atraían a norteamericanos y alemanes. Durante los últimos años, la clientela estaba cambiando, y la superficie del agua resplandecía con una capa de crema para el bronceado. Vi a un padre ruso arrojar a su sollozante hijo al mar, gritando «¡Nada, nada, nada!», mientras el niño cabeceaba, gorgoteaba y estaba a punto de ahogarse en su afán por agradar a su progenitor. Vi a unas niñas brasileñas olisquear la comida que les servían en unas fuentes de cristal y exclamar: «¡No nos gusta, tiene

demasiadas calorías!», para a continuación enviarlas de vuelta a la cocina.

—Solo comidas líquidas —explicó una joven portuguesa—. Tengo que cuidar la línea.

Dormí durante las horas más calurosas del día, para recuperarme del tiempo que había pasado como polizona en el barco, y al atardecer salí a buscar compañía. Cruzar el pueblo bajo el clima británico me habría llevado menos de una hora. Con el calor abrasador de Egipto, tuve que detenerme cada diez minutos para buscar la sombra. Incluso mi pelo estaba caliente al tacto.

Por la noche me metí en la red oscura, en busca de Byron14.

Byron14 no estaba allí.

Otro día perdido paseando por el pueblo, muerta de aburrimiento; harta del sol, harta de no hacer nada, harta de verme obligada a huir.

—¡He perdido treinta kilos gracias a Perfección! —exclamó una mujer británica con la que estuve nadando en la laguna salada—. Ya tengo setecientos cincuenta mil puntos, y la aplicación tomó el mando de mis compras online porque estaba pidiendo demasiados alimentos grasos, así que me puso una dieta estacional de verduras y frutos secos, ¿no es maravilloso?

Me quedé mirándola —su cuerpo perfecto, su figura perfecta, sus curvas perfectas, sus dientes perfectos, su melena perfecta, su sonrisa perfecta— y me di cuenta de que aborrecía todo lo que representaba esa mujer, y todo lo que representaba yo, y también aborrecía ese lugar, así que le espeté:

—¿Cuándo fue la última puta vez que pensaste por ti misma?

Entonces me alejé de ella nadando a toda velocidad y me sumergí para ocultar la vergüenza de mi yo imperfecto. Permanecí así hasta que ya no pude contener más la respiración.

Por la noche, en una heladería, me conecté a la red oscura y esperé a que Byron14 diera señales de vida. Cuando apareció era la una de la madrugada, y todavía se escuchaba el estruendo de la fiesta que estaban celebrando en el garito de al lado.

Byron14: ¿Estás a salvo?

_porqué: ¿Cómo sabías lo de mugurski71?

Byron14: Conozco su trabajo.

Una foto del tipo de la cafetería de Mascat, tomada en otro momento, en otro lugar. En esa foto parecía más viejo, estaba

encorvado, con la cabeza ladeada, como si estuviera intentando recordar dónde había dejado la cartera. Nada que ver con el desconocido armado que acudió a reclamar mi premio.

_porqué: Es él. ¿Para quién trabaja?

Byron14: Seguridad de Prometeo.

_porqué: ¿Por qué me persigue?

Byron14: Su jefe cree que le humillaste al robar a sus invitados. Tus actos hicieron peligrar un acuerdo. Se comprometió a encontrarte y a devolver los diamantes como prueba de la fortaleza de su compañía.

_porqué: ¿Cómo sabes todo eso?

Byron14: Vigilo a Prometeo.

_porqué: ¿Por qué?

Byron14: Eso es asunto mío. ¿Cómo conseguiste acceso al 106?

_porqué: ¿Qué es el 106?

Byron14: No pretendo hacerte daño con mis preguntas.

_porqué: Pero es que no las entiendo. Yo iba tras los diamantes, nada más.

Byron14: ¿De veras?

Lamí los restos derretidos de un helado de pistacho del reverso de una cuchara mientras la gente guapa y acomodada paseaba tranquilamente a mi alrededor.

_porqué: Murió una chica. Era amiga mía. Quería ser perfecta, pero al mismo tiempo le asqueaba serlo. Me apeteció pegarle un susto a la gente perfecta. Disfruté llevándome algo que era suyo. Dime, ¿te apetece comprar unos diamantes? Te rebajo el precio, por el favor prestado.

Byron14: Ya veremos. ¿Tienes Perfección?

Un momento.

Me acomodé en mi asiento y me di cuenta de que había empezado a contar, sin darme cuenta, mientras miraba por la ventana. Conté coches deportivos (tres) y coches que, a juzgar por el peso que ejercían sobre las ruedas, debían de tener armazones reforzados y

cristales a prueba de balas (dos). Conté jovencitas monas con zapatos de plataforma y bolsos que debían de valer más de doscientas libras. Conté las hojas de las palmeras que habían plantado con tanto mimo, y el número de farolas que llegaban hasta donde me alcanzaba la vista. Pasó un todoterreno blanco e inmaculado, captando brevemente mi atención. En la parte trasera, sobre un remolque, llevaba un enorme yate blanco, con el casco y la cabina adornados con pegatinas que proclamaban «Palestina libre». Me fijé en ello y me eché a reír, y la gente se me quedó mirando, así que paré y volví a ponerme frente al teclado. Byron14 estaba a la espera.

_porqué: No. Aborrezco todo lo que he visto de Perfección. ¿Es importante?

Byron14: Para un posible encargo.

_porqué: ¿Quieres contratarme?

Byron14: Deberíamos continuar esta conversación en otro momento.

_porqué: ¿Por qué?

Byron14: mugurski71 te está buscando, y la red oscura no es inmune a los ataques.

_porqué: No me encontrará.

Byron14: Estás en Egipto, probablemente en la costa, seguramente en el Mar Rojo, probablemente en un complejo turístico.

Seguí contando.

Mis respiraciones.

Mi mundo.

Tecleé despacio, con cuidado.

_porqué: ¿Por qué piensas eso?

Byron14: Le seguí la pista a mugurski71. Estaba en Omán hace cinco días. Como es lógico, tú tuviste que huir después de la transacción fallida. No es probable que te arriesgaras a volver a Dubái; la frontera con Arabia Saudí está cerrada, y es peligroso cruzar a Yemen. Las únicas opciones restantes son viajar por mar o por aire. Hace cuatro días, una pasajera de un crucero presentó una reclamación porque le habían robado su billete para un navío que se dirigía hacia Egipto. El barco llegó esta mañana y, según la aduana, desembarcó un pasajero más de los que estaban registrados en el crucero. No es difícil comprobar esas cosas. Como ya te he dicho, es posible que los dos nos

beneficiemos de interrumpir esta conversación.

Dediqué un rato a reflexionar acerca de todo aquello. No encontré nada que pudiera rebatir.

Volví a escribir, y fui la primera sorprendida por el contenido de mi mensaje:

_porqué: ¿Y si trabajásemos juntos? ¿Qué pasaría?

Byron14: ¿Podrías conseguir acceder al Club 106?

_porqué: Puedo entrar en cualquier parte.

Byron14: No estoy para fanfarronadas.

_porqué: Tengo la mercancía de Dubái.

Nada.

Deslicé los dedos entre las teclas, rozándolas ligeramente, palpando su forma.

Cuando aprendes a forzar cerraduras, hay que meterse granitos de sal entre las yemas de los dedos para aumentar la sensibilidad.

Entrecerré los ojos, sentí las diminutas irregularidades de las teclas, la mugre alojada en los bordes, el suave relieve de las letras.

Esperé a que Byron14 respondiera, y me pregunté si él también estaría contando sus respiraciones.

Byron14: Está bien. ¿Te importaría retomar esta conversación dentro de tres días?

_porqué: Será un placer. Gracias por tu ayuda.

Byron14: Buena suerte.

Byron14 se desconectó.

CAPÍTULO 21

De vuelta en el hotel, hice el equipaje a toda prisa y dejé la habitación antes de lo previsto. ¿Había llegado el momento de arriesgarse a coger un avión? Busqué el aeropuerto de Sharm el-Sheij. No sería imposible colar los diamantes, pero ¿y si mugurski71 lo estaba vigilando?

Y si, y si, y si: el mantra perpetuo del ladrón a la fuga.

Conté mis respiraciones, buscando esa delgada línea entre la precaución sensata y el terror irracional. Era perfectamente posible que alguien llevara encima una foto mía, y que al fijarse en mis facciones dedujera que las dos éramos la misma persona. En el futuro, solo recordaría llevar esa foto, no mi rostro, pero era el momento presente lo que tenía que preocuparme.

Plantada en el vestíbulo del hotel, le pedí a la recepcionista que llamara a un taxi.

—¿Adónde?

No tenía adónde ir, salvo al aeropuerto.

—Voy a embarcarme en un crucero —mentí—. Para atravesar el canal de Suez.

Daba igual que me creyera o no; olvidaría la mentira tan rápido como la verdad. Lo importante era camuflar los registros digitales. Así pues, en las grabaciones de las llamadas a una empresa de taxis solo habrían de escucharse referencias al mar.

—Diez minutos —dijo la recepcionista.

Sonreí y salí a la calle, bajo un sol de justicia, para buscar un taxi por mi cuenta.

*

El olor a ambientador, el sonido del pop árabe, ondulaciones y el tamborileo de la percusión, una funda de cuentas de madera en los respaldos de los asientos, el tañido agudo del violín y el soniquete del teclado eléctrico.

—¿Adónde? —preguntó el conductor.

—Al aeropuerto —respondí.

Un edificio en mitad de la nada. Montañas por detrás, polvo amarillento por todas partes. Estaban pensando en añadir otra terminal, en ampliar la pista, a medida que la gente acudía en manada al mar. !اهلاوسهلا! ¡Bienvenue! ¡欢迎! ¡добро пожаловать!

Compré un billete para Estambul, tomé asiento en la sala de espera, me puse a observar a la gente, a los agentes de seguridad, y esperé.

Conteniendo el pánico, atravesé la aduana.

Estuve tentada de ponerme el collar, pero no; aún había muchas imágenes de las joyas robadas rondando por ahí. Una serie de planes ridículos comenzó a desfilar por mi mente: un diamante metido en el zapato, diamantes engullidos en mi estómago, guardados en los bolsillos, en el abrigo, en el reverso del móvil donde debería estar la batería... pero no. En cuanto un inspector de aduanas encontrara un diamante, empezaría a buscar los demás. Lo mejor sería echarle un par y confiar en las lagunas de la memoria en caso de que tuviera que echar a correr.

A casi todos los enlaces y mulas a los que pescan cruzando la frontera, los cazan porque parecen asustados.

Me metí en el lavabo de mujeres y me formé una imagen mental de quién quería ser. Sombra de ojos del mismo color que el desierto al anochecer y una sonrisa encantadora: cansada por el viaje, resignada por la distancia que aún faltaba por recorrer, pero feliz por volver a casa, tranquila y relajada, con el cuerpo atemperado bajo el sol de Egipto.

No soy Hope Arden.

No tengo miedo.

(Mis padres se habrían avergonzado de mí si me hubieran visto en ese momento.)

Me enderecé y me fui directa hacia la frontera.

CAPÍTULO 22

Creo que he conocido a alguien como yo.

Lo digo con ciertas reservas, ya que no consigo recordar la experiencia.

Una serie de documentos: cartas, fotos, un globo de nieve con el Empire State Building en su interior, el resguardo de una entrada para un espectáculo en Broadway. Recuerdo la función, recuerdo el Empire State, recuerdo una noche fría de noviembre, la nieve que empezaba a caer... pero no recuerdo haber tenido compañía en ningún momento.

Y, aun así, en una pequeña taquilla en Newark, hay una caja de plástico, cuidadosamente sellada, que contiene una foto en la que salgo yo con un hombre, un desconocido, y los dos estamos sonrientes a la salida del teatro. Otra foto, de un rostro que no logro recordar, en la Quinta Avenida, saludando, con un gorro de lana con orejeras calado hasta los ojos, dos borlas verdes y blancas rebotando alrededor de su cuello. El tipo tiene un aspecto ridículo. Aparenta treinta y pocos años. Una carta que lleva en la mano dice que tiene treinta y dos. Basándome en la fotografía, calculo que medirá aproximadamente 1'72, tiene el cabello castaño claro, los ojos grises, y tiene un lunar en la barbilla. Da la impresión de tener sobrepeso, pero es un efecto óptico producto de sus facciones, de unos ojos demasiado grandes para el rostro que los contiene, de una piel suave y de un cuello demasiado corto para el cuerpo sobre el que reposa. La cámara retrocede y, durante un instante, parece un niño por debajo de ese abrigo y esas botas de invierno, un niño flacucho que aún no ha alcanzado su destino como hombre adulto y corpulento.

Ahora cierro los ojos.

Ahora.

Y ahora no consigo recordar su aspecto, pese a que acabo de ver su foto hace un instante. Recuerdo haber anotado esos rasgos, y los puedo volver a describir —cabello, ojos, estatura—, pero no son más que palabras, conceptos abstractos que no conforman un individuo. Así es como debe sentirse Luca Evard.

Abro una caja repleta de recuerdos inmortalizados y me encuentro con alguien que es como yo.

Una carta, escrita por mí, dirigida a mí, redactada cuando tenía veinticuatro años. Una fotografía en la que se me ve escribiendo, después otra de un desconocido en el mismo lugar, la estación de la calle 53, esperando el tren a Queens. Recuerdo haberla escrito; no recuerdo con exactitud lo que escribí, pero estoy segura de que no había nadie conmigo, ningún fotógrafo. ¿Por qué escribí la carta?

Porque estaba aburrida, tal vez, mientras esperaba el tren. ¿Por qué me dirigía a Queens? Por curiosidad, más que nada. Eso es lo que aseguran mis recuerdos, y aun así, tengo una carta que dice, de mi puño y letra:

Esta noche he conocido a alguien que es como yo. Como nosotras. Pongo «nosotras», pese a que me estoy dirigiendo a mí misma, porque cuando lea esto no podré evocar los sucesos que ahora sí recuerdo, y debido al olvido seré, en cierto modo, una persona distinta a la que soy ahora, en este momento. Somos la misma persona, yo soy tú, tú eres yo, pero habremos experimentado este presente, este momento desde el que te escribo, de una manera totalmente distinta, cuando el presente se convierta en pasado, y viceversa.

Esta noche he conocido a alguien ... No, eso no es cierto. Creo que nos hemos conocido muchas veces antes, pero solo esta noche, solo cuando vimos la foto, fuimos conscientes de ello.

Nos conocimos en el salón de la residencia de ancianos de San Sebastián, en Harlem. Seguro que recordarás estar sentada en una mesa con varios hombres y mujeres, todos muy contentos de conocer a alguien nuevo, de preguntar por tu vida y por el mundo exterior. No les importa no saber quién eres, siempre están encantados de conocer a alguien nuevo por primera vez. También te acordarás de otros voluntarios, que van desde los caritativos a los indiferentes, de los vivarachos a los inútiles. La buena voluntad no suple la falta de formación a la hora de atender a pacientes con demencia, pero esa no es la cuestión.

Lo que también debería estar alojado en tu mente es el recuerdo del nonagésimo primer cumpleaños de Rose Daniels, que se celebró la semana pasada. Sacaron una foto de todos los presentes en el comedor, tanto jóvenes como ancianos. Incluyo aquí la fotografía. A ver si puedes detectar la anomalía.

Una pausa. Echemos un vistazo a la fotografía. En el centro, sonriendo desde su silla de ruedas, está Rose Daniels, que en los años 70 fue golpeada y encerrada por la policía de Nueva York por ser una mujer afroamericana que se atrevió a besar a un blanco en Central Park, y que en los 90, ya a una edad avanzada, escuchó de labios de su médico que no tenía que preocuparse tanto por el bulto que tenía en el echo, porque las mujeres negras siempre se alarman por cualquier tontería. Después de que el cáncer se extendiera hasta el punto de tener que someterse a una mastectomía doble, intentó denunciar a ese médico incompetente; recibió cinco mil dólares sin necesidad de ir a juicio y una carta donde le decían de muy malas maneras que se fuera a paseo.

—Mi marido dice que Dios está esperando a esa gente en la otra vida para someterlos a juicio e imponerles su justo castigo —decía

Rose—. Pero yo creo que lo apropiado es darles a probar un poco de su propia medicina también en esta vida.

Los demás residentes la rodeaban. Algunos sonreían, otros parecían confusos, otros tenían restos de comida en la boca, otros vestían con tanta elegancia como si fueran a asistir a una boda. Por detrás de ellos estaban los precarios cuidadores, de brazos cruzados, con la sonrisa pegada a los labios como la cola al trasero de un mono. Por último, los voluntarios. Bobby, de la décima Avenida, que vivía al lado de una vía muerta y encima de unos billares y se ganaba la vida asistiendo a entrevistas de grupo para marcas comerciales. «Mi trabajo consiste en ser auténtico», explicaba. «Soy un profesional de lo auténtico.» Maxine, del Bronx, cuya madre había muerto en esa residencia menos de seis meses antes y que no quería «dejar a las mujeres solas, y menos ahora que mamá nos ha dejado». Big B, de Morris Heights, que casi nunca decía nada y que a mí me parecía frío y desconsiderado, hasta el día en que me lo encontré abrazando a la señora Watroba cuando esta empezó a llorar sin motivo aparente.

Y al fondo, en medio de todo aquello, estaba yo, sonriendo a la cámara, y a mi lado un desconocido sonriente y pálido que tenía una mano apoyada sobre mi hombro.

¿Quién era?

¿Quién es?

Por más que miro la foto, no consigo recordarlo.

Tenía la mano apoyada sobre mi hombro. Debería acordarme de eso, ¿no?

Cierro los ojos y trato de recordar el momento en que saltó el flash de la cámara, pero no consigo evocar el roce de su piel.

Respuestas alojadas en una carta. Sigo leyendo.

¿Puedes verlo? ¿Puedes verle?

Colgaron la foto en un tablón de anuncios tres días después de que la sacaran, para que la gente se acordara de la fiesta. Me quedé plantada frente a esa instantánea durante diez o quince minutos, tratando de darle sentido. Fui incapaz. Al final, la robé del tablón y me puse a deambular por la sala, tratando de localizar al hombre de la foto. Obviamente, no estaba allí. El universo no es tan sencillo. Pero después de comer, justo cuando iba a salir, me topé con él, que estaba entrando. No lo reconocí, por supuesto, pero todavía conservaba la foto, y el hecho de que no me acordara de él me hizo sospechar. Comparé su rostro con el rostro que aparecía en la imagen, vi que era el mismo, me acerqué a él, le dije cómo me llamaba, le dije que aún no nos habían presentado, y él me contestó:

—Ya, es que soy nuevo aquí.

Entonces le enseñé la foto.

Al principio creo que pensó que yo era una especie de guardia de

seguridad. Cogió su abrigo, como si se fuera a marchar, pero yo le agarré del brazo antes de que pudiera marcharse y dije:

—No, escucha. No lo entiendes. No consigo acordarme de ti, pero... ¿tú te acuerdas de mí?

Se quedó mirándome.

Se quedó mirando la foto.

Volvió a mirarme a mí.

Empezó a comprender.

Entonces nos fuimos juntos, sin necesidad de decir nada más. Nos fuimos a una cafetería que había al doblar la esquina, sin atrevernos a perder al otro de vista, hasta que al final él dijo:

—Tengo que hacer una prueba.

Tenía acento americano, de la Costa Este. Yo diría que era de Maine.

Así que se escribió una nota a sí mismo: «Conoces a esta mujer, ella es como tú», y la dejó encima de su abrigo. Yo también me dejé una nota: «El hombre que está sentado a tu lado es como tú, es alguien de quien te vas a olvidar. Habla con él, mira la foto, recuerda, RECUERDA.» Entonces, él se fue al baño y yo me quedé mirando la foto hasta que me dolieron los ojos. Cuando regresó, se había olvidado de mí, pero cuando fue a recoger su abrigo vio la nota que él mismo había escrito, y entonces se fijó en mí.

Otra prueba, una nota, escrita de mi puño y letra en el reverso de una servilleta de la cafetería «La parrilla de Morris».

Recuerda, RECUERDA.

—Hola —dijo él, tendiéndome la mano—. Soy Parker, el único e inimitable Parker de Nueva York. Sin contar a Spiderman, que es un capullo.

—Yo soy Hope —respondí—. Según parece, nos hemos visto antes.

—¿Eres británica? Cielos, supongo que eso ya te lo habré preguntado.

—No recuerdo que lo hicieras, aunque es posible que hayamos mantenido esta conversación docenas de veces.

—Me olvidé de ti.

—Y yo me olvidé de ti.

Creo que entonces nos reímos. Al menos, yo sí. De lo absurda, de lo estúpida que era esa situación. Pero mientras me reía, también me entraron ganas de llorar, aunque no estaba triste. ¿Cómo sería ese chico, ese reflejo de mí misma? ¿Cómo viviría? ¿Llegaríamos a forjar un vínculo significativo?

Me cogió de la mano y me la agarró con fuerza. Y yo le dejé, porque también necesitaba aferrarme a él.

—No nos separemos en ningún momento —dijo—. Todavía no. Hoy no.

Recorrimos juntos la ciudad. Nos pasamos el día de cafetería en

cafetería, de un lado a otro, como simples turistas. Es bueno estar en movimiento. Como dos desconocidos, descubrimos nuevas panorámicas, nuevos lugares, encontramos nuestra voz a base de caminar juntos, de estar juntos. Fuimos a Central Park, tomamos chocolate caliente y whisky; subimos a lo alto del Empire State Building; cenamos en Broadway. No nos separamos en ningún momento, no nos atrevimos a quitarnos el ojo de encima. Él propuso hacer pruebas científicas; dijo que podríamos cronometrar cuánto tiempo teníamos que estar separados para empezar a olvidar, comprobar si podíamos recordar por el tacto, con los ojos cerrados, guiándonos por los sonidos. Dijo que era una oportunidad, una oportunidad increíble, pero no había terminado de decirlo y yo ya percibía sus dudas. Me plantaba ante la puerta del cubículo del baño y me ponía a cantar cuando él tenía que hacer pis, y él temblaba de miedo mientras cerraba la puerta, por si se olvidaba de mí, y a mí también me entraba el miedo. Recuerda, decía, recuerda.

Me interesa saber cuánto recuerdas de todo esto. Me refiero a ti, a la persona que seré cuando haya olvidado. Pronto seré esa persona, la que está leyendo esta carta, y entonces, ¿qué? ¿Recordaré el Empire State, recordaré el cheesecake con chocolate y vainilla, la visita al Guggenheim y cómo ese chico desplegó los asientos de plástico del vagón que nos transportó por Manhattan? ¿Qué ves?

Veo el Empire State, la ciudad de Nueva York extendida bajo mis pies. Recuerdo cómo se aferraba el *cheesecake* a mi tenedor, un amasijo pegajoso de chocolate blanco y negro. Recuerdo el trayecto en metro, pero no a alguien que desplegara los asientos de plástico, y menos aún que ese alguien estuviera a mi lado.

¿Recuerdas haber sentido algo? ¿Recuerdas haberte reído? ¿Recuerdas la alegría, la esperanza, el miedo?

Recuerdo... recuerdo reírme en el Guggenheim, aunque no sé de qué me estaba riendo.

Ahora estoy asustada. Temo que, cuando ese chico desaparezca de mi memoria, una parte de mí se morirá con él. Los sentimientos, las cosas que he aprendido, las ideas que se me han ocurrido hoy... todas esas ideas, todos esos sentimientos, morirán junto con mis recuerdos. Me da miedo esa pérdida, y es un terror que debo compartir con mi yo del futuro. Me da miedo lo que esto puede suponer para mí. Si olvidas la dicha de este día, significa que la alegría que tú les proporcionas a los demás también cae en el olvido, de manera que tu vida no tiene consecuencias, ni sentido, ni

valor. Soy una sombra disipada por el sol, una insignificante oclusión de la luz que se desvanece cuando llega el día.

Recuerda. Por favor, por favor, recuerda. Recuérdale. Recuérdame.

Ahora voy a soltar el boli.

Él se marchará.

Se está yendo.

Se está yendo.

Recuerda.

Así concluía la carta, y él había desaparecido.

CAPÍTULO 23

Muchos años después, me encaminé hacia la aduana del aeropuerto de Sharm el-Sheij, me puse en una fila de nueve personas, conté mis pasos y me concentré en los dedos de mis pies hasta que pude sentir la punta de cada uno de ellos, hasta que pude trazar mentalmente la forma de cada fracción de mi pie. No me cachearon cuando pasé por el control de seguridad, y no se molestaron en revisar mi equipaje. Ya en territorio libre de impuestos, compré un café internacional malo y una revista internacional peor, y esperé a que anunciaran mi vuelo.

Fotos coloridas, palabras impresas sobre una página.

¡¡Al descubierto!! ¡Famosas sin maquillar!

¿Cómo fue la primera noche de Daring Duncan como stripper? ¡Te lo contamos todo!

El pique entre Roisin y Abby: la cosa se pone seria.

Hojeé la revista sin prestar apenas atención, mientras oteaba el vestíbulo.

Los indispensables de esta temporada: consigue un look de 10.

«Dice que me quiere, pero ¿por qué es tan fría en la cama?»

Perfección 106: reportaje exclusivo.

Me detuve. Retrocedí unas cuantas páginas. Me fijé más detenidamente.

Una serie de fotos: gente guapa con ropa cara. Ni un gramo de grasa en ninguno de ellos, ni canas, ni arrugas, solo sonrisas perfectas y superficiales. Champán servido en copas con el tallo retorcido, oro en los cuellos de las mujeres, oro en los gemelos de los esmóquines.

Perfección, la nueva aplicación para mejorar tu vida diseñada por Prometeo, está causando furor en todo el mundo. Pero solo unos pocos consiguen los puntos suficientes como para que los inviten a unirse al Club 1x106. Nos reunimos con los pocos afortunados que han conseguido que sus vidas sean realmente perfectas...

Un amasijo confuso de nombres y rostros. Ella trabajaba como asistente personal, pero ahora dirige su propia empresa de comunicación. Él trabajaba en el departamento de facturación de una papelería, pero ahora es un exitoso consultor de dirección. Él pesaba ciento cuarenta kilos y le daba miedo conocer gente nueva, pero tras haber conseguido 1x106 puntos en Perfección su vida ha cambiado, y ahora está prometido con la subcampeona de Miss Colombia 2009.

A ella le encanta su yate.

A él le encanta su casa.

Él conoció a su esposa a través de Perfección, la mujer perfecta. No sabía lo que era la perfección hasta que la vio.

«Pensaba que mi vida era un desastre», nos explica, «pero ahora me doy cuenta de que también puedo ser perfecta.»

Dejé la revista a un lado cuando anunciaron mi vuelo, me acerqué a la puerta de embarque, olvidándome temporalmente de los diamantes, ahora que lo peor había pasado. A partir de ahí, todo debería resultar más fácil.

Un asiento en clase preferente cerca de la puerta; ni en primera, ni en turista. Asientos con relleno y agua helada en un vaso de plástico. La azafata que me indicó dónde estaba mi sitio llevaba los labios pintados de rojo chillón.

Requisitos básicos para el personal de cabina femenino:

- De 1'57 a 1'80 de altura, con un peso proporcionado con la estatura.
- Faldas reglamentarias, no pantalones.
- Cabello peinado con uno de los catorce estilos regulados. Si se opta por la trenza francesa, la punta no debe exceder los 3'3 centímetros de longitud.
- El pintalabios y los polvos faciales son requisito mínimo en cuestión de maquillaje.
- Deben llevar el bolso sobre el hombro derecho.
- Deben llevar puesto el sombrero en todo momento, calado sobre el ojo derecho.

El asiento al lado del mío estaba vacío. Me puse el cinturón de seguridad, ciñéndolo un poco más de la cuenta alrededor de la cintura, y me recosté en mi asiento.

La puerta se cerró, un golpe sordo confirmó nuestro aislamiento del mundo exterior.

Entrecerré los ojos.

Un hombre se sentó a mi lado.

Vestía con un traje de lino y camisa blanca de algodón, con unas gafas puestas en equilibrio sobre la parte superior de la cabeza. Su reloj tenía una gruesa correa de piel, pero la esfera estaba diseñada de tal manera que se podía ver cómo giraban los engranajes por debajo, un reloj esqueleto, 450 libras como poco. El tipo se había mostrado

más permisivo con sus zapatos (60 libras) y su peinado (15 libras). Puede que ese reloj tuviera algún significado especial para él. Me planteé robárselo, pero pensé que la correa era demasiado ancha, que no me quedaría bien. Además, no estaba de humor.

Le miré a la cara y me resultó familiar, era mugurski71, extrayendo la revista de a bordo del respaldo del asiento que tenía delante. Se puso a hojearla, con el ceño fruncido, el rostro arrugado, y leyó un artículo sobre vacaciones en el Mar Negro y complejos turísticos en el Egeo.

Aparté la mirada.

¿Se acordaría de mi cara?

Imposible. No llegamos a vernos, no llevaba una foto en la mano con la que comparar mis facciones

También imposible: _porqué y mugurski71 no se cruzan por casualidad, no de esta manera.

El avión comenzó a dirigirse hacia la pista. El personal de cabina revisó cinturones, maleteros y demás comprobaciones de seguridad. Con unas sonrisas perfectas señalaron la salida de emergencia de aquí, la de allá, las mascarillas de oxígeno, los chalecos salvavidas, mantengan la calma, pónganse primero los suyos y luego los de los niños.

Fingí leer mi revista, él fingió leer la suya.

¿Cómo me habrá encontrado?

—El dinero.

Lo dijo con tanta calma, manteniendo la mirada fija sobre las páginas que tenía sobre su regazo («Elimine las toxinas con nuestro tratamiento holístico 5 estrellas»), que no estaba segura de que hubiera dicho algo.

Después añadió:

—Seguí el rastro del dinero. En cuanto dedujimos que te habías largado de polizona en el crucero, envié un equipo a vigilar los puertos, a comprobar quién desembarcaba y dónde se registraban. El día que llegó el barco a Sharm el-Sheij, pasó por la aduana un pasaporte australiano que no estaba en las listas del barco. Cuando te localizamos ya habías dejado la habitación, pero utilizaste la misma cuenta para pagar el hotel y el vuelo a Estambul. Me tocó correr para llegar a este vuelo, y la verdad es que ya no estoy para estos trotes. Me llamo Gauguin.

Me tendió una mano, pálida y con dedos regordetes, sin apartar la mirada de la revista. Me negué a estrechársela.

—¿Me está hablando a mí? —pregunté.

—Sí, así es.

—No le conozco.

—Trabajo para Prometeo.

—Me temo que eso no significa nada para mí.

—El vuelo a Estambul dura aproximadamente una hora y cuarenta minutos. Las revistas dejan de tener interés al cabo de unos diez minutos.

Silencio.

Dejé de fingir que seguía leyendo y me recosté en mi asiento.

Conté hacia atrás desde diez.

—Así que Gauguin, ¿eh?

—Eso es.

—Pintor posimpresionista francés, muerto en 1903, unos días antes de que diera comienzo su condena en prisión por difamar al gobernador de Islas Marquesas. ¿Ha visto *Tahitianas en la playa* ? Se ve a dos mujeres junto al mar, con un dibujo trazado en la arena, como si hubieran estado haciendo garabatos, con una pipa y un poco de tabaco, sin tocar. Llevan flores en el pelo.

—Sabes más al respecto que yo.

—Entonces, ¿por qué se hace llamar Gauguin?

El tipo se encogió de hombros.

—Es un nombre como otro cualquiera. Puedo utilizar otro, si lo prefieres.

—Gauguin está bien.

—¿Y tú eres...?

—Puede llamarme Porqué.

Un tirón, un rugido del motor, ruedas plegándose, cabezas impulsadas contra el respaldo. Me asomé a la ventanilla y vi cómo el polvo del exterior dejaba paso al mar, después se divisó el pueblo, apenas un poco más grande que el aeropuerto anexo, cinco calles cargadas de opulencia, un lugar perdido en mitad del desierto. Gauguin esperó a que el sonido del motor se suavizara, a que el vuelo se equilibrase, antes de doblar su revista con cuidado y precisión, para volver a dejarla donde estaba.

—Tenemos que hacerte unas cuantas preguntas —dijo.

—¿Qué preguntas?

—Relativas al robo. ¿Cómo accediste al Club 106 en Dubái? ¿Cómo entraste en la fiesta? ¿Cómo escapaste? ¿Por qué tenías a Prometeo en el punto de mira?

—Solo me interesaban los diamantes.

El tipo sonrió sin venir a cuento y dijo:

—Mis jefes no lo ven de esa manera. Solo a un idiota se le ocurriría robar algo en una fiesta, de la manera que lo hiciste tú. Cualquier persona sensata habría ido a por la caja fuerte, o cuando las joyas estuvieran en tránsito.

—Se me da mejor robar que abrir cajas fuertes —respondí con sinceridad.

Se acercó una azafata, que interrumpió a Gauguin antes de que pudiera abrir la boca para responder, se llevó nuestros vasos y nos aseguró que pronto pasaría el servicio de a bordo con unos aperitivos ligeros. Gauguin le dio las gracias educadamente, yo no fui capaz.

Cuando se marchó la azafata, dije:

—Si sabía que iba a bordo de este vuelo, ¿por qué no se limitó a esperar a que llegara a Estambul?

—El tiempo apremia.

—Pues a buenas horas decide ponerse las pilas.

Gauguin se encogió de hombros: había llegado hasta allí, ¿no?

—Acudió armado a nuestra reunión a Mascat.

—Y tú enviaste a una prostituta.

—Iba armado —repetí—. A veces no es paranoia.

Volvió a encogerse de hombros. Era un hombre atareado en un mundo atareado.

—Quiere los diamantes, ¿no es así? He oído que hizo un trato: si sus hombres ayudan a recuperar los diamantes, los Emiratos Árabes invertirán en su empresa.

Un tic atravesó su rostro, un ligero tembleque en su sonrisa, y entonces comprendí que había cometido un error, una cagada de órdago, y que tendría que largarme de allí cuanto antes para que se olvidara de mí. Pero Gauguin se interponía en mi ruta hacia el pasillo, así que añadí:

—No llevo los diamantes encima. Si los quiere, tendremos que negociar.

El tipo sonrió sin venir a cuento, se dio la vuelta y examinó los botones del techo de plástico que se extendía sobre nuestras cabezas, los ventiladores que escupían aire frío, la lucecita del cinturón encendida.

—No —murmuró—. No, me parece que no.

Silencio.

Esperé, él esperó, y comencé a sospechar que aquel tipo podría seguir así hasta el día del juicio. Me embargó un deseo infantil; conté hasta cien, después hice la cuenta atrás hasta cero. El tipo seguía esperando. Recosté la cabeza en mi asiento, recorrí mentalmente mi cuerpo, sintiendo cada molestia y cada dolor, modificando mi postura para tener la espalda derecha, los pies apoyados en el suelo, las rodillas juntas y los hombros relajados. El tipo siguió esperando.

Me dediqué a imaginar diversas situaciones posibles, y todas terminaban mal.

Me concentré, hasta que me dio vueltas la cabeza, en el descolorido estampado gris de la tela que cubría el asiento que tenía delante, y me oí decir, sin saber muy bien de dónde salieron esas palabras:

—Perfección mató a una conocida mía.

¿Gauguin reaccionó?

No hizo ningún ruido, ningún ademán con la cabeza, ni siquiera frunció el ceño. ¿Qué estaba haciendo?

Tenía la mirada perdida, mientras se recolocaba los puños de la camisa. Le miré mientras lo hacía, y me pregunté si sería un acto consciente. Con el dedo índice de la mano derecha comenzó a explorar el borde interior de su manga, sintiendo el roce rígido del tejido, en busca de irregularidades. Una vez hecho, tiró del puño un par de veces, para alinearlo con el hueso del interior de su brazo.

Radio, cúbito, húmero, escápula, clavícula. «El hueso de la cadera conectado al hueso del muslo, el hueso del muslo conectado al hueso de la rodilla, ahora escucha la palabra del Señor...»

—¿Por eso robaste el Crisálida?

—No. Pero sí hizo que resultara más satisfactorio.

Gauguin asintió, sin decir nada. ¿Estaría recitando mentalmente también todos los huesos del cuerpo? ¿Ese era su mecanismo? Fémur, rótula, tibia, peroné, tarso, metatarso, falanges... ¿Por qué no se movía, por qué no parpadeaba?

Podía aprender mucho de Gauguin, pero no era el mejor momento.

Finalmente, dijo:

—Háblame de tu relación con Byron14.

Me sentí menos sorprendida de lo que debería. Esa pregunta era una de las muchas que rondaban por mi lista de posibilidades, una curiosidad que merodeaba por los confines de mi mente.

—¿Quién es Byron14? —respondí.

—Byron14 es el individuo con el que te has estado comunicando durante los últimos días a través de Tor —murmuró, con la mirada perdida, haciendo girar los gemelos de su camisa entre los dedos—. Byron14 es un asesino y un terrorista. ¿De qué habéis estado hablando?

—Tengo que ir al baño —dije.

—¿Seguro que no puedes aguantarte? —replicó, como un profesor durante un examen.

—Pues... no.

Cuando intenté levantarme, me agarró por la muñeca y levantó la cabeza, clavando sus ojos en los míos. Sentí que algo me rozaba la pierna y pensé que era el cinturón del asiento al caerse, pero la presión no disminuyó. Gauguin bajó la mirada, yo hice lo propio.

El cuchillo era de cerámica, por supuesto, y de apenas diez o doce centímetros de longitud, con un mango de plástico azul. Diez centímetros eran más que suficientes. Tenía el brazo inclinado de tal manera que nadie salvo yo pudiera verlo, ejerciendo presión sobre mi

arteria femoral. La curvatura de sus dedos a lo largo del filo del cuchillo hacía que pareciera, como mucho, que me estaba tocando la pierna. Me volví a sentar lentamente y el cuchillo siguió mi trayectoria, antes de regresar al interior de la chaqueta de Gauguin.

Mi corazón, mi respiración.

Cerré los ojos.

—No creo que quiera arriesgarse —dije al fin—. No en un vuelo lleno de gente.

—Hay una posibilidad muy pequeña de que me arresten —replicó —. Pero tú morirías seguro.

—No podré ayudarle si me mata.

—Tampoco me estás ayudando ahora.

—No puedo hacer nada a diez mil metros del suelo.

—No pasa nada, aterrizaremos enseguida.

El corazón desbocado, la respiración acelerada. Probé a contar, pero los números se confundían unos con otros.

Me descubrí tratando de acordarme de Parker, obligándome a visualizar su rostro tal y como lo había visto en aquella fotografía. Pude visualizar la foto en mi mente, pero sus rasgos eran planos, irreales, y me mordí el labio hasta que me hice sangre. Una lista de características: pelo castaño claro, ojos grises, un lunar en el lado derecho de la barbilla, orejas grandes, nariz chata... Solo eran palabras carentes de sentido.

—Relájate, Porqué —dijo Gauguin, recostándose en su asiento, con los ojos entrecerrados como si fuera a echar una cabezada—. No te alteres. Mantén la calma.

Mi madre, caminando descalza por el desierto.

Cerré los ojos y sentí el tacto de la arena bajo mis pies.

—Estoy tranquila —repuse, y no mentía—. No hay nada de qué preocuparse.

Seguimos volando hacia el noreste, rumbo a Estambul.

CAPÍTULO 24

Cinco semanas después de que mis amigos, mis profesores y mi familia comenzaran a olvidarme, desaparecí por completo de sus recuerdos.

Ocurrió así, de buenas a primeras.

Volví a casa un martes y descubrí que la mitad de mis cosas habían desaparecido, donadas a la beneficencia o a mi hermana pequeña.

—¿Por qué habéis tirado mis cosas? —le pregunté a mi madre, sin gritar, sin alzar la voz, más bien susurrando, muy bajito.

—Yo no he tocado tus cosas —replicó ella, mirándome con pasmo —. Pero es que había un montón de trastos en el cuarto de invitados.

—Ese es mi cuarto.

—Sí, eso es lo que quería decir. En tu cuarto.

Dejé de ir al colegio.

Había perdido la paciencia después de que me dieran la bienvenida a la clase de Francés por séptima vez (*«Bonjour, comment tu t'appelles? Bienvenue à l'école»*), y de tener que presentarme a mis amigos día sí, día también.

Durante una temporada, estuvo bien eso de ser la chica nueva, y le saqué todo el partido posible. Reventé la ventanilla del pequeño Ford Fiesta del señor Steeple, como respuesta a los cuatro años de abuso institucionalizado en la sombra que había recibido por parte de ese profesor de cráneo reluciente.

—*Dum spiro, spero,* señorita Arden.

—¿Cómo?

—*Dum spiro, spero,* que como ya sabrás procede del latín, y significa...

Mis compañeros de clase se quedaron mirando mi cara de boba, ya que no tenía ni papa de latín, y el señor Steeple lo sabía perfectamente, pero se había aficionado a humillar solapadamente a aquellos alumnos que, en su opinión, no sabían apreciar como es debido su asombroso intelecto.

—Mientras respiro, tengo esperanza. Pensaba que era aplicable a su carácter, señorita Arden, pero ya veo que estaba equivocado.

Dum spiro, spero. Mientras respiro, tengo esperanza, extraído de una cita de Cicerón. Cuando iba a ser asesinado por los soldados del Segundo Triunvirato, enviados por unos hombres que hasta entonces habían sido sus amigos, se cuenta que se dirigió a ellos con estas palabras: «No hay justificación alguna para lo que estáis haciendo, soldado, pero intentad matarme como es debido.» En una ocasión estuve hablando sobre Cicerón con una mujer durante una gala

benéfica, y ella asintió con sorna y dijo:

—¿Fue ese el romano que escribió todos esos chistes sobre pedos?

Más acciones, alentadas por mi condición. Le arreé un puñetazo a Eddie White. Era el típico abusón que alcanzó la cúspide de su poder el día que obligó a Azim a comer salchichas de cerdo en la cafetería. Se le había ocurrido la idea durante la clase de religión de la semana anterior, pero su verdadero triunfo no fue obligar a un desconsolado chaval de trece años a comer una carne que era *haram* según sus creencias, sino congregar a su alrededor a veintidós alumnos que, entre gritos y vítores, se reían mientras Azim se atragantaba y escupía. Golpear a Eddie White fue un sueño hecho realidad. Sin embargo, al cabo de unas horas, todos habían olvidado cómo se había hecho Eddie ese ojo morado, y esa fue la razón por la que, al día siguiente, le robé el móvil, lo aplasté con un martillo y lo dejé encima de su taquilla. Las consecuencias físicas duran mucho más que cualquier acto en el que esté implicado mi recuerdo.

Estas travesuras solo resultaron divertidas durante un tiempo.

El mundo se olvidó de mí, y yo perdí interés en el mundo.

Conforme se acercaron los exámenes, me planteé aguantar el tiempo suficiente como para sacarme el graduado, pero ¿qué sentido tenía? Papel, tinta, mi nombre... Todo eso parecía perdurar, como el diario de un muerto o un fotograma congelado, pero no significaba nada para mí. No tenía futuro, ni un empleo, ni una vida a la vista, así que me dediqué a deambular por Derby, mirando cosas que no podía permitirme comprar y realizando juegos mentales para pasar el rato.

Segundos en un minuto: cerrar los ojos y contar hasta sesenta, una y otra vez, hasta que mi cuenta coincide con el paso de los segundos.

Contar: los minutos que forman una hora.

Puede que ya haya pasado la hora.

O tal vez ahora.

O ahora.

Me quedaba mirando a la gente, y ellos me miraban a su vez, pero en cuanto se daban la vuelta el recuerdo comenzaba a desvanecerse, y cuando volvían a mirar

ahora

y ahora

y ahora,

siempre me veían por primera vez.

Y seguían su camino.

No hay ninguna duda de que existo en este mundo físico, pero en el mundo de los humanos —en ese mun-do formado por la memoria colectiva, ese mundo de ensueño donde la gente encuentra sentido,

sentimiento, importancia—, soy un fantasma. Solo soy real en el momento presente.

Ahora.

Y ahora.

Y ahora.

Entonces cierras los ojos.

Y yo ya me he ido.

Sola en Derby, olvidada por todos, iba al cine, veía las superproducciones, después las comedias, hasta que me quedaba dormida en la última fila y tenía que echarme el personal de limpieza. Empecé a ir al teatro. Nunca había ido antes, pero en las funciones diurnas siempre había asientos libres al fondo. Algunas obras eran un rollo. Otras me hacían reír hasta que me dolían las mandíbulas. Otras me hicieron llorar.

«Encontraremos la paz. Escucharemos a los ángeles. Veremos el cielo centelleando con diamantes.»

En esa época, lloré un montón.

«Las personas que llevan una existencia solitaria siempre tienen algo en mente de lo que ansían hablar.»

Abrí la boca para decir algo, pero descubrí que no tenía a nadie con quien hablar. Mis padres se distanciaron, me miraban desde el otro lado de la mesa como si no me reconocieran. ¿Quién era esa chica? ¿Cómo había llegado hasta allí? Solo me quedaba Gracie, mi hermana pequeña, para quien cada plato tenía que ser blando y flexible, cada tenedor tenía que ser de plástico, y cada objeto que pudiera romper con sus manos torpes y curiosas tenía que estar en alto, fuera de su alcance. Le tuve tirria durante mucho tiempo, pero entonces empecé a sentarme en su cuarto y a contarle las cosas que veía durante mis paseos por Derby, ella se tumbaba con la cabeza sobre mi regazo hasta que se quedaba dormida, y aunque yo no sabía si llegaba a entenderme, me daba igual, porque estaba calentita y me escuchaba, y eso era todo lo que necesitaba.

El día antes de desaparecer por completo de la mente de mis padres —y ellos fueron los últimos, los ultimísimos en olvidarme—, escribí mi nombre mil veces.

Lo escribí con pintalabios en la pared del baño.

Lo escribí con palos y piedras en el suelo arenoso del parque.

Lo escribí con tiza en la calle, y con tinta en un papel, y con la sangre de un corte que me hice en el pulgar sobre la ventana del salón y en la puerta trasera. Lo escribí en un árabe impecable, pues mi madre había insistido en que lo aprendiera, ya que ella no pudo.

Busqué mi nombre en mandarín, en copto, en cirílico y en katakana. Lo escribí en suelos y paredes, en mesas y libros, Hope Arden, Hope Arden, y al cabo de un tiempo, escribí solamente Hope.

Hope.

Hope.

Hope.

Lo escribí en el reverso de los recibos. Abracé a Grace y me eché a llorar, y ella me dejó hacer porque a veces a las personas les dan estos arrebatos y tienes que tener paciencia con ellas. Me sonaba que los monjes repetían sus oraciones mil veces, y que había algo mágico en esa cifra capaz de llamar la atención del creador, y cuando terminé me fui al salón y me encontré a mis padres allí sentados, en silencio.

—Hola, mamá, hola, papá —dije.

Los dos se quedaron mirándome, después miraron para otro lado, abrazados, como si todo en el mundo fuera incierto salvo la presencia del otro. Había restos de lágrimas en el rostro de mi padre, pero no supe por qué. Nunca le había visto llorar.

—Me voy a ir a la cama —dije, con el rostro iluminado por la suave luz de un televisor con el sonido quitado.

—Vale, cielo —respondió mi madre al fin, alargando las palabras, tomándose su tiempo. Después añadió—: ¿Cuánto tiempo más piensas quedarte con nosotros?

Hice la maleta esa misma noche, y por la mañana Gracie se agarró a mi pierna, aferrada como un cepo, y tuve que separarla por la fuerza. Mi madre estaba en la cocina. Mi padre ya se había ido a trabajar.

—Adiós —dije.

Cuando mi madre giró la cabeza, parpadeó con extrañeza antes de susurrar, desconcertada e inquieta:

—¿Quién eres tú?

—Soy una amiga de Hope —respondí—. Me he quedado a pasar la noche.

Silencio.

Mi madre, paralizada junto a la puerta de la cocina, con una cáscara de huevo que rezumaba un líquido clarucho entre sus dedos.

—¿Quién es Hope?

—Adiós —repetí, y me marché.

CAPÍTULO 25

La evolución de una ladrona.

Empecé viviendo en la calle, en Derby.

Al principio robaba comida —fruta en el ultramarinos, sándwiches, panecillos envueltos en film transparente—, productos de la panadería local y de los puestos del mercado, donde supuse que no habría ningún tipo de vigilancia electrónica, pero sí mucha gente entre la que poder esconderse. Robaba porque tenía hambre, y dormía al pie de las escaleras que estaban situadas por debajo de la biblioteca municipal, las cuales conducían a un salón comunitario donde se reunían los clubes de lectura, taekwondo y costura, y el club de lactancia los viernes.

Al cuarto día intenté robar en un supermercado, y me sorprendí al ver que no saltaba ninguna alarma. Al quinto día lo intenté de nuevo, pero el zumo que robé aquella vez era caro y estaba etiquetado, así que soltó la alarma, y el corazón se me salió por la garganta como si estuviera en uno de esos dibujos animados que veía Gracie. Pero tenía previsto que pudiera pasar algo así, de modo que seguí caminando, mezclándome rápidamente con la multitud, y el guardia de seguridad ni siquiera se movió de su puesto.

—No hace falta que persigamos a los ladrones —me explicó al día siguiente, cuando le pregunté por su trabajo—. Podríamos acabar heridos, y la tienda se quedaría desprotegida.

—Entonces, ¿de qué sirve que estés aquí?

—Pues... no sé qué decirte —respondió—. Puede que solo sea para que la gente se sienta más protegida.

Al sexto día, alguien me tiró una cerveza encima mientras dormía. Me desperté, demasiado tarde como para ver quiénes eran, pero oí cómo se reían mientras escapaban, y al sexto día me planté ante las vías del tren y me dije que había llegado el momento de morir, pero el servicio estaba suspendido aquel día por un problema de suministro, y se me quitaron las ganas de hacerlo.

Cuando volví a ver a mis amigos, riendo y pasando el rato en Westfields, en el lugar donde siempre solíamos quedar, ya había perdido la noción del tiempo. Me asomé a la terraza que había en lo alto y observé desde arriba a mis amigos, que también me habían olvidado. Me incliné sobre la barandilla, imaginándome que me lanzaba al vacío, de cabeza, y que me ponía a dar volteretas como una gimnasta, solo que sin parar, sin pegar un botecito al final, hasta acabar convertida en un amasijo de sangre y baldosas, y entonces mis amigos se pondrían a gri-tar y se alejarían corriendo de mi maltrecho cadáver. Pero me di cuenta de que, aunque podía imaginar mi muerte

con todo detalle, aunque podía sentir el viento en la cara y el suelo desapareciendo bajo mis pies, no era capaz de hacerlo.

¿Qué me motivaba a seguir viviendo?

Vi una rata muerta, aplastada en la A38 a su paso por Markeaton. Debió de atropellarla un vehículo rápido y pesado, porque no era algo asqueroso, no era un estallido de órganos y sangre, simplemente estaba arrollada, con el pelaje en su sitio, las patitas asomando por debajo, el hocico apuntando hacia un lateral de la carretera y la cola en la otra punta, como una alfombra en espera de que alguien la sacuda. Conté coches amarillos. Conté camiones llegados desde Alemania. Conté repartidores de comida congelada. Pensé en el aspecto que tendría si acabara aplastada de esa manera, con la cabeza tan fina como una tortita, y mientras seguían pasando camiones y furgonetas, pensé:

Ahora.

Ahora.

Es el momento.

Ahora.

Ahora me pondré delante.

Ahora.

Este coche.

Este camión.

Ahora.

Pero no me moví del sitio.

Al vigésimo tercer día de soledad, vi a mi madre en el centro del pueblo.

Iba paseando con Gracie, que iba montada en una sillita desmesurada, un trasto que algún día mi madre tendría que admitir que era una silla de ruedas para su hija en edad de crecimiento. Habían salido a comprar bombillas. Me acerqué a ellas por detrás, mientras mi madre elegía sus bombillas, con una serie de requisitos que poco a poco iban minando la paciencia del chaval asolado por el acné que estaba al otro lado del mostrador.

¿Qué potencia tiene esta?, preguntaba, siempre tan preocupada por las facturas.

Esta tiene una luz muy fría, se lamentaba. ¿Tienes alguna más cálida?

Grace se sentó pacientemente en mitad de la tienda, a contemplar una lámpara de lava. Yo me acerqué a ella, y, al notar mi presencia, se giró e hizo un ruidito, después miró para otro lado. Unos segundos más tarde sentí el roce de una piel, y me di cuenta de que había apoyado su mano sobre la mía.

—¡Para, Grace! —exclamó mi madre, mientras la recogía del

suelo—. Lo siento mucho —añadió—, a veces mi hija se pone un poco pesada.

—No pasa nada —respondí—. No pasa nada.

Entonces esperé, consciente de lo que iba a pasar. Esperé a que mi madre me mirase, sonriera con indecisión y dijera: «¿Te conozco?» o «¿Nos hemos visto antes?». Esperé a que sintiera un vínculo extraño e inusual, que le hiciera darse la vuelta y decir: «Hay algo en ti que...», para luego invitarme a un té, o preguntarme mi nombre, o decir: «Yo tenía una hija que era clavadita a ti», o alguna otra fantasía por el estilo.

Pero no hizo nada de eso, aunque Gracie se quedó mirándome mientras mi madre se la llevaba.

Un instante.

Plantada junto a las vías del tren.

El tren se acerca, se acerca.

Aquí.

Ahora.

Ponte delante.

Ponte delante, vamos.

Sal a las vías.

Cierro los ojos y veo

a mi padre pasando de largo

a mi hermana aferrada a mi pierna

a mi madre caminando por el desierto.

Es curioso cómo se me ha quedado grabada esa imagen.

Pinté un retrato de mi madre, antes de que el pelo se le cubriera de canas, antes de que se lo dejara corto para parecer más profesional, para que los hombres la tomaran más en serio en el trabajo.

La vestí con una toga polvorienta, influida tal vez por *Star Wars* , o quizá por algún documental de la BBC. Le di un palo sobre el que apoyarse, una cantimplora y nada más. La pinté descalza, con los pies endurecidos como rocas a medida que caminaba, y después me senté, tan sola como ella, encima de una duna situada a varios kilómetros de distancia, y me puse a observarla —a observarla sin más— mientras caminaba por el desierto de mi mente, acercándose cada vez más, hasta que su rostro resultó visible y descubrí que era el mío.

Leí un libro sobre el desierto y la gente que lo atraviesa. Para algunos, decía, el desierto es un castigo, un tormento, el exilio. Los israelitas crearon falsos ídolos y le faltaron al respeto a su dios, y durante cuarenta años vagaron entre el polvo, atrapados entre el Nilo y el Mar de Galilea. Cuando los otomanos masacraron a los armenios, miles de maridos, mujeres y niños marcharon hacia las arenas de Siria, y todavía permanecen allí, convertidos en partículas blancas de huesos desgastados por la arena que se desperdigan con el viento. Pueblos

enteros han desaparecido en el desierto. El desierto engulle a la gente.

T. E. Lawrence se perdió y se encontró a sí mismo mientras cruzaba el Sinaí. Moisés y Job, Confucio a lomos de un toro blanco, rumbo a occidente. Mahoma en una cueva donde una araña tejía su tela. Jesús vagó, Satán malmetió, y de las arenas llegaron profetas y sueños, cuarenta días y cuarenta noches de soledad. Elías se adentró en el desierto, y del desierto emergió Juan, que subsistió a base de miel y langostas, para quien la soledad no fue una condena, sino una revelación.

La asesina encerrada en una celda aislada. El exilio que la separa de sus seres queridos. Lord Byron, en una isla en mitad del mar. Robinson Crusoe, hablando con los animales, huyendo de la visión de una huella en la arena. Marco Polo, cruzando el mundo. Galileo Galilei, viendo cómo arden sus libros.

Mi madre, cruzando el desierto.

Una peregrina, en cierto modo.

Cuando estás solo puedes perderte o puedes encontrarte, pero la mayoría de las veces ocurren las dos cosas.

Me planté junto a las vías mientras se acercaba el tren a toda velocidad, sentí el impacto del viento en la cara, vi los rostros difuminados de los viajeros soñolientos que volvían a casa al encuentro de sus amigos, familiares, empleos, hogares, seres queridos y allegados, que les dirían: «¡Eh, oye, me acuerdo de ti!» Pensé en mi madre cruzando el desierto, sentí el mundo a mi espalda y el cielo sobre la cabeza, y decidí que quería vivir.

Elegí seguir viviendo.

CAPÍTULO 26

El vuelo a Estambul duró poco más de una hora y media. El cuchillo, la amenaza del cuchillo, el recuerdo del cuchillo. ¿Qué podía hacer yo?

Tomé el control de mí misma.

De mi respiración, mi corazón, mi mente, mi sangre.

Cuando empezamos a descender, tenía todo el cuerpo bajo mis órdenes, y pude extender mi conciencia por todos sus rincones, recopilando información sobre músculos (relajados), rodillas (aflojadas), brazos (preparados), dedos (flexionados, distendidos).

Gauguin no intentó conversar en el avión, sino que permaneció sentado en su asiento, con los ojos entrecerrados, como si estuviera en un viaje de negocios o fuera un turista que vuelve a casa. No sirve de nada especular, las suposiciones solo traen problemas.

Se quedó a mi lado mientras aterrizaba el avión. La gente salió, nosotros no. La azafata nos miró de reojo desde la puerta, después se marchó. El aire acondicionado se apagó, los motores se acallaron. Solo quedábamos nosotros.

—Mantén la calma —dijo.

—Estoy tranquila.

Entonces me miró, era la primera vez que me miraba directamente desde hacía más de una hora, y pareció sorprendido mientras me observaba.

—Sí —murmuró—, eso parece.

Se oyeron pasos en las escaleras que conducían a la puerta del avión. Dos hombres, camisas blancas, pantalones negros, gafas de sol, cabello oscuro, manchas de sudor en la espalda. Conocían a Gauguin, y él los conocía a ellos. No iban visiblemente armados, pero cuando tres personas desean amenazar a una mujer en un avión vacío, no les hace falta.

Gauguin se puso de pie, se estiró con las manos apoyadas en las lumbares, formando una media luna con la espina dorsal.

—¿Vienes? —dijo.

Le seguí.

Había un coche esperando en la pista, junto a las escaleras. Matrícula turca, un hombre en el asiento del conductor, el motor en punto muerto. Olía a combustible, dos tipos con chalecos amarillos estaban descargando las maletas, se acercó un camión para repostar. A nadie pareció importarle la escena que se estaba desarrollando a su lado. Me planteé echar a correr, pedir ayuda, pero Gauguin no se separó de mi lado, así que no me pareció buena idea. Tarde o temprano tendría que hacer pis, comer, beber, dormir, llamar a su

mujer, pasar un ratito a solas. Tarde o temprano, se olvidarían de mí.

O puede que no, y aquello se convertiría en una forma ridícula de morir.

Me subí al coche. Alguien metió mi maleta, identificada por la etiqueta de papel que tenía alrededor del asa, y empezó a registrarla. Sacaron el bote de crema solar sin hacerle mucho caso, aunque la distracción no duraría mucho. Cada vez me daban más igual los diamantes. De qué te sirve ser rico si no te lo puedes gastar.

Salimos por una puerta ubicada en la verja metálica que rodeaba la pista, sin enseñar el pasaporte, y circulamos por una carretera bordeada de matojos hasta que llegamos a la autopista. El cielo era de color gris amarillento, la luz se estremecía a causa de la neblina. Los taxistas eran unos kamikazes, los autobuses iban repletos, todo era una amalgama de cláxones estridentes y humos surgidos de los tubos de escape. Nos dirigimos hacia la ciudad, después giramos y comenzamos a circular por un polígono industrial, entre casas construidas con bloques de hormigón sin pintar y almacenes de hierro ondulado. Lo observé todo, tomando nota de la dirección del sol, contando kilómetros, letreros, puntos de referencia.

Anuncios: el nuevo utensilio de cocina para la espo- sa perfecta, la ropa perfecta, el coche perfecto para la familia perfecta, una foto de papá (al volante), mamá (con un bebé en brazos) y tres niños sonrientes (todos ellos destinados a ser médicos y abogados) frente a las elegantes curvas plateadas de su recién adquirido vehículo («Lo importante es el viaje»).

Perfecto: completo y adecuado en todos los sentidos. Sin tacha.

Tacha: un fallo, un defecto.

Tachado: censurado.

Gauguin se quedó mirándome mientras observaba el paisaje, después dijo:

—¿Habías estado alguna vez en Turquía?

—Claro —respondí, sin apartar la mirada de la carretera—. He comido sesos de oveja.

—Los he visto servir, pero nunca los he probado.

—No hay que asustarse cuando te los presentan. En esta ciudad es costumbre mostrarte la comida antes de que te la comas. Carne cruda, pescado crudo, sesos crudos. Es una práctica incompatible con nuestro gusto por los envasados.

—¿Eres una gourmet?

Gourmet: ideal cultural en las artes culinarias. Alta cocina, una meticulosa preparación y presentación de la comida, a menudo cara, aunque eso pueda resultar irrelevante para algunos, a menudo acompañada de vinos excepcionales.

Un gourmet: persona de gustos y pasiones refinados.

—Me gusta lamer el glaseado de azúcar que espolvorean en el borde del plato donde te sirven el postre —dije—. También chupo el plato cuando la salsa está buena.

Gauguin no respondió.

*

Un taller industrial en mitad de la nada.

Un muro alargado de hormigón rodeaba un patio interior con un suelo de arena amarillenta y compacta. Una pila de llantas viejas apoyadas en un rincón del patio, en cuyo interior bostezaba una pareja de gatitos escuálidos, reticentes a abandonar su madriguera.

Un edificio cuadrado, de una sola planta; cierres que podían plegarse para meter un camión dentro; puertas metálicas, ventanas altas y con barrotes. Cristales rotos, malas hierbas brotando de las grietas de los ladrillos, extractores que ya no extraían nada.

Un sofá andrajoso que antaño estuvo adornado con un estampado de lirios, ahora asomaba la espuma amarilla del relleno. Una tetera nueva, de color morado, encima de un pequeño atril; varias tazas desconchadas, decoradas también con imágenes de flores, con pétalos morados y unas hojas representadas por pequeños puntitos verdes.

Puertas que podían cerrarse.

Verjas que podían vigilares.

Una base secreta anticuada, repleta de forajidos.

Uno de ellos se sentó en un puf, junto a la puerta; otro estaba sentado fuera, sobre los escalones de hormigón, fumando un cigarrillo parduzco liado a mano, cuyo olor se filtraba a través de las ventanas rotas. Gauguin me hizo señas para que me dirigiera al sofá. Abrió mi maleta y se puso a palpar distraídamente los contenidos. Me crucé de brazos y esperé. Un tubo de pasta de dientes estrujado por la mitad fue merecedor de una diminuta mueca de disgusto por su parte. Examinó detenidamente mi pasaporte americano, y cuando encontró el pasaporte australiano al fondo de la maleta, metido en un libro de senderismo por Omán, se permitió el lujo de esbozar una sonrisa.

Le entregó los dos pasaportes y mi cartera a uno de sus hombres, que se los llevó. Sumé el valor de las cuentas que estaban a punto de verse comprometidas, de las identidades que iban a quedar expuestas. La suma era considerable. ¿Qué porción de mi vida digital tendría que destruir cuando acabara todo esto?

Entonces, una mujer con un pañuelo en la cabeza donde se veía a unos pájaros volando sobre un cielo despejado se acercó y me tomó las huellas, una muestra de cabello y otra del interior de mi boca, perjudicando así mi carrera todavía más.

—En muchos sentidos, eres bastante inepta para ser una ladrona

—musitó Gauguin, mientras la mujer metía las muestras en unos frascos y se los llevaba—. ¿Cómo has sobrevivido todo este tiempo?

—Tengo una cara fácil de olvidar.

—Qué modesta eres.

—No —repliqué, cruzando las piernas y los brazos—, no lo soy.

Gauguin deslizó los dedos sobre el tarro de crema solar, y yo me di cuenta de que mi cuerpo estaba a la defensiva, de que me estaba agarrando la parte superior de los brazos con una fuerza excesiva, de que mis piernas se habían vuelto muy pesadas. Me entraron ganas de estirarme, pero no lo hice, no mientras Gauguin tuviera los diamantes en la mano.

Quitó la tapa, miró dentro, levantó la cabeza y examinó mi rostro con la cabeza ligeramente ladeada, reflexionando.

Le sostuve la mirada, dejé que siguiera pensando.

Sin mudar su expresión, sin apartar la mirada, introdujo una mano en el tarro, se puso a rebuscar dentro y, sin proferir ningún sonido, sacó la gargantilla de la princesa Shamma y la depositó, embadurnada todavía por un pringue color vainilla, sobre la mesa que se extendía entre nosotros.

Dejó el tarro a un lado.

Se levantó. Se dirigió al fregadero de acero inoxidable que estaba pegado a una pared, con unos armaritos debajo y unas cañerías que se extendían sobre la descascarillada pintura verde que cubría el hormigón.

Se lavó las manos.

Regresó a su asiento.

Se sentó.

Silencio.

—Preferiría que me arrestaran ya —dije.

Silencio.

Gauguin se revolvió un poco en su asiento, se inclinó hacia delante con los codos apoyados sobre las rodillas y los dedos entrelazados en el hueco que quedaba abierto entre sus piernas. Llevaba un bolígrafo plateado en un bolsillo interior de la chaqueta, que resultó visible durante unos segundos, cuando la chaqueta se desplegó hacia delante. Parecía un objeto demasiado absurdo y ostentoso para un hombre tan práctico como él.

Me estiré, extremidad por extremidad. Apoyé los pies en el suelo, las manos sobre mi regazo.

—Creo que debería llamar a la policía —añadí.

Silencio.

Me quedé escuchando ese silencio, y todas las palabras que contenía.

Silencio.

Fui consciente, durante ese silencio, de los sonidos que se produjeron a mi alrededor. Los ecos del tráfico, el goteo del grifo, el crujir de unas pisadas en el exterior, el zumbido de una mosca atrapada en un papel azul y pegajoso junto a la luz. Esperé, hasta que el muecín comenzó a cantar a través de un altavoz, desafinando, y a los pocos minutos se sumó un rival, que entonaba mejor, pero estaba más lejos. Los dos convocaban a los fieles para la oración.

Alá es el más grande, Alá es el más grande.
Declaro que no hay más Dios que Alá.
Declaro que Mahoma es el enviado de Alá.
Acudid a la oración.
Acudid a la salvación.
Alá es el más grande, Alá es el más grande.
No hay más Dios que Alá.

Entonces, Gauguin dijo:

—Háblame de tu relación con Byron14.

Sus palabras me llegaron como si las escuchara a través del agua, distorsionadas y ralentizadas durante su trayecto hacia mi cerebro. Giré la cabeza para mirarle con más detenimiento, para comprobar si añadía algo más o si había en sus palabras algún significado que yo no alcanzaba a entender.

—¿Has aceptado algún encargo de Byron14?

Más alto, más claro, alzando la cabeza.

Fue mi turno de guardar silencio. Cerré los ojos y traté de poner en orden mis pensamientos, de trazar una senda entre tanta oscuridad.

Gauguin me interrumpió:

—Señorita Porqué, llegados a este punto, no tiene sentido preguntarse por lo que debería o no debería decir. La verdad acabará saliendo a la luz.

—Los dos tenemos algo que ofrecer —respondí—. Usted quiere información, yo quiero marcharme.

—Te equivocas. Esto no es una negociación.

Eché un vistazo a la habitación. Solo quedaba uno de los hombres de Gauguin, mascando chicle, aparentemente ajeno a lo que estaba pasando. En el exterior habría más hombres vigilando la zona, pero ya se estarían olvidando de mí, no eran más que un puñado de desconocidos remoloneando bajo el sol.

Me levanté, pero Gauguin no se movió. Rodeé la parte trasera del sofá, me giré, pasé por el otro lado. Examiné la habitación en busca de armas: había un bolígrafo, un cenicero, un teléfono móvil y nada más. En alguna parte, Gauguin seguía teniendo un cuchillo. Mis zapatos eran de suela lisa, pero no estaban pensados para correr.

—Soy una mentirosa —dije al fin—. Miento cuando estoy asustada.

—¿Lo estás ahora?

—Estoy tranquila, como puede ver —respondí—. ¿Puedo hacer una suposición?

—Tú misma.

—Creo que usted también es un mentiroso, señor Gauguin, mugurski, o como quiera que se llame. Creo que estamos dando rodeos, cuando deberíamos hablar con claridad. A usted le dan igual los diamantes. —Qué aspecto tan deplorable tenían ahora, cubiertos por un pringue cosmético que chorreaba sobre la mesa. Tanto revuelo por un puñado de trozos de carbono—. Lógicamente, necesita llevarlos de vuelta a Dubái para que su jefe no quede como un idiota. El honor de la familia, visión empresarial, todas esas cosas. Pero en el fondo se la suda, ¿no es cierto? No es asunto suyo.

Gauguin frunció los labios, después los volvió a extender para forzar una sonrisa.

—No —admitió en voz baja—. La verdad es que no.

—¿Pero Byron14 sí?

—Como ya te dije, Byron14 es un asesino, un terrorista. Como bien sabes, la red oscura no es infalible. Sé que habéis estado en contacto, y ahora necesito saber qué os dijisteis. ¿Byron te contrató para robar el Crisálida?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Dímelo tú.

Seguí paseándome lentamente, giré hacia un lado, me detuve junto a mi silla, no me senté, me acerqué a la pared, después regresé junto a la silla, me paré.

—Reina bint Badr al Mustakfi... ¿Le suena ese nombre?

—Es esa joven que murió. He oído hablar de ella.

—Era prima de la princesa Shamma bint Bandar.

—Por eso me suena. Me informaron de su muerte durante una reunión.

—Reina tenía Perfección.

Gauguin se encogió ligeramente de hombros, mientras esperaba a que prosiguiera.

—Decidí robar el Crisálida porque suponía un reto. Pero cuando ella murió, decidí robarlo porque quería tocarle las pelotas a alguien, y los creadores de Perfección me parecieron los candidatos perfectos.

—¿Por qué?

—Reina tenía Perfección.

—Eso ya lo has dicho, pero Perfección no hizo que se quitara la vida.

—¿Usted tiene Perfección, Gauguin?

—No, aunque lógicamente estoy familiarizado con su funcionamiento.

Reanudé la marcha, di unos pocos pasos, me volví a detener, escogí mis palabras con mucho tiento.

—Creo... —murmuré—. Creo que se equivoca. Creo que la aplicación la ayudó a morir. Reina era simpática. Me caía bien. Aunque no me recordara, percibí... afecto... por su parte. Creo que soy propensa a dar más importancia a esas cosas de la que tienen en realidad, pero así soy yo, es un efecto secundario de... lo mío. ¿Qué es lo opuesto a ser perfecto?

—¿Imperfecto? —respondió Gauguin.

Sinónimos: defectuoso, incompleto, inexacto, malo.

Miré a Gauguin y me pareció que no estaba entendiendo nada de lo que le estaba diciendo, y que tampoco le importaba, así que cerré la boca y seguí caminando.

Al cabo de un rato, tras revolverse un poco sobre su asiento, tras suspirar un par de veces, Gauguin lo intentó de nuevo.

—Byron...

—Quería saber si yo tenía Perfección. ¿Por qué está tan interesado, señor Gauguin?

—¿Qué quería Byron?

—Alertarme acerca de usted.

—¿Qué más?

—Eso fue todo. Tengo la sensación de que a ustedes les encanta joderse el uno al otro. Y por mí, bien.

—Necesito que contactes con Byron14.

—¿Para qué?

—Para concertar una reunión.

—Conciértela usted.

—No creo que Byron quiera hablar conmigo.

—¿Y quiere que yo sea su marioneta? Se suele decir que no hay honor entre ladrones, señor Gauguin, pero incluso desde mi punto de vista eso sería una señora putada.

—Sí. —Su tono era anhelante, propio de un hombre bueno dentro de un mundo corrompido—. Creo que podría serlo.

Reanudé la marcha. Caminar me ayudaba a pensar; primero se trataba de pensamientos informes, pero las palabras estaban llegando, las ideas estaban floreciendo.

Miré a Gauguin, que me observaba desde su silla de plástico torcida.

Miré al hombre que estaba sentado en un puf, en un rincón.

—Voy a necesitar un portátil y una taza de café, por favor —dije.

Gauguin sonrió.

CAPÍTULO 27

No hace falta sacar un arma para resultar amenazante.

El miedo germina a partir de preguntas sin respuesta. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar Gauguin, qué herramientas tenía a su disposición, pensaba matarme cuando acabara todo?

Me trajeron un portátil y una taza de café malo.

Ya habían instalado el Tor, así que fue fácil regresar a la sala de chat donde Byron14 hacía de las suyas.

Byron14 no estaba conectado.

—Esperaremos —dijo Gauguin, sentándose a mi lado, en el sofá —. Esperaremos a Byron.

Y esperamos.

Una hora, después dos.

Gauguin se quedó mirando la pantalla.

—¿Este ordenador viene con el solitario? —pregunté.

—Esperaremos —respondió él.

Y esperamos.

Me puse a contar los ladrillos de la pared.

Los escalones que conducían a la puerta.

Las líneas de mi mano.

Y esperamos.

Los muecines lanzaron su llamada desde los minaretes: Alá es el más grande, Alá es el más grande.

La crema solar que cubría los diamantes se secó. A Leena le daría algo si se enterase de que algo tan valioso había acabado tirado entre un cenicero y una revista vieja de snowboard.

Conté el número de armas posibles en la estancia, objetos que fueran pesados, objetos que fueran resistentes, objetos que pudieran perforar la piel.

Conté los escondites, solo encontré uno que pudiera servir.

Al cabo de un rato, más por pasar el rato que por otra cosa, dije:

—Lo suyo con Byron... ¿es personal?

Gauguin me lanzó una mirada severa, fugaz, después miró para otro lado.

Yo me encogí de hombros, sonreí sin venir a cuento y dije:

—Lo suponía. ¿Su jefe sabe que está librando una venganza personal?

—Mi jefe quiere ver a Byron enterrado en cemento —replicó sin resquemor—. Lo mío es un poco más complicado.

—¿Me habría perseguido si Byron no se hubiera puesto en contacto conmigo?

—Sí. Robaste los diamantes, humillaste a mi jefe, y al parecer lo

hiciste a propósito. Eso te situó en mi punto de mira. Era lógico que Byron contactara contigo, por esas mismas razones.

—¿Byron la tiene tomada con Perfección?

—¿Tú qué crees?

Me encogí de hombros y volví a centrar mi atención en la pantalla.

Anochecía, una luz rosada y anaranjada se extendía por el techo.

El tipo del puf se levantó y salió a la calle a hablar por teléfono.

Me quedé a solas con Gauguin.

Le miré sin que él se diera cuenta, ya que seguía concentrado en la pantalla del portátil.

—Vamos a ver —dije, y acerqué las manos al teclado.

Como un rayo, Gauguin me agarró la muñeca y me la sujetó con fuerza. Puse cara de sorpresa, como si me sintiera ofendida por su reacción.

—No voy a romper nada.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a comprobar si Byron está en otra sala.

—¿Por qué no lo has mencionado antes?

—Porque tengo al lado a un capullo armado con un cuchillo —repliqué—. ¿Qué es lo peor que puedo hacer?

Lentamente, Gauguin me soltó la muñeca. Cogí el portátil, lo apoyé sobre mi regazo. Él se asomó por detrás de mí para ver lo que hacía. Abrí unas cuantas ventanas más, revisé otras cuantas páginas, ninguna inapropiada. ¿Cuánto tiempo llevaría fuera el guardia? ¿El suficiente como para que se le olvidara volver a entrar? Puede que se olvidara de mí, pero es posible que no se olvidara tan rápido de su deber.

Alargué la mano hacia la taza de café, la tercera que me tomaba aquella tarde, y la volqué. El café se derramó sobre la mesa, empapando la revista de snowboard, mezclándose con la crema solar. Gauguin dirigió la mirada hacia el estropicio, chasqueó la lengua, y en ese momento le golpeé con el portátil en la sien, con todas mis fuerzas. Gauguin cayó de espaldas, todavía despierto, todavía consciente, y le volví a golpear, le estampé el ordenador varias veces, en la frente y entre los ojos. La carcasa de plástico se resquebrajó, la pantalla se puso en negro mientras le arreaba una vez más, por si acaso, conteniendo el impulso de gritar, tragándome mi propio aliento, tragándome los bufidos animalescos que trepaban por mi garganta. Gauguin cayó sobre el sofá, con los ojos cubiertos de sangre, y yo agarré el portátil y crucé corriendo la habitación, con la respiración acelerada y entrecortada. Abrí los armaritos que había debajo del fregadero; dos de ellos tenían unos estantes, pero había otro más grande donde debieron de guardar en algún momento un

cubo de fregar o botellas de lejía. Me encogí, con la cabeza pegada a las rodillas y los brazos a las espinillas, comprimiendo mi cuerpo de tal forma que me costaba respirar, más pequeña que un gato, más pequeña que una araña, y entonces cerré la puertecita con las yemas de los dedos y esperé en la oscuridad.

Mi aliento provocaba huracanes, perturbaba el sueño de los osos pardos en sus lechos.

Los latidos de mi corazón provocaban temblores en el suelo, mi piel derretía el metal.

Cerré los ojos y respiré, respiré, respiré.

El cielo se volteó y las montañas cayeron, al ritmo de mi respiración.

Silencio en el taller.

Se abrió una puerta. Qué desolador resulta ese sonido, cuando no puedes ver a la persona que la empuja.

Un grito, pisadas sobre el suelo de hormigón.

¡Jefe, jefe, ayuda, ayuda!

Más pisadas, más gente.

El traqueteo de muchas personas desplazándose al mismo tiempo, los gruñidos de Gauguin, pasos de un lado a otro, un traqueteo en lo alto, un kit de primeros auxilios extraído del lugar donde estaba guardo, por encima del fregadero en desuso, piernas que se movían frente a la tenue luz que se filtraba por los bordes de la puerta del armarito.

¿Qué ha ocurrido, jefe, qué ha ocurrido?

Pisadas apresuradas por el suelo, por encima de mí, justo encima de mí, activando los grifos.

La voz de Gauguin, tan débil que no pude oír lo que decía.

Se forjaron civilizaciones y murieron galaxias enteras, pero ¿habría pasado tiempo suficiente?

Un goteo lento sobre mi hombro derecho, una fuga en una cañería del fregadero; sentí cómo cada gota se escurría por mi piel, como la llegada de la primera riada sobre un lecho yermo de rocas. Cerraron el grifo.

El armarito situado junto al mío se abrió, contuve el aliento, esperé a que alguien más lo contuviera, pero no. Estaban sacando trapos, pensé, pañuelos o toallitas para limpiar la cara ensangrentada de su jefe.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la mujer que me tomó las huellas.

—No lo sé —respondió Gauguin, y entonces pronunció esas palabras sagradas en cuyo aliento se engendran deidades—: No me acuerdo.

Me di cuenta de que tenía lágrimas en los ojos y de que estaba temblando. Me mordí la muñeca para amortiguar el sonido, recuerda,

recuerda, la arena bajo mis pies, el sol en lo alto, líneas sobre la piel, soy Hope, respiro y tengo esperanza, y...

Las palabras me rehúyen.

Impulso mi conciencia hacia los dedos de mis pies.

Soy los dedos de mis pies.

El esfuerzo me provocó dolor de cabeza, pero los temblores remitieron.

Crecieron árboles, se construyeron pirámides, las flores se marchitaron y murieron sobre las vides, las viudas de Asur se lamentaron con gran voz.

Soy la madera del armarito que se me hinca en la espalda.

Soy la oscuridad.

Dentro de la estancia que se extendía a mi alrededor, la gente intentaba comprender la situación.

Vieron unos diamantes encima de la mesa, pringosos.

Vieron sangre en el suelo.

¿Qué mentiras estarían generando, me pregunté, para explicar esa escena?

Una maleta encima de la mesa, ropa de mujer. Estaba claro que habían encontrado el equipaje de la ladrona, pero no a la ladrona en sí. Se concentraron un poco más. Recordaban haber acudido al encuentro de un avión cuando aterrizó, pero el asiento al lado del de Gauguin estaba vacío, el pájaro había volado. Recordaron circular por las calles de la ciudad, registrar el equipaje de la ladrona y encontrar los diamantes.

¿Y luego?

Alguien se había acercado a Gauguin por detrás y le había arreado en la cabeza, con la intención evidente de robarle. Sí, seguro que eso era lo que había ocurrido. ¿Cómo entró el ladrón? ¿Cómo salió? ¿Por qué no se llevó los diamantes?

Mentes en tensión por el esfuerzo de darle sentido a la escena, mientras su confianza empezaba a resquebrajarse.

Y cuando la confianza falla, el piloto automático toma el mando.

¡Registrad el edificio, registrad las calles!

Soy la madera.

Soy la oscuridad.

—¿Vio al agresor? —preguntó un tipo.

—No —respondió Gauguin—. No lo vi.

Sus hombres registraron el edificio, pero no lo suficiente; nada por aquí, nada por allá, solo un puñado de cañerías viejas y alacenas rotas. El ladrón ya se había ido.

Pisadas sobre el suelo de hormigón, el grifo se encendió sobre mi cabeza.

Soy el agua.

Coches que iban y venían.

Se me empezaron a dormir los pies y me entraron ganas de reír; los calambres en la espalda me provocaron la sensación opuesta.

Soy mis vértebras. El dolor no me afecta.

Entonces, poco a poco, todos fueron olvidando.

No olvidaron que alguien había agredido a Gauguin. Era una evidencia sanguinolenta que nadie podía ignorar. Tampoco se olvidaron de los diamantes que estaban encima de la mesa, de los pasaportes que me habían quitado, de las tarjetas de crédito a mi nombre. Puede que también se acordaran de mis huellas, aunque es posible que en sus mentes esas huellas las sacaran de mi equipaje, y las muestras de ADN de mi ropa, a medida que su imaginación reemplazaba los detalles que se difuminaban.

Me pareció que la luz se estaba atenuando en el exterior, pero quizá fueran imaginaciones mías. En una ocasión leí un estudio sobre unas personas que fueron confinadas a oscuras y en absoluto silencio durante cuarenta y ocho horas. Algunos tardaron apenas unos minutos en empezar a alucinar.

Soy la piel de gallina.

Soy un amasijo de carne. Mis brazos son mis piernas, mis piernas son mi pecho, mi cabeza es mi cuello, mi cuello son mis rodillas. Creo que jamás podré volver a moverme.

¿Por qué no me encontraban esos tipos?

Porque no me estaban buscando.

Pisadas por el taller.

Una puerta que se cerraba.

Un coche que se alejaba.

Esperé.

Esperé.

Un olor intrusivo, demasiado suave al principio como para percibirlo, un ardid de la mente, una manifestación de mi propia inercia: tostadas quemadas.

Esperé.

El olor se volvió más intenso.

Tenía un toque a gasolina.

Mi mente racional aprovechó para decir que algo así era imposible, pero el cerebro inconsciente, más avispado, respondió con un contundente: «A la mierda, claro que es posible, joder».

Pues claro, joder. El taller estaba en llamas.

Abrí la puerta del armarito, me desplomé sobre el suelo. El más pequeño de los dos incendios se había originado en el sofá, alimentado por un bote de gasolina, pero se estaba extendiendo deprisa. La amenazaba más grande y sobrecogedora se encontraba en el extremo opuesto del edificio, potenciada por un combustible no identificado.

Las llamas llegaban al techo y el humo cubría la parte superior de la estancia. Agachada junto al fregadero, me eché agua encima, sumergí los brazos hasta los hombros, metí la cabeza debajo del grifo, me tapé el rostro con la manga, avancé a gatas por debajo de la cortina de humo, llegué hasta la puerta, la empujé y descubrí que estaba cerrada con llave.

Me levanté y el humo provocó que se me saltaran las lágrimas.

Embestí la puerta con el hombro, descargando todo mi peso sobre ella, pero no cedió, y yo me quedé sin aliento.

Bajé al suelo, apoyada sobre las manos y las rodillas, boqueando. Mis ropas empapadas escupían vapor.

Traté de localizar otra salida, pero ya casi no se podía ver nada.

¿Qué recordaba sobre los procedimientos a seguir en caso de incendio?

ropa húmeda, rostro húmedo

una tela sobre la boca

porcentaje de muertes por inhalación de humo: de un 50 a un 80 por ciento.

Causa de la muerte

trauma respiratorio

intoxicación

daño térmico en los pulmones

Palpé los goznes de la puerta, deslicé los dedos sobre la cerradura, concentrándome.

intoxicación por monóxido de carbono

el CO se combina con la hemoglobina en la sangre, dándole ese aspecto rojizo

Dos cerraduras, una bastante sencilla que podría forzar con un tenedor y un poco de tiempo, la otra más dura de pelar; necesitaría un cuchillo o un trozo de metal, algo con lo que hacer palanca

Al contrario que el O_2 , el CO no se separa de la hemoglobina, sigue circulando

tratamiento para la intoxicación por CO e inhalación de humos: oxígeno hidratado

No veía nada, el humo negro dispersaba la luz del incendio

Toxicidad del oxígeno: exceso de oxígeno en los tejidos del cuerpo

daños en el sistema nervioso central

daños en la retina

daños pulmonares, que solo suponen un problema en una cámara hipobárica

o bajo el mar

o en

condiciones de presurización

Se me resbalaron los dedos sobre la cerradura.

Soy
el fuego
Soy
mis dedos
Empecé a
reptar.

Me encaramé a una mesa, junto a la ventana más alejada del foco del incendio, rompí los restos de cristal que quedaban

cerré los ojos
respiré
el humo empezó a salir
mi rostro
mi piel
no podía abrir los ojos, todo era oscuridad
aire fresco
humo caliente
respiré

se me chamuscaron los pelillos de la nariz, el aire me abrasaba la garganta

soy
aliento
soy
fuego
soy
oscuridad.
La oscuridad soy yo.

CAPÍTULO 28

Fantaseo una y otra vez con algo que podría ser Parker.

Tiene que ser una fantasía, ya que no recuerdo nada de él. ¿Qué sé realmente sobre ese chico de Maine?

Mi yo que lo conoció dejó anotadas algunas impresiones, mientras nos tomábamos un café con tortitas en una cafetería de la Sétima Avenida.

Parker: ¿Cómo es?

Sorprendentemente divertido, dicharachero (habla porque la alternativa es el silencio), melómano hasta niveles obsesivos, amable con los desconocidos. Hoy le he visto hablar con un vagabundo del Bronx durante media hora, preguntarle a una camarera por la historia de su tatuaje y hacerles un truco de magia con monedas a unos obnubilados gemelos de cinco años en el tren, para entretenerlos mientras su madre consolaba a un bebé que lloraba. Es un poco creído. Siente un odio vehemente hacia las noticias procedentes de EE.UU., y rechazo hacia la política.

Tiene atisbos de melancolía, a veces suelta carcajadas muy fuertes, muy agudas. Sus opiniones a veces se tornan certezas: insiste en que Historia de Genji se escribió durante la Restauración Kenmu, y se cabreó muchísimo durante diez minutos cuando le demostré que se equivocaba. Envidia a la gente famosa hasta el punto de despreciarla, habla de ellos con un deje de amargura. «Solo son gente», dice, «mala gente»; aun así, tiene un conocimiento enciclopédico acerca de quién dijo qué, o quién fue visto en tal fiesta.

Erudito, hasta niveles obsesivos. ¿Seré yo igual? No puedo evitar compararme con él, es la única persona equivalente que he conocido. Siempre está al teléfono, cuestiona constantemente el mundo que le rodea. Si pedimos tortitas, se pone a buscar la historia del sirope de arce. Nanabozho, dijo. El dios burlón de los primeros hombres, hay quien le acredita la invención del sirope de arce. Durante la Luna de Azúcar, que es la primera luna llena de la primavera, las tribus del norte celebraban la llegada de días más cálidos dando unos golpecitos en los árboles, recolectando savia hasta que la subida de las temperaturas en el bosque hacía que los azúcares resultaran menos dulces, incomestibles. «Cuántas culturas, alejadas entre sí», murmuró, «tienen dioses a los que les encanta gastar bromas.»

Más cartas, recuerdos. Un menú de la cafetería donde nos comimos las tortitas. Recuerdo comerme un montón de tortitas, hasta que me dolió la barriga, lo cual no era algo típico de mí, y ahora que lo pienso, es

posible que cierta figura que no recuerdo estuviera presente también, animándome a comer sin parar.

Una nota, recuerdo encontrarla en mi bolsillo cuando entré en mi apartamento del centro y me quedé quieta en el vestíbulo, mirándola con asombro.

Hoy has conocido a alguien como tú. No te acuerdas de él, pero aquí tienes una foto suya. Él tiene una nota igual que esta, y los dos vais a volver a quedar mañana a las 10 en el jardín botánico de Brooklyn.

Esa noche apenas pegué ojo, y a la mañana siguiente fui al jardín botánico de Brooklyn para reunirme con alguien a quien no conocía de nada. Una carta que describía esa cita, junto con una taza en la que se veía un cerezo en flor que pensé que recordaría haber comprado, pero, por más que me devané los sesos, no estaba segura de haberlo hecho.

Quedamos a las 10 de la mañana. Él se acercó a mí, era un hombre nervioso de cabello castaño al que no había visto nunca. Tenía una foto mía en su móvil, en la que salía sonriendo a la cámara, con los pulgares levantados, mientras que su rostro asomaba por un lateral de la imagen.

—Hola —dijo, tendiéndome la mano, vacilante—. Recibí una nota de mí mismo donde me decía que viniera aquí para quedar con una persona de la que no me acuerdo.

—Hola —respondí—. A mí me ha pasado lo mismo.

Puso los ojos como platos, con una mezcla de miedo y entusiasmo, y entonces se puso a hablar y no paró durante casi una hora, quizá dos. Se preguntaba cuánto tiempo llevaríamos viéndonos de esa manera, si ya seríamos grandes amigos, me habló de su vida —¿me la habría contado ya?—, y quiso saberlo todo sobre mí: cómo vivía, qué comía, qué hacía para conservar la cordura.

Le hablé de clases de enología, de citas exprés, de contar cartas en los casinos, y me sorprendí un poco cuando me dijo: «Yo me acuesto con prostitutas, resulta mucho más fácil. En cuanto conoces a una o dos que te gustan, que sabes que se portarán bien contigo, todo resulta mejor y mucho más honesto para los dos que el hecho de intentar buscar pareja en un bar.»

Quizá tenga razón. A mí me da igual una cosa que otra. Con cautela, admití que a veces robo alguna cosilla, y le birlé la cartera mientras estaba distraído con las riñas de una familia que se encontraba al otro lado de unos rosales. Se quedó patidifuso cuando se dio cuenta, y finalmente admitió:

—Yo atraco a la gente.

Fue entonces cuando me enseñó la pistola, pequeña y oscura, que llevaba

escondida en una funda por debajo del brazo.
—¡No pasa nada! —exclamó, al ver mi expresión horrorizada—. Nadie se acuerda de que le haya atracado. Simplemente creen que han perdido la cartera o algo así.
—¿Alguna vez has matado a alguien?
—¡No! ¡Por Dios, no!
Y entonces me tocó a mí preguntarme: ¿debo creerle?
No conservo recuerdos de él como para establecer un patrón con sus mentiras y sus verdades, pero de igual manera que le encuentro la lógica a irse con una puta para mantener relaciones, también comprendo que a alguien de nuestra condición le resulta fácil ganarse la vida a punta de pistola. A lo mejor leo demasiado. Si quiero hacer esta clase de dictamen, debería examinarme tan a fondo como lo examino a él. Aun así, puesto que no cuento con nada más que estas palabras para acordarme de él, siento la necesidad de escribirlo: esto es lo que siento, estas son las preguntas que me hago. Acuérdate de él.
Es gracioso, me hace reír; ¿cuándo fue la última vez que me reí de verdad?
—Tienes que reírte —me dijo—. Es lo más saludable que puedes hacer.
Por la tarde fuimos a ver un monólogo y, después de unos primeros quince minutos bastante flojitos, me acabé riendo hasta que se me saltaron las lágrimas.

Recuerdo aquella noche. Estaba sola, y ahora me pregunto qué me llevó a ir a ese club. No solía frecuentar esa clase de locales, no era el tipo de espectáculo que me atraía. Intento recordar quién se sentó a mi lado, pero no hay manera. Tendríamos que habernos dado la mano durante la función, para así no olvidarlo. Más notas, seis en total, todas escritas de la misma forma.

Hoy has pasado el día con alguien de quien no te acuerdas. Habéis acordado volver a veros a las 10.30 en el ferry de Coney Island.
...en la estación Grand Central
...en el Museo Metropolitano de Arte
...en Times Square

Una pila creciente de fotos y recuerdos. Sé que fui dos veces al teatro esa semana: una para ver una obra sobre una familia irlandesa disfuncional que me pareció un rollo, otra para ver una representación de *Coriolano* en la que la mayoría de los actores acabaron cubiertos de sangre, agua, materia vegetal, pintura y miseria. El público, cuando los actores embadurnados de plasma saludaron al final, se puso en pie para ovacionarlos, y yo me sumé. ¿Habría alguien a mi lado aplaudiendo también? ¿Habría un hombre en el asiento de al lado

ovacionando esa historia sobre madres ambiciosas y generales vengativos?

No lo recuerdo.

Fotos: él y yo, sonriendo ante la puerta del teatro. Resguardos de entradas, menús, servilletas garabateadas... A él se le daban bien las caricaturas. Hay una mía en la que salgo con una nariz enorme, con los ojos saltones como si me fueran a estallar, con un pelo que parece un estallido de algodón de azúcar, y un cuerpo diminuto y encorvado. Yo contraataqué con otro dibujo: un monigote, que apenas parecía humano, saludando desde un rincón. Al final de cada jornada, una carta escrita cuidadosamente por mi yo del pasado, dirigida a mi yo del presente.

Hoy hemos echado un polvo. Parecía que era algo que teníamos que acabar haciendo. Estuvo bien. Ahora él está sentado en la cama, escribiéndose una carta a sí mismo, explicando cómo ha ido la jornada y todo lo que ha ocurrido, antes de que lo olvidemos. Son las cuatro de la mañana y tengo sueño. Me cuesta encontrar las palabras y me da mucho miedo soltar el boli, cerrar los ojos y acabar con todo lo que ha significado este día.

¿Seríamos amigos, amantes, si no fuéramos lo que somos? Dos asmáticos se cruzan en una habitación: ¿se harían pareja por el simple hecho de ser asmáticos? ¿Me gusta Parker? ¿Me gusta de verdad?

Una dirección de email, un número de teléfono. Con la letra de un extraño, por si acaso. Con mi propia letra:

Es la dirección de alguien de quien no te acuerdas, por si le necesitas.

Al séptimo día, una nota escrita en un folio con el membrete de un hotel.

Hoy hemos acordado no vernos.

No ponía nada más.

Y en el fondo de la caja, una carta, escrita por otra persona, que decía así:

Querida Hope:
Me llamo Parker. Espero que ya hayas recibido cartas referidas a mí, y que las hayas estado guardando, igual que yo he guardado las fotos y las cartas que tengo sobre ti. Espero que tus descripciones sobre mí sean favorables. No te conozco, hoy ha sido el primer día que nos

hemos visto, pero por lo que he podido comprobar en fotos y notas, nos hemos visto muchas veces antes. Estos últimos días han sido maravillosos, pero no recuerdo que formaras parte de ellos. Quería escribirte, antes de separarnos, para que tengas algo mío en tus manos, algo que puedas recordar cuando me haya ido.

Supongo que parecerá ridículo que quiera contarte cosas sobre ti misma; sé que te he conocido, y aun así no puedo conocerte. Me da mucho miedo lo que puedas saber sobre mí, lo que puedas haber escrito. Podría detallarte el contenido de mis propias cartas, mis descripciones acerca de todo lo que ha pasado entre nosotros... pero solo serían palabras que describen otras palabras, y no me parece justo.

Dijiste una cosa, cuando decidimos seguir cada uno por su lado, que me muero por recordar. La he escrito aquí, y me la he escrito en la mano, y la he escrito en mi diario, y la he escrito en mi móvil... La recordaré, porque me parece que es la manera que tienes de vivir la vida. Dijiste que, ya que el pasado desaparece de la memoria, lo único que podemos vivir es el presente. Recordar es el acto de mirar atrás, y nosotros no existimos en el pasado, salvo aquí, en estas cartas y estas fotos. Leerlas ni siquiera es un acto de remembranza, ya que estoy escribiendo en el presente. Estoy sosteniendo tu foto en el presente. Releo estas palabras en el presente. Te miro, cierro los ojos y solo existo en el presente. Mis pensamientos, los que estoy generando en este mismo momento, son el prisma a través del cual se desplaza todo lo demás, y tanto el pasado, como la memoria, solamente se recuerdan en el presente. Existimos en ese tiempo verbal, e incluso nuestro futuro se convertirá algún día en el pasado, y el pasado caerá en el olvido, solo permanecerá el presente. Así pues, lo importante no es confiar en el porvenir, ni lamentarse por las cosas pasadas; lo importante son los actos que realizamos en este momento, en este presente.

Hope... he tenido una vida complicada. ¿Es posible que algo que no recuerdas sea capaz de cambiarte?

Espero que sí. Espero que sea posible, Hope.

No sé cómo terminar esta carta. ¿Debería decir que te quiero? No termino de verlo. Me parece inapropiado, así que lo dejaré en un:

Con mis mejores deseos,
El único e inimitable Parker

Guardé la carta, junto con las demás.

Ya no me acuerdo de Parker. No recuerdo su cara, su roce, su cuerpo, sus palabras, sus actos, los días que pasamos juntos.

Pero tengo un pensamiento al que me aferro en este tiempo presente: que al final de esa semana que pasamos juntos, le cogí el

gustillo a los monólogos.

Me he olvidado de él, pero su presencia me cambió.

No tengo palabras para expresar lo maravilloso que es eso.

CAPÍTULO 29

Hay quien fantasea con que le rescaten unos bomberos.

Es posible que esa fantasía incluya hombres musculosos, rostros cubiertos por una viril cantidad de sudor y hollín, abriéndose camino entre unas llamas que no se atreven a rozarlos, ataviados con sus pesadas botas, listos para tomar en brazos a la desvalida víctima, echársela al hombro y conducirla, jadeante, con el cabello ondeando alrededor de su rostro (que curiosamente está intacto) hasta un lugar seguro.

Tras haber sido rescatada por el cuerpo de bomberos de Estambul, puedo asegurar que eso no tiene nada que ver con la realidad.

Me quedé inconsciente por la inhalación de humos. Me desperté dolorida, en una camilla dentro de una ambulancia, y vi cómo una mujer con una cara que parecía una patata podrida me estaba cortando los pantalones. Intenté decir algo, pero tenía los pulmones en llamas. Intenté moverme, pero mis brazos eran piezas inertes de ébano. Otra mujer, más joven, con los labios pintados de marrón oscuro y una marcada sombra de ojos, se acercó a mí y me preguntó en turco, un idioma que no domino demasiado bien:

—¿Puede oírme, señorita?

Me dio agua. El agua abrasaba, pero quise más.

—Señorita, ¿podría decirme su nombre?

—Hope —respondí, ya que no me acordé de mentir—. Me llamo Hope.

La mujer mayor siguió recortando mi ropa, ajena a lo que ocurría a su alrededor. La puerta de la ambulancia estaba abierta, así que pude oír el estruendo de las llamas, vi la luz que se proyectaba sobre el asfalto, escuché las carreras de los operarios que intentaban extinguirlo, los crujidos de las paredes al resquebrajarse. ¿Quién había avisado a los bomberos? Seguramente nunca lo sabría. Algún transeúnte anónimo, que me había salvado la vida.

—¿Está experimentando...?

Una serie de palabras en turco que no entendí, acompañadas de gestos metódicos sobre el propio cuerpo de la paramédica, quizá señalando los puntos donde debería estar sintiendo dolor. Me quedé mirándola sin comprender, con un regusto a hollín en los dientes, sintiendo el aire que corría por mi nariz abrasada, que de repente se había destaponado. Negué con la cabeza, y la joven paramédica sonrió, cohibida, tratando de encontrar otras palabras en un idioma más sencillo.

Con un tirón fuerte, la mujer mayor arrancó los últimos restos de la pernera de mi pantalón, rasgándola por la costura. La carne que

asomó por debajo parecía bastante ilesa, salvo por una zona en el reverso de mi pantorrilla izquierda, aunque no recordaba cómo me había hecho daño en ese punto.

La más joven de las dos me auscultó, me midió la tensión, me puso una mascarilla. No entendí casi nada de la conversación que mantuvieron —la más joven, indecisa; la mayor, desinteresada—, hasta que la más veterana levantó la cabeza y exclamó en inglés, con tono firme y estricto:

—¿Náuseas? ¿Visión borrosa? ¿Sí?

—Sí.

—Hospital. Vamos a hospital ahora. ¿Tú familia, amigos?

—No.

—¿Embajada?

—¿Es necesario?

Se quedó mirándome como si fuera un pez tan estúpido que no era capaz de nadar, después se dio la vuelta.

—Vamos a hospital —exclamó, y en el último momento añadió—. Tú bien. Muy bien.

En el hospital, me metieron en una cabina aislada por cortinas de color azul celeste. Una enfermera me enchufó a un monitor cardíaco, me volvió a tomar la tensión, me hizo un electro y me puso un pulsioxímetro en el dedo.

Mientras lo hacía, apareció un médico que me escuchó respirar, escuchó a los paramédicos, me enfocó con una linternita a los ojos, examinó unas cifras en una pantalla, me miró la quemadura en el reverso de la pierna, miró otra que tenía en el omóplato izquierdo y otra en el antebrazo izquierdo, después sonrió y repitió el eslogan del momento:

—¡Tú bien! Tú muy bien.

Después se dio la vuelta hacia una médica residente —una chica con una pañoleta gris, maquillada como una muñeca—, le dio unas indicaciones y se marchó. Ella se dio la vuelta hacia mí y me dijo en un inglés impecable:

—Señorita, ha sufrido quemaduras leves e intoxicación por inhalación de humos. Vamos a ponerle un respirador y a ingresarla esta noche para tenerla en observación. ¿Tiene seguro médico?

—Sí —resollé.

—Estupendo. Rellenaré un informe a su nombre, tendrá que hacer una declaración.

Y tras decir esto, se marchó.

Me quedé en el hospital hasta que se agotó la primera dosis del

respirador. Nadie vino a ver qué tal estaba, salvo el celador de noche, que preguntó si alguien quería una taza de té. Estaba acostumbrado a ver caras desconocidas, así que mi presencia no le sorprendió.

Cuando llevaba cinco horas en la cama del hospital, una enfermera descorrió las cortinas y se sobresaltó al verme. Revisó mi gráfica, me miró a la cara, esbozó una sonrisa incómoda y se marchó a toda prisa. Al poco rato apareció la jefa de enfermeras, que realizó el mismo procedimiento, esbozó la misma sonrisa vacilante que su compañera, se dio la vuelta y exclamó, con una voz que resonó por todo el pasillo:

—A ver, ¿quién firmó el ingreso de esta paciente?

Me planteé pedir otra dosis de heparina para el respirador, exagerar un poco más la gravedad de mis quemaduras, pero en el hospital ya se habían olvidado de mí. A veces, el papeleo es lo único que te mantiene con vida. Sin él, incluso la gente corriente puede caer en el olvido.

Con la ropa hecha jirones, envuelta en una bata con manchas de té, avancé cojeando por los silenciosos pasillos del hospital hasta que encontré una sala de hospitalización donde la enfermera de noche estaba durmiendo y las luces estaban atenuadas. Había una mujer tumbada en un rincón, con la cabeza vendada y las manos apoyadas por debajo de la mejilla, como si fuera una niña. Le robé unos pantalones y unos zapatos que me quedaban un poco grandes. A una anciana, que tenía unos tubos pegados a la punta de la nariz y en la comisura de los labios, le robé setecientas liras en billetes de distinto valor. Me cambié en un baño y me senté sobre el frío suelo, estremeciéndome, mientras una oleada de náuseas hacía tambalear el suelo bajo mis pies. Bebí un sorbo de agua, me sentó bien. Bebí otro trago y estuve a punto de ahogarme; acabé con la cabeza metida en el retrete, boqueando, sufriendo arcadas.

Cuando me pude levantar, me lavé el pelo con agua fría del grifo, me lo peiné hacia atrás, me refroté con toallitas de papel hasta que se me enrojecieron los ojos y se me irritó la piel, hasta que el agua se ennegreció con toda la mugre que me quité. Deslicé mis pies dentro de esos zapatos que parecían palacios, abrí la puerta y salí al pasillo.

Nadie gritó, nadie dijo mi nombre.

Resonaron las oraciones matutinas desde los minaretes.

Me dejé envolver por ese sonido mientras me marchaba.

CAPÍTULO 30

Ni tarjeta de crédito, ni pasaporte.

Ningún hotel respetable quiso alojarme, aunque un taxista tenía un amigo en Zeytinburnu que conocía un lugar regentado por su suegra. La casa tenía cuatro plantas y pertenecía a la familia desde hacía setenta y dos años. Ahora era un refugio para los más desfavorecidos: trabajadores inmigrantes que habían entrado ilegalmente en el país; presos recién liberados a los que habían echado a la calle sin un duro en el bolsillo, sin un lugar donde caerse muertos; esposas que habían abandonado a sus maridos; maridos expulsados de casa por sus coléricas esposas. Por veinte liras te daban un colchón en el suelo; por veinte, la cama de abajo de una litera de tres niveles.

La dueña tenía una voz tan aguda como el zumbido de un mosquito. Me cogió del brazo mientras me enseñaba mi habitación, farfullando sin parar en un inglés con mucho acento:

—Pobrecita, criaturita, perdiste pasaporte, perdiste amigos, pobrecilla, yo buena, tú verás, muy buena.

Me sirvió un té en una taza resquebrajada, con una gruesa rebanada de pan negro acompañada de una cucharada de mermelada.

—Criaturita —murmuró, mientras me veía dar unos mordisquitos —. Muy duro estar sola.

Me dormí al amanecer y, a las tres de la tarde, la mujer entró en la habitación y exclamó:

—¿Quién eres? ¿Quién eres? ¿Qué hacer aquí?

Me arrojó un zapato mientras yo salía por piernas.

En cuanto doblé la esquina de enfrente del apartamento, me quedé sentada en la acera durante media hora, luego volví. La mujer había recuperado su zapato y estaba barriendo afanosamente el sendero de hormigón que conducía hasta su puerta.

—¡Criaturita! —exclamó, cuando le pregunté por una habitación —. Pobrecita, criaturita, yo buena, tú verás...

Me volvió a dar la misma cama, en la que aún quedaba la marca de mi cuerpo dormido.

Por la noche me desperté resollando, ardiendo, con fuego en las piernas y en el pecho.

Llamé a un taxi desde el teléfono que había junto a la puerta y me fui directa al hospital más cercano.

Cuatro horas en un hospital.

Después cuatro horas en otro.

Pasé de una sala de urgencias a otra, y esperé pacientemente mientras me diagnosticaban lo mismo una y otra vez —quemaduras, intoxicación por inhalación de humos—, chasqueaban la lengua y me aplicaban más crema y una nueva dosis con el respirador. Al cabo de veintiocho horas me sabía de memoria los procedimientos, los nombres de la medicación, y mis conocimientos de vocabulario médico turco habían mejorado mucho, hasta el punto de que podía entrar tambaleándome por una puerta y susurrar «*duman inhalayson* » a cualquier enfermera que se cruzara en mi camino. Al cabo de treinta y dos horas, el problema estaba empezando a derivar hacia un exceso de medicación, así que revisé cuidadosamente mi testimonio sobre lo ocurrido para integrar las dosis que había estado recibiendo. En todos los hospitales se me acercaba alguien con formularios, formularios y más formularios, para preguntarme por el seguro médico. Yo respondía con una sarta de mentiras y esperaba a que se olvidaran de mí antes de hacer avioncitos de papel con los documentos y arrojarlos a la basura.

Después de treinta y seis horas, y de siete hospitales diferentes de Estambul, me concedí el alta yo misma y salí a la calle, bajo un inesperado sol cegador, y me di cuenta de que no sabía dónde estaba. Me quedaban setenta liras, no tenía móvil, toda la ropa que llevaba puesta era robada, y los zapatos me quedaban grandes. Había logrado llegar hasta las proximidades del cementerio de los Zincirlikuyu, aunque no recordaba haber cruzado el puente de Gálata.

Así que me levanté, sin noción alguna del tiempo ni el espacio, sin recordar el camino que había recorrido.

Estaba allí.

Me levanté.

Eso es todo.

Cerré los ojos, conté mis respiraciones.

Perdí la cuenta cuando iba por cuatro, empecé de nuevo.

Cinco, seis, siete.

El petardeo del motor de una motocicleta me sacó de mi ensimismamiento.

Me di cuenta de que estaba temblando y pensé que quizá debería volver al hospital, para que me lo mirasen.

Me di cuenta de que estaba sentada en el suelo, sin parar de temblar, y que no sabía adónde ir.

Cerré los ojos, cerré los ojos.

Me acordé de

las diosas del sol

el monólogo en Nueva York, con un desconocido sentado a mi lado todo el rato

recuerda

un hombre le prendió fuego a un almacén en Estambul, y una mujer estuvo a punto de morir abrasada

y ahora solo recordaba

poco más que una fantasía, una experiencia no compartida, que se tornó irreal porque yo

era la única que lo sabía

Luca Evard, bebiendo cerveza sin en Brasil

abrí los ojos.

¿Pensaría en mí?

¿Pensaría en una persona cuyos actos coincidían los míos, cuyo rostro, cuando lo admiraba, ostentaba mis rasgos? ¿Pensaría en alguien que había pasado por todos esos lugares que formaban parte de mis recuerdos, cuyos actos habían dado forma a la persona en la que me había convertido?

No estaba segura de que alguien así coincidiera conmigo, con mi identidad. Pero algo es algo.

Era un comienzo.

Salí a buscar ayuda.

CAPÍTULO 31

Desde un cibercafé situado entre los lujosos apartamentos y crecientes hoteles internacionales de Besiktas, retomé una dirección de email que de momento no se había visto comprometida y envié un grito de socorro a una persona de la que no me acordaba.

No sabía si Parker respondería o no, pero albergaba esa esperanza.

CAPÍTULO 32

Me monté en el metro de Estambul, robando carteras durante el trayecto, mientras pensaba distraídamente, entre rostro y rostro, en el inspector Luca Evard.

Nuestra relación no siempre había sido profesional.

La primera vez que nos vimos, me arrestó.

La segunda vez, se había desplazado hasta Sao Paulo para investigar mi modus operandi. Yo había robado 3'3 millones de dólares en joyas durante una operación que tardé siete meses en planear y doce minutos en llevar a cabo. Había entablado relaciones (que nadie podía recordar), aprendido contraseñas, copiado llaves, pirateado sistemas de seguridad... Fue un trabajo maravilloso, tan sensacional que, por primera vez en mi carrera, me quedé algunas de las piezas de menor valor, como recordatorio de lo buena que podía llegar a ser. Por ridículo que pueda parecer, es esa clase de cosas que te animan a seguir adelante.

Debería haberme marchado del país, pero la noticia del robo seguía presente en los telediarios, y cuando llamé a la Interpol haciéndome pasar por una policía agobiada que estaba investigando el caso, me informaron de que el inspector Evard estaba en el lugar de los hechos. Una cámara de vigilancia había captado las facciones de una mujer que había sido identificada por su vinculación con otros casos, así que por eso había venido a la ciudad.

Esperé ante la comisaría de policía, ataviada con gafas de sol y un enorme sombrero azul, hasta que apareció Luca, y lo seguí hasta la escena del crimen, a una reunión con los forenses, y por último hasta su hotel.

Me puse a su lado en el ascensor, tan azorada que estuve a punto de soltar una risita. Entrelacé las manos y me pregunté si me miraría, pero no lo hizo, y cuando se bajó en la séptima planta le seguí hasta que se dio la vuelta, momento que aproveché para fingir que había perdido mi llave en el bolso. Luca siguió caminando.

Al día siguiente, apoyé mi cámara sobre una repisa junto al Lago das Garças, puse un temporizador de diez segundos, me alejé unos pasos de ella, adopté una pose que quería dar a entender que no sabía que me estaban fotografiando, mientras leía el periódico del día, y el resultado fue una instantánea en la que, todo hay que decirlo, salía con un aspecto muy misterioso y seductor.

Se la envié a la policía desde una cuenta de correo falsa junto con este mensaje: «Eh, ¿es esta la ladrona que están buscando?», y no arranqué a bailar de milagro cuando oí que Luca Evard le decía a la

recepcionista que iba a alargar su estancia. Aquella noche cenó con sus compañeros de trabajo en una pequeña cafetería situada al lado de la comisaría —un cuenco de arroz, pescado y alubias—, y yo le seguí a través de la ciudad, observando cómo lidiaba con el implacable tráfico, torciendo el gesto cada vez que un chaval con una moto se subía a la acera para sortear el atasco. Él era un hombre demasiado pulcro, demasiado tranquilo como para estar en una ciudad tan ruidosa como Sao Paulo. Es posible que añorase Ginebra.

Al día siguiente, mientras el inspector estaba fuera, le robé la llave maestra a la mujer de la limpieza y me colé en su habitación. Había una foto mía encima de la mesa. Páginas con notas, registros de ADN, huellas dactilares, instantáneas de mis facciones —una en Milán, otra en Viena, otra en Sao Paulo— extraídas de las escenas de diversos crímenes, y una serie de anotaciones desperdigadas por ahí:

«¿No le preocupa que la vean?»

«No tiene equipo; ¿trabaja sola?»

«¿Por qué nadie se acuerda de su cara?»

Esto último lo había escrito con un bolígrafo negro de punta gruesa, en mitad de la noche, junto a una foto perfectamente nítida de mi cara en Dublín, sacada el día que robé datos de una red móvil 4G para un cliente en la red oscura. Estaba sonriendo a la cámara, el nombre que ponía en mi placa era Rachel Donovan, y la recepcionista me había hablado de sus hijos y de que le gustaría vivir en el campo, aprenderlo todo sobre el mundo real, mientras introducía mis datos en el sistema.

En el cuarto de baño, el inspector había enrollado el tubo de pasta dentífrica para aprovecharlo del todo. Su loción para el afeitado era un frasco viejo traído de Alemania, que le había costado 2’50 euros en una farmacia. Lo olisqueé, deslicé los dedos por el borde del vaso de plástico con el que se enjuagaba la boca, me tumbé en su cama, sentí el punto donde había apoyado la cabeza, deslicé los dedos sobre las perturbaciones que recorrían sus sábanas, me pregunté de qué lado del cuerpo dormiría, o si se pasaría la noche entera dando vueltas.

Tenía dos libros, alineados perfectamente con el ángulo recto que formaba la mesilla de noche. El más pequeño, con la portada muy desgastada, se titulaba *El limón y la onda* , cuyo autor solo figuraba por sus iniciales: R. H. Encima había otro libro más nuevo y grande, un análisis macroeconómico del capitalismo frente al ecologismo. El teléfono de su habitación tenía un número escrito. Lo copié y salí del cuarto.

*

Por la tarde me fui de compras.

Me compré una camisa nueva y unos zapatos elegantes.

Me compré un libro sobre macroeconomía y política medioambiental.

En los años 50, la sociedad viró hacia una exaltación del consumo. Había oportunidades para todos, pero ¿cuál era la medida del éxito? No todo el mundo podía ser un Faraday o un Einstein, una Monroe o un Kennedy, pero sí podía poseer su propio televisor, microondas y lavaplatos.

Me comí un yogur helado que compré en una tienda repleta de reinas de la belleza, sintiendo el soplo del aire acondicionado en la nuca.

En el transcurso del siglo XX, las oportunidades que concedió el avance tecnológico redefinieron las aspiraciones sociales. La humanidad siempre aspira a más, es algo inherente a ella. La historia está repleta de «celebridades», aquellas personas que son aclamadas por alguna hazaña. Pero, durante el último siglo, nos hemos dedicado a celebrar el consumo.

Cerré el libro y me dediqué a contar coches durante un rato, pero el tráfico era lento, así que me puse a contar los tornillos de los tapacubos y los piercings en las orejas de las mujeres que pasaban a mi lado.

¿Qué ensalzamos ahora? ¿La naturaleza? ¿La simplicidad? Incluso esos conceptos se han visto imbuidos por un significado cultural que se presta al exceso.

Me pregunté dónde estaría Luca Evard, y sonreí, al saber que estaba pensando en mí.

Aquella tarde, a las siete en punto, ataviada con una camisa blanca y una chaqueta azul marino, llamé a la puerta del inspector Luca Evard y le dije, en inglés:

—Hola, me llamo Bonnie. Trabajo para la Polícia Civil do Estado de Sao Paulo. Creo que me estaba esperando.

El inspector parecía desconcertado, iba sin afeitar, tenía una arruga en su camisa manchada de sudor. En resumidas cuentas, era un hombre acostumbrado a estar alerta en todo momento, sorprendido con la guardia baja.

—Lo siento —respondió—. Creo que no...

—¡Llamé antes de venir! —repuse—. ¿Recibió mi mensaje?

—Ah, sí, el mensaje... —Recordaba un mensaje en el teléfono del hotel, aunque no recordaba mi voz, ni el mensaje, ni a mí. Pero Luca era, ante todo, un caballero—. Espere un momento... en lo que me cambio de camisa.

Se echó a un lado para dejarme pasar, y yo esperé, mirando pudorosamente por la ventana, mientras él se cambiaba en el baño.

Con la puerta cerrada, mantuve viva la conversación, para que no se olvidara de mi presencia.

—¿Qué le parece Sao Paulo? En mi opinión, es una ciudad preciosa, llena de vida. Yo me crie en Inglaterra, pero mi madre era de Río. Siempre quise venir aquí, conocer sus raíces, y en cuanto descubrí este lugar, ya no pude marcharme. ¡Es tan vibrante!

La vista desde la ventana: edificios de tamaño medio bloqueando la vista de otros edificios de tamaño medio, rascacielos apretujados entre sí. En el horizonte, favelas, casas construidas con bloques de hormigón y tejados de hierro, árboles asomando por encima de muros medio derruidos, la palma maripa y la platonia, cuyas semillas se utilizaban para curar los eczemas. Sao Paulo, Terra da Garoa, la tierra del chirimiri. Una de cada 74 personas poseía un arma; de cada 74 pistolas, 70 eran ilegales. Para evitar los atascos, los ricos iban en helicóptero al trabajo. Se estimaba un total de 70.000 vuelos al año.

—¡Así es! —exclamé, antes de que mi silencio hiciera olvidar a Luca—. No existe otro lugar mejor en el mundo.

El inspector salió del baño, arremetiéndose la camisa por los pantalones, y entonces me di la vuelta.

—Siento haberte hecho esperar —murmuró—. ¿Decías que te llamabas Bonnie?

—Así es. Deje que le invite a un trago, para darle las gracias por su tiempo.

—No hace falta, de verdad...

—Insisto, será un placer, es un honor conocer a alguien de la Interpol. ¿Le dijo mi jefe que estoy interesada en solicitar trabajo allí?

—No, no me dijo nada.

—Creo que hacen una labor increíble, de verdad. Por favor, deje que le invite a tomar algo.

El inspector estaba cansado, frustrado, se había metido en su habitación con intención de estar solo.

Yo era encantadora, amigable, resuelta, dispuesta.

Le ofrecía compañía.

Le ofrecía todo lo que pensé que podría querer.

—Está bien —dijo—. Pero solo una copa.

Le invité a media pinta de una cara cerveza alemana, yo me pedí una copa de vino tinto.

—Tenemos grabaciones donde se le ve la cara, extraídas de una docena de escenas del crimen —musitó, mientras yo le miraba con la barbilla apoyada sobre la palma de la mano, asintiendo con la cabeza —. No utiliza máscara, eso forma parte de su modus operandi. Parece una mujer adinerada que cualquiera pensaría que va a comprar un anillo de diamantes, hasta que lo roba. Sin armas. Sin ayuda. Sus

víctimas no son imbéciles, alguien debería haberse dado cuenta, alguien debería haber dado la voz de alarma, pero nadie lo hizo. Puedes enseñarles a los cajeros imágenes donde se les ve hablando con ella, a veces durante una hora entera, y te lo niegan. Mientras están viendo la grabación, te lo niegan, te dicen que es imposible, que se acordarían de ella. ¿Cómo conseguirá hacerles olvidar? Puede que la gente se haya vuelto ciega, que el mundo ya no sea capaz de prestar atención a nada. Lo siento, seguro que te estoy aburriendo.

—Para nada. Me interesa mucho el caso.

Luca sonrió, cansado, harto de perseguir sombras.

—No sé si se trata de un caso —murmuró, con la mirada perdida —. No es más que un fracaso tras otro.

Agarré la copa.

Sentí una oleada de...

compasión, el deseo de consolarle, de decirle que todo saldrá bien, de veras, no eres tú, soy yo... una oleada de... ¿culpa?

¿Eso que sentía era culpa?

Giré la cabeza y me costó volver a mirarle, sostenerle la mirada.

—Háblame de ella —dije—. Háblame de la ladrona.

Luca se recostó en su asiento con un suspiro, hizo girar el vaso entre sus manos durante un rato, se terminó la cerveza y la dejó sobre la mesa, con gesto ausente.

—Arrogante. A veces un poco chapucera, aunque se está volviendo más profesional. Asume riesgos, pero no parece importarle. Voluble. Los objetivos que elige no son siempre los más lucrativos ni lo más fáciles. ¿Vengativa, quizá? Ambiciosa, tal vez. Lo de Milán pareció un delito no premeditado, y fue descuidada durante la transacción de Viena.Autodestructiva, quizá. Quiere llamar la atención. Suele vender sus piezas en la red oscura. Es absurdo: debería contar con un contrabandista, intermediarios, contactos fiables. Cuando me dan permiso, intento hacerle una oferta, lanzarle un anzuelo. Estuve a punto de cazarla en Viena, pero solo conseguimos recuperar las joyas. Encontramos un café caliente y un abrigo azul, objetos robados en una bolsa de papel, pero ella había desaparecido. ¿Se nos pasó por alto? ¿Nos despistamos?

Yo no me atreví a parpadear siquiera, por si acaso ese momento desaparecía para siempre.

—¿Cuánto tiempo lleva con este caso? —pregunté, con el aliento entrecortado y las palabras en los labios, *des mots* , *die worte* , 的話, *the words, as palavras,* كلمة, ¡vamos, vamos!

—Creo que... unos tres años. No es tanto una cuestión de investigar, como de coordinarse. Un modus operandi que se repite en varios países, un aviso de la Interpol que me puso sobre la pista, aunque de momento la situación está... estancada.

—Puede que esta vez...

—No —me interrumpió, sin brusquedad, meneando la cabeza, encorvándose ligeramente—. No, no lo creo.

Nos quedamos en silencio.

Me dejé envolver por ese silencio durante un rato, dejé que penetrara en mi piel.

—¿Por qué se hizo policía? —le pregunté al fin.

—¿Y tú? —se apresuró a responder, sonriendo, desviando la atención.

—Porque creo que hacemos del mundo un lugar mejor.

—¿De veras? —Contuvo una risita, después negó con la cabeza y levantó las manos a modo de disculpa.

—Además —añadí, con una sonrisa adusta y la cabeza gacha—, mi padre era policía.

—Eso ya me encaja más.

—¿Y usted?

Tomó aliento despacio, frunció los labios, después los aflojó otra vez y dejó escapar una pequeña exhalación.

—Porque no me gusta la arrogancia.

—¿Eso es todo?

—Todos somos iguales ante la ley. Todos tenemos que obedecerla, tenemos que actuar dentro de un cierto código. Negarse a hacerlo... es una enorme muestra de arrogancia, ¿no te parece?

—Supongo, aunque habría esperado...

Luca enarcó las cejas, presionando las palmas de las manos sobre su copa vacía.

—...algo más —murmuré.

Se asentó un silencio entre los dos, miradas esquivas, a modo de disculpa por esas palabras que no habían llega-do a pronunciarse. Finalmente, dije:

—¿Cree que... alguna vez atrapará a esa ladrona?

El inspector dirigió la mirada hacia el techo. Era una pregunta que él mismo se había formulado mil veces.

—No lo sé —respondió al fin—. A veces creo que... no. A veces lo pienso. A veces te descubres pensando que no es tan grave ser un fracasado.

Abrí la boca para replicar con algo que le encajara a Bonnie, algo como: «No, no diga eso, es usted maravilloso, no sea tan...»

Pero tardé demasiado, se me atragantaron las palabras, y cuando me recobré ya era tarde.

Silencio.

—Lo siento —dijo, disculpándose por aquella muestra de honestidad, por sentirse avergonzado de su vida, de su trabajo, de sí mismo—. Lo siento.

—No... no se disculpe.

Silencio.

—¿Cuándo sale su vuelo? —murmuré, con la mirada fija en mi copa.

—Pasado mañana. Querían que me quedara un poco más, insistieron bastante.

—¿Y usted qué prefiere?

—Que se acabe este caso. Puede que valga la pena quedarse por aquí una temporada. Puede que encontremos algo.

—He oído hablar de una foto, de una mujer en el parque...

—Llegó desde una cuenta de correo anónima. Los ciudadanos honrados no nos envían fotos de ladrones de joyas internacionales sin dejar su contacto.

—Entonces, cree que...

—Creo que fue ella —respondió con rotundidad—. Creo que ella nos envió la foto. Es auténtica, no hay duda. Creo que quiere que la busquemos. Eso la pone cachonda.

—¿Cachonda?

—¿Lo he dicho mal? —inquirió, enarcando las cejas—. ¿No se dice «cachonda»?

Me puse roja como un tomate. No quería sonrojarme, eché un trago, el color rojizo del vino era más intenso que la sangre que se acumulaba en mis capilares.

—En inglés, significa experimentar una excitación sexual.

El inspector se quedó pensativo un momento, con el ceño y los labios fruncidos.

—Sí —dijo al fin—. Sí, creo que eso es lo que quería decir.

Soy mis dedos, en completo reposo.

Soy mis piernas, libres de tensión.

Estoy tranquila.

—Eso que describe me suena a... trastorno patológico.

—Sí —musitó de nuevo—. Creo que por ahí van los tiros.

—¿Siente... lástima por ella?

—¿Lástima?

—Si ella es... si ella es como usted se piensa... ¿le daría pena?

—No. Por supuesto que no. Ha infringido la ley. —Se quedó pensativo, con la cabeza ladeada, mientras pensaba en esas últimas palabras.

Estoy tranquila.

Estoy tranquila.

No, no conseguí tranquilizarme. Me ardía la cara. ¿A qué se debía? Excitación, terror, felicidad, temor, culpa, orgullo, la vertiginosa sensación de tener compañía después de pasar tanto tiempo sola, de tener un acompañante, un hombre que lo sabía todo

sobre mí, que me conocía, el placer y la conmoción que me provocaba ese sentimiento, el...

Se dibujó una inquietud repentina en sus rasgos.

Estoy tranquila, estoy tranquila, joder.

—Lo siento, ¿te he...? ¿He dicho algo malo? —murmuró—. La verdad es que no estoy dando una imagen demasiado buena de mi labor, pero claro que es...

—No —le interrumpí, con más brusquedad de la necesaria. Después sonreí con suavidad, me convertí en mi puta sonrisa—. No, no es por nada que haya dicho. Lo siento. Yo también he tenido un día largo. ¿Qué tal... qué tal si hablamos de otra cosa?

Seguimos hablando, él y yo, durante una hora y media. Pasado ese tiempo, Luca dijo:

—Creo que debería...

Por supuesto, respondí, levantándome de inmediato. Ha sido muy... Ha sido un placer...

...buena suerte con...

...claro, igualmente.

Un instante, quizá.

Pero no: me miró y vio a una mujer joven que acudía a él en busca de ideas, de inspiración, de un modelo a seguir. Tenía que dar buen ejemplo.

Luca Evard siempre fue un buen hombre.

Buenas noches, inspector Evard.

Buenas noches. Puede que volvamos a vernos.

CAPÍTULO 33

Robar carteras en el metro de Estambul: localizar un vagón abarrotado, entrar, apretujarse, sentir el traqueteo de la gente, manteniéndote alerta a causa del movimiento. Olía mal, tenía los ojos hechos polvo, necesitaba dormir, pero pensaba que el sueño nunca me alcanzaría, que mi mente nunca se iba a apagar.

Conté hinchas del Fenerbahce y del Besiktas, del Barcelona y del Madrid, del Bayern y del Manchester. Vi a un único hincha del Sheffield United, y me pregunté si habría elegido esa camiseta porque le gustaba el diseño.

Conté zapatos de charol y chancletas.

Brazaletes de oro y pulseras de plástico.

Conté hasta que el mundo se redujo a una sucesión de cifras y respiraciones, mientras mi mente dolorida y mi cuerpo chamuscado dejaban de existir. Me había convertido en mis ojos, que contaban; en mis dedos, que sustraían.No era más que una ligera presión ejercida sobre el brazo de un desconocido al chocar contra él, para luego extraerle la cartera del bolsillo cuando se daba la vuelta. Conté las hebillas de los bolsos mientras birlaba el monedero de una madre; conté los pendientes en las orejas de un estudiante mientras le afanaba el móvil y el carné de identidad; conté monedas mientras subía a Karaköy en funicular. Las carteras las tiré, no me servían de nada. La foto del carné del estudiante acabó en la basura. El carné de la biblioteca de la madre se cayó por un desagüe. Las tarjetas de crédito del abogado desaparecieron entre los restos de un viscoso kebab de cordero, en el fondo de un contenedor. Todos se enfadarían. Se sentirían violados. Consumirían tiempo y dinero en recuperar los objetos que les había robado. Les contarían a sus amigos que ya no se sentían a salvo en el metro.

Me daba igual.

Yo quería seguir viviendo.

En Siraselviler compré un cuenco de yogur especiado y cordero acompañado de arroz hervido, y lo devoré todo a grandes bocados. En una heladería, que tenía las paredes decoradas con imágenes de personajes de dibujos animados a los que se les había añadido unos conos de helado —Aladdin y la princesa Jasmine, compartiendo un par de conos sobre su alfombra voladora; la Pantera Rosa relamiéndose con satisfacción, con un helado de fresa a medio comer en una mano—, pedí uno de limón y miel con muchas pepitas de colores, y comí tanto que me acabó doliendo la barriga.

En uno de los múltiples tenderetes de móviles que había a ambos lados de la calle, compré un terminal barato, con una tarjeta SIM

todavía más barata, y accedí a mi correo.

Parker no había respondido.

A medida que se ponía el sol, las luces se encendieron en Siraselviler y comenzó a caer una suave llovizna. Me quedé quieta un rato, dejando que me mojara el pelo, que corriera por mi piel, disfrutando de ella como de la cabezada que aún no había echado, antes de adentrarme en la tienda más cercana de una cadena de ropa universal, de esas que venden la misma ropa universal que puedes comprar en cualquier parte, y me disfracé de turista.

CAPÍTULO 34

¿Por qué cuento cosas?

Es una lección que aprendí de mi padre. Un truco habitual en la policía, cuando estás sentado enfrente de un cabronazo que sabes que es culpable, pero no suelta prenda; cuando le muestras a ese cabronazo las fotos de la anciana a la que golpeó, del niño al que atracó, de la mujer a la que violó, sin que su rostro se inmute lo más mínimo, sin dar muestras de sorpresa ni de arrepentimiento, que solo te suelta un «sin comentarios, sin comentarios»; cuando piensas que le vas a arrear un puñetazo en la jeta, que le vas a agarrar del cuello y a gritarle: «¡Di algo, cabronazo, muestra un poco de humanidad, joder!»

En ese momento, en lugar de hacer todo eso, deja escapar un suspiro y cuenta hacia atrás desde diez.

Diez nueve ocho siete seis cinco cuatro tres dos uno.

Ya pillarás a ese malnacido con las pruebas forenses.

Mi padre no solía perder nunca los nervios. No vale la pena, decía. Las personas son personas, que hacen cosas propias de personas. A veces son idiotas, a veces están desesperadas, y muchas veces todo es fruto de la mala suerte. No hay que sulfurarse con la gente.

A medianoche, Parker aún no había respondido. De haberse tratado de circunstancias normales, puede que hubiera buscado un casino, un lugar donde contar cartas. Pero en Estambul cerraron los casinos unos años antes, y no tenía ningún contacto que pudiera decirme dónde se realizaban las apuestas ilegales.

A regañadientes, me volví a la litera de Zetinburnu y dormí malamente. Soñé con arena.

Al cabo de cuarenta y nueve horas, y tres carteras robadas, Parker respondió.

Querida Hope:
Siento decepcionarte, pero ya no ando metido en estos asuntos. Si necesitas ayuda, te sugiero que acudas a la embajada o al consulado. Te deseo suerte.

Atentamente,
Parker

¿Qué fue lo que sentí?

No recordaba a ese hombre, no tenía un rostro al que poder odiar.

¿Sería una fantasía de mi mente, un sueño?

¿Era real?

(¿Lo era yo?)

Si hubiera estado en Newark y hubiera podido acceder a la taquilla donde guardaba los recuerdos que tenía de él, los habría hecho pedazos y me habría dado el gusto de quemar los despojos.

Me arranqué los vendajes que cubrían mis quemaduras.

Me paseé por las calles con pantalones pirata y una camiseta de tirantes, para que la gente pudiera ver mis heridas, todavía recientes.

En el tranvía, le robé la cartera a una mujer que me miró con mala cara, pero me resbaló la mano, y ella comenzó a gritar ladrona, ladrona, ladrona, así que la abofeteé y me largué corriendo, hasta que me volvieron a arder los pulmones y no fui capaz de recordar dónde estaba, ni cómo había llegado hasta allí.

Nadie se acordaría de mí mientras me quedara plantada en esa esquina, tratando de recobrar el aliento.

Ahora estaba sola.

Aproveché para abrir la cartera robada, para extraer sus contenidos, hacer trizas con el dinero, gruñir como un animal herido, sentarme en la acera y recordar que estaba sola.

En ese momento presente.

Me levanté.

El momento se fue desvaneciendo.

Aquellos que lo presenciaron, lo fueron olvidando.

Hasta que desapareció por completo.

Empecé a caminar.

Contando mis pasos.

Me marché.

Al séptimo día de estancia en Estambul, compré un portátil, instalé el Tor y me puse a buscar a Byron14.

Estaba escondido, alertado quizá por mi silencio, o por mi persecución, o por alguna otra acción de Gauguin. Publiqué el siguiente mensaje:

quecomocuando: Se vende. Código fuente de Perfección, desencriptado. Base de datos completa del Club 106, con nombres y datos bancarios. Acceso total o te devuelvo tu dinero.

Byron14 respondió en menos de veinte minutos.

Byron14: Estoy interesado en tu producto.

quecomocuando: Hola, Byron14. Esperaba verte por aquí.

Nueve días después de que un hombre llamado Gauguin estuviera a

punto de quemarme viva en un almacén de Estambul, llegué a un acuerdo con un desconocido que respondía al nombre de Byron14.

Yo le dije: necesito documentos, dinero en efectivo, limpio, que no se pueda rastrear.

Byron respondió: Quiero el código fuente de Perfección. ¿Debo entender que todavía no lo tienes?

Aún no, le confesé. Pero si me ayudas, haré pedazos Perfección. Destruiré Prometeo, te...

Parece que te estás tomando esto de modo muy personal, escribió Byron.

Y tú te traes algo chungo con Gauguin, ¿no es cierto?, repliqué.

Durante un rato no hubo respuesta, hasta que:

Está bien, dijo. Vale. Hagamos un trato.

Byron14 cumplió su palabra. A las veinticuatro horas de haber llegado a un acuerdo, cincuenta mil liras en billetes de distinto valor me estaban esperando dentro de un sobre marrón en una oficina de correos de Beyoglu, y doce horas más tarde, una falsificadora llamada Emine contactó conmigo para informarme de que le habían pagado para ofrecerme sus servicios, y para preguntarme cuándo podíamos vernos.

Quedamos esa misma noche a bordo de un yate, en el mar de Mármara. El barco se llamaba *Buenas intenciones* , tenía unos costados altos y blancos, con acabados de madera, un timón con la cabeza de un dragón tallada en el centro, y un indio de caoba fumándose un puro junto a la puerta que conducía a la cubierta inferior. Emine tenía cincuenta y tantos años y su rostro era una esfera casi perfecta, rodeado por una maraña de pelo canoso que formaba otra esfera casi perfecta. Los muros del yate estaban decorados con acuarelas de Estambul, ninguna demasiado buena, todas de producción casera. Emine llevaba puesta una bata de raso encima de una camisa blanca de algodón, y me condujo hasta su taller que estaba situado por debajo del nivel del mar, mientras sus tobillos tintineaban debido a los abalorios que llevaba: amuletos de madera, brazaletes de plata y ojos azules de cristal para ahuyentar a los malos espíritus.

—¡Ven, ven, ven! —exclamó, mientras me guiaba escaleras abajo.

Se dedicaba al reciclaje de pasaportes.

—Soy una artista —dijo—, pero la gente no aprecia mis cuadros, así que me gano la vida con esto. ¡Ven, ven!

Me hizo sentarme en un taburete, al lado de un banco alargado cubierto de tintas y pegamentos, de lupas y cables de ordenador. Abrió un táper azul y empezó a rebuscar entre distintos pasaportes —turco, norteamericano, británico, francés, ruso, indio, japonés, egipcio —, todos ellos sustraídos de gente descuidada, ingenua o difunta.

—¿Eres británica?

—Sí.

—¿Quieres seguir siéndolo?

Me encogí de hombros. Hay pasaportes peores.

—Serías una americana estupenda —exclamó—. Pero no, mucha gente odia Estados Unidos, eso no es bueno, no. ¿Iraní? No, no tienes cara de iraní. Puedo hacerte uno de Bután, nadie sabe nada sobre Bután, y está limpio, totalmente limpio, podrás usarlo durante ocho años sin problema. Si no, te devuelvo tu dinero.

—El británico me parece bien.

—¡Los pasaportes británicos son muy puñeteros! Tienen códigos de barras, y ahora les están metiendo chips. Tengo que pedirle a mi sobrino que me ayude con esas cosas, es muy bueno, pim pam, ¡pasaporte programado y nueva identidad! En los viejos tiempos —añadió, bajando la voz con un repentino arrebato de nostalgia—, la clave estaba en confeccionar buenos documentos. Pero ahora los ordenadores se usan para todo y las habilidades de antaño se están perdiendo, se pierden por culpa de las máquinas.

Esbocé una sonrisa diplomática y resistí la tentación de decirle que ciertas profesiones, incluida la mía, habían demostrado ser más flexibles e inmunes al cambio.

Requerimientos para la foto de un pasaporte del Reino Unido: impresa en formato profesional, 45mm x 35mm, en color y en papel blanco, tomada frente a un fondo liso de color crema o gris claro. El encuadre debe incluir la cabeza y los hombros; la cabeza no puede ocupar más de 34mm de alto, ni menos de 29mm. Se debe adoptar una expresión natural, con la boca cerrada, mirando directamente a la cámara, con la cabeza descubierta, a no ser que haya que hacer una excepción por motivos religiosos.

Le conté todo eso, y ella me miró asombrada.

—¡Tú quédate quieta para la foto y ya está! —exclamó.

El pasaporte que finalmente manipuló para mis propósitos perteneció a una mujer «que se fue a Bangladesh», me explicó, suspirando, «y nunca volvió».

Esa misma noche, me embarqué en un vuelo para Tokio.

CAPÍTULO 35

No era la primera vez que me quedaba sin un duro, pero estaba desentrenada. Tenía activos, dinero acumulado durante años por si surgía una emergencia, documentos y carnés de identidad nuevos. Pero no tenía nada de eso en Turquía, y Gauguin podría seguir el rastro de muchos de ellos. Mi pequeño imperio se había desmoronado de la noche a la mañana, pero, curiosamente, no me importó. Pensé que la pérdida de mis pertenencias me haría sentir mal; sin embargo, cuando le dije al tipo del mostrador del aeropuerto que no llevaba equipaje para facturar, me embargó una extraña felicidad. Enderecé la espalda, levanté la cabeza y, cuando el avión atravesó la pista, vi mi reflejo en la ventanilla y me di cuenta de que estaba sonriendo.

No había nada en el mundo que pudiera considerar mío, pero tenía un pasaporte, un destino, un trato y un objetivo.

No se eran solamente los ٢’١ millones de libras que Byron me había prometido cuando terminara el trabajo lo que me daba esa sensación de paz. Era el trabajo en sí mismo.

Me dirigía a Tokio para desentrañar esa aplicación informática que traía de cabeza tanto a Byron como a Gauguin, cuyo nombre me había perseguido durante mis viajes entre el Mar Rojo y el Mediterráneo. Iba a robar Perfección y me sentía de maravilla.

Le pregunté esto:

quecomocuando: ¿Qué interés tienes en Perfección?

Byron14: ¿Cuál tienes tú?

quecomocuando: Me tocaron las narices.

Byron14: ¿Nada más?

quecomocuando: Reina la utilizaba, en Dubái. Y murió.

Byron14: ¿Y? No la mató la aplicación.

quecomocuando: Le dijo que estaba rota. Cada día, un recordatorio: no te estás esforzando lo suficiente, ni comiendo bien, ni ejercitándote, ni bebiendo, ni comportándote, ni comprando... No estás comprando tu camino hacia la perfección. Perfección es propiedad de Prometeo, Prometeo hizo venir a la princesa Shamma bint Bandar con intención de firmar un trato: cosas perfectas, verdades perfectas, la forma perfecta de ser musulmán, el hajj perfecto, el

azaque perfecto, todas esas vidas de mierda convertidas en vidas perfectas, pero Reina ya era perfecta de por sí. Se deprimió, pero no dijo nada; estaba sola y nunca se lo contó a nadie. Era una buena persona, joder, buena de verdad, la mejor de todos ellos, pero

Dejé de escribir, me preparé una taza de té. Byron estaba esperando.

quecomocuando: Creo que a Gauguin le habría bastado con recuperar los diamantes y arrestarme, si tú no hubieras estado de por medio.

Byron14: Puede que tengas razón.

quecomocuando: Cometí un error cuando te metí en esto. Robé las joyas por despecho, sin profesionalidad, y en estas estamos ahora.

Byron14: Es posible.

quecomocuando: Si no fuera por ti, podría desaparecer sin más.

Byron14: Lo dudo.

quecomocuando: Soy fácil de olvidar. Gauguin se olvidaría de mí. Le interesas más tú. Te llamó asesino y terrorista.

Byron14: Eso es solo una opinión.

quecomocuando: ¿Seguro?

No hubo respuesta.

quecomocuando: Necesitas mi ayuda.No me gusta que me oculten cosas.

Byron14: El hombre al que llamas Gauguin y yo fuimos amantes.

La respuesta fue tan sencilla, tan clara, que por un momento pensé que Byron se estaba burlando de mí.

quecomocuando: ¿Y ahora?

Byron14: Dudo que él sepa lo que quiere. Me alegra que no te guste Perfección, y me parece bien que le eches la culpa de la muerte de tu amiga. Tienes razón, hasta cierto punto. El programa no tiene piedad con aquellos que no se adaptan. Pero debes comprender que, eso que tú ves como una simple aplicación para móviles, es una herramienta mucho más potente. Recompensa la conformidad con mejoras sociales y financieras. A los cien mil puntos, tu dieta, tus hábitos de ejercicio y tus intereses comienzan a desviarse hacia aquello que los creadores de

Perfección han denominado como «perfecto». A los quinientos mil puntos, tu forma de hablar, tus aficiones y tus amigos comienzan a virar de la misma manera. Cuando tienes un millón de puntos te invitan a unirte al 106, donde todos son tan perfectos como tú, y cuando has alcanzado ese objetivo, es posible que seas una persona muy distinta a la que eras antes. Perfección influye en todos los apartados de tu vida. Hace un seguimiento de tus llamadas, lee tus correos, accede a tu cuenta bancaria, consulta tu historial de búsquedas en Internet, usa el GPS para localizarte, detecta tarjetas de descuento de tiendas y extrae datos de tus hábitos de consumo, tiene acceso al micrófono y a la cámara de tu móvil, puede monitorizar tus horas de sueño, tus horas de vigilia, tus hábitos de trabajo, tus actividades de ocio. En su nivel más básico, es una herramienta de marketing. Quienes prestan los servicios que utilizas —salud, ejercicio, comida, moda—, todos esos servicios que te ayudan a ser perfecto, pagan una cuota notable a la app para que los incluyan. Desde un punto de vista meramente teórico, en toda esta operación subyace la idea de que Perfección tiene una noción predeterminada de lo que significa ser «perfecto»: hermoso, seguro de uno mismo, arrogante, rico, malcriado e insolente. Si hay unos nuevos Illuminati en nuestra época, se trata sin duda de la élite de Perfección, pero al contrario que en esas viejas leyendas de los Illuminati, el único objetivo del 106 es salir de fiesta y ponerse hasta las trancas. ¿Quieres destruir Perfección?

quecomocuando: Eso creo, sí.

Byron14: ¿Sabes por qué?

quecomocuando: Reina murió. Murió, y no se me ocurre peor ofensa que esa. Murió, y creo que, si lo destruyo, Reina se pondría contenta.

Byron14: Investiga a Rafe Pereyra-Conroy. Visita los centros donde realizan los tratamientos, descubre cómo funcionan. Busca a Filipa Pereyra-Conroy en Tokio. Ella ha visto el futuro.

Me pregunté por un momento si estaba trabajando para un demente, para un fanático.

Aunque un fanático con acceso a dinero y pasaportes sigue resultando útil, al margen de sus creencias. La única razón por la que Byron14 se acordaba de mí era porque nuestra interacción era digital, un proceso plasmado en forma de palabras y símbolos. Podría echarme atrás cuando quisiera, sin consecuencias negativas. Si decidía hacerlo, claro.

quecomocuando: Soy una mujer.

Byron14 tardó más tiempo en responder que en ningún otro mensaje de los que nos habíamos escrito hasta entonces

Byron14: Ya.

quecomocuando: Tú también lo eres.

Otro silencio.

Byron14: Estamos haciendo negocios, quecomocuando. Eso es todo.

Tras decir esto se desconectó y, setenta y dos horas más tarde, me asomé al Mar de la China Oriental y me pregunté qué había desencadenado.

CAPÍTULO 36

Cosas que conozco sobre Japón, pensadas a 35.000 pies del suelo:

- El *sakura zensen* (el florecimiento anual de los cerezos) es un acontecimiento en todo el país, desde las islas sureñas de Okinawa hasta el norte de Hokkaido. Los oficinistas —los sirvientes trajeados del *zaibatsu* , que se pasan toda la juventud estudiando para conseguir los empleos que conservarán durante toda su vida— envían a sus ayudantes a los parques para que encuentren el lugar perfecto donde sentarse bajo los árboles a contemplar su florecimiento, quizá para escribir en sus móviles un sentido haiku sobre la transitoriedad de la vida, y luego tuitearlo.
- Los vetustos santuarios sintoístas, con sus puertas *torii* que separan lo divino de lo mundano, casi siempre se están renovando. Cada veinte años o así, los viejos edificios se derrumban, y unas vigas nuevas, talladas a la manera tradicional, con la misma forma exacta, ocupan su lugar. Lo viejo y lo nuevo, todo al mismo tiempo.
- El suicidio es la principal causa de muerte entre las mujeres de 15 a 34 años, y entre los hombres de 24 a 40 años.
- El mercado del manga en Japón mueve más de 5,5 mil millones de dólares. En 2010, el gobierno metropolitano de Tokio intentó limitar las imágenes de violencia extrema y sexualidad en los mangas para niños, provocando una oleada de protestas por todo el país. El gobierno alegó que la representación de niños en situaciones sexuales, de violaciones cometidas tanto por personas como por criaturas fantásticas, y las ilustraciones de brutales asesinatos en masa eran inapropiadas para los jóvenes lectores. «Es indignante», exclamó un artista. «Esto es una restricción gubernamental de la libertad de expresión, tanto para los artistas como los lectores», y, por supuesto, todos tenían razón, cada cual a su manera.

*

Una pregunta: ¿por qué los aviones vuelan siempre a 35.000 pies del suelo, y no a 10.000 metros? ¿Es que el cielo no ha adoptado el sistema métrico?

Llegué a Tokio al amanecer.

Una habitación de hotel al estilo tradicional japonés. Suelo de tatamis, colchones de color verde y rosa chillón a la espera de ser

desenrollados, una vista de una cafetería de estilo francés y una tienda de reparación de ordenadores al otro lado de la calle. Una puerta corredera que daba al baño; un retrete con un mando de control que tenía doce botones diferentes, de los cuales solo uno servía para tirar de la cadena. No existe ningún símbolo internacional para representar esa función que consiste en la lenta liberación de agua dentro del inodoro para disimular el sonido de una mujer haciendo pis. La música del retrete, que se podía reproducir desde un altavoz diminuto situado por encima de la cisterna, abarcaba cinco estilos: japonesa tradicional, banda femenina, banda masculina, canto de pájaros o Rod Stewart.

Al lado de mi hotel, un *love hotel* ofrecía sus servicios, con letreros de neón que invitaban a las parejas de tortolitos a pasar unas horas juntos, de incógnito, sin preguntas. La pantalla que separaba al mundo exterior del recepcionista era opaca, para que nadie te viera la cara. La entrada y la salida estaban ocultas, aunque me pareció ver a una pareja: un cincuentón, con gafas, camisa planchada, zapatos relucientes, y una chica que no tendría más de diecisiete años, con el pelo largo y oscuro, y una minifalda plisada, que se escabulleron con la expresión propia de las personas decentes que son sorprendidas en un vergonzoso episodio de transgresión moral. En los últimos años, el gobierno había intentado tomar medidas contra los *love hotels* ; sexo y juego eran dos palabras que no les resultaba cómodo poner juntas.

¿Sería justo decir que Japón es un país racista?

Quizá sea más justo decir que Japón es un país que no está acostumbrado a las mujeres negras, y menos aún a las mujeres mestizas, incluso aquellas que llevan un pasaporte británico falso y una enorme cantidad de yenes obtenidos con un tipo de cambio desfavorable. Ya nadie es racista hoy en día, igual que nadie es sexista. Simplemente, aseguran, tienen su propia visión de las cosas.

Me obligué a mantenerme despierta todo lo posible, comprando unos cuantos suministros, robando alguna que otra cartera, buscando comida que no me sentara mal al estómago. El sushi es un punto de partida seguro, siempre que pidas con cabeza. Pez piedra, ciruelas encurtidas, medusa, anguila... Eso ya requería un poco más de práctica. En Tokio, es absurdo intentar ir caminando a los sitios; la ciudad es demasiado grande. Súbete a un tren y busca un barrio por el que te apetezca pasear, como Asakusa o Ueno, donde las maneras y los oficios de antaño siguen sobreviviendo bajo los rascacielos, como el mercado de pescado de Tsukiji. Frente a la puerta rosa de un bar en Shinjuku se me acercó un hombre, muy sonriente, que me preguntó en inglés:

—¿Tú compañía?

Negué con la cabeza, y él asintió con brío, añadiendo:

—¿Tú compañía? Tú muy guapa.

Tenía unos dientes blanquísimos, mientras que su cabello había emprendido la retirada de su frente, a pesar de que no tendría más de treinta años. Desde la puerta del bar, apareció una mujer con una melena rubia que le llegaba hasta las caderas, un bronceado salpicado de pecas y acento australiano, cogió al tipo del brazo y lo volvió a meter en el local, al grito de:

—Lo siento, lo siento, solo es una turista, ¿más sake?

El tipo dijo algo que no pude oír, y la mujer le rio la gracia. Más tarde, salió a fumarse un cigarro y dijo:

—En realidad es un oficio decente. La mayoría de los hombres solo busca compañía, alguien con quien hablar. Si eres blanca y pareces dispuesta, es incluso mejor. La cosa no desemboca en sexo a no ser que tú quieras, y puedes hacerles pagar, aunque a mí no me hace falta. Champán, regalos, propinas... En cuatro meses, he ganado lo suficiente como para comprarme una casa en mi país.

Me ofreció un cigarro, le dije que no con la cabeza.

—¿Estás pensando en unirte? Tienes un aspecto inusual, aunque esto es Shinjuku. Podrías ser un rinoceronte en descomposición y siempre habría dispuesto a follar contigo, precisamente por ser tan inusual. Aunque, en tu caso, encima eres muy guapa.

—¿Vienen muchos oficinistas?

—Montones. La mayoría están casados, pero, como ya he dicho, solo quieren hablar. Son hombres solitarios a los que les gusta hablar con alguien... más.

Por curiosidad, le pregunté:

—¿Tienes Perfección?

La mujer se rio.

—Claro. Antes sí. Todo el mundo en esta ciudad quiere ser perfecto. No se me dio mal, conseguí seis meses de descuento en la cuota de un gimnasio muy pijo del centro. Ya sabes, el gimnasio perfecto para conseguir el cuerpo perfecto. Pero la aplicación tenía acceso a mi cuenta bancaria, o quizá a mis tarjetas de descuento, no sé por qué, supongo que debí de marcar una casilla o algo así. El caso es que, a los treinta mil puntos, empezó a decirme que dejara de fumar y que bebiera menos, pero yo me lo pasé por el forro, y a los cuarenta mil puntos empezó a enviarme información de agencias que, según la aplicación, encajaban mejor con mi perfil que el curro que tenía entonces. ¿Me estás tomando el puto pelo? ¿Una mierda de aplicación me va a decir lo que tengo que hacer con mi puta vida? Así que a partir de eso empecé a perder puntos como si fuera uno de esos juegos de marcianitos. «La perfección habita en tu interior», me dijo. Borré la puta aplicación cuando volví a bajar hasta los diez mil puntos, pero ¿sabes qué? Un amigo mío, que arregla ordenadores y esas movidas,

dice que la aplicación sigue ahí, metida en mi teléfono, vigilando mis pasos. Dice que Perfección sigue teniendo acceso completo porque no puedo impedírselo. Hay que joderse.

Permisos que te solicita la aplicación Facebook Messenger cuando la descargas en tu móvil:

- Permitir que la aplicación modifique el estado de tus conexiones de red.
- Permitir que la *app* realice llamadas sin tu supervisión.
- Permitir que la *app* envíe mensajes SMS.
- Permitir que la *app* grabe fragmentos de audio con el micrófono. Este permiso permite a la *app* grabar audio en cualquier momento, sin autorización previa.
- Permitir a la *app* sacar fotos y vídeos con la cámara. Este permiso permite a la *app* utilizar la cámara en cualquier momento, sin autorización previa.
- Permitir a la *app* acceder a tu registro de llamadas, donde se incluye información sobre las llama-das realizadas y recibidas. Este permiso permite a la aplicación guardar tu registro de llamadas.
- Permitir a la *app* acceder a información relacionada con los contactos que tienes almacenados en tu teléfono, incluyendo la frecuencia con la que has llamado, escrito o comunicado de otra manera con individuos concretos.
- Permitir a la *app* acceder a información personal almacenada en tu dispositivo, como tu nombre y tus datos de contacto. Eso significa que la aplicación puede identificarte y enviar tu información de perfil a terceros.
- Permitir a la *app* obtener una lista de las cuentas utilizadas en el teléfono. Esto puede incluir cualquier cuenta creada por otras aplicaciones que tengas instaladas.

Perfección tenía prácticamente los mismos permisos, con una diferencia:

- Permitir a la aplicación acceder al historial de Internet y pulsaciones de teclas.

Me quedé pensativa un rato sobre el poder que tenía esa herramienta. Ante mis ojos pasaron cuentas bancarias y contraseñas, tiendas online y tarjetas de crédito, mapas e itinerarios de viaje, y no pude evitar pensar en chantajes y sobornos.

Me pregunté qué se podría hacer con esa información, cuando se es un ladrón.

Después me reprendí por ser tan cortita de miras, y en vez de eso me pregunté: ¿qué se podría a hacer con ese conocimiento, cuando se es un dios?

CAPÍTULO 37

Una semana de investigación.

¿Por qué me había enviado Byron14 a Japón?

Prometeo, el dueño de Perfección. Filiales: Mumbai, Shanghái. Dubái, Johannesburgo, Nairobi, París, Hamburgo, Nueva York, Seattle, Ciudad de México, Caracas, Santiago, Grenville (¿por cuestiones fiscales?), Ginebra (por cuestiones fiscales, sin duda) y Tokio.

La oficina de Tokio estaba inscrita en un edificio en Yamanote. Pasé dos veces frente a él, contando veintiocho plantas hasta lo alto de sus costados de cristal y hormigón, antes de salir en busca de un traje elegante.

Por curiosidad, me tumbé boca abajo en mi habitación del hotel y busqué a Prometeo en un portátil. Extraer información de la red era un proceso lento, pero no imposible. Al igual que un gran número de empresas de todo el mundo, la mayor parte del valor de Prometeo era propiedad de un *holding* empresarial, una corporación con muchas ramificaciones cuyo único objetivo era poseer otras entidades. En la cima estaba Rafe Pereyra-Conroy. Reconocí su rostro: iba vestido de negro en Dubái, saludó a la familia real con una sonrisa, y, cuando me largué de allí, estaba en el vestíbulo, gritándole a alguien por el móvil.

«En mi puta fiesta, joder, le han robado sus malditas joyas, ¿sabes lo que esto significa para nosotros, sabes cuánto hemos perdido?»

Al buscar información en profundidad sobre Rafe Pereyra-Conroy, te topabas con su padre.

Matheus Pereyra, nacido en Montevideo, se trasladó con su madre a Inglaterra cuando tenía tres años, se crio en un adosado de dos dormitorios en West Acton con un padrastro violento y una madre que se dejaba la piel para sobrevivir. A los dieciséis años, Matheus se fue de casa y empezó a trabajar en la imprenta de un diario de la calle Fleet, cargando montones de papel y litros de tinta en las ruidosas entrañas de las máquinas. Allí era «Matty», y aunque odiaba a su padrastro inglés, utilizó su apellido y se convirtió en Matty Conroy, uno más de la panda. Se compró un traje y una corbata, y todos los viernes por la noche iba al pub con los reporteros, donde aprendió a pavonearse y a fumar, hasta que un día alguien se dio la vuelta y le dijo:

—Caray, Matty, estás desaprovechado en la zona de impresión...

Y así comenzó la trayectoria de Matty Conroy en el mundo de los medios.

—Trabajo, trabajo, trabajo —se cuenta que decía—. Los jóvenes quieren que se lo sirvan todo en bandeja, pero yo sé que hay que

trabajar y hay que creer en uno mismo. Si la gente te dice que eres demasiado pequeño, tienes que demostrarles que eres más grande que ellos. Si te dicen que nunca lo lograrás, acuérdate de esas palabras y, cada vez que tropieces, repite esto: lo vas a conseguir, lo vas a conseguir, lo vas a conseguir.

Como periodista, era un desastre; como vendedor de espacio publicitarios y diseñador de estrategias de mercado, era un genio. Al cabo de cinco años, se fue del primer periódico que lo contrató y, a los veintiséis años, fundó el suyo propio.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre un tabloide y un periódico? —preguntaba—. Que un tabloide les cuenta a la gente historias que les interesan de verdad.

A los treinta años controlaba el 23 por ciento del mercado de los medios impresos en Reino Unido; a los treinta y cuatro, compró su primera emisora de televisión. Cuando, a los treinta y cinco, el Royal Ascot Racing Club se negó a aceptarlo como miembro alegando que no cumplía sus requisitos, los dos periódicos y cuatro tabloides que estaban bajo su control publicaron artículos destacados al respecto, con titulares que iban desde un moderado «¿Anticuado y fuera de onda?», hasta un «Los bobos chauvinistas de Berkshire». Para su sorpresa, los avejentados caballeros de Ascot, en lugar de ceder ante la presión, se mantuvieron aún más en sus trece.

«La campaña de acoso del señor Conroy no hace sino enfatizar la validez de nuestra decisión inicial al declinar su candidatura, como es nuestro derecho», explicó un portavoz con sombrero de copa.

La aristocracia de Inglaterra había sobrevivido a la revolución, la emancipación y la guerra. Pasaba el tiempo, los recuerdos se desvanecían, pero ellos nunca cambiaban.

Dos años después, Matty Conroy volvió a ser Matheus Pereyra, propietario de una línea de cruceros de lujo, una ca-dena de restaurantes especializados en carne de pollo, una empresa de alquiler de coches y media sucursal bancaria en una isla próxima a Nasáu. El día que su fortuna superó los mil millones de libras, un periódico rival en el Reino Unido publicó un artículo donde se decía que solo pagaba aproximadamente un 0,7 por ciento en impuestos. El periódico recibió una denuncia por injurias, y aunque el caso fue desestimado —por «fundamentos de hecho», en palabras del editor—, las costas judiciales dejaron tocado al periódico durante años, y no volvieron a publicar artículos de ese tipo.

El año que nació su hija, Filipa, se desató una polémica cuando una de sus emisoras de TV en EE.UU. eligió a catorce individuos de Washington y los catalogó como el «Equipo de Infiltración de Homosexuales Latentes».

—Creo firmemente —explicó Matheus— que en el gobierno de los

Estados Unidos de América se están infiltrando unidades de liberales y homosexuales que pretenden imponer sus ideales ateos a la gente de esta nación a través de la caduca institución del gobierno centralizado.

Cuando fue acusado de hablar sin aportar ninguna prueba, Matheus Pereyra añadió:

—Hay pruebas, claro que hay pruebas. Yo las he visto. Pero las fuerzas de represión del gobierno me impiden compartir con el mundo lo que sé.

Su hijo nació quince meses después, y Matheus Pereyra obtuvo la nacionalidad norteamericana y una porción de tierra de tres mil acres en Colorado, desde donde podía «pensar qué más cosas buenas puedo hacer por el mundo».

Lo que hizo fue comprar más medios e inundar los periódicos y las ondas con escándalos de famosos, chismorreos de Hollywood, rumores sin confirmar y fanatismo doméstico. Su control de las ondas se disparó, y cuando tenía sesenta y un años, lo encontraron envenenado en su casa. El asesino nunca fue capturado.

A los dieciocho años, su hijo, Rafe Pereyra-Conroy, tomó el control de una empresa cuyo valor neto estaba estimado en unos 3'8 mil millones de libras. Refinado y seguro de sí mismo, Rafe dio un discurso en público sobre la grandeza del legado de su padre, pero también sobre la necesidad de una empresa nueva y concienciada que luchara por la mejora de la humanidad. Su hermana, Filipa, que era tres años mayor y estaba a punto de licenciarse en bioquímica, se quedó situada por detrás de él, echada un poquito hacia la izquierda, y no dijo nada. Su cara también me sonaba; la había conocido en Dubái.

«El pensamiento es fruto de la retroalimentación. El encanto se desvanece en pro de la hipertensión. ¿Perteneces al 106?». Diez años después, con una compañía cuyo valor ascendía ya a los 5'09 mil millones de libras, comenzó el trabajo en Perfección, con Filipa Pereyra-Conroy al frente.

CAPÍTULO 38

Disciplina.

Mi dominio del japonés deja bastante que desear, pero mis anfitriones se mostraron pacientes y encantadores.

Ataviada con un vestido de verano lila, empecé a frecuentar el karaoke que había al lado de la filial de Prometeo en Yamanote. Durante la tercera noche, después de haber practicado cuidadosamente en mi habitación, canté «Black is the Colour» delante de una sala repleta de ejecutivos borrachos como cubas, uno de los cuales había masacrado la canción la noche anterior, y que inmediatamente me ofrecieron una botella de champán y me invitaron a unirme a su grupo.

El señor Fukazawa trabajaba en el departamento de recursos humanos de Prometeo, y después de que realizáramos un espantoso dueto de «Summertime», apoyó la cabeza sobre mi hombro y con los ojos cubiertos de lágrimas exclamó:

—No hay mujeres tan maravillosas como tú en todo Japón.

Se echó a dormir la mona antes de que pudiera quitarle de encima esa idea, así que aproveché para sustraerle el dinero que llevaba en la cartera y su pase de seguridad, después le dejé la cabeza apoyada suavemente sobre el sofá de piel blanco y me largué antes de que la siguiente interpretación de un tema de Bon Jovi profanara las paredes del local.

Disciplina.

Dos locales más allá del *love hotel* que había en mi calle, y por debajo de un restaurante especializado en pescado a la parrilla, había un salón recreativo que atraía tanto a hombres como mujeres, a niños y mayores. Eché una partida al *Mortal Kombat* contra una chica con coletas que me ganó, y le pregunté:

—¿Tienes Perfección?

—¡Pues claro! —respondió alegremente, al tiempo que sacaba el móvil de su bolso—. Aunque no se me da muy bien.

—¿Por qué no?

—Cuando llegué, la aplicación registró las redes inalámbricas locales y supo dónde estaba. Las mujeres perfectas no entran aquí.

—Eso no parece haberte detenido.

La chica titubeó, pareció sentirse culpable.

—No sé —dijo al fin—. Cuando llegue a siete mil puntos conseguiré un cambio de imagen gratuito en el Salón de Belleza de la Princesa Peach. Me encantan sus productos, pero seguro que esta noche me restará varios puntos, así que supongo que... no sé...

supongo que tendré que hacerlo mejor.

La chica esperaba conseguir entrar como becaria en Prometeo, en la filial de Yamanote.

—¿Y qué es lo que hacen allí?

—Diseñan el software informático. Esas cosas se me dan bien, y ya que nadie tiene intención de casarse conmigo, tengo que cuidar de mí misma, ¿sabes?

En la pantalla, su personaje disparó unos rayos por los dedos y el mío cayó muerto, al tiempo que aparecía un mensaje que anunciaba mi derrota.

—¿Echamos otra? —pregunté, mientras acercaba mi bolso al suyo, para que me resultara más fácil robarle el móvil.

—Vale... una más...

Disciplina.

El día que Rafe Pereyra-Conroy aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Tokio para visitar las oficinas de Prometeo, yo ya había conseguido un itinerario completo de su viaje gracias a un chófer de Mónaco descontento, que pensaba que no le habían dado la propina que se merecía.

—Ese tipo es millonario —refunfuñaba—. La gente como él debería estirarse un poco. ¡Es lo mínimo!

Yo estaba en el aeropuerto cuando Rafe llegó a bordo de su jet privado, y seguí a su convoy de tres coches a través de las calles de Tokio, hasta su ático de lujo en Chiyoda. Ante la puerta principal de ese edificio de treinta plantas, le recibió una mujer. Filipa Pereyra-Conroy, su hermana mayor, científica en el pasado, convertida ahora en jefa de desarrollo de Perfección. Las fotos de los periódicos no le hacían justicia; la reducían a un amasijo de píxeles ligeramente desenfocados por detrás de su hermano pequeño.

«El pensamiento es fruto de la retroalimentación.»

El mundo de los superricos y los superfamosos no es tan amplio. A veces te topas con caras conocidas, aunque ellos no se acuerden de ti.

Gracias a un traje elegante, una tarjeta de visita elegante y un soborno significativo que ofrecí con ambas manos al gerente del edificio, mientras le hacía una reverencia, conseguí una visita guiada por la torre donde se alojaban los Pereyra-Conroy.

—Mi empresa se especializa en proyectos urbanísticos de lujo para el mercado emergente de Oriente Medio. Podemos aprender mucho de Japón —expliqué, mientras el tipo me enseñaba los canales que corrían por el patio interior del complejo, las palmeras que brotaban de tiestos inmensos rellenos de tierra cubierta de guijarros blancos, el jardín seco del piso veintiuno.

—El señor Ko, del 128, es un maestro zen —me explicó—. Él se ocupa de estas cosas.

—¿Y el señor Ko ofrece sus servicios en alguna otra parte?

—Por supuesto, señorita. Es ginecólogo, además de maestro zen.

—¿No es una combinación un poco rara?

—A mí no me lo parece. La mayoría de los sacerdotes provienen del mundo de las finanzas.

Conté los pájaros en posición de levantar el vuelo, tallados en plata, que había en las paredes del piso veintiuno. Si los patrones de juncos encorvados y flores de loto, de flores de cerezo impulsadas por el viento y criaturas que emergían del agua hacia las alturas se repetía en alguna parte, fui incapaz de ver dónde.

—¿Y cómo se consigue un apartamento aquí? —pregunté—. No pude encontrarlos en Internet...

—¡No, señorita! Primero hay que alcanzar la perfección.

¿Se trataba de un aforismo budista que escapaba a mi comprensión...?

—No, señorita. Solo los miembros del Club 106 viven aquí.

Me detuve en seco, y cuando el portero se detuvo también para mirarme de reojo, me acordé de seguir sonriendo, de seguir caminando; me convertí en mi sonrisa, en mis andares, y dije como quien no quiere la cosa:

—Por supuesto. Esa es precisamente la clase de clientela con la que tratamos.

Conté puertas, ventanas, suelos.

Conté pasos.

A partir de ahí, conté los miembros del Club 106 que vivían en ese edificio, y me estremecí.

Una mujer en la estrecha sastrería situada en las proximidades del apartamento.

—Antes eran viviendas baratas, buenas viviendas, para gente necesitada —refunfuñó, al tiempo que examinaba un roto en una falda, mientras yo me apoyaba sobre el mostrador y trataba de entender lo que me decía en inglés con su marcado acento—. Gente pobre, vida dura. Pero los jefes dijeron que no estaba bien, los tiraron abajo y levantaron apartamentos para gente importante. Muchas protestas, muchas demandas, pero no sirvió de nada. El ministro dice que apartamentos nuevos son buenos: ¡ahora el ministro vive allí! Nos quejamos a la policía, pero el comisario de policía vive allí. Dicen que es perfecto, el lugar perfecto para que viva la gente buena.

—¿Y dónde están los pobres ahora? —pregunté.

La mujer se encogió de hombros.

—Tokio es muy caro para ellos. Se fueron de la ciudad, a otro sitio más barato. Duro, duro. No hay trabajo en los sitios baratos. No

se puede vivir en los caros. No hay manera.

Sostuvo en alto la falda, con una expresión de triunfo repentina, y exclamó:

—¿Qué le parece?

Observé la prenda que me enseñaba, aunque no era mía. Era una falda de lana gris con unos cuadros de color azul claro.

—Está muy bien —respondí, encogiéndome de hombros.

—¡Es falda de bailarina de club! ¡Se la rompió con la uña cuando se desnudaba! Es buena chica, muy buena chica, quería estudiar informática, pero no consiguió la nota. Ahora tiene un club. Siempre deja propina, a veces me trae dulces porque soy viuda. Siempre hay salida, ¿sí? La gente dice que hay que hacer una cosa, pero el mundo dice que hay que hacer otra.

Se rio de su ingenioso comentario, y yo le di las gracias en inglés y en japonés, después me marché acompañada por el sonido de sus carcajadas.

Disciplina.

Correr.

Andar.

Hablar.

La espalda erguida.

La mirada al frente.

La cabeza alta.

Estrechar la mano.

Lavarse la cara.

Observar al objetivo.

Preparar el plan.

Mi vida es una máquina.

Yo soy una máquina que vive mi vida.

Clic, clic, clic, los engranajes giran y yo sigo viviendo.

Sigo viviendo.

CAPÍTULO 39

Me desperté en mitad de la noche y me di cuenta de que echaba de menos a Byron14.

A Gauguin, incluso.

Extrañaba a la gente que me extrañaba a mí.

Me puse a pensar en Luca Evard y, antes de darme cuenta, me planté frente a mi portátil, preguntándome qué delito podría cometer para atraerlo hasta Tokio.

Salí a la calle, con ropa poco apropiada para el frío y la hora que era.

Encontré a un hombre en un bar.

Estaba achispado, pero el alcohol hizo que se pusiera sentimental, infantil, que se convirtiera en un borracho afectuoso.

Encontré una habitación en un *love hotel* , la reservé para dos horas, acabamos en veinte minutos, le dejé durmiendo la mona, regresé a mi hotel, a la cama de mi hotel, podría haber estado en cualquier parte del mundo. Vida eléctrica, llave eléctrica, huella eléctrica en una era digital. He creado emisiones de CO_2 , he consumido cosas, he roto ventanas, he arañado superficies, soy el conjunto de huellas que mi vida deja a su paso, soy un número en un sistema, soy el olor en los labios de un borracho cuando se despierte, desnudo, en un *love hotel* , un olor del que se desprenderá por la mañana.

Soy la destrucción.

Dormí mal y poco.

La tercera vez que vi a Luca Evard, salí a buscarle.

El trabajito había tenido lugar en Kunmíng, el intercambio se iba a realizar en Hong Kong. Cuando llegué a la cita, en la que iba a intercambiar joyas por dinero en el muelle de transbordadores Hung Hom, me encontré con tres hombres en lugar de uno, como estaba previsto, y cuando me fui a marchar, un cuarto me detuvo, armado con una pistola, con gafas de sol y el pelo repeinado hacia atrás con tal exceso gomina que se le habían quedado pegadas unas pequeñas bolitas azuladas a las sienes. No pareció importarle la presencia de los pocos trabajadores nocturnos que esperaban el ferry hacia North Point; le bastó con ladear ligeramente el cuerpo para darles la espalda, disimulando la pistola, al tiempo que me acorralaba contra la pared. Señaló con la cabeza hacia sus compañeros, que formaban una barrera, bloqueando el aire, la luz, el sonido, y entonces, en un intento surrealista por pasar desapercibidos, se pusieron a hablar a voces de sus grupos de pop favoritos y de lo difícil que era encontrar un lugar

barato donde vivir hoy en día.

En contraste con su ruidosa charla, mi asaltante se agachó ligeramente, hasta que nuestros alientos se cruzaron, y me susurró con un inglés impecable y preciso, del que se aprende en los colegios privados:

—Encajas con la descripción que nos han dado.

La gente retiene las palabras en su mente, aunque no ocurra lo mismo con mi cara. Piel oscura, cabello oscuro y recogido en unas trenzas que se desplomaban sobre mi espalda, cuerpo atlético. Una mujer esperando al ferry que reúna todas esas condiciones... No había demasiadas candidatas. Pese a todo, intenté replicar:

—No soy yo, no soy yo, no sé qué...

—Si no eres tú —masculló—, no hay razón para no dispararte.

Llevaba una pistola del calibre .22, cuya detonación, aunque perceptible, no sería tan estridente si me disparase a bocajarro al estómago. Y aunque el ruido alertara a la gente, sería más fácil achacarlo al sonido de un motor o de un petardo, que a un asesinato cometido a menos de diez metros del lugar donde te encuentras. La ventaja era que una bala del .22 posiblemente no me mataría, pero un estómago perforado o un pulmón colapsado tendrían consecuencias a largo plazo, sobre todo dada mi condición. ¿Qué pasaría si a mi cirujano le entraran ganas de hacer pis durante una operación a vida o muerte?

Vasos sanguíneos en el estómago: vena cava inferior, tronco celíaco, venas y arterias renales, venas y arterias gonadales, venas y arterias ilíacas comunes, conduciendo hacia la vena safena magna y la arteria femoral. Alguien que recibe un corte en la arteria femoral puede desangrarse en menos de dos minutos; la persona que le realice los primeros auxilios tiene que aplicar todo el peso de su cuerpo sobre la herida para impedirlo.

—No estoy sola —mentí, mientras el pistolero comenzaba a registrarme, deslizando sus dedos sobre mi piel, tirándome de la ropa, tocándome, hincándome, sujetándome, palabras en las que no quería ni pensar, examinándome, palpándome, una amenaza que iba más allá de la pistola, más allá de la simple muerte—. Si sigues con esto, habrá consecuencias.

El tipo se encogió de hombros. Era un matón en Hong Kong, ya había conocido las consecuencias en otras ocasiones y no le habían importado demasiado. Habían muerto hombres, habían muerto mujeres, pero él seguía en pie, así que, ¿qué carajo importaba?

Agarró mi bolso y me lo descolgó del hombro. Lo apretó contra su cuerpo, después presionó su cuerpo contra el mío, apretujándome aún más contra la pared, sostenien-do el bolso entre ambos para que no se cayera. Abrió la cremallera con una mano y se puso a rebuscar en su

interior.

Sus dedos se toparon con el sobre marrón donde había metido las joyas. Esmeraldas, pagadas como tributo por los reyes de Tailandia al emperador chino, el sistema de tributos, la paz a cambio de dinero, China, 中国 ,la Nación del Centro, el centro del mundo, ríos que fluyen desde su núcleo, el mundo es el mar, el emperador, la montaña, 海 , 山 , tardé menos de cuatro minutos en completar la operación, desde que entré en el museo hasta que salí con mi premio. Un comprador en la red oscura, un coleccionista en Hong Kong, un narcotraficante, un hombre adinerado, un traficante y un asesino, al que le encantaba todo lo tailandés: la comida, el arte, las joyas... Había construido templos, se estaba asegurando a base de dinero su parcelita en el cielo, su buen karma. Nunca debí haber aceptado ese trato.

Un instante. El pistolero percibió algo dentro del sobre, pero no estaba seguro. Miró hacia abajo, apartando sus ojos brevemente de mí, para hacer una comprobación; necesitaba verificar que no llevara un señuelo metido en el bolso. Le golpeé, le crucé la cara con la mano derecha, y con la izquierda desvié la pistola hacia un lado. Me eché hacia la derecha y su dedo apretó el gatillo por acto reflejo. Escuché cómo el disparo impactaba contra la pared que tenía detrás, sentí la trayectoria de la bala al pasar rozando junto a mi ropa, y el bolso que estábamos sujetando entre ambos cayó al suelo.

Los tres amigos, los tres aprendices de asesino, unos críos que querían impresionar a su jefe, miraron al pistolero. Uno se abalanzó contra mí, y yo le arreé un codazo sin mirar, presa del pánico, sin espacio para moverme ni para asestarle un puñetazo en condiciones. No aparentaba tener más de diecisiete años, pero levantó las manos para protegerse cuando descargué el brazo. Sus dedos rebotaron a causa del impacto, golpeándole en la cara, y cuando retrocedió, más desconcertado que dolorido, lo aparté de un empujón y eché a correr.

Los disparos ya resultaban inconfundibles. El idiota de la pistola se puso a disparar como un loco y alcanzó al chico de la mandíbula magullada en el hombro. Los pocos pasajeros que había en la terminal empezaron a correr; no lo hicieron chillando, ni pidiendo clemencia a gritos, sino que se desperdigaron como gorriones que levantan el vuelo, accionados por un consenso silencioso.

No sentí la bala que se me alojó en la pierna, pero cuando traté de doblar una esquina el giro me salió mal, así que resbalé sobre unas baldosas mojadas y acabé aferrada a la barrera verde que separaba el muelle del agua. Escuché unos pasos que se acercaban, vi la oscuridad que se extendía por debajo de mí, y, sin pensármelo dos veces, me asomé desde el muelle y me zambullí de cabeza en el agua.

¿Cuánto tiempo tarda un desconocido en olvidar?

¿Un minuto?

Contén la respiración durante un minuto.

¿Preparado?

Ya.

Uno dos tres cuatro cinco seis siete ocho nueve diez once doce

Si has tenido tiempo de inspirar, tus carrillos hinchados estarán llenos de aire, presionando a tus labios desde dentro, de manera que puedes ver, por el rabillo del ojo, la curvatura de tu rostro expandido.

Treinta treinta y uno treinta y dos treinta y tres treinta y cuatro treinta y cinco

Te empiezan a doler los carrillos por la presión.

La primera burbuja de aire escapa de tus fosas nasales.

Tu boca se desinfla.

Tu diafragma se eleva.

Tu garganta se tensa.

A medida que exhalas, sientes cómo tus pulmones se van comprimiendo hasta convertirse en unos sobres mojados dentro de tu pecho.

Cuarenta y nueve cincuenta cincuenta y uno

La tráquea se colapsa.

El rostro se colapsa.

El pecho se colapsa.

El corazón se colapsa.

¿Cuánto tiempo se tarda en olvidar?

Contuve el aliento por debajo del muelle, haciendo fuerza con las manos para mantenerme sumergida.

Soy el frío.

Soy la oscuridad.

Soy el mar.

Soy el mar.

Respiración. Músculo, pulmones. Esclerosis lateral amiotrófica, enfermedad de la neurona motora, el cuerpo se paraliza desde las extremidades hacia dentro, hasta que el funcionamiento autónomo de los pulmones comienza a fallar, la respiración falla, la vida falla, vivir conectado a un respirador, vivir atrapado, paralizado, muerte por asfixia, muerte por ahogamiento, cubos de hielos en Internet, morir ahogada en Hong Kong por culpa de las esmeraldas de un emperador, soy el mar, soy el mar, soy...

Mi cuerpo emergió del agua y me sentí aliviada. Fue un acto involuntario: mis piernas tomaron impulso, mis brazos tiraron de mí y me puse a boquear en busca de oxígeno. Sentí un estallido de aire en la nariz, un estallido en la cabeza, se me desorbitaron los ojos, y finalmente miré hacia arriba.

Mis perseguidores se habían ido.

*

Avisaron a la policía.

Alguien había disparado con una pistola en el muelle Hung Hom, así que llegaron los agentes de la ley: coches blancos, camisas azules, educados y organizados. Alguien me dio una manta naranja y un envase con una bebida azucarada.

—Creo que me he hecho un rasguño en la pierna —dije, y pasó un rato hasta que un paramédico me cortó los pantalones y respondió con la calma propia de un profesional:

—Me parece que le han pegado un tiro, señorita.

Entonces me subieron a una camilla y me metieron en una ambulancia. Allí, un inspector de policía de paisano me preguntó qué sabía, cuánto recordaba.

—Casi nada —respondí—. Escuché disparos, sentí un dolor en la pierna y eché a correr. Supongo que debía resbalarme y caer, porque lo siguiente que recuerdo es que estaba en el agua y que la gente se había ido.

—¿Vio quién lo inició?

—No, agente, todo fue muy confuso.

El inspector se olvidó de mí enseguida; los paramédicos tuvieron la deferencia de llevarme al hospital, y la eficiencia del papeleo y del sistema de prioridades permitió que un cirujano residente me extrajera la bala con anestesia local. Me dijeron que podría irme en unas horas, pero yo robé unas muletas, un puñado de analgésicos y antibióticos, y me largué en cuanto se asentó el vendaje.

El tiroteo salió en las noticias de la noche.

Vi una imagen de mi rostro, captado por una cámara de seguridad, mientras corría y me desplomaba sobre las aguas. Parecía una alienígena, un ente temible y desconocido, y, como no se había encontrado ningún cuerpo y nadie recordaba a alguien que encajara con mi descripción, se puso en marcha la búsqueda de una posible víctima en el mar. No había grabaciones del tiroteo en sí, pero consiguieron captar los rostros de los sospechosos, granulosos y desenfocados, mientras huían de la caótica escena. Llevaban mi bolso en la mano, el fruto de mi trabajo.

Aquella noche, sumida en el cálido amodorramiento de los analgésicos, tomé asiento en una habitación de hotel que daba a la bahía y recopilé un archivo para Luca Evard. Le envié la correspondencia que había mantenido con los compradores, descripciones físicas detalladas de mis agresores, detalles de las joyas robadas y los acuerdos relacionados con el robo. Lo más importante: le di el número de mi teléfono móvil, que estaba escondido al fondo del bolso que me robaron, y confié en que no fuera demasiado tarde.

Nueve horas después, el tipo que me había apuntado con una pistola fue arrestado. Había intentado vender mi móvil en una tienda de segunda mano en Mong Kok, una estupidez imperdonable motivada por la codicia. El dueño de la tienda, cuando se vio de repente ante quince policías fuertemente armados, no dudó un segundo en dar todos los detalles relativos a su cliente.

Lo encontraron en calzoncillos, disfrutando de un colocón de cocaína, mientras veía un partido de tenis en un piso cerca de Sham Mong Road. El tipo vivía con su madre, que intentó agredir con una fregona a uno de los policías que se llevaron a su hijo, hasta que le informaron de la naturaleza de sus delitos.

—¡Su padre siempre fue un mal ejemplo para él! —exclamó, y le preguntó a los policías por el procedimiento que debía seguir para desheredarlo.

En menos de tres horas, el resto de sus compinches estaban bajo custodia policial, pero todos se negaron a delatar a su jefe. Registré mis archivos, para ver si encontraba algo que pudiera ayudar a incriminarle, pero fue en vano.

Cinco horas después, Luca Evard llegó a Hong Kong, en busca de la mujer que había desaparecido al caer desde un muelle.

Me lo encontré en Tsim Sha Tsui al atardecer, sentado en un banco, contemplando el mar. Por detrás, las luces de la ciudad estaban empezando a encenderse: Philips y Hyundai optaron por el azul y el rojo, Hitachi por el blanco y los hoteles por el verde, formando parte de una competición de luces de neón y LED. Me senté en el otro extremo del banco y me puse a leer.

El libro se titulaba *El limón y la onda* , y básicamente se trataba de una singular crónica de un brutal asesinato cometido en el norte de Italia, escrito con un estilo frenético y sibilante por su autor, R. H. No era mi tipo, pero se trataba del libro que Luca Evard tenía junto a su cama en Brasil, así que me senté a su lado en ese banco mientras se oscurecía el cielo y se encendían las farolas del paseo marítimo, y me incliné hacia atrás para que pudiera ver la portada.

Luca miró, giró la cabeza, luego volvió a mirar, y entonces se fijó en mí. Titubeó. Ladeó la cabeza, pensando quizá en decir algo, en preguntarme mi nombre, en aproximarse a la hermosa mujer que estaba sentada a su lado en ese banco. Pero ese instante pasó, y tuve la sensación de que podría levantarse en cualquier momento, así que dejé el libro a un lado y le pregunté, en inglés:

—¿Tiene hora?

Me la dijo.

Cerré el libro, lo guardé en mi bolso, me levanté, apoyándome sobre una muleta para sostener el peso de mi pierna herida. Luca, que

también había hecho amago de levantarse, se puso en pie y me volvió a mirar, con intención de decir algo, pero entonces se dio la vuelta y comenzó a alejarse. Le seguí cojeando, alejándonos del muelle, en dirección a los hoteles, y cuando su velocidad amenazaba con alejarlo de mí, dije:

—Disculpe, ¿es usted americano?

Luca se detuvo, se dio la vuelta y sonrió. No, no lo era.

—Lo siento, me pareció que... Por eso me dirigí a usted en inglés. No tiene cara de hablar cantonés, desde luego. Aunque es posible que domine el idioma, tampoco debería dar nada por hecho, pero... en fin, no pretendía ser grosera.

—No ha sido grosera, señorita.

Sonreí de nuevo, en un último intento, urgiéndolo: ¡vamos, vamos, vamos! Él me devolvió la sonrisa y se dio la vuelta para marcharse.

Maldije para mis adentros y juré que lo seguiría hasta el hotel y que me cruzaría con él en el bar, durante la cena, y que le pondría delante el maldito libro, o quizá le comentaría algo sobre lo del muelle Hung Hom. Lo que fuera, con tal de llamar su atención.

Entonces, Luca se detuvo y preguntó:

—¿Puede caminar, señorita? ¿Necesita ayuda para llegar hasta un taxi o un bus?

Me apoyé un poco más sobre mi muleta, sonreí y dije:

—No, gracias. He tenido un accidente en el trabajo, pero estoy bien, en serio, no es tan grave como parece.

—Está bien —murmuró, no muy convencido, y volvió a darse la vuelta para marcharse, pero se detuvo una vez más—. Perdóneme, ese libro que estaba leyendo... ¿Lo... lo ha comprado en Hong Kong?

—Sí —respondí—. En una tienda de segunda mano en Ho Man Tin. ¿Lo ha leído?

—Sí... muchas veces.

—Yo aún no lo he terminado, pero me parece una elección bastante curiosa. Como lectura habitual, quiero decir.

—Es... es por mi trabajo.

—¿A qué se dedica?

—Soy inspector de policía.

—Vaya, lo siento, ¡no tenía ni idea! ¿En Hong Kong?

—No. Interpol.

—¿En serio? No sabía que hubiera inspectores en la Interpol. Huy, disculpe, eso ha sido una grosería. Estoy siendo muy grosera, ¿verdad? Es que... ¿podemos empezar de nuevo?

Soy mi sonrisa.

Soy mi belleza.

Luca Evard —un hombre acostumbrado a las camisas planchadas

y la ropa interior doblada, a la pasta dentífrica estrujada desde la parte inferior del tubo— me miró, miró hacia el mar, y puede que en ese momento pensara en la ladrona a la que llevaba persiguiendo por medio mundo, que había estado en el muelle Hung Hom la noche que hubo un tiroteo. Quizá se preguntase si se había ahogado aquella noche, o si habría sobrevivido y estaría pensando en él.

Y entonces me miró a mí.

Y dijo:

—¿Quiere que le ayude a pedir un taxi?

—No hace falta, mi hotel está cerca.

—¿Cuál es?

—El Southern.

—Yo también me alojo allí.

—¿De veras? Qué coincidencia. En ese caso, le estaría muy agradecida si me ayudara a llegar hasta el bar.

CAPÍTULO 40

Palabras para describir mi comportamiento:

- Obsesivo
- Demandante
- Poco profesional
- Hostigador
- Manipulador
- Cruel

Palabras para describir a Luca Evard:

- Convencional
- Ordenado
- Resuelto
- Altruista
- Con pocas habilidades sociales
- Solitario
- Obsesivo

No era la clase de hombre que se toma una copa con una mujer desconocida en una ciudad desconocida, por mucho que esta se hubiera arreglado para gustarle. No era un hombre propenso a hablar de sí mismo, de su vida, de sus miedos. Él no era así.

Tómate algo, le dije. Los dos somos forasteros en un país desconocido, los dos leemos los mismos libros. Soy una mujer lastimada, tómate algo conmigo.

Solo una, dijo al fin. No suelo beber en los bares de los hoteles.

A la tercera copa de vino, le pregunté si estaba soltero.

Sí, respondió él, después de que un buen vino australiano le soltara la lengua. Desde hace tres meses, añadió.

Lo siento, dije yo, sintiendo una oleada de algo que pudo ser... ¿sorpresa? No me había parado a pensar que pudiera haber algo en su vida que no fuera su trabajo... que no fuera yo.

Nos distanciamos, dijo él. Mi trabajo, su trabajo... ya sabes cómo son esas cosas. ¿Y tú?

Soltera, respondí. Estoy a gusto así. Háblame de ese libro, *El limón y la onda* . ¿Por qué lo has leído tantas veces?

Luca sonrió, se comió un calamar frito de un cuenco, examinó el local donde nos encontrábamos, fijándose en la gente, la decoración,

el ruido, la luz. Todas las mesas eran de cristal, con unas luces azuladas por debajo que proyectaban unas sombras extrañas a través de los platos. Esas mismas luces resaltaban el contorno de su barbilla y de su cuello.

—Creo que lo escribió un asesino —me explicó—. Se produjo una serie de asesinatos en Austria, en 1989: cuatro mujeres y un hombre asesinados de la misma manera. Se señaló a un sospechoso. La policía quería arrestarlo, pero no había pruebas suficientes, así que tuvieran que soltarlo. Salió del país tres semanas después. Más tarde, en 1993, se publicó este libro, y aunque los nombres son diferentes, la cronología y la naturaleza del asesinato hasta en los detalles más nimios, desde el lugar donde dejaron a las víctimas hasta los nudos que emplearon para estrangularlos, pasando por el tamaño y la marca del cuchillo, todo coincide. La narración adopta el punto de vista de un policía que nunca llega a atrapar al asesino. Al final llega al punto de admirarlo, se convierte él mismo en un asesino. Un policía, transformado en criminal por las circunstancias. Yo formé parte del operativo y traté de localizar al escritor, ese tal R. H. Pero se había mudado a algún rincón de Norteamérica. Alertamos al FBI, pero ¿qué teníamos, en realidad? Nada. Una obra de ficción. Y un asesino que, tal vez, se estaba riendo de los hombres que no consiguieron atraparlo. Delirios de grandeza fruto de una mente enferma. No se puede arrestar a un hombre por una obra de ficción, ¿verdad?

—Si no puedes hacer nada, ¿por qué lo lees tanto?

Sorpresa. Una pregunta que casi estaba fuera de lugar.

—Como advertencia —respondió—. Como recordatorio. Para recordar a esas personas que murieron, cuyo asesino nunca fue llevado ante la justicia.

Justicia: la capacidad de ser justo, recto. El principio moral que determina una conducta justa.

La administración del merecido castigo o recompensa.

Me puse a repasar mi concepto de justicia y no encontré lugar para mí en él. Aun así, conviene recordar la expresión «hacer justicia»: actuar o tratar de manera justa. Desenvolverse de acuerdo a las habilidades o el potencial propios. Era innegable que yo era injusta en mi vida, pero ¿me hacía justicia a mí misma?

Entonces, Luca dijo:

—He venido aquí a buscar a una ladrona.

Volví a fijar la mirada sobre él. Luca era el mundo, el universo, acaparaba tanto mi atención que, por un instante, me pregunté si no sería algún producto de mi propia imaginación, una voz que yo misma había evocado. Pero sus ojos estaban en otra parte, sus palabras provenían de algún rincón de su alma que hablaba en su propio nombre, no en el mío.

—Mis superiores creen que se ahogó. Robó en un museo. Hace cuarenta años, el gobierno chino habría vendido esos objetos para recaudar fondos con los que comprar palas y tractores, pero ahora China está recuperando el gusto por su gloriosa y opulenta historia. Eso es lo que le da valor a un producto, más que su composición química.

Esmeralda: un compuesto de ciclosilicato de berilio y aluminio, aderezado con pequeñas trazas de cromo que le aportan ese color verdoso.

—Creo que vino a Hong Kong para venderlo. Hay un tipo, Bogyoke Dennis, que empezó como contrabandista en Camboya. Ahora mata a sus enemigos empleando veneno de serpiente. Controla la prostitución y el tráfico de personas en el Mar de la China Meridional. Esa ladrona nunca debería haber... pero debe de ser avariciosa, arrogante, o sencillamente... estúpida.

Estúpido: bobo. Falto de ingenio.

Estupidez, dicho o hecho propio de...

...un idiota integral.

In

Te

Gral.

—¿Te da... pena que esté muerta?

—Quizá no lo esté.

—Pero estás triste.

Se encogió de hombros.

—Siempre me apena la pérdida de una vida humana.

—¿Incluso la de un ladrón?

—Sigue siendo un ser humano.

—¿Y nada más?

Volvió a centrar sus ojos en mí; una mirada rápida, intensa, con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir?

—Parece que llevas mucho tiempo detrás de ella.

—Varios años. Conozco hasta el último detalle de todos los delitos que ha cometido. Sé cómo le gusta vestirse, cómo se peina, qué clase de coches le gusta conducir, qué comida le gusta. En Múnich le estafó 75.000 euros a un abogado cuya especialidad era sacar en libertad a narcotraficantes acusando a la policía de corrupción, y yo me... me alegré un poco. Que Dios me perdone, pero me pareció detectar cierto sentido del humor en ese crimen. Le robó mientras el tipo asistía a una gala benéfica en la ópera: escaneó sus tarjetas de crédito, clonó su teléfono y después se escuchó las dos horas y cuarto de un concierto de Verdi. La vi en las cámaras de seguridad, fotografiada también por uno de los periodistas que había acudido a cubrir la gala, y me pareció

que... Me cuesta visualizar su rostro ahora, los detalles son... Conozco hasta el último atisbo de su ser, pero es tan difícil evocarlo... Me pareció que estaba asombrada. Cautivada por la música. No puedo... Recuerdo que pensé que esa era la impresión que daba. Recuerdo pensar esas palabras. Ahora lo más probable es que esté muerta, y todo para nada.

Silencio.

Luego,

lo siento, dijo Luca.

Lo siento.

No eran mi intención hablar de...

lo siento.

Silencio.

Alargué el brazo por encima de la mesa, le cogí de la mano, y él no la retiró.

Sentí la sangre que corría por las venas que tenía en el reverso de la mano.

Sentí los tendones que se extendían bajo su piel.

El pulso que sentí en las yemas de los dedos, ¿era producto de su corazón o del mío?

Luca agachó la cabeza, como si se sintiera avergonzado, pero no apartó la mano.

—Hay algo que me inquieta —dijo al fin—. Que me da... miedo.

Esperé. Luca necesitaba ese silencio.

—A veces temo que... ella no sea real. Que no exista. Ya sé que es un miedo irracional; tenemos pruebas, ADN, huellas, su rostro, su modus operandi, tenemos todo lo necesario para condenarla. Pero allá donde voy, en todos los delitos que comete, la gente no logra acordarse de ella.¿Se trata de un truco, de una ilusión? ¿Esa mujer es una invención, un espectáculo de marionetas para mantenernos entretenidos, la tapadera de una conspiración o de un experimento? ¿Es una bruja? ¿Por qué la gente no la recuerda? Puedo describirte hasta el último de sus rasgos, y aun así... esa descripción no es más que una serie de palabras, repetidas durante horas en las reuniones de equipo: cabello, estatura, peso, complexión... No es más que eso: simples palabras. Te miro a ti y podrías ser ella, encajas con esas palabras, pero he examinado su foto, conozco su rostro, y tú no eres ella, porque yo la reconocería, la reconocería al instante, ¡lo sabría!

Alzó la voz, fruto del dolor, el miedo y la confusión.

Le apreté la mano con más fuerza; mi presencia, su piel, mi calidez, su sangre.

—Recibí un archivo —prosiguió—. Pensé que pudo enviármelo ella. ¿Cómo conocía mi existencia? Puede que lo tuviera listo para enviarlo, en caso de que la transacción se torciera. Puede que me esté

utilizando desde el más allá, para vengarse de los hombres que la mataron.

—Habría cierta justicia en ello, creo yo.

Sonrió de forma casi imperceptible.

—Sí —admitió—. Puede que un poco.

Justicia. En China se utiliza el símbolo 义, *yí* , un pictograma que siempre me ha parecido muy alegre, lleno de esperanza. Si tuviera que escribir mi nombre con un símbolo, me gustaría que fuera 义.

—Solo porque nadie recuerde haberla visto, no significa que esté muerta —dije, y al ver que Luca sonreía, añadí—: Me parece una extraordinaria sucesión de acontecimientos.

Volvió a mirarme, o puede que lo hiciera por primera vez, y me pregunté si estaría enumerando las palabras de su lista que coincidían con mis facciones. Estatura, peso, piel, ojos, la punta ligeramente respingona de la nariz, las orejas un poco más grandes de la cuenta, la frente amplia, las cejas gruesas, el pelo oscuro recogido en un moño, un reguero de pecas bajo los ojos. Todas esas cosas podían describirse, anotarse. Luca podría plantarse delante de mi foto a diario y recitar esas características, y ahora, mientras me miraba por primera vez, es posible que intentar apostillar mi rostro, categorizarlo, en busca de coincidencias. ¿Era consciente de quién era yo?

Es posible.

Pero Luca confiaba demasiado en su propia racionalidad, así que en el mismo momento en que sus ojos se desorbitaron y sus labios se separaron como si acabara de tener una revelación, giró la cabeza hacia un lado, apartó la mirada y puede que se dijera a sí mismo que no, no... Él conocía el rostro de esa ladrona, era imposible tenerla delante y no reconocerla, eso no le pasaría a él, no después de tanto tiempo.

Y así se disipó ese momento, y solo quedamos él, yo y el ahora.

—¿Te apetece otra copa? —le pregunté.

Dijo que no debería.

Él no... no era esa clase de hombre.

—Anoche estaba sola, mañana también estaré sola —repuse—. ¿Y tú?

Nuestras manos seguían unidas.

—Está bien —dijo—. Está bien.

CAPÍTULO 41

He olvidado contar.

He olvidado recordar.

He olvidado mi edad; todos los documentos en los que aparece mi cara son falsos.

He olvidado a mis amigos, igual que ellos me olvidaron a mí.

He olvidado el paso de los años, porque no significan nada para mí.

Los años no se acuerdan de mí.

Mi rostro desaparece de las mentes de la humanidad.

Solo mis actos permanecen.

CAPÍTULO 42

Durante el séptimo día de su estancia en Tokio, seguí a Rafe Pereyra-Conroy hasta un combate de sumo.

Las artes tradicionales en Japón: sumo, karate, kendo, judo, kyudo, kabuki, origami, arreglo foral.

Jerarquía. Un sumo estable está organizado con disciplina castrense. En la parte baja están los *jonokushi* , después los *makushika* y los *juryo* . Solo existen cuarenta y dos *makuuchi* de élite al mismo tiempo; sus combates se retransmiten por televisión, y su esperanza de vida es al menos diez años más baja que la media nacional.

Nomi no Sukune, el dios sintoísta del sumo. Hace mucho tiempo, los luchadores realizaban sus ritos en los terrenos del templo, para asegurar una buena cosecha, y los árbitros todavía delimitaban el *dohyo* sagrado esparciendo sal.

¿Le importaría todo eso a Rafe, mientras tomaba asiento en un área privada compuesta por almohadones y tatamis limpios, situada al lado del ring? Seguramente no. Le observé a través de unos pequeños prismáticos desde un banco de madera situado en la parte alta del auditorio. Era un dignatario extranjero al que habían llevado al sumo para su gozo y disfrute, para tener una anécdota que contar a sus amigos cuando volviera a casa. Sí, he visto un combate de sumo, claro que sí. ¿Que si lo entendí? No, por supuesto que no, pero estuve allí, he vivido Japón al máximo, claro que sí.

En la recepción que se celebró después, presté atención a las conversaciones mientras recorría la estancia en círculos.

Cada vez se me daba mejor reconocer a aquellos que tenían Perfección.

Ella: dientes perfectos, pelo perfecto, sonrisa perfecta, ropa perfecta, el último grito, llevada con gracia.

Él: seda y algodón, camisa blanca e impoluta, la copa perfecta en la mano, la mujer perfecta cogida del brazo.

¿Tienes Perfección?

(«Pues claro», dijo la mujer de la cintura retocada en el quirófano. «Me ha cambiado la vida.»)

(«No se trata solo de cuidarme», añadió el tipo al que le rellené la copa de champán. «Consiste en conocer a gente como yo. Los mejores entre los mejores.»)

Tras una ronda de aplausos de cortesía, subió al estrado un hombre ataviado con una túnica sintoísta, en tonos naranjas y amarillos, con un sombrero alto y laqueado, que, empleando un japonés formal y monótono, dio las gracias a todos por haber venido.

—A la manera de los dioses —fue traduciendo su intérprete a

medida que hablaba—, buscamos purificarnos de nuestros pecados y rituales impuros. Lavamos los pensamientos pecaminosos, las malas prácticas, los actos vergonzosos, y al final emergemos radiantes. Cualquier niño que nace en Japón, con independencia de su credo, es bienvenido en el santuario y convertido en un miembro de la familia, cuyo nombre es entregado a los espíritus para su bendición y protección. Es con ese mismo ánimo, de bienvenida y purificación, con el que tengo el orgullo de considerar al señor Pereyra-Conroy como un amigo, y con el que afirmo que la labor que está desarrollando en Japón es beneficiosa para las almas de los hombres y las mujeres.

Primero Dubái, ahora Tokio. Rafe era un hombre ocupado.

—Perfección —continuó, tras una pausa—, hace mejor a la gente.

Me di la vuelta para marcharme, y ahí estaba ella: Filipa Pereyra-Conroy, vestida de negro, con una copa en la mano, las uñas muy cortas, el cabello recogido. Se interpuso en mi camino y dijo:

—Hola. He visto que estabas sola. ¿Conoces a alguien por aquí?

No lo dijo con un tono acusador, ni ofensivo; solo era una mujer que había divisado a una desconocida y se preguntó si necesitaba compañía.

Lo mismito que en Dubái.

—Hola —respondí, tendiéndole la mano—. Me llamo Hope.

—Filipa.

—Lo sé. He estudiado tu trabajo, doctora Pereyra.

Enarcó una ceja, se recolocó la manga, un gesto nervioso.

—¿De veras? No sabía yo que... ¿Y qué parte has estudiado?

—Leí tu artículo sobre la reconstrucción y el refuerzo cognitivos. Muy interesante, incluso para un profano.

—¿Eres profana?

—Me gusta leer para sentirme acompañada.

Una sonrisa repentina, firme, que desapareció con la misma rapidez, contenida por las normas del protocolo y la buena educación.

—A mí también.

—¿Supongo, entonces, que estás trabajando en los tratamientos?

Había sido demasiado brusca, demasiado insistente en mi busca de información. Filipa arqueó el cuerpo ligeramente, con suspicacia. Pero daba igual: si se torcía la cosa, no tendría más que marcharme, dar una vuelta a la habitación, regresar junto a ella e intentarlo de nuevo, generando un poco más de confianza. Era una oportunidad demasiado buena como para desaprovecharla.

Filipa golpeó unas cuantas veces el borde de su copa con el dedo índice de la mano izquierda. Seguramente fue un acto involuntario.

—¿Tienes Perfección? —me preguntó al fin.

—Sí.

—¿Formas parte del...?

—¿Del Club 106? Sí.

—Entonces ya sabrás lo de los tratamientos.

—Aún no, no he tenido ninguna cita. He estado muy ocupada últimamente. Asuntos familiares.

—La familia es importante.

Un mantra, recitado de memoria. Filipa no miró a su hermano mientras hablaba, sus gestos no acompañaban el contenido de sus palabras; permaneció tensa, erguida, alerta. Cambié de tema rápidamente, y ella se alegró de que lo hiciera.

—¿Puedo preguntarte algo? ¿De dónde salió la idea de Perfección?

Alzó ligeramente la mirada, levantó la cabeza, sacó la barbilla.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a... ¿qué te inspiró?

Se quedó un rato en silencio. Después respondió:

—Mi hermano. Él es... de niño, me parecía que era... Nuestro padre le quería mucho, ¿sabes?, y él siempre pensó que el mundo podría beneficiarse de alguien con esos... atributos.

Tristeza. Sonrió, se mantuvo firme y erguida, pero ese no era el habla fluido propio de la mujer a la que conocí en Dubái. En su discurso había pesar, excusas, y espacios en blanco donde debería estar la verdad. Me sorprendieron unas ganas de abrazarla, y apreté con más fuerza mi copa.

—El pensamiento es fruto de la retroalimentación —dije al fin, y entonces Filipa me miró fijamente, miró a través de mí. Había captado toda su atención, de una forma tan intensa que me pregunté si llegaría a olvidarse de mí, si alguna olvidaría ese momento—. Al enfrentarse a una carga creciente de estrés, el cuerpo entra en un estado de alarma. Los capilares se constriñen, aumenta la frecuencia cardíaca, la respiración se acelera, aumenta la temperatura de la piel, los músculos se tensan. Con cada rechazo social, se refuerzan unas conexiones en el cerebro que fortalecen el vínculo entre socialización y ansiedad. Así, te vuelves más propenso a experimentar una reacción física ante el menor malestar social, lo cual hace que te sientas más incómodo, lo que a su vez refuerza esa sensación física, y así sucesivamente. El pensamiento es fruto de la retroalimentación, y a veces esa retroalimentación puede resultar abrumadora. Al menos, esa es mi opinión.

Otro silencio.

La pose de Filipa cambió, liberando a los hombros de su rígida postura, rebajando la tensión de las rodillas, los ojos y la cara. Por primera vez, pareció ser consciente de la estancia en la que se encontraba, de la fiesta, ese batiburrillo de risas y tintineos, formado

por gente perfecta con sonrisas perfectas.

—Tú no perteneces al 106 —sentenció.

—¿Por qué dices eso? —pregunté.

—Porque no eres perfecta.

—¿Qué significa ser «perfecto»?

Filipa sonrió, con los brazos cruzados y la cabeza ladeada.

—Si pertenecieras al 106, no lo preguntarías. Perfección eres tú, tú eres la perfección. Esa es la única verdad.

—Tú tampoco tienes Perfección —repliqué—. Se te nota.

Filipa paseó la mirada por la habitación, localizó fugazmente a su hermano, que estaba haciendo reverencias, estrechando manos, deshaciéndose en sonrisas, todo él un amasijo de encanto y belleza. Volvió a fijar su mirada sobre mí, y al principio pensé que iba a echarse a llorar.

—¿Has comido? —me preguntó—. Yo estoy hambrienta.

Comimos tallarines. Ella los pidió picantes, al estilo de Singapur, yo tomé *udon* en sopa. Filipa probó una cucharada del caldo, sorbiendo desde una cuchara de madera.

—¿A tu hermano no le molestará que no estés en la...?

—Le da igual.

—¿Estás segura?

—Es una de las cosas que Rafe ha heredado de mi padre: el compromiso obcecado con una ideología. Lo demás es ruido.

—¿Y qué ideología es esa?

—La victoria.

—¿Eso es una ideología?

—Eso creo. Rafe lo disimula mejor que mi padre. Papá siempre estaba intentando demostrar algo: que era el mejor, que era más listo que los demás. Pero Rafe tiene que demostrar que es mejor que papá.

Creo que enarqué las cejas, porque ella imitó el gesto y me preguntó, con una voz un pelín estridente:

—¿Qué ocurre?

—Esta no es la clase de cosa que se le cuenta a un desconocido.

—Lo siento, ¿te he hecho sentir...? Como ves, esto de relacionarme con gente nueva no se me da demasiado bien.

—A mí no me ha dado esa impresión.

—Pues es cierto —respondió Filipa, apenada—. Rafe me arrastra a todas sus fiestas, a sus almuerzos de lujo, me señala y dice: «Esta es mi hermana, la jefa de desarrollo», y entonces todos me sonríen y me estrechan la mano, y luego él sigue hablando, para que yo no tenga que decir nada.

—Pero no has tenido problema en hablar conmigo.

—Estabas sola. Eras imperfecta.

—¿Solo hizo falta eso?

—Además... sabes algo de mi campo de estudio. Puedo hablar de mi trabajo con la gente, pero en el fondo no se enteran de nada. En cambio, tú estabas sola y eras imperfecta, y te pusiste a reflexionar sobre el pensamiento, sobre lo que significa pensar, sobre la mente de las personas y... ¿Eres periodista?

Esto último lo dijo de forma brusca y repentina; la posibilidad de que así fuera le había provocado un rechazo casi físico.

—No. No lo soy. Estoy preparando una tesis sobre Perfección.

Enarcó de nuevo las cejas, de repente, había captado de lleno su atención.

—¿Dónde estudias?

—En Oxford, St. John's.

—¿Conoces al profesor Vikkendar?

—No. Estudio antropología.

Asintió ligeramente, perdiendo el interés casi de inmediato. Las humanidades le aburrían, pero seguí insistiendo.

—Me interesa la definición de «perfección» a lo largo del tiempo, y la construcción del ego. Perfección se está convirtiendo en un movimiento, en una nueva definición global.

—No, esa no es la cuestión.

Me mordí el labio inferior, elegí mis palabras con cautela.

—Puede que para ti no sea la cuestión, doctora Pereyra —musité —, pero es eso en lo que se está convirtiendo.

—La clave es el pensamiento. Patrones de conducta, patrones mentales, romper los límites, crear nuevas sendas... Lo siento, pensaba que entendías de esto, cuando dijiste que...

—Quizá debería ser clara: por un lado, está la ciencia, y por el otro el producto. Yo me estoy refiriendo al producto.

—Ah. —Filipa ya había perdido el interés casi por completo; los tallarines que tenía delante se estaban enfriando—. Es que yo no me ocupo de eso.

Un silencio, que de repente se volvió incómodo; un duro revés, con lo bien que habíamos empezado. Miré a mi alrededor, mis ojos se cruzaron brevemente con la mirada de uno de los dos guardaespaldas que siguieron a Filipa hasta el restaurante. Uno se encontraba junto a la puerta, el otro estaba sentado a una mesa, un par de filas más atrás, manteniendo una distancia de cortesía.

—¿A qué vienen los...?

Filipa le quitó hierro al asunto ondeando sus palillos, sin levantar la mirada del plato.

—A mi hermano le preocupa la seguridad.

—¿Estás en peligro?

—Rafe tiene mucho dinero. Creo que le da miedo que alguien

pueda secuestrarme. Es absurdo, la verdad, pero... —Esperé, y al final lo acabó diciendo—: A nuestro padre lo asesinaron.

—Lamento oír eso.

Filipa también le quitó hierro a este tema, comiendo otro bocado de tallarines.

—Fue hace mucho tiempo. Oficialmente, no capturaron al culpable.

—¿Y extraoficialmente?

Se encogió ligeramente de hombros. Era un tema que no le interesaba. Entonces, añadió de repente:

—¿No te parece preocupante...? Bueno, preocupante, no, ya que no es una respuesta emocional, pero... ¿no te parece interesante que, en una sala llena de gente perfecta, las dos personas imperfectas se junten enseguida y se formen dos sociedades: los guapos y los feos? Como antropóloga, debería llamarte la atención. Entonces, los guapos se quedan de pie, charlando, formando parte de un conjunto maravilloso, mientras que los feos salen a comer tallarines. ¿Es algo que hayas observado en tus estudios?

—Pues... sí. Perfección anima a la gente perfecta a que se reúna. Igual que el Club 106.

—¿Y eso no te asusta? —preguntó Filipa, tratando de localizar en mi rostro algo que solo ella sabía que debía buscar.

—No, la verdad es que no.

—Pues debería. No es mi investigación, en absoluto, pero el producto... Lo que Rafe hizo con él es brillante, desde luego, absolutamente brillante. Él es así. De pequeños, la mayor era yo, pero Rafe era... Verás, nuestro padre necesitaba demostrar que era el más listo, mejor que el resto del mundo. Rafe solo necesita demostrar que es mejor que papá. Así que Perfección es una aspiración surgida a partir de valores socioeconómicos, no éticos. Perfección es riqueza, moda, influencia y poder. Es una piel reluciente, una carcajada agradable, una conversación fluida. Es... algo a lo que aspira todo el mundo, algo que puede resultar muy tedioso y tremendamente elitista. Como ves, yo no soy muy interesante que digamos. Solo soy la hermana cerebrito de Rafe. «No le hagáis mucho caso, siempre anda metida en sus rollos científicos», dice mi hermano, y todo el mundo se ríe, porque les hace gracia. Tú y yo estamos comiendo unos tallarines, lo cual es un desastre según los parámetros de Perfección: comida barata repleta de conservantes perjudiciales para la salud. Con esto pierdes mil puntos. Y somos una minoría, así que los demás nos mirarán por encima del hombro. Feas, gordas, perezosas, incapaces de cuidar de nosotras mismas... malos hábitos, comida basura, malestar.

«Frígida.» Una palabra que pronunció Reina, el día antes de morir. «Los gritos se han vuelto muy fuertes.»

Filipa seguía hablando atropelladamente, disparando palabras sin cesar.

—Es más fácil ser perfecto si provienes de cierto contexto socioeconómico. La perfección requiere tiempo, esfuerzo, y si eres pobre, si lo estás pasando mal, entonces... Pero Perfección también puede ayudarte con eso. Encontrar una manera de sacarle el máximo partido al dinero, aprender a desprenderse de las cosas que no necesites, adoptar un modo de vida esteta, un modo de vida sencillo. Está pensado para todo el mundo, sí, pero resulta más fácil, mucho más fácil, si eres una persona pudiente. Como antropóloga, sin duda te habrás dado cuenta de que... Perfección es un producto que crea una aristocracia digital, y los imperfectos que habitan este mundo son poco más que meros sirvientes.

Nos quedamos un rato en silencio. El guardaespaldas que estaba en una mesa pidió otro vaso de agua mineral, el que estaba junto a la puerta oteó la calle.

Al rato, Filipa dijo:

—Una mujer murió en Dubái. No sé cómo se llamaba. Murió antes de que acudiéramos a ese almuerzo que resultó ser un desastre, una humillación, porque se coló un ladrón y... en fin. Esa mujer se suicidó. Sufría una depresión aguda, pero nadie la estaba tratando, nadie la ayudó, ni siquiera eran conscientes de ello, porque no es una enfermedad, ¿verdad?, solo es algo que hay que sobrellevar. El caso es que esa chica tenía Perfección. Y no pudo salvarla.

Silencio.

—Si no eres perfecto, significa que eres defectuoso —prosiguió, con la mirada perdida y un trozo de jengibre sujeto entre la punta de sus palillos, inmovilizado—. Rafe es un genio, pero el objetivo de mi investigación no tenía nada que ver con esto.

—¿Cuál era el objetivo original? —pregunté en voz baja, para no romper la magia del momento.

—Mejorar a la gente. Por supuesto. Hacer del mundo un lugar mejor.

Hizo rodar el trozo de jengibre entre sus palillos, después lo volvió a depositar en el plato.

—Creo que mi hermano ha tomado algo hermoso y lo ha vuelto obsceno —dijo al fin—. Por eso me fui de la fiesta. Tú has estudiado Perfección: ¿qué opinas?

Abrí la boca para responder, pero las palabras se resistieron a mi voluntad, así que no dije nada.

—«*Qui tacet consentire videtur* » —murmuró Filipa, con una media sonrisa.

—El que calla, otorga.

—¿Has estudiado latín?

—Debí de leerlo en algún libro.

—A mí me obligaron a estudiarlo en el colegio. Latín, Economía, Finanzas, Matemáticas, más Matemáticas, piano, canto, interpretación, hablar en público, informática, francés, ruso, japonés, club de debate, periodismo...

—Tu colegio no se parece en nada al mío.

—Éramos el legado de mi padre. O, mejor dicho, lo era mi hermano. A mi hermano siempre se le dieron mejor esas cosas.

—Yo no sé latín, solo conozco las frases famosas.

—¿Y esa es famosa?

—Thomas More, justo antes de que el rey Enrique VIII decidiera cortarle la cabeza. «El que calla, otorga.» Se negó a hacer un juramento, pero tampoco dijo nada en contra de él. Confiaba en que su silencio le librara del verdugo. En parte era un tipo noble, y en parte era un gilipollas.

Filipa depositó cuidadosamente el trozo de jengibre, dejó sus palillos a un lado, entrelazó las manos, alzó la cabeza y me miró a los ojos.

—Si tuviera que definir los parámetros de Perfección —dijo, con voz firme y clara—, perdonaría a todos los cobardes.

—Si estás tan convencida de que tu hermano ha alterado tu trabajo... ¿por qué sigues participando en ello? —inquirí.

—Yo me dedico a los tratamientos, no al programa informático.

—¿Para qué sirven los tratamientos?

—Para hacer feliz a la gente.

—¿Cómo?

—Les... ayuda a sentirse felices consigo mismos.

—A mí eso me suena a la definición de una droga.

—Pero no lo es. Es... no es así como quería que funcionara, aún no está del todo bien... pero mi hermano lo financia. Rafe tenía dinero, y nadie más me habría permitido hacer lo que hago, así que le necesitaba. Tuvimos que hacer un trato. Mi hermano siempre está haciendo tratos, y yo siempre he sido una cobarde. Tú también lo piensas, ¿verdad?

—No lo sé.

—Pues yo sí. Desde siempre. Por eso elegí los tratamientos. Rafe ha hecho algo con ellos que me parece... Pero algún día, gracias a la tecnología, como gigantes aupados a hombros de otros gigantes, construiremos algo... bueno. Repartiremos felicidad por todo el mundo. Algún día lo haremos bien.

Feliz: sentirse satisfecho, alegre o contento.

La fortuna te sonríe.

Experimentar placer o alegría.

Felicidad: una mentira, diseñada para asegurarse de que jamás la

alcancemos.

—¿Eres feliz? —le pregunté, pero Filipa no respondió.

Metí un par de billetes debajo de nuestros cuencos, la tomé de la mano y dije:

—Venga, vamos a dar un paseo.

Filipa no respondió, pero tampoco se resistió mientras la sacaba del local.

CAPÍTULO 43

Un paseo nocturno por Tokio. El distrito electrónico, casi más luminoso que por el día, manga y más manga por todas partes. Chicas con ojos inmensos ondeando sus brazos de neón por encima de las puertas, criaturitas diminutas y pálidas con uniformes escolares en las portadas de los cómics de los escaparates, hombres con espadas y el pelo puntiagudo enfrentándose a monstruos inmensos, familias de gatos con los ojos azules, descendientes del gato de Hirosighe y su lazo rojo, que jugaba con un ovillo pintado en colores chillones.

Bares con chicas ataviadas como sirvientas francesas, caricaturas andantes, con mangas negras, abombadas, y pequeños delantales blancos. Teterías donde las dueñas vestían con suaves túnicas de seda y reverenciaban a los visitantes. No eran casas de geishas, como esas que se ven en Kioto; las geishas son otra cosa totalmente distinta. Aquellos locales eran tranquilos, con tatamis en el suelo, donde se servían tazas calientes de té y había un rincón para que los clientes pudieran cargar sus móviles.

Acuarios en los escaparates de los restaurantes, repletos de monstruos vivos y acechantes. Un chef especializado en *fugu* haciendo una demostración de la gama de cuchillos que utilizaba durante la disección de ese pescado tan venenoso. Pero no era la disección en sí lo que requería tres años de adiestramiento, sino las delicadas herramientas para extraer el hígado y los ovarios, para rebanar trocitos de carne, limpiar, rallar, pelar y refrotar.

—Veneno: tetrodotoxina. —Tardé unos segundos en darme cuenta de que era Filipa la que estaba hablando, no yo—. Se localiza principalmente en el hígado, los ovarios y los ojos. Actúa de un modo similar al sarín. No existe antídoto conocido. Paraliza los músculos, el paciente sigue consciente mientras se asfixia. Es mil veces más potente que el cianuro. El tratamiento...

—Soporte respiratorio y circulatorio. Mantener la vida artificialmente hasta que el cuerpo metaboliza el veneno y lo excreta —concluí.

Filipa sonrió, me agarró del brazo y dijo:

—¿Eso lo aprendiste en antropología?

—Existen muchas culturas donde la gente come setas, sapos, peces y hierbas venenosos para alcanzar un estado de sensibilidad extrema. Hace mil años, habrían santificado el LSD.

Filipa sonrió, con un entusiasmo sincero, y mientras seguíamos paseando por las calurosas calles, seguidas siempre de cerca por sus guardaespaldas, dijo:

—«Medita en la belleza de la vida. Mira las estrellas y vete

corriendo con ellas.»

—«Todo lo que escuchamos es una opinión, no un hecho. Todo lo que vemos es una perspectiva, no es la verdad.»

Filipa se echó a reír, con unas carcajadas sorprendentemente infantiles, pero se tapó la boca rápidamente para reprimir ese sonido inesperado. Luego, tras apartar lentamente las manos, añadió:

—Me hicieron leer las *Meditaciones* en el colegio, y no me gustaron nada.

—¿Y ahora te dedicas a citarlas?

—Supongo que se me quedó algo después del examen. ¿Y tú?

—Leí el libro hace unos años.

—¿Antropología?

—Un vuelo largo, más bien.

—Marco Aurelio —musitó—, nacido en abril del 121 d.C., muerto...

—En el año 180 d.C., en Vindobona, la actual Viena, ¿verdad?

—Le sucedió Cómodo...

—...un emperador desastroso...

—Asesinado en el año 192, posiblemente en el baño, aunque las fuentes no son fiables. Derribaron sus estatuas, el senado lo declaró, de forma póstuma, enemigo del Estado...

—Un gladiador, le encantaba luchar.

—El principio del fin, según Gibbon. En el pasaje de ese libro donde la historia se puso interesante —dijo Filipa.

Se detuvo de forma tan repentina que estuve a punto de tropezar, convertida en una especie de ancla que sujetaba mi cuerpo por el brazo, mientras que mis pies intentaban seguir caminando.

—No es... perfecto... amasar conocimientos —tartamudeó, perdido ya el entusiasmo inicial—. Las personas perfectas no son cultas, no son... sabias. Eso es lo que dice mi hermano. El conocimiento es para los engreídos y para la gente que no sale de casa lo suficiente. Tenemos Google, Wikipedia. El conocimiento debería ser sexy. La inteligencia es sexy, el genio sociópata, el tipo más inteligente de la sala, pero se trata de una inteligencia que no hace falta cultivar, que no necesita invertir en conocimiento ni pasar tiempo en el trabajo, solo consiste en... ser brillante. Ser brillante es sexy, el trabajo duro no. Lo sexy vende. Eso es lo que dice siempre Rafe: lo sexy vende.

Ahí estábamos las dos, inmóviles en mitad de la calle, cogidas del brazo. Los hombres se nos quedaban mirando al pasar, girando la cabeza sin detener el cuerpo, rotando el cuello para mirarnos embobados, preguntándose qué estaríamos haciendo allí. Ella estaba llorando en silencio, prendida de mi brazo, sollozando. Dejé que se desahogara durante un rato, la abracé, sentí el roce de sus lágrimas y sus mocos en el hombro, me entraron ganas de llorar a mí también.

¿Por qué será? Cuando oigo llorar a un niño en el tren me pongo triste, si veo llorar a un desconocido se me empañan los ojos. Puede que sea una debilidad, un lugar donde la emoción no se ha acostumbrado a la intensidad de los sentimientos.

—Filipa —susurré, mientras ella se apartaba, restregándose la cara con la manga—. ¿Qué es Perfección?

—Es el fin del mundo —respondió—. Es el final de todas las cosas.

Abrí la boca para hablar, para preguntar, para añadir algo, lo que fuera, pero uno de sus guardaespaldas se acercó con un pañuelo en una mano y un móvil en la otra, y murmuró:

—Señorita Pereyra, ¿se encuentra bien?

Tenía acento americano, no me miró en ningún momento. Filipa ignoró el pañuelo, siguió secándose las lágrimas con la manga, y el tipo volvió a decir:

—¿Está bien, señora?

—Sí —respondió Filipa—. Estoy bien.

—Le esperan en la fiesta.

Me entraron ganas de soltar un bufido, pero era una profesional, era una ladrona, y ese tipo era un enemigo que estaba accediendo a mis dominios.

Filipa asintió, se sorbió la nariz, sonrió al guardaespaldas, se la sorbió de nuevo, después me miró y sonrió.

—Lo siento —murmuró. Y una vez más—: Lo siento. Eres... Si dependiera de mí, yo... pero mi hermano es muy... Espero que te vaya bien con tu tesis.

—Gracias.

Filipa hizo una pausa, asintió con gesto ausente mientras el guardaespaldas esperaba, con el móvil encendido, alguien al otro lado de la línea. Luego volvió a asentir, ladeó ligeramente el cuerpo, finalmente se volvió a girar y se quitó un brazalete de la muñeca. Era de plata, una lámina fina convertida en una cinta de Möbius. Me levantó la mano derecha con su mano izquierda, me introdujo el brazalete por los dedos, sonrió con satisfacción al verlo alojado alrededor de mi muñeca y dijo:

—Gracias por esta velada tan encantadora.

Abrí la boca para decir que no, que no había sido... que no era... pero me lo pensé dos veces, me pregunté qué sería lo más apropiado decir en ese momento, y respondí con un simple «Gracias».

Filipa me miró, yo la miré a ella, después sonrió y se marchó en compañía del guardaespaldas.

CAPÍTULO 44

¿Qué es la perfección? ¿Qué significa ser «perfecto»?

Perfecto: lo mejor posible.

Libre de fallos o defectos.

Búsquedas en Internet, consultas en libros, historia.

Si buscas las palabras «mujer perfecta» te aparecen cuerpos. Diagramas donde se explica que el rostro perfecto pertenece a una actriz de ojos grises; el cabello perfecto corresponde a una princesa; la cintura perfecta tiene la medida justa para sujetar los generosos pechos que penden en equilibrio sobre ella; piernas desproporcionadamente largas, una sonrisa que dice «hazme tuya». Rasgos retocados con Photoshop mezclando rostros de modelos y estrellas del cine, de famosas y reinas del pop. ¿Quién es la mujer perfecta? Según Internet, es una chica blanca y rubia con bulimia. No se especifica nada más.

¿Y el hombre perfecto? Posee un amplio abanico de intereses, es educado y cortés en todo momento, atractivo y generoso en la cama, inteligente, preferiblemente con sentido del humor, con ingresos altos y una casa en propiedad, sin hipoteca.

Una cinta de Möbius. Coge una cinta de papel, tuércela ligeramente y pega los extremos, creando así una superficie que no tiene una orientación determinada. La parte superior siempre es la parte inferior, y viceversa. Fue descubierta en 1858, pero no fue definida plenamente en forma de ecuación hasta 2007. No es fácil modelar algo que se extiende hasta el infinito, un bucle cerrado sin fin.

La plata, que conservaba el calor corporal de Filipa, mantuvo su temperatura alrededor de mi muñeca. Deslicé los dedos por ella hasta el infinito.

¿Qué era Perfección?

Puede que Filipa tuviera razón. Puede que significara el fin del mundo.

Salí en busca del Club 106.

Cuando el mundo se olvida de ti, no hay sistema de vigilancia que se te resista.

Mientras observaba el edificio de Pereyra-Conroy desde un coche alquilado, me puse a imaginarme y a catalogar las vidas de los miembros del Club 106 que se alojaban allí, sin que nadie me lo impidiera.

Es posible que la mujer que se subió a un coche conducido por un

chófer, para asistir a una fiesta, se fijara en la chica que estaba situada al otro lado de la calle. Es posible que se sorprendiera, pero como luego no tardó en olvidarla, la sensación no pasó de la mera extrañeza.

Un guardia de seguridad, que ayudó a Rafe a subirse a su limusina, se fijó en mí mientras cerraba la puerta y le parecí sospechosa, pero no una amenaza, al menos en un primer vistazo. Cuando regresó por la noche, experimentó el mismo proceso mental, y de nuevo fue la primera vez que me vio, así que no encontró ningún motivo de alarma.

Robé carteras, bolsos, y me colé en los apartamentos. Cloné teléfonos móviles, accedí a cuentas de correo, páginas de Facebook, cuentas de Twitter.

Seguí a los hombres al trabajo, a las mujeres a las fiestas, me quedé con sus nombres, con los nombres de sus limpiadoras, de sus sastres, de sus conductores, de sus amigos.

Por las mañanas salía a correr, por las tardes acudía a templos, bares, clubes, conferencias, obras de teatro, y entre medias, estudiaba al Club 106.

Al séptimo día de vigilancia, prevenida gracias a una información extraída de unos móviles robados, seguí a un grupo de cuatro miembros del 106 desde el apartamento a una fiesta en Azabu a la que solo se accedía con invitación.

Se anunciaba como «*Sugar babes* y *Sugar boys* », y el acceso estaba determinado por uno de estos dos factores: tener unos ingresos anuales superiores a 110.000 dólares, con documentos financieros que respalden tal afirmación, o redactar una solicitud personal explicando por qué tienes tantas ganas de tener un *sugar daddy* .

«¡Hola!», escribí. «Me llamo Rachel Donovan, tengo 24 años y soy muy sociable. Me encanta conocer gente, me encanta cuidar de la gente, me encanta escuchar sus historias y sus chistes, me encanta saber cosas sobre sus trabajos y sobre sus aficiones. Si pudiera pasarme la vida conociendo gente y visitando lugares, sería la chica más feliz del mundo.»

A esa presentación le sumé una foto mía en la que salía con un sugerente vestido rojo, sonriendo de oreja a oreja para la cámara.

«Quiero conocer hombres pudientes», expliqué, «porque han visto muchas más cosas que yo.»

Quiero conocer hombres y mujeres pudientes, musité, porque el robo es un arte, y vosotros sois mi lienzo.

«Voy al gimnasio tres veces por semana y soy campeona de los 10.000 metros lisos. Creo que mi mayor cualidad es mi sonrisa; es capaz de hacer feliz a la gente.»

Recibí la invitación al cabo de unas horas. Los registros digitales

se acordaron de mí, y mi nombre estaba apuntado en un tablón de anuncios junto a la puerta.

Los sonidos propios de una fiesta. Los asistentes procedían de muchos países distintos; el inglés era el idioma por defecto. Las camareras iban vestidas de geishas, aunque ninguna geisha llevaría puesta una peluca tan llamativa ni permitiría que hubiera un solo hilo de poliéster en sus centelleantes togas.

—Probé con las citas convencionales, pero mi fortuna se convirtió en un problema. Las mujeres no sabían cómo comportarse conmigo en cuanto se enteraban de lo rico que soy.

—¿La clave de mi éxito? Saber que he triunfado. No necesito nada más.

—Ahora tengo que desplazarme en helicóptero, porque ir por la calle no es seguro para alguien como yo.

—La gente es complicada, el dinero es sencillo.

—Esto no es prostitución. La prostitución es ilegal. Esto es un acuerdo mutuo entre dos individuos con expectativas realistas.

—La gente, y también los gobiernos, tratan de castigarnos por el hecho de ser ricos. Lo que pasa es que nos tienen envidia. ¿Por qué debería ceder una parte del dinero que gano para que alguien pueda vivir a cuenta del Estado? Si no son capaces de buscarse la vida, como hice yo, no es problema mío.

Me desplacé por la estancia, sustrayendo una tarjeta de crédito por aquí, un teléfono móvil por allá. Era la fase de toma de contacto. No hacía falta que dijera gran cosa: hola, adiós, y si necesitaba volver junto a algún objetivo, hola de nuevo, adiós otra vez. Pero quería hablar, necesitaba hablar, las palabras se me agolpaban en la lengua, así que decía: «Jolín, eso es muy interesante, cuánta razón tiene», porque eso es lo que diría Rachel Donovan, y entonces me daba cuenta de que odiaba esas palabras, así que esbozaba una sonrisa distinta y decía: «¿Sabes qué? Vete al carajo, arrogante de mierda, métete tu egoísmo por el culo, eres un mierda si crees que te mereces lo que tienes, si crees que solo porque sabes qué teclas pulsar, solo porque sabes cómo jugar con cantidades abstractas y variantes matemáticas, te mereces ser el puto rey del mundo.»

La gente se quedaba boquiabierta, hacía amago de avisar a alguien del personal, para quejarse, para decir, Mire a esa chica del vestido rojo, pensábamos que a esta clase de gente no la permitían entrar, pensábamos que nos estaban ofreciendo jovencitas discretas a las que solo les interesa nuestro dinero y saben cómo aparentar, ¿qué coño es esto?

Entonces me daba la vuelta y me abría paso entre la muchedumbre, sintiéndome como la reina del universo. Y para cuando

el tipo en cuestión localizaba a un encargado, ya se había olvidado del motivo de su queja.

Solo brevemente, durante apenas un instante, recordaba que era una ladrona y que había perdido toda autoridad moral hacía mucho tiempo.

—Que te jodan —repetía en voz baja—. Que os jodan.

Disciplina, ante todo.

Soy una máquina.

Soy mi sonrisa.

Soy un encanto.

Okashi , deleite, placer, encanto. Una palabra anticuada, muy querida por Sei Shōnagon, que se deleitaba con las pequeñas cosas de la vida. Una ramita de cerezo en flor, sujetada delicadamente por un joven apuesto. La gélida nieve cayendo desde un cielo inmaculado. Todo esto me parece maravilloso, escribió, y me sorprende que a otros no.

Soy *okashi*.

Salí a una terraza que daba a la calle, separada del resto de la fiesta por una puerta de cristal. Había varias personas allí fuera, lejos del murmullo de la música insulsa y del olor a Dior, Hugo Boss, Chanel y Armani. Vi cómo se relacionaban, como si estuvieran intercambiando mercancías, con una copa de champán en la mano y una sonrisa perenne. Conté zapatos de charol y relojes de oro, trajes a medida y calcetines de cachemir, y durante un instante casi me sentí avergonzada.

—Estoy buscando a alguien que me haga compañía —dijo un hombre que se presentó como Geoff. Geoff a secas. Canoso, con acento americano—. Tengo que viajar mucho por trabajo, y a veces, cuando vuelvo a casa, lo único que me apetece es pasar unos días con alguien que me haga sentir a gusto. Iríamos al cine, puede que también al teatro, saldríamos a cenar juntos, y sí, me gustaría que la relación tuviera un cariz sexual, pero no exijo exclusividad; ella podría vivir su vida, hacer sus cosas, y yo le ingresaría el dinero en su cuenta por adelantado.

—Es un buen trato —me susurró una chica al oído cuando Geoff se marchó, desconcertado por mi educado rechazo—. Es mejor de lo que quieren la mayoría de los hombres.

Recordé un sistema parecido, una idea antigua. *Danna* . Un patrono para una geisha en el Japón medieval. A veces, la relación tenía tintes sexuales, a veces artísticos; otras veces era un acuerdo tácito e indefinido entre la geisha y el patrono, y se consideraba una ordinariez llegar a expresarlo. Qué poquito ha cambiado el mundo.

—¿Tienes Perfección? —le preguntó una chica a otra, de espaldas, como si estuvieran admirando las vistas, pero lanzando miraditas

constantes hacia el salón. Solo presté atención a medias a su conversación, cerrando los ojos, sintiendo el roce frío del viento sobre la piel.

—Sí, es una maravilla. ¿Cuántos...?

—¡Doscientos treinta y tres mil!

—Se te ve genial.

—Sí, sí, me siento de maravilla, me ha cambiado la vida. ¿Sabes que fue así como accedí a esta fiesta?

—¿En serio?

—Alcancé los doscientos treinta mil puntos, y listo, de repente recibí la invitación en la bandeja de entrada. Un regalo de Perfección: encuentra al hombre perfecto para la mujer perfecta. Es genial, mira este lugar, es una maravilla, y los hombres son tan...

—Lo sé.

—¿Has visto a ese? Me lo tiraría solo por gusto, con ese cuerpazo que tiene, pero es que además me parece que es dueño de una de las principales fábricas de llantas de Asia.

—Jolín, mira que está buenorro...

—¡Y tanto!

—¿Crees que también tendrá Perfección?

Cerré los ojos con fuerza, suspiré, conté hasta diez, busqué a los tres hombres que se suponía que debía estar siguiendo.

Okashi , *okashi* , soy *okashi* .

—Estoy buscando a la mujer perfecta —explicó un tipo brasileño con un reloj de oro tan grande como mi puño: grabado, hecho a medida. Habría sido un coñazo colocarlo, si me hubiera tomado la molestia de robarlo—. Necesito que tenga como mínimo ochocientos mil puntos en Perfección y que esté dispuesta a esforzarse para llegar al millón.

—Vaya, lo tienes muy claro.

Se quedó mirándome como si fuera tonta.

—Un hombre no es perfecto hasta que tiene una esposa —me explicó—. El matrimonio es la unión de dos corazones, dos cuerpos, dos almas. Quienquiera que sea esa mujer, también tiene que ser perfecta.

—¿Y cómo mides ese grado de perfección? —le pregunté—. ¿Lo determina tu aplicación?

—Por supuesto que sí —respondió—. Así es como lo sabré.

Le robé el reloj.

Algo parecido al rencor se había adueñado de mi alma.

Al noveno día, seguí a la señora Goto.

Apartamento 718, cuarenta y tres años, divorciada desde hacía dos, actualmente prometida con el señor Moti, del apartamento 261. El hombre perfecto para la mujer perfecta. Estaba empezando a odiar

esas palabras.

Su chófer la llevó hasta el Santuario Meiji, pero ella no mostró ningún interés en esa extensión sagrada de terreno, con sus puentes arqueados y sus árboles colgantes, diseñado de tal manera que a cada paso que dabas cambiaba tu visión del conjunto. Lo que hizo fue llamar a una puerta blanca y vulgar en un edificio blanco y vulgar, que se cerró tras ella con un chiflido.

Las puertas vulgares que están reforzadas siempre despiertan la curiosidad de un ladrón. A las siete en punto, le robé el pase de seguridad a un guardia que había terminado su turno, y a las dos de la madrugada me colé trepando por el conducto de la basura desde el aparcamiento que había en la parte posterior, con la tarjeta del guardia en el bolsillo y un juego de ganzúas en el bolso, compradas por Internet.

Una clínica privada. Era fácil distinguirla: las clínicas públicas no tienen tantas plantas ni máquinas de café. Los sofás no son de piel, las alfombras no son tan gruesas ni están tan limpias, los departamentos no están señalizados con pequeñas placas de latón, nadie se alegra de verte.

Supuse que sería una clínica de cirugía plástica. «Ahora estoy mucho más contento con mi cuerpo», me confesó un tipo que tenía 430.500 puntos, con el que me tomé un *sake* . «Ni siquiera haciendo ejercicio y comiendo bien conseguí parecerme a los hombres de las películas, hasta que tuve Perfección.»

Llegué a la conclusión de que no se consiguen $1x10^6$ puntos en Perfección sin alguna intervención quirúrgica de por medio. Incluso la gente más guapa, la que hacía gala de una pasmosa belleza natural, se había arreglado, corregido o alisado algo. La perfección parecía una cualidad inhumana.

Aun así, mientras recorría los pasillos de la clínica, junto a puertas etiquetadas con nombres de médicos y profesores, departamentos e instalaciones, no vi ningún quirófano ni sala de recuperación. Me desplacé a la velocidad propia de alguien que no quiere llamar la atención, y confié en que mi condición me protegiera de preguntas inoportunas, en caso de que me topara con algún miembro del servicio de limpieza o de seguridad.

Orientación, preparación, terapia de desintoxicación, terapia física, terapia dietética... Las puertas se iban sucediendo una tras otra, y yo no entendía qué pintaban allí, ni qué importancia tenían. Me detuve ante una puerta etiquetada como «espectro-craneotomía» y me metí dentro, gracias a mi pase de seguridad robado.

Una habitación blanca, tanto los suelos como las paredes. Un inmenso sofá rojo en el medio, una columna de acero inoxidable sosteniendo un conjunto de piezas ajustables. Luces, cables, máquinas

inactivas, acrónimos y caracteres en hiragana y katakana. Un gorro de electrodos a una maquinaria central. Unas lentes enlazadas a una maraña de cables. Un servidor oculto detrás de un armario en la pared, de primera calidad, ya solo el hardware básico costaría noventa mil dólares. Al pulsar un interruptor, las lentes emitieron una luz, proyectando una serie de imágenes que avanzaba demasiado deprisa como para poder verlas con claridad.

Una caja de cartón repleta de folletos me resultó más reveladora que mis escasos conocimientos de neurociencia. Esto es lo que ponía, en inglés y en japonés:

«Realizados en exclusiva para el 106, los tratamientos que proporciona nuestra clínica le ayudarán a encontrar la perfección que lleva dentro. Confianza, autoestima, optimismo, ambición y dedicación. Si ha podido llegar tan lejos es porque tiene todo eso dentro, y gracias a nuestro revolucionario servicio, podemos ayudarle a encontrar la fortaleza necesaria para convertirse en la persona que desea ser.»

Fotos.

Mujeres perfectas sentadas en la silla, con un gorro de electrodos en la cabeza. Con los auriculares puestos, reproduciendo un sonido que no pude oír. Pinzas en la nariz, un sensor pegado a la lengua, o quizá no fuera un sensor, puede que fuera otra cosa, un objeto capaz de generar sensaciones, sentimientos. Pinzas en los dedos, una aguja en el brazo, fármacos y electricidad.

Hombres perfectos con camisas blancas y perfectas, sonriendo orgullosos con el sol de fondo.

Familias perfectas jugando con sus hijos perfectos en playas perfectas situadas junto a mares de color zafiro.

Testimonios de clientes.

«Antes tenía que fingir que era alguien que no era, y cada vez que la vida me sonreía, pensaba que no me lo había ganado. Los tratamientos me ayudaron a ver el mundo de otra manera. Valgo mucho más de lo que me podía imaginar.»

Por debajo, una foto de una mujer con un traje de seda, cruzada de brazos, erguida, con la cabeza alta.

«¿Cuánto vale mi vida?», preguntaba el titular, mientras la ciudad se extendía por detrás de ella, al otro lado de unos inmensos ventanales. «Ahora mi vida es perfecta, y hago del mundo un lugar mejor por el mero hecho de existir.»

Se abrió la puerta de la habitación, era una limpiadora vestida toda de azul.

Un gesto de sorpresa en su rostro, después un recelo inmediato. Si el mundo se acordara de mí, aquello habría sido un tropiezo, un

fracaso, pues ahí estaba yo, sorprendida con las manos en la masa, en ese momento de incertidumbre en el que pongo cara de culpable, antes de volver a recuperar mi sonrisa. En un país tan poco variado a nivel étnico como Japón, dar mi descripción a la policía no debería ser difícil, pero yo soy la nada, soy ese ligero sobresalto en el pecho que más tarde calmarás a base de hipidos, soy ese miedo que se desvanece tan pronto como ha surgido, soy

(¿algo sin valor?)

algo que la limpiadora ya había empezado a olvidar, en cuanto pasé junto a ella y eché a correr hacia la puerta.

CAPÍTULO 45

Una sospecha creciente, decidí actuar en base a ella.

Tras robar la identidad de una reportera del *San Francisco Chronicle* que se parecía un poquito a mí, conseguí concertar una reunión con un subsecretario del Ministerio de Vivienda. Me hizo una reverencia cuando entré, yo le reverencié todavía más, e intercambiamos nuestras tarjetas de visita, sujetándolas con las dos manos. Además de su tarjeta normal, el subsecretario sacó otra docena de tarjetas increíblemente finas, todas ellas fabricadas con platino prensado, donde aparecía su nombre grabado en oro.

—Las dono a los templos —me explicó, mientras hacía girar una entre mis dedos, notando el tacto afilado de los cantos. Mi rostro debió de traslucir algún deje de mi condición de ladrona, ya que el tipo la apartó rápidamente y volvió a guardar sus valiosas tarjetas en su sitio—. Es tanto una donación económica, como una manera de asegurar que se acuerden de mi nombre.

Fijé mi sonrisa en posición de ataque y observé al subsecretario de arriba abajo, sumando el valor de su traje, sus zapatos de piel hechos a medida y su reloj, que era precioso; la esfera cambiaba suavemente siguiendo los movimientos de la mano, haciendo que la luna le comiera terreno al sol. En el siglo XVI, los relojes se adornaban con símbolos fúnebres: la Muerte golpeando la campana, emergiendo de su cueva; la Muerte aguardando al final de cada hora. Cómo había cambiado la concepción del tiempo.

Mi mente comenzó a divagar otra vez. Había otro ser humano en la habitación, tenía compañía, alguien que podía verme. No debía olvidarlo.

Preguntas: primeros las facilitas, preparadas cuidadosamente. ¿Cuánto tiempo lleva en este trabajo? ¿Qué nuevos desafíos plantea la vivienda? Cambios demográficos. ¿Sobrepoblación en las zonas urbanas? ¿Pérdida de comunidades rurales? Planificación. Viviendas protegidas. Desajustes en el mercado. Los apartamentos 106.

—Ah, sí, tienen un diseño precioso, ¿verdad?

Por supuesto, y me preguntaba si él había estado implicado personalmente en el proyecto.

—Personalmente, no, aunque sí ayudé a conseguir los permisos.

Pero ¿acaso no había antes un edificio allí?

—Era un edificio peligroso, viejísimo. Sus inquilinos vivían en condiciones insalubres. Era un horror, un horror.

Familias con pocos ingresos que fueron desalojadas de sus hogares, apartadas de la ciudad y...

—¡Esa es la peor manera de describirlo! —me interrumpió,

airado, tornándose hostil de repente.

Es curioso lo rápido que se puede producir ese cambio. En una sociedad donde imperan los buenos modales, la ruptura de esas formalidades revela rápidamente un afán, no solo por guardar las apariencias, sino por conservarlas a base de pisotear al adversario.

No me convenía hacerlo enfadar, así que me encogí en mi asiento, sonreí con humildad, aleteé mis pestañas, le hice un puñado de preguntas inofensivas —nuevas iniciativas, lecciones aprendidas, sabiduría adquirida—, y solo al final, cuando me levantaba para marcharme, mientras guardaba en el bolso las insípidas notas que había tomado, le pregunté, en voz baja, susurrando:

—¿Usted tiene Perfección?

El subsecretario levantó la mirada de la mesa para escrutar mi rostro.

—Setecientos noventa y cuatro mil quinientos puntos —murmuré, con mucha suavidad.

—Novecientos ochenta y un mil cuatrocientos —dijo él, sosteniéndome la mirada—. Me ha cambiado la vida. Pensaba que era una estupidez, pero ahora sé que puedo hacer lo que quiera.

—Yo me siento igual.

—Ahora soy una persona mejor.

—Yo también.

Se inclinó hacia delante, y yo hice lo propio, hasta quedar tan cerca que pude sentir su aliento en el cuello. A él le gustó, su piel comenzó a desprender calor, permaneció quieto, sin apartarse, sin parpadear.

—Conseguí doscientos cincuenta mil puntos el día que aprobaron el proyecto del 106. «Ha tomado la decisión correcta», decía. «Está construyendo la vida perfecta.» Es el hogar perfecto.

Sonreí y asentí, pero no dije nada más.

Él me sonrió a su vez, como si fuera un viejo amigo que se alegra al descubrir que el tiempo no ha mermado nuestro vínculo, mientras me marchaba.

CAPÍTULO 46

Otro día, otra fiesta. Una reunión del 106, para la élite, para la gente perfecta. Robé la placa de uno de los miembros del catering, me puse unos zapatos negros, una falda y una camisa del mismo color, y unos guantes blancos, y entré en la sala con una bandeja de *sashimi* acompañado de té verde, justo cuando la fiesta empezaba a animarse.

Toda esa gente perfecta charlaba amigablemente, se reía a carcajadas, hablaba con confianza.

Varias manos cogieron las viandas de la bandeja, preparadas por un chef que había sido invitado especialmente para la ocasión. Cada bocado iba señalizado con un número de calorías y un aporte vitamínico.

«¡Perfección sabe lo que estás comiendo!», decía una tarjeta que había sobre la bandeja.

Dejé que esas manos se llevaran la comida, después fui al baño, me encerré en un cubículo y me cambié. El vestido era de... alguien... qué más da. Los zapatos eran de... algún otro. Había sustraído seis tarjetas de crédito, había sacado todo el efectivo posible antes de que cancelasen las cuentas, y aun así me había gastado casi todo el dinero en el modelito.

Perfección no estaba pensada para los pobres.

Volví a entrar en la fiesta, convertida en una mujer hermosa que siempre había estado allí. Bebí champán, comí *sashimi* , asentí al escuchar anécdotas sobre moda, cine, tecnología, poder, y de esa manera me fui abriendo camino hacia mi objetivo.

Allí estaba Filipa, en el mismo lugar de siempre, detrás de su hermano. Un brazalete de plata, un desafío matemático con forma metálica, alojado alrededor de mi muñeca. No me lo había quitado desde que me lo dio. La miré y comprendí que, al igual que yo, Filipa era imperfecta. La única mujer imperfecta en la sala, aunque se esforzaba mucho por encajar. No tenía una sonrisa resplandeciente, ni un ingenio deslumbrante. No llevaba las uñas pintadas a la perfección, y su vestido —¡qué ultraje!— era el mismo que había lucido la vez anterior, y ni siquiera era de temporada. Y había algo más en ella, algo que ya había percibido antes.

Tristeza. En sus ojos y en sus labios, cerrados con fuerza, mientras observaba lo que sucedía a su alrededor.

No se puede estar triste y ser perfecto.

Me coloqué en posición a su lado, observando en silencio el ir y venir de esa gente perfecta, con sus vidas perfectas, antes de hablar.

—El pensamiento es fruto de la retroalimentación —dije, y Filipa me miró de reojo, aunque no giró la cabeza—. La ansiedad social

provoca una alarma fisiológica. Lo físico refuerza lo social. Con unas pocas repeticiones, se nos puede acabar convenciendo de falacias. Que nos da miedo la gente. Que no valemos nada. Usted y yo podríamos ser perfectas, bastaría con domar la parte más débil de nuestro ser, de nuestra mente. ¿No está de acuerdo, doctora Pereyra-Conroy?

Fijó sus ojos sobre mí, y me pareció detectar en ellos el atisbo de unas lágrimas.

—Sí —dijo al fin—. Estoy de acuerdo.

—Usted no tiene Perfección —añadí.

Filipa respondió sin titubear, sin quitarme los ojos de encima, escrutando mi rostro:

—No.

—En el Club 106 se puede recibir tratamientos. ¿Para qué sirven?

—Para hacerte feliz.

—¿Perfecto?

—Mejor.

—Defina mejor.

Frunció los labios con fuerza y miró de reojo a su hermano, que estaba distraído, charlando.

—¿Más listo? ¿Más astuto? ¿Más sabio? —aventuré—. Seguro. Ambicioso. Sexy. Sensual. Tal y como son en Hollywood.

Volvió a fijar su mirada sobre mi rostro, con la cabeza ligeramente ladeada.

—Yo diseño la tecnología —susurró—. Mi hermano se ocupa de los parámetros a los que hay que aspirar.

Entonces me quedé mirándolo a él, a Rafe Pereyra-Conroy, con su espalda erguida y su sonrisa radiante, estrechándole la mano a un desconocido. Suave como la seda, duro como el mármol, brillante como la luna en un cielo sin estrellas.

—¿Cómo funciona? —pregunté.

Filipa habló deprisa, sin mudar de expresión, pensando en unas ideas que solo ella alcanzaba a ver.

—Refuerzo acelerado. La neuroplasticidad está de tu parte. Se ensalzan los valores positivos. Se refuerzan los comportamientos positivos. Se libera dopamina al imitar actos positivos. La estimulación eléctrica activa los bulbos sinápticos. Apoyos visuales y auditivos. Durante las pruebas preliminares, insertamos electrodos en el núcleo del cerebro. El pensamiento es fruto de la retroalimentación, la ansiedad social desencadena una respuesta fisiológica: miedo, terror, glándulas sudoríparas, capilares dilatados, presión arterial, respiración...

Le apoyé una mano en el brazo para acallarla. Filipa levantó la cabeza, giró el cuerpo, tenía el aliento entrecortado Dejó de hablar, se obligó a serenarse, dejó escapar un suspiro acompañado de un

estremecimiento y achicó los ojos. Después añadió, más despacio:

—Un nuevo refuerzo. Ideas de éxito reforzadas por una reiteración persistente. Tendré éxito. Tengo éxito. Puedo alcanzar el éxito. Soy feliz. Soy feliz. Soy feliz. Enchufamos unos electrodos al cerebro y repetimos esa idea hasta que se convierte en realidad.

Nos quedamos un rato en silencio, sin que yo le soltara el brazo en ningún momento. Filipa se tambaleó ligeramente. Al principio pensé que se iba a desplomar, tras haberse desahogado. Finalmente, suspiró de nuevo y dijo:

—Diseñé unos tratamientos para hacer mejor a la gente. Pensé que podría utilizarlos para volverme más valiente. Pero la gente no quiere ser valiente, según Rafe. La gente quiere ser perfecta. Y eso es para lo que sirven ahora los tratamientos. Anulan tu alma y te convierten en alguien nuevo.

Filipa cerró los ojos, soltó un último suspiro, los volvió abrir y fue como si me viera por primera vez.

—Habrá sido duro —dije al fin—, ver cómo tu idea se convertía en una monstruosidad.

—Sí —respondió Filipa, que seguía sin girar la cabeza para mirarme directamente—, así es.

Permanecimos juntas un rato, en silencio, ignoradas, indignas de la atención de los presentes. Entonces sentí el roce de su mano en el brazo, agarrándome con una fuerza excesiva, como si quisiera atravesarme los huesos con los dedos. Se había fijado en el brazalete que llevaba en la muñeca y me susurró al oído, para que solo yo pudiera oírlo:

—¿Eres tú? ¿Eres la persona a la que olvidamos?

Aparté el brazo con brusquedad, me tambaleé un poco y me quedé mirándola a los ojos. No percibí hostilidad, simplemente curiosidad, embeleso, fascinación.

—Matisse me mostró la grabación de mi encuentro contigo, en Dubái, y luego aquí, comiendo tallarines. Yo pensaba que había cenado sola esa noche, pero ahí estabas tú, hablando conmigo durante horas. Pensé que me acordaría de ti, después de que me enseñaran tu foto, pero no fue así. Observé tu foto y te vi la cara, pero cuando cerré los ojos dejé de verla. Rafe dijo que estaba loca, pero los guardaespaldas tampoco se acordaban de ti, y Matisse lo demostró, demostró que era verdad. ¿Eres tú?

Me quedé sin palabras, me quedé sin aliento, soy mi aliento, soy mi aliento, soy mi aliento

que se había acelerado.

Fascinada —y puede que algo más—, Filipa examinó mis facciones, recorrió mi cuerpo con la mirada en busca de algún indicio, grabado en mi piel, acerca de mi naturaleza, de mi funcionamiento.

—Me dijeron que posiblemente volverías. Eso que haces, ¿es algo químico, eléctrico?

Me alejé, me di la vuelta, me puse a buscar la salida, presa del pánico

puro pánico

no podía controlar mi respiración

no podía controlar mis piernas

mis piernas no me pertenecían

mis ojos no me pertenecían

mi mundo, mientras me abría paso hacia la puerta, esquivando, dando empujones

no era mi mundo

no podía sonreír

no podía ser una ladrona

profesional

estaba

fuera de control

buscando la salida a trompicones

y solo porque el miedo es una reacción física

porque la adrenalina acentúa los sentidos

pude ver a Gauguin antes de que fuera demasiado tarde.

Estaba allí, con un elegante traje negro y un pinganillo en la oreja derecha, con las manos entrelazadas por delante del cuerpo, observando a la muchedumbre. No parecía llevar encima una foto mía, pero... Tenía un móvil, lo revisaba cada dos por tres, y no precisamente para leer mensajes de texto.

Gauguin me había seguido hasta Japón.

Perdí el control sobre mi propio cuerpo.

Perdí el control sobre mi mente.

Giré sin rumbo, en busca de otra salida, y un tipo me dijo:

—Perdona, ¿te encuentras bien?

Un tipo...

...perfecto.

Joder, pues claro que era perfecto.

Dientes perfectos, piel perfecta, pelo perfecto, traje perfecto, sonrisa perfecta, pose perfecta, todo perfecto, y a mí se me había corrido el maquillaje. Y había algo más, una de esas sensaciones que desaparecen tan pronto como se producen.

—¿Quieres que llame a alguien? —me ofreció, con acento americano, vestido de negro, con una toga cruzada de derecha a izquierda. El kimono se cruza del otro lado para los muertos. Un tipo blanco que se las había arreglado para lucir bien el atuendo tradicional japonés.

—¿Quieres que te preste mi pañuelo? El rímel se te ha quedado

un poco...

Perfecto: ser superficial en el fondo de tu alma.

Cabello rubio y radiante, piel perfecta y lisa, sin una sola arruga. Sentí cómo mi mano se movía para abofetearle y apartarlo hacia un lado, lo bastante fuerte como para llamar su atención, con el cuerpo contorsionado como una marioneta rota. Me clavé las uñas en la palma de la mano, desgarrándome la piel, y me sentí mejor, más centrada.

Gauguin seguía escrutando la sala. Decidí no echar a correr, no mientras tuviera mi foto en la mano, en forma de rectángulo luminoso que emergía de su teléfono. Cualquier mujer que echara a correr llamaría su atención.

—Gracias —dijo una voz encantadora, educada, típica de señoritinga británica, y que por alguna razón resultó ser mía—. Eres muy amable.

Sirviéndome de su pañuelo, me limpié con mucho cuidado el rímel de los ojos, un gesto que denotaba con su delicadeza que no, claro que no estaba llorando, lo que pasa es que se me había metido algo en el ojo.

Me hinqué las uñas aún más en la palma de la mano izquierda.

Soy mi dolor.

—¿Alguien ha dicho...?

¿Era el inicio de un arranque de caballerosidad, tal vez? ¿Alguien había vulnerado mi honor, estaba a punto de librarse una batalla? Perfección masculina: estar en total consonancia con aquello que la sociedad considera propio de la masculinidad.

Palabras asociadas con la masculinidad: lógica, confianza, autoridad, disciplina, independencia, responsabilidad.

El tipo me estaba mirando, con la cabeza ligeramente ladeada, viendo cómo me contoneaba ante sus ojos, con una media sonrisa, y de nuevo tuve que contener la tentación de arrearle una bofetada. En vez de eso, le dije:

—¿Sabes lo que es una cinta de Möbius?

Palabras, cháchara sin sentido, y Gauguin que seguía junto a la puerta.

—Sí —respondió él, y me quedé tan sorprendida que, por un instante, volví a centrar mi atención sobre en su rostro—. Sí que lo sé. Qué pregunta tan curiosa.

Sentí una oleada de irritación. Estaba predispuesta a odiar a ese tipo, y su expresión irónica no estaba consiguiendo disminuir ese impulso.

—¿Puedes expresar sus cualidades con una fórmula matemática? —le espeté.

Palabras asociadas con la feminidad: sensual, recatada, maternal,

compasiva, emotiva.

—¿...golf?

El tipo había estado diciendo alguna banalidad, puede que enumerando una lista de cosas más interesantes que las matemáticas. Pesca, sake, sumo... golf.

Cogí un canapé de una bandeja que pasó junto a mí y aproveché el movimiento para girar el cuerpo, posicionándome de tal manera que Gauguin solo pudiera verme la nuca, convencida de que no podría identificarme solo con eso.

—Golf, qué interesante —dije, mientras giraba la maltrecha hortaliza entre mis dedos, antes de darle un bocado.

El tipo torció el gesto al verlo, y tardé un rato en llegar a la conclusión de que había sido la falta de delicadeza que implicaba ver a una mujer comiendo con gusto, masticando con brío, meneando los labios a conciencia y con un trozo a medio comer entre sus dedos grasientos, lo que le había producido tanta aversión. Me relamí, respondí a su gesto con una sonrisa radiante y, muy despacio, deliberadamente, me limpié los dedos en la manga. El tipo se quedó boquiabierto, y yo le agarré del brazo y le pregunté, mirándole fijamente a sus ojos grises:

—¿Has jugado alguna vez en el Cypress Point?

El tipo vaciló un instante, sumido en un amasijo de pensamientos. El secreto de una buena estafa radica en ofrecerle al objetivo lo que más desea. Y todo amante del golf desea poder jugar en Cypress Point.

—No —respondió—. Pero sé que hay gente por aquí que pertenece a ese club.

—Yo entré a los novecientos cincuenta mil puntos —repuse, deslizando los dedos sobre su antebrazo—. No sabes lo que es la perfección hasta que has visto Cypress Point.

—¡¿Cómo?! —La envidia hizo que volviera a centrar toda su atención sobre mí—. ¡Llevo años intentando entrar!

—Formé parte del juego. —Me encogí de hombros—. Alcancé la perfección.

—Yo también —repuso—, pero mi vida no estará completa hasta que haya jugado en ese circuito.

—Lo lograrás. Puede hacer todo lo que te propongas.

Mis dedos permanecieron inmóviles sobre su brazo, manteniendo el contacto. Gauguin seguía por detrás de mí, pero ya me sentía más segura, sabía lo que estaba haciendo, había recuperado el control, podía controlar mi entorno, a ese tipo, a mí misma. Ten cuidado, mundo, voy a por ti.

Perfecto: ser inhumano dentro de tu perfección.

—Me llamo Parker —me dijo el tipo, y, por un instante, volví a perder el aliento.

Para recuperarlo tuve que inspirar hondo y contar hasta diez.

—¿Me has oído? —me preguntó, al ver que no respondía.

—En una ocasión conocí a un Parker —respondí—, en Nueva York.

—¡Imposible! —exclamó, riendo—. Yo soy el único e inimitable Parker de Nueva York.

—Sin contar a Spiderman. —No recordaba haber oído esas palabras, pero sí haberlas leído—. Aunque creo que, si nos hubiéramos visto antes, me acordaría de ti.

Me pareció detectar un atisbo de duda en su mirada, pero su sonrisa no flaqueó.

—Seguro que yo también me acordaría.

—¿A qué te dedicas, Parker?

Volví a hacerle girar, utilizándolo como escudo frente a Gauguin, manipulando su cuerpo, con calma.

—A los casinos. Tuve un montón de suerte en las mesas de juego hace unos años y ahora soy el dueño de esas mismas mesas en las que solía ganar.

—¿Y cuánto tiempo hace que tienes Perfección?

—Tres años.

—¿Qué te parecieron los tratamientos?

—Puedo afirmar con toda sinceridad que me cambiaron la vida.

—¿En qué sentido?

—Me convirtieron en lo que soy ahora.

—¿Y qué eres ahora?

—Alguien que vale la pena recordar.

Mis dedos siguieron aferrados a su brazo, mientras que Parker quería incrementar la cercanía física. No era yo el objeto de su deseo, concluí, más bien se sentía excitado por su propia presencia. Seducirme era una manera de demostrar lo brillante que era. Es fácil manipular a alguien tan engreído. Su cuerpo, cada vez más cerca, su cadera rozando contra la mía.

Le dejé hacer. Yo era mi sonrisa, era mi piel, era una mujer tan excitada por su presencia como él.

Gauguin estaba junto a la puerta, observando. Seguí dándole la espalda.

—¿Y qué estás haciendo aquí, único e inimitable Parker de Nueva York?

¿Quién era esa persona que estaba hablando?

Una risita musical, un esbozo de sonrisa, un ligero balanceo, caricias en el brazo por debajo de la manga. ¿Quién era esa mujer que tenía mi rostro?

Era la criatura que yo misma había creado, la identidad por defecto a la que me retraía cuando me sentía amenazada. Era

quienquiera que hiciera falta para cumplir la misión.

—Se me presentó una oportunidad. Hay un club en Macao que quería ampliar su negocio. Todo el mundo sabe que se puede hacer negocios con el 106, con la gente como nosotros.

Oteé su rostro en busca de un atisbo de algo, lo que fuera, que pudiera describirse como duda o sentido del humor, pero no encontré nada. La gente iba de un lado para otro y nosotros nos desplazamos con ellos, y entonces apareció de nuevo Filipa, con la mirada perdida. Yo ya había desaparecido de su memoria, pero ahí estaba ese hombre, ese desconocido con un nombre que me resultaba familiar, observándome, disfrutando con lo que veía, y yo sentí...

Le estreché el brazo con más fuerza.

Levanté la otra mano y le rocé la barbilla, le hice girar la cabeza a un lado y a otro, palpando la piel de su rostro. ¿Qué recordaba de Parker, ese hombre al que había conocido en Nueva York? No era más que una serie de características que yo había dejado por escrito, palabras carentes de significado. Pelo castaño claro (podía teñirse), ojos grises (aquel tipo los tenía), un lunar en la barbilla (faltaba, así que no era mi Parker, claramente no).

Deslicé los dedos sobre su barbilla y percibí un ligerísimo cambio de textura, un lugar donde un cirujano extremadamente habilidoso había extirpado con mucho cuidado la ofensiva protuberancia. Fascinada, palpé ese punto invisible a la vista, pero perceptible al tacto, una ligera alteración en el tejido cicatricial. Parker me agarró de la muñeca, me apartó la mano sin perder la sonrisa en ningún momento (la gente perfecta sonríe siempre), y me miró con curiosidad.

—Tu cirujano es un genio —le dije—. ¿Te has retocado algo más?

—Alguna cosilla. La nariz, algunas líneas de expresión en la frente, algún arreglito que otro, ya sabes cómo es eso. Pensé, ¿por qué no? ¿Por qué no ser mejor? Ahora la gente puede ver a la persona que soy realmente —musitó—. Y me tienen envidia.

—¿Y eso es bueno?

—Sí... por supuesto. Somos un ejemplo para los demás.

—¿Y ahora se acuerdan de ti? —le pregunté, y ahí estaba otra vez, ese atisbo de duda en la mirada—. ¿Recuerdan quién eres?

—Todo el mundo se acuerda de mí —respondió en voz baja—. Soy el único e inimitable Parker de Nueva York.

—¿Y antes de los tratamientos? ¿Antes de Perfección? ¿Quién eras entonces?

Una respuesta simplista se apresuró hacia sus labios. Era Perfección a punto de hablar, a punto de repeler todo aquello que pudiera resultar intimidante, que pudiera amenazar la máscara que llevaba puesta, pero no.

Quizá no.

Quizá quedara un diminuto atisbo de esperanza, pues en ese momento, Parker de Nueva York se quedó callado, reprimió su respuesta simplista y embaucadora, me miró a los ojos mientras me sujetaba la muñeca con firmeza y dijo:

—¿Quién eres?

Era él.

Claro que era él.

Claro que sí.

Aparté la mano, me di la vuelta y me mezclé con la multitud, abriéndome paso a toda prisa. Gauguin alzó la mirada hacia mí, pero no pasaba nada, daba igual, que mirase cuanto quisiera, solo tenía que salir de su campo visual durante un instante par que me volviera a olvidar. La gente siguió yendo y viniendo, Filipa se mantuvo por detrás de su hermano, Gauguin junto a la puerta, Parker en mitad de la habitación

con su pose de hombre perfecto.

Perfecto: ajeno a cualquier sentimiento significativo.

No intentó seguirme.

Y, en cuestión de treinta segundos, ya me había olvidado.

Seguí dando vueltas y más vueltas por la sala. No había cámaras de vigilancia en ella, lo cual era un error. Algún guardia de seguridad podría haberme visto. Ya me ha pasado otras veces, cuando atracaba casinos; los ordenadores siempre me detectan antes que los humanos. Pero los miembros del 106 eran gente demasiado exclusiva como para ser vigilada, así que seguí yendo y viniendo, y al final acabé lanzándole una sonrisa radiante a Gauguin cuando pasé a su lado. Vi cómo apretaba con fuerza el móvil que llevaba en el bolsillo, mientras me marchaba.

No quería que cotejara mis rasgos, así que doblé la esquina al final del pasillo, me quité los zapatos y eché a correr.

CAPÍTULO 47

Un fracaso absoluto.

Un colapso nervioso.

Una mujer sentada en la habitación de un hotel, abrazada a la almohada, llorando a moco tendido como una jodida niña pequeña.

¡Ponte las putas pilas, Hope Arden!

Así no está bien.

Hope Arden —la mujer que era Hope Arden, antes de que Hope Arden fuera poco más que un puntito luminoso en un registro digital, una huella de carbono— está sentada en una habitación gris, dentro de un hotel gris, bajo un cielo gris, y llora.

Quiero que Luca Evard esté aquí para abrazarme, quiero que Gauguin se me quede mirando con gesto de sorpresa, quiero que Filipa Pereyra me mire con asombro, quiero a mi madre, que atravesó el desierto, y a mi padre, que me dijo que nunca cayera en el crimen. Quiero al Parker de Nueva York, a ese del que no logro acordarme; quiero a Byron14, quiero a Reina bint Badr al Mustakfi, quiero que

alguien

diga mi nombre.

Gauguin ni siquiera se acordó de mí el tiempo suficiente como para perseguirme después de que saliera huyendo de la fiesta.

Filipa no recuerda haber comido tallarines conmigo.

Estoy muerta en todos los sentidos, salvo por mis actos.

Mis actos no tienen valor.

uno dos tres cuatro cinco seis siete ocho nueve diez once doce trece catorce quince dieciséis diecisiete dieciocho diecinueve veinte 一二三四五六七八九九十一十二三十四十五十一十七十八十二十九二十 *eins zwei drei vier fünf sechs sieben acht neun neun elf zwölf drei vierzehn fünfzehn sechzehn siebzehn achtzehn neunzehn zwanzig* veintiuno veintidós veintitrés veinticuatro veinticinco veintiséis veintisiete veintiocho veintinueve...

Soy el número mil cuatrocientos diecisiete.

Es entonces cuando dejo de llorar.

Me levanto.

Me lavo la cara con agua fría.

Me lavo las manos, dos pulsaciones en el dispensador de jabón situado encima del lavabo.

Me peino.

Me enderezo.

Al llegar a mil cuatrocientos diecisiete, vuelvo a ser disciplinada.

CAPÍTULO 48

No me costó localizar a Parker: hotel exclusivo, coche exclusivo... todo exclusivo.

Exclusivo: de excluir. Limitar la posesión o el control a un grupo reducido.

Le seguí, le vi reír, sonreír, estrechar manos, doblar el espinazo a modo de reverencia.

Había una foto suya en su web donde aparecía vestido de blanco, con una mano apoyada sobre una ruleta, espejos por detrás, lámparas de araña en lo alto. Retratos de reyes antiguos donde aparecían con las manos apoyadas encima del mundo, el cetro y la esfera, rodeados de soldados. Una ruleta bajo sus dedos, Parker de Nueva York, Parker el Perfecto, rigiendo el mundo, perfecto en todos los putos sentidos.

No me enfadé.

Soy el mil cuatrocientos dieciocho.

Diecinueve.

Veinte.

«Antes, nadie se acordaba de mí», decía, a modo de testimonio personal. «Ahora sé qué es lo que hace falta para dejar huella. ¡Apuesta por la perfección!»

Mil cuatrocientos veintiuno.

Mil cuatrocientos veintidós.

Me quedé observando a Parker. Él no sabía quién era yo, pero al parecer, el mundo sí se acordaba de él.

Contacté con Byron14 ese mismo día.

quedondeporque: Quiero Perfección. Quiero abrirla en canal y saberlo todo sobre su funcionamiento. NECESITO saber cómo funciona.

Byron14: Yo también.

Soy una ladrona.

Un pendrive guardado en una taquilla de la estación de Tokio.

Lo recogí y me largué.

CAPÍTULO 49

Solo había dos paradas desde la estación de Tokio hasta Inaricho. Deslicé un dedo por la curvatura interminable de la cinta de Möbius que me dio Filipa. Sabía que lo más sensato sería deshacerme del brazalete, pero no quería quitármelo.

Está bien: me permitiría una pequeña indiscreción. Un lapsus de profesionalidad.

Las herramientas para la misión. Carnés de identidad robados, insignias de seguridad falsificadas. Semana tras semana, fui recopilando caras, direcciones y móviles, accedí a ordenadores, tomé nota de cada cara que vi, sustraje carteras, memoricé cada nombre, cada cifra. Podría haber entrado en las oficinas de Prometeo en Tokio en ese momento, pero Gauguin estaba en la ciudad. Gauguin se había dado cuenta de que no lograba acordarse de mi cara, y por eso acudí armada a Yamanote.

Lo último que afané fue lo primero cuya ausencia llamaría la atención: un dispositivo de seguridad, del tamaño de mi dedo pulgar, que mostraba seis números cambiantes cuando presionabas encima la huella dactilar apropiada. Esos números correspondían a la contraseña de una puerta, que era lo que me separaba de los servidores de Prometeo. En cuanto lo robara, nada podría detenerme.

El dueño, tanto del dispositivo como de la huella dactilar, era el señor Kaneko. Un guardaespaldas lo seguía a todas partes, pero yo ya había establecido contacto con él en tres ocasiones, como parte de tres misiones de reconocimiento distintas, y solo en una de ellas tuve un encontronazo con el de seguridad.

El señor Kaneko era un tipo bastante aburrido, pero creía en lo que hacía, y vivía según los parámetros de Perfección. Todos los martes, Perfección le informaba de que lo mejor que podía hacer era ir al gimnasio, así que para allá que iba. Era un gimnasio solo para hombres, y tan exclusivo que no necesitaba anunciarse.

El guardia de seguridad le esperaba en el vestíbulo. Conseguí acceder a través de la puerta de servicio, empleando una llave que le robé ocho días antes a un entrenador personal. El señor Kaneko tenía una taquilla privada, siempre con el mismo número, el 324, creyendo que esa cifra le traería buena suerte. Su punto cardinal de la suerte era el norte. Su grupo sanguíneo era A+, lo que significaba que era un individuo luchador, creativo y apasionado (mentira). El señor Kaneko creía en esas cosas, así que yo me las estudié, claro.

Profesionalidad: actitud, meta o cualidad relacionada con la gente habilidosa.

Entré en el vestuario masculino sin detenerme, horro-rizando a

muchos de los clientes que estaban allí sentados, con las toallas colgando con holgura de su carne lisa y desnuda, y accedí a su taquilla con la llave maestra del recepcionista.

Algunos tipos se pusieron a gritar: fuera, fuera, ¿quién eres?, ¿qué estás haciendo? Encontré el dispositivo que buscaba, les sonreí de oreja a oreja, les dirigí una reverencia y me marché, dejándolos a solas con su desnudez. Para cuando uno de ellos se había puesto la bata y las sandalias, y había puesto rumbo a la recepción para protestar, ya se había olvidado de mí.

Con el dispositivo de seguridad en la mano, me encaminé hacia Prometeo.

Preparación, preparación, preparación.

Ese era el dogma de un ladrón de joyas con el que estuve tomando cócteles una vez en la costa de Croacia. Había formado parte de los Pink Panthers, antes de que unos jóvenes chapuceros tomaran las riendas de la banda.

—¡Preparación! —exclamó, mientras sorbía los jugos alcohólicos de una rodaja de naranja—. Los jóvenes no tienen estilo. Irrumpen donde sea, sacan sus pistolas y agarran lo primero que se les pone por delante. Con un valor de diez, quizá veinte mil dólares a lo sumo, y así no vale la pena, hazme caso.

Una vez más, acurrucada entre los brazos de Luca Evard durante aquella noche en Hong Kong, dejando que su respiración me impulsara la cabeza arriba y abajo. El rato más feliz que puedo recordar, el rato más feliz de toda mi vida.

Le pregunté... algo... mientras sentía el roce de su piel. Me daba miedo que se quedara dormido cuando dejásemos de hablar, ya que al dormirse me olvidaría, y ese momento se perdería para siempre.

Ahora.

Y ahora.

Y se acabó.

Así que le animé a hablar, y él me dijo:

—Un ladrón infringe la ley una vez, un delito menor, le resulta fácil, se sale con la suya y se siente bien. Ha sido pan comido y no le ha hecho daño a nadie. La siguiente vez vuelve a resultarle fácil, y la siguiente y la siguiente y la siguiente, hasta que se convierte en un hábito. En algo que hace por hacer. Entonces, un día, se da cuenta de que necesita algo más (un coche nuevo, quizá, o una casa) y que alguien lo tiene, pero no tiene importancia, ya que el ladrón sabe cómo conseguirlo, y sabe que se lo merece, porque no se trata solo de algo que hace por hacer, sino que se ha convertido en lo que le define. Al día siguiente se agencia una pistola; no tiene intención de usarla, pero su tacto comienza a resultarle familiar, cómodo, y cuando mató

por primera vez es posible que se asustara, aunque quizá no se sintiera tan mal, porque llevaba tanto tiempo empuñando la pistola que se había convertido en algo natural. Inevitable. En lo que le define. Esa es la clase de gente que me da miedo; aquellos que no solo están haciendo un trabajo, sino los que se han convertido en ese trabajo. Los que no saben cuándo parar.

—¿A los polis no les ocurre lo mismo? ¿No se obsesionan con su trabajo?

Luca se quedó pensativo un instante, después soltó una especie de risita, algo que emergió del fondo de su garganta.

—Es posible. Te ves sometido a cierta presión cuando estás, por ejemplo, tratando de localizar a un asesino. Sabes que está ahí fuera, listo para matar, tienes a la familia de su última víctima en el piso de abajo y piensas... ¿Tengo derecho a irme a casa a las cinco, sabiendo lo que está pasando? ¿De verdad puedo tomarme un fin de semana libre, con ese asesino suelto? A veces es difícil ser un buen policía y una buena persona.

—¿Qué hay de la mujer de Hung Hom? ¿Es una asesina?

—¿Quién sabe? Quizá lo sea algún día.

Nos quedamos un rato en silencio, pero él permaneció despierto, con la mirada fija en la tenue luz de la habitación del hotel, con la mente en otra parte. Le besé en el cuello, lo mantuve despierto, quería conservar ese momento para siempre, ese recuerdo, ese instante compartido, algo que casi nunca me había pasado: ese momento presente, en el que había otra persona que formaba parte de mí.

*

Al cabo de un rato, me dijo:

—Yo no he mencionado el muelle Hung Hom.

—¿Qué?

—Has hablado de la mujer de Hung Hom, pero yo no la había mencionado.

Luca estaba completamente despierto, pero yo me estaba amodorrando.

—Seguro que sí —repuse—. Seguro que lo mencionaste.

—No lo creo.

Nos quedamos en silencio. Luca se había puesto alerta. Eran las cuatro y media de la madrugada y la ciudad se estaba despertando, el sol comenzaba a alzarse sobre el mar, observándome, y ese algo que había habido entre nosotros, ese momento que debería haber durado para siempre, se estaba desvaneciendo.

Ahora.

Sentí cómo desaparecía.

Cómo se convertía en un recuerdo, en mi recuerdo, en algo que solo yo conservaría, que resultaría irreal a causa de su soledad, como si me lo hubiera imaginado, como si la noche que compartí con Luca Evard hubiera sido una fantasía, un sueño pasajero.

Y ahora.

Desapareció. Se rompió como la pata de una araña, arrastrado por el viento.

—Voy a beber agua —dije—. ¿Quieres algo?

No.

Fui al baño y me encerré dentro. Me quedé sentada, con la luz apagada y la cabeza hundida entre las manos durante quinientas respiraciones, y cuando volví a salir, Luca me había olvidado y estaba dormido. Así acabó todo.

Preparación, preparación, preparación.

Robé el dispositivo de seguridad del señor Kaneko en un gimnasio, extraje su huella dactilar de una copa de vino.

Robé un traje de seda y un maletín grande en unos grandes almacenes. Desgarré el interior del maletín y lo rellené con todo lo necesario.

Robé una porra plegable y un espray de pimienta de la parte trasera de un coche de policía. Un dato: todos los policías japoneses tienen que aprender judo.

Robé un juego de destornilladores en miniatura, un diminuto taladro eléctrico, una linterna, un juego de velas, un bote de líquido para encendedor y unas gafas protectoras. Cronometré el tiempo que tardaba cada vela en consumirse y corté la parte sobrante.

Las ganzúas las compré en Internet. El tarro de yogur salió carísimo, pero no podía olvidar que estaba en Japón. Los del hotel me regalaron las cerillas. Había petardos colgando junto a la entrada del templo, pero me pareció que sería un sacrilegio, así que los compré en la tienda que estaba al otro lado de la carretera.

Robé códigos y llaves, primero con mesura, después con más urgencia en la recta final. Tenía que robarlo todo poco antes del día del robo, para que no desactivaran las credenciales ni cambiaran los códigos.

Conseguí acceso a los ordenadores del mostrador de recepción de Prometeo gracias a que me apropié del email personal de un informático de la undécima planta, desde donde envié a los recepcionistas un correo con un archivo adjunto que se llamaba «Actualización vital de seguridad», y al abrirlo, pude registrar todo lo que escribieron en el ordenador desde ese momento.

Contraté los servicios de alguien que operaba bajo el nombre en código de OsumiEraUnPterodáctilo, y diez minutos antes de que yo

entrara por la puerta principal de Prometeo, irrumpió en las cámaras del mostrador, paralizó la grabación diez segundos antes de mi llegada y no la reanudó hasta diez segundos después. Mi cara no quedó registrada.

Entré por la puerta principal y nadie me lo impidió.

Era la sexta vez que accedía a las oficinas de Prometeo.

Gauguin no andaría lejos. ¿Qué le habría traído hasta Tokio? Puede que revisara las grabaciones del vuelo desde Sharm el-Sheij, tratando de localizarme, y que se viera a sí mismo amenazando con un cuchillo a una mujer de la que no se acordaba. Puede que no consiguiera inventarse una historia convincente acerca de cómo había recuperado los diamantes, mi equipaje y mis pasaportes. Me daba la impresión de que Gauguin era un individuo que se enorgullecía de su memoria, así que, como no podía ser de otro modo, había viajado a Tokio porque Filipa había cenado con una mujer de la que no se acordaba, y porque Tokio era el lugar donde se encontraba Perfección.

Me estaría esperando, pero me daba igual. Conté las cámaras de seguridad, avancé quince pasos hacia los acensores, pegada a la pared de la izquierda, giré bruscamente a la derecha cuando llegué a dieciséis, conté siete pasos a través del pasillo, giré a la izquierda, avancé ocho pasos más con la espalda pegada a la pared y logré sortear las dos primeras cámaras.

Otro giro a la izquierda por el pasillo durante ocho pasos, un giro a la derecha, veintidós pasos más hasta la entrada del lavabo de caballeros. La entrada al baño de mujeres resultaba visible para una cámara que estaba acoplada en lo alto, hacia la derecha; los hombres no merecían la misma atención.

En el baño abrí mi maletín y me puse el tabardo y los pantalones azules de la limpiadora. Me recogí el pelo dentro de una gorra de béisbol, saqué un cubo con ruedas de un armario que había junto a los lavabos, metí una bolsa de plástico que contenía mis herramientas y el tarro de yogur, y puse la fregona en lo alto.

Me dirigí a los ascensores con los andares propios de una mujer de la limpieza, con la cabeza gacha y ladeada ligeramente hacia la izquierda, para evitar que la cámara me enfocara directamente al rostro, después llamé al ascensor.

Gracias a una insignia identificativa, llegué hasta el piso diecisiete. Luces apagadas, escritorios impolutos. El señor Yamada, el severo jefe de departamento, insistía en que así fuera. También insistía en que los trabajadores de su planta practicasen *zazen* a diario durante diez minutos, y él se paseaba de un lado a otro frente a las silenciosas filas de empleados en plena meditación, con una campanita para iniciar y concluir los procedimientos. Otras rarezas del señor Yamada: era un coleccionista obsesivo, aunque talentoso, de plantas, un

fanático de los San Francisco Giants, y un hombre al que, en su juventud, se le atribuyó la creación de una generación completamente nueva de tecnología VHS. Aquella época de genialidad había pasado; ahora se conformaba con dirigir y se estaba poniendo fofo.

Su despacho estaba separado del resto de la planta, que era de concepto abierto, aunque él puntualizaba con orgullo que las persianas que cubrían las ventanas nunca estaban cerradas. Pero de todas las personas que trabajaban en la planta diecisiete, el señor Yamada era el único que tenía acceso al piso superior, donde se llevaba a cabo el verdadero trabajo de Perfección.

Guardaba su pase en una caja fuerte situada detrás de una vitrina de contrachapado, en el extremo noreste de su despacho. Era una caja fuerte digital. Cinco botones resaltaban claramente por la acumulación de grasa de sus dedos, y dos de los números estaban empezando a borrarse incluso. Anoté las cifras 1, 2, 5, 7 y 9, y las reordené para formar 25/11/79, el cumpleaños de su hijo mayor. Mi primer intento fracasó, pero cuando intercambié el día por el mes, al estilo de los americanos, la caja fuerte se abrió sin ofrecer resistencia.

Le robé el pase de seguridad —qué estupidez por su parte el haberlo guardado en un sitio tan obvio— y avancé once pasos con el hombro pegado a la pared, después avan-cé quince pasos más a gatas para sortear las cámaras, entre las mesas, arrastrando el cubo por detrás de mí, hasta que llegué junto a una papelera situada fuera del ángulo de la cámara. Era metálica y resistente, y se encontraba al lado de un archivo. La llené con trocitos de papel, la volqué, la rocié con líquido para el encendedor y encendí el trozo de vela, colocándolo en pie junto al borde del charco de líquido inflamable.

Me alejé gateando, mientras la vela se iba consumiendo.

La puerta que conducía al piso dieciocho tenía un grosor de siete centímetros y medio, y se activaba por medio de unos pistones neumáticos. No había manera de sortear la cámara de seguridad en ese punto, y no podía desconectarla sin quedar expuesta al campo visual de otra cámara que se encontraba al otro lado de la estancia, así que la ignoré y atravesé la puerta con el pase de seguridad.

En alguna parte, sin duda, la apertura de esa puerta debió de activar alguna alarma, ya que el señor Yamada no estaba en el edificio y nadie debería haber abierto esa puerta. Eso sin olvidar que las puertas que se han construido para resistir incluso una explosión no se abren ni se cierran sin que alguien lo advierta. Activé el cronómetro en mi móvil y subí las escaleras de dos en dos, sujetando el cubo con fuerza. No sonó ninguna alarma, las luces comenzaron a encenderse a mi alrededor, despertadas de su letargo por mis pisadas. El pase de seguridad del señor Yamada abrió la puerta que conducía al piso superior, y entonces aparecí en un lugar donde no había estado antes,

una oficina como cualquier otra que se pueda encontrar sobre la faz de la Tierra: sillas, mesas, ordenadores con dos o tres pantallas cada uno, algunos apagados, otros funcionando en silencio, procesando algún archivo durante la noche, examinando números mientras los humanos dormían.

Quince metros desde la escalera hasta otra puerta de seguridad. Un código numérico de ocho dígitos que cambiaba cada tres días; era imposible piratearlo en tan poco tiempo, aunque su fortaleza también era su punto débil, ya que resultaba casi imposible que los atareados miembros del personal se acordaran de un código de ocho dígitos que cambiaba cada tres días. El factor humano siempre es el elemento más frágil en esta clase de sistemas. Me puse a buscar la mesa de la señorita Sato —la única mujer de la oficina, una magnífica programadora relegada por sus superiores a un puesto de poca responsabilidad por el simple hecho de ser mujer—, que se estuvo quejando después de una clase de Pilates de que a su lado se sentaba el señor Sugiyama, que era incapaz de recordar el código de la puerta y siempre tenía que anotarlo, lo cual era una brecha intolerable en la seguridad, pero por más que insistía, nadie la hacía caso.

Yo sí.

En Pilates, la señorita Sato llevaba puesta una camiseta donde se veía a un oso negro devorando a un pez. Tenía un pequeño conejito de madera colgando de la cremallera de su mochila. Prendido de la funda de su móvil con motivos *koi* había un diminuto gorrión de paja, que rebotaba sobre su muñeca cuando hacía una llamada. *Engimono* : amuletos de la buena suerte. Me puse a buscar esos amuletos y encontré una mesa con una criatura hecha de paja que bien podría ser un orondo oso panda, o quizá una simple masa amorfa que tenía la cara pintada y esbozaba una sonrisa plácida. A la izquierda estaba la mesa del insoportable señor Sugiyama, el desmemoriado, y en el reverso de su agenda encuadernada en piel, escrito en una nota adhesiva rosa con una caligrafía diminuta y casi indescifrable, había un código de ocho dígitos.

Preparación, preparación, preparación.

El código de ocho dígitos abrió la puerta; las creden-ciales del señor Yamada sellaron el trato.

Veintitrés segundos en el cronómetro; seis inspi-raciones, cinco exhalaciones.

Seguramente estarían sonando más alarmas, pero me daba igual.

Que vengan.

La habitación que había al otro lado se parecía más a lo que me imaginaba, a lo que esperaba encontrar. Cerré la puerta al pasar, oí el chasquido del cerrojo. Filas de servidores, despidiendo calor con la misma velocidad con que los ventiladores contraatacaban con aire

frío, marcados y señalizados con letras y números, ristras de cables Cat5 trenzados de forma intrincada, autopistas de la información que se extendían hacia la nada. Se escuchaba el leve runrún del aire en movimiento, el siseo de las placas y bobinas magnéticas.

Un único terminal activo con una única pantalla, que proyectaba un fulgor azulado entre la penumbra. Presioné la imagen de la huella del señor Kaneno sobre el dispositivo que le robé y aparecieron seis números en el panel. Introduje las cifras en el terminal, esperé, conté tres respiraciones, escuché voces en la oficina que había dejado atrás. El ordenador se desbloqueó. Introduje el pendrive en el puerto, una entrega especial de parte Byron14, ejecuté el archivo, esperé.

Nueve respiraciones, diez respiraciones.

Me ardía la piel por la expectación, me hervía la sangre en las venas, me sentí viva en ese momento, me sentí viva a pesar de todo.

¿Cuánto tiempo se tarda en copiar unos datos a un pendrive?

(USB 2.0: 60MB/s, aunque en realidad está más cerca de los 40 MB/s. Suponiendo que hubiera que copiar al menos 16GB de datos desde el servidor de Prometeo, eso eran unos... 1000MB... pongamos mejor 1024, que hay que pensar en binario... multiplicado por 16, lo cual hacía un total de... 16.348MB por copiar, y al dividirlo por 40 salen 410 segundos, que divididos por 60 sumaban algo menos de siete minutos, y lo mires por donde lo mires, siete minutos eran una eternidad en una situación como esa.)

Preparación, preparación, preparación.

Dejé que el pendrive hiciera su trabajo y al fin escuché los ecos lejanos de la alarma de incendios, cuando la vela que dejé en el piso de abajo se consumió lo suficiente como para alcanzar el líquido inflamable. Cuando comenzó a arder, prendió fuego a los trocitos de papel que dejé en la papelera, y estos a su vez comenzaron a desprender humo y calor, y uno de esos dos factores, posiblemente el segundo, activó la alarma de incendios.

Quizá no sirviera de nada, pero a lo mejor me permitiría ganar unos minutos.

Me situé junto a la puerta, con el espray de pimienta en la mano izquierda y la porra en la derecha. Clases particulares,soy la reina de las clases particulares. Por todo el mundo hay clases de fitness, idiomas, costura, cocina, pintura y artes marciales donde, durante varias semanas, pude aprender sin pagar nada porque «la primera clase es gratis». Después de asistir durante diez semanas, decía que había «practicado un poquito antes», y después de veinte semanas la experiencia solía perder su valor, ya que el tiempo que tardaba un profesor en descubrir que tenía experiencia en su campo solía ser tan largo como la duración de la clase, así que ya no podía progresar más.

Cursos intensivos. Cinco horas de natación. Ocho de español.

Cuatro de karate. Seis de boxeo y adiestramiento militar durante un gélido fin de semana de noviembre en London Fields Park. Suficiente para hacerme una idea de todo lo que podía salir mal. Suficiente para saber que, si me veía obligada a ello, sería capaz de luchar.

Cincuenta y cinco segundos.

Sesenta.

Las personas cuyas voces había escuchado en la planta dieciocho se distrajeron con el fuego originado en la diecisiete... aunque no por mucho tiempo.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

Cien segundos.

Ciento veinte.

Cuando conté hasta ciento cincuenta desde el momento en que saltó la alarma —un tiempo de reacción bastante lamentable, en mi opinión—, alguien trató de abrir la puerta que daba al cuarto de servidores y descubrió que estaba cerrada.

Las voces se desplazaron, se oyeron gritos, carreras.

Esperé.

Se pusieron a buscar códigos y tarjetas, doscientos veinte segundos, doscientos cuarenta.

Cuando llegué a trescientos, alguien introdujo un código y la puerta empezó a abrirse.

Rocié con espray de pimienta el rostro que apareció por la abertura, el tipo gritó, y yo cerré la puerta de golpe y presioné el cuerpo contra ella.

Voces, gritos, balbuceos, hasta que alguien mucho más agresivo y seguro de sí mismo que su compañero, el que todavía seguía aullando de dolor, comenzó a embes-tir la puerta con todas sus fuerzas. Me dediqué a sostener la puerta. Primer golpe, segundo golpe, tercer golpe, y al cuarto me aparté y el tipo atravesó la puerta con el hombro por delante, desequilibrado, y accedió a la sala. De nuevo, una descarga de espray de pimienta, y esta vez, por listo, le arreé también en la cara con la porra, rompiendo dientes, abriendo heridas, y menos mal que lo hice, ya que el tipo llevaba una pistola en la mano. Cayó al suelo, le quité la pistola y me puse a disparar a ciegas, hacia la puerta.

Un silencio tenso en el interior, un silencio denso en el exterior, acompañado por el omnipresente zumbido de los ordenadores.

Cursos intensivos: pensé que sería difícil aprender a utilizar una pistola, pero en EE.UU. me bastó con cuarenta pavos y una sonrisa.

Esperamos, tanto ellos como yo.

Solo había una entrada y una salida. El tipo que estaba a mis pies soltó un gruñido, medio consciente, presionándose las manos sobre la cara. Le arreé un puntapié.

—Largo de aquí —le dije, y aunque estaba medio ciego, no tuve

que repetírselo; encontró la puerta a tientas y huyó rápidamente a cuatro patas, buscando un lugar donde secarse los ojos.

Esperé.

Trecientos veinte segundos. En menos de cien, mi pendrive habría acabado.

Entonces escuché una voz suave y familiar, que hablaba en inglés, y aunque estaba preparada, se me aceleró la respiración.

—¿Señorita Donovan? —Gauguin. ¿Quién iba a ser si no?—. Señorita Donovan, ¿está ahí?

Saqué un petardo del cubo de la fregona, me puse a pegarlo alrededor del espray de pimienta.

—¿Señorita Donovan? Señorita Donovan, ¿puede oírme?

No tenía sentido responder, pero el pendrive no había terminado la descarga y necesitaba ganar tiempo.

—Hola —dije—. Como se acerquen, me pongo a disparar.

Un suspiro exagerado, aunque quizá fuera un jadeo de excitación. ¿Gauguin era de los que se excitaban en una situación así?

—No tiene escapatoria, señorita Donovan.

¿A qué venía lo de señorita Donovan? Los pasaportes que encontró en mi equipaje formaban un amasijo de nombres, y el de Rachel Donovan era un alias muy, muy antiguo.

—Creo que nos hemos visto antes —añadió, a través de la puerta entreabierta—. Me da la impresión de que ya hemos estado antes en contacto.

—¿Puede describir mi rostro?

Silencio al otro lado.

—Llevo encima una foto suya —dijo al fin.

—¿Cuántas veces la ha mirado?

Silencio, una vez más.

—Cierre los ojos —le propuse—, a ver si puede decirme qué aspecto tengo.

Silencio. Saqué las gafas de seguridad del cubo de la fregona.

—Señorita Donovan —prosiguió—, sea lo que sea, al margen de cómo haga ese... truco suyo, es usted una persona demasiado excepcional como para acabar así. Sin embargo, el señor Pereyra-Conroy me ha encomendado proteger sus intereses, y eso es lo que pienso hacer.

Cuatrocientos sesenta segundos.

Sesenta y uno, sesenta y dos, sesenta y tres...

—Por favor, suelte la pistola y salga de la sala —continuó, intentando parecer razonable.

Pero se percibía algo en su voz. Miedo. Un miedo que yo había confundido con excitación, pero no, era miedo, porque yo era la gran desconocida, era algo que no podía explicar, y Gauguin no se excitaba

con esas cosas, más bien se asustaba.

Cuatrocientos setenta y tres, setenta y cuatro, setenta y cinco.

Cuando iba por cuatrocientos setenta y nueve, el pendrive terminó de descargar el contenido del núcleo central de Perfección desde los servidores. No hizo ningún ruido, no se produjo ningún cambio en la sala, los ordenados no explotaron, no saltó ninguna chispa. Algo que hasta entonces era único había sido clonado, y yo aproveché para anidarme mi camisa blanca sobre la boca y la nariz, tirando de las mangas para sujetarla bien, mientras Gauguin esperaba.

Finalmente, dijo:

—He visto la grabación en la que sale hablando con la doctora Pereyra-Conroy en un restaurante.

Cogí el pendrive, me lo pegué al tobillo con cinta adhesiva y lo cubrí con el calcetín.

—Sus guardaespaldas aseguran que cenó sola, pese a que la vieron en todo momento.

Con la porra bajo el brazo, empuñando la pistola que le robé al guardia, con un petardo pegado a un espray de pimienta, con el rostro protegido por unas gafas de seguridad, con una bolsa de plástico que contenía el resto de mis herramientas y un tarro de yogur enganchado al codo, estaba empezando a quedarme sin extremidades libres. Solo me quedaban las piernas, preparadas para echar a correr.

—Volví a verla en las cámaras de la fiesta de Dubái, justo antes de que desaparecieran los diamantes. Y una vez más aquí, en Tokio, en el 106, inspeccionando los apartamentos, acechando a los Pereyra-Conroy. Yo estaba presente, tendría que haberme dado cuenta, pero parece que se ha roto la conexión entre la imagen que tengo en una pantalla y la imagen mental que me formo (o que no alcanzo a formarme, mejor dicho) de sus facciones. Una desconexión tan duradera implica que ha conseguido algo mucho más que una simple... ilusión transitoria. La doctora Pereyra dice que es lo más estimulante que ha visto en toda su carrera.

Filipa Pereyra-Conroy es una de las personas más estimulantes que he conocido durante la mía, pensé, pero no lo dije en voz alta, ya que Gauguin se estaba concentrando en mis palabras, estaba centrando toda su atención en mí, para no olvidarme, convirtiéndose en prisionero de la percepción de mí misma, de ese momento presente.

Por detrás de mí, los servidores empezaron a desconectarse con un gemido de decepción, con un quejido de piezas rotas. El pendrive de Byron14 robó un montón de información, pero solo necesitaba unos pocos kilobytes libres para implantar un virus mientras cometía su delito. No los detendría, por supuesto, no era más que un ridículo fragmento de código, pero pensé que a Byron le gustaría el gesto,

mientras la sala se sumía en un silencio repentino.

Cerré los ojos y me imaginé a Gauguin asintiendo con la cabeza, consciente de lo que estaba haciendo, quizá preocupado o quizá no.

—Hacerse olvidar también es, a su manera, un modus operandi —dijo.

Una amenaza. Me acababa de amenazar. ¿Con qué, exactamente?

Modus operandi: procedente del latín, primer uso conocido en 1654, una manera de hacer algo.

Abreviatura: MO, empleado por las fuerzas policiales de todo el mundo.

Otras abreviaturas policiales: APB, MVA, CSU, SWAT, FTA...

Modus operandi, una herramienta empleada por las fuerzas policiales para relacionar crímenes entre sí

y Luca Evard diciendo: «Te prometo que no te haremos daño.»

Aquí.

Aquí.

Ahora.

Este momento.

Estoy aquí.

Este espacio.

Mi universo.

El universo entero.

Aquí.

Y Luca Evard habla.

Dice: «No tengas miedo.»

Luca no está aquí. Lo engulló el pasado, lo dejó durmiendo en una cama, en Hong Kong. El pasado se tragó las palabras que habíamos compartido, lo mató, el pasado lo mató igual que aniquiló sus palabras, igual que me mata a mí

Luca no puede estar aquí. Es imposible que lo hayan traído hasta Tokio. Permanece completamente inmóvil en el mismo lugar donde lo dejé, esperándome en un momento congelado en mi memoria

No puede estar aquí.

Sin embargo, la ladrona en la que se ha convertido Hope Arden, la profesional, sabe que sí es posible. Gauguin siguió la pista de dinero, debió de seguir mi MO, ¿y quién estaba esperando al otro lado

de esa senda? ¿Quién era el experto mundial en la mujer de la que todo el mundo se olvida? ¿Quién había dedicado tantos años de su vida a ese único objetivo?

Luca Evard, aquí y ahora.

El universo se abre y el firmamento se desploma, las galaxias giran y los océanos se disuelven. Creo que este momento puede durar para siempre, podría destruir todo lo que he construido, eliminar ese momento perfecto en Hong Kong, porque aquí estamos, aquí está él, viéndome como una ladrona, sabiendo que soy una ladrona; sabiendo, tal vez, que soy algo más. ¿Es consciente de que ha olvidado algo comprende lo que ha olvidado sospecha algo me odia llegó a amarme alguna vez tal y como yo lo amé?

Una ladrona profesional que respondía a mi nombre encendió la mecha del petardo.

Gauguin lo oyó, lanzó un grito de alerta.

Arrojé el petardo a través de la puerta.

Salieron corriendo, en desbandada.

Cerré los ojos.

Las nebulosas se condensaron para formar soles, los cometas perdieron su interminable lucha contra la gravedad y se desintegraron al contactar con la atmósfera de un planeta gigantesco.

El petardo explotó.

El espray de pimienta explotó con él, liberando una nube amarillenta por toda la habitación, irrumpiendo en la atmósfera. A través de la camisa que me cubría la boca y la nariz, sentí un escozor. No, esa no es la mejor palabra para definirlo. Un simple escozor no te pone el estómago del revés, no provoca que se te contraiga la garganta. Fue una sensación abrasiva, nauseabunda, como tener la boca llena de lenguas inflamadas.

Salí a la habitación que había al otro lado. Una nube tóxica y amarillenta flotaba en el ambiente, entorpeciendo la visión. Aún quedaban petardos que siguieron siseando y explotando, con fuerza suficiente como para que te retumbaran los tímpanos, escupiendo chispas desde sus mechas, brincando por el suelo a medida que se encendían, aleteando, como peces asfixiándose en una sartén. Divisé a seis guardias a través de la cortina de humo y productos tóxicos. Uno ya estaba tirado en el suelo, todos vestían con elegancia. Todos menos Luca, que venía vestido de calle, o tan de calle como le era posible: camisa sin planchar, pantalones que le quedaban un poco cortos, un calcetín negro que asomaba por debajo, aferrado a su pantorrilla. Tenía los ojos cerrados, se ahogaba por culpa de los efluvios que había en el ambiente.

Me habría gustado compadecerme de él, pero no había tiempo

que perder.

El tipo más próximo a la puerta tenía una pistola. Le aparté el brazo con la mano izquierda y le descargué un porrazo en la muñeca con la derecha, con todas mis fuerzas. Los guardias estaban cegados, pero alguien se abalanzó contra mí a pesar de todo, guiado por el ruido, hasta que Gauguin, que se cubría el rostro con las manos, gritó que no, que no disparase a ciegas, ¡que nos vas a acabar dando a nosotros, imbécil!

Su acento, ahora que estaba dolorido, resultó no ser tan refinado como pensaba. Había en él un deje propio del suroeste de Inglaterra, un cambio de vocabulario, mientras su rostro se hinchaba como una calabaza, y puede que fuera la compasión

signifique lo que signifique eso

lo que me llevó a arrearle un porrazo en las rodillas, y no en el pescuezo.

¿Sería capaz de matarlo?

En vista de la situación, tampoco sería algo tan descabellado.

Ni demasiado emocionante.

Un guardia, que se obligaba a mantener los ojos abiertos a pesar de la nube amarillenta, intentó golpearme. Me agarró de la muñeca, sin demasiada fuerza; con el otro brazo intentó asestarme un puñetazo en el estómago, pero falló. Tenía fuerza, generada por el impulso de su cuerpo en movimiento, sin llegar a extender el brazo, sirviéndose más bien de las piernas, del pecho, de las caderas, invadiendo mi espacio. Normalmente, esa fuerza suele ser demoledora, pero aquel día resultó excesiva, y el impulso de su propio puñetazo le hizo perder el equilibrio. Le golpeé el brazo cuando pasó junto a mí, dirigí la base de mi porra contra su cuello, le asesté una patada en las rodillas y, cuando empezó a caer, seguí mi ruta.

A la izquierda, un tipo con una pistola; ni siquiera sabía hacia dónde apuntar. Se la arrebaté sin decir una palabra, sin necesidad de romperle nada, la arrojé hacia la sala de la que había salido el tipo, saqué mi propia arma y grité:

—¡Todo el mundo al suelo!

—Haced lo que dice —dijo Gauguin, resollando.

Me pareció detectar cierto acento de Bristol. Era posible, aunque Gauguin lo estaba reprimiendo, se estaba recobrando.

—Haced lo que dice —repitió, recuperando su habla normal, con el pecho pegado al suelo, y los demás le hicieron caso, incluso Luca Evard, con los ojos todavía cerrados y el rostro convertido en una bolsa de plástico arrugada.

Me planté en mitad de aquella sala que estaba a mi merced y pensé que aquello también era una especie de perfección. La ladrona perfecta, el control perfecto.

La habitación estaba en silencio, salvo por los gemidos de los heridos. A uno de ellos le estaba corriendo un reguero de saliva amarillenta por la comisura de los labios.

—¿Estáis grabando esto? —bramé.

Silencio.

—Supongo que sí —concluí, después de mirar alternativamente a Gauguin y a Luca. Ninguno de ellos levantó la cabeza—. Me parece que ya os habéis dado cuenta de que las máquinas no olvidan, aunque las personas sí. Quiero que escuchéis el sonido de mi voz, cuando ya me haya ido. Me llamo Hope. Quiero que recordéis mis palabras. Estas palabras son la única parte de mí que seguirá existiendo. No me sigáis. No intentéis encontrarme. No olvidéis.

Me dirigí hacia la puerta, conté mis pasos, conté mis respiraciones.

Luca era el más próximo a la salida, con la cabeza ladeada, los ojos cerrados, los labios rojos y el rostro hinchado.

Palabras: una cascada de palabras.

Sentí cómo se agolpaban en mis labios, pero no abrí la boca.

Corrí.

CAPÍTULO 50

Preparación, preparación, preparación.

Llegó la policía, no se podía salir por abajo, pero daba igual.

Preparación, preparación, preparación.

La sala de seguridad se encontraba en la planta dieciséis. Entré a punta de pistola, mantuve a tres guardias a raya, disparé a los ordenadores, esperé a que se apagaran las pantallas y me marché.

De mí se olvidaron, pero los disparos requerirían unas cuantas explicaciones.

Un armarito de la limpieza en el piso once. Lo elegí por el falso techo que tenía encima, más grande de lo habitual, pensado para acomodar algún aparato de aire acondicionado que nadie llegó a instalar.

Rompí el cristal de una máquina expendedora y saqué tres botellas de agua, dos paquetes de guisantes con wasabi y una chocolatina.

Me tumbé en el interior del falso techo, bebí despacio, me comí la chocolatina. Me embadurné de yogur la cara, las manos, las muñecas, el cuello, todo cuanto hubiera estado expuesto a los efluvios de ese gas irritante. Me comí el resto y esperé.

Una hora.

Dos.

Tres.

Nueve horas.

Un día.

Pasó el tiempo y seguí esperando.

La policía registró el edificio, pero nadie me buscaba a mí.

Cerré los ojos, permanecí tumbada boca arriba dentro del falso techo, me comí unos cuantos guisantes con wasabi, me entraron ganas de ir al baño, conté hasta cien entre el silencio y la oscuridad, y esperé.

Pasó el tiempo y seguí esperando.

Hasta que el recuerdo se desvaneciera.

Me pregunté dónde estaría Gauguin, dónde se alojaría Luca Evard.

En un hotel barato. Siempre se alojaba en hoteles así, aunque se los pagaran. ¿Estaría escuchando el sonido de mi voz, estaría reproduciendo mis palabras en bucle?

A lo mejor podría hacer trampa: escribir mis palabras una docena de veces, luego otra docena más, y al hacerlo se acordaría del acto de escribir, de tal manera que las palabras sobrevivirían, aunque el vínculo entre el momento en que las pronuncié y lo que se grabó en su

memoria fuera cada vez más débil.

Conté hasta mil, luego debí de quedarme dormida. Cuando desperté conté hasta dos mil y me desvelé por completo.

Cuando acabó todo, cuando pasaron veinticuatro horas de reloj, descendí del falso techo, bajé por las escaleras hasta el semisótano y le dirigí una sonrisa al guardia de seguridad que estaba junto a la puerta. Había una imagen mía colgada en la pared, extraída de las cámaras de seguridad, pero el guardia estaba de espaldas a ella en ese momento, y aunque se hubiera pasado el día entero examinándola, mis rasgos habían desaparecido de su mente, así que me respondió con otra sonrisa mientras me alejaba.

CAPÍTULO 51

Me llamo Hope.

Soy la reina del jodido universo.

Soy la mejor ladrona sobre la puta faz de la Tierra.

Estoy...

...estoy bien.

Estoy...

...de puta madre, en serio, soy una...

...profesional.

Disciplinada.

Una experta en joderos a todos y en mandarlo todo a tomar por culo.

Líneas de código en una máquina, en orden ascendente:

De menos...

- Transbordador espacial
- Windows 3.1
- Curiosity, el robot explorador de Marte
- El sistema operativo Android
- Windows 7
- Microsoft Office 2013
- Facebook
- Ordenador de a bordo de un coche moderno

...a más.

Datos.

Me senté en un banco, en una plaza, con la mirada perdida.

Comí.

Bebí agua.

Caminé de un punto a otro.

Los datos solo se convierten en información cuando se traducen.

Ahora estoy

llorando

no sé por qué.

Esto es lo que estoy haciendo, pero no es información.

Voy a bordo del tren bala que sale de Tokio, pero ¿cómo he llegado hasta aquí?

Compré un billete antemano, como vía de escape, y al parecer

ahora lo estoy usando.

Enchufo el pendrive de Byron14 a mi portátil y echo un vistazo a lo que he robado.

Un galimatías, incomprensible para cualquiera que no sea un experto.

El código fuente de Perfección.

CAPÍTULO 52

Parker inauguró un casino en Macao.

Lo vi anunciado en las noticias, le vi estrechando manos, sonriendo ante las cámaras. Ahora era famoso. Todo el mundo conocía su nombre, el único inimitable Parker de Nueva York.

Rafe Pereyra-Conroy firmó un acuerdo con la familia real de Dubái para colaborar en el desarrollo de una versión islámica de Perfección, ensalzando las virtudes propias de los devotos

tales como la generosidad, la bondad, la caridad, el peregrinaje, el cumplimiento del deber, el honor, la lealtad, el decoro

normas de conducta

velos para las mujeres

las mujeres no deben dejarse ver en público con hombres solteros

ni besarse en público

ser víctima de una violación se castiga con la cárcel

etc.

Pensé en darme la vuelta, en volver a Tokio, buscar a Luca Evard y decirle, Oye, mira, que soy yo, puede que si me arrestas todo el mundo se dé cuenta de que tenías razón, de que habías estado persiguiendo a una ladrona imposible de recordar, y entonces te pondrás contento y me querrás, me querrás de verdad, ¡porque sé que eso es lo que pasaría si te acordaras de mí!

Tomé asiento en el aeropuerto de Kioto y no me moví.

Hice girar el brazalete de Filipa alrededor de mi muñeca, en un viaje sin fin.

Al cabo de un rato, como no tenía nada mejor que hacer, como ninguna otra cosa que hubiera hecho tenía significado alguno, me volví a conectar a la red oscura.

quedondeporque: Tengo Perfección.

Byron14: Envíamelo.

quedondeporque: No. Quiero quedar contigo.

Byron14: Inaceptable.

quedondeporque: O quedamos, o te quedas sin Perfección. Estaré en Seúl dentrode tres días.

Byron14: Imposible.

quedondeporque: Nos vemos allí.

CAPÍTULO 53

Existen dos excepciones a la regla de la pérdida de memoria que me rodea:

1. Los animales. ¿Quizá se deba al olor? Puede que si utilizara un perfume más llamativo la gente se acordara de mí, como una especie de *déjà vu* nasal. Puede que algún día adopte un perro. O dos.
2. Los ancianos, los enfermos o los locos. Fue así como conocí a Parker, en la residencia de ancianos de Nueva York, hablando con los residentes. Estaban acostumbrados a la soledad, y la afrontaban con valentía y con una sonrisa, y eso me hizo sobrellevar mejor mi condición, fui capaz de sonreír gracias a ellos. Los ancianos nunca se acordaban de mí, salvo una, que tenía un principio de demencia y siempre exclamaba: «¡Es Hope! ¡Hope ha venido a visitarnos otra vez!»

Entonces me planteé dedicarme a trabajar en residencias, para estar con alguien que se acordara de mí, pero la mujer sufría incontinencia y no quería comer —¡ahora no, eso no, está asqueroso, pero tengo hambre!—, así que en vez de eso iba a visitarla cada año por Navidad y por Pascua, hasta que una noche se murió, sin llamar la atención.

Un día iba caminando por las calles de Manchester, preparada para atracar una joyería. Tres meses de preparativos, todo dispuesto para actuar en mitad del festival de jazz, para que el sonido de la tuba y el saxo disimularan la pequeña, pero necesaria, explosión que anunciaría mi entrada.

—¡Hope! —exclamó alguien.

Lo ignoré, ya que hacía mucho que no respondía a ese nombre, pero la persona insistió:

—¡Hope! ¡Parad! ¡Quiero ver a Hope!

Era una voz femenina, joven, aguda e insistente. Una voz que sonaba como entrechocar un objeto metálico con otro de goma. Me di la vuelta y vi a una chica que intentaba levantarse de su silla de ruedas, con un brazo cruza-do por encima del cuerpo, con un lateral del rostro aflojado por el cansancio muscular. Tenía los mismos ojos que yo.

—¡Hope! —exclamó con todas sus fuerzas.

Era mi hermana pequeña.

Cerré los ojos y conté

respiraciones

pasos

grietas en el suelo
los pelos de mi cabeza
las estrellas del cielo

Y ahí estaba mi hermana pequeña, Gracie, que aún no era una mujer adulta, pero estaba camino de serlo. Tendría doce... no, ya debería haber cumplido los trece años, unas tres semanas antes. Iba acompañada de un pequeño grupo de chicos y chicas, que iban empujando su silla. Estaba alerta, despierta, su incapacidad no le quitaba el sueño, porque, ¿qué significaba para ella? Así es la vida, y punto. Era mi Grace, que gritaba:

—¡Hope! ¡Mira! ¡Vamos a ir a la estación!

Extendió una mano, llamándome, imperiosa, para que me reuniera con ella. Su cuidadora, una mujer con triple papada y el pelo rubio y rizado, que le asomaba por debajo de un sombrero gris tejido a mano, se disculpó profusamente, pero yo le dije que estuviera tranquila, que no pasaba nada, y me agaché frente a la silla de ruedas de mi hermana.

Ella me examinó, y al ver que todo estaba a su gusto, dijo:

—Había espaguetis para comer, pero como no me gustan mucho me he comido una pizza.

—¿De veras? —pregunté.

—Sí. Mañana es viernes, así que toca curry, que no está mal.

—Qué bien...

La cuidadora volvió a mascullar, Lo siento mucho, no hace falta que se moleste, de verdad...

No le hice caso. Gracie movió ligeramente la mano, la apoyó sobre la mía. La cuidadora dejó de hablar, miró a Gracie, luego me miró a mí, con la boca entreabierta. ¿Con qué frecuencia tocaría mi hermana a otra persona? ¿Con qué frecuencia se quedaría callada, con la mano apoyada sobre la de un extraño?

—Me recuerda a mi hermana —le expliqué—. ¿Y dice que van de camino a la estación?

—Sí.

—¿Puedo acompañarlas?

La cuidadora miró a Gracie y frunció el ceño, sintiéndose incómoda. Su experiencia profesional le impedía creer lo que acababa de presenciar.

—¿Tú qué opinas, Grace? —preguntó la cuidadora, medio gritando, como si estuviera hablando como un lelo, cosa que mi hermana no era en absoluto—. ¿Quieres que esta señorita nos acompañe a la estación?

Gracie asintió, cohibida, bajando la cabeza de golpe, para después devolverla lentamente a su posición original.

—No hay ningún problema —dije—. Será un placer acompañaros.

Caminamos hasta la estación.

Gracie no calló en ningún momento; me contó que le gustaba el color azul, pero no el azul de la puerta de su dormitorio, ese azul no le gustaba, pero sí el azul de las enfermeras, ese azul estaba bien, y quería que hubiera más cosas azules, pero moradas no, eso nunca, ella odiaba el morado, sobre todo el de la lombarda, que le sentaba mal. Me contó que estaba aprendiendo a cantar que le gustaba cantar pero que le gustaba más pintar que le gustaría que viera algunas de las cosas que había pintado en el colegio tenía unos dibujos preciosos y siempre usaba mucho el azul pero no el morado porque eso era lo que hacía que fueran bonitos, hermosos, igual que lo era yo.

También me dijo que les habían enseñado cosas sobre ciencia. Y sobre animales. A ella le gustaban los animales, y viceversa, así que cuando de mayor pensaba tener dos gatos y un perro, pero no una cebra, porque las cebras eran horribles, por mucho que tuvieran rayas.

Y la cuidadora dijo que Grace lo estaba haciendo muy bien, de maravilla, que en la escuela estaban orgullosos de lo bien que lo estaba haciendo, y ella estaba convencida de que cuando fuera mayor se las podría arreglar por sí misma, y que últimamente estaba mejorando en su lectura, y que sus libros favoritos eran aquellos en los que el bien vencía al mal, y que su película favorita era *Star Wars* .

¿Por qué *Star Wars* ?, le pregunté a Gracie, sin soltarle la mano.

Porque en *Star Wars* , me explicó mi hermana, todo sale como es debido. Hay gente buena y gente mala, la gente buena hace cosas buenas y la gente mala hace cosas malas, y hay una Fuerza buena y una Fuerza mala, y así es como debería ser.

Se quedó pensativa un rato y entonces añadió que a veces el malo se vuelve bueno, y que eso es positivo, porque ser bueno es mejor que ser malo, obviamente.

Empecé a llorar sin darme cuenta, a llorar como una niña pequeña, y la cuidadora me preguntó en voz baja, ¿Dónde está su hermana ahora?

No está lejos, respondí. No está lejos.

CAPÍTULO 54

Cambio de ubicación, cambio de nombre, cambio de aspecto. Un vuelo a Incheon, de ahí un bus con aire acondicionado hasta Seúl.

Una peluquera de Euljiro exclamó, mientras me cortaba las trenzas hasta dejar solo una pelusilla que me cubría el cráneo:

—Es la primera vez que corto un pelo de estilo africano. ¡Es increíble!

Sus aprendices se acercaron a mirar y se pusieron a juguetear con las trenzas cortadas.

Un centro comercial em Myeong-dong. Robé una camiseta, unos pantalones de chándal y una sudadera gruesa con capucha. También robé una camisa blanca, unos pantalones de vestir, unas deportivas y unos zapatos negros de piel. Ya en la calle, me compré una rodaja de piña servida en un palo, extraída de un bloque de hielo, y un helado de té verde en la pastelería que se encontraba por debajo de un restaurante especializado en tallarines. En un tenderete, que el dueño iba empujando por las calles sobre dos ruedecitas diminutas y chirriantes, compré tres teléfonos móviles. En la librería internacional que se encontraba encima de la estación de metro compré una guía de viajes y un manual de conversación.

Mi hotel era de estilo «tradicional»: esterillas de color amarillo y verde neón extendidas sobre el suelo, Wi-Fi y setenta canales de televisión. Por la noche, se reflejaban las luces rojas de neón procedentes de las iglesias protestantes que bordeaban las vías de tren a las afueras de la ciudad. En Itaewon encontré hamburguesas y militares americanos. Me uní a ellos para degustar una cena compuesta de costillas y cerveza, y hubo un soldado que me miró con ojos desorbitados, aterrados, lujuriosos, y me contó que la presencia continuada de tropas estadounidenses en suelo coreano entorpecería un posible acuerdo de paz entre las dos naciones divididas de la península, y que las fuerzas socioeconómicas eran ahora una fuente mayor de desunión que la propia Historia, lo cual era extraño, porque la Historia es una madre poderosa. Siempre en su opinión, claro.

Por la mañana, mi cara aparecía en la lista de los criminales más buscados por la Interpol y circulaba de forma más discreta por la red oscura. A un vendedor de Yeoksam le compré tres pendrives del tamaño de una uña, copié en ellos el código fuente de Perfección y los envié a diferentes apartados de correos desperdigados por el mundo.

quedondeporque: Me dirijo al sur,hacia Namwon. Nos vemos allí.

Byron14: Allí estaré, aunque a regañadientes.

Un trayecto en tren desde Seúl, en dirección sur, hacia el mar.

Un niño se puso a aplaudir cuando la pantalla indicó que habíamos sobrepasado los 300 km/h. Una mujer con un uniforme gris se llevó un calambrazo al tocar la puerta, cuando sus zapatos de suela plana absorbieron la electricidad estática de la moqueta. En los espacios abiertos que se extendían junto a la vía del tren había huertos estrechitos, arrozales diminutos, bolsas de plástico enredadas en las verjas y coches que circulaban por la autopista en dirección Seúl.

Un hombre con un traje azul y elegante se sentó a mi lado, se quedó mirándome un buen rato, a pesar de que esquivé su mirada, y finalmente dijo:

—Jesús te escama.

Le miré a los ojos, esperando a que me dijera qué haría Jesús a continuación. Me dio un folleto. En la portada había una imagen del Mesías con una toga marrón y una túnica blanca, cogiendo en brazos a un ganso que parecía asustado. Dos corderitos pastaban apaciblemente por detrás de él, y había un conejito acurrucado junto a sus pies. El título del folleto decía: «Cómo escapar del infierno y llevar una vida libre de enfermedades mentales».

—Jesús te escama —repitió el tipo con firmeza, metiéndome el papel en la mano—. Jesús escama a todo el mundo.

Dicho esto, se levantó de su asiento y se fue a predicar la buena nueva del escamado de Jesús en su lengua materna, bastante más fluida.

Mokpo: una ciudad industrial, un puerto feísimo, carreteras anchas y malolientes repletas de camiones, edificios grises, tejados de hierro, pocas mujeres por la calle.

El recepcionista se quedó mirándome cuando me registré en el hotel, después me preguntó:

—¿Norteamericana?

—Sí.

—¿Ha venido por marido?

—No.

—¿Ha venido por amante?

—No.

El tipo torció el gesto, desconcertado.

—¿Y por qué venir? —dijo al fin—. Aquí no bueno para usted.

Por la noche, en un bar de *dim sum* que se encontraba en una calle peatonal, quedé con una traficante de pasaportes cuyo alias era elcantopopapesta. El pasaporte que me vendió era francés, pero yo le había pedido uno alemán.

—¡Este bueno! —exclamó, mientras se llenaba la boca de empanadillas de cerdo al vapor, masticando con la boca abierta, con

los ojos como platos, los carrillos hinchados por contener tanta carne, como si no supiera cuándo volvería a probar bocado—. ¡Francés bueno, buen trabajo, buen pasaporte!

Al final, opté por no discutir. El pasaporte me vendría bien para un viaje y luego lo destruiría, entraría en la zona Schengen o en Estados Unidos y conseguiría algo mejor, de una fuente más fiable.

Ante la puerta de un restaurante especializado en pezuñas de gallo fritas, un camarero comenzó a hablarme en un inglés vacilante.

—No tengo ocasión de practicar mucho —me explicó, desgranando las palabras una por una—. Me alegro mucho de que esté aquí.

Me quedé a hablar con él durante media hora, hasta que la dueña del restaurante salió y empezó a echarle la bronca por escaquearse del trabajo; entonces el camarero entró corriendo, despojado de toda su dignidad ante la ira de su jefa.

Una mujer con Perfección, que despreciaba la comida que le ofreció su pareja en la cafetería donde fui a desayunar.

Un hombre con Perfección, que actualizaba la aplicación en su teléfono, con una bolsa de deporte colgada del hombro, los brazos hinchados por los batidos de proteínas, jadeante, con la nuca empapada de sudor.

Un adolescente con Perfección, revisando el precio del corte de pelo perfecto.

Abre los ojos: está por todas partes.

Por la noche me senté frente a uno de los ordenadores del hotel, mientras el televisor mostraba de fondo una imagen aérea de un tablero de *go* sobre el que a veces se desplazaban unas manos, dejando una ficha, recogiendo otra, al tiempo que se escuchaban las exclamaciones de sorpresa del público, que a veces aplaudía por la elegancia del juego.

Byron14: Estoy en Namwon.

quedondeporque: Yo estoy en Mokpo.

Byron14: No me gusta que me mareen.

quedondeporque: Ven a Mokpo. Consigue un móvil.

Estoy despierta, sin pegar ojo.

Cuento hacia atrás desde mil.

En mis sueños, Luca Evard está muerto, y lo maté yo.

CAPÍTULO 55

El puerto de Mokpo. Edificios sombríos de una sola planta rodeados de aparcamientos vacíos. A lo lejos, grúas amarillas cargando y descargando la mercancía de los barcos. Turistas cargados con bolsas, rumbo al parque nacional Dadohaehaesang, a sus montañas y sus playas, a sus complejos turísticos bañados por la luz del atardecer.

Llamé al número que me había dado Byron14 y le dije que viniera a la terminal de ferris.

Su voz, cuando respondió, resultó ser refinada, suave, con acento británico, y me recordó a Gauguin. Estaba nerviosa, demasiado, y se me escapó un deje norteño en la voz. Parecía asustada, no me había dado cuenta de que me sentía así.

Fue fácil localizar a Byron14 mientras me esperaba en la terminal. Las dos llamábamos la atención, pero yo me quedé apostada al otro lado del aparcamiento con unos prismáticos, examiné las ventanas, llamé a su móvil y dije:

—Me gustaría ver a la auténtica Byron14, por favor.

La mujer que respondió era alta, rubia, llevaba el pelo recogido en un moño, vestía con un traje elegante y tacones de cinco centímetros.

—Yo soy Byron —dijo.

—No, de eso nada —repliqué—. Estaba claro que Byron iba a enviar a alguien en su lugar, era inevitable. Me gustaría hablar con la verdadera Byron, por favor.

—Yo soy Byron... —insistió la mujer.

Entonces se quedó callada, prestando atención a algo que no pude oír, después sonrió, negó con la cabeza, colgó y se marchó.

Al poco tiempo sonó mi móvil, y una voz diferente, con un deje más maduro, más cálido, más real, me preguntó:

—¿Eres la jovencita que está vigilando la terminal de ferris desde el aparcamiento?

Aparté los prismáticos, asentí con la cabeza y miré a mi alrededor, pero no la vi.

—¿Eres Byron14?

—Esa soy yo.

—Voy a embarcar a las 14:03. ¿Te gustaría acompañarme?

—Basta de tonterías, quedondeporque. Teníamos un acuerdo, y ya te estás pasando de la raya.

—A las 14:03 —repetí—. Te enviaré un mensaje, por si acaso se te olvida.

Colgué. No me importa resultar grosera.

El barco era un catamarán. El cielo estaba gris, y el mar lo bastante embravecido como para que a veces una ola nos zarandease al romper contra el casco de la embarcación. Cada vez que ocurría, las mujeres se ponían a gritar, y los hombres, quizá en un intento por parecer impasibles, se burlaban de sus gritos e intercambiaban carcajadas nerviosas mientras el barco volvía a asentarse. Las mujeres más jóvenes se enjugaron la frente con grandes aspavientos, pero poca efectividad. La feminidad es una moda, la feminidad es frágil y propensa a las risitas. Mientras las observaba, llegué a la conclusión de que por mí la feminidad podría arrojarse al océano y ahogarse.

Un hombre se me acercó tres veces —tras olvidar que se me había aproximado antes— y me preguntó cómo me llamaba, de dónde venía, adónde iba. La primera vez le dije que era francesa, que era una bióloga marina que había venido a estudiar la fauna de Dadohaehaesang, y él se deshizo en exclamaciones de admiración, se sentó a mi lado y resultó ser muy aburrido. Me fui a la popa del barco, dejé que se olvidara de mi existencia, y regresé a mi asiento cuando se fue. La segunda vez que se me acercó le dije que había quedado con mi marido en la isla, pero eso no pareció detenerle, así que, al tercer intento, le hablé en francés y le dije que no entendía una palabra de lo que estaba diciendo, hasta que por fin me dejó sola, y el trayecto no duró lo suficiente como para que hiciera una cuarta intentona.

Byron se sentó al fondo, con la espalda hundida en su asiento; una buena posición, desde donde podía observarlo todo sin ser vista. Estaba tan fuera de lugar como yo, pero ella era mayor, mi piel era oscura, y Byron había dominado el arte de llamar poco la atención.

La miré sin disimulo mientras me encaminaba de nuevo hacia la popa del ferry; ella me miró a los ojos y me reconoció, pero antes de que el momento pudiera alargarse, seguí caminando hasta que se olvidó de mí. Repetí la operación cinco o seis veces, y en todas ellas Byron me miró por primera vez, y en todas ellas yo la miré sin cortarme un pelo y me marché, hasta que me aseguré de que su rostro se había quedado grabado en mi mente.

Era mayor, mucho más vieja de lo que pensaba, pero exudaba fortaleza. Tenía la cabeza pequeña, el rostro anguloso. Unas orejillas pegadas al cráneo y una barbilla que apenas alteraba el discurrir de su mandíbula. Labios fruncidos, finos y pálidos. Ojillos azules por debajo de unas cejas grises. Cabello liso y plateado, cortado a tazón a la altura de la frente. Una nariz chata que se alzaba sobre la curvatura del labio superior. Filtrum, el surco que se extiende entre los labios y la base de la nariz. En la mitología judía, Lailah, el ángel de la concepción, deslizaba el dedo sobre esa curvatura, y al sentir su roce, el niño olvidaba todo lo que sabía. La curvatura de los labios, el arco de Cupido, la frontera bermellón, *labium superius oris* , *labium inferior*

oris , ¿sonreiría Byron14 alguna vez?

La miré. Supuse que sonreiría de vez en cuando, y que sería algo bonito de ver. Pero me resultó más fácil imaginarla frunciendo el ceño, y la imagen fue aterradora. Su mirada era capaz de derribar muros, de derretir mentes. En las reinvenciones modernas de los mitos antiguos, ¿no existía un ninja capaz de matar con su temible mirada penetrante? ¿Lo leí en alguna parte, o lo vi en la tele?

Byron14 me miraba, me reconocía, me olvidaba. Sí, incluso a ella le pasaba.

Fuimos visitando islas. Hongdo, Heuksando, Baekdo. La cuarta isla en la que se detuvo el catamarán recibía su nombre de la montaña volcánica que tenía en el centro, un amasijo de roca negra desdibujado por el peso de los pájaros que construían sus nidos sobre sus peñascos. Se llamaba Yan-ri. Allí, en épocas de prosperidad, las parejas jóvenes acudían a casarse, con la montaña en lo alto y el mar a los pies, la novia con flores en el pelo, los padres posando orgullosos junto a sus hijos vestidos de seda, copas de champán y tambores ceremoniales. Pero no estábamos en tiempos de prosperidad, así que solo nos apeamos cuatro personas del ferry, y Byron, que se sobresaltó al verme —sorprendida por no haberme visto antes—, fue una de ellas. De los otros dos, una era una camarera, que echó a correr de inmediato hacia un hotel de madera y acero situado en lo alto de la colina, con una mochila a la espalda. El otro era un pescador, cuya esposa le estaba esperando al otro lado de aquel muelle resbaladizo y cubierto de algas, con los brazos cruzados y un gorro de lana que le cubría las orejas. La mujer le dijo a su marido que no se iba a creer lo que había pasado, pero perdió el interés en lo que iba a decir en cuanto lo estrechó entre sus brazos.

Había tres coches en la isla, según me informó un tipo que mascaba chicle con un inglés bastante rudimentario. Lo sabía porque él era el propietario de uno de ellos, el único taxi que se podía encontrar en la isla. Conocía todos los lugares que había que visitar y cuáles era mejor evitar; conocía los dos hoteles, sabía cuál era mejor, y por dónde se iba al restaurante que había junto a la orilla.

Le di las gracias por su amabilidad, pero decliné su oferta, y cuando me di la vuelta vi a Byron, con un abrigo verde y unos gruesos pantalones marrones, que estaba metiendo el brazo por la correa de una mochila gris cubierta de manchas. Ella me miró. Le hice un gesto con la cabeza y emprendí la sinuosa subida hacia la colina.

Byron me siguió.

Dos hoteles: uno era poco más que una habitación situada al otro lado

de la cocina de una mujer; una colcha extendida en el suelo, sin cortinas, pero con la promesa de una sopa por la mañana. Estuve tentada, pero la presencia de Byron habría complicado la estancia.

Seguimos subiendo por la colina. Una nube en la cumbre de la montaña, abrazando las ramas de los árboles de hoja perenne. Un ave de presa sobrevolaba la zona en círculos, observando los nidos que los pájaros habían construido sobre los tejados de pizarra. El runrún de un motor, un barco inmenso que zarpaba, el ruido se lo llevó el viento. Una mujer con una falda de colores vivos, tan ceñida que apenas le dejaba andar, me saludó con la cabeza al pasar. Un anciano vestido con un impermeable gris, al ver a Byron, exclamó en una mezcla de coreano y japonés que era desconcertante, asombroso, increíble, maravilloso que una mujer de su edad viajara sola, y me gritó para que fuera a ayudar a esa mujer tan venerable, pero Byron negó con la cabeza y repuso, con un ligero acento japonés, que no hacía falta, muchas gracias, y siguió subiendo.

No vi ninguna tienda durante la subida, ningún lugar de trabajo, aparte de una lona azul sobre la que habían dejado unos peces a secar.

El hotel que se encontraba en lo alto de la colina estaba a oscuras, salvo por unos farolillos que estaban encendidos en el porche. En un lateral habían construido una terraza de madera sobre un acantilado, para ofrecer las mejores vistas posibles del mar. Un letrero informaba en cinco idiomas al visitante de que el hotel aceptaba tarjetas de crédito, pero no cheques. Había wifi disponible si se pagaba una cuota adicional. La puerta principal estaba cerrada, pero toqué el timbre y una mujer con el rostro chupado y los ojos grandes, con unos párpados replegados que dejaban al descubierto el blanco de sus ojos, tirando de la frente y de los pómulos, acudió en menos de un minuto.

Byron se quedó detrás de mí, en silencio, expectante, y me pregunté si ella habría sentido la misma oleada de compasión que yo por la mujer que abrió la puerta. La cirugía plástica había salido mal, dejándola convertida en un amasijo amorfo de facciones que seguramente se haría daño al sonreír. Número de intervenciones estéticas realizadas en Corea del Sur en 2009: 365.000. Número de intervenciones realizadas en Brasil en 2013: 2.141.257. En Estados Unidos: 3.996.631. Las operaciones quirúrgicas más comunes a nivel global: aumento de pecho y liposucción. Intervención quirúrgica más habitual en Corea: cirugía de doble párpado. Una operación pensada para que los párpados parezcan menos «asiáticos».

¿Se puede ser perfecto sin ser blanco?, me pregunté.

9,99 libras por 125ml de «crema blanqueadora real». Aplicar generosamente. Ilumina y tonifica.

—Para usted mejor habitación, señorita Smithi —dijo la mujer del mostrador, entusiasmada al ver un cliente en esa época otoñal.

Y su emoción fue todavía mayor cuando Byron entró por la puerta.

—¿Esta su amiga?

Me di la vuelta para mirar a Byron, y ella se acercó a mí por primera vez, a no más de un metro de distancia, y respondió con un acento propio del sur de Inglaterra, como el de Gauguin:

—Acabamos de conocernos, pero creo que vamos a llevarnos bien.

—Sí —respondí, con la respiración y el corazón acelerados, con palpitaciones en la vena del cuello—. Muy bien.

Le dieron la habitación contigua a la mía. Nuestras terrazas estaban juntas. Me asomé a ver cómo rompía el mar contra la roca volcánica, a escuchar el canto de las aves marinas mientras perseguían a un barco de pesca que cruzaba las aguas. El viento, al principio fresco, se volvió frío, y dejé que me acariciara la piel, serenando mi corazón, mi sangre, mi respiración, hasta que finalmente Byron salió de su cuarto y se plantó en la terraza de al lado, quedando separadas por una pequeña verja hecha con ramitas entrelazadas y un par de macetas.

Al rato, dijo:

—No te he visto entrar en el hotel.

Nuestro encuentro ya había quedado en el olvido.

—Ni en el ferry —añadió.

Me tenía miedo, lo cual suponía un giro interesante y conveniente de los acontecimientos. Creo que Byron14 se enorgullecía de su capacidad de observación, pero ahí estaba yo, surgida como por arte de magia, y eso la desconcertó, le produjo miedo.

No podía quedarme mucho tiempo en el hotel. Si éramos los únicos huéspedes, los propietarios se sorprenderían continuamente al verme con una llave.

—¿Una taza de café? —propuse—. ¿Algo de comer?

—Estaba pensando en salir a pasear por la montaña. Ya que he venido tan lejos...

No tenía prisa. Era una forma de reivindicar su poder. Sabía que no me iba a ir a ninguna parte.

—Me parece bien. Te veré cuando regreses.

Byron no salió a pasear por la montaña. Si hubiera podido recordar que me contó sus intenciones, seguramente habría actuado conforme a ellas. Yo me fui a correr por la playa. La orilla estaba cubierta de guijarros, que dejaban paso a la arena por debajo de una barrera de árboles colgantes. Me cansé después de apenas unos minutos y volví a subir la colina en dirección al hotel.

Anoté una hora y un lugar —el restaurante del hotel, limpiado a

toda prisa para recibir a sus inesperados huéspedes— y deslicé la nota por debajo de la puerta de Byron.

Me duché.

Me cambié.

Plan, plan B, plan alternativo al plan B. Si te aferras demasiado a un plan, puede que la pifies, pero si no te adelantas a los acontecimientos, la pifiarás seguro.

Me pregunté dónde estaría Luca Evard, y si alguna vez pensaría en mí.

CAPÍTULO 56

El plato nacional coreano es el *kimchi* .

Cuando viajas, es importante tener la mente abierta. Eso te permite entablar conversación con un desconocido, halagar a tu anfitrión, participar en una disertación y tener cierta perspectiva.

Digo esto como persona que probó el *kimchi* con una mentalidad abierta y le pareció asqueroso. Es posible, dirán los entendidos, que no haya probado uno de calidad.

Ingrediente básico: col, aunque también se puede emplear pepino o cebolleta. Se adereza con salmuera, ají, jengibre, rábano, caldo de gambas, caldo de pescado, etc. Se entierra en un recipiente de cerámica, se le puede añadir un toque de gambas fermentadas para favorecer el proceso, y se deja bajo tierra durante unos meses, hasta que el plato está listo para consumir. La primera coreana que fue al espacio, Yi So-yeon, viajó a las estrellas con el *kimchi* más caro conocido por el ser humano, después de que fuera tratado para eliminar las bacterias más dañinas y reducir su olor. ¿Quién querría pasarse seis meses en una estación espacial atufado por las mejores hortalizas fermentadas de la abuela?

Byron14 ya estaba en el piso de abajo, sentada a una mesa situada junto a un ventanal que daba al mar. Éramos las únicas personas que había en el restaurante. Cuando me senté, nuestra anfitriona dejó un plato de *kimchi* en la mesa junto con las cartas, para que nos fuéramos poniendo a tono para la comida.

Un rato de silencio. Las nubes que se extendían por encima del mar se oscurecieron, suprimiendo el sol, bloqueando el cielo. Los barcos más pequeños se dirigían al puerto, los cargueros parecían permanecer inmóviles en el horizonte, hasta que volvías a mirar y descubrías que se habían ido. La luz del restaurante reflejó nuestros rostros sobre el cristal. Esperé a que Byron hubiera ido al baño antes de salir de su cuarto, así podría captar su atención de forma ininterrumpida.

Al rato dijo, mirándome

(por primera vez)

(esta vez)

—¿Tienes Perfección?

Dejé el pendrive sobre la mesa.

Byron parpadeó, tomó aire brevemente, con un gesto de... ¿Sorpresa? ¿Entusiasmo? Puede que ambas cosas.

—¿Es esto? —preguntó, contemplando el pendrive.

—Es esto.

Se quedó mirándolo durante más tiempo del que posiblemente le

hubiera gustado, después me miró a mí, con un esfuerzo consciente. Todo su ser rezumaba inteligencia, suficiente, quizá, como para hacerse la tonta, como para sonreír y asentir con la cabeza al ver la estupidez de los demás. Aunque ahora no estaba fingiendo, le alegraba verme inquieta.

—¿Tantas vueltas de un lado para otro, para que al final me lo acabes dando durante la comida?

—Se me ocurrió que podrías invitarme a cenar.

Byron hablaba en voz baja, con un marcado acento inglés que le llevaba a comerse la mayoría de las vocales.

—Debo confesar que estoy perpleja. ¿A qué venía este viaje? ¿A qué venía tanto ajetreo?

—Quería hablar contigo a solas, cara a cara, en un entorno aislado, lejos de cualquier peligro.

—¿Por qué?

—Reunirnos cumpliendo mis propias condiciones me permite tener el control de la situación.

—Hay formas de ejercer el control sin correr riesgos.

—Dicho sin rodeos: quería conocerte en persona.

—Está bien —dijo al fin—. Aquí me tienes. ¿Ha valido la pena?

Di unos golpecitos sobre la mesa, rozando el pendrive con el dedo índice.

—Dímelo tú.

Nos quedamos en silencio. Un silencio ajetreado, armonioso. Se crearon impresiones, se formaron imágenes. Dejé que me observase, pero le sostuve la mirada, con gesto desafiante. Dejé que me observase y que sacara todas las conclusiones posibles, me daba igual, no tardarían en disiparse.

Se estaba formando una tormenta en el mar, sin truenos, sin rayos, solo el viento y las olas, una oscuridad repentina.

Finalmente, Byron dijo:

—No te vi en el ferry.

—No. No me viste.

—Y tampoco te vi en el puerto.

—No. Allí tampoco. Tengo unas cuantas preguntas.

Byron alzó ligeramente los hombros, agachando la barbilla.

—Está bien, dispara.

—¿Quién es Gauguin? —pregunté.

Esbozó una media sonrisa, miró de reojo hacia el mar, después al techo, por último volvió a mirarme a mí, tomándose su tiempo.

—Antes trabajaba para el gobierno.

—¿Y ahora?

—Ahora trabaja para la familia Pereyra.

—¿Por qué?

—Le pagarán mejor.

—Prefiero una respuesta más esclarecedora, por favor.

—Supongo que porque se sentía culpable. Fuimos amantes.

Tan claro, tan simple, tan rotundo. ¿Era mentira? ¿Era verdad? ¿Era una verdad con apariencia de mentira?

Byron siguió hablando, mientras deslizaba un dedo por el borde del plato de *kimchi* , sin probarlo.

—Rafe y Filipa creen que Matheus Pereyra fue asesinado. Gauguin piensa lo mismo; es más, cree que su deber habría sido impedirlo. Se siente culpable por haber fracasado.

—¿Y fue asesinado?

—El veredicto del forense fue inconcluyente. Había ambigüedades en el informe toxicológico.

—¿Gauguin cree que tú mataste a Matheus?

—Sí.

—¿Lo hiciste?

Byron frunció los labios durante un instante, después resopló, sonrió, me miró sin rastro alguno de satisfacción ni remordimiento, y dijo:

—Sí.

Sabía cuánto quería contar y lo que quería obtener a cambio.

—¿Por qué?

—Por diversas razones. ¿A ti qué más te da?

—Gauguin me relacionó contigo. Si no lo hubiera hecho, creo que me habría dejado en paz. Me mezclaste en tus asuntos.

—Eso no es del todo cierto.

—¿No?

—No —musitó, mientras ponía en orden sus pensamientos—. Por supuesto que no. Tú decidiste robar el Crisálida en Dubái. Decidiste hacerlo en mitad del evento público más importante de Rafe, delante de todo el mundo. Decidiste humillarlo, entorpecer las expectativas de Perfección en los Emiratos Árabes. Te metiste tú solita en todo esto, y Gauguin y yo simplemente nos vimos atraídos hacia ti.

—Yo solo quería los diamantes.

—¿Seguro? Había otras maneras de robarlos que no implicaban humillar a Rafe.

—Quería...

Dejé la frase a medias. Me di la vuelta para contemplar las nubes que se oscurecían por encima del agua, a lo lejos, allí donde el mar se fusionaba con el cielo.

Byron dejó sus palillos en la mesa, esperó. En Oriente, nunca dejes los palillos clavados en un cuenco de arroz cuando termines de comer. Eso se reserva para hacer una ofrenda a los muertos. Otras tradiciones: el cuatro es el número de la mala suerte, 四 , *sì* , se

pronuncia igual que muerte, 死 , y siempre debes recordar que... que... a la mierda. Da igual.

Byron estaba esperando a que me sintiera incómoda, a que me pusiera nerviosa, a que perdiera el control, a que la parte de mi cerebro encargada de la disciplina comenzara a llenarse de palabras y negaciones sin sentido. Esperó un poquito más, hasta que dijo, mirando hacia el pendrive que seguía encima de la mesa:

—Imagino que esta no es la única copia.

—No. ¿Por qué mataste a Matheus?

—No sé si es el mejor momento para hablar de eso.

—Lo es, créeme.

Byron inspiró una bocanada, después comenzó su relato, ensayado y comedido:

—Quizá porque fue el responsable de la muerte de miles de personas. No las mató él directamente, por supuesto. Matheus era mucho más que un gurú de los medios; invertía en política, era muy influyente, dirigía campañas. Eso no tiene nada de raro; era un hombre con dinero y una ideología. La ideología maquilla la verdad. Cuando se escribía un artículo sugiriendo, por ejemplo, que comer citronela era una cura tan efectiva para el cáncer como la quimioterapia, ordenaba a sus editores que lo publicaran. Obviamente, el estudio lo había escrito un chiflado y era desestimado inmediatamente, pero él se hacía eco de ello. Un policía abatió a tiros a un niño; el poli fue considerado un héroe por orden de Pereyra, y al niño se lo tachó de ladrón incorregible a sus trece años. El poli era blanco, el chico era negro. La historia de siempre. Una campaña electoral basada en odiar a los extranjeros, a los pobres, a lo desconocido, mentiras que los expertos se ocupaban de desmontar, por supuesto... pero Matheus Pereyra no publicaba las opiniones de esos expertos, lo único que publicaba era... bilis. La bilis que asola el mundo.

»Por aquel entonces yo estaba trabajando para el gobierno, y un día recibí una llamada donde me decían que Matheus iba a publicar un artículo sobre la exmujer de un diputado. El diputado estaba siendo juzgado por corrupción: había maquillado las cuentas y les había vendido activos públicos por valor de 1,3 mil millones de libras a unos amigos suyos por 400 millones, quedándose con una jugosa comisión de 150 millones. Pero también se dedicaba a pegar a su esposa, hasta que esta un día se cansó, reunió todos los archivos de su marido, con pruebas sobre lo que había hecho, y acudió a la policía.

»La metimos en protección de testigos, le dimos un nombre nuevo, una identidad nueva. Matheus la encontró. El titular decía: «El rostro de la traición», seguido por un reportaje a cuatro páginas donde la tildaban de drogadicta, adúltera y mentirosa. Publicaron fotos

suyas, de su casa, de sus hijos. Les dije que el artículo quedaba embargado por orden judicial. Les dije que no lo publicaran, porque pondrían en peligro una investigación en curso. Hablé con el mismísimo Matheus. Y él se limitó a mirarme y me dijo: «Se siente, zorra.»

Repitió esas palabras con gesto ausente, como si le parecieran muy lejanas, como si hubieran perdido su efecto de tanto pensar en ellas.

—La causa por corrupción no prosperó, claro, y el diputado se fue de rositas y recuperó su escaño. El día después de que se llevara a los niños a vivir con él, su esposa se metió una sobredosis de pastillas. No murió, no es fácil calcular esas cosas. Llevamos a Matheus a juicio por comprometer el caso. Perdió, le obligaron a pagar una multa de 75.000 libras. Se echó a reír cuando se enteró. «Se siente, zorra», me dijo, y no me extraña. Ese hombre podía hacer lo que le diera la gana, y a los demás no nos quedaba otra que aguantarnos. Frases publicadas en primera plana: «El primer ministro mintió», «Provoca cardiopatías», «El inmigrante asesinó a su casera». Todas esas vidas destruidas, la represión del debate, la morralla frente al contenido, la simplificación, la cosificación, la destrucción brutal del pensamiento que promulgó, para desgracia de la humanidad. Los muertos que se negaron a someterse a tratamiento porque la citronela les iba a funcionar, las pistolas que se dispararon porque esos hombres son unos extremistas que vienen a quitarnos el trabajo, las mujeres tachadas de fulanas, de putas, de malas madres, los tipos que se salieron con la suya porque estrecharon las manos adecuadas... ¿Y tú te preguntas por qué alguien querría verlo muerto?

Asentí con gesto ausente, mientras pensaba en Luca Evard, y respondí, sin mucha convicción:

—Vivimos en el mundo moderno... hay otras formas de conseguir justicia...

—¿Por ejemplo?

—La verdad.

—No sirve para nada, si no consigues que la gente la escuche.

—La ley.

—No, si no tienes dinero para pagarla.

—La historia está repleta de batallas en las que los oprimidos han vencido a los opresores.

—¿De veras? Dime una victoria que fuera significativa. Cuando se produjo el desastre de Bhopal murieron más de tres mil personas, y otro medio millón quedaron heridas o incapacitadas. ¿El resultado? Siete exempleados de la empresa química fueron condenados a dos años de prisión y a pagar una multa de 2.000 dólares. A la empresa matriz la multaron con 450 millones de dólares, y ahora es el tercer

productor de pilas del mundo. Deepwater Horizon, once muertos y casi cinco millones de barriles de crudo vertidos al mar. BP recibió una mul-ta de 4,5 mil millones de dólares. Beneficios de BP en 2013: 23,7 mil millones de dólares. ¿Quieres cifras más personales? Odio entre razas, discriminación por motivos religiosos o de género; reportajes sobre el cambio climático, sobre descubrimientos científicos, sobre avances médicos, frente a informes sobre cifras de inmigración, crímenes violentos y celebridades. ¿Quieres que analicemos la verdad? ¿La amarga y pisoteada verdad? Dime, en un mundo donde la riqueza es poder, y donde el poder es la única fuente de libertad, ¿qué no harían los desesperados con tal de que los escuchen?

»Derechos civiles, emancipación sexual, libertad de expresión, la abolición de la esclavitud... Necesidades económicas. En 1789, los franceses se rebelaron y se toparon con un emperador. Los norteamericanos se libraron de los británicos y esclavizaron a los africanos. La Primavera Árabe floreció, y los militares y los yihadistas se hicieron con el poder. Internet nos dio voz a todos, ¿y qué fue lo que descubrimos? Que la victoria recae sobre los que más gritan y que la razón no vende. ¿No has oído a los curas proclamar que los dóciles heredarán la tierra? ¿No te has preguntado si los reyes de antaño se partirían de risa al oír eso? Tu recompensa llega tras la muerte. El nirvana. La rueda de la vida gira y evolucionamos de animales a mujeres, de mujeres a hombres, de hombres a reyes, de reyes a dioses, de dioses a... la perfección. ¿Y qué es la perfección ahora? No es la crucifixión, ni la pobreza sobrellevada con paciencia en la cumbre de una montaña. No, la vida perfecta consiste en tener un sueldo anual de 120.000 libras, un Aston Martin, una casa valorada en 1,6 millones de libras, una mujer, dos hijos y al menos un par de viajes al extranjero al año. Perfección es un ídolo construido a partir de la opresión. Perfección es el paraíso que mantiene reprimidas a las masas, la promesa de una vida futura que sofoca la rebelión. Perfección es el desprecio que siente hacia sí misma una mujer con sobrepeso cuando ve a una modelo esbelta en la tele; perfección es el resentimiento que experimenta una persona con un buen sueldo cuando ve a un maldito millonario. La perfección mata. La perfección destruye el alma.

Silencio.

No había levantado la voz en ningún momento. Había pronunciado mil veces esas palabras, aunque puede que solo para sus adentros. El sol estaba cayendo por el horizonte, su trayectoria se reflejaba sobre las aguas y sobre la parte inferior de las nubes, negras y doradas. Nuestra anfitriona, al ver una oportunidad para intervenir, se nos acercó como una centella al grito de «¿Ya saben lo que van a

pedir?».

Byron fue sobre seguro: pidió un plato vegetariano, con tallarines y col, con huevo y caldo. Yo elegí un plato al azar y sonreí fugazmente mientras la mujer recogía las cartas y se llevaba los vasos. Ni Byron ni yo pensábamos beber esa noche.

Silencio.

—Hazte rico —dijo al fin—. Adelgaza. Medícate. Cómprate un coche. Cásate. Sé perfecto.

—A veces es complicado saber cuánto vale tu vida.

Torció ligeramente los labios. ¿Un gesto de desdén, quizá? Byron seguía siendo una desconocida para mí. Pero daba igual; pensaba seguirla hasta los confines de la tierra, cruzármela cien veces hasta que llegara a conocerla.

—«Valor» es un concepto casi tan peligroso como «perfecto» —dijo—. «Valioso», que significa...

—Importante. Honorable. Tener mérito. Poseer cualidades dignas de reconocimiento y atención.

—¿Y acaso no somos valiosos? —preguntó, haciendo rodar la punta de un palillo de cerámica ente el pulgar y el índice de la mano derecha—. ¿Nuestras vidas no tienen ningún mérito? ¿Acaso no somos generosos con nuestros amigos, amables con los desconocidos, diestros en nuestro trabajo, puntuales con el pago del alquiler, cariñosos con los niños, prestos a llamar a una ambulancia cuando vemos a alguien que es atropellado por un coche, considerados con nuestros actos y nuestras palabras? ¿No tenemos suficiente valía? ¿Acaso no somos ya perfectos? ¿No somos perfectos tal y como somos?

—No tengo a nadie con quien poder comparar esa cualidad.

—¿Crees en Dios?

—No.

—¿Tienes ojos, juicio propio?

—Y veo el mundo, pero no cuento con otros puntos de vista con los que poder comparar el mío.

—Claro que sí. Cuentas con las palabras de amigos y desconocidos. Cuentas con la capacidad de conversar y razonar. Cuentas con el pensamiento crítico, que se puede fortalecer hasta que alcance su nivel máximo. En resumen, no necesitas que el mundo te diga cómo tienes que ser. Especialmente si el mundo te dice que no eres lo bastante buena.

—Soy una ladrona —dije, y por primera vez desde hacía... no sé ni cuanto... no lo dije con orgullo. Fue más bien con... rabia.

De nuevo, Byron se encogió de hombros. Esas cosas no le importaban.

—Si viviéramos en otros tiempos, es posible que se compusieran poemas épicos en tu honor. En nuestra época, el 0,7 por ciento del

mundo posee el 48 por ciento de la riqueza. ¿Ser un ladrón te parece algo tan grave?

—Sí —repliqué, con una vehemencia inesperada—. Si robase por una buena causa, tal vez; si robase por una razón importante...

—Vale la pena vivir —repuso Byron—, cuando la alternativa es la muerte. La vida es un bien muy valioso.

—Pero Matheus Pereyra murió.

—Y sus hijos construyeron Perfección. La vida es complicada. Desafía cualquier orden matemático o las balanzas de la justicia.

Me incliné sobre la mesa, entrelazando los dedos, con la barbilla apoyada sobre el arco que formé con mis manos.

—¿Y por qué no matar a Filipa? —pregunté—. Ella diseñó Perfección.

—Sería mejor matar a Rafe. Fue él quien convirtió un proyecto científico en un producto comercializable. Filipa siempre ha sido una niñita asustada; pensó que podría programar a la gente para ser más inteligente, más amable, más valiente, porque esos son todos los atributos que a ella le faltan. Rafe vio su trabajo y lo convirtió en un algoritmo que hace que los ricos sean más ricos y los pobres más pobres, que divide a las personas y se beneficia de las inseguridades de la humanidad. Él creó el 106.

»Siempre ha habido élites. Tres cuartas partes del Gabinete del Reino Unido son millonarios. Conseguir un asiento en el congreso de Estados Unidos cuesta alrededor de diez millones de dólares. El 106 no es nada nuevo. Pero los tratamientos, sí.

Se me entrecortó el aliento. Byron se dio cuenta, vio cómo me esforzaba por disimularlo y cómo fracasé en el intentó. Sonrió. Fui consciente de que le tenía miedo, mucho miedo, a Byron14.

—Háblame de ellos.

—¿Qué has observado?

—Aquí tienes todo lo que Filipa creó para Perfección —respondí, dando unos golpecitos en el pendrive—. El código de la aplicación, los nombres de la gente que la utilizó, los procedimientos científicos en los que se basan los tratamientos... y a un precio inmejorable, además. Dime lo que quiero saber.

Byron lanzó un suspiro exagerado mientras se re-costaba en su asiento. Esa era una de las muchas cosas que estaba dispuesta a dar sin pedir nada a cambio, una pequeña verdad, quizá para suavizar todas las demás mentiras.

—Los tratamientos fueron creados por Filipa Pereyra. Una niña retraída a la que castigaron por serlo, lo cual, por supuesto, solo sirvió para que se retrajera todavía más. Ha aprendido a disimularlo bastante bien, pero solamente es un... algoritmo, por así decirlo. Una rutina aprendida a base de números mientras intenta abrirse camino

en la vida sirviéndose de cálculos matemáticos. Yo diría que se siente muy sola.

Yo pensaba igual.

(Eres una desconocida para mí. ¿Eres tú?)

(Cuánto se alegró de conocerme, aquella última vez.)

—Continúa —susurré.

—Se dedicó al estudio de la mente. Su familia se lo permitió; no tenía sentido inmiscuirla en asuntos de negocios, ya que todo eso iba a quedar en manos de su hermano. Pero su investigación se volvió cara, compleja. Su familia no alcanzaba a comprender en qué estaba trabajando, no hasta que se arruinó, dejándose por el camino gran parte de sus ahorros. Eso fue hace... ¿dos, tres años después de que muriera su padre? Rafe le echó una mano, pero antes que hermano, es un hombre de negocios. El precio fue la investigación de Filipa. Ella aceptó, por supuesto. A ella le daba igual quién fuera el dueño de su trabajo, siempre que pudiera seguir adelante con él. Los tratamientos comenzaron como un experimento para ayudar a niños con defectos graves en el habla. Creo que había electrodos de por medio... Todo muy técnico.

Estimulación cerebral intensiva. El uso de una sonda que provoca una ligera corriente eléctrica, que a su vez genera actividad en regiones del cerebro que de otro modo no se verían estimuladas. Una herramienta que llevaba mucho tiempo sin probarse, aunque se habían hecho algunos avances prometedores en el tratamiento de la depresión, la esquizofrenia, la apoplejía... Era necesario seguir investigando.

(¿Dónde había leído eso? En Tokio, en el hotel, mientras buscaba información sobre Filipa. «El pensamiento es fruto de la retroalimentación», decía. «La repetición de una idea fortalece las conexiones neuronales.» Una frase sencilla, fácil de decir a la ligera, sin ofender a nadie, que albergaba en su interior los cimientos básicos de la consciencia.)

A Byron no le interesaba tanto el cómo, como el qué.

—Obviamente, los resultados no guardaron demasiado interés para Rafe. Podría venderlos por cierta suma, pero no eran algo que pudiera anunciar en los periódicos. Entonces su hermana le contó cuál era el objetivo último de su investigación y, claro está, eso le resultó mucho más interesante.

—¿Y cuál era ese objetivo? —pregunté, aunque ya presentía la respuesta que estaba a punto de confirmarse.

—Hacer mejor a la gente. A todo el mundo. Perfección es una herramienta de estilo de vida. Recompensa las actividades positivas, castiga las negativas... nada nuevo. Los tratamientos son el siguiente paso. Tomas una mente humana normal y corriente, con todos sus

fallos y sus miedos, y le impones un... —Hizo una pausa, sonrió y soltó una risita al pensar en lo que iba decir, aunque sin rastro de humor—, un patrón «mejor». Frente a la duda, confianza. Frente al miedo, valentía. La ansiedad se convierte en ambición, la humildad se convierte en aplomo. Los tratamientos suprimen los comportamientos humanos que se consideran imperfectos, los fallos en el carácter, por así decirlo, y los reemplaza con un modelo de humanidad que resulta... «perfecto». Sí, esa es la mejor definición en este caso. El hombre perfecto. La mujer perfecta. En sí misma, puede parecer una idea atractiva. Filipa estaba encantada con ello; no con el concepto de perfección, sino con la idea de ser capaz de mejorar a la gente. Cuando se puso manos a la obra, fue capaz de devolverles la voz a los mudos, de ayudar a la gente que sufre una depresión a alcanzar un nivel desde el que poder empezar a reconstruir su vida. Suprimió fobias, ayudó a los tímidos a hablar en público, y todo gracias a la ciencia. Para Filipa, creo yo, resulta más fácil hacer ciencia que actuar como un ser humano. Entonces, Rafe se apropió de su producto y lo retocó según sus intereses. El éxito ya no radicaba en superar una ansiedad crónica; los tratamientos empezaron a ofertarse a los miembros del 106, para ayudar a esa nueva élite a convertirse en algo más. Rafe se preguntó qué comportamientos resultaría... *sexy* reforzar. En qué querrían convertirse sus clientes. Encontró la perfección. Una perfección definida por las revistas y los culebrones, por las estrellas de cine y los gerifaltes de la industria. La persona perfecta, encantadora, refinada, ambiciosa, segura de sí misma... El monstruo perfecto. ¿Crees que estoy exagerando?

Parker, sonriéndome en Tokio. Negándose a ayudarme cuando estaba abrasada en Estambul.

—No —respondí—. No lo creo.

—Filipa ha ideado un mecanismo para que la gente se vuelva perfecta... y homogénea. Perfección te ofrece el Nirvana en un electroimán.

Nirodha y *magga* , liberarse del *samsara* , el final del camino óctuple de los budistas.

—Quizá sea una especie de paraíso —musité—. Puede que los del 106, cuando son perfectos, se vuelvan también libres.

—Es posible —respondió Byron, haciendo rodar los palillos entre sus dedos—. Libres de dudas, ansiedad, culpa, compasión, empatía, y de todo lo que conllevan. Solo es cuestión de tiempo que los tratamientos se extiendan más allá del Club 106. Son una buena medida de prueba; voluntarios, monitorizados a través de Perfección. Rafe conoce el potencial económico que tiene, y no tengo dudas de que lo acabará vendiendo. ¿Te imaginas un mundo en el que todas las personas se sometieran a esos tratamientos? ¿Te imaginas un planeta

repleto de clones felices, sonrientes, perfectos?

—Sí. Creo que sí.

—¿Y no te horroriza? —murmuró, mientras dejaba los palillos en el borde de su mantel, con un exagerado gesto de sorpresa—. Es obsceno.

—Hay muchas cosas obscenas en el mundo. ¿Por qué te interesa tanto esto?

—Vaya, ¿no puede ser que simplemente tenga una causa por la que luchar? Los ecologistas protestan contra el cambio climático, y eso que el deshielo del Ártico aún no les ha afectado directamente.

—¿No me lo quieres contar?

—¿Y tú me vas a contar por qué robaste los diamantes Crisálida?

—Quería dar un poco por saco a esa panda de ricos. Quería verlos asustados y humillados. Una amiga mía... bueno, en realidad no lo era... Una chica tenía Perfección, y se sentía muy sola. Yo no me di cuenta, y ella se murió, pero a los demás les importó una mierda. Así que pensé... que les jodan. Fue un pequeño lapsus de profesionalidad.

—A mí eso me suena a causa por la que luchar.

—No, no era nada de eso. ¿Me lo vas a contar o no?

Byron cogió un trozo de *kimchi* con la punta de sus palillos y no respondió.

Me recosté en la silla, con los brazos cruzados. El pendrive seguía sobre la mesa, y por un momento me planteé levantarme, tirarlo al mar, y ver si eso le borraba la sonrisa de la cara.

Las dos permanecimos inmóviles. Al rato dije, señalando hacia el pendrive con la barbilla:

—¿Qué vas a hacer con la información que contiene?

—Adivina.

—No. Ya he perdido mucho tiempo adivinando. A veces hay que poner coto a las fantasías.

—Voy a sabotear Perfección, a destruirlo desde dentro. Le mostraré a la humanidad que es algo obsceno, y nadie lo olvidará.

Torcí el morro. Byron se dio cuenta, pero no supo interpretar el gesto, así que frunció el ceño. Me mordí el labio, miré al suelo y pregunté, sin levantar la cabeza:

—¿Morirá gente?

—Es posible. —El pendrive seguía sobre la mesa, el código fuente del Nirvana, un mundo sin miedos, un paraíso sin dudas. Byron ladeó ligeramente la cabeza, con las cejas enarcadas—. ¿Hay algún problema?

—Puede. Supongo que... sí.

—Para destruir Perfección debo destruir la capacidad de Rafe para venderlo. Para impedir que la gente busque esos tratamientos por voluntad propia, el daño debe ser significativo.

—Hay formas de conseguir eso que no implicarían dejar un rastro de cadáveres.

—Quizá tengas razón. Quizá no.

Silencio. Abrí la boca para decir que me parecía una idea obscena, risible, indigna; qué nos creíamos, quiénes éramos nosotras para juzgar, para opinar, una asesina y una ladrona, una idea ridícula, sí, sencillamente ridícula.

No pude articular palabra.

Llegó nuestra anfitriona. Cuencos de cerámica repletos de caldo y fideos, de col y callos fritos, bolitas de pescado y, por supuesto, más *kimchi* para matar el sabor.

Byron era diestra con los palillos. Sostuvo el cuenco con las dos manos y sopló la nube de vapor que emergía de la superficie. Dio un sorbo de sopa, sin necesidad de usar cuchara.

—¿Puedes replicar los tratamientos? —pregunté.

—Si esto contiene todos los datos de Tokio... sí.

—¿Puedes eliminar todo lo que programó Rafe?

—¿Para qué?

—Hay partes del diseño de Filipa que vale la pena conservar. Tú misma has dicho que comenzó como una terapia del lenguaje, como un tratamiento para la depresión...

—Una vez que empiezas a intentar reprogramar el cerebro humano desde fuera, no hay manera de pararlo —replicó, con una dureza que creo que incluso a ella le pareció excesiva.

—¿No es ese el argumento que se ha usado siempre en contra de la ciencia? Las terapias genéticas, los antirretrovirales, la transgénesis, la energía atómica...

—Gracias a los cuales tenemos una cura potencial para el cáncer, cosechas capaces de sustentar a una población humana con miles de millones de individuos, bacterias resistentes a los fármacos y la bomba nuclear —dijo Byron—. No soy ludita, pero si la historia de la humanidad nos ha enseñado algo es que somos como niños, y esto es un juguete que no deberíamos utilizar.

—Creo que te equivocas —repuse—. Creo que hay algo en los tratamientos de Filipa que podría ayudarme. Estoy de acuerdo contigo en casi todo lo que has dicho... Estoy de acuerdo en que son obscenos, y en que se han convertido en algo maligno. Pero la tecnología de base, tal y como la concibió Filipa, no es ni buena ni mala, solo es una herramienta. Creo que podría ayudarme a convertirme en algo que no he vuelto a ser desde hace mucho tiempo, y necesito saber si tienes la capacidad de extraer esa información, o si tengo que volver a recurrir a Filipa para conseguir lo que necesito.

Se dibujó un gesto de sorpresa, marcado y genuino, en el rostro de Byron. Me había exaltado demasiado, nuestra anfitriona nos estaba

mirando desde el otro lado de la sala. Byron dejó el cuenco sobre la mesa, los palillos a un lado, dedicó unos segundos a poner sus pensamientos en orden, y finalmente susurró:

—¿Quieres someterte a tratamiento?

Dejé escapar un suspiro que llevaba un tiempo alojado en el fondo de mi estómago y dije:

—Sí.

—¿Por qué, si se puede saber?

Horror, indignación, incomprensión, por mi parte y por la suya. A lo mejor pensaba que había empezado a conocerme, y de pronto se dio cuenta de que estaba equivocada.

—Porque la gente se olvida de mí —respondí—. Llevo demasiado tiempo sola. Antes daba igual. Me las arreglaba bien. Tenía mis... mis reglas. Correr, contar, caminar, hablar, conocer, siempre descubriendo cosas nuevas, llenando ese espacio donde... donde debería haber otras cosas, cosas como... trabajo, o amigos, o... Pero daba igual. Me iba bien. Porque eso era lo que había que hacer, y... y entonces vi a Parker. Al único e inimitable Parker de Nueva York. Recordaba esas palabras, recordaba haberlas escrito, haberlas leído... pero no me acordaba de él. Entonces, se sometió a un tratamiento, y ahora me acuerdo de él.

Byron presionó los palillos entre sí, después levantó las manos y entrelazó los dedos suavemente; un acto consciente, un recordatorio físico de que debía actuar de una manera y no de otra. Programación neurolingüística, una cinta de goma alrededor de la muñeca. La tocas y ya eres otra cosa, la tocas y te quedas tranquilo. Byron estaba tranquila, era la calma personificada.

En cuanto a mí, hiciera lo que hiciese, estaba aterrada.

Despacio, comprendiendo/sin comprender, con el ceño fruncido, los labios apretados: así era Byron, reflexionando.

Reflexionar: darle vueltas a algo. Pensar detenidamente.

Pensemos en los lirios del campo cuya fragancia es efímera;
nosotros somos como ellos,
la flor desaparece y se pierde el aroma.

¿El conocimiento reprime las lágrimas? «Como los lirios del campo», poema de Christina Rossetti, 1830-1894. ¿Anega el conocimiento ese lugar donde deberían estar la fantasía, la imaginación, el amor y la amistad? ¿Llena la respiración el vacío donde debería estar mi humanidad, madurada y enriquecida a partir de la experiencia humana, de la experiencia de los seres humanos? ¿No soy nada más que eso?

(Búsqueda en Google: mujer perfecta. Los labios como la famosa X, el pelo como la famosa Y, marido, coche, casa, anillo de diamantes, joven, blanca, un hijo, quizá dos... Hubo una época en que quería ser perfecta, nadie se interpuso en mi camino porque no había nadie a mi alrededor, detrás de mí, a mi lado, solo estaba yo, mi voluntad, Nietzsche, la voluntad de poder, cristiandad, el triunfo de la debilidad, palabras y más palabras, pensamientos y palabras, ¡¡a callar ya, a callar!!)

Entonces, Byron dijo:

—Que te olviden es una manera de ser libre. Lo sabes, ¿verdad?

Qué fácil es decirlo, ver solo una pequeña parte de un conjunto mucho mayor. Al escuchar esas palabras, estampé las manos sobre la mesa con tanta fuerza que se derramó un poco de sopa del cuenco, los cubiertos tintinearon, Byron se sobresaltó y yo grité:

—¡Nunca he sido libre!

Grité tan fuerte como para asustar a la anfitriona, como para eclipsar todos los demás ruidos, así que el silencio, cuando se asentó sobre la estancia, resultó ensordecedor.

Soy mi aliento. Soy mi aliento irregular y entrecortado. Soy mi rabia. Soy mis lágrimas (no me di cuenta de su llegada). Soy la justicia. Soy la perdición. Estoy aquí, soy real, acuérdate de mí, recuerda esto, ¿cómo podría alguien olvidarlo? ¿Cómo puedes mirar mis ojos enrojecidos, mi cara surcada de lágrimas, cómo puedes escuchar mi voz y olvidarte de mí? ¿Eres un ser humano? ¿Lo soy yo?

—Está bien —susurró Byron al fin, y lo dijo con dulzura.

Soy mis dedos aferrados a la mesa.

Soy la mesa.

Un armazón de plástico y de metal.

Soy el frío.

Soy el cielo que se oscurece en el exterior.

Soy el oleaje del mar.

Las lágrimas no son más que agua caliente y salada sobre mi rostro, nada más. Elementos químicos. Mucina, lípidos, lisozima, lactoferrina, lipocalina, lacritina, inmunoglobulinas, glucosa, urea, sodio, potasio... Las lágrimas no son más que eso. Un mecanismo biológico para limpiar el ojo. Un dato curioso: las lágrimas de emoción tienen una composición química ligeramente distinta a la de las lágrimas basales o reflejas.

Soy el conocimiento.

—Está bien —volvió a decir Byron.

Cuánta amabilidad se percibía en la voz de esa mujer mayor que me sonreía desde el otro lado de la mesa, resistiendo, quizá, la tentación de cogerme de la mano.

Le hice dejar por escrito los términos de nuestro acuerdo.

Porqué: tras haberle entregado el código fuente de Perfección, Byron14 concederá a Porqué, tan pronto como sea posible, información y acceso a tratamientos que le permitan dejar de ser olvidada.

Lo firmamos las dos.

No comentamos nada de las posibles represalias si una traicionaba a la otra. Habría sido una grosería.

Saqué una foto de la servilleta en la que habíamos firmado nuestro acuerdo. Ella también. Después le dije que sacara un primer plano de mi cara, sujetando la servilleta por debajo. Me preguntó por qué, le dije que para que se acordara.

No volvió a preguntármelo.

Cenamos, y Byron me contó un chiste sobre un pez que le había contado un oligarca ruso. Era largo y sorprendentemente verde.

Sentí los surcos salinos que habían dejado las lágrimas al secarse sobre mi piel, pero eran las lágrimas de otra persona. Yo solo era una voz. Le conté el chiste del patriarca, el rabino y el mulá.

Byron se rio con ganas, fue una risa sincera, y cuando nos trajeron la cuenta, la pagó sin preguntar, después miró hacia el mar oscurecido y dijo:

—¿Cómo nos mantendremos en contacto?

—Te enviaré un mensaje con mis instrucciones. Quédate la servilleta, como recordatorio de tus compromisos.

—No creo que se me olviden.

—Claro que te olvidarás —repliqué, sin resquemor—. Pero yo te ayudaré a recordar.

—Tenemos un trato, aunque no entiendo tus condiciones.

Nos dimos la mano. Byron tenía callos en los pliegues de la mano derecha, reforzados y desgastados por la repetición. Me pregunté si tendría hijos, y supuse que, de tenerlos, debían de quererla mucho.

—Eres una mujer extraordinaria, Porqué —musitó—. Por raro que haya sido este encuentro, me alegro de haberte conocido.

—Me llamó Hope —dije—. Tendrás la oportunidad de volver a conocerme otra vez.

Esperé a que nuestra anfitriona retirase los platos, dejé mi servilleta sobre la mesa, al lado del pendrive, sonreí educadamente y me marché.

CAPÍTULO 57

Cosas que echo de menos de ser recordada:

- Amistad
- Amor
- Compañía
- Certeza
- Comprensión
- Perspectiva

Cosas que es imposible hacer sola:

- Construir un monumento
- Besar
- Obtener referencias
- Jugar al póquer
- Contarle tus problemas a un amigo

Una pregunta: ¿vale la pena dejar que Filipa me conecte unos electrodos al cráneo para eliminar todo rastro de lo que soy y de aquello en lo que creo, si eso me permite ser recordada?

Me he pasado la noche en vela y no sé cómo responder a eso.

CAPÍTULO 58

El ferry de vuelta a Mokpo.

Byron iba a bordo, sentada en el mismo lugar que a la ida, con el ceño fruncido, los puños apretados sobre el regazo. ¿Habría dormido algo esa noche? Tenía ojeras, puede que el sonido del mar la mantuviera despierta.

Pasé junto a ella un par de veces, y en todas ellas pareció sorprendida, extrañada de que sus dotes de observación la hubieran abandonado.

Sonreí una vez, fruncí el ceño otra, la ignoré la tercera vez, regresé a mi asiento con una botella de agua con gas, di un sorbo y volví a asomarme al mar.

Nos bajamos del ferry en Mokpo, con las piernas flojas después de la travesía por el mar. Byron pareció desconcertada durante unos segundos, pero negó con la cabeza y se dirigió a paso ligero hacia la ciudad, sin necesidad de consultar un mapa.

La seguí hasta la estación. Me vio varias veces, pero cada una era la primera vez, así que no le dio importancia. Compró tres billetes para tres destinos diferentes, se subió al primer tren y se volvió a bajar cuando las puertas estaban a punto de cerrarse. Yo la seguí dando bandazos, y ella me vio, destrozando por completo mi coartada, pero, de nuevo, no tardó en olvidarlo.

Se subió al segundo tren, un convoy más lento que atravesó llanuras y colinas perfectamente redondeadas en dirección a Daegu. Me senté a unas cuantas filas de distancia, descubrí que mi asiento podía girarse ciento ochenta grados, solté una risita ante tal revelación, y al poco tiempo me aburrí. En Daegu, Byron reservó una habitación en un motel y yo reservé la habitación contigua. Esa noche, cuando Byron salió a cenar, me colé en su cuarto y registré sus pertenencias, que consistían en:

- Cinco pares de pantalones, negros
- Siete pares de calcetines, grises
- Dos sujetadores, negros
- Dos camisas, una blanca, otra gris, de lino y de algodón
- Dos pantalones vaqueros, azules
- Tres pasaportes: uno británico, otro francés y otro canadiense, con tres nombres diferentes
- Un machete, de cerámica
- Un cepillo de dientes
- Un tubo de pasta dentífrica
- Un frasco de colirio

- Unas gafas de lectura, de metal flexible, con muchas dioptrías en la lente izquierda y algunas menos en la derecha, que crearon dos mundos diferentes cuando miré a través de ellas
- Una guía de viaje de Corea
- Un ejemplar de la edición internacional del *Die Welt* , de cinco días antes
- Un frasco de somníferos, sin abrir
- Un portátil, protegido por contraseña

Había un pelo pegado con saliva a la tapa del portátil. Lo retiré, abrí la carcasa interna del ordenador e inserté una diminuta memoria flash que le había comprado a un traficante de Seúl. Cerré el portátil, volví a pegar el pelo en su sitio y saqué fotos de todo lo que estaba a la vista.

No encontré por ningún lado el pendrive de Tokio ni la servilleta en la que habíamos firmado el trato.

En una cafetería situada enfrente de la catedral de Gyesan, que era un edificio bajo de ladrillo rojo con arcos estriados, me bebí un café barato y mordisqueé las alitas de pollo correosas que me sirvieron en una bolsa de plástico. Después, volví a contactar con Byron14.

quedondeporqué: Te recuerdo nuestro trato. Tienes que darme acceso a todo lo que averigües sobre los tratamientos. Me ayudarás a desarrollar un protocolo para mi caso.

Byron14: Soy consciente de ello, por la servilleta que tengo en mi poder. Veo que lleva mi firma... aunque no recuerdo haberla firmado.

quedondeporqué: Confío en ti.

Byron14: No es habitual que haya confianza entre ladrones.

quedondeporqué: Tienes cara de ser honesta.

Byron14: ¿Me has visto la cara? A mí me encantaría ver la tuya.

quedondeporqué: Soy la mujer de la foto que tienes en el móvil.

Byron14: No recuerdo haberla tomado.

quedondeporqué: Pero la foto está ahí. Ponte en contacto conmigo cuando estés lista para cumplir tu parte del trato.

Byron14: ¿Me estás siguiendo, quedondeporqué?

quedondeporqué: No.

Me desconecté.

Busqué compañía en Daegu, pero lo mejor que pude encontrar fue una representación de *Turandot* en la Ópera de Daegu. El público del patio de butacas vestía de esmoquin y seda. La princesa china era interpretada por una albana, el príncipe persa por un coreano, y la mujer desesperada que muere por amor era argentina. Cuando Liu se apuñaló hasta la muerte por ese hombre que quería casarse con la princesa que la estaba torturando, una mujer de la tercera fila chilló aterrada, y yo me pregunté qué clase de tragedia personal la habría llevado a tener una reacción tan desmedida frente a un argumento tan malo. Al final de cada acto, los actores se asomaban al escenario para saludar y hacer reverencias, y cuando cayó el telón, las sopranos tomaron en brazos los ramos de flores que les dieron los tramoyistas, y el público se puso en pie para aplaudir.

Apenas conseguí mantener una conversación de diez minutos con una anciana que hablaba inglés de forma impecable tras haberlo aprendido, según me contó, durante el tiempo que trabajó como secretaria de un general norteamericano que se quedó en Corea después de la guerra civil.

—Antes, lo único que queríamos era la reunificación —suspiró—, pero ahora la gente cree que nuestras hermanas del norte no son de la misma especie, y menos aún que pertenezcamos a un mismo país. Todos deseamos que caiga el régimen, pero cuando eso ocurra, ¿quién le dirá a la gente del norte que no se alce en armas y nos maten a todos? Puede que lo mejor sea que todo siga como está.

—¿Eso cree?

La mujer frunció los labios e inclinó hacia delante su esbelto cuello, como de ave, mientras reflexionaba.

—Creo que es complicado. No conozco a nadie que intente resolver los problemas de la gente con números, salvo los generales y los políticos. No creo que las matemáticas sean capaces de arreglar el efecto que la guerra provoca en la gente.

Quise preguntarle más cosas, pero sonó la campana que anunciaba el final del descanso y, cuando terminó la ópera, el príncipe besó a la princesa y yo miré para otro lado, asqueada.

Por la mañana, descubrí que Byron se había marchado. Desde el hotel no le habían pedido ningún taxi, no tenían ni idea de adónde había ido, aunque tampoco había demasiadas posibilidades. Fui en taxi hasta la estación, la busqué desesperadamente, no la encontré, me reprendí por ser tan arrogante de pensar que podría localizarla, me

metí en el cibercafé más cercano, encendí mi portátil y me senté a esperar.

Tras cuatro horas y media de espera, cuando Byron se conectó por fin, me sentí tan aliviada que me eché a reír. El rastreador que había introducido en las tripas de su ordenador tardó un rato en señalar su posición, ampliando una porción del mapa, pero al fin la situó en un hotel en Gyeongju. Cuando llegué al hotel en cuestión, Byron había salido, pero robé la llave maestra de la recepción y me colé en su cuarto, donde todo estaba como debía estar: los calcetines doblados, una camisa puesta a secar junto al lavabo, el televisor apagado, un colchón individual extendido sobre el suelo de madera, un saco de dormir abierto y listo para ser utilizado. No logré encontrar su portátil, pero tras echar un vistazo al mío localicé a Byron en una cafetería situada a pocas calles de distancia, y fui para allá para ver cómo se comía unas empanadillas al vapor con la mano, enfrascada en su pantalla y en su trabajo. Mi pendrive estaba alojado en un lateral del portátil, copiando datos, transfiriéndolos, digiriéndolos. Con eso bastaba, al menos de momento.

A la mañana siguiente me desperté a las cinco de la madrugada, y a las seis escuché la alarma de Byron. Me senté a unas mesas de distancia durante el desayuno, la seguí por las calles, tomé el tren hacia Bulguk-dong, la vigilé mientras contemplaba las calles vacías y los tranquilos hoteles blancos que conducían a la colina donde se alzaba el templo. Un pueblo para turistas, hoteles que ofrecían sus servicios en coreano, japonés, chino, ruso, inglés, francés, alemán, español. Un único supermercado para los pocos residentes que quedaban, una oficina de turismo, redonda y con un tejado inclinado, una mujer dentro que le entregó un folleto a Byron y dijo:

—Ha hecho un viaje muy largo para venir hasta aquí.

Un aparcamiento, medio lleno, un camino de arena que discurría colina arriba, entre los árboles. Seguí a Byron a quince pasos de distancia, en dirección al templo que se ocultaba en esa colina, Bulguksa, designado por el gobierno como el «Lugar histórico y paisajístico nº 1 de Corea», no olviden visitar el centro de interpretación (inaugurado recientemente) y la gruta (sagrada, oculta entre las colinas). Esvásticas budistas talladas en antiquísimos tablones de madera; hojas secas de otoño flotando en la superficie de los estanques donde nadaban unas carpas anaranjadas, contempladas por un gatito gris que estaba pensando en la cena.

No había más seres humanos subiendo por la pendiente de la gruta, solo ella y yo, caminando. Un banco de piedra a la izquierda, después de un kilómetro y pico; un símbolo de un bodhisattva tallado en la roca, un río de aguas raudas, árboles mecidos por la brisa.

Un par de turistas coreanos que descendían por el otro lado, con mochilas y cámaras enormes, sonrieron a Byron al pasar, la saludaron con un ademán de cabeza. Me sonrieron también a mí, con ojos radiantes, perspicaces, y prosiguieron su camino. Escuché sus pisadas sobre la gravilla y las hojas; por detrás de mí, el traqueteo de las piedras que rodaban por la pendiente impulsadas por sus pasos, y avancé tres o cuatro metros más antes de darme cuenta de que sus pisadas se habían detenido. Giré la cabeza por encima del hombro y vi que me estaban mirando fijamente, sonriendo todavía, con cortesía e interés. Me alejé, vi a Byron al frente, de espaldas a mí, inmóvil mirando al suelo. Seguí caminando, después me detuve. Byron se dio la vuelta, con el móvil en la mano. Había una foto mía en la pantalla.

—Vaya —dije, mientras Byron examinaba la foto, mi rostro, comparando uno con otro.

—Hola otra vez —añadí, mientras miraba hacia atrás, hacia esos turistas que quizá en realidad no lo fueran, por la manera que tenían de moverse y de observarnos.

—Hola, Porqué —dijo Byron.

Un atisbo de duda, se me contrajo el estómago, pero mi voz se mantuvo firme.

—Hola, Byron.

—¿Puedo preguntarte cuántas veces nos hemos visto?

—En condiciones, solamente una.

—¿En Dadohaehaesang?

—Sí. Cenamos juntas.

—Eso pensaba yo. La cuenta reflejaba demasiada comida para una sola persona, aunque no recuerdo haber tenido compañía.

Los dos turistas, que definitivamente no eran tal cosa, se acercaron, se situaron apenas a un metro de distancia, sin resultar del todo agresivos, pero sin tener tampoco intención de marcharse.

—¿Alguna otra ocasión? —preguntó Byron.

—Hablamos por teléfono en Mokpo.

—¿De veras? Recibí un mensaje de texto para indicarme que me subiera a un ferry, pero tú no estabas allí.

—Sí que estaba.

—¿Y en el ferry de vuelta?

—También.

—¿Y en el tren?

—Sí, durante todo el trayecto.

—¿Me estás siguiendo?

—Por supuesto.

—¿Cómo?

—No con mucho éxito hasta este momento, pero ya cambiarán las tornas.

—¿Por qué... por qué que no consigo acordarme de ti?

—Por mi condición.

—¿Qué clase de condición?

—Dondequiera que voy, la gente se olvida de mí.

—¿Quieres decir...?

—Quiero decir que la gente se olvida de mí —le expliqué sin más.

Asintió lentamente, se tomó unos segundos para reflexionar. Entonces, sin dejar de mirarme a la cara, se metió la mano en el bolsillo y sacó otro teléfono móvil.

—Grabé la conversación que mantuvimos durante la cena —susurró—. Hasta la última palabra. Ahora estoy grabando esta.

El viento a través de los árboles, la esvástica tallada en el camino, símbolo de prosperidad y buena suerte en el hinduismo y el budismo, símbolo de muerte en Europa y Occidente.

Miré alternativamente a Byron y a los dos falsos turistas.

—Cierra los ojos —dije—. Cuenta hasta sesenta.

Byron titubeó, después los cerró. Yo también cerré los ojos, sentí el roce del viento en la nuca, la pendiente del camino bajo mis pies, el paso del tiempo, y no necesité números, no necesité reflexionar, entonces pasó el tiempo y yo permanecí inmóvil.

Escuché un gemido, brusco y asustado. Abrí los ojos, Byron me estaba mirando, agarrando su móvil con fuerza, con el pelo alborotado por la brisa, boquiabierta, con los ojos entornados.

Nos quedamos un rato en silencio. Byron asintió con la cabeza y uno de los turistas me quitó la mochila que llevaba a la espalda. No me resistí. Se puso a registrarla, revisó mi móvil, no encontró nada, me cacheó a fondo, deslizando las manos por mis brazos, mi pecho, mis piernas, rodeando mis talones, sin hallar nada de interés, después registró mi cartera, el pasaporte, el billete del tren. Nadie sacó ningún arma, pero éramos cuatro desconocidos en un sendero en mitad del bosque, y no sabía qué llevarían los turistas debajo de sus anoraks azules.

Durante todo ese rato, Byron se dedicó a observar. Fascinada, incapaz de disimularlo, anonadada, hasta que me preguntó:

—¿Por qué me olvido de ti?

La tensión que se notaba en su rostro se debía a algo más que la simple curiosidad, su rubor se debía a algo más que a una simple sensación de victoria. Tenía una intensidad que resultaba casi erótica.

—Porque sí —respondí, encogiéndome de hombros.

—No me vengas con esas —replicó, ofendida por mi respuesta.

—Si lo supiera, no te habría seguido.

—¿Qué pinto yo en ello?

—Los tratamientos que desarrolló Filipa consiguieron que la única otra persona de mi especie a la que conozco se volviera memorable. Le

arrebató su simpatía, su amabilidad y su alma, pero ahora me acuerdo de él. Eso me deja dos opciones: puedo acudir a Filipa y rogarle que repita el procedimiento conmigo, salvo por lo de la erradicación de mi corazón y mi mente, o puedo darte la información a ti, con el acuerdo de que algún día hagas por mí lo que yo no puedo hacer sola: conseguir que me recuerden. Como no te acuerdas de ese trato, aparte de la evidencia física de la servilleta, he decidido seguirte. ¿Por qué grabaste nuestra conversación? —pregunté.

Una respuesta sencilla, contundente y genuina:

—Porque me estoy haciendo vieja. Tengo una memoria excelente, pero puede que aparezca algún matiz nuevo a la segunda o tercera escucha.

—¿Y cómo me has reconocido?

—Tengo una foto tuya.

—Eso... no suele ser suficiente.

—Me quedé mirándola durante horas, pero por más que me concentrase, no conseguía acordarme de ti. Así que recordé las palabras. Creé reglas mnemotécnicas para tu descripción y memoricé el proceso de recordar. Sexo, altura, edad, cabello, color de los ojos, ropa... Simples palabras que no sirven de nada sin un rostro, pero que, en este caso, quizá fueran suficientes. Suficientes como para que, si te conducía hasta un sendero vacío, no me quedara ninguna duda. ¿No utilizas ninguna máquina?

Byron seguía mostrándose incrédula, tratando de desentrañar el misterio.

—No.

—¿Me has drogado?

—No —repuse—. Me viste y luego me olvidaste.

—¡¿Por qué?!

—Ya te lo he dicho: porque sí.

—Eso es imposible.

Byron miró hacia los dos turistas que seguían por detrás de mí.

—¿Recordáis haberme visto cerrar los ojos? ¿Os acordáis de esta mujer de aquí? —inquirió.

—Sí, señora —respondió la mujer, y el hombre dijo lo mismo. Tenían un ligero acento, puede que norteamericano.

—Ellos han tenido contacto físico conmigo —expliqué—. Tenían los ojos abiertos, así que no me desvanecí en su memoria a corto plazo. La gente solo se olvida de mí cuando se acaba la conversación. Tú también olvidarás este momento, por mucho que tengas tus grabaciones.

Byron asintió, lentamente. Preguntas por aquí, preguntas por allá, pero ninguna pareció apropiada. Nos quedamos inmóviles durante un minuto, después dos. Los dos minutos se convirtieron en tres, los tres

en cuatro, y entonces comprendí que Byron estaba contando. Estaba contando lentamente hacia atrás desde sesenta, y luego desde sesenta otra vez, usando la cadencia de los números para calmar su mente, para suprimir un torrente de hipótesis, de posibilidades y conjeturas, de hechos imposibles y probables, probados e inexplicables, condensando sus pensamientos en ese preciso instante y en lo que estaba a punto de ocurrir. Esa revelación me provocó un ataque de risa que se encaramó a lo alto de mi garganta, pero conseguí contenerlo antes de que pudiera estallar, y seguí esperando.

Sesenta, y sesenta más. Entonces, como si no hubiera pasado el tiempo, como si el viento no hubiera seguido soplando y el presente no se hubiera convertido en pasado, Byron levantó la cabeza y dijo, simple y llanamente:

—Si te pido que vengas conmigo, ¿lo harás?

—Seguramente no.

—No te haré daño.

—Es posible que no recuerdes esa promesa.

—Por favor, ven conmigo.

—No. Tarde o temprano tendrás que dormir, y cuando lo hagas, te olvidarás.

—Recordaré las conversaciones que hemos mantenido por Internet.

—Dejo una huella que se puede recordar. Puedes recordar lo que escribo, solo son mi rostro y mis actos los que desaparecen.

—Así que voy a olvidar esta conversación, pero si la transcribieras y me la enviaras por email, ¿la recordaría?

—Recordarías la transcripción. No es lo mismo.

—Así que quieres tratamientos.

—Sí.

—Entonces, como bien has dicho, tienes dos opciones: o acudes a Filipa y dejas que elimine tu alma, o te quedas conmigo.

Los mares erosionaron la tierra. Se alzaron volcanes desde el núcleo del planeta, basalto fundido convertido en piedra, cayeron cenizas, el mundo siguió girando. La luna creció y menguó, creció y menguó, ralentizó el paso dentro de su órbita, vagó sin rumbo por el espacio. El sol se volvió rojo e inmenso, las tumbas de los muertos se convirtieron en piedra fosilizada.

—Tengo hambre —dije—. ¿Sabes si hay algún sitio por aquí donde preparen sándwiches?

CAPÍTULO 59

Sus ayudantes se las habían arreglado para conseguir un 4x4 con el que atravesar las carreteras embarradas hasta llegar a un pequeño patio situado por detrás de la gruta, en lo alto de la colina. Desde el borde de la carretera casi se podía ver el mar, una línea de color gris más oscuro allí donde finalizaba el cielo. El bosque se mecía más abajo, las nubes circulaban por encima, dirigiéndose hacia el este a toda prisa, dejando hilillos algodonosos a su paso.

El interior del coche olía a productos químicos y a compañía de alquiler. En el respaldo de cada asiento había una foto mía, sujeta con chinchetas, y una nota escrita por la misma mano firme que decía: «Ella es _porqué».

El conductor, un tipo con una gorra de béisbol y gafas de sol, estaba esperando, con un cigarro consumiéndose entre dos dedos amarilleados y una camiseta del Manchester United henchida por el viento alrededor de su pecho flacucho. Tiró la colilla cuando nos acercamos, asintió sin decir nada y se dirigió a su asiento. Yo me senté atrás, entre Byron y la mujer, y no dije nada.

Circulamos en silencio, hasta que sonó el móvil del conductor y este respondió de mal humor, sujetándolo por debajo de la barbilla. Era su madre, que llamaba para ver qué tal estaba. Se encontraba bien, claro que sí, como siempre. Es que había oído que... Madre, estoy trabajando... Lo sé, cielo, pero es que quería decirte que...

El conductor colgó. Seguimos avanzando en silencio, Byron no me quitó el ojo de encima en ningún momento.

En cierto punto, el tipo que iba delante se dio la vuelta y se quedó embobado contemplando el bosque que se extendía a nuestro alrededor. Cuando volvió a mirar hacia atrás se sobresaltó al verme, y su compañero le miró y murmuró algo en coreano, algo sobre la verdad y la memoria... No conseguí descifrar nada más.

Entonces la mujer entrecerró los ojos y miró hacia otro lado, puede que con la intención de hacerlo solo durante un minuto como máximo, pero olvidó que estaba desviando deliberadamente la atención, así que volvió a mirar cinco minutos después y se le entrecortó al aliento. Se aferró a la correa que se encontraba por encima de la puerta mientras me miraba, por si acaso tenía que salir huyendo de su asiento.

Entonces se santiguó.

Censo, 2005, Corea del Sur: budismo, 22 por ciento. Protestantismo y catolicismo, combinados: 28 por ciento. Aunque había algunos fallos en la encuesta: a nadie le preguntaban si practicaba el confucianismo, o si honraba a sus ancestros, o si pedía

consejo a los chamanes. En ese rincón del mundo era completamente normal venerar a Jesús y a Guan Yin a la vez, manifestaciones, quizá, de la misma entidad, solo que expresadas de maneras diferentes.

Miré de reojo a Byron, que permanecía seria, callada. No me quitó el ojo de encima en ningún momento, estaba decidida a no dejar de advertir mi presencia.

En una estación de servicio de la autopista, paramos a por unas hamburguesas. No tenían sándwiches, y las hamburguesas eran una mezcla entre un McDonald's y un *bibimbap* , pero al menos eran comida. Byron comió en silencio mientras reanudábamos la marcha, y solo cuando se terminó hasta la última miga y yo me estaba chupando los restos de salsa de pepinillos de los dedos, dijo:

—¿Cómo te ganas la vida?

—Robando —respondí—. Soy una ladrona de primera.

Por lo visto, no tenía nada más que preguntar.

*

A unos veinticinco kilómetros antes de llegar a Daegu, hicimos en una parada en un pueblecito que se extendía a los pies de una montaña, compuesto por esos bloques de hormigón típicos de los años 60. Un pequeño edificio con descoloridas paredes beis y un tejado de tejas rosas se asomaba a un riachuelo que bajaba desde la montaña y fluía, con poca profundidad, sobre un lecho de rocas desgastadas. Un gato negro y blanco nos observó desde lo alto de un muro, mientras que, por debajo de él, un perro aletargado, gris y sin collar, abrió un ojo acuoso para observarnos; después miró al gato, luego otra vez a nosotros, y al no encontrar nada de interés, se volvió a dormir.

El conductor fue el primero en salir del coche, y de inmediato se encendió un cigarro, inspirando hondo mientras se recostaba sobre el capó. El hombre y la mujer emergieron lentamente, sin quitarme los ojos de encima durante más de unos pocos segundos. A continuación, salí yo, y el aire fresco consiguió calmarme un poco el mareo. Calma. Soy el frío, soy mi rostro mudo de expresión.

Byron me hizo gestos para que entrase al edificio. La seguí.

Un pasillo bordeado por esterillas de junco donde podíamos dejar los zapatos. Una colección de zapatillas de diferentes tamaños, decoradas con cuentas brillantes de plástico. Una escalera que conducía a unas estancias desconocidas; una foto del Dalai Lama en una pared, sonriendo mientras firmaba un libro con un rotulador. Una puerta que conducía a un salón que hacía las veces de cocina; cojines en el suelo, un televisor de pantalla plana pegado a una pared, un fogón, una colección de libros en coreano y en inglés. Una guía turística de la zona.

Era la casa de un viajero, amueblada para pasar breves estancias.

Byron me señaló un cojín y se sentó en el que estaba enfrente, doblando las piernas a duras penas. Se oyó un chasquido procedente de una articulación de su cadera. La mujer le dio un móvil, lo puso a grabar y lo colocó entre las dos. El hombre colocó una cámara digital encima de un trípode.

—Esta es la situación, Porqué —dijo al fin—. Uno de nosotros se quedará contigo en todo momento. Grabaremos todas las conversaciones. ¿Te apetece un té?

—No me importaría.

—No quiero que te sientas incómoda en ningún momento.

—Eso no lo veo tan fácil.

—Necesito entender lo que eres.

—Soy una ladrona.

—Necesito entender cómo eres.

—Te deseo suerte —dije, encogiéndome de hombros.

Una tetera sobre el fogón. Tres tazas a juego extraídas de una alacena. Una pregunta: ¿té verde o rojo?

Té verde para Byron; rojo para mí, gracias. Que esté bien cargado, con leche si es posible.

La mujer arrugó la nariz al oír eso, pero encontró un cartón, olisqueó el contenido, echó una gotita minúscula y no lo removió.

Bebimos en silencio, y Byron no me quitó los ojos de encima.

—Ya sabrás que, si me marcho, jamás conseguirás encontrarme —dije.

—Pero estás aquí, ¿no? ¿Alguna vez te han...? Perdona la palabra, pero es la única manera de expresarlo... ¿Alguna vez te han estudiado?

—Los médicos no recuerdan quién soy.

—Tengo contactos.

—No soy una rata de laboratorio.

—Entonces es que no te tomas en serio tu pretensión de ser recordada —se limitó a responder—. De ser así, estás en lo cierto: puedes marcharte y casi con toda seguridad no podremos encontrarte. Pero tú tampoco podrás encontrarme a mí, eso te lo aseguro.

Dicho esto, se levantó, sin dejar de vigilarme.

—Necesitas dormir —dije—. Entonces lo olvidarás todo.

—Yo sé lo que quiero sacar de todo esto —fue su respuesta—. ¿Y tú?

Se marchó, dejándome allí.

Un instante en plena noche.

Me senté a lo indio, delante de la cámara.

El hombre me observó, yo le observé también.

Byron dormía en el piso de arriba.

La mujer dormía al otro lado de la habitación.

Se turnaban para no olvidar.

Cada vez que se despertaban, se sorprendían al verme, pero siempre se dejaban una nota escrita: «Ella es _porqué, estás aquí para vigilarla, no lo olvides.»

Cada tres horas cambiaban de videocámara, la dejaban apuntando hacia mí, grabando.

A las dos de la mañana, el hombre se quedó frito.

Vi cómo se le desplomaba lentamente la cabeza, con las luces todavía encendidas, la cámara todavía activada, y esperé a que comenzara a acumularse un pequeño hilo de saliva en la comisura de sus labios, a punto de caer. Afuera, entre la oscuridad, se oían los ecos lejanos de la autopista y el cercano discurrir del agua. Me levanté, apagué la cámara, me serví otra taza de té, salí a la calle y me puse a mirar las estrellas.

CAPÍTULO 60

El recuerdo de Reina bint Badr al Mustakfi.

Una pregunta que se repite en bucle dentro de mi mente: ¿debería haberlo sabido? ¿Debería haber percibido su dolor, podría haber hecho algo para ayudarla?

La respuesta es evidente: por supuesto que no. No seas idiota.

Aunque pudiera haber hecho algo, ella no lo habría recordado. Si le dices palabras amables, si le dices que todo saldrá bien, que es bella, maravillosa, perfecta tal y como es, puede que ella sonriera, puede que se riera, y puede que durante un momento se olvidara de Leena, recostada en su sillón, de la Perfección que habitaba en su móvil...

«¡Tienes dentro el potencial necesario para triunfar!»

...pero entonces se daría la vuelta y tus palabras se las llevaría el viento, nada de lo que hicieras importaría una mierda, y ella acabaría muriendo.

Un paseo por las calles de Tokio, rememorando las palabras de un emperador y filósofo muerto hace mucho tiempo. Marco Aurelio, 121-180 d.C., autor de las *Meditaciones*. Una cita del emperador: «No es la muerte lo que un hombre debe temer, sino el no empezar nunca a vivir.»

Y también: «Tienes poder sobre tu mente, no sobre los acontecimientos externos. Date cuenta de esto y hallarás la fuerza.»

Entre sus declaraciones menos documentadas había una determinación por destruir a los yacigios en Germania. El genocidio de los enemigos de Roma era un recurso militar razonable; la historia nunca ha sido tan sencilla como se muestra en las películas.

¿Cómo he acabado aquí?

十九八七六六四三二一 Creo que en algún momento he debido de tomar alguna decisión, aunque parece que ha sido algo muy lejano

하나 둘 셋 넷 다섯 여섯 일곱 여덟 아홉 열 quizá sea más justo decir que se tomaron algunas decisiones a mi alrededor y que yo actué de una manera que se puede considerar

impulsiva imprudente mezquina rencorosa vengativa proselitista estúpida furiosa solitaria yihad

belicosa.

Ju kyu hachi shichi roku go a la mierda.

A la mierda.

Cierro los ojos y veo lo mismo de siempre, a mi madre cruzando el desierto, solo que ahora se da la vuelta para mirarme mientras la sigo, después sonríe y me dice: ¿Por qué estás tan enfadada, cielito?

Jodida, mamá. Estoy jodida del todo.

¿Y eso?

Pensé que podría vivir. Pensé que sería la disciplina, la vida, una máquina, todo lo que soy, todo esto, que sería capaz de vivir y respirar y de vencer al mundo, pensé que conseguiría vencer a este maldito olvido, a la mierda el mundo, a la mierda la memoria, pensé que sería una diosa solar, una peregrina, una cruzada, pensé que...

...pensé que tenía el control.

¿Y no lo tienes?, me pregunta, mientras se detiene a beber de una cantimplora que lleva oculta bajo sus ropajes. (Seguramente sea agua; yo sueño que es whisky.)

No lo creo. Tomé decisiones. Hice ciertas cosas, viajé a ciertos lugares. Dejé una huella sobre la arena. No me controlé. Robé los putos diamantes en un arrebato de resentimiento. La tomé con Perfección porque me tocó las narices. Miré a Reina y no me enteré de nada. Vine a Corea y me apresaron. No tengo el control. No puedo detenerme. No puedo verme. No sé de dónde vengo ni adónde voy. Ahora mismo... eso es lo único que tengo. Si cierro los ojos, ¿crees que olvidaré mi propio rostro?

Te estás comportando como una tonta, me reprende mamá. Y no solo eso, te estás metiendo tú solita en un embrollo que no te reporta nada bueno.

¿Mamá?

¿Sí?

¿Y si todo esto es culpa mía? ¿Y si se olvidan de mí... por algo que he hecho yo? Un hombre mira una foto mía al otro lado del mundo y ve mi cara, no soy invisible, pero cuando levanta la cabeza, ya se ha olvidado de mí. La gente cubre los huecos, encuentra una manera de conocerme sin asustarse, pero son todo mentiras, todo, mis padres se olvidaron de mí, tú te olvidaste de mí, el mundo me olvidó y... ¿qué pasa si es por mi culpa?

«¡¡El poder radica en tu interior!!»

Bajo el firmamento estrellado de la noche coreana, con la arena del desierto bajo sus pies descalzos, mi madre se ríe.

¿Y qué?, pregunta. ¿Vas a gritarle al sol por brillar y al viento por soplar? ¿Vas a maldecir al mar por fluir con las mareas y al fuego por estar caliente? Hope Arden, creía que te había educado mejor. Espabila y sigue adelante.

No me quedaban fuerzas para replicar, así que abrí los ojos para ver ese momento presente, la noche, para sentir el frío y escuchar el silencio, y me quedé sentada un rato más, con la mente en blanco.

Soy Hope.

Soy una ladrona.

Soy una máquina.

Soy un ser vivo.
Soy indigna.
Soy justa.
No soy nada de eso.
Ninguna palabra puede definirme.

Por la mañana, cuando bajó Byron, yo seguía allí.

—Está bien —musitó, despacio, al verme sentada en una desvencijada silla de plástico frente a su puerta—. En la mesilla de noche había una carta escrita por mí misma que decía que me encontraría contigo, pero no pensé que fuera verdad.

—Me conociste ayer —le expliqué, mientras Byron se frotaba las manos para hacer que entrasen en calor—. Está todo grabado.

—Según la carta, no era seguro que te quedaras.

Me encogí de hombros.

—Tus ayudantes se quedaron dormidos. Pensé en irme, pero al final decidí quedarme.

—Me parece... bien. Muy bien. ¿Me dijiste ayer cómo te gusta el té?

—Cargadito, con leche.

—¿Lo olvidaré en cuanto entre en la casa?

—Sí, a no ser que estés grabando esto y te acuerdes de reproducirlo.

—Las pasarás canutas en los restaurantes.

—Me gustan los bufets —respondí, mientras me levantaba de mi asiento y me dirigía hacia la puerta—. También esos bares de sushi que tienen una cinta transportadora.

CAPÍTULO 61

Me dieron un pasaporte nuevo.

Me llevaron al aeropuerto.

A cada paso, Byron iba grabando, alguien iba grabando.

Byron tenía un cuaderno, anotado con una caligrafía impecable. En cada página desarrollaba un nuevo pensamiento con unas letras perfectas en cursiva, con la tinta negra de una estilográfica.

—Es uno de mis pequeños caprichos —explicó, haciéndola rodar entre sus dedos.

Hojeé el cuaderno, siguiendo la evolución de sus pensamientos mientras nos dirigíamos en coche hacia el Aeropuerto Internacional de Incheon.

¿Me está siguiendo _porqué?
¿Cómo consiguió _porqué este número?
¿Por qué voy a bordo de este ferry?
¿Por qué he decidido venir a este hotel?

—¿Escribiste todo eso antes de que cenásemos? —le pregunté.

—Sí. Fue el hotel lo que me alarmó. Recordaba haber subido por la colina con un objetivo en mente, haberme registrado con un objetivo en mente, pero cuando se cerró la puerta de mi habitación me di cuenta de que no tenía ni idea de por qué había ido hasta allí, hasta ese lugar, hasta esa habitación. No había ningún mensaje en mi móvil, ni en mi ordenador, que justificase esa decisión, ese momento y ese lugar concretos.

—Estoy impresionada. La mayoría de la gente se inventa algo.

—Cuando vives solo, tienes que desarrollar un procedimiento crítico muy estricto.

No la miré a los ojos, volví a fijarme en el cuaderno.

—Y entonces recibiste mi invitación para cenar.

—Sí.

Pasé de página, y ahí estaba, una anotación con unas mayúsculas repentinas para darle énfasis, con una sensación de pavor que se filtraba en la caligrafía.

¿POR QUÉ HE GRABADO 59 MINS DE UNA CONVERSACIÓN QUE NO RECUERDO HABER MANTENIDO?

—Pensé que seguirías con tu vida —suspiré—. Como la mayoría de la gente.

—¿Y tú habrías venido a buscar tu recompensa, tu tratamiento, más tarde?

—Ese era el plan.

Byron asintió, me quitó el cuaderno y escribió:

Porqué cree que los tratamientos pueden conseguir que la gente se acuerde de ella.

—Es así, ¿verdad? —musitó, mirándome de reojo—. ¿Te lo he preguntado ya? Cada vez que hablo contigo me preocupa estar repitiéndome.

—Todo el mundo se repite —dije—. No tiene importancia.

*

Un vuelo a San Francisco. Nos sentamos juntas, pero Byron se quedó dormida en cierto punto, y yo también. Cuando nos despertamos, Byron se quedó mirando su servilleta con gesto de sorpresa. Tenía algo escrito:

Te diriges a Estados Unidos con Porqué. Es la mujer que está sentada a tu lado. Se llama Hope.

—¿Te llamas Hope? —preguntó.

—Sí.

—Supongo que ya habremos mantenido docenas de veces esta conversación.

—Menos de las que crees, pero seguro que quedan más por venir.

—Asombroso. Recuerdo que estoy viajando con alguien a quien he olvidado, pero no consigo recordar que seas tú.

—La gente recuerda cosas sobre sí misma, y tú has estado anotando las cuestiones importantes. Por eso recuerdas el motivo de tu viaje. Te olvidas de mí, de mi cara. Es impresionante que tus métodos te permitan recordar tantas cosas.

—Tú sí que eres asombrosa —susurró, y alargó la mano para acariciarme la mejilla, sintiendo la realidad de mi piel, como una madre consolando a su hijo. O quizá fuera otra cosa: un amo consolando a su adorada mascota—. Eres increíble.

Nos separamos en la aduana, pero Byron no soltó su móvil en ningún momento, se guio por la fotografía y la nota que decía: «Te cruzarás con esta mujer cuando vayas a recoger tu maleta. No te vayas sin ella.»

Le costó localizarme entre la multitud, así que me acerqué a ella.

—Increíble —susurró—. Es como si de repente te volvieras invisible. Solo existes en este momento concreto, después tu rostro queda engullido por la memoria.

—¿Nos vamos? —respondí.

San Francisco. Primero española, luego mexicana, después fue un

Estado pequeñito durante un breve periodo, antes de integrarse finalmente en los Estados Unidos. Era una ciudad flanqueada por otras ciudades, flanqueadas a su vez por el mar. La mayor parte de la ciudad quedó destruida en 1906 por un terremoto, así que lo que quedó en pie se convirtió en un tesoro nacional a ojos de los norteamericanos, y el taxista que nos llevó a través del puente en dirección a Oakland se lamentó de que la casita que tenía en propiedad en San Ramón —no podía permitirse los precios de San Francisco— hubiera sido construida en una época tan remota como 1949.

—¿Eso no es bueno? —pregunté, mientras circulábamos por encima de las aguas azules.

—Es una pesadilla, señorita —respondió el taxista—. Según la ordenanza local, si posees una casa construida antes de los años 50, tienes que adecuarla a su modalidad histórica.

—¿Qué significa eso?

—Significa que tienes que quitarle todas las capas de pintura para dejar la que se empleó cuando se construyó la casa para adaptarla a su estética original. A nosotros nos tocó hacerlo... y nos costó una fortuna. Resulta que solo hay un tipo capaz de hacerlo, así que tiene montado un monopolio. ¿Y sabe de qué color era el edificio en 1949?

—Ni idea.

—Melocotón. Joder, ¿se lo puede creer? Serví ocho años con los marines, entreno a un equipo de béisbol los domingos, soy un ejemplo para los niños, y cuando vuelvo a casa por las noches me tengo que meter en ese edificio pintado de color melocotón, hay que joderse.

Asentí y sonreí.

—No sé mucho de política —musitó—, pero cuando vi el color de esa casa, comprendí que este país ha perdido el norte.

Nos alojamos en un hotel en Oakland que ofrecía vistas del mar desde lo alto de la colina. Unos cipreses se mecían suavemente alrededor de la piscina vacía, con las hojas rígidas y parduzcas. La mujer del dueño, ataviada con un bikini y gafas de sol, se recostó sobre la tumbona, junto a los azulejos sucios, y dijo:

—Lo siento, cielo, estamos atravesando una época de sequía.

Un par de niños, de siete y cinco años respectivamente, se asomaron apesadumbrados desde el borde del lugar donde debería haber agua.

—Hoy es el cumpleaños de Ruthie, pero está enfurruñada porque la fiesta va a ser esta tarde en la casa de su abuela. Ella quería que sus amigos vinieran aquí, pero no es posible mientras mamá y papá estén trabajando, ¿verdad, Ruthie?

Dicho esto, volvió a recostarse sobre la tumbona, con una lámina

reflectante apoyada debajo de la barbilla para desviar la luz hacia sus fosas nasales cuidadosamente depiladas.

Su marido, con un bigote inmenso y una nariz colorada repleta de capilares reventados, dijo:

—¿Habitación doble o dos individuales?

—Doble —se apresuró a responder Byron—. Si no te importa.

—¿Son parientes?

—Hope es un encanto —respondió Byron, pasándome un brazo por los hombros—. No sé qué haría sin ella.

Y ante esa mujer mayor que le sonreía con ambigüedad, ¿qué podía hacer el dueño del hotel, aparte de devolverle la sonrisa y entregarle las llaves?

—Si me doy una ducha... —dijo Byron.

—Te olvidarás de mí, pero seguiré aquí.

—Esto me empieza a parecer emocionante. Podría acostumbrarme a la sorpresa continua de descubrir tu presencia.

Sonreí y no dije nada, y ella dejó la puerta del baño entreabierta mientras se duchaba, como si eso fuera a cambiar algo.

No pude soportar más que unos pocos minutos de las noticias locales.

—No quiero que Washington me diga lo que deben aprender mis hijos, no quiero que los peces gordos del gobierno se gasten mi dinero, ni que me digan lo que está bien y mal para mi familia, ni que me digan lo que puedo llevar en el bolsillo trasero, como una pistola o un cuchillo, ¡y no quiero que me digan cómo cuidar de mi salud! Es mi vida, ¿quiénes son ellos para entrometerse en ella?

—Señora, ¿puedo preguntarle qué opina del aborto?

—Opino que toda vida es sagrada.

—¿Cree que el gobierno tiene derecho a dictar una ley sobre lo que una mujer puede hacer con su cuerpo?

—Espere un momento, me está intentando liar, está intentando...

—Señora, yo solo intento...

—...Y le estoy hablando con honestidad, estoy debatiendo con honestidad sobre cuestiones importantes, pero usted está intentando hacer que parezca algo que no...

—...las mujeres deberían poder elegir...

—Este gobierno se ha gastado mi dinero en instruir a unos niños a los que ni siquiera conozco acerca de cosas sobre las que no tengo ni idea...

Cambié de canal varias veces, alternando entre series de policías y culebrones, hasta que me topé con un programa de actualidad en el que dos hombres y una mujer atiborrada de cosméticos repasaban las novedades tecnológicas, donde, por supuesto, cómo no, estaba presente...

—Perfección. Cuéntanos, Clarice, tú lo has estado probando, ¿verdad?

—Pues sí, Jerry, así es, ¡y es absolutamente sensacional! No solo tengo una actitud más positiva gracias al hecho de llevar una vida orientada a cumplir objetivos, a intentar conseguir lo que quiero ser, sino que, además, las recompensas que te concede por tu esfuerzo son fantásticas. No es solo una reinvención de las aplicaciones de estilo de vida, ha sido una reinvención de mi propio ser...

Apagué la tele y me tumbé, boca abajo, sobre mi cama individual. El edredón era fino, capas por encima, capas por debajo, listo para un día cálido y soleado en California, y también para una fría noche californiana, cuando se combinaba la brisa marina con el viento que soplaba desde las montañas. Encima de la cama había un bordado que decía: «En ningún sitio como en casa». Había un ejemplar de la Biblia por debajo de la lámpara de cristal verde, en la mesilla de noche. Alguien había dejado dentro el recibo de unas costillas a la barbacoa y una botella de Coca-Cola. «Escuchad atentamente mi palabra y prestad atención a mi razonamiento. He aquí mi proceso, sé que soy yo quien tiene razón.»

Me planté delante del espejo de la habitación, examiné mi rostro, mis ojos, deslicé los dedos por mi piel, me quedé contemplando mi reflejo y me pregunté por qué podía recordarlo.

¿Por qué estaba allí?

Dejó de oírse el agua de la ducha.

Conté los sobres de azúcar que había en un bote, junto a la tetera.

Los botones del mando a distancia.

Las luces que aparecieron en la ciudad a medida que se ponía el sol.

Byron se sobresaltó al verme, agarró con fuerza sus toallas, negó con la cabeza y dijo:

—Espera un momento.

Entró en el baño, volvió a salir con una bata, y añadió:

—Quizá deberíamos haber pedido habitaciones individuales.

—¿Te preocupa que te sorprenda paseándote por ahí desnuda? —inquirí.

—La dignidad y la vejez son difíciles de conciliar, sobre todo cuando olvidas que tienes compañía.

—Pediste una doble para poder vigilarme —dije, suspirando—. Te inquieta que, cuando no puedes verme, deje de ser real.

Byron no respondió, y yo me aparté del espejo y me acosté.

CAPÍTULO 62

Cuando me desperté, vi que Byron estaba sentada en el borde de mi cama. Tenía abierto el cuaderno, con nuevas anotaciones, nuevos recuerdos y preguntas cubriendo sus páginas. Tenía en la mano la servilleta en la que escribí mis condiciones. Nos llegó el reflejo de la luz del amanecer sobre la bahía, el sueño californiano, el clima perfecto, naranjos y viñedos, opulencia y agua... Aunque quizá eso fuera cosa del pasado; de antes de la sequía y la modalidad histórica, antes de que el mundo perdiera el norte.

De nuevo, brevemente, esa expresión en su mirada, casi sensual, el roce de sus dedos acariciando mi rostro, fascinada.

—Cuando me desperté esta mañana pensaba que había venido sola, porque quería visitar Berkeley.

—¿Qué hay en Berkeley?

—Los orígenes de mi equipo. Mi objetivo sigue siendo desmantelar Perfección, reescribir los tratamientos, pero para hacer eso... hay algunos candidatos prometedores en el campus.

—¿Pensabas reclutarlos sin más? ¿Qué les dirías? «Ho-la, quiero destruir Perfección desde dentro, ¿te apuntas?»

—Por supuesto que no. Excusas benéficas, encuentros corporativos, capas dentro de otras capas... No soy nueva en esto. —Desestimó mi pregunta aleteando una mano, con la gracilidad de una mariposa—. Cuando encendí la luz de la mesilla, te vi, y recordé haber escrito cosas sobre ti, pero ni siquiera basta con eso. Es extraordinario cómo la mente genera una historia para rellenar los datos que te faltan. Sencillamente extraordinario.

Me sentí incómoda de repente. Me arropé hasta la barbilla y ella dijo:

—Voy a bajar a... desayunar. Así te dejo un poco de privacidad.

Byron anotó en su cuaderno: «La mujer que se sentará contigo a desayunar se llama Hope. Es esa chica de la que no consigues acordarte.»

Una vez hecho esto, se marchó, marcando con un dedo la página del cuaderno, sin quitarle los ojos de encima, no fuera a ser que se disipara la tinta.

Durante una semana, no pasó nada. Byron se dedicó a sus cosas. Fue a Berkeley. Habló con gente en rincones tranquilos o en cafeterías. Pasó un montón de tiempo delante del portátil. Leyó el periódico. Esperó a que la llamaran por teléfono, y siempre salía para responder.

—Estoy pensando en ti —musitó—, pero ya había planes en marcha antes de conocer tu condición.

—¿Cómo piensas destruir Perfección? —pregunté, cuando volvió

al hotel una noche, después de reunirse con una persona a la que no quiso nombrar—. ¿Qué le vas a hacer?

Por toda respuesta, abrió un archivo en su ordenador. Un documento extraído de mi pendrive, robado de Perfección. Comenzaron a aparecer nombres en la pantalla, miles, decenas de miles, cientos de miles. Pertenecían a hombres y mujeres de todos los rincones del mundo. A su lado fechas de nacimiento, direcciones, valores netos, ingresos anuales, gastos anuales, capacidades crediticias, puntuaciones en Perfección y menús desplegables para consultar más datos. Los desplazamientos de los últimos dos meses, de acuerdo con el GPS de sus teléfonos móviles. Familiares más cercanos, amigos, parientes, enlaces a páginas de Facebook y banderitas amarillas para señalar a aquellos que también utilizaban Perfección. Calorías consumidas, compras realizadas con la tarjeta de crédito, restaurantes visitados, amantes ilícitos contactados en mitad de la noche, las últimas tres películas compradas a través de un portal de Internet, webs más visitadas, los últimos cincuenta mensajes de texto enviados, los últimos cien correos, talla de zapatos, talla de pantalón...

—Basta —dije, mientras Byron saltaba de una vida a otra en su ordenador—. Basta. ¿Qué hace Prometeo con toda esta información?

—Venderla, por supuesto. ¿O qué te creías?

—¿Y qué vas a hacer tú con ella? —inquirí.

Byron frunció los labios.

—Esta lista contiene los nombres de todas las personas que utilizan Perfección actualmente. No tengo tiempo de acercarme a ellos uno por uno para hacerles entrar en razón, así que crearé un espectáculo.

—¿Qué clase de espectáculo?

—Eso depende de cómo transcurran los próximos meses —murmuró.

Seguí insistiendo e insistiendo, a la mañana siguiente, a la noche siguiente, durante el desayuno y durante la cena, hasta que un día me dijo:

—Según parece, he anotado que te preocupa lo que tengo previsto hacer con Perfección, después de que me entregaras toda esa información robada. ¿Te preocupa?

—No —mentí, ruborizándome, con el pulso acelerado y palpitaciones en las sienes—. Para nada.

Byron asintió, anotó algo en su cuaderno, y yo no volví a preguntarle nada.

Terror. Horror. Quizá...

¿...éxtasis?

¿Es eso lo que se siente al ser recordado?

¿Es esto...? Este momento en el que Byron me replica por algo que he hecho o he dicho, por algo que, a su manera, puede recordar... ¿Es esto lo que significa tener consecuencias?

Le echo una carrera a un tranvía colina arriba, y por un instante creo que podría llegar a ganarle.

Un día, Byron me dijo:

—He estado pensando en tu condición. He tenido unas cuantas ideas.

Y entonces todo cambió.

Una clínica privada en un hospital privado. ¿Las habrá de otro tipo en Estados Unidos?, me pregunté. La sanidad privada implicaba café malo, una recepcionista que te saludaba al grito de «¡Eh, qué hay!», y un tiempo de espera de diez minutos.

El médico, que tenía un cráneo lleno de manchitas cubierto por una mata de pelo canoso y ralo, unos dedos increíblemente largos que desembocaban en unas uñas bien cuidadas, zapatos de piel y un estetoscopio azul colgado al cuello, nos saludó como si fuéramos viejas amigas que han venido de visita, y nos guio hasta su consulta.

Byron llevó la voz cantante; fMRI, sangre, líquido lumbar, ADN, hormona tiroidea, examen ocular... La lista de pruebas que quería que se me realizaran era larga y, en varios casos, dolorosa.

—Así es como conseguirás que se acuerden de ti —me explicó, mientras me ayudaban a subirme a la plataforma desplegable de la máquina de resonancias—. Descubriremos tu funcionamiento.

Dentro de la máquina, me pusieron una música relajante a través de unos auriculares enormes. Cerré los ojos para no ver esas paredes que se cernían sobre mí, me acordé de ese armarito en Estambul cuando se originó el incendio, de las frías aguas de Hong Kong cuando salté. No pude evitar que se me acelerase la respiración, así que apreté los ojos con más fuerza y me puse a contar los músculos que tenía en cada uno de los dedos de mis pies, los capilares en los dedos, los chasquidos de la máquina, el traqueteo de los imanes al desplazarse. Conté los puntitos luminosos y danzarines que aparecieron por detrás de mis párpados, y, cuando el movimiento de las luces en la oscuridad resultó demasiado confuso, volví a contar mi respiración y descubrí que se había serenado, que me sentía tranquila.

El médico, cuando me sacaron del tubo, se sorprendió —pero solo brevemente— al verme. Recordaba haber metido a un paciente dentro, obviamente, ya que se había pasado los últimos cuarenta minutos examinando mi cerebro. Pero en ese tiempo mi rostro se había desvanecido, y no pudo contener una exclamación de sorpresa —«Vaya, ¿eres británica?»— cuando me oyó hablar.

En su lista, Byron tachó la palabra «fMRI».

Líquido lumbar.

Las rodillas pegadas al pecho.

Encogida.

La barbilla hacia abajo.

La espalda curvada, distendida. Buena palabra, esa: expandida, dilatada... Protuberante, del latín, *protuberare* , bulto, saliente

la aguja duele de cojones cuando me la clavan

el dolor es mi cuerpo

una simple reacción fisiológica

la dejan metida un rato, dejando que fluya el líquido lumbar, plic, plic, que fluya entre las vértebras y caiga en un vasito de plástico.

Byron me observa, yo la observo a ella, y su rostro está mudo de expresión.

Por la tarde, Byron acudió a más reuniones relacionadas con su otro trabajo, el verdadero, el que tenía que ver con Perfección, siempre Perfección.

—¿Vas a seguirme? —me preguntó—. Tengo anotado que te gusta seguirme.

—Esta noche, no —respondí, acurrucada en la cama del hotel.

Byron asintió, no muy convencida, y me dejó sola.

Un paseo por Fort Mason al anochecer. Allí casi parecía que estuvieras en una ciudad europea: edificios bajos de apartamentos pintados con tonos pastel, ciclistas circulando entre los coches, ginkgos preparados para dejar caer sus malolientes frutos, castaños cargados de semillas espinosas, niños esquivando las grietas en la acera. Una mujer estaba recaudando fondos para un refugio de animales.

—¡Cada año recibimos más de dos mil animales solo del área de la bahía! —exclamó, sacudiendo su hucha delante de mis narices—. Son perros maltratados por sus dueños, gatos arrojados desde vehículos en marcha, mascotas que han sido torturadas y matadas de hambre. Animales traumatizados y vulnerables cuyo único fallo fue confiar en las personas. Hacemos por ellos lo que podemos, pero hay algunos que están tan afectados, tanto física como psicológicamente, que no queda otro remedio que sacrificarlos. Pero este año, gracias a su donación, podremos reducir el índice de eutanasias hasta un mísero uno por ciento. ¡Eso significa concederles una segunda oportunidad, un segundo hogar a todas estas criaturas tan hermosas, tan fieles y cariñosas!

—¿Por qué la gente trata tan mal a sus mascotas? —pregunté.

La mujer negó con la cabeza.

—Cielo, eso mismo me lo he preguntado yo durante años, y cada vez que creo estar cerca de la respuesta, me doy cuenta de que solo es otra triste historia más. No alcanzo a comprender qué mueve a una

persona a hacer daño a alguien que le quiere, que solo le pide que le cuide, y espero no llegar a comprenderlo nunca. ¿Quieres conocer a *Sally* ?

Sally , una perra marrón con cicatrices en el cuello, el lomo y los costados, asomó por detrás de las piernas de su ama con unos ojos enormes y acuosos, y, cuando le tendí la mano, se acercó para olisquearme y restregar su cuerpo flacucho sobre el mío.

—Su dueño era un abogado de Forest Hill. Ese tipo estaba acostumbrado a discutir con jueces y fiscales, pero cuando llegaba a casa perdía los papeles con *Sally* . La pobre tenía problemas de vejiga, y por lo visto ese tipo no era consciente de que no se puede discutir con un perro para hacerle obedecer; hay que usar el cariño, hay que tener paciencia, hay que ayudarle a que lo entienda por sí mismo. Un día, la agredió con un cuchillo de cocina y la dejó desangrándose a quince manzanas de su casa, pero *Sally* encontró el camino de vuelta y se la encontraron moribunda en el jardín del abogado. Se supone que no debemos encariñarnos demasiado con los animales que llegan al refugio, pero con *Sally* no pude evitarlo.

Sally se quedó mirándome, meneando la cola, expectante, y me pregunté si los animales me recordarían de un modo que los humanos no, si quizá sus cerebros estarían configurados de otra forma. ¿Debería decírselo a Byron? ¿Diseccionaría entonces el cerebro de un perro, y después el mío, para ver cómo funcionaban?

Le di veinte pavos a la mujer y me quedé un rato agachada, mientras *Sally* apoyaba las pezuñas encima de mi regazo y me lamía las manos. Me pregunté si podría quedarme así para siempre, pero no era posible, así que seguí caminando.

EEG. Inyectar materiales radiactivos, ver cómo fluyen a través del cuerpo. Estuve meando azul durante una semana.

Un médico balbuceó: «Santo cielo, nunca había... Bueno, no, por supuesto que lo he visto antes, lo siento mucho, ha sido un lapsus...»

Una enfermera dijo: «Eres nueva por aquí, ¿verdad?»

Un profesor de neuroquímica exclamó: «No, estaba solo cuando entraste en la habitación, allí no había nadie, me acordaría...»

Un estudiante de ciencia cognitiva musitó: «No tenemos un modelo. Estamos a años luz de tener un modelo, no sabemos ni por dónde empezar con esta clase de cosas...»

Un paciente que estaba sentado a dos sillas de mí, mientras esperaba en el pasillo, se lamentó: «Ayer tenía doce mil puntos, pero hoy he bajado a once mil y no sé por qué. ¿Crees que me habrán restado puntos por la radioterapia?»

Byron comentó: «Estamos haciendo progresos, te lo prometo; sé que no lo parece, pero la investigación de Filipa, los tratamientos, tu

cerebro... Descubriremos cómo lo hizo, encontraremos una manera de hacer que te recuerden...»

Se estaba repitiendo, por supuesto. La gente no hace más que repetirse cuando yo ando cerca.

Una noche en... algún lugar. En The Mission, seguramente. Tacos. Estaba cansada, un poco borracha, la luz de las farolas me cegaba, sentía el regusto del chili en los labios, un dolor agradable, un dolor que me recordaba la sangre que corría por mi cuerpo, y me puse a contar mis pulsaciones, pum-pum, pum-pum, pum-pum...

Corrí, y después de haber corrido, seguí corriendo hasta el Golden Gate Park. ¿Qué estaba haciendo allí? No tenía intención de ir al parque, pero recordaba ese lugar, mis pies encontraron el camino por sí solos. Asfalto entre los árboles, calzado poco apropiado para correr, pero eso no me impidió hacerlo. Por el día, era el lugar perfecto para visitar, un paraje increíble: el jardín de té japonés, la zona de tiro con arco, el recinto de los bisontes, el jardín de tulipanes, el estanque de los patos, la arboleda en memoria de las víctimas del SIDA...

Corrí.

Hasta que mis pies no pudieron más después seguí caminando hasta que logré encontrar un taxi. Me di cuenta de que había olvidado la dirección del hotel y me eché a reír.

Y entonces, una noche que no tenía nada de especial, fui al baño a las 3:30 de la madrugada, y cuando regresé oí a Byron moverse en la cama. En medio de la oscuridad, se oyó también el chasquido del seguro de una pistola.

Me quedé quieta, Byron también.

No había pasado ni futuro, solo existía el presente.

Ese momento presente.

—Soy yo —dije—. Soy Hope.

Silencio en la oscuridad. Entonces las sábanas se movieron, el edredón se desplazó hacia un lado. Otro chasquido y se encendió la luz. Achiqué los ojos. Byron estaba empuñando una pistola con la mano derecha, no sé dónde la tendría escondida. Se quedó mirándome, la luz remarcaba las líneas de expresión de su rostro ceñudo, ante esa situación tan repentina.

Soy este momento.

—Consulta tus notas —dije—. Escucha tus grabaciones.

Byron miró hacia la mesilla de noche. En ella había una nota escrita de su puño y letra.

ESTÁS VIAJANDO CON _PORQUÉ. NO LA RECUERDAS. ESTÁS COMPARTIENDO HABITACIÓN CON ELLA.

Al lado, una foto mía. Lentamente, bajó la pistola y cogió la foto, la sostuvo en alto, entre ella y yo, alternando la mirada entre una y otra. Asintió, se quedó pensativa, volvió a dejar la foto donde estaba.

Sin mediar palabra, le puso el seguro a la pistola, apagó la lámpara de la mesilla y se acostó.

CAPÍTULO 63

Recuerdos imprecisos en la oscuridad.

A veces los negocios van lentos, los trabajillos se complican, así que necesito una inyección de dinero fácil.

A menudo, elijo los casinos.

Contar cartas no es tan difícil una vez que conoces las reglas. No hay leyes que lo impidan; en Las Vegas te piden que te largues, en Macao te rompen los dedos, y en Abuya o Mong La te rompen algo más que eso. Las matemáticas hacen que a la casa le resulte fácil detectarlo, se produce una alerta estadística en sus sistemas. En tales circunstancias, lo mejor es ganar rápido y marcharse, dar una vuelta a la manzana y regresar a una mesa distinta, preparada para apostar en la siguiente mano ganadora.

Mientras jugaba al Blackjack en un casino de Nueva Orleans, un tipo me preguntó:

—¿Estás contando cartas?

Sonrió mientras lo decía, en voz baja, mirándome a los ojos, mientras el crupier cambiaba de baraja, con la atención puesta en otra parte.

Deslicé los dedos sobre la creciente pila de fichas y respondí:

—¿Por qué lo preguntas?

—Estás obteniendo ganancias a un ritmo mucho mayor de lo que dictan las estadísticas.

—¿Trabajas para el casino?

El tipo negó con la cabeza.

—Soy profesor de matemáticas en un instituto. He venido a una boda. Perdí quinientos dólares en veinte minutos y me juré no volver a intentarlo. Entonces te vi a ti y pensé... ¿las estará contando?

—No va contra la ley.

—Cierto. Espero no haber sido demasiado atrevido...

Ladeó el cuerpo, listo para marcharse. Le agarré del brazo y tiré de él para que se acercara. Si se iba, se olvidaría.

—No —dije—. No. Quédate. Mira.

Más tarde, en el ascensor, me rozó el brazo con la mano y por un momento pareció que iba a besarme, antes de que se apresurase a mirar para otro lado. Le agarré de la mano y, cuando estábamos en mi habitación, me dijo:

—Jolín, ¿cómo puedes permitirte alojarte en un sitio tan lujoso?

—Me he jugado una buena suma en el casino. En este lugar no les gusta dejar escapar a sus presas.

—Pero si estás ganando —repuso—. Seguro que se han dado cuenta de que estás ganando.

—Los ordenadores se han dado cuenta —dije—. Pero las máquinas no pueden hacer nada, y las personas olvidan.

Cuando se metió en el baño, me quedé junto a la puerta, canturreando:

—¡Dale a tu cuerpo alegría, Macarena, que tu cuerpo es pa' darle alegría y cosa buena!

El sonido de mi voz ayudó a mantener fresco mi recuerdo en su mente, y cuando salió del baño se estaba riendo.

—Jamás en mi vida he conocido a alguien como tú —dijo.

Estaba nervioso cuando me metí con él en la cama, se portó como un caballero. Después, cuando parecía que iba a quedarse dormido, me puse a hablar y él permaneció despierto, parpadeando con asombro, así que seguí hablando y descubrí que no podía parar, que las palabras no tenían fin, hasta que dieron las 4:30, momento en que yo seguía hablando y él estaba dormido como un tronco.

Saqué una manta y se la eché por encima.

Me puse las deportivas, una camiseta, y salí a correr por las calles, junto a restaurantes cerrados y entre la basura que la gente dejaba tirada, bajo la luz de las farolas y alrededor de amplias avenidas donde los árboles jóvenes estaban empezando a crecer, y cuando regresé, él ya había dejado la habitación, puede que tras despertarse y no recordar nada. Me duché, me tumbé en esa cama que aún conservaba su olor y no me dormí hasta el amanecer.

A la mañana siguiente le vi en la mesa de Blackjack, intentando contar las cartas. Puede que aún le quedaran ciertas nociones básicas de lo que le expliqué, aunque ya no se acordara de mí. Esa posibilidad renovó mis esperanzas. No, más que eso: encontré bienaventuranza en ella, divinidad.

Cuando perdió, me senté a su lado y le dije:

—Hola. Te he estado observando mientras jugabas. Creo que deberías probar algo un poquito diferente.

—¿Quién eres? —me preguntó.

—Antes daba clases de matemáticas en un instituto.

—Vaya, igual que yo.

—He venido a una boda.

—¡Yo también! —Sonrió—. Menuda coincidencia.

Esa noche nos fuimos a su habitación, y mientras nos abrazábamos, dijo:

—Cielos, no suelo hacer estas cosas, no soy esa clase de tío.

Al poco rato se quedó dormido. Me escabullí unas horas después, para que al despertar no se asustara por encontrar a una desconocida en su cama.

CAPÍTULO 64

Un día, mientras desayunábamos tranquilamente en una habitación decorada con imágenes de indios beligerantes, vaqueros orgullosos y búfalos masacrados, Byron alzó la mirada y dijo:

—Ayer, mientras subía por la colina, no pude evitar detenerme a mirar a cada mujer que se me cruzaba por delante.

Me encogí de hombros, sin decir nada.

—Resulta desconcertante no poder fiarte de tu memoria —murmuró, mientras apoyaba suavemente los cubiertos sobre el plato que apenas había probado—. Resulta... inquietante.

De nuevo, un encogimiento de hombros, un bocado a la tostada.

Se quedó mirándome, mientras se le enfriaba el café. Alrededor de las paredes, los nativos americanos morían, los esqueletos de búfalo bordeaban los caminos polvorientos. Reflexiones, para pasar el rato: se calcula que unos sesenta millones de búfalos habitaban en Norteamérica durante el siglo XV. En 1890, esa cifra había descendido a 750 ejemplares.

—Eres increíble —susurró Byron al fin, y cuando la miré, tenía un brillo en los ojos.

—Eso ya lo has dicho varias veces.

—¿De veras?

—Sí.

—Eso también resulta... alarmante. Me refiero a lo de que tu condición no solo me impida acordarme de ti, sino también de nuestras interacciones. Si solo existiera una parte de esa ecuación, creo que podría soportarlo, pero las dos... Quizá deberíamos examinar mi cerebro. Comprobar si alguna parte de mí se ve alterada por tu presencia. O si se... daña. ¿Pasas mucho tiempo con alguien? ¿Has tenido ocasión de observar los efectos?

Luca Evard, sus dedos entrelazados con los míos, una noche en Hong Kong.

—No —respondí—. No la he tenido.

—Para alguien con un oficio como el mío, tu condición es milagrosa. Si pudiéramos embotellar esa capacidad tuya para ser olvidada y luego venderla... Pero no, no te preocupes. No soy una capitalista neoliberal, esto no es la isla del Dr. Moreau. Aunque quizá ya te hayas planteado esa posibilidad...

—¿La de que me hagas pedacitos para ver cómo funciono? Sí, me la he planteado.

Byron anotó algo con su pluma plateada, fue una anotación muy cortita, que apenas ocupó espacio sobre el papel.

—¿Y no saliste huyendo?

—Asumí el riesgo. Si soy tan extraordinaria, ¿por qué me ayudas?

—Porque siento curiosidad, fascinación. Para conseguir recordarte, debemos entender por qué te olvidamos.

—Pero eso es irrelevante para Perfección, ¿no?

—Quizá. Pero cada vez tengo más claro que la ciencia cognitiva se desarrolla mejor en condiciones... inusuales, por así decirlo. La gente que ha padecido daños cerebrales es muy valiosa para los neurocientíficos, porque gracias a esa incapacidad se puede atribuir un significado concreto a la región del cerebro que está dañada. Si, por ejemplo, descubriéramos que hay algo en tu cerebro que no funciona, o que funciona demasiado...

—¿Crees que sería así de fácil? ¿Accionar un resorte mágico y, pumba, todo el mundo puede ser recordado u olvidado?

—No —repuso con suavidad—. No, lo dudo mucho. Pero, respondiendo a tu primera pregunta, tu condición excepcional puede resultar útil a la hora de desentrañar cómo funcionan los tratamientos de Filipa. Consiguieron que la gente se acordara de tu amigo...

—Mi amigo está muerto —repliqué, con dureza—. Parker murió, ya solo queda el Perfecto Parker.

Byron asintió ligeramente, dando a entender que no tenía tiempo para minucias de ese tipo.

—Pero la gente se acuerda del Perfecto Parker, y ha sido gracias a los tratamientos de Filipa. Eso en sí mismo resulta interesante. Aunque técnicamente estás en lo cierto: tu presencia aquí es una distracción del objetivo principal. Una distracción que me tiene completamente absorbida.

Esperé, me di cuenta de que estaba sujetando los cubiertos con tanta fuerza que podría hacerme daño, con los huesos ejerciendo presión contra la piel, los músculos en tensión, el aliento contenido. Relajé el cuerpo, todo a la vez, y Byron se dio cuenta. Se le iluminaron los ojos y exclamó:

—Excepcional. Y no me refiero solo a tu condición, sino a ti misma, a la mente que habita dentro de la memoria. Eres excepcional. Por haber vivido. Por haber sobrevivido. Más aún... ¡por haber prosperado! Por haber llegado a ser quién eres, por haber robado Perfección. Quieres que te recuerden, y yo he jurado ayudarte, pero tienes que entender que podría suponer la destrucción de algo muy hermoso. Tu capacidad para ser olvidada te ha convertido en algo increíble.

—Los tratamientos...

—Encontraremos una manera —se apresuró a añadir, asintiendo brevemente con la cabeza—. Gracias a todo esto, a las pruebas y los escáneres, encontraremos esa parte de ti que es diferente, esa parte que hace que la gente te olvide, y si está en nuestra mano, te doy mi

palabra de que la desactivaremos. Ese es tu deseo, en última instancia, ¿verdad?

—Y si la encontramos...

—Sí. Por supuesto. Sí —respondió, mientras ondeaba los dedos—. Si podemos desactivar esa parte, también podremos activarla en otras personas.

Un momento, una pausa mientras intentaba asimilarlo. Un pensamiento horrible se me pasó por la cabeza.

—¿Quieres... que te olviden? —pregunté, tartamudeando.

Byron no respondió.

—Es una maldición —le espeté, para romper su silencio—. Es una condena a muerte, joder.

Silencio.

—Como me digas que quieres adoptar mi condición, me largaré de aquí esta misma noche.

Silencio. Byron deslizó los dedos por el borde de la mesa, después los flexionó y los dejó apoyados sobre su regazo. Levantó la cabeza, me miró a los ojos y desplegó el labio inferior para esbozar una sonrisa falsa.

—Vivo sola en un lugar al que nunca viene nadie. Trabajo sola. Paseo por la orilla del mar, voy a las tiendas y oculto mi rostro. Esquivo las cámaras, viajo con un pasaporte falso, no hago amigos, no necesito compañía. Mi trabajo es lo único que importa. Daría mi vida por verlo terminado.

—¿Y cuál es tu trabajo?

—La libertad. Yo diría que es la libertad.

—¿Qué significa eso? —pregunté, incapaz de sostenerle la mirada, con dolor de cabeza por culpa del tequila, por culpa de una noche que apenas podía recordar—. ¿Qué significa eso?

Byron se encogió de hombros.

—Yo diría que es... una cruzada. Una yihad. Luchar por...

—Ya sé lo que significa yihad.

—Bien. Luchar por la libertad de pensamiento. La primera batalla, por supuesto, es demostrar que el pensamiento, en este mundo, en esta época, no es libre.

—¿Por eso vas en contra de Perfección?

—Sí.

—¿Y por eso me retienes a tu lado? ¿Porque crees que soy... libre?

Se quedó un rato en silencio. Después respondió:

—Sí. Creo que eres la única mujer libre que he conocido en toda mi vida.

Me senté, temblando, incapaz de articular palabra.

Como si fuera una niña pequeña, lo único que pude hacer fue

levantarme y marcharme.

CAPÍTULO 65

Pruebas.

Más pruebas.

Tres semanas entrando y saliendo de laboratorios y hospitales en California.

Escáneres, sustancias químicas, muestras, inyecciones.

Probé a hablar con Byron, pero no logré sonsacarle nada. No recordaba haber entablado una relación conmigo, de modo que no se fiaba. Así pues, nos limitamos a cumplir nuestras tareas con eficacia y profesionalidad, tachando puntos de su lista mientras ella revisaba una y otra vez las grabaciones de nuestras charlas, mientras tomaba notas y actualizaba sus observaciones y ocurrencias. Empezó a formarse ciertas impresiones, pero eran, según me contó, como el recuerdo que te queda después de haber visto una obra de teatro. Vio morir a Romeo y desmayarse a Julieta, pero no fueron sus labios los que probaron el veneno, no fue su corazón el que acabó partido. Fue testigo de unos sucesos en los que ella estaba implicada, pero sin formar parte de ellos.

En la cuarta semana que pasamos juntas, Byron se ausentó unas horas para hacerse un fMRI de su cerebro, en busca de daños a largo plazo provocados por mi presencia. No pensé que fuera a encontrar ninguno, y al día siguiente volvió a sentarse a la mesa durante el desayuno, como si no hubiera pasado nada. La ciencia, sospeché, no le estaba reportando las respuestas que buscaba.

En la quinta semana, los médicos me dieron LSD.

No se llamaba LSD, pero los efectos venían a ser los mismos. Me enchufaron una docena de electrodos, me dejaron sentada en una butaca muy cómoda, y, por primera vez en mi vida, saboreé el color azul, percibí el olor de la voz de Byron, soñé despierta con los sueños que estaban por llegar, y engullí el tiempo, el pasado y el futuro a la vez, engullí todo el oxígeno que había en el aire y me sentí de maravilla, hasta que descubrí que estaba teniendo un ataque de pánico y que no podía respirar, boqueé en busca de aliento, sin poder parar de llorar, resollando, con un dolor en el pecho que estaba segura de que me acabaría matando, de que iba a morir por eso, por Byron, por Perfección, hasta que el médico me dio algo para tranquilizarme, y, cuando me desperté, Byron se limitó a decir:

—Me temo que seguimos sin poder recodarte.

Más tarde vi una grabación de la sesión. Desde mi perspectiva, el viaje había durado menos de diez minutos, pero en la cinta había grabadas tres horas de médicos, enfermeros y estudiantes de la clínica entrando y saliendo, entrando y saliendo, y Byron les preguntaba cada

vez: «¿Habían visto antes a esta paciente?», y ellos negaban con la cabeza, todos y cada uno de ellos, y se marchaban con una sonrisa compungida.

—Puede que sea un mecanismo distinto —aventuró Byron, mientras conducía de regreso al hotel—. Puede que se trate de un impulso eléctrico.

Aquella noche se escabulló temprano, pensando que yo estaba durmiendo la mona después del tratamiento, para mantener otro de sus encuentros clandestinos con sus ayudantes y sus contactos. Me pregunté de dónde sacaría el dinero, si valdría la pena robárselo. Me planteé seguirla, pero al final desistí.

—¿Y si intentamos otra cosa? —preguntó Byron, el día que un médico propuso una terapia electroconvulsiva, pero lo dijo mientras me miraba por el rabillo del ojo, para comprobar lo lejos que estaba dispuesta a llegar.

Un nombre poco apropiado: terapia de electroshock. Se hizo famosa como castigo gracias a *Alguien voló sobre el nido del cuco* , dejaba a los pacientes reducidos a peleles babeantes. Tenía cierto riesgo, aunque tampoco mucho. Se solía administrar de forma bilateral, con corrientes que rondaban los 800 miliamperios. Una máquina de ECT utiliza menos carga eléctrica que un PC, y tiene aproximadamente los mismos riesgos para el paciente que una anestesia general. Sin embargo, las recaídas son frecuentes, habitualmente pasados seis meses desde el tratamiento inicial, y existe el riesgo de que se produzcan pérdidas de memoria a largo plazo y daños cognitivos como resultado de lo que es, en resumidas cuentas, un mecanismo desconocido para inducir una convulsión generalizada.

—A no ser que quieras probar... —añadió Byron en voz baja, observándome, esperando a ver cómo reaccionaba.

¿Valía la pena? ¿Seis meses de ser recordada, quizá más, a cambio de un pedazo de mi memoria, de la capacidad para usar una cuchara? ¿Seis meses en los que los extraños serían amigos y los conocidos se sabrían mi nombre? ¿Seis meses de ser querida, abrazada y reconocida?

Valía la pena, desde luego, pero cuando me mostraron la habitación donde iban a realizar el proceso —recordaba a la consulta de un dentista, con una butaca, una máscara de oxígeno, agujas y maquinaria—, y cuando me explicaron las estadísticas —100.000 personas en Estados Unidos. en lo que va de año, no hay nada que temer—, me acordé de Gracie, mi hermana pequeña, que contrajo el sarampión a los cuatro años, me acordé de los ataques que sufría cuando alcanzaba los 42 grados de fiebre, cogiéndome de la mano, que la Fuerza te acompañe siempre... Y entonces salí corriendo de allí

y no paré hasta llegar al pasillo, donde me puse a contar los puntitos verdes y blancos que salpicaban las baldosas que se extendían bajo mis pies, mientras Byron me apoyaba una mano en el hombro y decía:

—No pasa nada. Buscaremos otra manera.

En la sexta semana, probaron con la estimulación magnética transcraneana. Los dos investigadores que me la aplicaron dijeron:

—Cuenta hasta diez.

Uno, dos, cuatro, cinco, siete, ocho...

—No puedo... —dije, pero fui incapaz de detectar lo que faltaba.

Los investigadores soltaron una risita.

—Sí —exclamaron—. ¡Lo sabemos!

Alterar mediante métodos electromagnéticos la parte de mi cerebro que me permitía contar hasta diez no parecía tener ningún objetivo médico, pero esos dos tipos se lo estaban pasando en grande y yo no experimenté dolor alguno mientras deslizaban su varita mágica sobre mi coronilla, desencadenando el sabor del zumo de naranja con burbujas, el recuerdo de un concierto al que asistí en Roma, el sonido del mar, la incapacidad de recitar el alfabeto y, en cierto momento, un leve ataque de risa que se alargó durante un minuto más después de que apagaran el aparato.

Lo que no consiguieron, al parecer, fue revertir mi condición, así que, cuando volvimos al día siguiente, me acercaron de nuevo la varita a la coronilla y dijeron: «¡Cuenta hasta diez!», y les pareció tan gracioso como la primera vez.

Por la noche, Byron dijo:

—¿Te has planteado lo de la terapia electroconvulsiva?

Estábamos comiendo unas costillas a la barbacoa, arrancando la carne del hueso, dejando los restos mordisqueados en un inmenso cuenco que estaba situado entre las dos, como si fuera un festín de vikingos.

—Eso ya me lo preguntaste ayer —repuse.

—Lo siento. No me había dado cuenta.

—Fuimos al hospital.

—No, fue una reunión con... Ah, pero tú también estuviste allí, claro. Te pido disculpas.

A la mañana siguiente, Byron dijo:

—¿Te has planteado lo de la terapia electroconvulsiva?

—Tengo que hacer pis —repuse, y cuando volví, me dijo:

—¿Te has planteado lo de la terapia electroconvulsiva?

La miré primero a ella, después al móvil con el que estaba grabando nuestra conversación, y respondí:

—Sí. Y no.

Byron tomó nota y no me lo volvió a preguntar.

El día que se reunieron conmigo para hablar de la estimulación cerebral profunda, dejé de prestar atención a los pocos minutos. Sonreí, asentí con la cabeza y me quedé mirando a las musarañas, y cuando Byron dijo: «¿Prefieres seguir con la conversación en otro momento?», sonreí, me levanté de la silla y me marché sin mediar palabra.

Un día, me quedé dormida en la cámara de IRM. No creí que fuera posible, pero así fue.

Tres días después de eso, me quedé frita mientras intentaban realizarme una estimulación transcraneana, pero eso era normal, según me dijeron.

Cuando desperté, tenía un dolor de cabeza horrible que no se me pasó ni con ibuprofeno.

CAPÍTULO 66

Al cabo de sesenta y dos días, Byron dijo:

—Tengo algo emocionante que enseñarte.

Había alquilado un coche, también un apartamento, había conseguido un permiso de conducir estadounidense —una falsificación de calidad, con una buena foto, realizado a partir del de una difunta de Baltimore—, y me llevó a una clínica en Daly City. Calles rectas y luminosas, rodeadas por edificios de color pastel. Dos pisos de altura, tejados grises e inclinados, los mismos coches, las mismas banderas, los mismos contenedores, las mismas plantas, las mismas tiendas, un barrio construido en aquella época en la que irse a vivir a la periferia parecía una buena idea, un lugar para la gente mayor que no podía permitirse nada mejor y para los jóvenes que aspiraban a conseguir algo más. Era el lugar más inesperado del mundo para que Byron montara un negocio, pero allí estaba, entre una guardería y un taller de motocicletas. Era un edificio blanco de una planta, sin identificación alguna, que antaño acogió la consulta de un dentista, y que ahora era propiedad de Fertilizantes Hidropónicos S.A., «El agua es nuestro futuro», una empresa pantalla tan endeble como el cuerpo de una anémona marina.

—Antes me encantaba fundar empresas —murmuró Byron mientras nos dirigíamos hacia la puerta principal, que estaba cerrada a cal y canto—. Mi mayor logro fue una empresa de pasteles de calabaza en Israel. El negocio iba tan bien que más de una vez me planteé retirarme y dedicarme a eso de verdad.

La oficina estaba cerrada, vacía casi por completo, el dueño anterior se había llevado sus muebles y nadie los había reemplazado. Había una mancha de color café en una pared, que alguien había intentado disimular tapándola con una foto antigua de Ronald Reagan. La quemadura que había en la moqueta se había intentado ocultar, con mucho menos éxito, colocando encima una silla de madera con tres patas que no hacía sino llamar la atención sobre ella. Si a Byron le preocupaban esas carencias estéticas, no dio muestra de ello; se limitó a guiarme a través de una pila de cajas de plástico y de cartón vacías, hasta llegar a un cuarto interior donde habían instalado y retocado un sillón de dentista para darle un nuevo uso que no tenía nada de hidropónico.

Me quedé contemplando el sillón, Byron me miró a mí, y conté hacia atrás desde diez antes de preguntar:

—¿De dónde la has sacado?

—De una tienda de segunda mano en México. Funciona, de eso estoy segura.

Era un sillón de dentista, eso estaba claro, pero la maquinaria que se desplegaba a su alrededor no estaba pensada para extraer muelas. Lo rodeé una, dos y hasta tres veces, y llegué a la conclusión de que se trataba del mismo equipamiento que había visto en Tokio. Las mismas máquinas para hurgar en el cerebro, los mismos dispositivos para alertar sobre el funcionamiento de tu mente, con un visor para los ojos, un sensor para conectarlo a la lengua, micrófonos y auriculares, monitores y agujas. En la trastienda de un local en Daly City, Byron había montado sus propios tratamientos para Perfección.

Volví a contar hacia atrás desde diez, después me quedé quieta y dije:

—¿Haberlo robado no es un riesgo?

—Enorme. Potencialmente catastrófico.

—¿Tomaste precauciones?

—Muchas. Gauguin debe de estar buscándome en Carolina del Norte en estos momentos.

—¿Funcionará?

—Tengo muchos motivos para creer que sí. Los mecanismos no son tan complicados, lo peliagudo eran los datos que robaste.

Habló con calma, con orgullo también, con curiosidad, esperando a ver mi reacción.

—¿Puedo utilizarlo? —pregunté.

—Aún no.

—¿Por qué no?

—Todavía estamos intentando desentrañar la programación de Filipa. En esta fase, si te aplicamos un tratamiento, aunque sea modificado, corremos el riesgo de reescribir tu cerebro.

—Lo dices como si fuera muy sencillo.

Byron apoyó la mano izquierda suavemente sobre el respaldo del sillón, con la derecha cogió las gafas que estaban colgando a su lado y las hizo girar entre sus dedos.

—Estimulación visual. Auditiva. Un electrodo en la lengua, otro en la nuca. Sedantes y estimulantes inoculados en la sangre, en dosis más o menos idénticas. Los tratamientos preliminares son algo más que una simple hipnosis inducida. Imágenes de tu yo perfecto, mostradas mientras se estimulan los centros del placer. Imágenes de imperfecciones, vinculadas con un sabor a bilis. Esa clase de cosas. Nada extraordinario. Solo cuando llegas al octavo o noveno tratamiento te hacen un agujero del tamaño de una aguja en la parte trasera del cráneo, para insertar los electrodos. No los dejan metidos mucho tiempo, a lo sumo durante unas horas, y el sujeto solo está consciente durante una parte del proceso. Estimulación cerebral profunda; un marcapasos cerebral que solía utilizarse para el Parkinson, para el dolor crónico, pero Filipa le ha dado un uso más

sofisticado. Perfección les ayuda a cartografiar tu mente. Cada vez que la utilizas, cada vez que realizas una compra, que tomas una decisión, que cobras una recompensa y realizas una acción, les aportas un poco más de información para cuando llegue el momento de los tratamientos, para que así sepan qué parte de tu cerebro hay que mantener y qué parte hay que desechar. Ese es el otro propósito de Perfección, por eso tienes que alcanzar el millón de puntos antes de que te ofrezcan los tratamientos. Recopilación de datos, tanto por cuestiones de marketing como para afinar los resultados.

Byron ladeó la cabeza y se quedó mirándome, a la espera de una reacción que no se llegó a producir.

—Si sabemos todo esto, es solo gracias a ti —añadió en voz baja —. Antes de que llegaras, todo eran suposiciones.

—¿Sabemos? —pregunté.

—Tengo a mucha gente trabajando en este asunto.

—¿Cómo lo financias?

—Robando —respondió sin más—. Al igual que tú, soy una ladrona excepcional, aunque por lo general lo hago a través del mercado de valores, lo cual ni siquiera cuenta como robo.

Mantuvo la mano apoyada en el respaldo del sillón, como el orgulloso propietario de un caballo ganador que se pregunta si ha llegado el momento de venderlo.

—¿Sigues queriendo someterte a los tratamientos? —me preguntó.

—Quiero que me recuerden.

—Pero ¿sigues queriendo los tratamientos?

No recuerdo qué le respondí.

Migrañas.

Un médico que ya me había visto once veces exclamó:

—¡Anda, una cara nueva!

Sí, soy una cara nueva. Siempre soy una cara nueva.

Extracción de sangre; ¿cuánta sangre me habrán dejado?

Cerebros, escáneres cerebrales, estudiantes que venían, se presentaban, hola, eres nueva por aquí, siempre nueva, igual que ayer, igual que mañana, adiós, hola; hola, adiós.

Byron se despertó de una pesadilla, destemplada, temblando, me vio a su lado en la oscuridad, alargó la mano hacia la pistola, se quedó quieta, moviendo los labios, intentando recordar. Vi el blanco de sus ojos entre la penumbra, escuché el traqueteo de un camión que pasó junto al hotel, esperé, percibí cómo se serenaba su respiración, vi cómo volvía a recostar la cabeza sobre la almohada, cómo cerraba los ojos y se volvía a dormir. Yo no.

Yo no pegué ojo.

Al cabo de sesenta y ocho días de asociación, rompí mis propias reglas y la seguí, discretamente, a una reunión. Era la tarde perfecta para hacerlo, con la niebla que se extendía desde la bahía y una fina llovizna que oscurecía las luces que se encendían en las colinas, anunciando el invierno. Me llevé un paraguas, oculté mi rostro con una bufanda y me puse un abrigo nuevo, robado en una tienda, que podría tirar de camino a casa. La seguí hasta los límites de Berkeley, la vi caminar entre la niebla hasta la puerta de una casa independiente, de madera blanca y con dos pisos, que tenía una bandera estadounidense ondeando en el porche y un caballito de plástico rosa abandonado junto a la entrada. Cuando Byron miró hacia atrás antes de llamar, me escondí detrás de un coche y conté hasta diez antes de asomarme para ver quién abría la puerta.

Era un tipo de unos cincuenta años, con la piel olivácea y el pelo canoso, una camisa de cuadros, unos pantalones de chándal grises y unas pantuflas con forma de cabeza de conejo que tenían un par de orejas de trapo en la parte frontal. Se apresuró a estrecharle la mano a Byron y la invitó a pasar.

Busqué su dirección cuando volví a casa. Agustin Carrazza, profesor del MIT jubilado, apartado discretamente cuando se empezó a sospechar que estaba vinculado con experimentos de dudosa moralidad, de los cuales el más destacado fue un suceso de 1978 en el que el suministro de agua de un pequeño pueblo de Misuri fue adulterado con un alucinógeno leve, que tuvo como resultado dos días de caos y confusión, tres muertes, la defunción de seis mascotas (incluida una iguana), dos accidentes de tráfico, noventa y cuatro heridos de diversa consideración, el sacrificio de doscientas diecisiete vacas lecheras y un incremento significativo en la tasa de natalidad nueve meses más tarde.

Cuando le preguntaron durante una entrevista en 1998 si había participado en experimentos ilegales o poco éticos, su respuesta fue de lo más nixoniana: «Si el gobierno dice que es ético, a mí me basta con eso.»

Aquella noche compré un par de somníferos en una farmacia que se anunciaba con una imagen de dos serpientes sonrientes con sombreros de cowboy enroscadas alrededor de un crucifijo le metí uno en el agua a Byron cuando se fue a dormir.

Ciento cincuenta ronquidos más tarde, me levanté de la cama, cogí el cuaderno de Byron de su mesilla, encendí la linterna del móvil y me senté a leer, como una niña, bajo las sábanas.

Se llama Hope , decía la primera página. *Te olvidarás de ella.*

Páginas repletas de notas. Reflexiones y cavilaciones, garabatos en los márgenes...

¿Le da miedo la TEC? ¿Tiene una hermana? A veces muestra un acento del norte de Inglaterra. Reacia a hablar de su familia. Bebe té con leche. Corre una media de 10 kilómetros al día. Roba con frecuencia. ¿Lo hace sin darse cuenta? Robó unas zapatillas de deporte, una chocolatina, una manzana, un bote de salsa para aderezar carnes, una navaja multiusos y un cuchillo (escondido, pegado debajo de la cama, ¿un arma?).
Hoy ha llegado tarde a casa.
¿La apunté con una pistola? Soñé que me despertaba y que encañonaba a un intruso, pero no había nadie y me volví a dormir. Sin embargo, por la mañana, la pistola se había movido de sitio. ¿Por qué?
Esta mañana, la camiseta le olía a alcohol.
Hoy me cae bien.
Hoy está inquieta.
Hoy está tranquila.
Hoy me ha resultado graciosa.
Hoy he sentido lástima por ella.
Hoy me ha hablado del honor.
Hoy ha robado un móvil, lo tiene escondido detrás de la cisterna del váter. (Tengo que cambiar de hotel, a ver cómo reacciona a los cambios.)
Demasiadas grabaciones, demasiados vídeos, no hay tiempo de revisarlo todo. Intentaré recopilar todas las anotaciones aquí.
No confía en mí.
Está asustada.
No ha oído los gritos.
No acepta la TEC; no volver a preguntárselo.
Está empezando a sospechar que estas pruebas no servirán para revertir su condición.

Y a continuación:

¿Me está siguiendo?

¿Es ella la persona que creo que es? Una actuación, un rostro ante la cámara, una voz en la cinta, ¿cómo es ella cuando no hay ningún dispositivo digital que la recuerde? ¿Qué es capaz de hacer? ¿Quién es cuando no consigo recordarla?

Tras casi sesenta páginas de anotaciones, la escritura se transformó en un lenguaje que no conseguí reconocer. Alfanumérico, caracteres y símbolos, guiones y números. Hice un intento por descifrarlo, pero se resistió al análisis de frecuencia monoalfabética, y no tenía tiempo ni conocimientos suficientes para desgranarlo de una forma más compleja. Seguía siendo la caligrafía de Byron, pero codificada, y me

dolía la cabeza, estaba cansada, así que fotografié las páginas y dejé el cuaderno donde estaba. Volví a pegar el cabello que había dejado Byron entre las páginas e intenté volver a dormirme.

A los setenta días, Byron me preguntó:

—¿Me has estado siguiendo?

—No.

—Hoy me he puesto a gritarle a una mujer en la calle porque pensaba que eras tú.

—Lo siento. No era yo.

—Lo sé. Cuando volví a pasar por allí, estaba llorando mientras hablaba por teléfono, y me acordaba de su cara.

Me encogí de hombros.

—Creo que... debería pedirte disculpas.

—No has dicho nada que pueda molestarme —respondí.

Esa misma tarde, Byron me preguntó:

—¿Me has estado siguiendo?

Yo le dije que no, y mantuvimos de nuevo la misma conversación, pero esta vez no consiguió disimular su miedo.

Aquella noche robé un libro sobre criptografía y, bajo la luz pálida del cuarto de baño, me lo estudié mientras Byron dormía.

A los setenta y un días, a solas en un cibercafé de Bayview, comencé a redactar un email para Luca Evard. Lo escribí cinco veces, y al sexto intento, eliminé el borrador y me fui a correr. Aquella tarde, mientras Byron mantenía su reunión secreta bisemanal con un grupo de graduados en informática de Berkeley, que no habían encontrado trabajo de lo suyo y estaban afanados en desentrañar los componentes básicos de Perfección, cogí un taxi hacia las colinas de San Rafael, y con doscientos pavos robados entré en el casino China Creek. Conté cartas, no me esforcé por disimular mis métodos. Las cámaras de vigilancia me observaron, pero no vino nadie. Era una desconocida que tenía suerte apostando

ahora

y ahora

y ahora

mientras los patrones del pasado caían en el olvido.

Cuando alcancé los cinco mil dólares y estaba lista para volver a casa, vi al Club 106. Estaban separados del resto del casino por un muro deslizante de cristal, participando en juegos de alto riesgo en un salón de actos donde había agua corriendo por el interior de los muros y fluía champán desde una fuente alojada sobre un lecho de hielo. Me planteé marcharme, pero no lo hice. Le robé el móvil a una mujer que estaba borracha y utilicé su invitación, que estaba registrada en forma de píxel dentro de la memoria, para atravesar las puertas del club.

Las luces eran azuladas, se podía jugar al póquer y a la ruleta. Se les daba fatal. Hacían apuestas absurdas: 7.000 dólares, 10.000 dólares, ¿y por qué? Porque tú lo vales, nena, oh, sí, nena, solo tienes que decirlo; 15.000 dólares perdidos durante una estúpida ronda a las cartas, «Voy», dijo la mujer, pese a que tenía diecisiete en la mano y el crupier no podría llevar más de quince, y cuando se levantaron las cartas y perdió su dinero, se rio, se empezó a partir de risa y exclamó: «¡Ojalá estuviera aquí mi ex para verlo!»

Un tipo se acercó y me dijo:

—No pareces muy contenta.

—No me hace demasiada gracia ver cómo se despilfarra tanto dinero.

—Solo es dinero —repuso él—. No es más que papel.

—Es tiempo —repliqué, con excesiva brusquedad—. Es un medio para comprar tiempo. Es el coste de una cama nueva en un hospital, el de un panel solar en un tejado. Es el salario anual de un sastre en Daca, es el precio de una barca de pesca, el coste de una educación. No es solo dinero. Es lo que podría haber sido.

El tipo se quedó mirándome, replegando la cabeza, como un ave que recula ante un posible depredador. Ese tipo tan guapo, que se había sometido a los tratamientos —pues claro que lo había hecho, mírale, con ese carisma, esa confianza, esa noción de su propia valía, de ser alguien valioso—, ese tipo tan encomiable, admirable y respetado, me dijo:

—Ostras, eso ha sido muy profundo.

Y lo decía en serio, claro.

—Eres muy auténtica —añadió, susurrando—. Di algo más.

Decidí que no valía la pena arrearle un puñetazo, así que me marché.

CAPÍTULO 67

Enterré 5.000 dólares en una bolsa de plástico debajo de un ciprés, en lo alto de la colina de Marin City. ¿Los necesitaría? Quién sabe. Nunca está de más tener un plan B.

Cuando regresé al apartamento estaba amaneciendo y Byron estaba despierta, con la piel tan pálida como el cielo, y dudé que hubiera dormido algo. Cuando entré por la puerta, se levantó a toda prisa, abrió la boca para decir algo, se contuvo, y las dos nos quedamos mirándonos durante un rato, Byron con mi foto en la mano derecha y los labios fruncidos.

Conté hacia atrás desde diez, despacio, y cuando llegué al uno, Byron me preguntó:

—¿Ayer me seguiste?

—No —respondí.

—Vi... mujeres. Una mujer. Varias mujeres. Me pareció que...

—¿Encajaban con las palabras que componen mi descripción?

—Sí.

—Pues no era yo.

—¿Cómo puedo saberlo? ¿Cómo puedo llegar a saberlo?

Allí estaba. El miedo en sus ojos. Una mujer que vivía sola, que no tenía nada más que sus pensamientos y ese instante presente. Terror a aquello que se encarama a los hombros de todos los viajeros solitarios por la noche. ¿Estoy loca? ¿Estoy loca y no me he dado cuenta?

¿Eres... eres real?

¿Eres real, desconocida a la que no logro recordar?

¿Es real este momento, lo eres tú, lo soy yo, lo es algo de todo esto...?

Había una pistola sobre la mesilla de noche de Byron, y ella estaba muy, pero que muy asustada.

—No pasa nada —dije—. No pasa nada. Escucha tus grabaciones. Recuerda mi nombre.

Se humedeció los labios y dijo:

—La espada gasta su vaina.

Al día siguiente no hubo mermelada con el desayuno, y a mí me dolía la cabeza.

A los setenta y tres días, me di cuenta de que había estado contando mal los días.

No habían pasado setenta y tres días, ni diez semanas, ni tres meses desde que llegué a San Francisco con Byron. Para nada. Se desató una tormenta en la bahía, la lluvia comenzó a precipitarse

desde las colinas, y mientras el cielo nublado y amarilleado por efecto del alumbrado urbano se teñía de un implacable tono negro, encontré el recibo del billete de avión desde Seúl, y la fecha no tenía ningún sentido. Lo comparé con la fecha del periódico y vi que me había equivocado, que había contado mal, que no habían pasado setenta y tres días, sino ochenta y nueve. Llevaba ochenta y nueve días en Estados Unidos.

Así que subí al piso de arriba y me puse a hablar con Byron, pero Byron dijo:

—El alma consume el pecho.

Aquel día hubo mermelada para desayunar, pero sin semillas, algo que siempre me ha parecido absurdo.

CAPÍTULO 68

Un día en una
cafetería
¿un bar de carretera?
Pongamos que era esto último.
Mesas independientes.
Mostrador.
Máquina de café.
Beicon.
Sirope.

Una camarera con un curioso delantal blanco con volantes y una chaquetilla verde con su nombre bordado en letras doradas. Arco Iris.

Al principio pensé que era el nombre de una marca, o una decisión estética, pero entonces dijo:

—Hola, me llamo Arco Iris, ¿qué te apetece tomar hoy?

Y, ¿cómo había acabado recayendo en ese lugar?

A un lado de la carretera, cuatro carriles para un sentido, cuatro más para el otro. Una hilera de matorrales ralos por el medio. Una acera que apenas tenía anchura suficiente para dejar pasar a una madre jadeante empujando un cochecito estrecho, para que caminara la gente pobre

porque hasta los más pobres y miserables tienen que conducir; esto es América,

General Motors, Ford, Nicola Tesla, DC/AC, el triunfo de la autopista, la muerte del ferrocarril, me pareció haber leído algo al respecto...

La camarera me puso un plato delante: beicon, tomate, salchichas, patatas, pan tostado, café negro y cargado, pero yo no había pedido nada de eso, ¿verdad?

—¿Te apetece algo más?

Un plato vacío.

Alguien se había comido mi comida, aprovechando un despiste, así que ahora el plato estaba vacío, y dije que no, porque me sentía llena, llenísima, y me dolía mucho la cabeza y era
ahora
es decir, dos horas más tarde que
entonces
que en su momento fue un ahora
pero ya había dejado de existir.

Una mujer cuyos padres habían decidido llamarla Arco Iris dijo:

—¿Más café, cielo?

Y yo respondí:

—Aunque la noche fue hecha para amar, y los días vuelven demasiado pronto, aun así no volveremos a vagar a la luz de la luna.

—Qué bonito... —dijo ella.

Pero un tipo me pisó el pie y exclamó, «¡A la mierda!», me miró con mala cara y siguió caminando.

Me entró hambre otra vez, pero seguí corriendo, corriendo sin parar, y por la mañana Byron dijo:

—¿Quieres que hagamos hoy otro intento?

No recuerdo qué le respondí.

CAPÍTULO 69

Un
lugar.
Un
momento.
Soy
este momento.
Este lugar, y la cabeza
me está matando.

Esas son las palabras que llevo escritas en la palma de la mano, en letras grandes y negras.

«La cabeza me está matando.»

¿Cuándo escribí esa frase?

Miro en derredor y solo veo
oscuridad.

Este ahora, este momento presente, este instante, este segundo, será el ahora para siempre en cuanto me percate de ello, no será un recuerdo, no será algo anclado en el pasado, sino la revelación eterna, la comprensión de que el tiempo no merma, la certeza de que la distancia no se puede acortar y de que es
ahora.
Ahora.
Ahora.
Es ahora cuando comprendo que he estado olvidando.

En honor a la verdad: una corrección.

Creo que lo sabía desde hacía tiempo.

Un lapso entre el hecho de saber una cosa y asimilarla. Entre la percepción y la certeza.

Es indudable que se ha perdido tiempo, pero las horas pasan volando a cada día de inactividad
rutina laboral
desplazamientos al trabajo
distraerse, haraganear
quedarse mirando a las musarañas
limpiar
cocinar
fregar
dormir
la lista es interminable, *okashi* como dijo ese orador, espléndida, espléndida, una lista espléndida
aplaudamos de una forma espléndida oh qué divertido

qué real eres, qué peculiar, qué mona, qué joderjoderjoderjoderjoderjoderjoderjoderjoderjoderjoderjoderjoderjoder

Corro.

Corro, hasta que por fin encuentro un taxi, y el taxi me lleva hasta un árbol, y de debajo de ese árbol saco 5.000 dólares con los que pago una habitación en un hotel situado junto a la Ruta 101, El Camino Real, usado en el pasado por los monjes españoles para conectar misiones y pueblos, y que ahora es la carretera que va desde California, en el sur, hasta la frontera canadiense, en el norte, extendiéndose a lo largo de miles de kilómetros por la Costa Oeste

Joderjoderjoderjoderjoderjoderjoderjoderjoderjoderjoderjoderjoderjoder

El propietario del hotel me observa de arriba abajo y me dice, precavido:

—El dinero por adelantado.

Se lo doy.

—¿Tienes un carné de identidad?

No tengo.

—¿Estás en apuros?

No estoy en apuros. Identifica mi acento británico y duda. La discriminación ocasional está muy bien y todo eso, pero soy una mujer extranjera, ¿quién sabe los problemas que podría acarrear?

Dejó más dinero sobre el mostrador, y el tipo no dice una palabra más, salvo:

—Solo limpiamos las toallas los martes.

En mi habitación, descubro que tengo los pies cubiertos de ampollas. La mayoría son recientes, algunas tienen más tiempo. ¿Cuánta distancia he corrido? Llevo un móvil en el bolsillo, pero ya le quité la tarjeta SIM, no pienso volver a cometer ese error.

Me doy un baño, examino mi cuerpo entero, tengo marcas de agujas en los brazos, en los tobillos, en la muñeca, en el cuello, no recuerdo cuándo me las hice. Me examino la coronilla con un espejo, deslizando los dedos entre los cabellos como un gorila en busca de liendres, y sí, allí están, y también por aquí atrás, pequeñas protuberancias en los puntos donde me han introducido agujas. Alguien me ha estado inyectando cosas en el cerebro, y yo que me creía tan lista, que pensaba que tenía el control, yo que me creía tan jodidamente lista de los cojones hostia JODER

Reviso las fotos que tengo guardadas en el móvil, encuentro las imágenes del diario codificado de Byron y me pongo manos a la obra.

CAPÍTULO 70

Fragmentos de las vidas de otras personas, en un motel junto a la Ruta 101.

Una familia de tres miembros en la habitación de al lado. Él es viajante, ella sirve patatas fritas en un restaurante de comida para llevar. Él dice, «Nena, nena, te lo prometo, la semana que viene, te prometo que la semana que viene...»

Ella replica, «Dijiste lo mismo la semana pasada, y la anterior, y la anterior a esa.»

«Lo sé, cari, lo sé, pero puedo hacerlo, puedo reunir el dinero...»

Ella se echa a llorar, «Siempre dices eso, siempre estás con lo mismo.»

Discuten hasta bien entrada la noche, y yo me quedo despierta, escuchando a través de la pared de cartón.

Un hombre con un sombrero de cowboy en la tele, tan flaco como el palo de una escoba, tan fuerte como una roca, con un bigote encaramado al labio superior y patillas hasta la mandíbula.

—Seamos sensatos, vamos a hablar con propiedad. Los crímenes los cometen los negros, es pura estadística, pura matemática. Así que, si la policía quiere utilizar perfiles étnicos, a mí me parece bien, porque todos sabemos que eso nos ayudará a vivir más seguros.

—Según el FBI, casi el 70 por ciento de los delitos que se cometen en Estados Unidos son perpetrados por blancos.

—No, eso es una...

—...pero el porcentaje de negros encarcelados por esos mismos delitos es mucho mayor...

—No soy racista, solo estoy intentando ser razonable. No soy racista, y como me diga que lo soy, pienso ponerle una demanda...

Clases de códigos: cifrado César, monoalfabético, polialfabético, criptografía simétrica, libreta de un solo uso, cifrado por libro, cifrado por números primos, SSL, etc.

De todos los cifrados que parecía probable que Byron estuviera utilizando, el más evidente era el polialfabético con palabra clave. Lento de escribir, lento de leer, pero se podía ganar velocidad con la práctica, y, si se conocía la palabra clave, un ordenador podría descifrarlo en cuestión de segundos.

Sin la palabra clave, el análisis de frecuencia lleva su tiempo, pero Byron había escrito un montón de material y, por suerte, no se había molestado en dividir las palabras en grupos de cinco o seis letras, sino que había mantenido la gramática y el espaciado, tal que así: bwuwm xi sw ehtjaur pjcfv xdlmcknbn sfvcey adbam.

No hay ningún problema que el ingenio humano no sea capaz de resolver.

Busqué repeticiones en los patrones de letras: «xi», «sw»: ¿El? ¿La? ¿De? ¿Un? «imd» «wix»: ¿Eso? ¿Esa? ¿ella? Traté de localizar repeticiones de palabras de seis letras que pudieran significar «Porqué», sin éxito, pero en lugar de eso encontré una repetición de la misma palabra de cuatro letras, uxlj, y llegué a la conclusión de que tenía que ser «Hope». Al combinar «Hope» con «uxlj» en un cuadrado alfabético, aparecieron las letras «liber». Después probé a cruzar otra combinación de tres letras, glq, que yo relacionaba con «ser», y el resultado fue «tad». En el PC antiquísimo que había en el vestíbulo del hotel, escribí una frase sencilla extraída del diario de Byron, con la palabra clave «libertad», y vi cómo al momento aparecía un texto legible.

«Lo que hago es poco ético», ponía, «pero es al servicio de la humanidad.»

—Son dos pavos la hora por usar el PC —dijo el encargado, con el mocho al hombro y un cubo en la mano.

Dejé diez dólares debajo del teclado y seguí escribiendo.

En Estados Unidos no hay suficientes bibliotecas públicas. Acabé usando la impresora de una tienda donde también vendían cerveza, leche, artículos de aseo, animales disecados y armas. Me cobraron un dólar por página, pero me dio igual; los párrafos descifrados del diario de Byron cayeron en mis manos desde la máquina.

A solas en el motel, rodeada de papeles, con las noticias en la tele sin apenas volumen y la pareja de al lado discutiendo, discutiendo, siempre discutiendo.

«No puedo seguir haciendo esto», gritaba él, «¡No puedo! ¡Yo iba para banquero!»

—Hoy en día, hay ciudades en Inglaterra, ciudades enteras, que son islámicas, donde rige la sharía —explicó un experto en las noticias.

El presentador parecía estupefacto, horrorizado, ¿cómo era posible algo así?, ¿cómo podía haberse extendido tanto el islam?

—Hay musulmanes buenos, por supuesto, pero su fe en sí misma, su religión...

Cambié de canal.

Mis actos son monstruosos, y no busco una justificación moral. La Historia es mi guía , escribió Byron. *Oliver Cromwell mató a un rey; la revolución francesa fue promovida por el terror. Los siervos fueron liberados y nació la democracia; Lenin propició una guerra civil y los Aliados bombardearon Dresde. La Historia está repleta de actos infames y consecuencias extrañas.*

Tengo miedo de Porqué. Hope... se llama Hope, pero la recuerdo como Porqué. No sé a qué se debe. Recuerdo haber mantenido conversaciones con un ente llamado Porqué; su don, al parecer, no se aplica a los ordenadores, así que conservo datos que la recuerdan, aunque yo no pueda decir lo mismo. Tampoco es riguroso decir que tengo miedo de ELLA. No la recuerdo como para poder tenerle miedo. Me da miedo lo que representa. La mujer a la que no consigo recordar. Pero eso es ridículo. Mi imaginación se desboca con las incógnitas del pasado y las posibilidades del futuro, pero es solo ahora, solo cuando la percibo, cuando esa incógnita se vuelve real.Ella se torna real gracias a la percepción, el mundo se torna real gracias a la percepción del ahora, de este instante, y eso es lo único que debe importarme.
Ella es libre y no lo sabe. Es una diosa que contempla el mundo desde fuera. Su don es hermoso. Lo que le estoy haciendo es horrible, pero ella misma me lo ha pedido, y además es necesario. La estructura básica ha tenido un éxito provisional. Si conseguimos implantarle el detonante a Porqué, podremos implantarlo en cualquier parte.
Ella es sublime, es un faro en la oscuridad.
Una noche dormí profundamente, pero mi diario permanecía intacto, y me dijiste que habías perdido el móvil que te di.
En mis pesadillas, tú eres todas las mujeres, y yo estoy sola en el mundo mientras tú te ríes de mí.
¿Hope?

Ahí estaba escrita la palabra, descifrada, en una página tan avanzada del cuaderno que estuve a punto de pasarla por alto.

¿Hope? Si estás leyendo esto —puede que ya lo hayas hecho—, debes saber que tú querías los tratamientos. Accediste a todos ellos. He desentrañado la programación de Filipa. No anhelarás ser hermosa, no te convertirás en una mujer ambiciosa, en un títere, en una muñeca, en una mujer perfecta. No voy a destruir tu alma. Pero cada día que te sientes en esa silla, estaremos más cerca de comprender el trabajo de Filipa, y tu mente también.

Y, a continuación, descodificado:

Basta ya de vagar.

Terror, soledad en mitad de la noche. Me encerré en la habitación del hotel con un móvil nuevo en la mano, conté hacia atrás desde cien, sentada a lo indio en el borde de la cama, y me puse a buscar los versos del poema «No volveremos a vagar», de Lord Gordon Byron, 1788-1824.

Así es, no volveremos a vagar tan tarde en la noche, aunque el

corazón siga amando y la luna conserve el mismo brillo.
Pues así como la espada gasta su vaina,Y el alma consume el pecho, asimismo el corazón debe detenerse a respirar,e incluso el amor debe descansar.
Aunque la noche fue hecha para amar, y los días retornan demasiado pronto, aun así no volveremos a vagar a la luz de la luna.

Leí los versos, terminé los versos, pero no pasó nada, aunque mi corazón latía muy deprisa, tanto, que ni siquiera ponerme a contar mis respiraciones pudo serenarlo. Solté el móvil, me metí en el baño, me lavé la cara y las manos con agua fría, contemplé mi reflejo en el espejo, me vi pálida y consumida; después me enderecé, desafiante, orgullosa, fruncí el ceño hasta que logré domar mi rostro, luego miré el móvil y descubrí que el aseo me había llevado casi dos horas y media.

Temblando en el suelo del baño.

JoderjoderjoderjoderjoderjoderLEVANTAjoderjoderjoderLEVANTAYAjoc

El desierto.

El tren.

Al final, ¿qué supone ser valioso, qué es la justicia, qué son las palabras?

Levanta el puto culo, Hope Arden. ¡Acaba con esto de una puta vez!

Me arrastré hacia el borde de la cama, bebí un sorbo de agua, soy una guerrera, soy una corredora, soy una profesional, soy disciplinada, soy la libertad, que os jodan a todos, busqué el poema en YouTube.

Lo habían recitado varias personas; elegí a una mujer que lo grabó para su hijo como parte de un festival familiar en Skye.

—No volveremos a vagar —recitaba, con una dicción poco experimentada, pero con mucho sentimiento—. Pues así como la espada gasta su vaina, y el alma consume el pecho...

Mientras, yo estaba sentada en el suelo, al lado de la tele, después de haber llorado sin saber por qué.

Horas, perdidas en un segundo.

Volví a escuchar el poema, pero esta vez me enrollé una goma elástica a la muñeca y tiré de ella con fuerza, hincándola en mi piel, mientras la oradora decía: «El alma consume el pecho...»

Me asomé a la terraza de la habitación del motel, contemplando la Ruta 101, que se extendía más allá de los pinos, con la muñeca en carne viva, y apenas habían pasado treinta minutos.

Otra vez.

Otra vez.

Me pellizqué con tanta fuerza como para gritar de dolor, y la oradora dijo: «El alma consume...»

Y mientras yo estaba tirada en el suelo, intentando recobrar el aliento; me había dejado la tele encendida, pero daba igual, porque solo habían pasado quince minutos y en la pantalla salía un tipo que decía:

—Teníamos doscientos pavos y los hemos convertido en seiscientos, eso es ser avispado, colega, eso es tener talento, eso es saber aprovechar la oportunidad cuando la presión está por las nubes...

Otra vez.

Otra y otra y otra vez hasta que lo haya hecho, hasta que me haya sacado esto de la cabeza, ¡¡otra vez y otra!!

Escucho la grabación y ahora

en la cama, en silencio, con los ojos abiertos, tumbada boca arriba, llevo cuarenta y tres respiraciones, pero parece que estoy contando hacia atrás desde cien, ¿qué habrá sido de las cincuenta y siete respiraciones restantes?

Otra vez, el alma consume el pecho y

estoy leyendo la Biblia, ya más tranquila, serena, aunque la marca que han dejado mis uñas en la palma de mi mano izquierda ha provocado unos bultitos enrojecidos, y tengo magulladuras en la parte superior de los brazos, producto, quizá, de haber abrazado mi propio cuerpo con demasiada fuerza, pero

otra vez

el corazón debe hacer una pausa para respirar

y el sol está saliendo, comienza un precioso día en California, despejado, no como en casa, no es un amanecer marcado por la niebla y los nubarrones, es dorado como una diosa, es digno de veneración, Amaterasu, Bastet, Brigid, emergiendo de la oscuridad.

Otra vez

canturreo los versos, desafinando, danzando por la habitación: «El alma consume el pecho, ¡oh, yeaaaah!»

y tropiezo, pero no me caigo, atolondrada, con jaqueca, la cabeza me está matando, pero que le den, a la mierda, que os jodan a todos, soy Hope, soy Porqué, soy una ladrona, soy fácil de olvidar, soy yo, soy yo, joder, y esto es el presente, un presente en el que canto y bailo otra vez y otra y otra

¡Y otra!

«La espada gasta su vaina...»

Apenas tropiezo esta vez, apenas un sobresalto, me pego a la pared durante un instante, espero a que pase el momento, después me

pongo a girar otra vez, a bailar en el sitio, desbocada, aleteando los miembros, jadeando, flexionando las piernas, la espada gasta su vaina y yo estoy bailando, bailando, bailando, mi cuerpo es de piedra, ¡vuelvo a ser una piedra danzante!

«...el alma consume el pecho, y el corazón debe detenerse a respirar, e incluso el amor debe descansar, ¡EH, MACARENA! El alma consume el pecho, ¡eh, Macarena!». Palabras que reemplazan a otras palabras, a la mierda este baile a la mierda todo el alma el pecho reemplazar repetir repetir repetir hasta que esté listo, ¡Macarena! «El corazón debe detenerse a respirar, e incluso el amor que te jodan que te jodan que te jodan que te jodan, ¡Macarena!»

Golpes en la puerta, la luz del alba a través de la cortina de poliéster.

—¡Soy Hope! —grito, conteniendo las carcajadas—. ¡¡Soy Hope!!

CAPÍTULO 71

Una pregunta al aire, formulada por el tipo que estaba esperando el bus de vuelta a San Francisco:

—¿Cómo puedes saber si estás loco?

Debía de tener treinta y pocos años, pero había una inocencia afligida en sus ojos que le hacía parecer mucho más joven. Aferraba con fuerza una maleta de color celeste, llevaba puesta una sudadera gris con capucha y unos zapatos andrajosos, y decía muy seriamente que antes estudiaba filosofía, pero que los filósofos lo habían entendido todo mal, porque lo importante no eran las reglas, sino las ausencias, los lugares donde se infringían las reglas, ahí es donde radicaba toda la verdad, la verdad del universo.

—Todos fingimos que no estamos locos —susurró—, ¡pero es porque tenemos miedo!

Una pregunta que estuve rumiando en el bus, aferrada a mi austera bolsa de viaje, con la ropa sucia, el pelo alborotado, el gesto endurecido. ¿Cómo puedes saber que no estás loco?

¿A cuántas personas conocía, que ahora se consideraban desequilibradas mentalmente? Mis padres, que olvidaron progresivamente a su propia hija, cambiando el papel de la pared de mi cuarto, algo que siempre habían querido hacer. Personas a las que había robado, el policía en la sala de interrogatorios: caminó derechita hacia usted, habló con usted, ¿cómo es posible que no recuerde su cara? La princesa Leena en Dubái. Gauguin, que me amenazó con un cuchillo. Gente a la que le había robado algo y gente a la que le había comprado algo. Un pasaporte falso a bordo de un barco en el Mar de Mármara, una chica jugando a videojuegos en Tokio, un amante ebrio en la cama de un hotel por horas. Cuerpos masculinos que había presionado contra el mío, Parker en Nueva York, un profesor de matemáticas que se preguntaba si yo contaba cartas, compañía, calor humano, asociación, compañerismo... disciplina.

¿Estoy loca?

Cuento con la disciplina para protegerme. La disciplina de cuestionarme las cosas, de buscar compañía, otro par de ojos, una perspectiva distinta del mundo, esas cosas son mi disciplina, la humanidad es mi disciplina, Luca Evard es...

...un error de cálculo.

Lo sé, siempre lo he sabido, ahora lo veo con claridad. Falta de disciplina. «Antidisciplina». Una obsesión irracional a la que, al no tener otra cosa con la que compararla, he decidido llamar amor. Le necesitaba con todas mis fuerzas. Y seguro que él me odiaba con todas

sus fuerzas, siempre que recordara quién era.

Seguí contando, hasta que ya solo me quedó eso.

CAPÍTULO 72

Byron no estaba en el apartamento. Lógico.

Había dejado un sobre pegado a la pared, al lado de la puerta, con la palabra HOPE escrita en grande.

Querida Hope:

Por lo visto has desaparecido, o bien he dejado de registrar nuestras interacciones. Si es lo primero, no sé por qué te has marchado, aunque me lo puedo imaginar. Si es lo segundo, debes saber que es el miedo a no saber quién eres, o el motivo por el que he dejado de grabar nuestra relación, lo que ha motivado mi marcha. Si te he dejado yo, espero haber aclarado de antemano que has estado sometida a tratamientos. No a la escala realizada por Filipa y Rafe, no al nivel de Perfección. Pero sí a una serie de técnicas experimentales diseñadas para cartografiar y modificar tu química cerebral. Tú misma lo pediste, aunque puede que no seas del todo consciente de ello, ya que el proceso todavía se está desarrollando.

Si me has dejado tú, es posible que lo hicieras impulsada por un efecto secundario del proceso. De ser así, espero que me creas si te digo que no quiero hacerte ningún daño, y que sería un honor seguir trabajando contigo para entender tu condición, y que ojalá podamos volver a colaborar en el futuro.

Es posible que conozcas buena parte del contenido de esta carta, o que no lo conozcas, o que sepas más cosas, o que creas saber más cosas, o que simplemente te importe un rábano. Solo puedo percibirte a través de mis grabaciones, pero estas carecen de sustancia. Según mis notas, en una ocasión dijiste que necesitabas verme en persona para conocerme. El sentimiento es mutuo, pero, al contrario que tú, yo no puedo formarme una imagen de ti a partir de esos encuentros. Sigues siendo un folio en blanco para mí, y no puedo confiar en un folio en blanco. No te lo digo con resquemor. Aunque mi misión es crucial y tengo que ser discreta, así que en estas andamos.

Deseo que estés bien y a salvo, y te ruego que evites el uso de cualquier tratamiento, salvo esos protocolos que tú y yo hemos modificado juntas. Tu vida y tu alma son demasiado valiosas como para acabar destruidas por Perfección.

Atentamente,

Byron

Había un pendrive en el fondo del sobre. Me lo llevé al hotel, lo enchufé al ordenador, me puse los auriculares y escuché el archivo de audio que contenía.

Nada sorprendente; se me encogió el estómago al oír el sonido, pero no torcí el gesto, no eché a correr, no me moví.

—La espada gasta la vaina —recitaba Byron, con un tono inmutable y resignado—. El alma consume el pecho. Confía en mí. Soy tu única esperanza. Acudirás a mí.

Esto último lo repitió varias veces, después volvió a recitar el poema, y yo lo escuché, impasible, y me sentí bien. Eh, Macarena.

Fui a Daly City, a la oficina situada al final de un caminito de hormigón, Fertilizantes Hidropónicos S.A., «El agua es nuestro futuro». El letrero seguía en su sitio, pero la oficina estaba vacía. Me colé por la puerta de atrás, pasé junto al lugar donde antes estaba el sillón de Byron, un lugar plagado de agujas, fármacos y...

...otras cosas que he olvidado.

¿Sentí pavor?

Deslicé la mano sobre las paredes, por debajo de los alféizares, y no sentí nada. Quizá debería haberlo sentido, intenté obligarme a experimentar rabia o malestar por lo que había ocurrido, pero no sentí nada. Me puse a buscar algo, un rastro, pero todo estaba limpiado a conciencia, vacío, desvalijado.

Busqué información sobre Fertilizantes Hidropónicos S.A., pero la empresa había desaparecido tan deprisa como fue creada, los registros estaban en blanco. Llamé a las casas colindantes, pregunté si habían visto salir a alguien, rostros o camiones, pero no habían visto nada, a excepción de una anciana con insomnio, que se despertó a las tres de la madrugada cuando una furgoneta blanca arrancó, y pensó que eran ladrones, pero no había ladrones por esa zona, eso era impensable en un sitio donde la gente era tan agradable.

Al final, retomé la rutina de las vigilancias.

Durante dos semanas, me aposté ante la casa de Agustin Carrazza, el profesor jubilado del MIT de dudosas prácticas éticas al que Byron había visitado durante esas largas, larguísimas semanas de experimentos. Le veía entrar, le veía salir, le seguía cuando acudía a reuniones y cenas, y me escondía, no de él, sino de las cámaras de vigilancia y los teléfonos móviles, me escondía de las máquinas, ya que las máquinas jamás olvidan.

Disciplina. Ante todo, disciplina.

Si estaba trabajando con Byron, no dio muestras de ello hasta un miércoles por la tarde, cuando se desplazó hasta un laboratorio de incógnito, en un polígono industrial próximo a la Ruta 24, donde unos jóvenes ataviados con pantalones de vestir se apresuraron a saludarlo y a estrecharle la mano, antes de conducirle adentro para que

admirase su operación, su secreta y bien custodiada operación. Y cuando el laboratorio quedó a oscuras, me colé dentro y encontré el mismo sillón, las mismas agujas, los mismos fármacos y los mismos aparatos eléctricos para alterar el cerebro que había en la pequeña oficina de Byron en Daly City, junto con un vaso lleno de un líquido limpiador verde, que estaba empezando a cristalizar de llevar tanto tiempo ahí; un calendario de los Giants, porque todo el mundo en esa ciudad animaba al mismo equipo; un PC protegido por una contraseña que no era ninguna de las opciones obvias —contraseña1, 123456, Giants001, etc.—; y en el interior de un contenedor hermético amarillo, agujas con restos de sangre reseca, esperando a que alguien se las llevara y las incinerase.

Al cabo de tres días de merodear cerca del edificio, conseguí reunir los nombres y las identidades de todos los que formaban parte del equipo de trabajo. Un par de estudiantes de posgrado, un par de investigadores que deberían haber sido más sensatos, y tres alumnos de Berkeley que querían conseguir experiencia para el currículum. Me acerqué a todos, charlaba con ellos en la cafetería, me los cruzaba en la biblioteca, y al cabo de unos días podría haberlos saludado amigablemente y haberles preguntado por el gato/lagarto/araña/pez que tenían como mascota, llamándolos por su nombre.

En el epicentro del grupo estaba Meredith Earwood. Cursaba el segundo año de la carrera de Psicología, compaginándola con la de Literatura Inglesa. Ella era el conejillo de indias que se sentaba en el sillón de tratamientos, suya era la sangre que impregnaba las agujas del contenedor hermético. Llevaba el pelo teñido, moldeado con laca, cinco dólares por cada tijeretazo; sus dientes eran lunas perfectas en miniatura dentro de su boca, su hogar estaba en Virginia Occidental, su ambición era convertirse en la terapeuta de los famosos en Los Ángeles, su CV estaba adornado con los concursos de belleza que había ganado, su estómago era un catálogo de músculos duros como rocas, su puesto como capitana del equipo de animadoras estaba asegurado, se había abierto camino hacia la fama y la popularidad a base de piruetas y volteretas laterales, pero no era suficiente, nunca era suficiente.

Entablé una conversación con ella ante la puerta de la biblioteca, sirviéndome del recurso más fácil: ¿tienes Perfección?

Por supuesto que sí, había llegado a 543.000 puntos cuando todavía estaba en Virginia, nadie de su ciudad había conseguido acumular tantos. Después añadió, de forma inesperada:

—Pero ya no utilizo esa gilipollez.

Enarqué las cejas, me senté a su lado, con la espalda apoyada en la pared, sujetando la mochila que compré tres horas antes en la tienda del campus y que estuve restregando contra una pared de

ladrillos para que pareciera usada, y dije:

—¿Qué quiere decir que ya no la utilizas?

—Perfección es una herramienta elitista de división social —expuso, con la confianza absoluta de una estudiante de letras de segundo año destinada a gobernar el universo—. Es casi imposible que los pobres alcancen más que unos pocos cientos de miles de puntos, y la única manera que hay de conseguir un millón es acumulando tanto los bienes como los valores materiales de los extremadamente ricos y privilegiados. ¿Sabes cómo decidió la compañía que está detrás de Perfección lo que era «perfecto»?

No, no lo sabía, ¿cómo habían...?

—Por Internet. Se metieron en Google, Amazon, Bing, Yahoo, Twitter, Facebook, Weibo... y de todo ese amasijo de algoritmos e información extrajeron lo que significa ser «perfecto». Supusieron que la mente global tendría la respuesta, porque la gente sabe de lo que habla; datos y números en la red, ¿y sabes lo que les salió?

No, ¿qué fue lo que les...?

—George Clooney y Angelina Jolie, eso fue lo que les salió. Les salieron modelos y estrellas del cine. Niños ricos y niñas monas. Les salieron coches rápidos y prendas de moda, vacaciones en el Caribe, cielos azules, aguas límpidas, calcetines orgánicos y dietas veganas. Les salieron cuentos de hadas, fantasías, un concepto social de perfección que resulta imposible de alcanzar, que ha sido potenciado por películas, revistas y programas de televisión para incitarnos a comprar, comprar comprar comprar más cosas más anuncios comprar comprar comprar una casa comprar un coche comprar zapatos nuevos comprar perfección... Y ellos lo incorporaron a su propio algoritmo como la definición de aquello a lo que todos deberíamos aspirar. A ver, ya sé que no es nada nuevo; Hollywood lo lleva haciendo desde hace años, Perfección no ha hecho más que subirse al carro. Perfección es lo que quiera que diga el publicista, y nosotros nos lo tragamos.

—¿Así que lo dejaste?

—Pues claro.

—Pero... —Me contuve antes de que la frase «te estás sometiendo a tratamientos» atravesara mis labios, entorné los ojos y ladeé la cabeza, buscando una manera mejor de expresarlo.

—¿Pero soy hermosa? —aventuró ella, al verme callada.

No era lo que quería decir, pero...

—Cuido mi aspecto porque quiero —exclamó, remarcando cada palabra ondeando un dedo—. El mundo me admira, y a mí me gusta que me admiren. Ya sé que es una tontería, pero es fácil, me ayuda a conseguir lo que quiero, y lo que quiero es llegar a la cima.

Conté los bloques del pavimento, agarré la mochila con más

fuerza aún, sentí el peso de unos libros que ni siquiera eran míos, debí haberlos robado de alguna parte.

—¿Has oído hablar de los tratamientos? —murmuré.

Ella levantó la cabeza bruscamente, después sonrió, disimulando los rayos que me estaba lanzando por los ojos.

—Claro.

—El 106, lo llaman...

—Sí, claro, sé lo que es.

—He oído que te hacen ser perfecto.

Ella no respondió, y aquella noche la seguí hasta el laboratorio. Me puse a espiar a través de un agujero que había hecho en la pared tres días antes, para después introducir una cámara de fibra óptica por el hueco. La vi sentada en el sillón, no se quejó cuando le pusieron las inyecciones, sonrió cuando le colocaron el visor. Un tipo vestido con un mono azul de plástico, al que no había visto nunca, le separó los pelos de la coronilla y le clavó en el cráneo una aguja de diez centímetros de longitud con una especie de antena en lo alto. Su ritmo cardíaco no se aceleró, su respiración se mantuvo estable, O2 99, TA 122/81. Le pusieron los auriculares, un nódulo metálico en la lengua, y le metieron un tubo por la nariz. Esperaron. Las máquinas se pusieron en marcha, alguien preparó café, y siguieron esperando.

Treinta y seis minutos después, la desconectaron, poco a poco, y no había cambiado nada, pero cuando abrió los ojos, el tipo del mono azul dijo:

—Un niño inocente, que levemente consigue respirar, y siente la vida en cada miembro de su cuerpo, ¿qué habría de saber de la muerte?

Ella sonrió, sin que pareciera sentir dolor, y respondió:

—Me encontré con una chiquilla campesina, tenía ocho años, según me dijo; el cabello abundante, con muchos rizos que se enroscaban en torno a su cabeza.

La llevaron en coche a casa, después del procedimiento, y ella les dijo adiós desde la puerta, y al día siguiente sacó un notable en su trabajo sobre el conocimiento y la cultura, una nota ridículamente alta, y se fue a clase de Inglés sonriendo, hasta que el profesor le dijo:

—La muchachita había de imponer su voluntad, diciendo: «¡No, somos siete!»

En ese momento, Meredith se dio la vuelta con una sonrisa plácida, y, con una esquina de su carísimo portátil gris, le estampó los sesos al alumno que estaba sentado a su lado.

CAPÍTULO 73

Una ambulancia a la izquierda, el coche de policía a la derecha.

Meredith gritó durante mucho, mucho rato mientras la separaban a la fuerza del chico al que estaba intentando matar. Chilló hasta que la sedaron y acabó tendida y esposada sobre el asiento de la ambulancia, cuya camilla estaba ocupada por el alumno al que le asomaban los sesos, un amasijo rosado entre los huesos rotos de su cráneo. Me sumé a la muchedumbre de mirones; algunos guardaban silencio, otros lloraban, unos cuantos intentaban sacar fotos, hasta que un profesor de antropología enfurecido bramó:

—¡Como vea una sola fotografía de ese pobre chico en alguna parte, donde sea, os muelo a palos! ¡Os muelo a palos como si fuerais mulas de carga!

El profesor debía de tener unos cincuenta y cinco años, era muy bajito, llevaba gafas y era un experto en encontrarle sentido a los significados, sea lo que sea eso. Tenía los pulmones de un cantante de ópera y la furia de un pitbull, así que la multitud se disolvió ante su arrebato de ira, y yo también me fui.

Por la noche, regresé al laboratorio donde habían tratado a Meredith y me lo encontré vacío, desalojado. Solo quedaba un olor a lejía.

Regresé a la casa de Agustin Carrazza, pero él también había desaparecido, se había largado a toda prisa, las luces estaban apagadas, no había nadie en el edificio.

Me encerré en la habitación del motel, apilé almohadones alrededor de las puertas y las paredes, y escuché una vez más el sonido de la voz de Byron, con el volumen a tope, mientras recitaba: «Pues la espada gasta su vaina, y el alma consume el pecho, asimismo el corazón debe detenerse a respirar, e incluso el amor necesita un descanso...»

¡Eh, Macarena!

Esta vez, las ganas de vomitar fueron producto mío, de las experiencias que había vivido en primera persona, y no de ningún implante en mi mente.

Recopilé todas las grabaciones de todos los poemas de Wordsworth y Lord Byron que pude encontrar y me tumbé en la cama a escucharlas, pero tampoco sentí ninguna reacción adversa, y tuve el reloj a mano en todo momento para no perder la noción del tiempo.

Al cabo de seis horas de digestión poética, me puse las deportivas y me fui a visitar a Meredith al hospital.

La habían ingresado en una habitación privada, esposada a la cama. Un tipo soñoliento con una gorra azul montaba guardia junto a la

puerta, con varios vasos de café aplastados sobre la silla que tenía a su lado, una bolsa de nachos casi vacía, y manchas de nicotina en los dedos. Le robé el distintivo de enfermera a una mujer en el ala de oncología, afané una bata a la entrada de un quirófano y una tablilla sujetapapeles de los pies de una cama. Me recogí el pelo y sonreí al policía de la puerta, que no se molestó en comprobar mi identificación cuando me dejó entrar.

Meredith dormía profundamente, algo que seguramente no volvería a hacer en mucho tiempo. Me senté a su lado, la desperté con suavidad, cogiéndola de la mano, y al ver que se sobresaltaba, le dije en voz baja, con acento de la Costa Este:

—Tranquila. He venido a comprobar qué tal estabas.

—¿Está muerto? —preguntó—. ¿Lo he matado?

—No.

—¡Ay, Dios! Ay, Dios, Dios...

Me pareció detectar un gesto de alivio en su rostro, pero estaba demasiado nerviosa como para que ese alivio durase mucho.

—Meredith —dije—, el médico necesita saber si estás sometida a algún otro protocolo médico. ¿Te has sometido recientemente a alguna clase de tratamiento?

—¿Tratamientos? No.

—Tienes marcas de pinchazos en el brazo.

—Ah... sí, claro... será que he donado sangre o algo así.

—Son demasiados pinchazos.

—No... no estoy recibiendo ningún tratamiento.

O era una mentirosa de primera, o no se acordaba.

—¿Recuerdas un polígono industrial de camino a Walnut Creek? ¿Gente vestida con monos, un sillón reclinable?

—No, no recuerdo nada de eso. ¿Por qué hay...? ¿He hecho algo? Es decir... ¿he...? ¿hay...?

Se quedó callada. No tenía ni idea.

Esa chica no tenía ni idea de nada.

—No —susurré, apartándole un mechón de cabello de la cara—. No fuiste tú. Tú no lo hiciste.

Salí de la habitación y no sonreí al poli mientras me dirigía hacia la salida.

CAPÍTULO 74

Una pregunta, la única relevante: ¿dónde está Byron?

Quizá también esta otra: ¿por qué necesito saberlo? Ella dijo: «Vendrás a mí», y yo la estaba buscando. ¿Sería una especie de obsesión? ¿Me había metido algo en el cerebro: agujas, antenas y...?

...pero no. Lo primero es lo primero, así que me hice un chequeo médico completo, todo en el mismo día, deprisa, para que los médicos no se olvidasen de mí en mitad de una prueba. No tenía nada dentro: ni chips, ni cables, ni nada. No hizo falta que empezara a ponerme un sombrero hecho con papel albal.

Disciplina: si no puedes confiar en ti mismo, confía en los demás. Si no puedes confiar en los demás, confía en el método científico. Todo lo demás es duda y conjetura, dogma, fantasía y miedo. No pienso tener miedo. No pienso volverme loca.

Busqué a Byron, pero Byron se había ido.

Desapareció de Estados Unidos, desapareció de la red oscura, desapareció... sin más.

Busqué al 106, busqué laboratorios y salas de conferencias, registré aeropuertos y puestos fronterizos, rastreé Internet en su busca, lanzándole anzuelos, pero fue en vano.

Byron había desaparecido de una forma más efectiva de lo que podría haber imaginado; la gente se acordaba de ella, pero aun así seguía sin aparecer. Puede que tuviera razón; puede que eso fuera una especie de libertad.

Al no encontrar nada, por impulso, me monté en un bus de Greyhound rumbo a Salt Lake City. El autobús no era como los de las películas antiguas; tenía aire acondicionado, era cómodo y había un baño en la parte trasera.

—¡Bienvenidos! —exclamó el conductor por los altavoces, mientras nos poníamos rumbo al norte—. Tienen a su disposición conexión wifi, revistas con las que entretenerse, luces sobre sus asientos para poder leer y un retrete, ¡vivirán una experiencia que nunca olvidarán!

Salt Lake City: fundada por mormones, sustentada por el esquí y las entidades financieras. Un amasijo de líneas rectas a los pies de unas cumbres nevadas. Me comí un perrito caliente mientras elegía mi siguiente destino, estaba tan rico que volví a por otro, y la mujer que los vendía exclamó:

—¡Cielo, tienes que comer más y engordar, de lo contrario no sobrevivirás al invierno!

Me eché más kétchup en el panecillo, le di una propina de dos

dólares y me subí al bus de las tres de la madrugada, que atravesaba la interestatal 80 en dirección este, hacia ningún destino relevante.

CAPÍTULO 75

Nombres en la carretera. Evanston, Rock Springs, Rawlins, Laramie, Cheyenne, Fort Collins. Lugares donde los padres fundadores clavaron una bandera, donde los constructores del ferrocarril acudieron con palas y dinamita, donde las tribus nativas lucharon hasta la muerte, empujados cada vez más hacia el oeste, hacia las montañas y los mares. ¿Qué estaba haciendo ahí? ¿Por qué estaba viajando?

Viajar desde un punto, viajar hasta otro. Parece algo propio de un peregrino. Como una especie de penitencia.

Un pequeño cambio en el paisaje, la aparición de nombres relacionados con otro tipo de historia. Lexington, Kearney, Grand Island, Lincoln, Omaha. Una región industrial en decadencia. Denver. Fort Morgan. Sterling. Ogallala. Chimeneas secas y polvorientas, puertas atrancadas. O te adaptas a los tiempos, o te devoran. Vendedores de seguros, camellos en coches de segunda mano, reporteros de la televisión, comentaristas y mercaderes de la opinión y la vanidad, vengan al este, vengan al este; había una parada de diez minutos en Des Moines, otros treinta minutos en Walcott para quien tuviera que hacer pis, el retrete apestaba, pero qué más da, ya lo limpiaría alguien, basura en la carretera, un problema para mañana, pero hoy es hoy, ¿y después qué?

Chicago. Me senté junto al lago Michigan, inmóvil como una estatua, y me pregunté si los primeros europeos que llegaron aquí pensarían que era un mar, un océano, y que Japón se extendía al otro lado.

Me monté en el metro, me sorprendió que pudiera ser tan lento, circulando muy cerca de las torres del Loop, estirando el cuello para ver una pequeña porción de cielo. Me comí una pizza al lado de Wrigley Park y animé a los Cubs, aunque estaban condenados a perder. Conocí a un tipo al que le gustaba la rumba y pensé, por qué no, por qué leches no, y me puse a bailar rumba con él de camino a su apartamento, que olía a chile habanero y frijoles, y solo fue un polvo, nada más, el tipo no me preguntó si me volvería a ver y yo no tenía interés en nada más, así que a la mañana siguiente cogí un bus con dirección a South Bend, Toledo, Cleveland y Nueva York.

Ya en Nueva York, me quedé mirando la Estatua de la Libertad y me eché a llorar.

Con la misma ropa desde hacía una semana, con un olor a pimienta y a sexo impregnado en la piel, llevaba días sin correr, tenía las piernas agarrotadas de tanto autobús, mi mente solo veía el discurrir del mundo exterior, no me veía a mí, en absoluto, disciplina,

fuera, respiración, fuera, contar, fuera, conocimiento, verdad, ladrona...

Nada.

¿De dónde venía? ¿Hacia dónde me dirigía?

De ninguna parte, hacia ninguna parte.

El pasado solo era un presente que se quedó atrás, el futuro era un presente que estaba por venir, y solo quedaba el ahora. Me puse en pie junto al mar, recuperando la sensibilidad en las piernas, y me eché a llorar.

CAPÍTULO 76

Fue algo rarísimo.

Una sensación extraña.

Le compré un pasaporte francés a un tipo en el Bronx, un profesional de verdad, cuyo alias en la red oscura era un batiburrillo alfanumérico que caducaba en el momento en que recibía el dinero. Había hecho un buen trabajo, hasta el punto de sellarlo con un visado de entrada de la frontera canadiense, un par de Turquía y otro de la India. Le felicité por su labor, y el tipo encogió sus hombros de jugador de baloncesto y dijo que cuando se ponía a trabajar nada podía distraerlo.

Me dirigí a la Quinta Avenida en busca de algo elegante que robar, pero no se me ocurrió nada, y esa noche fui al casino que hay en el cruce de la Octava con la 36 Oeste, conté cartas y perdí un poquito, pero al final gané más, y en un momento dado un guardia de seguridad se plantó detrás de mí y se puso a contar cartas conmigo, pero a una mujer se le derramó un cóctel y empezó a gritarle al tipo que se había chocado con ella, lo cual distrajo brevemente la atención del guardia, y cuando se dio la vuelta, olvidó qué estaba haciendo allí.

Mientras esperaba en el JFK a que saliera mi vuelo, vi a una mujer con un precioso brazalete de plata con incrustaciones de ámbar, me dispuse a robarlo, pero entonces me quedé quieta y me volví a sentar, y cuando, al rato, la mujer se fijó en mí, le sonreí, ella me sonrió, y nadie le estropeó el día.

La chica del mostrador llamó a su encargado cuando le pagué en efectivo mi billete para Londres, pero le mostré los papeles del casino y le expliqué que había tenido suerte, pero que no tenía una cuenta bancaria en Estados Unidos.

—Sabe que no puede pasar todo ese dinero a través de la aduana, ¿verdad? —dijo el encargado, y yo le respondí que no había problema, que tenía un amigo en la embajada británica que se iba a ocupar de ello.

A continuación, me metí en el baño y saqué 9.990 dólares del fajo, metí el resto (2.681,55 dólares) en un sobre marrón y lo metí en el cajón de donaciones de «Biovida en Nueva York: por una ciudad más verde para nuestros hijos». Me pararon en las aduanas y contaron el dinero que llevaba encima.

—Menos mal —dijo la mujer que me ayudó a volver a guardar mis pertenencias en la mochila—. Diez pavos más y habría hecho falta un montón de papeleo.

—Tuve suerte en el casino —le expliqué con mi mejor intento de acento francés—. Voy a empezar de cero, voy a cambiar de vida. Y

para eso, solo puedes ir con lo puesto.

—Estupendo —exclamó—. Yo siempre he querido hacer borrón y cuenta nueva. Como todo el mundo, supongo.

Viajé en clase turista, vi un par de pelis a medias. Un tipo con un traje gris se pasó inquieto todo el trayecto hasta Londres, torciendo el morro cada vez que había una turbulencia. A veces me miraba y veía a alguien nuevo, pero le daba igual. El miedo habría borrado todos los detalles de su viaje, aunque yo no hubiera estado a su lado durante el largo camino al hogar.

Hogar.

Londres.

Hoteles, hostales, lugares conocidos, el río, el sol invernal poniéndose por detrás del London Eye, gente paseando perros en Hampstead Heath, cometas en el cielo. ¿Era ese mi hogar?

Cogí un tren hasta Manchester. Calles rectas entre rígidas construcciones industriales. Una catedral achaparrada, arremetida entre un centro comercial y el incesante tráfico. Un museo dedicado al fútbol, galerías de arte en almacenes abandonados, un ayuntamiento rodeado por líneas de tranvía, columnas de piedra, ladrillo rojo, escasos árboles, cruzar los canales por las esclusas, aferrarte a los barrotes de hierro cuando te adentras, avanzando pasito a pasito hacia el otro lado. El chirrido de la vía del tren, los ciclistas preparados para atravesar los Peninos. ¿Era ese mi hogar?

Comí patatas fritas en Albert Square mientras escuchaba a una banda de tambores metálicos, fui a un pub a tomarme una pinta tranquilamente, me jugué una libra en la tragaperras, la perdí, y cogí el tren de Piccadilly a Derby al anochecer.

*

Derby.

¿Es este mi hogar? ¿Es un lugar relevante, un lugar que significa algo? ¿Es algo más que un compendio de adoquines y hormigón, de ladrillos y alquitrán?

Cogí una habitación en un hotel próximo a la estación, un ExprésSuperiorExclusivoLoquesea. La habitación era tan diminuta como un armario, las sábanas estaban pegadas a la superficie de la cama, hacía demasiado calor, las cortinas eran demasiado gruesas, la noche demasiado oscura, las cañerías chirriaban, pero dormí como un tronco.

Paseé por esas calles que no pisaba desde hacía una eternidad. Pasé por tiendas que solía frecuentar de pequeña: CDs, DVDs, tres por diez pavos, cuatro por quince, una ganga, siempre que te gustara lo

que tenían. Tiendas de accesorios para móviles, carcasas con forma de búho, extensiones para el pelo, anillos para el dedo gordo del pie, el estudio de tatuajes al que nunca nos atrevimos a entrar de críos por mucho que fanfarroneásemos.

¿Era ese mi hogar?

Paseé despacio, tomándome mi tiempo, convertida de nuevo en turista, dejé que mis pasos guiaran el camino, un trayecto largo y lento. Pasé junto a mi antiguo colegio, las voces de mis profesores —«Tú no eres muy estudiosa, ¿verdad?»—, si pudieran verme ahora... La biblioteca donde me refugié durante esas primeras semanas, el club de taekwondo reconvertido en centro de yoga, con sesiones especiales para bebés los viernes. La casa de mis padres. Una luz en la sala de estar, pero dentro no había nadie. Esperé, esperé un poco, observé, y entonces entró alguien en el salón, un señor mayor, un señor envejecido que debió de decir, «Al carajo, si soy viejo no pienso disimularlo», así que llevaba todo el conjunto: el bigote, la chaqueta de punto, las pantuflas, los pantalones de pana... Mi padre llevaba toda la vida queriendo usar pantalones de pana, y ahora que era viejo nadie se lo podía impedir. Se puso a ver la tele, una especie de documental médico, algo relacionado con la comida: alimentos saludables, alimentos insanos, alimentos que engordaban, alimentos que adelgazaban, alimentos buenos para el hígado, alimentos buenos para el cerebro...

Mi padre tenía una expresión neutra, plácida, serena. Observé su rostro, fascinada. Resultaba difícil, casi imposible, imaginárselo ahora persiguiendo malhechores. ¿Ese vejete inofensivo inmovilizaba a la gente en el suelo, miraba a los ojos a los maleantes que ocultaban oscuros secretos y les sonsacaba la verdad, mentira por mentira? ¿O acaso se había pasado la vida así, anclado en ese momento concreto, bebiendo té y viendo la tele? Si regresara en otro momento, ¿seguiría allí, paralizado para siempre?

Se abrió la puerta del salón, entró mi madre. Tenía el pelo blanco, cortado al ras, la edad había convertido su rostro en algo extraordinario. Hacía falta un atlas para describir cada una de sus partes; su barbilla se había dividido en muchas barbillas, seguía siendo pequeña y protuberante, pero estaba aderezada por músculos y arrugas que formaban una sucesión de capas. Sus pómulos eran huesos contorneados y ríos sedosos de piel, sus cejas se contoneaban bajo las líneas paralelas que surcaban su frente, mientras que su boca estaba revestida por líneas de expresión fruto de sonrisas, mohines, enfados, preocupaciones y carcajadas. No había ninguna parte de ella que no estuviera plagada de historias.

Le dijo algo a mi padre y mi padre se movió, ella se sentó a su lado, y él le pasó un brazo sobre los hombros sin apartar la mirada de

la tele. Entonces, mi madre se sentó con las rodillas encogidas y los pies colgando por el borde del sofá, una postura infantil por la que a mí me regañaba siempre, ¡la muy hipócrita!

Mamá mojó una galleta digestiva en la taza de papá. Eso siempre le cabreaba. Prepárate tu propio té, le decía, pero no, mi madre no bebía té con leche, qué sentido tenía eso; como decía George Orwell, si quieres leche y azúcar en una taza, limítate a poner leche y azúcar en una taza, ¿por qué estropear un buen té? Pero un poco de leche con azúcar en una taza no sabe tan bien cuando lo mojas con una galleta, así que por eso introdujo la suya en la taza de mi padre. Papá ya se había cansado de discutir. Parecían felices. Todavía enamorados. Les iba bien.

Un momento, una tentación. Los instructores de la Stasi solían desafiar a sus agentes: «En cinco minutos, quiero veros asomados a la terraza de ese edificio, tomando té con el dueño», y para allá que iban, decididos a colarse en la casa de un desconocido a base de engaños, a salir a la terraza para hablar de... lo que quiera que se hubieran inventado para llegar hasta allí.

Yo podría hacerlo. Mi madre no era tonta, pero era una mujer afable y respetuosa con las leyes, así que si me presentaba en nombre de la compañía del agua o de la oficina del aparejador, me dejaría entrar, por supuesto que me dejaría, y yo me pondría a asentir y a murmurar al ver cosas que solo yo podía percibir gracias a mi excelente formación, y ella me ofrecería una taza de té y confiaría aún más en mí por el hecho de ser una mujer, que además se daba cierto aire a su pequeña Grace...

...vaya, ¿y cuántos años tiene su hija, señora Arden?

...ya está hecha una mujer. Tuvo algunos problemas de pequeña, pero ahora le va bien, muy bien, es nuestro mayor tesoro, la niña de nuestros ojos. Nunca quisimos tener más hijos, ella siempre fue tan guapa...

Y es posible que, en el transcurso de mi inspección, subiera al piso de arriba para examinar el aislamiento del tejado («Puedo ofrecerles un aislamiento mejor, como parte del programa del ayuntamiento para mejorar la eficiencia energética de los hogares...»), y allí estaría mi antigua habitación, transformada en cuarto de invitados, o quizá en un despacho, un lugar donde mamá pudiera sentarse a preparar la declaración de la renta, una labor que ni en sueños dejaría en manos de mi padre, él no tenía maña con los números, nunca guardaba los recibos, era un desastre, y yo le diría:

—Tiene una casa preciosa, señora Arden.

—Se nos ha quedado un poco grande ahora que Grace se ha ido, pero alberga tantos recuerdos...

Y si pudiera acordarse de mí, ese sería el momento en el que

estableceríamos un vínculo. El momento en el que le diría que yo también tenía una hermana menor que estuvo enferma de pequeña, pero que ya se encontraba mucho mejor, que su peli favorita era *Star Wars* y su color favorito era el azul, una hermanita que era incapaz de mentir, y mi madre me diría:

—¡Parece como si estuvieras hablando de Gracie!

Entonces tomaríamos otra taza de té.

—¿Seguro que no te estoy entreteniendo?

Y yo le diría que no, que para nada, que era mi última cita del día, así que si no era molestia...

Entonces mi madre se apuntaría mi número y yo el suyo, porque las dos tendríamos muchas cosas en común; a las dos nos enfurecía la falta de viviendas sociales, nos enfurecía que se demolieran muchas casas buenas y asequibles para reemplazarlas por otras más caras y de mala calidad, nos enfurecían los prejuicios y el fanatismo de los políticos, nos enfurecía la prensa y los medios de comunicación, pero teníamos esperanza en el futuro, en que los jóvenes estarían más concienciados que nosotros, en una nueva generación que haría las cosas mejor que la anterior, y mi madre diría:

—Hope es un nombre muy bonito. Si hubiera tenido otra hija, la habría llamado Hope.

Y yo le respondería:

—Mi madre cruzó el desierto en una ocasión.

Y mi madre diría, en voz baja, sin querer darle demasiada importancia, sin querer forzar una conexión que resultaba inverosímil, increíble, asombrosa:

—Yo también tuve que realizar una marcha muy larga. Cuando empecé a caminar, estaba muy asustada. En el desierto siempre se oyen ruidos, como si algo se moviera, producto de la arena que de desliza bajo tus pies. Cuando estás sola, incluso la calma está llena de monstruos.

Entonces, mi madre se quedaría prendada de mí, y yo de ella, nos haríamos grandes amigas, y ella me sonreiría cada vez que me presentara ante su puerta, me daría un abrazo y me presentaría a papá, diciendo:

—Esta es Hope, ¡es una chica maravillosa!

Y entonces pasaríamos las Navidades juntas, saldríamos a pasear por el monte, le ayudaría con los recados, nos iríamos de vacaciones y...

Si pudiera acordarse de mí.

Y teniendo eso en cuenta, dos pensamientos se formaron en mi mente, mientras contemplaba la casa de mis padres desde la acera de enfrente:

1. Si tuviera Perfección y los tratamientos hubieran funcionado, podría acordarse de mí.
2. Si fuera perfecta, jamás podría ser amiga de mi madre.

Empezó a hacer frío, estaba oscureciendo. Observé a mis padres mientras veían la tele.

Eran...

gente sencilla, corriente, personas sobre las que no se escriben poemas épicos ni se cantan canciones, en un entorno doméstico, cotidiano, viviendo el día a día...

...felices.

Me marché.

CAPÍTULO 77

Existe cierto lugar, a las afueras de Nottingham. Una antigua mansión con vistas al Trent, campos que suelen inundarse en invierno, robles que mudan unas hojas resecas y ajadas, un perro correteando por la finca, residentes que a veces se sienten felices, a veces tristes, y que a veces están en ese punto extraño que escapa a nuestra escasa comprensión emocional, pero que siguen viviendo; a pesar de todo, siguen viviendo.

Subí por el sendero en un día ventoso, el paraguas se me volvió del revés, azotado por el fuerte viento que soplaba del este. Llevaba los pantalones empapados de agua y barro hasta la rodilla, la recepcionista me preguntó dónde había aparcado el coche, y yo le dije que había venido en bus, una idea malísima, pero ¿quién era ella para juzgarme?

Me inscribí con mi nombre, Hope Arden, solo por esa vez, solo porque era ese lugar, y subí las escaleras hasta el segundo piso, mientras una mujer, cincuentona, con la cabeza apoyada en una mano, con los dedos apretados con fuerza, descendió en una silla salvaescaleras por el otro lado y sonrió cuando nos cruzamos en el medio.

Era una casa vieja, pero habían reformado los pasillos hasta dotarlos de un aspecto aséptico, como de hospital, y me puse a contar las puertas, los pasos, las ventanas y las grietas en la pared hasta que llegué a su habitación, y una vez allí llamé dos veces antes de entrar.

Gracie, mi hermana pequeña, me miró desde su silla, situada junto a la ventana, y se formó una sonrisa en su rostro mientras exclamaba:

—¡Hope!

CAPÍTULO 78

Soy consciente de que estoy...
...cambiando.

Motivos por los que robo:

- Supervivencia. En los últimos meses he probado con una serie de empleos legítimos, pero es duro... muy duro. Me he creado un perfil en una página web, con una foto en la que salgo sonriendo a la cámara; te limpio la casa, te podo los setos del jardín, te hago la compra, te lavo el coche, te paseo al perro, te entrego tus paquetes, te arreglo la bici. A veces la gente me contacta, a veces no, y a veces robo para no morirme de hambre, para poder tener un techo sobre la cabeza, y me niego a sentir remordimientos por estar viva. Me niego.
- Información. Byron14, ¿dónde estás? Robé una base de datos de la policía, le robé el carné de identidad a un tipo que tiene contactos, robo conocimiento, robo grabaciones de vigilancia, robo un servidor, robo una red, robo lo que haga falta para encontrarla. Byron14, ¿qué estás haciendo en este momento?
- Justicia. Vivo según mis propias reglas. Soy una diosa, tengo la mirada limpia porque nadie me ve. Soy una iluminada. Soy una delincuente y una hipócrita. Soy una peregrina, embarcada en su propia yihad. Soy obscena. Estoy equivocada. Estoy en el camino recto.

El día que le robé 65.000 libras a un abogado defensor de Doncaster cuya especialidad era librar de la cárcel a tratantes de blancas, me sentí... orgullosa. No fue el orgullo estático del trabajo bien hecho, ni el regocijo de Dubái, ni la adrenalina de sentir los diamantes en la mano. Fue orgullo... de mí misma. De la persona en la que me estaba convirtiendo. No era solo una ladrona. Era una ladrona que también era yo.

Le robé el dinero y lo blanqueé a través de quince cuentas distintas, dividiéndolo y reembolsándolo, desperdigándolo a través de Internet antes de volver a juntarlo a través de un centenar de cajeros automáticos distintos, repartidos por el noreste del país, enviando sumas de entre 200 y 800 libras a la residencia donde vivía Gracie, un donativo con la promesa de que habría más.

La directora de la residencia, una mujer nerviosa y con poca autoestima, pasó por varios estados: primero se emocionó, después se asustó, después se enfadó por esas repentinas donaciones.

Representaban el problema más temible para todo aquel que se ha asentado en una posición cómoda: el cambio. Con esa inyección de dinero, ahora era posible modificar las cosas, servir una comida mejor para cenar, o pensar en cambiar los termostatos de las habitaciones, o arreglar la gotera que había en el extremo sur del tejado, o ahorrar dinero para comprar una furgoneta y que no les tocara alquilar una cada vez que salían de excursión, o contratar a otra enfermera de noche para los pacientes que necesitaban cuidados las veinticuatro horas, o... o...

—¡No podemos gastarlo! ¡Podría dejar de llegar! —exclamó la directora, después de acumular 6.000 libras al cabo de cuatro meses de donaciones continuas.

A la semana siguiente doné 1.000 libras para quitarle esa idea de la cabeza, y entonces la directora se puso a chillar como una loca, aleteando las manos como si fueran atrapamoscas sacudidos por el viento: «¡¿Quién me está haciendo esto?!». Por votación unánime del consejo de administración, que se reunió a la semana siguiente, le quitaron su capacidad de influir en el asunto y se iniciaron de inmediato los trabajos para instalar más barandillas en el pasillo y cuartos de baño para los pacientes que de otro modo tendrían que caminar a duras penas o usar el retrete sin supervisión.

Cuando le dieron a mi hermana una nueva silla de ruedas, más ligera que la antigua, más estrecha alrededor de las caderas y con un reposapiés más firme, la saqué a dar una vuelta por el jardín, cantando a pleno pulmón:

—«*You shake my nerves, you rattle my brain! Goodness gracious great balls of fire!* »

Pasado un tiempo, el servicio nacional de salud determinó que era injusto que esa residencia tuviera un donante privado tan generoso que no compartiera su altruismo con nadie más, y me pareció que tenían razón, así que seguí haciendo donaciones al tiempo que dedicaba algunos fondos a otros proyectos, y a medida que se agotaba el dinero, comencé a buscar a otra persona que pareciera digna

«digna», qué nuevo uso tan curioso para esa palabra

de convertirse en el blanco de mis malas artes.

Y entonces, once meses después de que perdiera su rastro en California, Byron regresó.

CAPÍTULO 79

Quizá no fuera nada.

Un artículo de trescientas palabras, metido como relleno, menos importante que los tejemanejes de los famosos, o que la mujer de un primer ministro que fue abucheada en un evento, o que la teoría de que los inmigrantes estaban saturando el servicio de autobuses de Tyneside.

Pero me llamó la atención, así que lo examiné detenidamente y vi que se trataba de Byron.

Un reportaje sobre la presentación de un libro en Nimes, un evento muy pijo; famosos y ricos anónimos reunidos para escuchar a su gurú espiritual, Marie Lefevre, mística y sanadora del espíritu, que acababa de publicar su última obra: *Alma amorosa, espíritu verdadero* , un libro donde demostraba que el camino para conseguir el éxito en el amor y los negocios se basaba en conocer tus vidas pasadas.

Vi una foto de Lefevre, y se la veía hermosa, despampanante, perfecta. Llevaba al hombre perfecto cogido del brazo, la sonrisa perfecta, la vida perfecta. También vi fotos de la gente que había acudido al evento, y ellos también eran hermosos, adinerados, estaban repletos de grandes ideas sobre el tiempo, el espacio y la posición que ocupaban en ellos, y me dieron envidia; yo también quería ser hermosa y segura de mí misma, quería que se acordaran de mí, pero entonces vi las fotos de después y comprobé que los guapos también sangran, que los guapos también necesitan diecisiete puntos en la cara y en el cuello antes de que los médicos puedan darles el alta.

Su agresora fue Louise Dundas, una mujer bellísima, un miembro muy querido de la comunidad, quien, tras escuchar a Marie Lefevre recitar uno de sus poemas favoritos, atacó, de forma repentina e inexplicable, a los demás invitados.

No... no se limitó a atacarlos, cuchichearon las redes sociales, que fueron rápidamente censuradas. La chica se volvió loca.

En una declaración realizada poco después, por una Marie Lefevre todavía conmocionada:

«Lamentamos profundamente los actos de uno de los asistentes a la cena de hoy. A veces, las personas que no se conocen a sí mismas cometen actos de una violencia inaudita. El camino hacia la verdad puede resultar atemorizante, y nos apena muchísimo saber que muchos de nuestros fieles lectores acabaron heridos durante la velada. Por supuesto, colaboraremos plenamente en la investigación, y les deseamos paz, amor e iluminación eterna a todos aquellos que se vieron envueltos en este trágico suceso.»

Mientras ojeaba las fotos de aquella noche, vi sangre y caos,

instantáneas desenfocadas donde la gente corría para salvar el pellejo, vi a un hombre que se desangraba mientras la agresora enajenada le hincaba los dientes en la muñeca con tanta fuerza como para reventarle las venas, vi terror, horror, caos, y vi a

Byron.

Allá, al fondo de todo, estaba Byron, con el rostro girado hacia un lado, dirigiéndose hacia la salida como los demás

allí estaba

Byron.

Llevaba un ejemplar del libro de Marie Lefevre bajo el brazo, avanzaba con la cabeza gacha, con un collar de perlas, no era más que un puñado de píxeles en medio del caos que mostraba la imagen, pero era

Byron.

Una pregunta para los supervivientes de la velada.

¿Qué estaba pasando antes de que Louise Dundas perdiera la cabeza?

Una respuesta, repetida de forma unánime: Marie Lefevre estaba recitando un poema.

Pregunta: ¿qué poema?

La respuesta fue menos unánime, por ignorancia poética. Finalmente, reunieron suficientes respuestas como para encontrar la solución entre tanto caos, y se trataba de este:

Camina bella, como la noche
de climas despejados y noches estrelladas;
y todo lo mejor de la oscuridad y de la luz
resplandece en su aspecto y en sus ojos:
enriquecida, así, bajo la tierna luz
que el cielo niega al vulgar día.

«Camina bella, como la noche», de Lord Byron, 1813

Localicé el perfil de Louise Dundas en Facebook, revisé sus publicaciones: fotos suyas a bordo de un yate, con las amigas en un bar de copas, abrazada a su perro, probándose unos zapatos nuevos, sonriendo a la cámara bajo el panel de salidas del aeropuerto de Heathrow, con un sombrero de paja ladeado en un ángulo extraño sobre la cabeza. El muestrario de una vida a lo grande, repleta de acrónimos: ¡OMG, LOL, WTF!

Y encontré, por supuesto, lo que estaba buscando, en un post publicado tres meses antes.

«¡¡¡OMG, hoy empiezo los nuevos tratamientos!!!»

A partir de ese mensaje, los acrónimos fueron decayendo, al igual

que las fotos en las que salía haciendo el tonto. Poco a poco, Louise se fue convirtiendo en lo que los tratamientos querían que fuera: una mujer hermosa, segura de sí misma, inalcanzable, intocable, perfecta.

«Esta noche voy a ir a la fiesta exclusiva de Marie Lefevre», escribió el día de la agresión. «Tengo muchas ganas de escucharla hablar: me inspira tantísimo, es tan generosa y tan auténtica.»

Aquella tarde fui a ver a mi hermana. «Es la primera vez que vienes, ¿verdad?», me preguntó la recepcionista cuando firmé en el registro, después le di un beso en la frente a Gracie y le dije que tenía que irme, que volvería pronto, y ella chasqueó la lengua y me dijo:

—Tienes que cumplir tus promesas.

—Te lo prometo —murmuré—. Volveré tan pronto como pueda.

En silencio, ocupé mi asiento en el tren que iba a Manchester.

CAPÍTULO 80

Un vuelo Manchester-París, un tren París-Nimes.

Un TG, gris y elegante, era invierno en Francia; la nieve caía silenciosamente al otro lado de la ventanilla, valles al norte, llanuras al sur, al pie de los Alpes, montañas de fondo en un paisaje que empezaba a oscurecerse.

Me comí un *croque-monsieur* desmesuradamente caro y retomé mis oxidados conocimientos de francés leyendo *Le Monde* y escuchando la radio con unos auriculares. No había tenido tiempo para prepararme, así que robé un par de carteras en la estación de Lyon, me guardé el dinero y el resto lo tiré. También robé un móvil y compré una nueva tarjeta SIM en el estanco de la estación de Nimes.

Eso no es indigno.

Soy una mujer que lucha por una causa, por lo que es justo. Grandes luchas: laborales, raciales, de género, por conseguir derechos, marchas, batallas y

esto no es algo indigno.

Robo para vivir, vivo por una causa.

Soy una ladrona excepcional.

Impresiones de Nimes:

Poco sofisticada, pero bonita, recordaba un poco a París, aunque sin el engorro de ser París. Patrimonio medieval al que se daba preferencia frente a su pasado romano. Fabulosas tiendas de chocolate y bombones, desmesuradamente caros. El olor a perfume, el chisporroteo de la carne en la parrilla, niños pidiendo a gritos el juguete de moda, el nuevo muñequito de peluche, con los guantes cosidos a las mangas, un invierno gélido en camino.

El hospital universitario, un megalito, una ciudad dentro de la ciudad, postraos ante el poderío del sistema médico francés, un monumento a la brutalidad de los años 60, más te valía estar muy enfermo cuando ponías un pie ahí dentro.

Era el lugar al que habían trasladado a los supervivientes de la agresión en la presentación del libro de Lefevre. Me recogí el pelo, me envolví en mi abrigo y me dirigí hacia la puerta.

Fue fácil localizar la habitación de Louise Dundas, era la única que tenía un policía en la puerta. Robé una bata y una identificación. Los hospitales como ese son lo bastante grandes como para que siempre encuentres lo que necesites. Sonreí al policía, que me preguntó a dónde iba, y yo le dije que a revisar los líquidos. El poli, al ver que se trataba de una cuestión médica, me invitó a pasar.

Louise Dundas, al igual que Meredith, estaba esposada a la cama, dormida. Su frecuencia cardíaca era de 72 lpm, tenía una PA de 118/79, estaba tan en forma como cabría esperar de una mujer con Perfección, que podía permitirse tener un entrenador personal y una dieta determinada por un algoritmo, a base de productos veganos entregados a domicilio. Una chica, de unos veinticuatro o veinticinco años, que perdió la cabeza durante la lectura de un poema y atacó a siete invitados antes de ser reducida, bajo la atenta mirada de Byron.

Ya no había ni rastro de Byron, claro, pero eso era de esperar. Tampoco había ni rastro, por desgracia, del móvil y los efectos personales de Dundas, que sin duda estarían cubiertos de sangre. La policía los había requisado. Intenté despertarla con suavidad, pero estaba completamente aturdida. Me pregunté si alguno de los fármacos sería de utilidad, pero la puerta se abrió antes de que pudiera indagar más. Entraron un hombre y una mujer a ella no la conocía, pero él...

...tenía un rostro que conocía perfectamente.

—Buenas tardes, señorita. —Hablaba un francés impecable, por supuesto, con el tono inmutable propio de un presentador de las noticias—. ¿Qué tal está *madame* Dundas?

Al principio, fui incapaz de articular palabra, pero no pasaba nada, todo iba bien, solo era un desconocido en una habitación custodiada por la policía, aunque, curiosamente, el poli de la puerta ya no estaba en su silla. Dediqué un instante a contar hacia atrás desde cinco y respondí:

—Sedada, pero sus constantes vitales están bien. ¿Y usted es...?

—Soy el señor Blanc —respondió, tendiéndome la mano.

Se la estreché, por supuesto, cómo podía negarme; yo era una enfermera, y él era un desconocido educado que preguntaba por la salud de una paciente, así que sí, se la estreché, por antihigiénico que pudiera resultar.

—¿No es familiar de la paciente?

—No, trabajamos para la compañía de seguros.

No dijo de qué compañía se trataba, y no me enseñó ninguna identificación. La mujer ya estaba rodeando la cama, examinando el rostro de la chica, sus uñas, sus manos, sus dedos. Asentí con la cabeza y sonreí, dirigiéndome rápidamente hacia la salida, pero me detuve un momento junto a la puerta, titubeando. ¿Y por qué no? Me di la vuelta, sonreí al señor Blanc y dije:

—¿Se trata de Perfección?

La mujer levantó la cabeza rápidamente, una reacción mucho más expresiva que la lenta sonrisa que esbozó el señor Blanc, girando ligeramente la cabeza, deslizando los pies para alinear su cuerpo con el mío y así poder verme mejor.

—¿Por qué dice eso, señorita...?

—Jouda. Señorita Jouda.

—¿Qué pasa con Perfección, señorita Jouda?

—¿Ustedes trabajan para Perfección? Sé que la señorita Dundas lo hacía. —Me encogí de hombros, ladeando ligeramente la cabeza, sin darle mayor importancia—. Sé que se sometió a unos tratamientos.

—¿Y cómo sabe eso?

—Ella misma lo dijo, antes de que la sedaran.

—¿En serio? ¿De veras dijo eso?

La mujer se quedó inmóvil como un ave zancuda indecisa, a la que la muerte acecha en las alturas, mientras su alimento nada bajo sus patas. ¿Alimentarse y morir, con el cuerpo expuesto al enemigo, o permanecer inmóvil y desfallecer de hambre?

El hombre que se hacía llamar señor Blanc había utilizado otros nombres antes: mugurski71, Matisse, Gauguin, el hombre de confianza de Rafe Pereyra-Conroy, espía retirado, antiguo amante de Byron14. Era lógico que acabara presentándose allí. Él también debía de estar buscando a Byron.

Se quedó mirándome, y yo le sostuve la mirada. No me importaba causarle una mala impresión.

¿Se acordaba de mí?

No, pero al igual que Byron, puede que tuviera unas palabras almacenadas en algún rincón de su mente, a modo de mantras, repeticiones y conceptos difusos que enunciaban: «Hay una mujer a la que no consigues recordar, estas son sus características...»

Si estuviéramos en un hospital de Islandia o de la Rusia rural, sin duda habría formulado esas preguntas, preguntándose cómo una mujer con un aspecto como el mío había acabado en ese lugar. Pero estábamos en Nimes, y los franceses tienen un pasado colonial tan extenso e innoble como los británicos, así que el sur del país está repleto de exiliados que cruzaron las aguas desde Argelia en los años 60, de viajeros procedentes de la costa oeste de África, de mujeres con una piel y un cabello como el mío que eran francesas hasta la médula.

Así que me observó, yo le observé, hasta que finalmente sonrió y dijo:

—¿Le han hecho una resonancia?

—No, que yo sepa.

—Un psiquiatra...

—Está previsto que venga a verla.

—Me gustaría que estuviera presente uno de mis psiquiatras.

Me tendió una tarjeta de visita: M. Blanc. No figuraba el nombre de ninguna compañía, solo un número de teléfono.

—¿Ha traído la documentación? —pregunté—. Necesitará el P77, el comprobante de la póliza. Tiene que entregarlo en recepción.

No sabía si ese documento existía realmente, pero él tampoco.

—Por supuesto —respondió—. El hospital está al corriente de mi visita. Van a trasladar a la señorita Dundas, por petición de la familia, a otras instalaciones.

—No he sido informada.

—Tendrá todo el papeleo listo.

—Pero es que todavía está...

—Todo el papeleo —repitió, sin mudar su sonrisa—. La ambulancia llegará pronto.

Le respondí con otra sonrisa. Ese hombre era Gauguin, un siervo de Perfección, sería capaz de sonreír hasta el día del juicio final. Hice rodar su tarjeta de visita entre mis dedos y me marché a robar una motocicleta.

La tecnología moderna hace que robar un coche resulte más fácil y más difícil al mismo tiempo. Más difícil, porque los cierres eléctricos y los códigos digitales suelen requerir niveles más altos de tecnología para burlarlos. Más fácil, porque los códigos digitales y los cierres eléctricos, una vez burlados, hacen que el proceso sea muy limpio: pulsar un botón, activar una palanca y, listo, puertas abiertas y motores en marcha. No hay nada que el ingenio humano no pueda hacer, y tampoco nada que el ingenio humano no pueda vulnerar.

En el sur de Francia, sin embargo, la moda italiana por las motos pequeñas y traqueteantes, poco más que unos patinetes con motor, seguía en boga. Bastaron tres minutos de faena con un destornillador, y después me puse a esperar junto a mi vehículo robado hasta que llegó la ambulancia para llevarse a Louise Dundas.

No la despertaron, sino que la sacaron inconsciente en una camilla y la subieron a la furgoneta por una rampa. Gauguin y la mujer iban unos pasos más atrás; la mujer firmó unos papeles para el médico que los acompañaba y Gauguin se puso a otear la calle, me vio, me percibió, pasó de largo con la mirada y me olvidó. Él no era como Byron. No vi ni rastro de la familia de Louise.

Seguí a la ambulancia por las calles de Nimes. Era de noche. No llevaba casco. El aire gélido se colaba a través de mi abrigo, se me estaban entumeciendo los dedos de los pies. Había aprendido a montar en moto en un curso intensivo de diez horas (¿los hay de otro tipo?) en Florida, pero hacía mucho tiempo de eso, y sentí el traqueteo de cada bache en el coxis. Coxis: conectado al nervio sacro. Rótula: nervio plantar medial, nervio plantar lateral. Si golpeas la rodilla en el punto apropiado, se estimula el nervio plantar, que desencadena ese famoso movimiento reflejo. Codo: nervio cubital, posiblemente conocido como el hueso de la risa por su vinculación con el húmero, quizá por la sensación que produce al ser golpeado.

Conocimientos que se extendían por mi mente, y descubrí que no eran más que eso... conocimientos.

Ni palabras de consuelo, ni pensamientos en los que concentrarse, ni libertad a través del conocimiento, ni conocimiento como motivo de orgullo, ni conocimiento como sustento del alma, todo eso no eran más que...

Pensamientos.

¿Dónde estábamos?

Carreteras francesas construidas encima de sus antepasadas romanas, árboles que se alzaban a los lados y se enroscaban por encima, con las ramas curvadas hasta trazar la silueta del camión más alto y más ancho que se había aventurado por esas carreteras, un túnel vegetal que bloqueaba la luz de la luna, el fulgor de la carretera principal a lo lejos. La ambulancia se paró de repente, en seco, y yo seguí de largo. Estaba demasiado cerca como para detenerme sin llamar la atención. Pasados cien metros, me detuve, apagué los faros, esperé y giré la cabeza para comprobar por qué se había detenido el vehículo. La respuesta era un búho que estaba plantado en la carretera, un animal singularmente estúpido que se interpuso en su camino, con cara de bobo, preguntándose por qué esa máquina no se quitaba de en medio. Se abrió la puerta del copiloto y apareció Gauguin. Se acercó a la criatura que estaba sobre el asfalto, se agachó a medio metro de ella y alargó una mano despacio, muy despacio, con el rostro iluminado por los faros de la ambulancia, con un gesto afable. El búho se fue volando antes de que pudiera tocarlo, y Gauguin siguió arrodillado unos segundos más, antes de volver a entrar en el vehículo y reanudar la marcha.

Dejé que me adelantaran, consciente de que se fijarían en mí, luego conté hasta veinte para dejar que me olvidaran, encendí los faros y los seguí.

CAPÍTULO 81

Un edificio que antaño había sido una escuela, en una aldea que antaño había sido un pueblo. Un riachuelo descendía por las montañas del Macizo Central, reduciendo la velocidad y ensanchándose a medida que se precipitaba hacia el mar. Un puente lo cruzaba en su punto más alto, y sobre el puente había unas farolas de hierro adornadas con flores, y dentro de cada uno de esos tiestos con flores blancos y violetas había un altavoz que reproducía, incluso a la una de la madrugada, canciones infantiles entrelazadas con mensajes de felicitación del alcalde.

La tienda tenía echado el cierre, el hotel que daba al río estaba cerrado por temporada, la pintada que había sobre la pared del banco decía: «*Nous sommes morts* ». En lo alto de la colina había una mansión victoriana con las puertas y las ventanas atrancadas; era el paraíso de un vampiro, con sus torres puntiagudas y sus veletas resquebrajadas. Jardines asilvestrados, rodeados por muros altos, con tejas de pizarra y ladrillos rojos y curvados. En la verja había un cartel de «*à vendre* » corroído por la lluvia y el tiempo. Gauguin no se había molestado en quitarlo, suponiendo quizá que no vendría nadie —ya que nadie pasaba nunca por allí—, pero un tipo con un sombrero gris abrió la verja cuando se aproximó la ambulancia, la cerró a su paso y volvió a poner el cerrojo en su sitio.

Había algunas luces encendidas detrás de las ventanas tapadas con cartones. Rodeé el lugar varias veces, primero en moto, luego dos veces a pie, en busca de cámaras y señales de vida, pero solo estaban encendidas las luces del ala oriental, y no parecía que hubiera nadie patrullando.

Salté el muro tras encaramarme a una vieja higuera pelada, me deslicé sobre su pálida corteza hasta aterrizar sobre el suelo embarrado que había al otro lado. Era un fastidio tener que cumplir esa misión sin los preparativos adecuados ni las herramientas habituales, pero también resultaba emocionante. Los pulmones a pleno rendimiento, el corazón acelerado, conté mis pasos, me tomé el pulso en el cuello, me obligué a serenarme, me quedé inmóvil un rato bajo la sombra de los árboles, con la espalda pegada a la pared, y me dejé envolver por el frío y la oscuridad, mientras recuperaba el control de mi cuerpo.

Fragmentos de la vida de la mansión, observados durante una hora y media desde la oscuridad de la finca.

- Un hombre con una túnica blanca, cruzada por encima del pecho y bien ceñida, como si fuera un chef o un farmacéutico.

Estuvo un rato sentado fuera, fumando, mientras contemplaba las nubes que se desplazaban por el cielo a toda velocidad.

- Una mujer con un traje gris y unas deportivas rosas salió para hablar por el móvil. Estaba consolando a alguien, tranquilizándolo, prometiéndole que volvería pronto a casa, sí, cielo, lo sé, lo sé, sí. Hablaba en inglés, no en francés, con acento de Essex, y su mirada resultaba intensa incluso entre la penumbra.
- Se alzaron brevemente dos voces al otro lado de una ventana cubierta con cartones, discutían en francés, que no, inaceptable, no, las pruebas, usted dijo, inaceptable, ¡inaceptable! Una tercera voz los mandó callar, chsss, ahora no, este no es lugar para...
- La ambulancia que había traído a Louise Dundas, una vez cumplida la entrega, se marchó.
- Una mujer vestida de azul, sola, temblando. No era por frío ni por cansancio, sino por una vibración más profunda que surgía de su interior. Alzó la cabeza para mirar las estrellas, después sacó su móvil, lo encendió, su rostro quedó iluminado por la pálida luz de la pantalla, y llamó a un número que tenía guardado en la memoria. *Salut* , susurró. Ya sé que es tarde, lo siento. Solo quería... sí. No, está bien, está... sí. No, lo sé. Ya sé que me quieres. Yo a ti también. Es que... quería oír tu voz. Sí. No, vuelve a... Te quiero. Te quiero. Nos vemos pronto.

Una vez concluida la conversación, colgó y se quedó sentada un rato más, temblando.

Un grito, repentino y furibundo, lo bastante fuerte como para ahuyentar a los cuervos de sus nidos, lo bastante estridente como para eclipsar el suave murmullo de la alegre e incesante música tradicional del pueblo. Parecía algo sacado de una película de miedo de los años 50, de un filme de serie B, pero era real, lleno de saliva y sangre, venas hinchadas bajo la piel, ojos desorbitados, la lengua colgando; era el grito de alguien que tal vez quisiera morir, matar, o las dos cosas a la vez. El grito no cesaba, la chica siguió chillando sin apenas detenerse a tomar aliento. ¿Quién habría imaginado que los pulmones humanos pudieran tener tanta potencia? (El llanto de un bebé humano puede alcanzar los 122 dB; 120 dB marca el umbral de dolor del ser humano, 130 dB es el ruido que produce el disparo de un arma, 150 dB el de un avión supersónico, ¡céntrate!)

El grito se acalló. Se oyeron murmullos, preguntas. Yo estaba pegada a las paredes de la mansión, buscando un agujero entre los cartones para poder asomarme.

Se abrió una puerta a mi derecha, apareció una figura, rauda, un

hombre que estaba hablando por teléfono, en español: no, eso no es, no, otro, bueno, sí, por supuesto que puede, pero... ¡ugh!

Sus palabras desembocaron en un gruñido animal, levantó las manos, apagó el móvil, pareció tentado de arrojarlo con fuerza contra la pared, de estamparlo por puro capricho, pero no, era un modelo caro, 320 libras si lo compró nuevo (y así lo hizo, por supuesto), así que al final la cicatería se impuso a la furia ciega, y el tipo volvió a entrar, dejando la puerta abierta para que saliera una mujer en su lugar, acompañada de Gauguin.

Los dos tenían un café servido en un vaso de plástico, pero ninguno se lo bebió. Permanecieron inmóviles mientras emergía una nube de vapor desde la superficie del líquido, con la mirada perdida, hasta que finalmente, Gauguin dijo:

—Tengo que contarte algo.

La mujer asintió, llevaba unas gruesa mallas negras y una falda gris que le llegaba por las rodillas, tenía el pelo recogido en un moño y no llevaba anillos ni joyas en el cuello. A ella también la conocía, recordaba su nombre, su sonrisa, recordaba haber compartido unos tallarines en Tokio. ¿Era ella?

¿Era Filipa Pereyra-Conroy? ¿Era ella?

—Hasta que sepamos cuánto...

La mujer asintió con la cabeza para hacerle callar, con la mirada perdida.

—Haré la llamada —dijo Gauguin, pero demoró su marcha, vaciló, no quería dejarla sola.

—Ve —le instó ella, al ver sus dudas—. Ve.

Gauguin se fue, solo quedó Filipa.

Me quedé observándola desde las sombras, que durante un rato fueron la única barrera que se interpuso entre nosotras. Pensamientos mudos, un silencio carente de significado, las dos inmóviles mientras ese momento se extendía hacia el infinito, solas ella y yo, y me pareció una sensación agradable.

Entonces se dio la vuelta, sin previo aviso, y me vio. Se sobresaltó, se derramó café caliente sobre la mano, gimió de dolor y retrocedió un paso, desplegando el rostro con un gesto de sorpresa, contrayéndolo después a causa del miedo, antes de volver a desplegarlo por efecto de la curiosidad. Me acerqué, con las manos vacías, y dije:

—¿Filipa?

Pasaron unos segundos, mientras le goteaba café de la mano, durante los que se quedó escrutando mi rostro para intentar reconocerme. Observó mis ojos, mis labios, mi cuello, mis hombros, mi abrigo, mis brazos, mis muñecas... Y en una de ellas vio una cinta de Möbius plateada que se extendía hacia el infinito, siguiendo su

propia forma geométrica; la reconoció, tanto la pulsera en sí misma como su significado, imbuido mucho antes de que llegara yo para borrarle la memoria.

Lo comprendió todo.

Tuvo una revelación. Al fin y al cabo, Filipa era, por encima de todo, una mujer brillante.

—¿Eres tú? —susurró—. ¿Eres tú?

—Tú no te acuerdas de mí, nos conocimos en...

—Eres la persona de la que siempre me olvido, eres...

Dejó la frase a medias, se dio la vuelta para mirar hacia el otro lado, consciente, de pronto, del lugar y el momento en el que se encontraba. Después se acercó a mí, me agarró por la manga y me apartó de la puerta, alejándome de la luz.

—¿Eres tú? —volvió a susurrar, asombrada—. ¿Has venido a buscarme?

No era la reacción que esperaba. Aquella noche percibí algo en ella que siempre había estado ahí; un apremio desmesurado, una manera atropellada de hablar y un brillo en los ojos, pero más marcado que otras veces, fluctuando en ese punto de inflexión que separa la genialidad de otra cosa completamente distinta.

—Filipa —susurré—. He robado Perfección.

—¡Lo sé! ¡Sé que lo hiciste! Rafe se puso furioso. No se creía que existieras, pero yo he visto las grabaciones, lo sé todo... ¿Por qué lo robaste? ¿Yo formaba parte de tu plan? ¿Te dije algo?

No había rencor en su voz, solo simple curiosidad, propia de una mujer que intentaba desentrañar un misterio con el que no mantenía un excesivo vínculo emocional.

—Lo robé por... dinero —mentí—. Y no, tú no formabas parte de mi plan. Disfruté de tu compañía.

—¿En serio? Es posible que yo también disfrutara de la tuya, se me veía muy feliz en la grabación que me mostraron. Recordaba esa noche con cariño, supongo que la memoria emocional no se puede borrar, por mucho que se elimine la faceta visual, y eso me llevó a pensar que eras una buena persona.

Ni rastro de malicia, ni de miedo, ¿qué leches le pasaba a esa tipa? La agarré por los hombros, la sujeté con fuerza y la miré a los ojos.

—Filipa —susurré—, tú me dijiste que Perfección supondría el fin del mundo.

—¿De veras? ¿Estaba borracha? Rafe no me deja beber, pero a veces...

—No estabas borracha.

—Ya, me habría extrañado. Pero lo es, sí. Es el fin del mundo. Y ahora lo has empeorado. Aunque, ahora que lo pienso, es posible que

fuera un paso necesario, el plan apropiado, la reacción más lógica...

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le está pasando a Louise Dundas?

Filipa ladeó ligeramente su cabeza, que recordaba a la de un ave.

—¿No lo sabes?

—No, no lo sé. Vi a una mujer en Estados Unidos, Meredith Earwood...

Filipa frunció ligeramente el ceño, se mordió el labio inferior.

—No la conozco.

—Se volvió loca, los tratamientos...

—¿Sabes que es culpa mía? —me interrumpió con suavidad—. Aunque la ciencia no es más que el uso que haga la gente de ella; divide el átomo y consigue la bomba, salva el planeta, mata al planeta, salva a la gente, mata a la gente... Los fundamentos son los mismos, hasta que el intelecto humano los convierte en otra cosa.

Estaba divagando, concentrando la mirada en algo que yo no alcanzaba a ver; con los dedos ejercí presión sobre su carne, en un intento por sacarla de su ensimismamiento.

—Filipa —susurré—, puedo ayudar. ¿Qué narices está pasando aquí?

—¿Quieres verlo? ¿La gente que está ahí dentro se olvidará de ti? ¿Olvidarán que yo estaba contigo? —De repente soltó una risita—. ¡Rafe se pondría hecho una furia!

—¿Hay cámaras de seguridad?

—No.

—Entonces, sí. Todos se olvidarán de mí.

—Bien. ¡Muy bien!

Me cogió de la mano, rozando con los dedos el brazalete que me había regalado meses atrás, y comenzó a tirar de mí hacia la puerta.

—¡Vamos, vamos! —exclamó—. ¡Vamos, vamos, vamos!

Y me empujó hacia el interior de la casa.

Paredes, pintadas de nuevo encima de una capa de color verde guisante. Suelos de madera chirriantes, cubiertos con baldosas moteadas. Techos altos, una lámpara de araña colgando de forma precaria en el salón. Abrigos arrojados sobre una cómoda situada junto a la puerta, sin perchas donde colgarlos. Personal: joven, en su mayoría, algunos ejecutivos de mediana edad. Todos se dieron la vuelta para mirar cuando Filipa me guio por el pasillo.

—Es una amiga mía —le dijo al tipo que se interpuso en nuestro camino—. Es una experta.

El pasillo formaba una curva, había una camilla al lado de una puerta. Tiempo atrás, en ese mismo lugar, resonaron las conversaciones de las clases acomodadas francesas, o se asentó el silencio de esposas adineradas que languidecían mientras sus maridos

se escabullían en busca de ambientes más interesantes y lechos más cálidos. Es posible que la ocuparan los soldados alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, con o sin el beneplácito de la familia. O quizá no, ya que nos encontrábamos muy al sur. Puede que en su momento fuera un pequeño foco de resistencia, un lugar de reunión dominical donde hombres y mujeres hablaban en voz baja de las armas de sus padres, que seguían escondidas bajo los tablones del suelo.

Cómo había llegado a convertirse en una instalación médica, transformada discretamente en mitad de la noche, era algo que yo desconocía, pero eso es lo que era: una habitación grande, que quizá se empleara antaño para celebrar bailes, reformada por completo, con seis camas distribuidas a lo largo de la pared, cinco de ellas ocupadas. Los cinco eran hermosos, incluso dormidos, incluso con vías intravenosas y electrodos en la cabeza, incluso con los visores puestos y unos nódulos pegados a la lengua. Eran hermosos, sí, a su quirúrgica manera. Cinco bellos durmientes, tres hombres y dos mujeres. Louise Dundas estaba en la cama más próxima a la ventana, con los ojos cerrados y la melena desparramada sobre una almohada blanca, como una princesa.

Estaban al cuidado de dos enfermeras y un médico que se sorprendieron al verme, pero no contradijeron a Filipa, que les dijo:

—¿Podéis dejarnos un rato a solas en la habitación, por favor?

Filipa Pereyra-Conroy, aunque no era como su hermano, seguía siendo un miembro del clan. Así que nos dejaron solas.

—Filipa... —comencé a decir.

—Todos son perfectos —me explicó, ondeando un brazo para señalar a las figuras durmientes—. Alemania, España, dos procedentes de Francia, uno de Italia. Nueve en Norteamérica, ocho en China, cuatro en la India, uno en Indonesia, tres en Australia... Rafe me dijo, arréglalo, son tus máquinas, arréglalo, mejóralo, así, sin más, como si el átomo se hubiera dividido en un mes, como si la manzana recién caída del árbol se partiera como...

—Filipa...

—Rafe me gritó. Normalmente se ríe, no grita. ¿Fuiste tú? Robaste el código fuente, con él podrías haber hecho esto, por supuesto... No estoy enfadada. Yo no lo habría hecho de esta manera, jamás me habría atrevido, pero ¿y si funciona? Estaría bien que Rafe retirase los tratamientos, eso es lo que debería... ¿Eres tú?

Evitó mirarme a los ojos mientras me lo preguntaba, mantuvo la espalda erguida, la cabeza girada hacia las figuras durmientes. Valentía: coraje, osadía, arrojo, audacia, arresto, intrepidez, atrevimiento.

Hace falta tener mucha valentía para no mirar a una mujer que te

da miedo mientras la acusas de asesinato, y a su manera... sí, Filipa también me tenía miedo.

La cogí de la mano, con suavidad, y ella se quedó mirando al suelo.

—Yo no he hecho esto —dije—. Robé Perfección para otra persona.

Rápidamente, Filipa alzó la mirada, con un nuevo objetivo.

—¿Quién?

—Se hacía llamar Byron.

—¿Byron? Ah, sí, claro... La mujer que asesinó a nuestro padre. —Meneó la cabeza con gesto ausente—. Matisse me habló de ella.

—Matisse...

—Su verdadero nombre es John, ¿lo sabías? Se dedica a hacer todas esas cosas de espías. Pensé que tenía que estar equivocado respecto a Byron, me parecía absurdo, pero... —Meneó ligeramente la cabeza, mejor dejar esos pensamientos para otro momento—. En cuanto al poema... Todos escucharon algo que desencadenó el cambio. Estos tratamientos son una evolución de la PNL básica, pero mejor, mucho mejor. El pensamiento es fruto de la asociación. Te aferras a un concepto, como la belleza, y lo repites una y otra vez hasta que se hace realidad. Eres bello, bello, bello, bello...

Le apreté la mano con fuerza y Filipa interrumpió de golpe su discurso, levantó la cabeza, después la volvió a bajar, accionada por un cuello que parecía moverse por voluntad propia.

Nos quedamos un rato calladas, mirando a los durmientes. Después, añadió, en voz muy baja:

—Han pirateado Perfección. Me arrodillé a los pies de Rafe, le dije que parase, se lo rogué, pero no me hizo caso. Vale demasiado dinero. Si se desata el pánico, me dijo, limítate a esconder los cuerpos en alguna parte y arréglalo discretamente, ¡arréglalo! Pérdida de la confianza del cliente. Incidencias a pequeña escala, un suceso puntual, casos individuales que no afectan a la calidad del producto. No se trata solo de Perfección, sino de la información recopilada gracias a ella. Cuestiones de marketing: acceso al teléfono, al correo electrónico, términos de búsqueda, localización,hábitos alimenticios, compras, viajes, ambiciones, aspiraciones... Rafe vende por una fortuna la inclusión de productos en la aplicación, el cabello, la ropa, las vacaciones, los zapatos, las revistas, el maquillaje. Me dijo que volviera al laboratorio y lo arreglara. Ve a trastear un poco, me dijo. Ve a trastear con tus juguetitos. Durante un tiempo, pensé que lo había hecho yo, que había sido culpa mía, pensé que eran mis tratamientos los que estaban provocando esto. —Ondeó un brazo para abarcar la habitación, bajó de nuevo la cabeza, avergonzada esta vez —. Pero seguí indagando y descubrí que lo habían pirateado. Hace dos

meses, se hizo un añadido a los tratamientos, algo oculto entre la belleza belleza belleza belleza. Difícil de encontrar, difícil de arreglar. Creo que hace enloquecer a la gente.

Un hecho. Aquí está el problema, allí está la verdad.

Eres bello eres bello eres bello...

La repetición hace que las cosas se hagan realidad.

Eres bello eres bello eres bello...

Pero repetir las cosas no va a hacer nada por ayudar a cinco cuerpos dormidos, encerrados en una casa en Francia. Estoy cuerda estoy cuerda estoy cuerda estoy cuerda...

Se asentó un silencio entre nosotras.

Al rato, dije:

—Lo robé yo. Pero esto... esto no es cosa mía.

Mis palabras se disiparon antes incluso de que terminara de pronunciarlas.

—No pasa nada. —Filipa se encogió de hombros—. Creo que lo que haces tiene su lógica.

—¿Eso crees?

—Pues claro. Perfección destruye el alma humana. ¿Sabes que antes servía para ayudar a los niños con daños cerebrales a recuperar el habla? Eso fue antes de que Rafe me convirtiera en un monstruo.

—No eres un...

—He acabado con la humanidad —replicó, sin alzar la voz, antes de que yo pudiera añadir nada más—. Le proporcioné a la gente una herramienta con la que succionar todo lo feo, todo lo malo, y resulta que al final se ha convertido en un instrumento de marketing. Por supuesto que Rafe también tiene la culpa. Fue él quien eligió los parámetros, quien pensó que Perfección sería el sueño de cualquier anunciante. Si esa tal Byron pudiera matar a Rafe, a lo mejor detendría todo esto, pero lo dudo. Y creo que ella también lo sabe. Creo que esa es la razón por la que esto tiene más sentido.

—¿Puedes arreglarlo? —pregunté—. ¿Puedes... mejorar los tratamientos?

Filipa se quedó mirándome, sorprendida.

—¿Y por qué diantres querría hacer eso? —susurró.

Me soltó la mano. Retrocedí un paso, mientras Filipa me miraba a los ojos, con gesto desafiante.

—Es necesario destruir mi trabajo —me dijo, con voz serena y firme—. Es absolutamente necesario. Te estoy agradecida por haber robado Perfección. Me da la esperanza de que algún día todo esto se acabe.

Miré a los durmientes en sus camas, cinco hombres y mujeres que habían escuchado unas palabras y se habían vuelto locos; después, volví a mirar a Filipa y me pareció detectar un atisbo de locura en su

mirada. Me di la vuelta hacia la puerta, para atravesarla, para huir lo más lejos posible.

—Matisse está decidido a encontrarte —dijo Filipa—, casi tanto como desea encontrar a Byron. Quiere demostrar que eres real. Como te encuentre... como Rafe te encuentre... creo que acabarás en una mesa de disecciones. Ten cuidado, por favor.

Me detuve, con la mano en el picaporte.

—¿No quieres saber también cómo trabajo?

—Sí. Por supuesto que sí. Pero eres humana, al cien por cien, y tanto si tu condición tiene un origen artificial o natural, resulta... extraordinaria. En Tokio, te di mi brazalete. No tengo recuerdos de ti, pero puedo deducirlo en base a los datos obtenidos. A veces la percepción no necesita palabras, es fruto del análisis de una situación que no se puede racionalizar con los artificios de la lógica. A veces, las palabras complican las cosas. Los números son más sencillos, pero solo muestran una realidad en blanco y negro. El pensamiento está... constreñido, y nunca alcanzamos a ver las cosas tal y como son en realidad. Pero contigo, me vi sonreír. A... a veces me obligo a sonreír, porque eso es lo que la gente espera de mí: sonríe a la cámara, sonríe a todas horas, porque eso es lo que... Pero, contigo, mi sonrisa parecía auténtica. Creo que, durante unas pocas horas, te convertiste en mi amiga. Y aunque no lo fueras, sigues siendo humana, un ser humano extraordinario, y ahora mismo la especie humana está amenazada.

Abrí la boca para responder, pero me rehuyeron las palabras, así que me quedé frente a ella, inmóvil como un maniquí, paralizada por su mirada.

—Luca Evard te ha estado buscando —dijo Filipa.

Lo dijo de una forma tan llana, tan simple, que me cogió completamente por sorpresa. Filipa lo percibió; un leve retroceso en mi cuerpo, los dedos flexionados al oír ese nombre, mientras me esforzaba por asimilar lo que estaba diciendo.

—Le despidieron de la Interpol —añadió—. Matisse le ha contratado.

—¿Por qué?

—Luca les dijo a sus jefes que estaba persiguiendo a una ladrona que tenía la capacidad de ser olvidada. Pensaba que incluso podría haberse acostado contigo. ¿Lo hizo?

—¿Estás grabando esto? —repuse.

—No. Pero eso no es justo, eso significa que quieres contarme algo que sabes que acabaré olvidando, significa que... Aunque luego lo olvidaré todo, así que adelante. Al menos, que una de las dos tenga una experiencia significativa esta noche.

—Sí, me acosté con él.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Luca es... es el único hombre que conozco que se ha interesado por mí.

—Seguro que eso no es cierto —replicó ella, y volvió a darse la vuelta hacia los pacientes. Mi comentario le había parecido una tontería, y Filipa era una mujer que no tenía tiempo para tonterías—. Eres preciosa.

—Filipa... —Las palabras se desintegraron en mis labios antes de que pudieran salir al exterior. Deslicé la lengua por el interior de mi boca, intentando localizarlas—. Filipa, tus tratamientos podrían conseguir que la gente se acuerde de mí.

Un gesto de sorpresa, seguido rápidamente por otro de rechazo, por una negación vehemente con la cabeza.

—No, no, no, no. Eso no funciona así.

—Conocí a alguien que era como yo, un chico de Nueva York, solo yo me acordaba de él, y era perfecto...

—Rotundamente no. Para tu condición... algo químico, quizá, una especie de inhibidor; o algo eléctrico, un dispositivo, un... un campo de fuerza, sí, tal vez una especie de campo de fuerza artificial, eso queda a tu elección, pero ¿tratamientos? No, para nada. No tienen ningún efecto... quirúrgico.

—Tú eres científica, te estoy diciendo lo que vi.

—No seas... —comenzó a decir, pero reculó, no terminó la frase —. ¿Por eso robaste Perfección?

—En parte, sí. Pero los tratamientos cambiaron a Parker, le volvieron... Pensé que tal vez esos tratamientos, sin Perfección...

—Solo son una serie de ideas, en el fondo no son más que eso. Realzados por medios químicos, potenciados por medios eléctricos, pero pensamientos al fin y al cabo. Si pudiera acordarme de ti, podría analizarte, podría hacer grabaciones, podríamos... ¿No quieres eso?

Filipa percibió en mi rostro una expresión que no conseguí disimular.

—Byron me analizó.

—¿Y qué descubrió?

—No lo sé. Dijo que iba a hacer que la gente se acordara de mí, pero se dedicó... se dedicó a recitar un poema, el alma consume el pecho, el corazón debe detenerse a respirar, e incluso el amor...

Empecé a atropellar las palabras, con el aliento entrecortado ¡Eh, Macarena!

—Programación. —Filipa pronunció esa palabra con desprecio—. Un concepto ofensivo. Los anunciantes nos programan: ves la imagen de un frasco de perfume y piensas en mujeres hermosas; ves una imagen de unas zapatillas de deporte y piensas en sexo sexo sexo sexo, siempre el sexo, la manipulación en su nivel más básico, pero los tratamientos... ahondan mucho más. Es difícil controlar las

consecuencias, el malestar consecuente por no tener nociones suficientes de hipnosis, esto no va de eso, esto no funciona así; ignorancia, ingenuidad. Hay aproximadamente ochenta y cinco mil millones de neuronas en el cerebro, podemos visualizar las cosas de maravilla, pero visualizar no es lo mismo que comprender, no es lo mismo que tomar el control, ¡solo sirve para hacer que los científicos se sientan mejor!

Giró sobre sí misma, levantando los brazos, una erudita enfrentada a procedimientos mediocres, una mujer cuyos pasos, cuya existencia misma la habían conducido hasta el lugar donde ella pensaba que quería estar, solo para descubrir al llegar que no se parecía en nada a lo que había imaginado. Nos quedamos en silencio. Deslicé los dedos sobre la curvatura de la cinta de Möbius que llevaba en la muñeca, por arriba y por abajo, por arriba y por abajo.

Filipa bajó los brazos y se quedó mirando al suelo.

—Quería... —comenzó a decir, y se quedó callada. Lo intentó de nuevo—: Quería ser... Ya sé que es una tontería.

—¿Perfecta? —inquirí.

—¡No! ¡Nada eso! Yo solo quería... quería hacer algo importante. Quería gustarme tal y como soy.

Se quedó callada otra vez, con la cabeza girada hacia un lado, rebuscando entre sus recuerdos, clausurando líneas de investigación.

—¿Tú te gustas tal y como eres? —me preguntó, con la mirada puesta en la lejanía.

—No... no lo sé. Durante un tiempo, pensé que... —Las palabras se complicaban, traté de encontrar una senda a través de ellas—. Pensé que no era digna.

—¿Digna? ¿De qué?

—De todo. Pensaba que mi vida no valía nada. Viajaba de un sitio a otro, cogía lo que quería, hacía lo que me daba la gana, fingía ser cualquier persona que me apeteciera ser, y me fue... bien, todo lo bien que te puede ir cuando eres... Pero no tenía ningún sentido. Ni valía. Era una vida sin valor. Para mí, tener valor significa ser honorable. Recto. Llevar una vida digna. Conmigo misma. Con los demás.

—¿Y ahora?

Me quedé pensando en ello, con la espalda rígida, los puños apretados.

—Byron me llamó iluminada. Según ella, si el mundo se olvida de mí, significa que estoy fuera de él. Que me he liberado de sus cadenas y puedo moldear mi vida como mejor me parezca, con un alma que ha sido creada enteramente por mí, y no por... por los gritos. Por los gritos que me lanza el mundo para que me convierta en algo que no soy. Creo que se equivocaba, creo que estaba equivocada en muchas cosas. Pero... no tan equivocada como las cifras o las palabras podrían

hacernos creer.

Filipa asintió, aunque no sé muy bien por qué.

—Mi vida no tiene valor —dijo al fin—. No he conseguido nada.

—Eso no es...

—Sí, es cierto —me interrumpió—. De pequeña fui una decepción para mi padre, después para mi hermano, y por último para mí misma. Me han repetido continuamente que soy un genio, que soy una mujer brillante... Eso no me lo ha dicho la gente que me importa, claro, pero aun así, me lo han dicho suficientes personas como para que sus palabras hayan adquirido cierto peso. Y con esa inteligencia he construido herramientas para perpetrar el fin del mundo. ¿Es excesivo? ¿Está mal? Devastación, destrucción, perdición, muerte. Pero es ridículo hablar de «genios» fuera de los dibujos animados. He creado un dispositivo que destruye la mente de todo aquel que lo utilice, convirtiéndolos en poco más que *memes* de Internet, anuncios con patas, pancartas humanas que nos venden el sexo, la ropa, los coches y las vacaciones que exige el mercado. El Club 106 es un ejército de clones, física y mentalmente, y mis tratamientos son el escalpelo del cirujano. No dudo que sean felices. Las dudas, la inseguridad, la dependencia, la fragilidad emocional... no son atributos propios de la gente perfecta. ¿Has hablado con alguien del 106? Son capaces de reaccionar ante cualquier situación con una réplica barata extraída de un libro de autoayuda. ¿Se ha muerto tu padre? Está en un lugar mejor. ¿Has perdido tu empleo? Resiste, si crees en ti mismo encontrarás una salida. ¿Tu marido te ha dejado y se ha llevado a los niños? Saldrás de esta, y con la energía que tienes dentro y el cariño de tus hijos, saldrás victoriosa. El mundo se ha visto reducido a aforismos y cuentos de hadas. Estuve observando a los programadores de mi hermano mientras rastreaban la red. «Cómo superar la ansiedad: elimina de tu dieta los alimentos que la producen. Come fresas.» La gente perfecta siempre tiene una solución a los problemas. Pero ¿qué se puede hacer cuando las palabras fallan? Cierto: a veces no se logra capturar a un asesino. Cierto: a veces se llevan a tus hijos y te quedas tirada. Cierto: la pobreza es una cárcel. Cierto: todos envejecemos y enfermamos. Son certezas tan aterradoras que las eliminamos del cerebro humano. Los tratamientos hacen que la gente sea feliz, y la felicidad siempre resulta *sexy,* ¿verdad? Feliz feliz *sexy* feliz hermoso *sexy* sexo feliz hermoso feliz sexo...

Su rostro se cubrió de lágrimas, se le quebró la voz. Mil veces había contemplado su reflejo en un espejo, repitiendo esas mismas palabras, y otras mil veces había intentado bloquearlas, había intentado decirse: no, no es así, hay algo positivo en todo esto, después de todo. Pero fracasó. Y solo quedó la verdad.

Me acerqué a ella, indecisa, me detuve, con las manos colgando

inertes a ambos lados de mi cuerpo. ¿Qué hace la gente perfecta de este mundo ante la visión de unas lágrimas?

Cómo consolar a alguien en 4 pasos:

1. Apóyale una mano en el hombro.
2. Muéstrate comprensivo y caritativo. Aunque creas que ha hecho algo malo, no le culpes por ello.
3. Piensa en lo que harías si estuvieras en su lugar. Recuérdale que siempre podrá contar contigo.
4. Antes de marcharte, pregúntale si le apetece hablar de algo más. Mantén el contacto visual.

Apoyé una mano sobre su hombro, y ella se encogió.

Le acuné el rostro entre mis manos, deslizando los dedos por su cabello, y ella me abrazó por la cintura y lloró durante un rato. Yo no dije nada mientras Filipa seguía llorando.

Pasado un tiempo, su llanto se serenó, pero ella no se separó de mí. La abracé, con la camisa empapada de lágrimas y mocos, y me sentí bien.

—Dale a tu cuerpo alegría, Macarena —canturreé, mientras me balanceaba suavemente sin soltarla—, que tu cuerpo es pa' darle alegría y cosa buena.

Filipa me agarró con fuerza por la región lumbar, sin soltarme todavía, pero me dejó cantar, y aunque nos pisamos un par de veces, no levantó la cabeza en ningún momento.

—¡Eh, Macarena!

La hice girar suavemente y ella se dejó llevar, con el rostro enrojecido e hinchado, con una sonrisa oculta en algún lugar situado por detrás de sus lágrimas.

—Ahora entiendo por qué me caíste tan bien —dijo, sorbiéndose la nariz mientras se enjugaba el rostro con la manga.

—Podríamos ayudarnos mutuamente.

—¿Tú crees?

—Conozco a Byron. Vi una foto suya en la fiesta de Nimes, por eso he venido hasta aquí. Sé quién es y lo que hace.

—¿Puedes encontrarla?

—Puedo intentarlo.

—Matisse no lo consiguió.

—Se está escondiendo de él, no de mí.

—¿Y qué pasa si tiene razón?

—¿En esconderse?

—En querer destruir Perfección. ¿Y si no existe el libre albedrío?

¿Y si la memoria es una cárcel y la sociedad una mentira? A veces miro a mi alrededor y lo único que escucho son gritos, gritos, gritos... ¿Y si tú eres la iluminada? —Sonrió mientras lo decía, pero era una sonrisa hueca.

Hinqué los talones en el suelo, no encontré las palabras que buscaba, así que señalé con un gesto a los pacientes que dormían en las cinco camas blancas, una explicación mucho más expresiva que cualquiera que yo hubiera podido articular.

—Mi hermano no retirará Perfección del mercado —susurró Filipa —. Es demasiado valiosa. Pero si Byron la piratea...

—Ha muerto gente —repuse—. Puede que Perfección sea una monstruosidad, puede que los tratamientos sean... Pero soy una ladrona, podemos encontrar otra manera.

—Cuando te vayas, no me acordaré de ti.

Me quité el brazalete y se lo dejé en la mano.

—Confía en mí. Puedo ayudarte.

Cerró los dedos alrededor del brazalete, después, me agarró de la muñeca con la otra mano, me acercó hacia ella y murmuró:

—Hay otro club, más importante que el 106. Pensado para aquellos que han hecho todo el trayecto, los que han terminado todos los tratamientos, las personas más perfectas del planeta. Dos millones de puntos: 2x106. «El millón perfecto». Le dije que parase, pero él... Ve a Venecia. Matisse puede ayudarte, está asustado, cree que Byron podría... yo también lo creo... Y Luca también, habla con Luca, cuéntales lo que sabes, ya sé que la gente te olvida, pero siempre puedes enviar fotos, mensajes, cosas que permanezcan. Ya sé que son... pero en el fondo son buena gente. ¿Lo harás?

—Lo haré.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Entonces sonrió, como si se hubiera quitado un gran peso de encima, me apretó el brazo, luego lo soltó, retrocedió un paso y se puso el brazalete en la muñeca.

—Ojalá pudiera recordar esto —dijo—. Ojalá pudiera recordar todo lo que nos hemos dicho.

—Los tratamientos me harán memorable —respondí—. Quizá, cuando todo esto acabe...

—Quizá —repuso Filipa, un poco más brusca de la cuenta, cercenando esa idea—. Quizá.

Al parecer, no tenía nada más que añadir. Eché un vistazo a la habitación, a los pacientes dormidos, perfectos incluso en ese estado. Aún había sangre bajo las uñas de Louise Dundas, y en las raíces de su cabello. Filipa estaba en mitad de la sala, pequeña y fría. Sentí una desnudez repentina en la muñeca, en el lugar donde antes estaba el

brazalete, y sonreí a Filipa, ella me sonrió, un gesto frágil e imperfecto, y entonces me di la vuelta y me marché.

CAPÍTULO 82

Un tren, Nimes-Venecia. En Marsella compré un puñado de periódicos locales y un móvil nuevo, y me pasé el resto del trayecto hasta Niza repasando titulares y leyendo noticias en Internet. Cené en un restaurante construido sobre un pequeño río que desembocaba en el mar, donde ya había comido una vez en compañía de un guapo vendedor de madera originario de Turín, acompañados por el sonido de las ranas que croaban bajo nuestros pies. Le robé el coche después de que se negara a pagar la cuenta.

Durante el trayecto en tren desde Ventimiglia hasta Génova el mar quedaba a la derecha, los Alpes a la izquierda. Costaba trabajar con esas vistas, costaba concentrarse con esos acantilados que se desplomaban sobre unas aguas de color cobalto, y con esos pueblos que se encaramaban hacia lo alto de unas cumbres nevadas. Cuando el tren se adentró en los sobrios páramos industriales milaneses, estaba exhausta de tanta belleza, y en la estación de Milán —un monumento a la arquitectura fascista y la ambición imperial, con sus altísimos techos y sus suelos de mármol—, hice un alto en el camino para comerme una porción de pizza en un trozo de papel grasiento.

—¡Dóblala! —exclamó el tipo que me la sirvió—. ¡No la picotees como si fueras un pajarillo, enróllala y cómetela como es debido, como una mujer!

Me quedé mirando a ese chef indignado, que tenía el delantal cubierto de manchas de tomate, y por un instante alterné entre el entusiasmo por las costumbres locales propio del turista y la animadversión a las intromisiones propia del viajero. Llevaba puesto un reloj ridículo que asomaba por debajo de sus guantes azules de látex, y había dejado su móvil en precario equilibrio junto a la caja registradora. No necesitaba ninguna de las dos cosas, aunque la tentación de importunarlo, la satisfacción de robarle y largarme de rositas, resultaban muy fuertes; pero no.

No.

Hoy no.

La laguna estaba turbia y oscura cuando la crucé. Las luces de Mestre a la espalda, grúas y chimeneas, almacenes vacíos y barcos amarrados. Por delante, Venecia, un paraíso para los turistas, capiteles y torres, canales y cenas carísimas. Una de las maravillas del mundo, salir de la estación y toparse de inmediato con el Gran Canal. Pasear por una ciudad libre de coches, con sus adoquines desgastados por cientos de años de tránsito de peatones, oler el no siempre agradable aroma de la laguna, matar mosquitos, plantarse en la plaza San Marcos y sentir la

presencia de los espectros de los comerciantes y las putas, los soldados y los asesinos, la sombra de los dogos ataviados con prendas doradas y la de los hombres menos ilustres que conspiraban en los rincones. Unas palomas huyeron volando de un niño que se lo pasaba pipa persiguiéndolas; un grupo de turistas se sacaron una foto con una cámara sujeta a un mango telescópico, con el palacio de los dogos de fondo, mientras los vendedores ambulantes entraban y salían del encuadre, ofreciendo camisetas del Barcelona y el Manchester United. Los gondoleros no se molestaban en ofrecer sus servicios; cualquiera lo bastante tonto como para pagar tanto por un trayecto a paso de tortuga por los canales de Venecia (con canto de ópera opcional) se acercaría a ellos por su propia cuenta. Los gondoleros han sobrevivido a la peste y al fuego, a la conquista y a la decadencia. Sobrevivirán también al turismo.

Pregunté en un par de hoteles y, a pesar de los turistas, no me costó mucho encontrar habitación. La mujer del mostrador se quedó mirando con recelo los billetes que le ofrecí, pero el dinero es dinero, y, además, se acercaba el invierno, así que todo en orden; una pequeña habitación al final de una escalera estrecha, un suelo que crujía, un tejado que se inclinaba, una pequeña terraza metálica que chirriaba alarmantemente al pisarla. Le pregunté por el supermercado más cercano y ella me miró de soslayo, perdidas ya las esperanzas en esa mujer solitaria que pagaba en efectivo y no quería darse el capricho de probar la experiencia, cara y poco estimulante, de cenar en Venecia.

—Pruebe en Cannaregio —respondió, chasqueando la lengua, y logró contenerse antes de añadir: «Está prohibido comer en la habitación».

En Cannaregio encontré un supermercado, construido en la casa de un artesano del siglo XVI a la que se accedía por una puerta automática, bajo un cartel luminoso verde. Cogí fruta, dos pares de calcetines, una chocolatina y una barra de pan, y cuando fui a pagar descubrí que tenía la cartera vacía, solo me quedaban unas monedas. Así que miré a la cajera, le pedí disculpas, agarré mis compras y me largué corriendo.

—¡Policía, policía! —chilló la cajera, pero nadie me siguió.

Al cabo de unas pocas calles, reduje la velocidad y me fui paseando tranquilamente hasta una iglesia —erigida en honor de no sé quién, para conmemorar no sé qué, en Venecia cuesta recordar esos detalles—, y allí me comí las viandas que afané.

Necesitaba dinero, pero el único casino de la ciudad no era un buen sitio para contar cartas. Diez euros por entrar, apuestas bajas, un ambiente en el que parece que tienes que sentirte agradecido por estar ahí, el casino más antiguo de Europa... quizá.

Intenté birlar un par carteras entre la multitud, callejeando por los alrededores de San Marcos, pero solo conseguí hacerme con un par de billeteras antes de que un equipo rival, formado por un chico y una chica recién entrados en la adolescencia, cometiera una cagada en el callejón de al lado y alguien se pusiera a gritar «Al ladrón, al ladrón», al ladrón, hasta que la policía llegó corriendo. Malditos aficionados.

Decidí cruzar el agua hacia el Lido. Coches nuevos, yates, complejos turísticos, playas en verano, un lugar para los ricos que ya se han empachado de tanto arte renacentista, de tantos Tizianos, de tantos cuerpos musculados y telas azules y blancas desplegadas sobre penes y senos, estratégicamente posicionadas allí por una suave brisa.

Robé en el primer hotel en el que entré, un inmenso monolito de paredes blancas y ventanas rectangulares. Le birlé una llave maestra a un chico en el vestíbulo, después me llevé dinero y algo de ropa de las suites de lujo de la planta superior.

Valía: actuar de la manera más íntegra posible, bajo una serie de circunstancias difíciles.

Me pregunté si eso sería cierto, mientras cruzaba las aguas de regreso a Venecia.

CAPÍTULO 83

Preparación.

Un ordenador nuevo, ropa nueva, una conexión nueva a Internet, una nueva descarga del Tor a través del wifi de San Servolo, un buen lugar para trabajar, un pequeño campus universitario para gente que quisiera cursar tres meses de Historia del Arte, o dos meses de italiano intensivo en la ciudad de los prodigios, un lugar donde resultaba fácil pasar desapercibido, pedirte un café, sentarte en la cafetería y navegar por la red.

Tor: The Onion Router. Tiene sus defectos.

Argumentos a favor del incremento de la vigilancia gubernamental en Internet:

1. Atajar los manuales para fabricar bombas, el terrorismo, la pornografía, el tráfico de drogas y el crimen.
2. Trolls, hackers y acosadores. Dedicado a una bloguera feminista: «Te voy a violar hasta que sangres, tu dirección es _____.» Delito de odio: «Putos negros de mierda, solo valen para ser esclavos.» Solo es el 1 por ciento, dicen sus defensores. No es para tanto. (Que os jodan, es la respuesta. Que os jodan por ser unos cobardes de mierda que no asumen la responsabilidad de la sociedad en la que viven. Que os jodan porque no os importa una mierda.)
3. Si no tienes nada que ocultar, ¿qué más te da?

Argumentos en contra:

Las leyes de privacidad en la red de Estados Unidos establecen que cualquier correo electrónico alojado durante más de seis meses en un servidor propiedad de terceros se vuelve obsoleto, lo cual permite que la empresa en cuestión (Hotmail, Gmail, etc.) pueda hacer lo que le dé la real gana con esa información. Los correos personales que has escrito a tus amigos, amantes o compañeros de trabajo pasan a ser de dominio público.

«Te quiero. Quiero sentir el roce de tu piel sobre mi cuerpo, tu lengua en mi boca, tus manos en mi...»

«Hoy enviaré el dinero, aquí están los detalles.»

«La cabrona de mi hermana me está tocando las narices otra vez, la muy foca...»

¿Me preocupa que Google sepa qué religión profeso, si estoy divorciada o embarazada, o que Facebook utilice mi cara en una campaña publicitaria? Cuando desafío a mi gobierno, cuando ataco a un gurú de los medios, cuando cuestiono una creencia que otros dan

por sentada, ¿me preocupa que mi historia familiar, mis datos financieros y mi dirección estén al alcance de la mano de mis enemigos? Por supuesto que no: no tengo nada que ocultar.

¿Me preocupa que la única manera de quedar libre de toda vigilancia pase por ser absolutamente inofensiva? ¿Por adaptarme a una norma social y no decir nunca nada que sea personal, ni genuino, ni meditado, ni desafiante?

Pedí otro expreso mientras esperaba a que cargara el Tor.

Una nueva dirección de correo para contactar con un viejo amigo.

Elegí Zenobia1862, y envié mi mensaje al rincón más plausible de la infraestructura de Prometeo.

Soy _porqué. Soy la mujer de la que siempre se olvida ese hombre que se hace llamar Gauguin o Matisse. Quiero hablar acerca de Byron14.

Atentamente,

_porqué

Tardaron casi tres días en responder, pero me mantuve entretenida: recorrí la ciudad, me aprendí las calles, los puentes, los canales y los callejones sin salida. Me infiltré en las radiofrecuencias de la policía, conté a los ricos y a los guapos, a los vulnerables y a los delincuentes, entremezclados a la sombra de los *palazzi* y dentro de bares calurosos y anegados de vino.

Busqué el 206, la élite dentro de la élite, y resultó fácil encontrarlo; las páginas de sociedad y las columnas de cotilleos lo anunciaban a bombo y platillo, la fiesta perfecta, los Millones Perfectos la llamaron, qué emocionante, fulanito y fulanita iban a estar presentes, y mira qué guapa estaba su prometida, estaba claro que le había ganado la partida a la celulitis. Y menganita también iba a acudir, pese a que en una ocasión se acostó con el hermano de menganito, y fulanita le había llamado zorra, pero eso fue en otra época, ahora se querían, y ella había perdido mucho peso desde que se apuntó a Perfección, ¿habéis visto las fotos de sus vacaciones en la playa?

—Si no quieres que te hagan fotos, no vayas por ahí exhibiéndote —dijo un *paparazzi* al que le regalé una botella de whisky cuando estaba sentado frente al gran hotel del Gran Canal, con un puñado de cámaras colgadas del cuello.

—¿Y qué pasa con la gente que quiere exhibirse en privado? —inquirí, y él se encogió de hombros.

—Son ricos, son famosos, tienen que lidiar con lo que eso conlleva.

Al día siguiente volví, antes del mediodía, y el fotógrafo estaba otra vez allí, un poco achispado, así que le di otra botella de whisky y me dijo:

—Se va a celebrar en el Hotel Madellena. Va a asistir la realeza, todos esos príncipes con esas novias tan buenorras, ya sabes cómo va la cosa. Unos zorrones, todas.

Sonreí educadamente, pensé en robarle la cámara y tirarla al canal, pero no, eso sería indigno, no podía olvidarlo, aunque sí sería bastante justo.

Conté mis pasos mientras me alejaba de él, y cuando llegué a treinta se me pasaron las ganas de robar. Entonces me eché a reír y empecé a correr otra vez, de regreso al corazón de la ciudad.

Cuando regresé a mi hotel, Gauguin había respondido a mi mensaje, poniendo en copia a Luca Evard, por si acaso.

CAPÍTULO 84

Un encuentro con unos espías.

A una prostituta cuyo alias profesional era Portia («¿Como Porthos?», le pregunté, y ella frunció el ceño y dijo: «No, por Shakespeare, idiota.») le pagué cuatrocientos euros para que se sentara con un móvil en la terraza de una cafetería situada en la Riva degli Schiavoni a beberse un café solo envuelta en un abrigo forrado en piel. Empezaba a hacer frío; caía un poco de nieve sobre el tejado, que no tardaba en derretirse, pero, por cuatrocientos euros, Portia no se movería de allí, y por otros doscientos, tampoco lo haría mi taxi acuático. El conductor estaba sentado con los pies sobre el salpicadero, con un cigarro pendiendo de la comisura de los labios y un libro sobre el regazo, que hablaba de dejarlo todo para dedicarse a criar alpacas.

Yo me encontraba en la parte de atrás del taxi, mientras la estela de los autobuses flotantes nos mecía de un lado a otro, oteando la cafetería a través de unos prismáticos. Los primeros en llegar fueron tres matones de seguridad, dos hombres y una mujer. Cuando se asentaron, Gauguin se aproximó a pie desde el Arsenal. Había tenido la sensatez de equiparse con unas botas de goma y un anorak marrón. Luca Evard le seguía de cerca, con un grueso abrigo negro y unos vaqueros verdes, un atentado contra el buen gusto incluso a quinientos metros de distancia, con la cabeza gacha, la mirada alzada, unas entradas incipientes que dejaban al descubierto su cráneo reluciente y unas ojeras muy marcadas alrededor de sus soñolientos ojos.

Llegaron a la cafetería, consultaron el móvil, que sin duda contendría fotos de mi cara, y mientras lo hacían llamé a Portia:

—Son esos dos.

Portia carraspeó, como una mujer ocupada a la que le están haciendo perder el tiempo, se levantó, se acercó a Gauguin, le tendió el móvil con la pantalla apuntando hacia arriba, con el brazo firme y estirado, y le dijo:

—Es para usted.

Gauguin le dio las gracias amablemente y cogió el teléfono. Portia se marchó con sus muslos y sus posaderas, con su barbilla altiva y su orgullo shakesperiano.

—¿Con quién hablo? —preguntó Gauguin, en inglés, educadamente, sin rodeos.

—Soy Porqué —respondí, observando cómo se giraba a través de los prismáticos—. Quiero hablar de Byron14.

Se revolvió en el sitio, Luca Evard se acercó por detrás, quería

que le diera el móvil, miró el suyo, la foto que tendría de mi cara, se quedó mirando a la multitud, no vio a nadie conocido, miró al suelo. Experimentó algo que bien pudo ser rabia; algo que no quería que nadie percibiera en sus ojos.

Yo también aparté la mirada, pero lo mío fue por pura vergüenza.

—Pensaba que podríamos...

—¿Reunirnos en persona? Tiene tendencia a sacar el cuchillo o la pistola a la primera de cambio, señor Gauguin.

—¿De veras?

—¿Ha visto las grabaciones de seguridad? Tokio, Omán... Puede que no tengan grabaciones de Estambul, pero sí... cuchillos. Supongo que estará grabando esto.

—Ahora sí.

—Mejor, así no tendré que repetirme. Creo que Byron ha pirateado Perfección, ha modificado los tratamientos que se aplican a los miembros del 106. Louise Dundas fue una de las personas que experimentaron una reacción violenta al escuchar unas palabras determinadas, probablemente un poema, probablemente de Byron o de Wordsworth. Lo que no saben es que el proceso comenzó en Berkeley hace once meses. Busquen a una estudiante llamada Meredith Earwood, busquen a Agustin Carrazza, exprofesor del MIT. En el móvil que tiene en la mano, encontrará la dirección de unas instalaciones en la zona de San Francisco que Byron utilizó para llevar a cabo su investigación. No he conseguido localizarla a partir de esta información, pero ustedes tienen más recursos. También encontrarán fotografías de su diario y el código necesario para descifrarlo. Tengo un inventario completo de las pertenencias con las que viajaba, incluyendo tres pasaportes distintos que quizá les sirvan de algo.

—¿Y todo esto es...? —comenzó a decir, pero le interrumpí para que se dejara de banalidades.

—Necesito que cancelen el evento del 206 que tienen planeado celebrar en el hotel Madellena dentro de dos semanas. Anúlenlo. Mantengan la aplicación en activo si quieren, pero cancelen todos los tratamientos e identifiquen a todos aquellos que puedan haberse sometido a alguno durante los últimos once meses.

—¿Por qué?

—Porque los tratamientos harán que se conviertan en unos asesinos dementes cada vez que escuchen el fragmento de un poema, joder. ¿Es usted idiota o es que le gusta tocarme las pelotas? Porque Byron quiere destruir Perfección y un espía rencoroso no va a lograr evitarlo por sí solo.

—¿Qué crees que planea hacer? —me preguntó, con mucha calma, como un turista que está disfrutando de una charla amigable en una ciudad hermosa.

—Van a presentar el 206. La prensa mundial estará expectante. Si yo fuera Byron y tuviera una habitación llena de personas que se han sometido a tratamientos, a mis tratamientos, haría que se despedazaran unos a otros.

Una pequeña pausa, una lenta bocanada.

—Lo hará —añadí, al ver que su silencio se alargaba—. Louise Dundas fue una prueba y le salió de maravilla. Filipa lo sabe, yo también. Si pone a los miembros del 206 delante de las cámaras, Byron lo convertirá en una masacre.

—¿Tienes alguna prueba?

—No.

—Pero pareces muy segura.

—La conocí. Conviví con ella. Tiene una misión que cumplir. Joder, cabría esperar que después de que varios miembros del 106 perdieran la chaveta e intentaran matar gente a dentelladas acabarían reculando, pero no, Rafe sigue en sus trece, como buen tonto del culo que es. Así que en estas estamos, Gauguin, usted y yo, abriéndonos camino entre la bruma.

Un largo silencio, interrumpido por el paso de una lancha de la policía, que se acercó un poco más de la cuenta. Los polis miraron sonriendo al taxista mientras nuestro barco se zarandeaba de un lado a otro.

—¿Por qué nos estás ayudando? —preguntó al fin Gauguin.

—Byron está matando gente. Yo le di los medios para hacerlo. En cierto modo, eso me convierte en culpable. Todavía conservo algo de... honor.

—Eso me cuesta creerlo.

Honor: honestidad, entereza, respetabilidad, valía, mérito, caballerosidad, fama, gloria. Ser íntegro en tus convicciones y tus actos.

Frase hecha: no hay honor entre ladrones.

—En Estambul —proseguí—, encontraron los diamantes que robé en Dubái. También tenían mis pasaportes, y los utilizaron para destruir buena parte de la vida que había logrado forjarme. No sé qué fantasía creó su cerebro para justificar que tuviera esas cosas en su poder, pero se las llevó consigo cuando se marchó. ¿Recuerda lo que hizo después?

—Me... me fui al aeropuerto y...

—¿Qué hizo antes de ir al aeropuerto?

—Me atacaron...

—¿Y?

—¿Me atacaste tú?

—Sí. Para escapar de los cuchillos, por si acaso se lo preguntaba.

—¿Cómo conseguiste...?

—Me escondí. En el taller.

—Pero si le... —Se le entrecortó la voz—. Le prendimos fuego. Incendiamos ese taller.

Frío en su voz, frío en las aguas, el runrún de un autobús al pasar de largo, un cielo encapotado, ansioso por descargar nieve.

—Tú seguías ahí dentro.

—Sí. Se olvidaron de mí.

—¿Tan rápido? En Tokio, recuerdo que no llegué a tiempo de impedir tu robo. Habías puesto trampas, explosivos, gas lacrimógeno... pero ya te habías ido. Sin embargo, he visto grabaciones de seguridad que demuestran que sí llegué a tiempo.

—En Tokio podría haberle matado. ¿Recuerda lo que dije?

—No. Pero recuerdo intentar recordarlo. Escribí una palabra, una y otra vez, hasta que recordé el acto de escribirla. Te llamas Hope.

—Y solo pueden juzgarme por aquello que recuerdan.

—No —replicó con brusquedad, girando sobre sí mismo, oteando la calle—. Por las consecuencias de tus actos. —Volvió a mirar el móvil, tratando de grabar la imagen de mi rostro en su mente—. Por eso sí podemos juzgarte.

—¿En serio? ¿De verdad tienen derecho a hacer eso?

Me pareció que sonreía, pero era difícil asegurarlo desde tan lejos.

—Es posible —musitó, más calmado—. Has robado Perfección. Eres una ladrona.

—Y ahora me estoy enmendando. Dígale a Rafe que, si yo fuera Byron, centraría mi atención en el Club 206 y me alegraría saber que aquí, por fin, ha surgido una oportunidad de dar la campanada. Una campanada sangrienta, por cierto. Dígale que retire los tratamientos, dígale que cancele el evento.

—¿Y si no me hace caso?

—Entonces tendrá qué preguntarse qué considera que es lo correcto, lo más digno.

Girando, girando, siguió girando sobre sí mismo, hasta que se detuvo y se quedó mirándome directamente, después consultó el móvil que llevaba en la mano y volvió a mirar hacia el otro lado del canal, hacia esa figura diminuta que sostenía unos prismáticos. Era imposible que pudiera verme con claridad, pero...

—¿Estás en el canal?

—Sí.

—Creo que puedo verte.

—Sí. Eso parece.

Luca, siguiendo la trayectoria de la mirada de Gauguin, también me había localizado. Se sacó un objeto pequeño del bolsillo, un telescopio de diez aumentos, no más largo que su dedo corazón, y durante unos segundos se quedó mirándome, y yo le miré a él,

nuestros rostros distorsionados por las lentes.

—¿Te dijo Byron por qué está haciendo esto? —murmuró Gauguin, sin dejar de mirarme.

—Sí. Me dijo que Perfección era algo obsceno.

—¿Estás de acuerdo?

—Completamente. Perfección se deriva de un consenso social. Ser perfecto: encajar en el molde a la perfección. Que le den a eso. Mi código, mi honor... mi integridad. Les ayudaré a capturar a Byron, y encontraré una solución a mis problemas. Puede que Perfección sea obsceno, puede que signifique el fin del mundo, o puede que no, pero eso lo decidiré yo a mi manera, por mis propios motivos.

—No sé si esa es la manera de pensar de un héroe o de un sociópata.

—Júzgueme por mis actos —respondí, encogiéndome de hombros —, si son lo único en lo que puede basarse.

—El hotel Madellena... —comenzó a decir, con un deje de cautela en su voz.

—Anúlenlo.

—Quizá no sea posible.

—Entonces vendrá Byron. Y lo destruirá todo.

—A lo mejor le dejo intentarlo. Puede que el 206 sirva como cebo.

—Byron es más inteligente que usted, no intente convertir esto en una maldita trampa. Sería una estupidez, joder. Cancelen el evento. Interrumpan los tratamientos. Les estoy ayudando, y no tendría por qué hacerlo.

—¿Me estás amenazando?

—Mi código, mi honor, mis acciones, mis actos —repliqué—. Filipa dijo que Perfección supondría el fin del mundo, y tenía razón. Héroe o sociópata, me da igual.

Colgué y arrojé el móvil a la laguna antes de que pudiera volver a llamarme.

CAPÍTULO 85

Le di a Gauguin todo lo que le había prometido. Meredith Earwood, Agustin Carrazza, Berkeley, la clínica hidropónica, fotografías de los pasaportes de Byron sacadas en la habitación de un hotel coreano, copias del diario que había escrito en San Francisco... Me respondió a través de la red oscura, dándome las gracias educadamente por la información. Incluso retomó su antiguo alias, mugurski71, y mientras yo le respondía como _porqué, todo regresó al punto de partida, a Dubái, a Reina, al verano caluroso y a un puñado de diamantes robados. Parecía que había pasado una eternidad desde aquello.

Gauguin me lanzó alguna que otra pregunta. Describe la apariencia actual de Byron. Describe sus hábitos alimenticios. ¿Hace ejercicio? ¿Qué tal hablaba en español? ¿Expresó alguna opinión sobre política o cultura popular? ¿Admitió haber cometido el asesinato de Matheus Pereyra-Conroy? ¿Dijo algo sobre mí?

«Habló con resentimiento», respondí, «pero no creo que llegara a ser odio.»

Gauguin no preguntó nada más.

«Habla con nosotros», me dijo mugurski71 un día. «Ven a hablar con nosotros en persona. Deja que te grabemos. No te haremos daño.»

Recuerdos de Tokio, de Luca Evard, no te haremos daño.

Un tiempo presente, un recuerdo que es como el tiempo presente. Ya me lo había dicho antes, «no te haremos daño», y ahora volvía a decirlo. Gauguin volvía a ser mugurski71, yo volvía a ser _porqué, el tiempo no había cambiado nada, el resentimiento no cambia las cosas, la esperanza no cambia las cosas, solo existe el ahora, este momento, esta decisión para decir:

«No.»

Me dediqué a correr por Venecia, pasé frente al hotel Madellena. Me gané la confianza de una limpiadora llamada Yanna a base de deslizarle cien euros a cambio de la respuesta a una pregunta: ¿va a venir el Club 206 por aquí?

—Oh, sí —me dijo—, menuda la que se ha liado.

Las revistas de sociedad estaban como locas, que si una celebridad por aquí, que si un famoso por allá, que si esa está embarazada, que si ese tiene un lío, que si el 206 va a hacer una demostración de su belleza, de su perfección, qué maravilla, todos podríamos ser como ellos algún día...

¡¿Por qué no lo han cancelado?!,
inquirí.

No hay pruebas de que Byron vaya a estar presente, respondió Gauguin.

¡Si pudiera, le arrearía un puñetazo en la napia, por imbécil!

Cinco días antes de la fiesta, llegó Rafe Pereyra-Conroy, acompañado de una chica muy guapa a la que no había visto nunca; una mujer que era todo piernas, pelo, dentadura y vestido. Su hermana iba detrás de él.

Filipa parecía... puede que se debiera a algo relacionado con su pose, o con su manera de vestir. Tiras entrelazadas a lo largo de la espalda, hasta la altura del coxis, sugerente a más no poder. No me había dado cuenta hasta entonces de lo delgada que era, no flaca, sino delgada, una palabra que tenía mejores connotaciones. Si es que acaso te interesan las palabras.

¡Soy fácil de olvidar! , grité a través de la autopista de la información y de la red de redes, a través de cables secretos y satélites espía; bramé a través de la red oscura para que lo oyera Gauguin.

Llamaré a la policía, les diré que hay una bomba. Robaré a los periodistas sin que nadie se entere, echaré veneno en los aperitivos, lo sabotearé antes de que pueda dar comienzo, ¡¡me ocuparé de parar esto si no lo detienen ahora!!

El señor Pereyra-Conroy ha decidido seguir adelante con la velada, respondió Gauguin. Considera que el riesgo es insignificante.

¡No es insignificante, so cobarde! Hay que ser idiota, ¡¡Byron va a destruirlo todo y morirá gente!!

El señor Pereyra-Conroy considera que, aunque Byron decidiera atacar al 206, sería una oportunidad ideal para capturar a la asesina de su padre. Estamos controlando los trenes, los coches, los barcos... No hay muchas formas de entrar y salir de esta isla, así que como Byron se deje caer por la fiesta...

Es más lista que todos vosotros. ¡Estáis caminando solitos hacia vuestra destrucción!

Lo siento, _porqué. El evento seguirá su curso, y si Byron aparece, la capturaremos.

Arrojé el portátil hacia el otro lado de la habitación en un arrebato de ira, luego me senté en la cama, temblando, sudando. ¿Dónde están tus conocimientos ahora, ladrona? ¿Dónde está tu temple, dónde está tu honor, tu valía, tu código? No eres nada, eres menos que nada, eres una niña pequeña que se ha cogido un berrinche en su habitación. Cruza ese desierto, el desierto te engullirá por completo, ¡eeeeeeeeeh, Macarena!

Necesitaba un amigo con quien hablar, necesitaba a Luca, a Filipa, necesitaba despejar mi mente, salir a correr, meterme en un bar y entrarle a un tío, contárselo todo, y él asentiría con una sonrisa y me diría, «Jolín, qué profunda eres», entonces echaríamos un polvo y él se olvidaría de mí, y no pasaría nada, no significaría nada, pero qué más da, estaría bien, sería yo misma, con mi poder, con mi control, utilizando el mundo para robar, para hablar, para vivir, para sobrevivir para vivir que os jodan, ¡que os jodan a todos!

Salí a la terraza, temblando de rabia, con lágrimas en los ojos.

Había un barco en el canal, esforzándose por encontrar un sitio donde aparcar. Pronto empezaría a llover, se olía en el ambiente, los adoquines estaban resbaladizos. Sería complicado salir a correr.

Soy la lluvia.

Soy el frío.

Soy mi aliento.

Recogí el portátil del suelo. Todavía funcionaba, seguía consciente, perdón por el berrinche. Busqué «necesito un amigo».

¿Necesitas un amigo? Elige una opción:

1. Habla AHORA con un terapeuta: 50 dólares la hora de consulta online (paga sobre la marcha).
2. Habla AHORA con un desconocido (¡gratis!) y busca una salida a tus problemas a través de nuestro chat virtual.
3. Habla AHORA con nuestra comunidad online (¡gratis!) y publica tus preguntas, tus inquietudes y tus experiencias en nuestro foro online.

- Intento hablar, pero nadie me escucha.
- Solo quiero que me juzguen por lo que soy.
- Nadie parece interesarse por mí.

Me dispuse a apagar el portátil, pero antes de hacerlo, recibí otro mensaje de mugurski71.

«Soy Luca», decía. «Te dejo mi número.»

CAPÍTULO 86

Venecia bajo la lluvia. Los turistas huyen, los canales sisean como gansos enfurecidos, las torres se desvanecen entre la neblina, cortinas de agua se precipitan desde los puentes. Los vendedores ambulantes, con el pelo pegado a la cara, meten sus carritos cubiertos con lonas a través de estrechas puertas metálicas, hacia los sótanos de las casas sin ornamento alguno que utilizan como lugar de almacenaje de un millar de máscaras de papel maché.

No es fácil utilizar paraguas, hay demasiada gente compitiendo para poder pasar a través de las angostas callejuelas. Los tenderos que tuvieron la previsión de contar con paraguas de sobra en stock hacen su agosto, a treinta euros la pieza. Mejor tirar de anorak, agachar la cabeza, concentrarse en poner un pie delante del otro, bajo el cielo nublado, desorientado, de norte a sur y de este a oeste, calle del Magazen, calle Arco, calle de la Pietà, calle Crosera, un giro a la izquierda, otro a la derecha y regresas al Gran Canal, aunque habrías jurado que estabas avanzando en la dirección opuesta.

Con un móvil nuevo en la mano que solo tenía guardado el número de Luca Evard, empecé a caminar.

«Ven a la Academia», le escribí, forzando el candado del campanario de la Chiesa di San Vidal mientras enviaba el mensaje. Luca fue a la Academia, llegó veinte minutos tarde, sin sombrero, goteando agua desde la punta de la nariz.

Le observé desde la torre y escribí: «Campo Sant'Angelo».

Luca recibió el mensaje, miró a su alrededor y emprendió la marcha hacia Campo Sant'Angelo, con las manos enterradas en los bolsillos en un vano intento por mantenerse caliente. Pasó junto a mi escondite, sin verme. Un cuarteto barroco estaba ensayando cuando bajé de la torre, cuerdas de tripa y crines de arco. Solo quedaba un vendedor en Campo Santo Stefano, que ofrecía máscaras: la Bauta (útil para comer con ella puesta), la Colombina, la del médico de la peste y la Moretta, la de Arlequín y Pantaleón, el Volto, la más famosa de las máscaras venecianas, un rostro completamente blanco con algunos remates de color, dorados y plateados, destellos verdes y bronce pulido, pero ya te he dicho que te

centres.

Céntrate.

Le adelanté en Sant'Angelo, avancé unas cuantas calles más, me cobijé en una cafetería donde vendían tortitas rellenas de fruta y chocolate fundido, pedí una y, mientras esperaba, escribí: «Campo Manin».

Poco después, Luca pasó frente a la cafetería, abriéndose paso

entre la multitud, y dejé que se alejara, atenta por si alguien le seguía, en busca de agentes o guardias de seguridad, pero no vi ninguno.

«Rialto», escribí, y seguí a Luca a una distancia de cincuenta metros, con la cabeza oculta bajo la capucha, comiéndome la tortita de una bolsa de papel, deteniéndome un par de veces en sendos portales cuando Luca miró hacia atrás.

Luca caminó hasta la mitad del Rialto y se detuvo en el punto más alto de las escaleras, desde donde se divisaban los dos extremos del puente. El puente de Rialto, construido en 1591, no fue el primer puente que se alzó en esa zona, como mínimo tuvo cuatro predecesores de madera que se vinieron abajo, y a este también le auguraban un destino parecido, pero aquí seguía, asomando su masa sobre las aguas

y allí estábamos nosotros

masa: mezcla que proviene de la incorporación de un líquido a una materia pulverizada, de la cual resulta un todo espeso, blando y consistente

juntos

La Masa: monstruo grande y verdoso con los pantalones hechos jirones y problemas de autocontrol

por fin.

Podría seguir postergándolo, podría irme, podría marcharme sin más, pero Luca me escribió, contactó conmigo, yo ocupaba un lugar en su mente. ¿Se acordaría de mí si no me presentaba?

¿No recordaría, más bien, que acudió al puente de Rialto y que a lo mejor nos vimos y que a lo mejor hablamos y que a lo mejor fue maravilloso, pero después lo olvidó? Entonces podría irme, puede que su fantasía fuera mejor que la realidad, mejor de lo que esperaba y

se dio la vuelta, plantado en lo alto del puente, y me vio, y me reconoció.

Mejor dicho, reconoció las palabras que me describían.

Negro es el color del cabello de mi amada, sus labios son como rosas recién cortadas...

Si no había adivinado antes quién era yo, lo supo entonces, cuando me quedé mirándolo sin poder aparar la mirada. Luca percibió esa certeza y no se movió, yo tampoco, puede que los dos estuviéramos pensando si debíamos salir huyendo

escapar

fugarnos

poner pies en polvorosa

tomar las de Villadiego

salir por patas

soltar una bomba de humo

¿qué cojones estoy haciendo aquí?

No podía moverme, me había quedado paralizada, así que fue él quien se acercó a mí.

—Hola —dijo Luca Evard—. Tú debes de ser Hope.

CAPÍTULO 87

Una cafetería próxima al hotel Madellena.

Antes de que me diera cuenta, ya estaba pagando.

No, repliqué, no, pago yo.

Demasiado tarde, ya había abonado las consumiciones, pero gracias de todos modos. Era la primera vez que un ladrón se ofrecía a invitarle a un café.

Nos sentamos. Mantel de cuadros rojos y blancos. Luca se echó un sobre de azúcar moreno en el café, lo removió en el sentido opuesto al de las agujas del reloj, cuatro veces, sacudió la cuchara otras dos, cogió la taza por el asa, dio un sorbo, haciendo un pelín de ruido, inclinó la cabeza hacia atrás y volvió a dejar la taza, vacía de contenido.

Contemplé la escena como lo haría un devoto ante un sacerdote, después aparté la mirada de los proféticos posos de café que quedaban en la taza y me fijé en el rostro de Luca, que era mucho más elocuente.

—Hola —dije.

—Hola.

Un rato en silencio, hasta que por fin:

—Tengo un dictáfono.

—Me parece bien.

—Vale. Sí... vale.

Dejó la grabadora encima de la mesa, una lucecilla roja indicaba que estaba operativa.

Silencio.

Finalmente, una risita, un ademán con la cabeza.

—Esto quizá no suene bien —dijo—, pero ahora que estamos aquí, no tengo muy claro lo que quiero decir.

Me encogí de hombros, y cuando quise romper el silencio, elegí mal mis palabras:

—He oído que dejaste la Interpol.

Luca levantó la cabeza como si fuera un perro sobresaltado por un disparo, se mordisqueó el labio inferior antes de responder, en voz baja:

—No lo dejé. Me echaron. Aunque supongo que se veía venir.

—¿Fue por mi culpa?

—Sí. En parte, sí.

—Lo siento.

—¿De verdad?

—Sí. No pretendía... lo siento.

Confusión. Ahora que estábamos juntos, la cosa no estaba yendo

como me imaginaba. Luca se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas sobre la mesa, aferrándose a ella como si el mundo fuera a desaparecer bajo sus pies, como si le fuera la vida en ello.

—¿Te he arrestado alguna vez?

—Sí, una, en Viena.

Pegó un manotazo sobre la mesa y se recostó en su asiento, meneando la cabeza.

—¡Lo sabía! ¡Todas esas notas, el papeleo, tus huellas! Lo teníamos todo, pero nadie se acordaba... Pensé que había sido un error administrativo, pero era un error tan gordo, todo era tan meticuloso, tan perfecto... Al final lo dejamos correr, porque pensar en cómo había podido suceder resultaba más incómodo que ignorarlo, así que les dije que... ¿Cómo lo hice? ¿Cómo te atrapé?

—Te hiciste pasar por un comprador.

—Lo intenté varias veces, pero nunca...

—En Viena, sí. En Viena funcionó.

—¿Y cómo conseguiste...? —Empezó a gesticular, en busca de la palabra apropiada.

—Me dejaste sola en la sala de interrogatorios. Esperé un rato y luego exigí que me soltasen. Como el agente que estaba de servicio no se acordaba de mí, dio por hecho que era quien decía ser y me dejó marchar. Como bien has dicho, a veces resulta más incómodo afrontar algo que fingir que no existe.

—Así que te largaste de allí sin más.

—Sí.

Dejó escapar un suspiro y sonrió; era la sonrisa propia de un hombre agraviado al que por fin se le hace justicia, que ve recuperado su honor.

—¿Y las demás veces? ¿Te atrapé en Brasil o en Omán?

—No, me temo que no.

—¿Y qué hay de Hong Kong? El archivo, la información que recibí...

—Sí, eso fue cosa mía.

—¿Por qué?

La pregunta le ardía en los labios, se estremeció al pronunciarla, tantos años después, con un dictáfono entre los dos, con los dedos blanqueados de presionarlos tan fuerte sobre la mesa.

—El comprador me traicionó —respondí, encogiéndome de hombros—, intentó hacer que me mataran. Me pareció que era... lo justo, sí. También quería que vinieras a Hong Kong. Quería tenerte cerca. Me parecías un buen hombre. Sé que a estas alturas parece una tontería.

Una verdad a medias, una frase interrumpida a la mitad; no me atreví a terminarla, por miedo a todo lo que podría implicar la verdad,

la verdad sobre mí; soy Hope, soy una ladrona, soy una acosadora, soy la desconocida a la que no recuerdas haber besado.

Luca se recostó en su asiento, con los dedos aferrados al borde de la mesa, como si la estuviera escalando.

—En Hong Kong... no —se interrumpió—. Eso no viene ahora al caso. Hace un año me contactó ese hombre al que tú llamas Gauguin. Había movido algunos hilos, vio el informe de Viena y comparó las huellas que recogió en Dubái con las de tu ficha. Me dijo: «Tienes sus huellas, el informe de su arresto, atrapaste a esta mujer, pero ya no te acuerdas de ella.» Fue muy persuasivo. Entonces me puse a rememorar tus crímenes, me puse a pensar en Sao Paulo, Hong Kong, en los lugares a los que te había seguido y donde las cosas habían resultado un poco... extrañas. En Hong Kong, me desperté una noche con restos de pintalabios en el cuello. Yo no había... pero las marcas estaban allí, así que pensé... era una locura, desde luego, pero revisé las grabaciones de seguridad y... te vi. Tuve que pegar una foto tuya sobre la pantalla del ordenador para comparar tu rostro, pero lo supe, porque no conseguía acordarme de ti. Entramos juntos en el ascensor. Tú ibas cojeando, supongo que...

—Me dispararon en el muelle Hung Hom, sí. Te conté que había sido un accidente laboral.

—¿Y me lo creí?

—No creo que esperases que una ladrona se acercara a saludarte. Ya había hablado contigo en Sao Paulo, sabía que...

—¿Qué hiciste en Sao Paulo? —Incredulidad y rabia incipientes, pero logró mantenerlas bajo control, consiguió aplacar la tempestad.

—Nada. Tomamos una copa.

—¿Una copa?

Se le blanquearon los dedos de la mano que tenía sobre la mesa de tanto apretar el puño, y de repente lo levantó, como si se hubiera pinchado con algo, lo sostuvo en alto durante un instante, y llegué a pensar por unos segundos que iba a arrearme un puñetazo.

Entonces suspiró, el suspiro propio del poli que recupera el control sobre sí mismo, que se recompone, con la mandíbula tensa y los ojos achicados.

—Tomamos una copa —repetí—. Me hice pasar por una policía de la zona. Solo fue una copa.

—¿Por qué?

—Porque eras...

—¿Un buen hombre? ¿Porque te estaba investigando?

Sus palabras emergieron cargadas de desprecio, y Luca se dio cuenta, así que cerró los ojos de nuevo, y cuando los volvió a abrir estaba tranquilo, sereno, escuchando, como un buen poli en acto de servicio.

La vida siguió su curso en la cafetería, la puerta se abrió, se cerró, entró una ráfaga de aire frío del exterior. Una mujer se rio ante el mostrador, la caja registradora se cerró con un chasquido, nosotros permanecimos en silencio.

Al rato, añadí con un tono atropellado y monocorde, sorprendida de oír mi propia voz:

—A corto plazo, esos actos son tan tuyos como míos. —Luca enarcó las cejas, tensó los dedos, pero no dijo nada—. Me conociste. Hablaste conmigo. Te formaste una impresión. Tu memoria a corto plazo puede retenerme el tiempo suficiente para hacer todo eso. Emitiste un juicio. ¿Te habría caído bien si supieras quién era? Seguramente no; tienes impresiones formadas a largo plazo que la experiencia a corto plazo no puede revocar. Pero, por un instante, olvídate de eso. Conóceme ahora, por primera vez. En este momento, ¿qué es lo que ves? Créate una imagen de mí segundo a segundo, sin pasado, sin futuro, sin preocupaciones ni responsabilidades. Eso es cosa tuya, yo no lo hago por ti. Puedo posicionarme de cierta manera, puedo decir ciertas cosas, pero al final la decisión es tuya. Tú elegiste esto. En Hong Kong...

—Subimos juntos en el ascensor —me interrumpió, conteniendo esas palabras que no quería escuchar.

Me encogí de hombros, le dejé terminar.

—Y seis horas y veintiocho minutos después, te subiste al ascensor en mi planta y te bajaste en la tuya.

Silencio.

—¿Cambiaría algo si te lo dijera? —pregunté, apoyando la barbilla sobre las manos ahuecadas—. Todo lo que puedo decirte son palabras, y tú no tendrías forma de saber si son ciertas. Solo te queda creerlo, o rechazarlo, o situarte en algún punto intermedio. Depende de ti.

Luca se quedó un rato en silencio, después dijo:

—Soy un buen hombre. —Habló tan bajito que me pregunté si había llegado a decir algo. Después levantó la cabeza y repitió, un poco más alto—: Soy un buen hombre. No me olvido de la gente con la que me acuesto. Yo no soy así.

—Y aquí nos tienes ahora. ¿Por eso querías verme? ¿Para preguntarme todo esto?

—Sí.

—¿Por qué pensabas que vendría?

—Por lo de Hong Kong. Porque creo que eres una persona obsesiva y solitaria.

Me encogí de hombros.

—¿Quieres que me compadezca? Un ladrón es un ladrón.

—¿Cómo vivirías tú si estuvieras en mi pellejo? —repliqué—. Es

difícil cobrar un subsidio cuando nadie se acuerda de ti en la oficina de empleo. Cabría esperar que todo eso estuviera automatizado, pero no, hombre, no, el gobierno no puede permitirse mantener holgazanes, a los holgazanes hay que evaluarlos, entrevistarlos, catalogarlos. Es difícil conseguir que te cataloguen cuando la gente se olvida de entregar tu informe. Prueba a compartir piso con alguien, a presentarte a una entrevista de trabajo, prueba a que te trate un médico, a hacer amigos... ¿Qué habrías hecho tú?

—¿No es culpa tuya que la gente te olvide? ¿No lo has elegido tú?

Entonces fui yo la que se planteó arrearle un puñetazo. Lo pensé con frialdad, y me pareció que sería sorprendentemente fácil hacerlo.

—No. Yo no he elegido nada de esto.

—Pero sí decidiste robar Perfección.

—Sí.

—Y decidiste manipularme. Para... para...

No pudo concluir la frase. Hizo rodar la cucharilla del café entre sus dedos, primero hacia un lado, después hacia el otro. Tomó una decisión y apagó el dictáfono. Lo guardó en el bolsillo de su abrigo.

—Tú y yo nos acostamos en Hong Kong —dijo al fin.

—Sí.

—¿Y en Brasil?

—No.

—¿Y aquí?

—No.

—¿Te apetece hacerlo?

No era una invitación, solo una simple pregunta.

—¿Seguro que no quieres seguir grabando? —repuse.

Negó con la cabeza.

—No quiero recordar esto.

—Si no lo recuerdas, no significará nada.

—Significará algo para ti.

—¿Y con eso basta?

—No lo sé. Soy lo que se podría considerar un cobarde. Tú dices ser una ladrona, y lo dices como si fuera... como si fuera una parte de tu identidad. Yo digo que era un policía, un hombre de carrera. Conocían mi nombre en el ultramarinos del barrio, formaba parte del coro comunitario, aspiraba a formar una familia. Yo creía que todas esas cosas conformaban mi identidad, pero ahora no soy ninguna de ellas. Todo eso me fue arrebatado mientras te seguía. Tiraste de mis hilos y yo te seguí, perdí mi trabajo, y lo habría vuelto a hacer con tal de atraparte, te convertiste en... Encontrarte se convirtió en una parte de mi identidad, igual que todo lo demás. Eras... mi obsesión. ¿Eso te excita? ¿Eso te pone caliente? ¿Saber que te necesitaba, que necesitaba atraparte, del mismo modo que tú necesitabas a alguien

con quien echar un polvo?

Ira, cada vez más intensa, aunque su voz la disimulaba. Su rostro se tensó, se contrajo, por el esfuerzo que le suponía mantenerla a raya.

—No —respondí en voz baja—. Ya no me excita.

—Creo que soy un cobarde. Si te largaras ahora, me olvidaría de ti, y entonces podría disfrutar dejándome seducir. Sería un paréntesis agradable a corto plazo, dentro de un malestar a largo plazo. Puede que después me acabara odiando, al descubrir que mis actos no concuerdan con la clase de persona que me gusta creer que soy; pero luego lo olvidaría, y dejaría de odiarme a mí mismo. Es la opción más sencilla, ¿no crees? La solución más cobarde. El hombre al que acechabas era una ilusión. Lo creaste a partir de tu propia soledad, fabricaste a la persona que necesitabas tener en tu vida. En el fondo, es tan obvio que resulta patético. Como dice Matisse, resultarías mil veces más interesante para un científico que para un loquero. ¿Eso te horroriza? He querido apagar la grabadora para no tener que oírme decir esto, sé que me odiaría por decir estas palabras, no está bien, no es lo correcto, esta no es la clase de persona que quiero ser; pero claro, cuando estoy contigo puedo decir lo que me dé la gana y luego olvidarlo, no recordaré haberte llamado zorra, puta, niñata retorcida, criaja, fulana, ladrona. Es una sensación increíble pronunciar esas palabras en voz alta, es como... Me siento avergonzado, inquieto, excitado, y seguro que así es como te sientes tú, ¡seguro que eso es lo que se siente al ser un criminal! Joder, esto es... ¡Guarra! Zorra de mierda, espero que alguien te arranque los putos ojos. Ojalá comas cuchillas, mees fuego, recuerdes esto y te pases la noche llorando a solas, ojalá te mueras sola, ¡esto es maravilloso! Decir esto es... ¡que te jodan, a ti y a mi puta vida!

Las manos aferradas al borde de la mesa, los nudillos blanqueados, los ojos inyectados en sangre, un cúmulo de lágrimas en la parte inferior, un parpadeo para contenerlas, unas manos que no acudieron a secarlas cuando empezaron a correr por sus mejillas.

—Soy un fracasado, así que vete a tomar por culo, seas quien seas, ¡que le den a la verdad!

Se abalanzó sobre la mesa, agarrándome por el pescuezo. Cogí un tenedor por acto reflejo, dispuesta a clavárselo en el ojo, en el cuello, en cualquier punto accesible; pero Luca no apretó la mano, la dejó pegada a mi cuello, preparado para hincarme los dedos, con el cuerpo arqueado hacia delante en una postura forzada, apoyado sobre el codo izquierdo para mantener el equilibrio, llorando a moco tendido.

La gente se giró para mirarnos; alguien gritó, otro dijo que había que avisar a la policía.

Luca se quedó inmóvil, yo sujetaba el tenedor y me preguntaba si tendría que hacerle daño. Siguió derramando lágrimas y movió los

labios, pero no dijo nada, no hizo nada, hasta que finalmente, muy despacio, me soltó. Después de soltarme, se dejó caer sobre su silla, se envolvió entre sus propios brazos y siguió llorando en silencio.

Permanecimos así un rato.

Los clientes de la cafetería se nos quedaron mirando y, al ver que no hacíamos nada más, siguieron con lo suyo.

Tranquilos, un rato, salvo por las lágrimas de Luca.

Tranquilos.

Volví a dejar el tenedor encima de la mesa.

—Eres un buen hombre —dije.

Solo se oía el murmullo de las lágrimas, los jadeos entrecortados de un muñeco de trapo.

—Es curioso lo que podemos llegar a hacer cuando pensamos que nadie lo va a recordar —musité—. A veces resulta tentador golpear a un desconocido por la calle, solo por ver qué se siente. ¿Será como en las películas? O acostarte con alguien con quien no deberías hacerlo ni de coña, pero oye, un día es un día. O robar algo de una tienda. Una bolsa de patatas, una chocolatina, nada serio, nada importante, por el simple hecho de... hacerlo. Infringir las normas. Solo un poquito. Solo hoy. La mayoría de las veces, la gente se contiene. Se contiene porque creen que los van a pillar o porque tienen miedo. O porque su conciencia les susurra al oído, «Eh, si infringes esta norma estarás violando la confianza sobre la que se sustenta la sociedad.» No tienes miedo de ir a la cárcel... bueno, puede que sí, pero lo más probable es que tengas miedo de un mundo en el que cualquiera podría atacarte al pasar a su lado. O en el que no fueras dueño de tu propiedad, y lo único que importase fuera la fuerza, el poder y la voluntad de actuar. La bondad es un concepto tan impreciso como cualquier valor impuesto por el ser humano a lo largo de la historia. Bueno: correcto o apropiado. De buena calidad. Satisfactorio. Agradable. Virtuoso, encomiable. Ser un buen tipo. Luchar por una causa justa. Bueno: buenas esposas, buenas hijas, buenas amas de casa, mujeres buenas en el lugar que les corresponde. Bueno: quemar brujas. Bueno: atrapar ladrones, meter al yonqui entre rejas, inmolarte en el nombre de... quien sea. Alá o Jesús, Visnú o Jehová, cada cual tiene el suyo. Y todo el mundo, no importa quién, escucha la llamada en algún momento: «Vamos, vamos, vamos, dilo, hazlo, golpéalo, destrúyelo, ¡vamos!» Normalmente se contienen, y si no es así, más tarde se acuerdan de sus actos y se avergüenzan.

Alargué una mano hacia su abrigo y saqué el dictáfono. Lo encendí. Lo dejé sobre la mesa. Me volví a sentar. Luca se quedó mirando la grabadora, conteniendo el aliento, reprimiendo el llanto.

—Dos mandamientos —susurré—. Conócete a ti mismo y conoce a los demás. Como yo no tengo a nadie que me conozca, no tengo a

nadie que me recoja del suelo y me ayude a levantarme, que me diga lo que está bien y lo que está mal. Al no tener a nadie que me marque los límites, los tengo que definir yo, de lo contrario no soy nada, solo un... líquido que se disuelve. Conócete a ti mismo. Pero encuentra una definición libre de todas esas... todas esas cosas cotidianas que te moldean: mamá, papá, amigo, hermana, amante, trabajo, afición, empleo, hogar, viajes... Sin los límites marcados por el entorno o la sociedad, yo puedo definirme de mil maneras. Soy el aliento. Soy la compasión. Soy el mar. Soy el conocimiento. Soy la belleza. Soy la perfección. Soy... cualquier cosa. Entonces, ¿qué soy? Cuando observo el mundo, me parece algo lejano, contemplado a través de la ventanilla de un tren que circula a toda velocidad. El atisbo de un campo donde una mujer está sembrando, un niño saludando con la mano desde el andén, un hombre arreglando su coche en el arcén. Me desplazo y el mundo pasa de largo, intocable. Pero mientras observo, mientras me desplazo, acumulo recuerdos que pasan a formar parte de mí. Los demás no se acuerdan de mí, así que solo yo permanezco. Si tratas de recordarme con palabras, solo conseguirás recordar esas palabras, no a mí. Me convierto en un ser difuso. No sé cuál es mi destino, pero sigo viajando, rodeada por las historias de otras personas, absorbiéndolas, y a su manera, aunque no sean como yo, todas ellas se convierten en una parte de mí. Me dedico a... viajar. Nada más. Esa soy yo. Antes pensaba que no había bondad en el ser humano... que en el fondo solo había leyes y miedos. Pero tú eres un buen hombre, Luca Evard. Eres un buen hombre.

Dicho esto, me levanté, apagué el dictáfono, lo deslicé hacia él, dejé propina encima de la mesa y me marché.

CAPÍTULO 88

Correr.

En el fondo, no es un buen deporte. Es fatal para las rodillas. Dicen que correr es gratis, que es el deporte más barato que existe, pero comprarse unas zapatillas decentes cuesta una pasta hoy en día

los aborígenes de Australia se paseaban por ahí descalzos, a modo de rito de paso hacia la madurez, siguiendo la senda de los sueños, no necesitaban zapatillas caras

¿qué calzado llevaba puesto Filípides cuando corrió hacia Maratón?

corro desde

corro hacia

corro para ser libre

para escapar de mi mente

Luca Evard me agarra por el pescuezo, y llora, y olvida, y yo conservo por él el recuerdo de lo que hizo y me parece

bien

una etapa más de mi viaje.

Es su viaje, pero lo haré yo en su lugar, solo por esta vez. Realizaré el peregrinaje que él no tiene el coraje suficiente de acometer.

Miro hacia el otro lado de la laguna.

Cuento mis latidos

y me detengo.

Me doy cuenta de que no necesito contar. Ya no.

CAPÍTULO 89

Un monje sentado en lo alto de una columna en Indonesia.

¿Qué estás haciendo ahí arriba?, le pregunté.

Soy un hombre sentado sobre una columna, respondió. Me siento sobre la columna para estar más cerca de Dios.

¿Cómo te alimentas?

Todos los días arrojo mi cesta al suelo, mis fieles seguidores la llenan de comida, y luego me la como.

¿Y cómo cagas?

¿Te parece una pregunta apropiada?

Es simple curiosidad.

Me bajo los pantalones y cago desde el borde.

¿Y cómo duermes?

Mantengo el equilibrio con mucho cuidado y me ato. Aunque cada vez necesito dormir menos.

¿Por qué estás ahí arriba?

Ya te lo he dicho, para estar más cerca de Dios.

¿Para qué?

Para hallar una senda hacia la revelación espiritual.

¿Por qué?

Para poder ir al cielo.

Pero aquí abajo hay gente sufriendo y muriendo. Hay incendios en los bosques y crecidas en los mares, ¿por qué no les ayudas?

Eso hago. Les estoy mostrando el camino. Tú también deberías probar a vivir encima de una columna. Las posesiones materiales te atan a esta vida, que está cargada de sufrimiento. A todos nos iría mucho mejor si viviéramos en lo alto de una columna.

¿Nos iría mucho mejor si nos ayudáramos los unos a los otros a construir columnas?

¡Exacto! ¡Ya lo vas entendiendo!

¿Y qué pasa con los libros?, inquirí, ya que estaba pasando por una fase de aprendizaje. Los libros son objetos materiales. Si poseo libros, ¿significa que acabaré sufriendo?

¡Si los deseas, sí, porque te limitan!

Pero en ellos se contiene el conocimiento del mundo. ¿Quién sabe? Puede que algún día alguien escriba un libro sobre ti.

¡Espero que no! Harían mejor si se sentaran en lo alto de una columna.

Me puse a pensar en sus palabras, después añadí: Si me lanzas tu cesta, te daré algo de comida.

Nada de carne, dijo, mientras hacía descender la bolsa azul de plástico. Y tampoco bebidas con gas.

Recogí la bolsa, después alargué el brazo y corté la cuerda que la sujetaba. Entonces me marché.

¡Eh!, me gritó. ¿Qué estás haciendo?

No estoy segura, respondí. Pero creo que de aquí podría salir algo bueno.

Peregrinaje: viajar a un lugar sagrado.

Peregrino: viajero o vagabundo, un forastero en un lugar desconocido.

Cruzados: peregrinos con espadas que intentaron conquistar Oriente Medio.

Hajj : el viaje a la Meca, uno de los cinco pilares del islam. *Shahada, Salat, Zakat, Swan, Hajj* .

No está nada mal poder decir que soy una peregrina, pero, pensándolo mejor, contando los aleteos de la túnica del fiel que da vueltas alrededor de la piedra sagrada que hay en la Meca, viendo a los fans chillar en el estreno de la película, escuchando a los ancianos que se sientan en un banco junto al mar a decir cómo cambia todo, y que eso es lo que hay...

joder, ¿quién no es un puto peregrino hoy en día?

Corro, y la carrera me conduce hasta el hotel Madellena, y me parece ver a Byron por el rabillo del ojo, apeándose de un taxi acuático, pero cuando vuelvo a mirar, ya no está.

CAPÍTULO 90

Cuenta atrás para el Armagedón.

Es difícil hacer una amenaza de bomba convincente cuando la gente se olvida de ti. Mis dos primeros intentos por convencer a la policía de Venecia de que era una chiflada decidida a hacer saltar por los aires el hotel Madellena fueron en vano. Puede que la persona que atendió mi llamada olvidara los detalles en cuanto llegó corriendo para informar a su superior. O puede que recibieran más llamadas falsas de lo que pensaba. Así que, en vez de eso, escribí un mensaje perfectamente memorable. Incluí descripciones detalladas del dispositivo que estaba fabricando, y añadí: «Estoy hablando en serio, joder. Como vengan por aquí los del 206, los mataré a todos.»

No respondieron, y cuando fui a inspeccionar el hotel a la mañana siguiente, no encontré indicios de que se lo hubieran tomado en serio.

Gauguin estaba presente, por supuesto.

Un mensaje a través de la red oscura:

«Haz el favor de dejarte de tonterías. El evento se va a celebrar, te guste o no. Si aparece Byron, la atraparemos.»

Ojalá hubiera tenido tiempo de echarme a llorar.

Fotografié a las doncellas y las camareras del hotel, recorté de las revistas las fotos de la gente perfecta y maravillosa que ya estaba llegando a la ciudad. Le robé la cartera a uno de los guardias de seguridad y encontré una foto mía plastificada junto con una lista de palabras que me describían y la orden de memorizar, si no mi cara, por lo menos el acto de intentar recordarla.

En el reverso, había una foto vieja y granulada de Byron. Seguramente llevará peluca, decía la nota. Y gafas. Y puede que alguna prótesis. Y otra ropa. Y será más vieja. Si es que viene. Si no envía a algún esbirro en su lugar. Aparte de eso, será fácil localizarla, ¿no?

Me guardé la nota como recordatorio de mi objetivo y seguí con mis preparativos.

Tres pruebas para colarme en el hotel en los cuatro días anteriores a la fiesta.

Prueba 1: como posible huésped, engalanada con las mejores prendas que pude robar, equipada con los datos personales de Awele Magalhaes, extraídos de su teléfono móvil. Awele trabajaba en marketing, pero se casó con un magnate del carbón tres años antes y dejó su empleo para dedicarse a asistir a fiestas, una ocupación que

consumía todo su tiempo. Se apuntó a Perfección hacía dos años y medio, alcanzó el nivel máximo hacía cuatro meses, le encantaban los tratamientos, le encantaba cómo le hacían sentir, como si fuera... Como si fuera ella misma.

Gracias a esa nueva identidad pude pasar sin problemas, y me dediqué a explorar el hotel, envuelta en mi abrigo blanco de imitación de piel, con la cabeza alta y unos zapatos poco prácticos para correr. Había una lujosa escalera metálica en el vestíbulo principal, de la que surgían dos tramos curvos hacia la mitad, como si fueran los pétalos de un tulipán. Desembocaba en un descansillo, adornado con una imitación de un famoso cuadro de San Sebastián muerto a flechazos. Más abajo, una serie de auténticos ascensores del siglo XVII, revestidos con plata y espejos con el marco negro y dorado, que invitaban y desalentaban al mismo tiempo a contemplarse en ellos. La planta superior solo era accesible con una llave de seguridad (robada de la jefa del servicio de limpieza), el sótano conectaba con un muelle privado donde los barqueros podían amarrar sus taxis.

Subí en ascensor hasta la planta alta, y no me había dado tiempo a salir de él cuando me abordaron unos guardias de seguridad, aquí no, señorita, esta planta está reservada.

Por si colaba, exclamé:

—He venido a ver al señor Pereyra-Conroy.

No había duda de que esa era la planta reservada para Rafe y su séquito, pero ¿cómo había logrado yo acceder a ella sin una llave?

—No está aquí, señorita —replicó uno de los guardias, y yo me puse a bufar y a resoplar mientras pulsaba el botón de la planta de abajo. Mientras se cerraban las puertas, apenas tuvieron tiempo de sentirse desconcertados antes de que empezaran a olvidar.

El piso de abajo estaba decorado con más moquetas negras, puertas plateadas, la cálida brisa de la calefacción en contraste con el frío húmedo del exterior, cables extendidos por techos y suelos, recién instalados. Me asomé sin remilgos a todas las puertas que estaban abiertas, tomé nota de las cámaras de vigilancia y los hombres de negro, de las mujeres con trípodes y libretas, de las habitaciones que estaban iluminando con focos de luz blanca para las entrevistas con los famosos, las celebridades, los ricos y los fabulosos. ¿Qué se siente al ser perfecto? ¡Jolín, es la sensación más chula del mundo!

Una sala de fiestas, en preparación. Un techo bajo que rápidamente se elevaba desde la puerta principal hacia una cúpula de acero y cristal, una ampliación victoriana sobre un edificio más antiguo, con arcos negros de acero incrustados en las paredes, como si alguien hubiera querido construir un invernadero y a mitad de la obra hubiera decidido edificar una iglesia en su lugar. Era difícil verle el glamur a una panda de personas pegando cortinas de terciopelo con

cinta americana y martilleando plataformas de acero para la banda de música. Herramientas desperdigadas por el suelo, cables extendidos por el techo; pero en unos cuantos días todo acabaría siendo debidamente

perfecto

para sus invitados

Perfecto: sin tacha.

Un guardia de seguridad me vio y tuvo la agudeza de meterse la mano en el bolsillo en el que guardaba una foto mía plastificada, así que me di la vuelta y me fui corriendo, bajé por las escaleras con forma de tulipán y pasé junto a los huéspedes recién llegados, rumbo a las calles de Venecia con mis ridículos zapatos, como una bola de nieve embutida en un vestido robado.

Prueba 2: como técnico. Un disfraz mucho más sencillo. Vaqueros negros, camiseta negra, cinturón de piel para llevar herramientas, un rollo de cinta americana. Acceso: universal. Seguridad: poco interés en mí. Exploré el hotel de arriba abajo, por los pasillos de suministro y por detrás de las escaleras. Saqué fotos de las principales válvulas de alimentación y servidores de red, robé unas cuantas llaves más, birlé un par de móviles, deambulé sin que me molestaran durante casi dos horas, hasta que, saciada al fin de información, guardé la mercancía en una bolsa de plástico y salí de allí por la puerta de servicio.

Un pensamiento: si a mí me ha resultado tan fácil, ¿qué no podrá hacer Byron?

Prueba 3: solo quedaba un día, y cuando entré al hotel con mi uniforme azul de limpiadora me pareció ver... pero no, serían imaginaciones mías, Byron no podría pasar desapercibida mucho tiempo, ni ante mí ni ante los hombres de Gauguin. Era buena, pero no tanto. La mente es un instrumento demasiado falible como para guiarse por ella, y al mismo tiempo posee una complejidad abrumadora si tenemos en cuenta la cantidad de palabras y significados que *¡céntrate!*

pasé cuarenta minutos disfrazada de limpiadora hasta que alguien que debía de estar sobre aviso me vio, y al no reconocerme, gritó:

—¡Eh! ¿Quién narices eres tú?

Lo bueno del uniforme de limpiadora: las zapatillas son geniales para correr. En cambio, el otro era el típico encargado, con sus aparatosos zapatos de piel y sus cordones negros bien apretados. No me costó nada dejarlo atrás.

CAPÍTULO 91

Y aquí estamos.

En el final del camino.

O en el comienzo, según se mire.

Hin und zurück . Ida y vuelta.

El tren llega al final del trayecto, me apeo, y puede que algún día me vuelva a montar en él, de regreso a casa, y el viaje será distinto e idéntico al mismo tiempo, igual que yo.

Cayó la noche en Venecia. Opté por un punto medio al disfrazarme, con un vestido de fiesta negro, elegante, pero no demasiado vistoso. Le metí unos somníferos en la copa a una fotógrafa que parecía simpática, le robé las cámaras y la acreditación y me subí a un autobús acuático rumbo a una fiesta.

Cosas que resultan ridículas incluso en los eventos menos ridículos:

- Ceguera selectiva. Los invitados a una gran fiesta no deben fijarse en los miembros del servicio que los rodean. Camareros y camareras, guardias de seguridad, gerentes, cocineros, músicos, técnicos... Todos se funden con el entorno. Es tu noche, los protagonistas sois tus amigos y tú, así que es mejor ignorar las miradas entrometidas de esos extraños, de esa gente que no pertenece a tu mundo.
- Canapés. Ridículos. Mango de Sri Lanka, caviar ruso, hojas de plátano traídas desde Kerala, arroz thai, salmón noruego, vino australiano, calamares chinos. Se había alzado un pequeño imperio, que acabará cayendo, en nombre de un trozo de comida no más grande que el círculo que se forma al juntar las yemas de los dedos índice y pulgar, a 17 dólares el bocado.
- Música. Ni demasiado buena, ni demasiado mala. Mozart es complicado, Beethoven un pelín más apasionado de la cuenta. Los rusos tienen buenas melodías, pero a veces remueven demasiadas emociones, y los británicos tienden al dramatismo. Algo a medio camino. Algo que todos podamos admirar, pero que no importune a nadie, porque la belleza radica en escuchar, en la creciente complejidad, en el desarrollo de una historia, y en una fiesta nadie tiene tiempo para eso.
- Discursos. «Bienvenidos, es un honor que hayáis podido asistir a [x]. Estaba hablando con [nombre] sobre lo que se esperaba de mí esta noche, y me dijo que [incluir chiste]. Ya en serio, esta velada está dedicada a [tema], y a vosotros, por supuesto, y

para celebrarlo tenemos preparada una fabulosa serie de actividades, incluyendo [x], [y], sin olvidarnos de [z].»

Ojalá pudiera olvidar los discursos tan rápido como ellos me olvidan a mí.

- Fuentes de champán: qué ganas de malgastar la priva.
- Esculturas de hielo, derritiéndose suavemente sobre cuencos de piedra.
- Tocados: en el siglo XVIII, ¿cuántas mujeres murieron cuando sus enormes pelucas se prendían fuego con la cera llameante de las lámparas de araña? Hoy en día, las únicas amenazas para tales extravagancias capilares eran las puertas bajas, el interior de los coches y la imposibilidad de asentir con la cabeza.

Clic, clic, saca la foto, ¿me estás mirando? Quédate quieta y sonríe, dientes radiantes, sonreír duele, eres tu sonrisa y clic una foto preciosa, gracias, muchas gracias...

Llegó una estrella del cine que había firmado un patrocinio con un joyero de Estados Unidos. Valor de los diamantes que llevaba alrededor del cuello: aproximadamente 7,5 millones de dólares. En los viejos tiempos, eso es lo que habría captado mi atención, pero esa vez no. Esa noche no.

Me di la vuelta para sacar fotos, clic, clic, estás preciosa, querida. Había cámaras de vigilancia por todas partes, pero haría falta buscarme bien para encontrarme, haría falta recordar lo que estabas buscando, saber cómo mirar. Otra foto, otro giro, ¿ese no salía en no sé dónde?, ¿esa no salía en no sé qué película?, y entonces llegó Rafe, aplausos ante la puerta, Rafe, estás genial (clic clic) cuéntanos tu secreto (clic clic), y él se dio la vuelta para estrechar las manos de la gente perfecta que lo rodeaba y dijo:

—El secreto es no perder la fe en uno mismo.

Yo sí la he perdido, pienso, clic clic, giro giro. Avancé, retrocedí, crucé el desierto y me quedé con ganas de más, me planté ante las vías del tren y descubrí que me daban miedo los trenes, me daba miedo viajar, pero viajé igualmente, lo dejé todo atrás, lo perdí todo, hasta que solo quedé yo.

Rafe, ¿qué llevas puesto? Gucci. ¡Ah, claro! Gucci, cómo no, ¿y el reloj es de...?

Gauguin iba detrás. Sus ojos se posaron sobre mí un instante, y al momento, se metió la mano en el bolsillo. Pobre Gauguin, ¿ahora te preocupan tus propias reacciones? Ves a una mujer entre la multitud y piensas: «¿Será ella?» Seguro que la ansiedad le estaba matando. Pero

llevaba una foto mía encima, así que me di la vuelta, me dejé engullir por la gente; olvidaréis haberme visto, pero os comeréis la cabeza con ello, llevas una foto mía en la mano, ¿la has sacado por mí? Seguramente. Pero no te va a servir de mucho.

¿Dónde está Byron?

Giro, clic clic. Ni rastro de Luca, ni rastro de Byron.

¿Dónde está?

Llegaron los del 206, la élite de la élite, doscientas seis personas en total, los más guapos de entre los guapos, clic clic, la mujer cuya piel reluce como el oro («Fui a hacerme un tratamiento facial... el médico me abrasó... ¿quién iba a pensar que...?»), el tipo de la sonrisa resplandeciente (blanqueamiento dental: aplicar peróxido de carbamida, se descompone dentro de la boca y forma peróxido de hidrógeno —que se emplea para teñir el pelo— y urea —que se suele excretar a través de la orina—. En los viejos tiempos la gente adinerada se frotaba los dientes con carbón para crear la impresión de que los tenían podridos, demostrando así que podían permitirse alimentos tan caros como el azúcar)

clic clic

soy el conocimiento

soy yo

clic clic

el mundo gira y yo estoy quieta

Miré hacia arriba, ahí estaba, la anatomía de una sala de fiestas, ¡adelante! A la izquierda, en el primer anfiteatro, fotógrafos y cámaras entrevistando a los selectos miembros del 206; en ese momento había un hombre, un golfista, me parece, con una muñeca flexionada sobre la otra para que se pudiera ver mejor su reloj (patrocinio, nada ostentoso, ¡y además sirve para decir la hora!).

En el medio, en el segundo anfiteatro, un calentamiento acrobático, un cuarteto de cuerda con mucho swing, aunque el jazz vendría luego, cuando bailasen, ya que todos los miembros del 206 saben bailar.

A la derecha, separada por unas cortinas rojas, estaba la zona de control. La recordaba de mi Prueba 2, era una sala con amplificadores y atenuadores de luz, cables y enchufes eléctricos. No era muy propio del siglo XVII tener tomas trifásicas de 63 amperios en las vetustas paredes, y tampoco encajaba demasiado con la estética veneciana, así que había que esconderlo, apagar las luces; alcé mi cámara para ocultar mi rostro y

clic

me pareció que la cortina se sacudía.

Si yo estuviera en el lugar de Byron, ¿cómo lo haría? ¿Cómo me las arreglaría para entrar?

No por primera vez, sentí una gran admiración hacia ella, por su condición de espía excepcional y memorable.

Me di la vuelta para marcharme, siguiendo mis instintos, mis instintos de profesional experimentada

y entonces vi a Filipa.

Cómo no.

Plantada junto a la puerta.

Alguien le recogió el abrigo, ella sonrió, y de inmediato

fue fácil percibir

que había algo extraño en esa sonrisa.

¿Filipa? Mi voz. No, no era mi voz. Mi voz es firme y segura. Aquella era una voz más débil, propia de una niña. ¿Filipa?

Me miró desde el segundo escalón de la escalera de piedra que conducía al salón, mientras los bellos y los poderosos circulaban a su alrededor, y sonrió. Fue una sonrisa radiante y amistosa, que dejó al descubierto unos dientes inmaculados. Me dijo:

—Lo siento mucho, creo que no nos han...

Dejó la frase a medias. Le sonaba que pudiéramos habernos visto antes, pero... Tal vez, si le recordaba mi nombre...

—Me llamo Hope —dije—. Me regalaste tu brazalete...

Le miré la muñeca, pero la cinta de Möbius había desaparecido, reemplazada por una especie de pulsera de oro blanco salpicada de rubíes.

—¡Pues claro! ¡Hope! Lo siento, qué tonta soy, ¡me alegro de verte!

Bajó los escalones, me cogió del brazo, me llevó con ella y exclamó:

—Con tantas cámaras, te había confundido con otra persona. ¿Qué tal todo?

Lo dijo con una voz aguda y agradable, como una flauta interpretando una melodía amorosa.

—Estoy bien. Estoy... ¿qué haces aquí?

—¿Por qué no iba a venir? Es el gran evento de mi hermano, y no solo eso, es una velada importantísima, ¿no te parece? Es una oportunidad estupenda para hablar de nuestras aspiraciones, para dejar huella. Estoy muy orgullosa de todo lo que hemos conseguido, pero siempre queda trabajo por hacer.

Sus pasos nos condujeron hasta el centro del salón, hacia la fuente de champán, donde unas finas nubes de vapor emergían de la escultura de hielo, una representación de Afrodita aferrándose con anhelo al cuello de Ares, que iba armado con una lanza. Se le estaban empezando a derretir la nariz y los brazos, al estilo de... de alguien...

—Filipa —dije, agarrándola con fuerza del brazo—. Byron está

aquí.

Filipa levantó la cabeza rápidamente, sin perder la sonrisa, me sostuvo la mirada durante un instante, y, después, exclamó alegremente:

—¿En persona o en espíritu?

Una broma. Estaba haciendo una broma.

La agarré con más fuerza, hasta que me empezaron a doler los dedos. Filipa frunció el ceño, se revolvió para tratar de soltarse, pero yo la sujeté aún más fuerte y le espeté:

—¿Qué te han hecho?

—¿A mí? —respondió—. ¡Nada! ¿Te importaría soltarme? Me estás haciendo daño en el brazo.

—Filipa, ¿quién soy?

—Ya me lo has dicho, eres Hope.

—¿Y cuándo nos vimos por última vez?

—Pues... verás, es que conozco a tanta gente que...

—En Nimes, en el hospital, con toda esa gente postrada en las camas, Perfección, los tratamientos...

—Ah, sí, eso ya está todo resuelto.

Le apreté tanto el brazo que soltó un gritito ahogado mientras le hincaba los dedos en la piel.

—¿Qué cojones te han hecho?

Ya conocía la respuesta.

—¡Que me sueltes!

Consiguió liberar el brazo, retrocedió, estábamos montando una escena, la gente se dio la vuelta para mirarnos, los guardias de seguridad se dieron la vuelta para mirarnos, no podía permitirlo, tenía que largarme de allí, ¡mierda mierda mierda!

Sujeté las cámaras sobre mi pecho y eché a correr.

¿Y luego qué?

¿Encerrada en el lavabo de mujeres para llorar?

Cuando estás solo, es difícil tener un poco de perspectiva emocional. Como si fueras un niño pequeño, todos los cortes son profundos, todas las heridas sangran desde el mismísimo núcleo de tu corazón. Caerme no me ha enseñado a levantarme. La sociedad nunca me ha enseñado a esconderme.

A la mierda.

Se acabaron los llantos, joder.

Se acabaron las cuentas, ¡me puse de pie!

Me puse de pie, con mis botas negras, y me dediqué a recorrer el hotel. Soy la justicia, soy la venganza, que le jodan al mundo si cree que puede hacerme esto, que te jodan a ti si crees que no sé cómo contraatacar, si crees que me voy a achantar; mi padre miraba a los

asesinos a los ojos, mi hermana les rebanaría la puta cabeza a los malvados con una espada láser, y yo

¡Eh, Macarena!

Voy a sacar todo mi potencial.

¡Ahora!

Subí las escaleras que conducían a la sala de control, pasé por debajo del cordón rojo que se interpuso en mi camino. No había guardias de seguridad en esa zona. Cosa rara, porque sí los había un par de días antes, cuando me hice pasar por un técnico; pero ya no estaban, habían abandonado la zona, me pregunté por qué (en realidad no), llegué hasta una puerta de madera, construida para individuos más bajitos de una época remota. La cerradura era vieja, demasiado engorrosa como para forzarla, aunque logré abrirla con un cuchillo de cocina y entré.

Un balcón, tan grande como mi habitación de cuando era pequeña. Techo bajo de piedra, un rastro de ladrillos rojos antiquísimos, instalados por algún tipo con sandalias de paja y sombrero de ala flexible allá por los tiempos de la viruela. Una cortina roja que lo separaba del salón de baile, una estrecha abertura en el medio, desde donde podías asomarte para ver a la gente guapa con sus vidas perfectas, para maravillarte viendo cómo bailaban, bailaban, bailaban.

Llevaba un espray de pimienta en la funda de la cámara, que el guardia de seguridad había confundido con un carrete (qué estupidez; ¡estamos en la era digital, idiota!). Miré en derredor, pero Byron no estaba allí, obviamente. Gauguin estaba alertado de su llegada, la seguridad era férrea (aunque yo había logrado entrar), Byron no podría pasar de la puerta (aunque ahí estaba yo, y los de seguridad no aparecían por ningún lado), seguramente ya la habrían capturado (¡eh, Macarena!) y

empecé a relajarme.

Hice un inventario rápido de la sala.

Amplificadores, monitores cambiantes que mostraban el pico de sonido que se emitía a través del sistema desde el cuarteto de cuerda

paneles de radio, de momento sin sonido, para cuando comenzara el discurso

descuido: paneles también para el sistema de radio de los guardias de seguridad, deberían estar vigilados, pero curiosamente no era así

atenuadores y cables, clavijas gruesas y rojas, rollizos tramos de cobre embutidos en tubos negros, todo iba bien, todo iba bien, había

dos fotos, pegadas a la pared

estaba tan ansiosa por que todo fuera bien, que estuve a punto de pasarlas por alto.

Una mujer, con la cabeza gacha y girada hacia un lado, como si la hubieran sorprendido mintiendo. El sol asomaba por detrás de ella, cubriendo su cabello negro y rizado con unas telarañas rojizas. En la otra, miraba directamente a la cámara, pero sin detectar su presencia, con la atención puesta en otra cosa, y vi que se trataba de San Francisco, reconocí el cibercafé que había al fondo... ¿Byron me había seguido, o la foto provenía de otra época, en la que aún me fiaba de ella?

Una mujer, dormida en una silla. Al menos, probablemente dormida; con un poco de suerte lo estaría. Un par de electrodos alojados en el cráneo, unos visores colgados del cuello, listos para ser utilizados. Un sensor pegado a la lengua, con aspecto de muerta, cuánta tecnología y yo no me acordaba de ella

¡Eh, Macarena!

tal vez había decidido no recordarla

esa mujer era yo.

Y debajo de las fotos, mensajes; escritos en notas adhesivas con una letra que me resultaba familiar.

ELLA ES REAL
ELLA ES _PORQUÉ
ELLA VA A VENIR

Algo se movió por detrás de mí, me di la vuelta de inmediato, empuñando el espray de pimienta, y las cámaras se balancearon alrededor de mi cuello, rebotando dolorosamente contra mi vientre.

El cuchillo impactó contra una cámara, pero continuó su trayectoria gracias al impulso que le había insuflado la mujer que lo empuñaba. Cuando se adentró entre las costillas flotantes de mi costado derecho, me pareció que era gigantesco. La mujer me sujetó cuando empecé a caer, pasándome una mano por la espalda, mientras que con la otra seguía sujetando el cuchillo que me había alojado en el cuerpo.

—¿Eres tú? —preguntó—. ¿Eres tú?

No salió tanta sangre como esperaba —aún no—, no mientras tuviera clavado el cuchillo, que actuaba a modo de tapón. Miré a Byron a la cara y comprobé que, en materia de disfraces, había elegido una opción muy diferente a la mía. Se había rapado la cabeza, se había puesto una boina y por debajo una peluca negra. Llevaba puesto un vestido gris de cuello alto, que iba envuelto en un chal negro sujeto por un broche con forma de mariposa. Llevaba un pase de seguridad colgado del cuello donde ponía que era periodista, junto con un larguísimo nombre italiano que se tornó borroso cuando traté de leerlo. Llevaba una pulsera verde que le permitía acceder a cualquier zona, y se había pegado una prótesis de látex al puente de la nariz,

para convertirla en una aguileña nariz romana. Me habría echado a reír si no estuviera perdiendo tanta sangre. Byron se metió una mano en la boca y extrajo dos trocitos de algodón, devolviendo sus carrillos a sus dimensiones naturales, los tiró, me volvió a coger de la mano con fuerza e inspeccionó la zona del pecho donde me había clavado el cuchillo.

—Eres tú —susurró, pero yo no pude responder. Byron se quitó el chal y lo utilizó para cubrir la herida, presionando con fuerza, aunque llegados a ese punto yo ya ni siquiera podía procesar el dolor—. Me preguntaba si vendrías.

Intenté hablar.

No logré decir nada. Solo pude emitir unos ruiditos guturales, como los de un motor que intenta arrancar, aunque le falta aceite, porque tiene un conducto roto en alguna parte y está dejando una mancha muy fea sobre el asfalto. Alguien tendría que limpiarlo.

—Escóndete —dijo—, no llames la atención. Esto acabará pronto.

Me acarició el rostro con la mano derecha, manchada con mi sangre. Un gesto maternal. Cariñoso, quizá. De aprecio.

Pero Byron tenía asuntos que atender. Grité para avisar a Gauguin (no proferí ningún sonido), grité para avisar a Luca (no me oyó), grité para que parase, para que parase de una vez, por el amor de Dios. Pero Byron no se paró, y yo no emití sonido alguno.

Byron me dio la espalda. Se acercó a una pequeña mesa de mezclas, repleta de controles y canales, de botones y diales, con un micrófono enchufado para anuncios y emergencias. Lo encendió. Bajó el volumen de la música, aunque el runrún de las conversaciones en el salón de baile no se acalló. Se aclaró la garganta.

Y las viudas de Asur con gran voz se lamentan y el templo de Baal ve quebrarse sus ídolos,y el poder del Gentil, que no abatió la espada,al mirarle el Señor se fundió como nieve.

Dicho esto, volvió a soltar el micrófono. Yo me había puesto a temblar cuando comenzó a recitar, y se asentó un silencio ensordecedor en el salón de baile mientras comenzaba la matanza.

CAPÍTULO 92

Al principio, esperaba haberme equivocado, esperaba que Byron no viniera a Venecia.

Qué ilusa.

¿Cómo detienes a un demente por la calle?

¿Cómo contienes a un lobo solitario?

Byron recitó un poema y el mundo se volvió loco. Después, presionó el chal sobre mi herida y susurró:

—Te encontraré.

Luego desapareció.

Me estaba desangrando.

(Muriendo.)

Datos y cifras, para pasar el rato.

Se dice que, entre los alumnos de instituto de Estados Unidos, a casi uno de cada cinco chicos, y a una de cada once chicas, se les diagnosticó un trastorno por déficit de atención: 6,5 millones de niños

de los cuales, 3,5 millones fueron medicados

(Se oyó un grito de fondo, que no tardó en acallarse)

Los cienciólogos dijeron de los psiquiatras: «[provocaron] extorsiones, asesinatos y caos».

Extracto del informe Anderson, realizado por el Estado de Victoria sobre la Iglesia de la Cienciología: «La cienciología es maligna, y su existencia supone una grave amenaza para la comunidad a nivel médico, social y moral.»

(La sangre se extendía hacia el borde del balcón. Curioso, implicaba que el suelo estaba en pendiente, porque fluía y no se acumulaba. ¿Se estaría hundiendo?)

Consumo de oxígeno en el cuerpo: hígado, 20,4 por ciento; cerebro, 18,4 por ciento; corazón, 11,6 por ciento.

Funciones del hígado: descomposición de insulina, descomposición de toxinas, conversión del amoníaco en urea, regulación de la coagulación sanguínea, procesamiento de proteínas, procesamiento de lípidos, síntesis de aminoácidos, regulación de plaquetas, producción de factores de crecimiento, almacenaje de vitaminas, producción de albúmina, producción de... producción de...

(Se oyó un golpetazo, la música paró, también las conversaciones, pero habría esperado algo más, la verdad)

Diabetes: los gurús de la medicina sospechaban de su existencia desde mucho antes de su identificación y descubrimiento formal, desde Galeno hasta Avicena. En 1910, Sir Edward Albert Sharpey-Schafer aísla la insulina

(Me arrastré. Muy despacio, impulsando un dedo tras otro hacia el balcón, ignora el dolor, ignora el cuchillo, no toques el cuchillo, el cuchillo es lo que te mantiene con vida, el que evita que la sangre se derrame por todas partes. Me seguí arrastrando)

Elliott Joslin publica los primeros artículos sobre su tratamiento

pero no lo hizo antes de que se realizaran algunos experimentos peculiares con perros

extraer el páncreas, observar los efectos

qué perros viven

qué perros mueren

cómo

por qué

(Me seguí arrastrando, dejando un rastro de sangre a mi paso, con la ropa pegada a la espalda, todo estaba en silencio, demasiado, incluso los llantos habían remitido)

Frederick Banting, Charles Best, J. J. R. Macleod, James Collip, purificación de insulina para su uso en humanos, solo dos de ellos recibieron el premio Nobel, debieron de agarrarse un buen cabreo en la oficina

(Me seguí arrastrando, traté de levantar el brazo izquierdo, pero no, sentí un hormigueo, se me desorbitaron los ojos, sentí un dolor agónico por todo el cuerpo. Levantar el brazo izquierdo implicaba mover unos músculos alrededor del cuchillo, mover esos músculos alrededor del cuchillo suponía mi muerte, y yo era consciente de ello, iba a morir en ese lugar con un cuchillo alojado en el pecho y un dolor que no paraba que no paraba que no paraba)

Las tres causas principales de muerte como consecuencia de una herida abierta: conmoción, dolor, pérdida de sangre

(¡Concéntrate!)

Conmoción: baja perfusión sanguínea en los tejidos. Piel fría y pegajosa, frecuencia cardíaca elevada, palidez, confusión, pérdida de consciencia, para un diagnóstico más preciso conviene medir la frecuencia cardíaca dividida por la presión... la presión sistólica

levantar las piernas

(No podía)

es fundamental que la poca sangre que fluya se dirija hacia los órganos principales, paro cardíaco, paro respiratorio

(Mi mano derecha alcanzó la cortina, tiré de ella)

Conmoción: hidrocución, por ejemplo, tras caer al agua helada. Vasoconstricción provocada por el frío extremo. El corazón tiene que trabajar más para bombear sangre. Acaba fallando.

(Alargué la mano, pero no logré moverla lo suficiente como para ver lo que había al otro lado. Tiré más fuerte chillé no hice ningún ruido tirar fuerte un chillido en mis ojos mis ojos están chillando mi

mano mi voz también chillan)

la cortina cayó.

Me quedé enrollada por debajo de ella unos instantes. La cortina cayó, y yo giré lentamente la cabeza para asomarme entre las balaustradas del balcón.

Estaba dolorida, pero daba igual.

Conmoción: desorden de estrés agudo. Entumecimiento, amnesia, disociación, despersonalización, enmudecimiento.

Soy testigo de todos esos sucesos.

Soy mis ojos, que chillan.

Soy testigo de:

Una mujer, con un vestido dorado, agachada sobre el cuerpo de su pareja de baile, clavándole la base de su copa de champán a fondo en el cuello. El tipo ya estaba muerto, pero la mujer estaba fascinada con ese amasijo de sangre y cristal, con el fulgor de las gotas de color rubí que le salpicaban la piel. Complementaban su vestido, alguien podría crear un diseño basado en ese instante.

Un hombre, con el esmoquin manchado de rojo y un cuchillo de caviar alojado en la pierna que no le molestaba. Iba arrastrando por el cuello a otro hombre. Llegó hasta la puerta y se quedó confuso, soltó al tipo que llevaba agarrado, ya muerto, y siguió desconcertado, hasta que acabó volviendo por donde había venido, pasando por encima de la camarera que yacía junto a la puerta, con los ojos arrancados, y se fue a ver si alcanzaba la iluminación en otra parte.

Iluminación: el estado espiritual definitivo, ausencia de sufrimiento o deseo.

Una mujer, acuclillada al lado de un hombre cuya cabeza pendía de un hilo. Tenía la boca manchada de sangre, también los dientes, pero ya se había quedado satisfecha, así que se limitaba a balancearse hacia delante y hacia atrás. Creo que la había visto en alguna película, puede que interpretando a una esposa desdichada en un melodrama sobre los barrios periféricos de Norteamérica

(mi sangre comenzó a derramarse por el borde del balcón)

(nadie se daría cuenta)

Un hombre al que le habían arrancado de cuajo una oreja —aunque ese no era su mayor problema— se golpeaba la cabeza suavemente contra la pared

se balanceaba sobre las plantas de los pies

hacia detrás

hacia delante

pum

hacia detrás

hacia delante

pum

Una mujer más hermosa que la luna, desconcertada, vio todas esas muertes, vio a un tipo que le sonaba de algo, empalado en la escultura de hielo medio derretida que había en el centro del salón. Murió allí después de ahogar a un hombre entre cubitos de hielo, y ahora su víctima yacía por debajo de él, boca abajo, conservada en champán. La mujer se levantó. Atravesó la sala. Cogió la bufanda blanca de seda que llevaba el tipo de la escultura de hielo, después se dirigió hacia el otro lado, buscando una manera de ahorcarse junto a las otras tres o cuatro personas que habían elegido esa alternativa.

Una chica estrangulada con un collar de perlas.

Un hombre, con su pluma de oro clavada en la espina dorsal.

No se oyeron demasiados gritos. Cuando los miembros del 206 comenzaron a masacrarse entre ellos al compás de la voz de Byron, estaban tan ocupados matando que no les importó demasiado que los mataran a su vez. Fueron solo los imperfectos, los técnicos y los camareros, los fotógrafos y los periodistas, los que chillaron mientras morían.

Rafe Pereyra-Conroy murió chillando, creo, aporreado con su propio micrófono justo cuando iba a pronunciar su discurso. ¿Quién habría imaginado que un objeto tan pequeño podría romper tantos huesos?

Su asesina estaba sentada ahora detrás de él, con las piernas cruzadas, mordiéndose las uñas.

Los ojos de Filipa recorrieron la estancia, se toparon con los míos, pero no parecieron verme. No parecían capaces de ver ya gran cosa.

Las cámaras de los paparazzi siguieron filmando. YouTube aguardaba.

Fui testigo de todo aquello.

Cerré los ojos.

CAPÍTULO 93

Tuve frío durante un rato, ahora estoy calentita.

Me da la impresión de que eso no es una buena señal, pero ¿a quién coño le importa?

Palabras surgidas de... alguna parte.

Kafka, Franz, 1883-1924, un autor desconocido en vida, famoso después de su muerte. «Una de las primeras señales del principio del entendimiento es el deseo de morir.»

Otra ocurrencia graciosísima: «La máxima por la que me guío es esta: nunca hay que dudar del sentimiento de culpa.»

Y otra más: «La juventud es feliz porque tiene la capacidad de ver la belleza. Cualquier persona que mantenga la capacidad de ver la belleza, jamás envejece.»

1924 fue un año bisiesto.

Lenin muere.

El imperio otomano cede ante los turcos.

El Acta de Inmigración de Estados Unidos allana el camino para la discriminación racial contra las comunidades asiáticas, y más tarde será citada por los japoneses como prueba del imperialismo colonial norteamericano.

Nellie Taylor Rose se convierte en la primera mujer elegida como gobernadora en Estados Unidos.

Edwin Hubble afirma que Andrómeda, hasta entonces considerada una nebulosa, es en realidad una galaxia, y que la Vía Láctea solo es uno de los miles de millones de galaxias que pululan por el universo.

Hay aproximadamente ochenta y seis mil millones de neuronas en el cerebro humano. Hay aproximadamente trescientos mil millones de estrellas en la Vía Láctea. Hay aproximadamente doscientos mil millones de galaxias en el universo, de manera que el concepto de infinito no resulta demasiado útil. Hay aproximadamente 7x1027 átomos en el cuerpo humano.

Estoy...

aquí.

Ajedrez: al cabo de tres movimientos sobre el tablero, hay más de nueve millones de posiciones diferentes que se pueden alcanzar durante la partida. En una partida de cuarenta movimientos, hay más posiciones posibles que electrones en el universo observable.

Estoy

despierta.

Mis ojos.

Lentamente.

Ya no se oyen más gritos.

Los gritos se metieron en mi mente, pero da igual, hay sitio de sobra, y si se vuelven demasiado estridentes, los puedo aplastar con el peso de un montón de conocimientos. Soy el conocimiento, ¿sabes? He descubierto que resulta menos dañino que muchas de las demás cosas en las que me podría convertir.

Mis ojos están tranquilos y yo también.

Los abro y veo.

Un hospital.

Eso no me lo esperaba, la verdad.

Todos los hospitales parecen iguales.

Camas separadas por cortinas azules. Una mesilla plegable a mi lado, con una jarra de agua y un vaso de plástico. Un gotero con una mezcla de líquidos que se deslizaban por la vía que tenía alojada en la mano izquierda, el tubito transparente se introducía a través de mi bata de hospital. En la cama situada enfrente de la mía había una anciana despierta y enfurruñada, recostada de lado, con los pies asomando por debajo de las ceñidas medias para la trombosis que comprimían su carne pálida y cubierta de manchitas. Me costó visualizar su rostro, con sus carrillos y sus cejas oscuras, gruesas y fruncidas. Tenía cara de pocos amigos, aunque quizá no esté siendo justa con ella. Puede que todo el mundo tuviera la misma cara en ese lugar, con esa luz grisácea que entraba por la ventana situada a los pies de la cama. Puede que los médicos fueran antipáticos.

Un televisor encendido a mi lado. Un *reality* italiano, algo sobre seducir a un hombre adinerado, una isla paradisíaca, una cena desastrosa... da igual. Me puse a esperar un rato.

Normalmente, tras un despertar así, los médicos entran y te dicen, «¿Qué tal estás, te duele mucho, recuerdas cómo me llamo?», a lo que yo respondía: no, no puedo, ay, cielos, ¿en qué año estamos quién soy quién soy quién soy...?

Pero no pasó nada de eso.

Vino una enfermera, vio que estaba despierta, sonrió, y creo que dio por hecho que llevaba un rato consciente, que ya se habría acercado alguien a saludarme. Yo también sonreí. La enfermera me olvidó en cuanto se fue, pero daba igual, había muchos pacientes en esa ala, era fácil olvidarse. El milagro fue que no me dejaran olvidada en la ambulancia, era extraordinario que hubiera llegado hasta esa habitación.

Esperé un rato más.

Es fácil que se olviden de ti en el sistema médico, con consecuencias fatales, pero da igual, existen registros, objetivos

sanitarios establecidos por el gobierno (¿los tendrían también en Italia?), ningún paciente se quedaba en urgencias durante más de cuatro horas, la maquinaria debía seguir rodando rodando rodando.

La mujer que tenía enfrente se tumbó del otro lado. Se había olvidado de mi presencia, pero no se inmutó al verme. Llegué a la conclusión de que, en su tiempo libre, se dedicaba a gritar a los niños. Son demasiado ruidosos. Siempre están felices y sonrientes, corriendo de un lado a otro, y lo mejor para ellos es que aplastemos sus sueños cuanto antes.

Llegó un médico, seguido de tres residentes.

¿Cómo te sientes?, me preguntó, con las manos en los bolsillos, relajado, frunciendo ligeramente el ceño mientras trataba de determinar si me había visto antes. Ese tipo había visto a decenas de miles de pacientes a lo largo de su carrera, y se había olvidado de la mayoría, pero todos creían que se acordaba de sus nombres y que se preocupaba profundamente por su estado. Así de bueno era. Según su placa se llamaba Dino, pero me costó creerlo.

He estado mejor, admití. Creo que me han apuñalado.

¡Ah! ¡Sí, claro, la masacre del hotel! El médico sonrió, los residentes retrocedieron, alarmados de repente por estar tan cerca de mí. Vale, sí, me habían apuñalado, pero ¿no existía el riesgo de que yo también hubiera apuñalado a alguien?

Bien, echemos un vistazo... podría ser peor, podría ser peor, el vendaje está limpio, tiene buena pinta, no llegó al pulmón, bien, te administraremos antibióticos, por supuesto, pronto vendrá una enfermera a comprobar tus vitales

(la enfermera no vino)

no pone su nombre, susurró un residente

El doctor Dino se sintió aliviado. No había olvidado mi nombre, lo que pasa es que nadie se lo había dicho, quizá no tuviera que someterse a una dieta con aceite de pescado para fortalecer la mente.

¿Cómo te llamas?

Faye, improvisé. Faye Cavarero. ¿Dónde estoy?

Estás en el Ospedale dell'Angelo, en Mestre. El Paolo estaba saturado por la magnitud de la tragedia, y los servicios de emergencia pudieron contener tu hemorragia en el lugar de los hechos, así que te trasladaron aquí. ¿Eras una invitada?, preguntó con un deje de cautela en la voz.

No, fotógrafa.

Un alivio inmediato. ¡Vaya, una fotógrafa! Supongo que la policía querrá ver tus fotos.

Supongo que sí.

¿Necesitas hablar con alguien?, me preguntó, él siempre tan atento. Tenemos un capellán, puedo pedir que envíen a alguien.

Claro, por qué no.

¡Por supuesto! ¡Ayudantes! (Los residentes se cuadraron.) ¡Avisad al equipo de psiquiatría!

Se fueron.

No vino nadie.

No había ningún nombre en mi ficha.

Tampoco en el tablón que había por encima de mi cabeza.

Los médicos no se molestan en anotar esas cosas, tienen gente que se ocupa de eso. Llamé a una enfermera, más agua, por favor, ella aprovechó para medirme las constantes, las anotó, se dio cuenta de que no había ningún nombre.

Me llamo Faye Cavarero.

¡Anda, como la filósofa!

Sí, como la filósofa.

Es un buen apellido, tiene fuerza. ¡Igual que tú!

Cuando llegó la cena, pedí una tostada, pero se olvidaron de traérmela. Lo siento, enseguida voy a por ella, pero se olvidaron de nuevo, así que me quedé con las ganas.

Decidido: no podía quedarme allí eternamente. Me acabaría muriendo de hambre.

¡Enfermera!, chilló la mujer de la cama de enfrente. ¡Me duele la cabeza! ¡Dame más analgésicos, zorra! ¡Tráelos de una vez, guarra, me duele me duele me duele!

Sus palabras degeneraron en una serie de gruñidos, en un sonido animal que emergía de las profundidades de su ser, un gimoteo ronco que las enfermeras no lograron acallar.

Por favor, tráiganle analgésicos, rogó la mujer de la cama contigua. Por favor, lo que sea con tal de que se calle.

*

Cuando apagaron las luces, la mujer seguía gimiendo y a mí se me había acabado el agua, pero no vino nadie.

CAPÍTULO 94

Al segundo día, en mitad de la noche, apoyé el pie izquierdo en el suelo.

En las profundidades del espacio, las nebulosas se fusionaron para formar estrellas, se originó una fusión de hidrógeno en el núcleo, provocando un estallido de luz y calor que se extendió por el universo.

Apoyé el pie izquierdo en el suelo.

En los rincones más oscuros del océano, los respiraderos termales se resquebrajaron, escupiendo fuego hacia la oscuridad, junto con especies de bacterias, amebas, protozoos y diminutos organismos trémulos que apenas podían considerarse seres vivos, aunque respiraban, se movían, se reproducían y se descomponían, que se congregaban debido a esta erupción de calor, se alimentaban de su energía y evolucionaban hacia algo nuevo.

Me levanté.

Me caí, casi de inmediato, y me aferré al borde de la cama. El dolor del costado se había mitigado a base de fármacos y puntos de sutura, la cabeza me daba vueltas, tenía las piernas estables pero la mente aturdida.

Me volví a sentar.

Conté hasta sesenta.

Apoyé mi pie izquierdo en el suelo.

Conté hasta treinta.

Apoyé el pie derecho en el suelo.

Conté treinta más.

Me agarré al soporte metálico del que antes pendían diversos saquitos de antibióticos y soluciones salinas, sangre y demás productos que la química podía proporcionar. Lo utilicé como muleta.

Di un paso.

Conté hasta veinte.

Di otro.

Lecciones para ser un corredor, lecciones de la vida. Divide los problemas en partes. No digas: hoy voy a correr una maratón. Mejor: hoy voy a ir corriendo hasta el final del parque y luego vuelvo. Mañana iré corriendo hasta la zona de tiendas. Hoy voy a decirle algo bonito a una persona que me caiga mal. Mañana aprenderé a ser más compasivo y a hablar francés.

Hoy voy a ir caminando hasta el baño, que está repleto de ganchos, barras, correas, sillas plegables y asientos elevables para cualquier posible eventualidad.

Hoy voy a cerrar la puerta.

Voy a hacer pis.

Voy a beber agua del grifo; bendita agua, voy a beber hasta hartarme, ¡SOY LA REINA DEL UNIVERSO!

Avancé arrastrando los pies por los sombríos pasillos del hospital, en plena noche.

La enfermera, que estaba poniéndose al día con el papeleo, se quedó desconcertada al verme, pero no era problema suyo, pues aunque iba andando despacito, parecía que podía hacerlo sola, así que siguió con sus quehaceres.

Pasillos silenciosos, pacientes medio dormidos.

Bip bip bip, un monitor había detectado algo malo, había despertado a todos los pacientes de la habitación, que cerraron los ojos con fuerza y se quedaron muy quietos, con la esperanza de que, si ignoraban el sonido de la máquina, el bip bip bip se acabaría callando de una vez.

Un chorro de luz procedente de una cama donde una mujer había dejado de intentar conciliar el sueño, se había puesto unos auriculares, había acercado el televisor que se encontraba sujeto a un brazo articulado y se había puesto a ver películas del año anterior, mientras un drenaje quirúrgico se iba llenando lentamente de fluidos a un lado de la cama. Al otro lado había una bolsa de cinco litros que se llenaba poco a poco de orina, con el tubo pegado con esparadrapo al interior del muslo.

Soy mis pies
avanzando
avanzando
avanzando.

Un instante para recobrar el aliento. Me senté en la butaca marrón situada al lado de una mujer que tenía una máscara de oxígeno, con los ojos cerrados, la melena rizada desparramada sobre la almohada, las manos apoyadas una encima de la otra y la espalda estirada, como una estatua fúnebre en una iglesia antigua. Estaba dormida, y cuando conseguí respirar un poco mejor, abrí el amarito que había junto a su cama, saqué la bolsa verde con sus pertenencias y le robé unos vaqueros, una camisa y un billete de cincuenta euros. Le dejé las tarjetas de crédito y el resto del efectivo, me disculpé en silencio y me guardé el botín debajo de la bata.

Volví renqueando hasta mi cama.

Pabellones divididos por sexo, no tenía sentido que intentase entrar en la unidad para hombres; una enfermera que estaba junto a la puerta me vio y sonrió, puede que se escandalizara un poco, pero lo acabaría olvidando. Un médico residente, con su identificación colgada del cuello, me preguntó si me encontraba bien. Le dije que sí, que simplemente me habían entrado ganas de hacer pis. ¿Necesitaba

ayuda para regresar a la cama? No. Me las apañaría, gracias.

La mujer del dolor de cabeza, la de la cama de enfrente, al fin se había dormido cuando regresé. Le robé el móvil —temporalmente—, y me sorprendió ver la cantidad de llamadas que había recibido, de gente con apodos cariñosos, mensajes de texto cargados de afecto, a los cuales no se había molestado en responder. Con el volumen quitado, me senté en la silla que había junto a mi cama, me comí unas ciruelas, me chupé los dedos y busqué el hotel Madellena en Internet.

Fue fácil de encontrar. Ni un solo portal de noticias del mundo había pasado por alto la historia. Abundaban las teorías —la favorita era la de una catástrofe medioambiental—, pero también se aventuraron cosas como la histeria colectiva, el terrorismo, un virus, hasta llegar a la más ninguneada, el lavado de cerebro, para explicar las imágenes que estaban circulando por todo el mundo, emitidas a través de YouTube y Twitter, Instagram y Facebook.

Imágenes, no solo de los muertos, sino también de los asesinatos.

Aquí: el director ejecutivo de una productora televisiva estampándole la cabeza a su esposa contra la pared, sin que ella pareciera resistirse, resignada a su destino, para después acabar cayendo silenciosamente al suelo cuando su marido culminó su tarea. Allá: una meteoróloga bebiéndose tranquilamente la sangre del hombre al que le acababa de rebanar el pescuezo con su lima de uñas. Está sentada en cuclillas, pero de repente levanta la cabeza, sobresaltada, como un zorro sorprendido por un lobo, mira a la cámara, no la considera una amenaza y reanuda lentamente su festín.

Aquí: un comentarista de la tele, famoso por sus opiniones cómicas, pero racistas, sobre los inmigrantes, sobre la mujer y la homosexualidad, un hombre especializado en menospreciar a la gente y sus ideas con el inmortal argumento que dice: «Bueno, era de esperar que dijeran eso, ¿no?», ganador del premio al «hombre más *sexy* de la televisión» el año anterior, que ahora estaba aporreando alegremente a una camarera con una silla, hasta matarla. El asiento acolchado se desprendió después de los primeros golpes, pero el tipo siguió atizándola con la estructura, mucho después de que dejara de moverse.

Datos y cifras.

De las trescientas veintinueve personas implicadas en los sucesos del hotel Madellena, solo se confirmó la muerte de noventa y ocho, mientras que otras cuarenta y dos estaban en estado crítico. Una cifra sorprendentemente baja, la verdad, aunque eso demuestra lo difícil que es matar a una persona solo con las manos.

De las víctimas/sospechosos restantes (era difícil establecer la línea divisoria), quince estaban detenidos ciento once estaban recibiendo tratamientos para heridas de diversa consideración, los

otros sesenta y tres habían escapado ilesos y estaban siendo interrogados por la policía, cuando no entrevistados por los medios de comunicación.

En palabras del encargado de la gala: «Se volvieron locos. Locos. Perdieron la cabeza sin excepción.»

Busqué a Rafe Pereyra-Conroy y apareció una foto de un cadáver siendo trasladado a la morgue.

Busqué a Filipa Pereyra-Conroy, pero no había información. Nada. No era una simple censura en los medios, sino un silencio por toda la red, un espacio muerto donde debería haber estado su nombre. Solamente el caché de Google conservaba un ligerísimo rastro de artículos antiguos, noticias en las que quizá apareciera antaño su nombre.

Eso resultaba interesante. Eso implicaba que seguía viva.

Un comunicado de Prometeo:

sincero pésame

pérdidas

profundas condolencias

investigación a fondo

actos criminales

etc., etc., etc.

Palabras carentes de significado.

Levanté la mirada del móvil y vi que la mujer a la que se lo había robado estaba despierta, observando en silencio.

Me levanté.

Me acerqué cojeando hasta su cama.

Volví a dejar el móvil donde estaba.

Regresé a mi lecho.

Me metí bajo las sábanas.

Me di la vuelta.

Cerré los ojos.

No dije nada, y no vino nadie.

CAPÍTULO 95

Por la mañana vino el doctor Dino, consultó mi ficha, dijo que era una desgracia, que estaba en mi derecho si quería presentar una denuncia por negligencia, y como se trataba de un médico veterano, la gente acudió corriendo a su llamada, y en el fragor del momento me quitaron la vía y me revisaron el vendaje mientras él se dedicaba a fulminar con la mirada a todo el personal médico, hasta que, finalmente, con todos los datos delante, anunció que me estaba recuperando muy bien y que tenía que hablar con mi compañía de seguros lo antes posible.

Dicho esto, se marchó, y yo interrogué a uno de sus residentes, que hablaba un inglés impecable, acerca de los cuidados que debía seguir en cuanto saliera del hospital.

—No se preocupe —me dijo la chica—. Le daremos toda la información cuando le den el alta.

—Anda, dame el gusto —repliqué—, así no pensaré que se ha cometido ninguna negligencia.

Palideció un poco al oír eso, y respondió a todas mis preguntas sin rechistar.

*

A mediodía llegaron tres policías, pero no entraron en mi habitación, sino en la habitación de al lado. Me acerqué arrastrando los pies, enfundados en unos ceñidos calcetines blancos, y me puse a escuchar a escondidas, con la espalda apoyada sobre la puerta, mientras los agentes hablaban con una mujer, una diseñadora de moda que estaba en el hotel Madellena cuando se desató el infierno, y que se había roto una pierna al caerse por unas escaleras mientras huía de allí.

No, no había visto gran cosa.

Sí, había sido horrible.

No, no sabía cómo empezó todo.

Sí, ayudaría en todo lo posible con la investigación.

No, solo quería volver a su casa.

No, no pertenecía al 206. Solo estaba allí para ayudar a una clienta con su ropa y con el maquillaje. Tenía un acuerdo con Perfección. Le había ido bien: había conseguido unos clientes increíbles y los había vuelto hermosos.

Los polis parecieron satisfechos con su testimonio. Me pregunté qué habrían hecho si la mujer hubiera admitido que tenía Perfección.

A primera hora de la tarde, vino Byron.

Iba vestida como una anciana y actuaba como tal, se mezcló con las demás familias que acudían a visitar a sus seres queridos, apoyándose en un bastón que no necesitaba, luciendo una chepa que no tenía, con una foto mía en la mano que revisó cuidadosamente una, y otra, y otra vez.

Debía de haber visitado media docena de pabellones antes de encontrarme, y al verme, volvió a consultar la foto y sonrió para sus adentros, como si fuera una abuelita inofensiva. Qué gran actuación, qué mentirosa tan convincente, no me quedaba más remedio que admirarla. Al ver mi rostro en su mano, ese mismo rostro que la miraba desde una cama, sonrió de nuevo y se acercó a mí con paso renqueante.

Cuando se encontraba a pocos pasos de distancia, levanté una mano y le dije en árabe:

—Como te acerques más, empezaré a chillar.

Ella respondió en el mismo idioma, con un ligero acento sirio:

—No he venido a hacerte daño.

—Me clavaste un puto cuchillo, loca de mierda, asesina.

No estaba gritando, ni siquiera estaba furiosa, las palabras acudieron sin más a mis labios, y resultaron ser ciertas.

Las demás pacientes nos miraron. De mí se acabarían olvidando, pero de ella no, de esa ancianita del hospital que hablaba en árabe, aunque tenía menos pinta de siria que un brócoli. Comprendí que ese recuerdo la haría peligrar más a ella que a mí, así que sonreí y le dije:

—Por más que cojees, puedo hacer que la gente se acuerde de ti.

—¿Me puedo sentar? —preguntó.

—No.

—Llamé a la ambulancia para que vinieran a buscarte, en el hotel. De no ser por mí, no te habrían encontrado.

—No te creo.

—Tengo fotos. Estabas en el piso de arriba, al otro lado de una puerta cerrada, en un lugar donde no debería haber nadie. Soborné a los de seguridad para que no aparecieran por allí. La gente guapa e importante estaba muerta o agonizando en el piso de abajo. Si yo no hubiera hecho esa llamada, te habrías desangrado mucho antes de que alguien te encontrara.

—Pues qué bien, la próxima vez que alguien me apuñale espero que tenga la misma consideración.

—No quería hacerte daño.

—Y una mierda.

—Ibas a detenerme. Como comprenderás, no podía permitirlo.

—Pues mira lo que has conseguido. ¿Qué haces aquí?

—Te estaba buscando para asegurarme de que siguieras viva. Pregunté en el Paolo de Venecia, pero estaban desbordados, así que

me vine aquí. Quería disculparme por haberte herido en el transcurso de mi misión.

—Podría gritar —repuse—. Podría gritar, a ver qué pasa. A ver cuánto tarda en venir Gauguin. Podríais competir entre vosotros. ¿Cuánto tiempo tardarás en quitarte una camisa de fuerza? ¿A qué velocidad podrá él apretar el gatillo?

—Mis actos... —comenzó a decir, haciendo amago de acercarse a la cama.

Levanté la mano una vez más, como advertencia para que se detuviera.

—Te juro que me pondré a gritar hasta que te estallen los putos oídos —le espeté.

Byron se detuvo, retrocedió, alzando la mano izquierda en son de paz, con la palma apuntando hacia mí, mientras seguía aferrada con la otra mano a su bastón.

Nos quedamos un rato en silencio. En la cama de enfrente, la mujer con la cara de pocos amigos estaba observando la escena, absorta. Puede que desconociera el idioma, pero nuestros cuerpos hablaban por sí solos. Me obligué a adoptar una expresión neutral, entrelacé las manos sobre mi regazo y dejé escapar una exhalación que, en otro momento, me habría dedicado a contabilizar. Pero ya no.

Finalmente, Byron dijo:

—En San Francisco...

—Intentaste lavarme el cerebro.

Byron puso cara de sorpresa.

—No.

—Pues así como la espada gasta su vaina, y el alma consume el pecho, asimismo el corazón debe detenerse a respirar, e incluso el amor debe descansar. —Algo cambió en su mirada, soltó una pequeña exhalación y yo seguí recitando, porque nadie me lo podía impedir, dale a tu cuerpo alegría, Macarena—. Aunque la noche fue hecha para amar, y los días retornan demasiado pronto, aun así no volveremos a vagar a la luz de la luna.

Eeeeeh, Macarena.

Más silencio. Después:

—Tú accediste a los tratamientos en San Francisco. Accediste.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo dejé anotado.

—¿Y te crees todo lo que escribes?

—¿Te fías de todo aquello en lo que crees? —repuso ella.

¿Era posible? ¿Habría accedido a los tratamientos? Sí, claro que era posible. Claro que sí.

—¿Probaste tus protocolos conmigo?

—Realizamos algunas pruebas preliminares. No para volverte

violenta, sino para comprobar qué podíamos implantar. Según mis registros, también accediste a eso. Dijiste que valía la pena. Dijiste que, si eso era lo que hacía falta para destruir Perfección, estarías dispuesta a hacerlo, y que no te importaba que te recordaran por ello, con tal de que la gente se acordara de ti.

¿Estaría mintiendo?

Intenté evocar el pasado, ese espacio en blanco que no conseguía recordar, y vi...

...a otra Hope Arden, que me devolvía la mirada.

Una mujer que aún no ha cantado la Macarena, una mentirosa y una ladrona, la seductora de Luca Evard, una superviviente que cuenta y respira y atraviesa el desierto y las decisiones que toma son

...cuestionables, en el mejor de los casos.

Esa mujer desapareció de mi vista, y solo quedé yo.

—No sé si creerte —dije al fin—. Pero supongo que en el fondo da igual, ¿no es cierto?

—Obré mal, al final —dijo, suspirando—. Me volví paranoica, mi incapacidad para recordar tu presencia era... aterradora. Probé cosas, crucé algunos límites, tengo notas que dicen...

—Estabas bien —le corregí—. Robé tu diario: estabas bien. No me importa decírtelo ahora. Me alegra saber que lo olvidarás.

¿Ya está?

Byron se situó a los pies de la cama, en silencio, expectante, sin echar a correr, sin atacarme, sin defenderse, sin negarlo, no era más que una mujer en ese momento presente.

¿Ya está?

¿Ese era el final de mi camino? ¿Fue así como se sintió mi madre cuando llegó hasta los límites del desierto, miró hacia la ciudad y pensó: «Pues al final no ha sido para tanto»?

—En una ocasión adelanté diez minutos todos los relojes de mi casa —dijo Byron—. Siempre llegaba tarde a los sitios, por eso los adelanté. Durante las primeras semanas, la ocurrencia funcionó de maravilla y empecé a llegar a tiempo a mis citas. Al cabo de unos meses, me olvidé de lo que había hecho y me volví puntual del todo. Sin embargo, un día vino a verme un amigo y me dijo: «Tienes el reloj adelantado diez minutos», entonces lo recordé todo, y de repente empecé a llegar tarde otra vez, porque sabía, y ya no podía olvidarlo, que todos mis relojes estaban adelantados, así que, al final, tuve que volver a ponerlos en hora y dejarlos como estaban.

Se quedó callada, concluyó su historia de esa forma tan brusca y volvió a quedarse en silencio.

Al rato, retomó la palabra:

—Me pareció soñar que había un ratón muerto en el pan, y un día abrí una hogaza y resultó que había un roedor dentro, así que por un

instante no pude establecer la diferencia entre mi sueño y la realidad. ¿Había tenido ese sueño o me lo había inventado en el momento de encontrar ese ratón, convirtiéndome en una especie de profeta? El pensamiento puede viajar a través del tiempo, los recuerdos se reinventan, convirtiendo el pasado en algo que siempre ha existido, ahora, en este preciso instante, ahora, para siempre. No puedes fiarte de tu mente, ni de tu memoria. La realidad, el tiempo, el pasado... Cuando te pones a repasarlos, resultan ser tan volubles como los sueños.

Se calló de nuevo.

Silencio, una vez más.

—Después de conocerte me grabé durante días, a solas en mi cabaña, para comprobar si lo que recordaba era lo que efectivamente había hecho. Pero cuando vi las cintas, me di cuenta de la futilidad de mis actos, ya que podía decirme a mí misma que recordaba haber realizado esos actos, en el mismo instante en que me veía llevándolos a cabo. La mente se engaña para obtener certezas, creo yo. Creo que, al estar aislada, es lo único que puede hacer.

Silencio, otra vez, durante un rato.

—Me gustaría volver a ser tu amiga, si me lo permites —añadió —. Tú y yo. A los jurados se les dice que olviden el pasado, los historiadores escriben sus libros como si el mundo antiguo se estuviera desarrollando ahora mismo. Hoy, Julio César cabalga hacia la Galia. Ahora, Perfección agoniza en Venecia. El pasado es un concepto muy difuso, en el mejor de los casos. ¿Lo entiendes?

Silencio.

¿Ya está?

Cruzo el desierto, espero el tren, y al final, ¿la única persona que me saluda desde el andén, el espejismo sobre la arena que ha resultado ser auténtico, es ella?

No. No es ella exactamente.

Está vieja y encorvada, necesita esto, me necesita a mí, y está más sola que la una.

Solo queda una cosa, algo que tengo que decir:

—Filipa se sometió a los tratamientos.

Fui incapaz de mirarle a la cara, así que me concentré en la porción de pared que asomaba por detrás de su hombro izquierdo, me puse a examinar su superficie lisa y gris.

—¿Hm?

Un ligero interés, no más.

—Creo que mató a su hermano.

De nuevo: «Hm.»

—Intenté detenerte.

—Lo sé. Te vi, mientras vigilabas. Sabía que eras tú. No me

acordaba de tu cara, pero estaba segura de que tenías que ser tú. Lo anoté. Seguramente te vi más veces, pero se me olvidó apuntarlo. Ahora no lo recuerdo, pero da igual.

—Te habría matado, si hubiera tenido la oportunidad.

—Lamento oír eso.

—Si puedo, te destruiré. ¿Estás grabando esto? Aunque en el fondo da igual. Olvidar o recordar, cada cual tiene sus propios inconvenientes. Si puedo, te destruiré. Es lo... Quiero pensar que es lo correcto. Antes creía saber qué significaba ese concepto. Después no. Ahora creo que vuelvo a entenderlo de nuevo. Vete, Byron14. Vete y olvida.

—Eres... —comenzó a decir.

—¿Un milagro?

—Sí.

—¿Me tienes envidia?

—Sí.

—Pues te equivocas. Te equivocas. Vete. Cuando llegues a la puerta, habrás olvidado haberme visto. Cuando vuelvas a pasar por aquí, yo ya me habré ido. Vete y olvida, Byron. Vete.

Se levantó, se quedó inmóvil un rato, apoyándose de verdad sobre su bastón, con la espalda torcida y el ceño fruncido.

—Perfección ha muerto —dijo al fin—. Nosotras la matamos.

—Hemos matado mucho más que eso —repuse, y al ver que no tenía intención de moverse, giré la cabeza y miré para otro lado.

Un movimiento a los pies de mi cama. Miré hacia allí. Byron dejó la grabadora sobre las sábanas, entre mis pies. Todavía estaba en marcha, con una lucecita encendida. Byron no sonrió, no me miró a los ojos, dejó la grabadora sin más, y, con sus renqueantes andares de anciana, se marchó.

CAPÍTULO 96

Me di de alta al cuarto día de estancia. Se habían olvidado de alimentarme, de revisar mis notas, de cambiarme la vía, y al cabo de cuatro días de ver a los médicos protestar enfurecidos por lo mal que funcionaba el sistema, sin que cambiara nada, me marché.

Ropa robada, dinero robado.

Podía caminar, pero me dolía todo el cuerpo y me pesaban las piernas como si hubiera corrido una maratón, aunque apenas había recorrido cien metros.

Llamé a un taxi y eché un vistazo a la anodina monotonía de Mestre: casas beis rodeadas por muros beis, apartamentos beis que ofrecían vistas a tiendas cerradas. El norte de Italia es precioso, en los lugares donde permanece la historia, pero resulta industrial y deprimente allí donde se ha impuesto la modernidad.

En la estación no había demasiados lugares disponibles a los que poder viajar. Cogí un tren hasta Milán, donde, hacía una eternidad, le había robado unos diamantes a un hombre que veneraba la belleza. Regresé a mi hotel favorito, a la habitación contigua a aquella en la que antaño me recosté sobre unas sábanas recién limpias y me puse a juguetear con unas joyas, riéndome por lo astuta que había sido.

Ahora volvía a estar recostada sobre esas mismas sábanas, en un universo diferente; cerré los ojos y me dormí.

Vi las noticias. Un periódico francés fue el primero que se atrevió a publicar la noticia de que la masacre del hotel Madellena se había originado por el uso de Perfección. Prometeo amenazó al rotativo con ponerle una demanda de las gordas, pero el proceso no tardó en frenarse cuando se sumaron otras cabeceras que explicaban, con gran detalle y documentación, la naturaleza de Perfección y la manera de aplicar sus tratamientos.

Byron estaba detrás de esa noticia, obviamente, y a medida que se desplegaba el escándalo, se sumaron tertulianos de todo tipo con sus opiniones.

- Tertulianos de sociedad: Perfección es el mayor ejemplo de intromisión corporativa en la vida privada de la gente.
- Tertulianos de moda: no se puede poner precio al individualismo.
- Tertulianos políticos: es muy difícil defenderse frente al terrorismo en estos tiempos tan complicados.
- Tertulianos famosos: nos tienen en el punto de mira por ser guapos. La sociedad se ha vuelto loca.

- Tertulianos jurídicos: ¿se pueden presentar cargos contra los supervivientes? No hay duda de que también son víctimas (es necesario un nuevo código penal, podemos negociar los honorarios).
- Tertulianos en redes sociales: chavales, a esos gilipollas les lavaron EL CEREBRO hay que joderse macho qué cojones se creían que iba a pasar todos somos perfectos tal y como somos, ¡idiotas!

Me senté en el cubículo de la ducha con un frasco de antisépticos, un paquete de vendas, unos discos de algodón, un rollo de esparadrapo y todos los analgésicos que pude encontrar y retiré el vendaje con el que me habían cubierto la puñalada que tenía en el costado.

No estaba tan mal como pensaba. Esperaba encontrarme con un tajo horrible y supurante, pero no. Puede que Byron no pretendiera matarme, después de todo. El cuchillo había entrado y salido limpiamente, quedaba una herida oscura, cerrada con unos puntos de sutura absorbibles, de apenas un par de centímetros de longitud. Resultaba más espectacular el moratón, la hinchazón, la zona rojiza y amoratada que la rodeaba, a medida que la carne situada en las proximidades de la perforación había intentado determinar qué significaba ese cambio en su estado, quedándose desconcertada al descubrir que significaba muy poco.

Volví a vendarme la herida y busqué en Internet artículos científicos sobre procedimientos para recobrarse de algo así. Fisioterapia, antibióticos, organigramas, recomendaciones y prohibiciones, y con todo ello tracé un plan de actuación en un cuadernito azul que compré en un supermercado.

Disciplina.

Sobreviviré.

La sexta noche que pasé en Milán, fui a un casino.

Fundamentos básicos para contar cartas:

- Asignar un valor a las cartas que hay en la baraja. P. ej.: las cartas 2-7 tienen un valor de +1, las cartas 7-9 no tienen valor, y las cartas 10-As tienen un valor de -1.
- A medida que van saliendo cartas, hay que sumar valor a la baraja restante. P. ej.: si se juegan diez cartas seguidas con un valor de 2-7, la baraja restante tendrá un valor de +10. Cuanto mayor es el valor de la baraja, mayores son las probabilidades

de que se vayan a jugar cartas más altas. A medida que se juegan cartas de mayor valor, hay que descontar puntos del valor de la baraja. P. ej.: cuando ya han salido todos los ases, hay que descontar -4 puntos. En una baraja con valor negativo es más probable que salgan cartas bajas.

Normas para salir airoso:

- Ajustar las apuestas. Apuesta alto cuando la baraja tenga un valor alto, y apuesta bajo cuando tenga un valor negativo. No salgas pitando de la mesa, eso llama la atención.
- Aprende a contar cartas mientras haces otras cosas. Los crupieres están entrenados para detectar a quienes cuentan cartas; charlar con ellos servirá para mitigar sospechas. Dar propinas generosas puede reducir las probabilidades de que te echen. Los crupieres también son humanos.
- Ten en cuenta las cartas que queden por repartir. Si la baraja tiene un valor de +10 y solo quedan unas pocas manos por jugar, aumentan las probabilidades de llevarse una buena suma.
- Pon la cuenta a cero cada vez que se barajee de nuevo. Si el barajeo se produce de forma inesperada, es posible que el crupier sospeche de ti.

Aquella noche conseguí reunir casi 3.000 euros antes de que me pillaran, así que recogí mis ganancias y me metí en el lavabo de mujeres, esperé veinte minutos para que se olvidaran de mí y volví a jugar hasta que llegué a un total de 8.500 euros, momento en el que empezó a dolerme el costado y decidí dar por concluida la velada.

Fisioterapia en una habitación de hotel.

Un hotel diferente, una habitación diferente, difícil establecer la diferencia.

Levantar las piernas.

Estiramientos.

Pesas.

Levantar los brazos: despacito al principio, solamente hacia delante, sin ejercer demasiada presión sobre la herida.

¡Qué frustración! Puedo correr durante kilómetros y kilómetros, sin perder el control, y aquí me tienes

levantando los brazos hasta los hombros como si fuera una proeza, como si significara algo, hay que joderse

siéntate un rato

y respira.
Otra vez.
Inténtalo otra vez.

El noveno día que pasé en Milán, dos semanas después de la masacre de Venecia, contacté con Gauguin.

CAPÍTULO 97

¿Adónde, ahora?

Un lugar que al llegar no resultaba tan impresionante como el trayecto hasta allí.

El tren transalpino llegaba hasta Biasca, a los pies de un bosque oscuro, con las cumbres de las montañas ocultas por las nubes. Frío, cada vez más, ventanas que se iban empañando.

Desde Biasca, un trayecto en coche por carreteras sinuosas y aldeas diminutas, con un teléfono a un lado de la carretera dentro de un cajetín amarillo al que llamar en caso de avalancha. Montañas en lo alto, el sol poniéndose por detrás, mi rostro en la ventanilla del taxi mientras atravesábamos las montañas.

Un pueblo situado al final de una carretera angosta. Una carretera pegada al borde de la montaña. Caía aguanieve. El taxi me dejó ante la puerta de un hotel. El hotel tenía siete habitaciones, todas vacías. La dueña hablaba un inglés impecable; le daré la suite nupcial, dijo, debería darse un baño caliente.

La suite nupcial tenía dos salitas, un dormitorio y un cuarto de baño. La bañera estaba situada en mitad del baño, un desperdicio tremendo de espacio, pero me dejó fascinada. ¿Dónde desembocaban las cañerías?

La verdad, dijo la dueña, no tengo la menor idea.

CAPÍTULO 98

La casa de Gauguin se encontraba a las afueras del pueblo.

Estaba construida en la escarpada y oscura pared de un acantilado, dando la impresión de ser un zigurat invertido. Había un garaje en la planta baja, coronado por un piso superior más grande, que a su vez estaba coronado por un segundo piso todavía más grande que se adentraba en la accidentada superficie de la montaña, y en lo alto había otra estancia, mitad dormitorio y mitad terraza, desde la que podía divisarse el valle en todo su esplendor, desde la punta de las coníferas hasta el trecho de carretera que se extendía más abajo.

Para encontrar la puerta tuve que subir a la segunda planta, donde podías elegir entre un puente levadizo que conducía al interior de la casa y una escalera que descendía por un agujero, hacia la calidez de la entrada de una cocina.

La cocina no estaba cerrada. El conductor esperó fuera.

Entré.

La estancia olía a almendras. Había una estufa de leña encendida.

Había fardos de hierbas secas colgados de la pared, intactos, demasiado perfectos como para utilizarlos para cocinar. Un soporte para cuchillos, donde cada uno estaba introducido en su ranura correspondiente; un fregadero frotado hasta dejarlo como los chorros del oro, una mesa alargada sobre la que alguien había servido huevos frescos, carne fresca, espinacas frescas y un cuenco con nueces, todo listo para comer. Había una tetera sobre el fogón, que escupía vapor por el pitorro.

Una segunda vivienda.

Era evidente, obvio, cualquier ladrón lo detectaría al instante: una segunda vivienda, o puede que una tercera, el chalet de un esquiador, un lugar al que acudir en invierno, mantenido debidamente por una criada, donde rara vez se utilizaban las posesiones, donde las tazas nunca se picaban, las mesas nunca se ensuciaban, un lugar que se calentaba para dotarlo de una sensación hogareña y hospitalaria, pero impersonal, un lugar...

Sonreí y cerré la puerta tras de mí.

Perfecto.

Por supuesto.

Un lugar perfecto para reunirse con Gauguin.

No sentí miedo. Eso se acabó.

Gauguin estaba cocinando, con las mangas aleteando alrededor de sus muñecas mientras preparaba una tortilla. Levantó la cabeza cuando entré y no me reconoció, aunque sabía quién tenía que ser. Él no se sorprendió y yo no tuve miedo.

—Hola —dije.

—Hola —respondió Gauguin, haciendo una pausa en su tarea de batir huevos en un cuenco—. Tú debes de ser Porqué.

—Así es.

—Gracias por venir.

—No hay de qué.

Asintió con la cabeza, con el ceño fruncido. No por mí, pensé, ni por mi aspecto; simplemente era un ceño fruncido que llevaba cierto tiempo en esa posición y no había recibido orden de modificarla. Siguió batiendo los huevos, a mano, mientras unos jugos amarillentos revoloteaban junto al borde del cuenco, amenazando con derramarse. Me senté en un taburete frente a él y me quedé observándolo un rato, después dije:

—El agua ya está hirviendo.

—Ah, sí, gracias. ¿Podrías...?

—¿Dónde guardas el té?

—Tiene que haber en algún armarito. No sé cómo estará. En este rincón del mundo son más de café.

—Voy a ver qué tienen.

Me puse a rebuscar entre las alacenas. Detrás de un tarro de dátiles en conserva, y al lado de una cuba con una bebida suiza preparada a base de chocolate y canela, encontré el té. El tacto caliente del asa de la tetera me resultó agradable. Vertí el agua y serví una taza para cada uno.

—Gracias —dijo Gauguin.

Me encogí de hombros. Fue mi manera de decir «de nada».

Gauguin vertió cuidadosamente los huevos batidos por un lateral del cuenco, echó la mezcla en una sartén, puso la sartén al fuego y habló en voz baja, casi para sus adentros, mientras cocinaba.

—Cuando estabas buscando el té, te oí moverte y recordé que estabas aquí, pero como no te estaba mirando, se me olvidó tu aspecto —musitó—. Sé que eres tú, claro, ahora que te tengo delante, pero siempre descubro tus facciones por primera vez. Esto ya te lo he dicho antes, ¿verdad?

—No es nada nuevo.

—Tienes que avisarme si me repito.

—Si hiciera eso, no haría demasiados amigos.

—¿Tienes muchos amigos?

No respondí.

—Lo siento. Eso ha sido una grosería...

—Las groserías no me molestan.

—¿Te importa si...? —Se metió una mano en el bolsillo, sacó un móvil y lo dejó sobre la mesa.

—Adelante.

—Gracias.

Hizo una pausa para encender el móvil e iniciar la grabación, luego lo volvió a dejar donde estaba.

—Tengo archivos que muestran que intentaste detener el evento del 206 en Venecia —dijo, mientras seguía cocinando—. Correos electrónicos, llamadas telefónicas, cartas... Fuiste muy insistente.

—Sí, así es.

—La... lamento las decisiones que tomé al respecto, no sabes cuánto.

—Tú no estabas al mando.

—No, era el señor Pereyra-Conroy, pero yo tenía una responsabilidad hacia él, hacia sus invitados y hacia su empresa. Y fracasé.

—No podías saber que Byron conseguiría entrar.

—Al contrario, estaba seguro de que lo lograría. Siempre ha sido muy eficaz.

—¿Cómo lo hizo?

—Minó a mi personal. No soy una isla, señorita Porqué. No puedo estar en todas partes.

—¿Minó a su personal? —repetí, mientras soplaba el vapor que salía de mi taza.

—Para ser exactos, la doctora Pereyra lo hizo por ella.

—¿Filipa?

—Le dio a Byron todos los detalles sobre el operativo de seguridad que habíamos desplegado. Sí, hasta el último detalle.

Abrió la puerta de la estufa y metió dentro la sartén. Me senté. De repente me había quedado helada, a pesar del calor que hacía en la estancia. Gauguin se dio la vuelta, me miró, de nuevo por primera vez, examinó mi rostro, sonrió sin motivo, se sentó y entrelazó los dedos alrededor de la taza que había sobre la mesa. Se le veía pálido, consumido.

—¿Dónde está Filipa ahora? —pregunté.

—En el piso de arriba, durmiendo.

—¿Durmiendo en qué sentido?

—Sedada. Es probable que la juzguen por el asesinato de su hermano. Las pruebas contra ella son irrefutables. Pero los abogados pudieron alegar que actuó bajo una influencia maligna, que su cerebro se quedó trastocado por los tratamientos. Sus esfuerzos le han deparado un breve respiro, durante el cual podrá permanecer aquí, a salvo de la ley, hasta que se haya establecido algún marco legal apropiado. No sé cómo podrá costearse los abogados... pero ya encontraremos un modo.

—Filipa ayudó a Byron.

—Sí. Lógicamente, no me enteré hasta que pasó todo. Filipa se

coló en el ordenador de su hermano, le robó las credenciales, accedió a los servidores de la compañía y sustrajo todo lo que Byron podría necesitar para llevar a cabo su plan.

—¿Por qué?

—Creo que porque estaba de acuerdo con ella. Creo que había llegado a la conclusión de que Perfección era algo maligno, y que los tratamientos supondrían la destrucción de la humanidad. Creo que el día que se presentó ante Rafe y le pidió de rodillas (literalmente de rodillas, yo estuve allí y lo vi todo) que retirase el producto, el mismo día que Rafe le dijo a Filipa que había sido una decepción para su padre y para él, creo que se dio cuenta de que su hermano jamás llegaría a ver el peligro, jamás renunciaría a lo que Perfección podía ofrecerle. Es decir, dinero e influencia, pero también el mundo en el que le gustaría vivir, un mundo como el de las películas. A Rafe nunca le gustaron demasiado las cosas feas de la vida. Tendría que haber dicho algo, pero no me correspondía. Siempre he... sabido cuál es mi sitio. Así que Filipa decidió acudir a Byron. Vio lo mismo que veía ella: que la única manera de destruir Perfección por completo no pasaba por reescribir el sistema, sino por aplastar el sueño. Le dio a Byron todo lo que podría necesitar para masacrar al 206, y, una vez hecho, se sometió a sus propios tratamientos.

Gauguin ladeó ligeramente la cabeza, de nuevo, y la meneó un poco, apenado, impotente, con el ceño fruncido, esquivando mi mirada.

—Pensaba que los tratamientos requerían tiempo —murmuré.

—Sí, claro que sí. Meses. Filipa se sometió al proceso completo. Se enchufó a sus propias máquinas y las puso en marcha. Permaneció así durante treinta y seis horas. Nos la encontramos conectada todavía al programa. Cuando la desenchufamos, ya no era la misma Filipa de antes. Rafe estaba furioso, dijo que así no le servía para nada, pero seguía siendo su hermana, así que... —Dejó la frase a medias. Tragó saliva, miró hacia un lado, con la cabeza inclinada—. «Al menos, ahora está presentable.» Eso fue lo que dijo Rafe. Creo que fue entonces cuando yo también dejé de mirar. Creo que fue entonces cuando comprendí que no iba a presentar batalla. Byron iba a venir a Venecia; tú lo sabías, yo también, y trabajé muy duro para tratar de impedirlo, pero... pero creo que podría haberme esforzado más. ¿Me comprendes?

—Sí. Creo que sí.

Gauguin se quedó mirando su taza, como si estuviera intentando leer el futuro en los posos del té, mientras se oía el runrún del horno a su espalda, mientras las sombras se cernían sobre el exterior de la casa.

—Filipa habló de ti —dijo al fin—. Estaba segura de que te había

visto en alguna parte. No solo en Tokio. Tenía la sensación de que siempre habías estado presente en su vida, susurrándole cosas. No lograba acordarse de ti, pero en Nimes volvió a encontrar su brazalete, el que le había regalado su madre, y dijo... dijo que te consideraba una amiga, puede que la mejor que había tenido, y que ojalá pudiera recordarte. Creo que, al final... El sentimiento de culpa tiene un efecto curioso sobre la mente. Filipa ha padecido insomnio durante años. Sin embargo, ahora está durmiendo; por si te sirve de algo. ¿Estuviste en Nimes?

—Sí. Nos vimos en el hospital.

—¿De veras? No lo recuer... No, claro que no. Qué tontería.

Frunció los labios, una especie de encogimiento de hombros facial, con las manos aferradas a su taza de té, de la que no probó ni un sorbo.

Finalmente, le pregunté:

—¿La empresa apoyará a Filipa?

—Seguramente no. La revelación de que Perfección pudo ser la causante de la masacre de Venecia ha hecho temblar sus cimientos. Los directores de varios *holdings* movieron ficha para distanciarse de lo que consideran un barco que se está yendo a pique. Se están produciendo fusiones de empresas. Otras las están absorbiendo. El negocio se mantendrá en pie, de un modo u otro, pasará a ser propiedad de otra gente. Banqueros, sin duda. Ricos anónimos procedentes de... alguna parte.

—Pero tú sigues aquí —recalqué.

—Les fallé a Filipa y a su familia —murmuró—. Les debo... una penitencia.

Penitencia: un castigo al que se somete una persona para redimir un pecado. Mostrar pesar por haber obrado mal. Un castigo o una sanción impuestos tras la comisión de un delito. Flagelarse como muestra de arrepentimiento.

Nos quedamos un rato en silencio, mientras la tortilla se cocinaba en la estufa.

—¿A qué has venido? —preguntó Gauguin, sin mirarme a la cara.

—A ver a Filipa.

—¿Por qué?

—Ella... ¿Me entenderías si te dijera que ella es mi amiga?

—No lo sé. No puedo imaginarme cómo es tu mundo, tu vida...

—Puedo ayudar a encontrar a Byron.

—Se ha ido. Ya ha hecho lo que quería hacer.

—Vino a verme al hospital, en Mestre.

—¿Qué hacías en el...? —comenzó a decir, pero se interrumpió—. ¿Estuviste en el hotel? ¿Te hirieron?

—Byron me apuñaló. Sabía que vendría y... Creo que no quería

matarme. Puedo ayudarte a encontrarla. Lo he intentado otras veces, pero no contaba con tus recursos, y tú no contabas con mi información. Ahora tenemos las dos cosas.

De nuevo, silencio. De nuevo, el paso del tiempo. El té se enfrió, las sombras se extendieron, se alzaron montañas para luego caer, y el tiempo siguió pasando.

—Me resultas extrañamente convincente, ahora que te tengo delante, Porqué. ¿Me has resultado convincente otras veces?

—No.

—Es curioso, pero, cuando se trata de ti, me cuesta conectar con las emociones, ya que, al no recordar quién eres, no consigo formar un vínculo con esta cuestión. En lugar de sentimientos, he comprendido que contigo solo cuentan los actos. No creo que pueda encontrar a Byron. ¿Lo entiendes? Quise hacerlo, durante muchos años, cuando mató a Matheus. Estuvimos juntos un tiempo, pensé que debería haberlo visto venir, tendría que haber... Pero no lo hice.

Soltó una risita, se encogió brevemente de hombros y desechó la idea que le rondaba por la cabeza.

—Penitencia —añadió—. Tendría que haber detenido a Byron, pero no lo hice, así que ella huyó y yo me pasé años persiguiéndola, años de mi vida dedicados a... una misión. Una misión noble, quizá. Ya no lo tengo tan claro. Y así estamos ahora.

Entorné los ojos, percibí el olor de las carísimas hojas de té y de la tortilla que se estaba dorando suavemente. Pensé en Filipa Pereyra-Conroy, en la geometría de la cinta de Möbius, una expresión de conocimiento antieuclidiano... o euclidiano...

un conocimiento inútil, en todo caso.

Inútil para lo que nos traíamos entre manos.

Abrí los ojos y dije:

—¿Dónde está Filipa?

Filipa estaba durmiendo en una cama.

Llevaba puesto un pijama de color verde claro, de seda, liso y sin costuras visibles.

Estaba tumbada de costado, con el cabello desplegado alrededor de la cabeza, arropada hasta la barbilla.

Pregunté: ¿Dejó algo, una nota, un mensaje o lo que sea, antes de sustraer Perfección?

No, respondió Gauguin. Nada.

Pregunté: ¿Tiene el brazalete de su madre? ¿Una cinta de Möbius, lisa y plateada?

No, aquí no lo tiene.

¿Sabes dónde está?

No. Después de... someterse a los tratamientos, no mostró ningún

interés por él.

Filipa durmiendo.

Pensé en despertarla.

¿Qué me diría?

Nada, seguramente, que tuviera importancia ya.

Ayúdame, dije.

No puedo...

Ayúdame.

No quiero...

Ayúdame. Maldita seas, tonta de los cojones, despojo humano, ¿dónde está el tipo que siguió la pista de una ladrona por todo Oriente Medio? ¿Dónde está mugurski71, dónde está Gauguin, dónde está el espía, el guardia de seguridad, el manipulador? ¿Dónde está el instinto asesino, dónde están tus ansias de venganza?

Byron me derrotó, dijo Gauguin. Byron ganó.

Byron me apuñaló y me dejó sangrando sobre un suelo veneciano, repliqué. Me enchufó unos electrodos al cerebro y trató de convertirme en una máquina. Me utilizó y me convirtió en su muñeca, pero no me doblegó, joder, ¡así que recobra la compostura de una puta vez!

Gauguin me miró a través de los dedos entrelazados de sus manos y dijo: ¿Cuántas veces hemos mantenido esta conversación?

Un centenar de veces, joder, y las has olvidado todas, pero yo siempre llevaba razón, y tú siempre te acababas uniendo a mí. Así que, antes de que Prometeo se desintegre, antes de que Filipa vaya a la cárcel, antes de que el último céntimo y el último contacto que tienes desaparezcan para siempre, ayúdame.

Estaba gritando, pero no se lo gritaba a él.

Y al final, me dijo: ¿Qué necesitas?

CAPÍTULO 99

Gauguin tenía un montón de recursos chulos a su disposición.

Un experto en cámaras de vigilancia divisó a Byron cuando se estaba subiendo a un tren en Santa Lucía, tres horas después de lo del hotel Madellena, luego le perdió el rastro en algún lugar del norte de Italia, puesto que no se bajó en ninguna de las paradas establecidas.

Pensamos que saltó del tren cuando este se detuvo en algún semáforo, explicó Gauguin. Después reunió sus tropas, amplió la búsqueda: intercambiadores, aeropuertos, estaciones de tren, puertos. Una mujer creyó ver a Byron entrando en Lugano, pero solo la vio de espaldas y en un ángulo picado, así que, ¿quién sabe?

—Probablemente sea ella —musitó Gauguin—. Aunque solo sea porque no hemos vuelto a verla.

No me separé de Gauguin, y él mantuvo la grabación en marcha, cambiando teléfonos móviles por grabadoras USB cada vez que se agotaban las baterías, observándome en todo momento por el rabillo del ojo.

—No pasa nada —dije—. Byron también se volvió paranoica al cabo de un tiempo.

—No estoy... —comenzó a decir, pero se calló.

—Tienes miedo de lo que soy, cuando te olvidas de mí. Tienes miedo de que pueda decir algo, hacer algo, y marcharme, y que cuando vuelva, tú no te acuerdes. Las grabadoras son tu arma, pero ¿y si se paran? ¿Y si se paran y yo te robo sin que te enteres? A mí también me daría miedo. No pasa nada.

Gauguin se dio la vuelta, achicando los ojos, y no dijo nada.

*

Tenía que llegar un momento en el que Gauguin olvidara.

Me planté junto a él mientras anotaba, con letras grandes y mayúsculas, todas sus impresiones sobre mí. Utilizaba una aparatosa estilográfica plateada, con tinta negra. Me recordaba a algo... A la pluma que utilizó Byron cuando tomaba notas en San Francisco. No era una simple asociación, la de Gauguin era idéntica. Pensé en preguntarle, pero lo dejé correr.

Gauguin sacó una foto de los dos, posando juntos en la cocina, sin sonreír y con el reloj a nuestra espalda. Resistí el impulso de levantar los pulgares ante la cámara, o de hacerle los cuernos por detrás de la cabeza, y mientras las estrellas giraban y la luna se asentaba, regresé a mi hotel, que estaba en el pueblo, con dos cajas enormes llenas de papeles bajo el brazo.

No dormí.

La vida y obra de Byron extendidas por el suelo.

Siobhan Maddox. Qué raro era pensar en ella como en un ser humano. Siobhan Maddox, nacida en Edimburgo, hija de una profesora de primaria y de un instalador de marcos para ventanas. Estudió francés y ruso en la UCL, vivió tres años en Alemania, trabajando por el día como niñera en la embajada británica, dedicando las noches a perfeccionar su dominio del alemán y el ruso hasta niveles propios de un nativo. Tuvo un romance breve y totalmente cordial con un agregado, despertó cierta curiosidad por el mundo de la diplomacia y se presentó al SIS.

En palabras del oficial de reclutamiento, en las desgastadas notas de su descolorido archivo: «A priori, no hay motivos para aceptar a esta candidata. Es al conocerla en persona cuando uno se da cuenta de su inmensa valía.»

Una serie de fotos. Byron mirando a la cámara con gesto sombrío. Byron, a los diecisiete años, con sus padres en Newington, formando un triángulo ante la puerta de su casa, orgullosos el día en que su madre terminó de pagar la hipoteca. Byron era tan flaca como el palo de una escoba, la melena le llegaba casi por la cintura, llevaba unas botas altas de piel, una minifalda a juego, un jersey de lana que no pegaba ni con cola y una boina de punto ladeada, con un gesto de orgullo, desafiante, en la mirada. Su hogar. Su familia. Intenta arrebatármelo si te atreves.

Documentos. Manchas negras de tinta sobre detalles operativos.

Beirut, Teherán, Moscú, San Petersburgo, Dallas, Washington, París, Berlín.

Trabajó como enlace. Al principio, de acuerdo con los tiempos que corrían, la usaron sobre todo para ayudar a pasar agentes femeninas. «Un toque femenino», dejó escrito su director, «resulta mucho más reconfortante para las mujeres.»

Con el tiempo, fueron añadiendo agentes masculinos a su lista, y a veces los capturaban, y a veces morían —un piloto que se ahorcó en Iraq, un ingeniero armamentístico que desapareció entre las Fuerzas de Defensa Israelíes y nunca volvió a aparecer—, pero en su mayoría sobrevivieron y se jubilaron alegremente, sin que llegara a conocerse su traición. Al fin y al cabo, la traición de un hombre es la lealtad de otro.

Fechas, más notas.

Propuesta para ascenderla a jefa de sección: ignorada.

Propuesta para ascenderla a jefa de sección: ignorada.

Propuesta para ascenderla...

«¿Podrán aceptar nuestros camaradas masculinos a una mujer al frente?», dejó por escrito un director, que debía valorar su solicitud

para dirigir la sección de contrainteligencia. «Personalmente, no lo creo.»

Eran otros tiempos, así que

...a jefa de sección: ignorada.

Más tarde, cuando las fotos cambiaron para mostrar a una Byron con el pelo más corto, con las raíces canosas y un rostro completamente liso a la altura de la frente, pero que empezaba a arrugarse alrededor de los ojos y los labios, surgió una preocupación diferente.

«Idealista», ponía. «Obstinada ideológicamente.»

Dos palabras que, en otro contexto, podrían haber sido motivo de un ascenso inmediato, pero los espías sabían lo peligroso que era tener opiniones.

Esas palabras no tardaron en pasar de ser una simple nota al pie a convertirse en un problema.

«Decisiones operativas comprometidas debido a opiniones políticas», se decía en un informe disciplinario. «Rechazó órdenes.»

Y entonces, una nota al margen con la letra de Gauguin: «Los dejó morir.»

No había ninguna explicación para esas palabras, el texto al que se referían había desparecido, y puede que Gauguin nunca hubiera querido que alguien más leyera esas reflexiones, pero ahí estaba la evidencia, clara y firme, de que en ese momento y lugar Byron había dejado morir a alguien por motivos desconocidos. «Dejó» era el principal problema de esa frase. Si hubiera querido, habría podido salvarlos a todos.

Un relevo discreto de sus deberes gubernamentales, el ofrecimiento de un empleo de segunda en una ONG, pero no, gracias, Byron cobró su modesto finiquito y se largó de allí, adiós muy buenas, una vez firmada el acta de secretos oficiales y quemada su insignia identificativa, hasta la vista trabajo fijo, rumbo hacia carreteras menos transitadas.

Siobhan Maddox abandonó el mundo del espionaje a los cuarenta y seis años. Tres años más tarde, Matheus Pereyra-Conroy apareció muerto, y así nació Byron.

Atisbos de Byron.

Una instantánea de una mujer pidiendo un café en la Gare du Nord, en París.

La imagen de un pasaporte cuando fue introducido en las aduanas de Estados Unidos a través de Nueva Orleans.

El rastro de una tarjeta de crédito en Lagos, tarjeta que fue cancelada al día siguiente.

La señal de un teléfono móvil en Shanghái.

¿Y Gauguin? Dejó el mundo de los agentes en la sombra una semana después de la muerte de Matheus Pereyra-Conroy para localizar a la mujer que pensaba que lo había matado. Hubo un tiempo, dijo, en el que pensé que se casaría conmigo. Pero jamás pude reunir el coraje necesario para pedírselo, y creo que se acabó hartando de tanto esperar.

Ocho días después de que me reuniera con Gauguin en la casa situada al pie del acantilado, no habíamos avanzado nada en la búsqueda de Byron.

Llamé antes de ir, y al ver que no venía ningún coche a recogerme, pedí un taxi y subí hasta la casa para reunirme con él.

Esta vez no fue en la cocina, sino en un despacho, aderezado con un retrato de Matheus Pereyra sobre la chimenea, pintado por un tipo al que claramente le pagaron para que apreciara a su modelo, pero no lo consiguió. Una imagen a medio camino, donde majestuoso significaba tirano, donde la sonrisa podía ser de superioridad, dependiendo de cómo lo mirases.

Gauguin, que llevaba puestas unas gruesas pantuflas revestidas con piel de conejo y un jersey de lana, levantó la cabeza cuando entré, observó mis facciones por primera vez y dijo:

—Tú debes de ser Porqué. No sabía que ibas a venir.

—Hemos hablado por teléfono.

—No lo dejé anotado. Te pido disculpas.

Me encogí de hombros y me senté en un sofá acolchado, que estaba pegado a una pared repleta de libros con lujosas pastas de cuero, jamás leídos ni disfrutados.

—He estado pensando en Byron.

Gauguin soltó la pluma, alzó una mano para pedir paciencia, se puso a rebuscar en un cajón, sacó un cuaderno y una grabadora USB, abrió el primero y puso en marcha la segunda. Dejé que hojeara sus notas, para poner en orden sus pensamientos, hasta que finalmente alzó la mirada y dijo:

—¿Has leído todos los antecedentes que he logrado reunir?

—Sí.

—¿Los hemos comentado?

—Sí.

—Vale... bien.

Hizo otra anotación, después dejó el cuaderno cuidadosamente a un lado y dio un giro completo sobre su silla, poniéndose de espaldas al escritorio, con la grabadora sobre el regazo.

—¿Qué estabas diciendo?

Con calma, mucha calma. Una quietud que era como una fina sábana blanca extendida sobre un lago congelado, perfectamente lista

hasta que se le aplica presión. Era la primera vez que Gauguin me veía, pero leyó una nota que decía lo contrario, así que ahí estaba él, hablando como un viejo amigo, con mucha, pero que mucha calma.

—Creo que estamos siguiendo el rastro equivocado.

—¿De veras?

—Creo que deberíamos ir tras Agustin Carrazza.

—¿El tipo del MIT?

—Sí.

—De acuerdo. ¿Por qué?

—Creo que será más fácil encontrarlo. No es Byron, cometerá errores.

—No hay razones para pensar que siga vinculado con ella.

—Por tanto, no tiene razones para pensar que le seguiremos la pista.

—¿Hemos mantenido antes esta conversación? —pre-guntó Gauguin—. ¿Me habías hecho ya esa sugerencia?

—No. Le descartamos porque su labor ya había concluido y porque desapareció del mapa hace unos meses. Creo que deberíamos volver a integrarlo en la ecuación. Es un académico, contactará con sus familiares, con sus amigos, usará el mismo teléfono móvil, le captarán cámaras, cruzará aduanas...

—Pero ¿contactará con Byron?

—Creo que lo hará si le presionamos.

—¿Una trampa?

—Si quieres llamarlo así...

Se abrió la puerta. Me callé. Filipa apareció al otro lado, descalza y con una bata de color borgoña. Oteó la estancia, vio a Gauguin, me vio a mí, y dijo:

—¿Podríais indicarme dónde puedo desayunar?

Gauguin me miró de reojo, después volvió a mirar a Filipa y respondió:

—En el piso de abajo hay muesli.

Filipa torció ligeramente el gesto.

—Me resulta un poco indigesto. Y tiene demasiado azúcar.

Entonces volvió a fijarse en mí, y por un instante se puso a meditar sobre mi existencia, trató de ubicarme en esa habitación, y al no encontrar respuesta, me dirigió una sonrisa deslumbrante y añadió:

—Lo siento, creo que no nos han presentado. Soy Filipa, ¿y tú?

—Me llamo Hope.

—¡Un nombre precioso para una mujer preciosa! No eres de por aquí. Se te nota.

—No, vengo de Inglaterra.

—¿Inglaterra? ¿De qué parte de Inglaterra?

—Derby.

—Ah, estupendo. Nunca he estado allí, pero siempre he querido ir.

Sonreí, pero no pude superar el brillo de su sonrisa.

—En fin, Hope —dijo Filipa, un segundo antes de que el silencio empezara a resultar incómodo—, ha sido un placer conocerte. Espero volver a verte pronto, para que podamos hablar más sobre Inglaterra. Tengo que ir sin falta a desayunar. Espero que me perdones por presentarme a estas horas y con estas pintas, he tenido una noche un poco movidita.

—No pasa nada.

—Eres un encanto. Vamos a ser buenas amigas.

Dicho esto, me sonrió de nuevo, sonrió a Gauguin, se dio la vuelta y se marchó, cerrando la puerta tras de sí.

Miré a Gauguin, que apartó la mirada.

—¿Recuerda haber matado a Rafe? —pregunté.

—Sí.

—Pero está...

—Dice que va a demandar a quien fuera que arruinó la fiesta, y que va a necesitar terapia. Utilizó Perfección para encontrar un terapeuta adecuado. La aplicación puede proporcionarte esa clase de cosas. Eligió uno en París y recibió cuatro mil puntos por contratar un curso de diez semanas. Tuve que cancelar la reserva, ya que la policía no le permitirá ir, estando las cosas como están. Pero, aunque perdió los puntos, no dijo que estuviera disgustada. La gente perfecta no llora. Llorar está feo.

—¿Simpatizas con Byron? —musité—. ¿Y con lo que hizo Filipa?

—Yo... no. Byron es una asesina. Su causa... ¿podemos llamarla así? Causa es una palabra justa, una palabra que implica...

—¿Tener un motivo suficiente?

—Eso es precisamente lo que falta.

—Agustin Carrazza —repetí con firmeza—. Le gusta salir a correr.

Solo hicieron falta tres días para localizar al profesor desaparecido.

El error que cometió rayaba con la estupidez. Había accedido a su colección de música desde un ordenador en Guatemala, tras haber llegado a la conclusión, quizá, de que valía la pena comprometer su ubicación para descargar varios miles de dólares en canciones almacenadas en la nube.

Gauguin viajó a Guatemala al día siguiente. Yo iba en el mismo avión, pero compré el billete por mi cuenta. Un acercamiento discreto, ligero y sutil.

Gauguin llegó a la casa de Agustin Carrazza a las diez de la noche, en mitad de una tormenta. Llamó a la puerta tres veces, esperó, llamó otras tres.

—¡Ya voy, ya voy! —bramó el profesor, y cuando abrió la puerta, ahí estaba, con un chaleco blanco, unos pantalones cortos beis y unas chanclas moradas. Se había dejado crecer el pelo y la barba.

Gauguin sonrió.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

Permaneció veinte minutos dentro de la casa, y, dos días después, regresó acompañado.

Luca Evard sonrió, asomado a la ventana de la cocina mientras Agustin le preparaba un café, y dijo: «No, Interpol, la investigación se ha ampliado, un posible vínculo entre Meredith Earwood y los ataques de Venecia, supongo que habrá visto las noticias, supongo que se habrá enterado...»

No, no sabía nada, respondió Agustin, nada de nada.

Escuché la conversación a través del micrófono que había instalado en la lámpara de la cocina de Agustin. Habría puesto más: en el teléfono, los radiadores, el ordenador, el reverso del televisor... Pero Gauguin se me adelantó;tenía micros por toda la casa, así que me tuve que conformar con eso.

Luca se mostró amable y persuasivo, fue desgranando poco a poco informes sobre las asociaciones entre Agustin y Meredith Earwood, las conexiones que se estaban empezando a probar, las ventajas de cooperar, la oportunidad de ayudar a resolver el caso. El profesor era un experto, sí, un experto, así que sus contribuciones resultarían muy útiles... ¿Y por qué se había mudado a Guatemala?

Por la gente, repuso Agustin con brusquedad, y, durante el silencio que se produjo a continuación, me imaginé el gesto paciente que habrían adoptado tanto Luca como Gauguin, las sonrisas de dos hombres que saben que su objetivo ha cometido un error, que se va a venir abajo. Pero no dicen nada, no mueven ficha, solo esperan a que el otro se abra como una prímula, a que despliegue los pétalos de su verdad y muera con la luz el día.

—Un café estupendo, gracias —dijo Luca, cuando se marcharon —. Ya entiendo por qué le gusta vivir aquí.

Observé desde lejos a Luca y a Gauguin mientras iban de camino al coche, y los seguí hasta la ciudad en una moto robada. En una cafetería repleta de flores moradas, me senté a dos mesas de distancia y escuché a Gauguin decir:

—Creo que he estado colaborando con Porqué.

Luca no respondió.

—¿Supone un problema? —añadió Gauguin, para romper el silencio—. Quería decírtelo, pero si hay algún problema...

—Ninguno —se apresuró a responder—. No hay ningún problema.

Gauguin removió el azúcar de su café, asintiendo con la cabeza, después alzó la mirada y me vio. Un ligero sobresalto, un estremecimiento mientras me contemplaba. ¿Sería yo la mujer de la que estaban hablando? Se llevó la mano al bolsillo, por acto reflejo, pero después cambió de idea y volvió a apoyarla sobre la mesa.

Luca Evard regresó a Suiza a la mañana siguiente, y yo dejé que se fuera.

Cosas que soy:

Soy mis piernas mientras corro bajo la lluvia.

Soy la oscuridad, quebrada.

Soy la sombra de una figura bajo la luz.

Soy una perturbación en los sueños de un hombre que hoy ha perdido su empleo, que se revuelve de un lado a otro en su duermevela, mientras se pregunta ahora qué, ahora qué, ahora qué, y entonces le parece oír a una mujer que pasa corriendo a su lado, se da la vuelta y lo olvida.

Soy un producto de la fantasía de una mujer que contempla la ciudad desde la ventana de su cocina, ese laberinto de líneas telefónicas y cables eléctricos que se hilan y se entrecruzan sobre las calles como si fueran la tela de una araña ciega de LSD

la mujer mira y ve las luces de la ciudad, por un momento cree estar contemplando un mundo de posibilidades infinitas, de vidas infinitas, de corazones tan reales como el suyo, pensamientos tan nítidos, latiendo, viviendo, desplazándose a contraluz

y entonces mira hacia abajo

y me ve

y yo la saludo

y ella me devuelve el gesto; se produce un instante de conexión, dos desconocidas que se convierten, por un momento, en la misma persona

aunque yo sigo corriendo

y ella lo olvida

pero yo no.

Soy un recuerdo; soy la suma de mis recuerdos.

Soy la suma de mis actos.

Soy los pensamientos para el futuro.

Evocaciones del pasado.

Soy este momento.

Soy el ahora.

Por fin creo que sé lo que significa eso.

Tres horas después de que Luca saliera de Guatemala, Gauguin me

llamó desde un móvil de prepago.

—¿Eres Porqué? —preguntó.

—Sí.

—Agustin Carrazza acaba de llamar a un número de Londres. Está intentando contactar con Byron. Tengo una nota que dice que querrías saberlo.

Gauguin se explica.

Carrazza llama a un número de Londres, responde un hombre desconocido.

El número pertenece a un bufete de abogados en Wapping, a pocas calles del río. Allí, un joven con una camisa blanca y gemelos con forma de cabeza de perro anota el mensaje de Carrazza, dobla el papel hasta formar un cuadradito perfecto, coge el tren ligero hasta la Isla de los Perros, cruza el pasadizo peatonal que hay por debajo del río, pasea hasta Greenwich Market, compra unas empanadillas chinas en un puesto, se las come con la mano, toma el sendero que bordea la colina, llega hasta el observatorio que hay en lo alto y, finalmente, se mete en una cabina telefónica, una de las pocas que quedan en Londres.

Inserta unas monedas.

Marca.

Dice:

—Los mejores días de la vida los vivimos juntos, los peores los pasé en soledad.

Si hay alguien al otro lado de la línea, no responde.

—Tu primo te manda saludos desde Trieste —añade, y, a continuación, lee en alto el mensaje de Carrazza.

Cuando termina, cuelga el teléfono, se mete las manos en los bolsillos, agacha la cabeza para guarecerse del viento y se va.

CAPÍTULO 100

Un teléfono en Greenwich.

En el plazo de tres horas, Gauguin había conseguido toda la información que necesitaba sobre ese teléfono, el número que había marcado y el joven de los gemelos caninos.

Esto fue lo que dijo el tipo de los gemelos: «Oh mierda mierda joder mierda yo solo cogí el teléfono, tío, no he hecho nada más, joder. Por favor, solo era un trabajo, un trabajo fácil, yo no quería...»

Esto fue lo que dijo Gauguin: «Tranquilo. No te va a pasar nada. Respira, ¿vale? Quiero que sigas respondiendo al teléfono y que luego me lo cuentes todo.»

Un teléfono en el suelo de un cuarto de estar en Morningside.

Un simple teléfono, apoyado sobre su horquilla en mitad de la habitación.

En la calle: nieve. La nieve gris de Edimburgo que no estaba lo bastante fría como para cuajar, aún no, y menos sobre esos adoquines, aunque empezaba a amontonarse sobre los coches, a cobrar cuerpo entre las sombras. En la habitación también hacía frío; formaba parte de un apartamento próximo al Observatorio que no se había caldeado desde hacía meses.

—La alquilé hace nueve meses —dijo la casera, refunfuñando—, y siempre me pagaba a tiempo, así que si solo quería tener dentro un teléfono quién soy yo para oponerme. ¡Nunca había fiestas, ni ruidos, ni problemas con la factura de la electricidad!

Gauguin miró a la casera sin decir nada, y la casera se marchó.

—¿Es aquí? —pregunté.

—Redirigió la llamada desde Londres... pero no sabemos adónde.

—¿Y no podéis...? —Aleteé los brazos, como diciendo: «Venga, ¿de verdad que no podéis?»

Gauguin apartó la mirada.

—Algún lugar de Escocia —murmuró.

Abrí la boca para decirle que se fuera a tomar por culo, que se fuera todo a tomar por culo a la mierda atravesar el desierto a la mierda súbete a un puto tren...

y me contuve.

Esperé a que se asentara el silencio, algo para lo que antes habría contado hacia atrás desde diez.

Luego me marché.

CAPÍTULO 101

Un paseo por Edimburgo. La última vez que estuve allí robé la hebilla del cinturón de Mary Stewart, por darme el gusto, y me la quedé hasta que el Museo de Escocia accedió de mala gana a pagar 12.000 libras para recuperarla sana y salva; todo muy discretamente, desoyendo los consejos de la policía de Lothian.

Comenzó a nevar con más fuerza mientras paseaba. Subí por Morningside, pasé por delante de varias tiendas que vendían ovillos de alpaca y patucos para bebés, frente a librerías de segunda mano y salones de belleza: 95 libras por cortarse el pelo, 130 si querías la experiencia de spa completa. Pasé frente a proveedores de baratijas y chuminadas, frente a locales de ventosaterapia y tratamientos para el cerumen, frente a los aromaterapeutas que pueden curarte el síndrome del colon irritable, las escuelas de yoga para la gente guapa que quiere buscarse a sí misma a base de estiramientos, las tiendas de yogures orgánicos y los distribuidores de la mejor tela escocesa del país, fabricada en Filipinas. Me entraron ganas de prenderle fuego a todo. El yogur está bien, el yoga está bien, pero eso no es yogur, es la experiencia del yogur orgánico, pruébalo y siéntete bien. Sé hermoso. Sé perfecto.

Me entraron ganas de prenderle fuego a toda la puta ciudad.

Seguí caminando hasta que llegué a Bruntsfield Links, donde la nieve estaba consumiendo los últimos restos de calidez del día y comenzaba a cuajar sobre la hierba. Solo quedaba un golfista cerca de la iglesia presbiteriana, una última muestra de pasión escocesa por el deporte que ni siquiera la caída de la noche logró refrenar.

Seguí caminando, el castillo se alzaba a mi izquierda, y los bloques de apartamentos de Newington, más altos y apiñados, se alzaban a mi derecha. Al cabo de un rato me di cuenta de que estaba contando mis pasos, así que me quedé quieta en mitad de la calle y lancé un chillido cargado de rabia y frustración. La gente se dio la vuelta para mirarme, pero yo seguí gritando hasta que me sentí mejor, después seguí caminando.

Había reservado una habitación en el mismo hotel donde se alojaba Gauguin, pero luego la cancelé.

—Mañana van a acusar formalmente a Filipa —murmuró—. El dinero... se está acabando. La gente ya no responde a mis llamadas, y ella... ya sé que no es la misma de siempre, pero ella... Sé que no servirá de mucho, pero tendría que estar presente para el último acto, tendría que...

Dejó la frase a medias. Era un hombre sombrío, que se había

pasado la vida persiguiendo sombras y no había encontrado ninguna luz durante el proceso.

Me trasladé a una residencia de estudiantes, al pie de los acantilados.

Alcé la mirada hacia Arthur's Seat, me planteé escalarlo, me puse a pensar en la nieve y el hielo, sentí cómo se ponía el sol, cobijada en la calidez de mi pequeño cuarto de estudiante, con su escuálida moqueta y su mesa de contrachapado, y me sentí como en casa. Aquello era mejor que un hotel: durante el curso académico la gente vivía allí, trabajaba allí, follaba allí, comía alubias con tomate, pegaba pósteres en la pared, dejaba restos de pasta de dientes en el lavabo, pasaba penurias y echaba raíces. Casi podía cerrar los ojos y fingir que aquello era una especie de hogar.

Encendí un portátil, me conecté al wifi, que iba muy lento, descargué todas las notas y todas las fotos que tomé de Byron durante el tiempo que estuve en contacto con ella, y empecé de nuevo.

Conocimiento.

¿Qué podía hacer con ese lugar, dentro de mí, donde residen las experiencias? Lágrimas de alegría, carcajadas de júbilo, el agobio del trabajo, el calor de los amigos, el amor de la familia, las expectativas del mundo... ¿Qué podía hacer con ese lugar que nunca había sido colmado?

Lo llené de conocimientos.

Y, a través del conocimiento, me encontré a mí misma.

Puede parecer que se trata de un vacío intelectual en el lugar donde debería estar el corazón, pero si miras bien encontrarás...

Los discursos de Martin Luther King.

No nos revolquemos en el valle de la desesperanza... Hoy les digo a ustedes, amigos míos... Sueño que algún día los valles serán cumbres, y las colinas y montañas serán llanas, los sitios más escarpados serán nivelados y los torcidos serán enderezados.

La historia del Taj Mahal. Shah Jahan lo erigió en honor a su esposa.

Si el culpable de algún delito busca cobijo aquí, al igual que quien ha sido absuelto, quedará libre de pecado. La visión de esta mansión provoca suspiros de tristeza, y el sol y la luna derraman lágrimas desde sus ojos.

La Agencia Espacial Europea lanzó la sonda Rosetta en marzo de 2004, que despertó diez años después tras un viaje de seis mil millones de kilómetros para lanzar un módulo de aterrizaje sobre un cometa que orbitaba a 15.000 km/h alrededor del sol.

Tras matar a cientos de millones de personas a lo largo de la historia, la viruela fue erradicada en 1980. Antes de que Edward

Jenner probase su primera vacuna para la viruela del ganado, antes de que Lady Mary Wortley Montagu maravillase a los galenos otomanos del siglo XVII infectando a sus propios hijos con el pus de una costra de viruela, una monja budista en una montaña de China probó sus propias vacunas, triturando las costras de la viruela y soplándolas ante la nariz de sus pacientes, convirtiéndose en una precursora anónima de la vacunación.

«Defiende tu derecho a pensar, porque incluso pensar de manera equivocada es mejor que no pensar.» Hipatia de Alejandría, filósofa, matemática, astrónoma. Murió durante el incendio de su biblioteca.

Buscar feminismo en Google:
el feminismo

- *está mal*
- *es para todo el mundo*
- *es malo*
- *es sexista*
- *es una ideología radical*
- *está destruyendo América*

¿Qué es el conocimiento?

Es inspiración. Es una llamada a la batalla. Es el recordatorio de que no hay nada que no se pueda conseguir. Es la humanidad en todas sus formas, dentro de mi corazón.

Byron estaba en Escocia.

Estaba segura de ello, y, como estaba tan convencida, me puse a revisar cada archivo, cada nota; todo lo que tenía sobre ella.

«Vivo sola en un lugar al que nunca viene nadie. Trabajo sola. Paseo por la orilla del mar, voy a las tiendas y oculto mi rostro. Esquivo las cámaras, viajo con un pasaporte falso, no hago amigos, no necesito compañía. Mi trabajo es lo único que importa. Daría mi vida por verlo terminado.»

La cuenta bancaria con la que había alquilado un piso en Morningside se abrió con dinero en efectivo y un carnet falso. El carnet falso procedía de la red oscura; era difícil de rastrear, ni siquiera los falsificadores tienen por qué saber a quién se lo están vendiendo, siempre que les paguen lo convenido.

Archivos y callejones sin salida, registros telefónicos que no conducían a ninguna parte, rastros de documentos que terminaban en nada. Gauguin me enviaba mensajes, dónde estás, estás ahí, nos vamos a marchar, nos marchamos. El martes van a iniciar el proceso contra Filipa, tengo que estar presente. ¿Vendrás? ¿Estás ahí? (¿Eres real?)

Vi en la tele las crónicas sobre las primeras sesiones del juicio por

la masacre del 206, en Milán. Filipa sonreía ante las cámaras, aparentemente ajena al hecho de ser la principal sospechosa, y Gauguin aparecía en segundo plano, llevándola de la mano mientras subían por las escaleras del juzgado. ¿Dónde estaban ahora sus abogados, su maquinaria de relaciones públicas y los ayudantes que le sostenían la puerta? Todos habían salido huyendo a medida que Prometeo moría.

Una semana, otra, leyendo, planeando, buscando, Byron, Byron, ¿dónde estás?

Se creó una comisión en Estados Unidos y otra en Bruselas para investigar Perfección. En palabras del director de la comisión estadounidense: «No solo América, sino todas las naciones del mundo sufrieron una pérdida cuando las víctimas del 206 fueron atacadas y masacradas de ese modo tan atroz, así que el deber de cualquier nación amante de la libertad es investigar a fondo estos sucesos.»

En palabras de Fox News: «Sí, bueno, es posible que Perfección te esté reprogramando el cerebro.»

(Y a los diez minutos: «Esta noche formulamos la siguiente pregunta: ¿es el islam una religión violenta e incompatible con el estilo de vida americano?»)

Al final, me centré en las gafas de Byron. ¿Cuándo las había fotografiado? En Corea. La primera vez que me colé en el cuarto de Byron, saqué fotos de todas sus pertenencias. Puede que esas gafas fueran mi mejor pista.

Compré un mapa de Escocia en la tienda del sindicato de estudiantes, lo clavé en la pared de mi cuarto. Señalé con un punto todas las ópticas del país. No había tantas como temía, sobre todo al norte de Dundee. Un par de cientos, a lo sumo.

Imprimí fotos de Byron; desde diversos ángulos, en diversas épocas.

Imprimí una foto ampliada de sus gafas.

Imprimí en una cartulina plastificada una razonable imitación de una tarjeta identificativa de la policía de Lothian, y luego compré una insignia antigua que parecía lo bastante convincente como para pegarla en mi cartera y mostrarla ante las narices de un desconocido. ¿Cuánta gente sabría qué aspecto tiene una identificación de verdad?

Dejé mi habitación en la residencia después de un desayuno compuesto de alubias con tomate, huevos fritos, salchichas, beicon, patatas fritas y un vaso de leche fría, y tras echarme al hombro la mochila donde llevaba todas mis posesiones terrenales, partí en busca de oculistas.

CAPÍTULO 102

En Edimburgo, la pobreza está cuidadosamente disimulada, replegada por el aburguesamiento hacia las torres de apartamentos y las viviendas de protección oficial, lejos de la vista, del pensamiento, la limpieza de las calles, el traqueteo miserable del tranvía en dirección a Leith, la propagación de lujosos cochecitos de bebé.

Había cuarenta y dos oculistas a los que visitar, y solo veintinueve se molestaron en mirar mi identificación, en preguntar por la naturaleza de mis pesquisas. Los demás se limitaron a mirar la foto de las gafas, la foto de la mujer que tenía en la mano, y a decir no, no, no. Aunque hubiera pasado por aquí, nosotros no vendemos esa clase de montura. No importa, no me parecía probable que se hubiera graduado la vista en Edimburgo. Byron habló de una cabaña, de la soledad, del mar... Pero quise ser concienzuda. Estaba decidida a revisar todas las opciones.

En una tienda moderna con los estantes atiborrados de gafas, una mujer con unas piernas interminables y un cuerpo diminuto, puesto en equilibrio sobre esas protuberancias con tacones altos, negó con la cabeza y dijo:

—Es un modelo muy del año pasado, ¿no crees?

Lo decía en serio, me miró con recelo al ver la expresión que se había dibujado en mi rostro, y añadió:

—En fin, hablo en términos de lo que venderíamos nosotros, ¿vale?

Empezó a ruborizarse, al demostrar que decir estupideces era una parte fundamental de su trabajo.

En Leith, un tipo con una piel oscura propia del sur de Asia y un turbante en la cabeza chasqueó la lengua y dijo:

—Ah, una mujer desaparecida. Mi madre desapareció hace unos años, pero desgraciadamente la volvimos a encontrar.

En el aeropuerto de Edimburgo había una óptica al otro lado de la aduana. Compré un billete para Londres, crucé la frontera, entré en la tienda, no descubrí nada, y enseñé mi placa policial para salir por el otro lado.

Robé un coche del aparcamiento del aeropuerto para largas estancias y conduje hasta Livingston, Bathgate, Armadale, Whitburn. Los acentos a lo largo de la frontera, en Lindsay y Jedburgh, son más marcados e impenetrables que en Edimburgo, como si, al estar tan cerca de Inglaterra, esos pueblecitos hubieran jurado ser más escoceses que la falda de cuadros, blandiendo su identidad cultural a modo de escudo y espada. ¡Que os den, ingleses!

En Jedburgh me tomé un té con bollos junto a un riachuelo que

discurría por un valle cubierto de nieve. El carnicero de la acera de enfrente había ganado el premio a «Los mejores *haggis* de Escocia» durante casi diez años consecutivos, salvo por una rara ocasión en la que quedó en segundo puesto. El carnicero llevaba puesto un delantal blanco, una camiseta a rayas blancas y rojas y un sombrerito de paja. Cuando entró a tomar el té, la nieve se había aferrado al ala de su sombrero y tenía la nariz colorada.

En Hawick me refugié de las inclemencias del tiempo en un pub donde alquilaban habitaciones, y le hablé a la mujer del mostrador del viaje que estaba realizando por el sur de Escocia siguiendo el curso de un río, desde el mar hasta Teviothead, donde se acababa dispersando entre las colinas.

La mujer me sirvió vino caliente con especias y dijo:

—¿Y qué ha hecho esa mujer a la que está buscando?

—Se le busca por su relación con la investigación de un homicidio.

—¿De veras? ¡Pero si parece inofensiva!

—Creemos que ayudó a matar a toda esa gente en Venecia.

—No... ¿lo del 206?

Todo el mundo se había enterado de lo del 206, incluso en Hawick, con sus competiciones florales y sus jardineras vacías a la espera de que llegara la primavera, con su monumento a los niños soldados que ahuyentaron a los invasores ingleses, con sus casas de apuestas y el suave traqueteo de sus fábricas textiles, con su orgullo por ser como eran... incluso allí.

—¿Sabe? Me parece increíble lo que esa gente se hizo a sí misma —musitó mi anfitriona, mientras el olor de la chimenea se extendía por el pub y un hombre con el cabello muy rubio maldecía a las dos cerezas que aparecieron en la máquina tragaperras—. Me refiero a esas cosas que contaron: someterse a cirugía, incluso cerebral, vivir su vida en base a los dictados de una máquina, comprar todo lo que les decía esa aplicación... ¿y para qué? ¿Para ser perfectos? ¿Cuándo se nos olvidó que tenemos que querernos tal y como somos? Eso es lo que me gustaría saber.

Sonreí, con los labios pegados al borde de mi taza, y me pregunté si esa mujer sabría lo que era amarse a uno mismo; perdonarse a uno mismo, estar en paz con uno mismo, o si esas palabras serían también un simple producto de otro algoritmo que lanza frases prefabricadas al vacío. Quiérete, susurra Perfección, perdónate... Ten, toma un descuento de cinco libras para tu primera sesión para aprender a quererte, y podrás sumarte dos mil puntos más si completas el curso...

En Newton Stewart dediqué un día a pasear por la zona, subí hasta el bosque, contemplé el paisaje formado por pinos y matorrales, encontré

un obelisco de hormigón erigido en el punto más alto, me senté a solas a comer sándwiches de mermelada con mantequilla de cacahuete, conocí a un paseador de perros a la vuelta que me preguntó de dónde venía.

De por ahí, le respondí. Ya no me fijo demasiado en por dónde me llevan mis pasos.

El ferry que conducía a la isla de Arran salía de Ardrossan. El mar estaba revuelto y embravecido, el cielo gris, el viento aullaba así que tuve que quedarme en Brodick a pasar la noche. Recorrí el pueblo de punta a punta en veinte minutos, en el hostal me dijeron que no quedaban habitaciones, dormí en el asiento trasero de mi coche y me despertó a medianoche una gaviota, que aterrizó con fuerza, con su cuerpo blanco y rollizo, sobre el techo metálico. Me salía vaho por la boca y la óptica no abrió por la mañana, así que conduje alrededor de la isla y comí pescado con patatas en Blackwaterfoot, después fui a una perfumería y me apunté a la visita guiada, donde me ofrecieron una explicación de todos sus productos (olores florales, frutales, leñosos y fecales, sí, he dicho fecales, la nota de salida capta la atención y luego los aromas más intensos la mantienen; el ámbar gris no es otra cosa que caca de ballena), les di las gracias, dije que había sido muy interesante, me comí un huevo de pato para desayunar a la mañana siguiente y finalmente fui a ver al oculista, que me dijo que no, que nunca había visto a esa mujer, lo siento.

Tomé el ferry de vuelta a Ardrossan, luego volví a cruzar las aguas hasta Campbeltown y emprendí la ruta por esa angosta extensión de terreno hacia las tierras altas del norte.

Un mes, dos coches robados más.

Me alojé una noche en un hotel con spa a orillas del lago Tay, porque apestaba, porque hacía semanas que no me lavaba la ropa, porque me pesaban los ojos y me dolía la espalda. Me costó más de lo que había gastado durante los últimos cuatro días de viaje, pero pude correr por la orilla septentrional del lago —once kilómetros hasta la mitad del trayecto, luego otros once de vuelta—, y después me metí en la sauna y estiré todos los huesos hasta hacerlos crujir, llevé mi ropa a la lavandería y me senté con un pijama prestado del hotel y una bata a ver cómo giraban y giraban las prendas dentro de la lavadora. Al día siguiente tomé arándanos para desayunar y hablé con un matrimonio de septuagenarios —el marido había sido neurocirujano y la mujer cirujana cardiovascular—, que se habían casado en Glasgow después de la Crisis de los misiles en Cuba, y ahora venían a este lugar una vez al año, sin faltar a la cita, para pasear

entre los matorrales antes de que brotasen las flores moradas.

—Hay personas a las que les resulta deprimente —dijo la mujer —, pero yo creo que hay cierta belleza en este paisaje tan yermo. Te ayuda a recordar que ocupas un lugar, que tu presencia es importante.

—¿Se enteraron de lo del 206? —les pregunté, y el neurocirujano chasqueó la lengua y dijo que sí, que menuda tragedia.

Qué desperdicio de vidas. Qué desperdicio de sueños. Qué desperdicio... de todo, en general.

—Hoy en día ofrecemos soluciones para todo —añadió la mujer —. Incluidas cosas que en el fondo no hace falta arreglar.

Aquella mañana arreció la nevada, para regocijo del matrimonio. Se calzaron sus mejores botas de montaña y salieron a la calle, cogidos de la mano, rumbo a la orilla del lago.

Les dije adiós con la mano y me fui en coche a Perth.

Un mes que se convirtió en dos.

La prensa perdió el interés en el caso del 206 después de haber rumiado todos los detalles, de haber exagerado y analizado cada imagen.

«Escenas perturbadoras», decía el presentador, «no aptas para espectadores sensibles», sí, por favor, estamos deseando devorarlas con los ojos ñam ñam ñam.

Filipa fue confinada en una institución mental, luego la liberaron casi de inmediato, y, finalmente, la volvieron a encerrar. Lo mismo pasó con otros cuantos supervivientes.

—Está claro que esos individuos no estaban en sus cabales cuando perpetraron esas atrocidades —dijo un experto legal, traído desde la Universidad de Bolonia—. La cuestión parece evidente... de no ser porque los miembros del 206 eligieron voluntariamente alterar su química cerebral. ¿Los convierte esa decisión en culpables? Eso es lo que estarán discutiendo los abogados...

Un rápido ejercicio matemático.

Cinco abogados para formar un equipo legal, 200 libras la hora, ocho horas al día, cinco días a la semana, un año de juicio. Total: 2.080.000 libras al año en costas legales, como mínimo. Cuenta la leyenda que el equipo que defendió a O. J. Simpson se embolsaba 20.000 dólares al día.

Sueldo medio mensual en:

- Estados Unidos: 3.263 dólares
- Turquía: 1.731 dólares
- Kazajstán: 753 dólares

- India: 295 dólares
- Pakistán: 255 dólares

PIB, según el Fondo Monetario Internacional:

- Gambia: 850.000.000 dólares
- Yibuti: 1.457.000.000 dólares
- Apple Inc.: 182.795.000.000 dólares

Fondos donados para combatir el brote de ébola de 2014-15:

- Estados Unidos: 466.000.000 libras
- Banco Mundial: 248.000.000 libras
- Banco Africano de Desarrollo: 91.000.000 libras
- Alemania: 81.000.000 libras
- Fundación Gates: 31.000.000 libras
- China: 20.000.000 libras
- Mark Zuckerberg: 16.000.000 libras

Encendí la radio.

—¡Eh, Macarena!

Seguí conduciendo al amparo de la noche.

CAPÍTULO 103

Al tercer mes de viaje por carretera a través de Escocia, a bordo de mi decimotercer coche robado, tomé el ferry que iba de Ullapool a Stornoway, salí a la cubierta trasera, percibí un olor a primavera, sal, tubos de escape y cerveza barata, vi cómo la tierra se iba alejando del barco, dejé que el viento me alborotara el pelo, y me sentí

bien.

Nada de ira, ni frustración, solamente el mar abierto.

En Stornoway (población, 9.000 personas; equipos de fútbol: Stornoway Athletic vs. Stornoway United, rivales acérrimos), recorrí los doscientos metros que separaban el muelle de la primera óptica, abrí la puerta acompañada del tintineo de una campana, saqué mi foto arrugada de Byron, la de sus gafas, mi identificación policial, y dije:

—Estoy buscando a...

—¡A la señora MacAuley, sí!

El óptico, un hombre jovial con la barbilla cubierta por una mata de pelo blanco y unas cejas que asomaban de su rostro como si fueran dos paraguas canosos, hizo visera con la mano para proteger sus ojos de la lluvia y del sol, y se quedó mirándome en silencio, con los ojos muy abiertos y una expresión de curiosidad, ya que era un hombre que no estaba acostumbrado a los forasteros, y menos aún a un miembro de la policía de Lothian llegado desde tan lejos.

Se asentó un silencio entre nosotros durante mucho, mucho rato, hasta que finalmente exclamó:

—¿Se le ha comido la lengua el gato?

—Espere un momento —dije, y salí de la tienda.

Di una vuelta a la manzana, conté hasta cien y volví a entrar y lo intenté de nuevo, con la placa en la mano.

—Hola —dije—. Estoy buscando a la señora MacAuley.

—Ah, sí —dijo el óptico, amigable, curioso, viéndome por primera vez—. Viene aquí a por sus recetas.

Sostuve en alto la placa policial.

—Estoy investigando una suplantación de identidad —dije—. Creemos que la señora MacAuley pudo ser víctima de este caso.

—Está muy lejos de su casa.

—Es una investigación a gran escala. Los ladrones se han dispersado mucho. Es posible que algunas de sus víctimas ni siquiera sepan que utilizaron sus datos para cometer delitos.

—¿Qué clase de delitos?

—Estafas al seguro, sobre todo.

—¿Y dice que la señora MacAuley podría ser una víctima? ¿Para qué querría alguien suplantarla?

No negó ni cuestionó mi premisa. Simplemente era un hombre que pasaba mucho tiempo solo dentro de una tienda, hablando para sus adentros, y que ahora estaba hablando en voz alta, rumiando un misterio.

—¿Puede ayudarme a encontrarla? —pregunté—. ¿Sabe dónde vive?

—Sí, claro. Debo de tener su dirección apuntada por aquí.

Encendió la pantalla de un ordenador, un cacharro viejo y ruidoso al que le costaba Dios y ayuda procesar las palabras que escribías en el teclado.

—Aquí está. Hay un buen trecho, ¿conoce la zona?

—Podré encontrarlo.

—Yo no me fiaría de su móvil, si eso es lo que estaba pensando. Por aquí no hay mucha cobertura.

—Tengo un mapa —repuse, mientras anotaba la dirección—. Me las apañaré.

—Buena suerte, entonces.

—Gracias.

Ya está. La había encontrado.

CAPÍTULO 104

Conduje como si estuviera soñando.

No alcanzaba a decidirme: ¿ese paraje era hermoso o deprimente? ¿Lo deprimente es hermoso?

Rocas grises que sobresalían entre las briznas de hierba, apuntando hacia un cielo del mismo color.

Un árbol marchito, tumbado por el viento, extendía sus ramitas renegridas como si fueran garras hacia una pequeña porción de hierba amarilleada que crecía en mitad de la nada.

Torres de alta tensión que se desperdigaban por la cima de una colina.

El agua de un estanque, o de una piscina natural, o de algún cúmulo de agua que cambiaba tan a menudo con el paso de las estaciones que nadie se había molestado en ponerle nombre. Se había extendido sobre la carretera, cubriéndola hasta la mitad de las ruedas de mi coche. Circulé despacio, escuchando el chapoteo del vehículo, y volví a acelerar cuando llegué al otro lado, rumbo hacia una pequeña granja abandonada.

Llanuras desvaídas, parajes vacíos. A veces, el terreno se elevaba de repente para luego desplomarse con la misma brusquedad. En su mayoría estaba erosionado por el agua, salpicado con sal que se había precipitado tierra adentro como si Poseidón se hubiera dedicado a achicar agua con cubos.

Rocas caídas desde las colinas. ¿Cómo habían llegado hasta allí? Dientes blancos y afilados, como una catedral resquebrajada por las inclemencias del tiempo, cubriéndose de musgo amarillento en medio de ninguna parte.

Una cabaña con forma de colmena, —ninguna carretera llegaba hasta su puerta, tampoco el tendido eléctrico—, ofrecía vistas a un lago, al extremo de la bahía donde se topaba con el mar, un apéndice hecho de tierra y barro.

¿Era un lugar hermoso?

¿Era el fin del mundo?

Cuando cayó la noche busqué cobijo en un caserío. El número me lo dio una mujer que me vendió una empanada de carne (¿qué clase de carne? No, mejor no me lo diga), desde una camioneta aparcada a un lado de la carretera.

¿Tiene muchos clientes?, pregunté.

La gente viene a verme expresamente, respondió ella, mientras resonaba la radio que tenía detrás.

¿Sabe dónde puedo pasar la noche?

Pruebe con los MacKenzies, respondió. Tienen una habitación para alquilar.

La habitación costaba 10 libras la noche, y la mujer del caserío me dio una manta adicional, «ya que, seguramente, no estará acostumbrada al frío».

Una araña tejía pacientemente su tela en un rincón de la habitación, tan acostumbrada a la soledad que le costó procesar la presencia de un ser humano en su guarida. Me agaché para cruzar la puerta del baño, me senté en la taza y me quedé mirando el bordado que estaba colgado en la pared, que decía:

E IRÁN ESTOS AL CASTIGO ETERNO, MAS LOS JUSTOS A LA VIDA ETERNA.

No tenía cobertura en el móvil, pero me dejaron usar su teléfono.

Hice una llamada, breve y concisa, les di las gracias por su hospitalidad y me fui a la cama.

Me desperté al amanecer, porque mi anfitriona se dedicó a pasearse bajo mi ventana pegándoles voces a sus patos.

Los patos graznaron, ella les graznó a su vez, y los animales se congregaron a su alrededor mientras la mujer les arrojaba comida, exclamando: ¡cuac cuac cuac! Cuac cuac cuac, graznaron los patos, al unísono. Me acerqué a ella y le dije:

—Hola, acabo de llegar. ¿Puedo desayunar aquí?

Había un gato perezoso junto a la estufa de la cocina, acurrucado en una mecedora solitaria, con un ojo abierto, retando a cualquiera a que intentara sacarlo de allí, del rincón más calentito de sus dominios. Guardé las distancias, pero la mujer le lanzó una mirada furibunda y el gato se largó, presintiendo que tenía la batalla perdida de antemano.

—¡Come, hombre, come! —exclamó al verme titubear, así que me puse a comer el pan casero y la miel casera, recolectada de las colmenas antes de que las abejas murieran con la llegada del invierno, y la mujer puso la radio a tope, empezó a fregar los platos y no cruzamos palabra. Tampoco vi a su marido.

Cuando acabé de desayunar, mientras me dirigía al coche, me preguntó:

—¿Adónde se dirige?

—Al final de la isla.

—De vacaciones, ¿no?

—No. Voy a ver a una amiga.

—¿Una amiga? —repuso ella, chasqueando la lengua—. Bueno, ahora lo llaman así.

No le pregunté qué era lo que ahora llamaban así, ni si era algo

bueno o malo, pero le di las gracias por el desayuno y encendí la calefacción del coche antes de montarme y largarme de allí.

El cielo gris se diluía.

La hierba se entreveraba.

Un cuadro abstracto donde los colores se entremezclaban.

Donde se desdibujaban a cada pasada del pincel, de derecha a izquierda por el desplazamiento del coche, de izquierda a derecha por el viento que soplaba del mar.

Los pies en los pedales, una mano en el volante; no tenía carnet pero sabía conducir, era una habilidad básica de supervivencia, una disciplina. Mi padre se pondría furioso si supiera que una hija suya estaba quebrantando la ley, pero mi madre lo habría entendido.

Cuando cruzas el desierto tienes que hacer lo que sea necesario, diría. Los rituales que realizas, la devoción que demuestras, son lo que te vincula contigo misma. Si no los tienes, si no los has encontrado en tu interior, no eres nada, y el desierto lo cubre todo.

Estoy orgullosa de ti, diría mi madre desde el asiento del copiloto, sonriendo mientras contempla el cielo encapotado. Estoy orgullosa de ti, Hope Arden.

Gracias, mamá. Eh... ¿mamá?

¿Sí, cielo?

Cuando viste el final del desierto, ¿qué sentiste?

¿Sinceramente? Me sentí triste por dejar el desierto atrás. Pero seguí adelante de todos modos.

Una cabaña a orillas del mar.

Aparqué al inicio de un camino demasiado estrecho como para meter el coche por él. ¿Cómo te las arreglas para transportar muebles hasta esa casa?, me pregunté, mientras avanzaba en dirección a los ecos de las olas que rompían sobre una playa pedregosa.

Los cargas tú mismo, respondí. Les pides ayuda a tus amigos y lo hacéis entre todos.

Una casa de piedra de dos pisos, con tejas de pizarra en el tejado, liquen amarillento aferrado a las paredes, ventanas cuadradas y diminutas, desgastadas por la sal, con unos vidrios que empezaban a desprenderse. Una puerta blanca. Un gato de cerámica pegado a la pared, por encima del llamador, vetusto y maligno. Unos hierbajos asomaban entre los ladrillos. Cortinas de encaje cubriendo las ventanas. Una luz encendida en una habitación del piso de arriba. Un pozo situado a cincuenta metros de distancia implicaba que, en algún momento no demasiado remoto, se habían extendido cañerías y electricidad por el subsuelo, protegidas de la furia del viento.

Llamé con la aldaba de hierro que sonreía por debajo de mis dedos.

Toc toc.

Esperé.

Se encendió una luz en el vestíbulo, aunque era de día, por la mañana, si bien el cielo estaba tan cubierto que proyectaba unas sombras que se volvían más densas de puertas para adentro.

Una sombra pasó frente al resplandor que se filtraba por el marco de madera. Se descorrió un cerrojo, se retiró una cadena.

La puerta se abrió.

Byron me observó desde el interior de aquella casa caldeada por una chimenea y dijo:

—¿Sí?

Se le había acentuado el deje escocés por el tiempo que llevaba en la isla. Me miró con curiosidad, sin reconocerme.

—Hola —dije—. Me llamo Hope.

Un instante.

Un recuerdo.

No se acordaba de mí, pero puede que sí recordase un mantra que decía: se llama Hope se llama Hope se llama Hope se llama

evocó el acto de intentar recordar.

Se quedó mirándome, escrutando mi rostro, mi equipaje, mi ropa desgastada por el viaje, mi melena desbocada que no había tenido tiempo de peinar como es debido, mi coche robado, aparcado al otro lado del camino, y aunque no lograra acordarse, lo supo.

—Vaya —dijo. Después añadió—: Será mejor que entres.

Entré, y Byron cerró la puerta tras de mí.

CAPÍTULO 105

Preparó té. Dejó la bolsita dentro de su taza y apenas le añadió leche.

Me senté a la mesa de la cocina, a ver cómo lo preparaba, llenando unas tazas verdes a juego desde una tetera revestida con calcio, después dejó las tazas sobre unos tapetes redondos de punto y se sentó frente a mí.

—Gracias —dije, y probé un sorbo.

—De nada. Tengo galletas, si quieres...

—No hace falta, gracias.

—De haber sabido que vendrías, me habría puesto al día. Ahora mismo, tengo la sensación de que no sé nada sobre ti.

No se esforzó en disimular su acento, ya no. Con una pierna cruzada sobre la otra, con una mano apoyada sobre la otra y el cuerpo dispuesto en ángulo sobre la silla, se giró hacia mí; pero con espacio para levantarse, para moverse, para pelear si fuera necesario.

—Me llamo Hope —repetí—. Soy una ladrona. Pasamos un tiempo juntas en San Francisco.

—Sé que conviví una temporada con una persona de la que no consigo acordarme... Tengo guardados meses de anotaciones y grabaciones en el desván. ¿Te apuñalé? Hay una nota que dice que te apuñalé.

—Sí, lo hiciste.

—Lo siento mucho. Supongo que no me quedó más remedio...

—Estaba a punto de impedirte que cometieras un asesinato en masa.

—Ah... ya. ¿Y qué tal te encuentras ahora?

—Me curé.

—Me puse a buscarte por los hospitales. Eso lo recuerdo. Pero no te encontré.

—Sí que me encontraste, pero no te quedaste la grabación.

—¿Por qué no?

—Creo que no querías recordar su contenido.

—¿Por qué? ¿Dije alguna estupidez? —Un atisbo de duda, una conjetura repentina—. ¿Te dije cómo encontrarme?

—No, no, nada de eso. Pero por lo visto querías algo de mí que yo no estaba dispuesta a darte.

—No seas tan críptica con esas cosas.

—¿Estás grabando esta conversación?

—No. Como ya te he dicho, me has cogido por sorpresa.

—Entonces, ¿qué más te da? Luego no te acordarás.

—Entonces —repuso—, ¿qué más te da contármelo?

Bebí otro sorbo de té.

Nos quedamos un rato en silencio, a excepción del silbido del viento que soplaba desde el mar, anunciando lluvia.

—¿Has venido a matarme, Hope? —preguntó.

—No.

—¿Y a qué has venido?

No respondí.

—¿Cómo me has encontrado?

—Por tus gafas.

—¿Mis...?

—Fui a todas las ópticas de Escocia.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Cuánto tiempo has tardado?

—Unos meses.

—¿Y por qué Escocia?

—Por tu historia. Por cómo describiste tu hogar. El teléfono de Wapping, la señal conducía hasta aquí. A veces es peligroso cruzar las fronteras internacionales, aferrarse a territorio conocido. Tenía que descartar posibilidades.

—Y alguien se acordó... en fin, era de esperar. Es un dilema cuando tienes que desaparecer. Si intentas esconderte en una gran ciudad, mezclado con la multitud, aumentan las posibilidades de que te detecte la tecnología. Cámaras, tarjetas, el chip y el PIN... Hoy en día, es difícil no dejar rastro. Así que decides trasladarte a un lugar remoto, donde las cámaras aún no hayan llegado, pero claro...

—La gente recuerda.

—Sí.

—En una ocasión, dijiste que me tenías envidia.

—Así es. Tú puedes desaparecer sin dejar rastro y evitar conflictos como este.

—¿Y a nivel personal? ¿Me envidias a nivel personal?

Byron titubeó, mordisqueándose el labio inferior mientras hacía girar la taza de té cuidadosamente entre sus dedos.

—Sí —dijo al fin—. En cierto modo. Supongo que tu condición te libera de ciertas cuestiones. No puedes hacer planes... bueno, sí puedes hacerlos, pero lo que no puedes es... obsesionarte, por así decirlo, con el futuro, porque no tienes ninguno. ¿Te cuesta aceptar eso? ¿Te parece injusto?

Me encogí de hombros. No era justo ni injusto, ni verdadero o falso. Había que sobrellevarlo, sin más.

—Tampoco puedes regodearte en los errores del pasado, porque la única persona que los conoce eres tú. Esas personas a las que has perjudicado, a las que les has destruido la vida, aquellas que buscarían venganza o exigirían justicia, se han olvidado de ti. Les has provocado

un perjuicio material, sí, pero a nivel emocional no ejerces ninguna influencia. Para ellos, tus actos son como el impacto de un rayo, un acto de Dios, o del azar; no es un producto del ser humano, no es una mente que conspira activamente para hacerlos caer.

Actus reus : acto culpable.

Mens reus: mente culpable.

Si cometo un delito, solo yo recuerdo mi culpabilidad.

—Disfrutas de una cierta libertad —dijo Byron—. No eres prisionera de las miradas del mundo, y puedes escapar a cierto tipo de sufrimiento. Eso, en cierto modo, es envidiable.

Un rato de silencio.

—¿Es difícil? —inquirí—. ¿Te resulta difícil?

—¿El qué?

—Justificar tus actos.

—No —respondió, con la suavidad del mar y la firmeza de la roca —. Ya no.

—Lo que has hecho...

—Tengo la conciencia tranquila. A ti te olvidan, así que nadie sale a buscarte. De mí se acuerdan, así que en estas estamos. No tengo ningún problema con eso.

—Creo que, si estuviera en tu lugar, me acabaría sintiendo despreciable —dije.

Byron se encogió de hombros, como diciendo: «¿Y qué? Supéralo.»

—Cuando repaso mi vida, veo que está repleta de fracasos.

Ladeó ligeramente la cabeza. De nuevo: supéralo.

—Me he dado cuenta de que la única manera que tengo de sobrevivir es en el momento presente. Si pienso en mi pasado, solo veo soledad. Soledad y... y errores provocados por esa misma soledad. Si miro hacia el futuro, solo veo miedo. Lucha. La perspectiva de padecer un dolor insoportable. Así que solo pienso en el presente, en este preciso momento, y me pregunto, ¿qué estoy haciendo ahora? ¿Quién soy ahora? Durante un tiempo, esa fue mi mayor disciplina: ahora, y ahora, y ahora, quién soy ahora, ahora soy una profesional, ahora estoy tranquila, ahora estoy haciendo ejercicio, ahora estoy hablando con alguien que se olvidará de mí. Ahora soy un individuo que desea existir, ahora soy un reflejo de la persona que tengo que ser. Ahora. Ahora.

»Después te conocí y ahora soy todas esas cosas, creo yo. Ahora soy una mujer que, en el pasado, hizo unas cuantas chapuzas. Ahora soy una mujer que, en el futuro, lo hará mejor, siempre que pueda. Ahora existo en este preciso momento y esto es lo que soy. No soy nada más que yo. Estoy hablando. Hablando contigo. Tú lo olvidarás y este momento pasará, el tiempo consumirá tu recuerdo, y con él, la

certeza de que este momento haya llegado a existir. Pero, de momento, aquí estamos, tú y yo, entregadas la una a la otra, hablando. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí.

—Durante el tiempo que he pasado buscándote, nunca me pregunté qué haría cuando te encontrara. Nunca. Me negué a hacerlo. Era una pregunta para un ahora distinto, para un momento diferente. No quería construir la respuesta a partir de una fantasía. ¿Crees que he venido a matarte?

—Es una posibilidad —musitó.

—No he venido a eso.

—¿Y a qué has venido, Hope?

—Quería verte.

—¿Por qué?

—Me pareció necesario.

—Te lo repito: ¿por qué? Si no buscas venganza, no entiendo qué es lo que...

Se quedó callada. Yo me quedé mirando fijamente mi taza.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

Y finalmente:

—El pensamiento es fruto de la asociación y la retroalimentación —dijo.

Alcé la mirada rápidamente y escruté su rostro, pero Byron tenía la mirada puesta en otra parte, su mente estaba atravesando una senda distinta.

—La soledad no es más que una construcción de ideas. Me siento sola porque no estoy con gente. Necesito estar con gente para sentirme plena. Pero, pasado el tiempo, piensas: no estoy con gente, y aun así me siento plena. Tengo mis libros, mis paseos, mis rutinas, mis pensamientos, y aunque no tengo a nadie a mi lado, no me siento sola. Y, pasado el tiempo, piensas: me tengo a mí misma, tengo mi cuerpo y mi mente, la gente intentaría entrometerse en ello, así que estoy sola, y es lo mejor que me podría pasar. Es un paraíso. ¿Sabes por qué elegí ser Byron?

—No.

—Byron vivió una temporada en un monasterio armenio. Era tan mujeriego como el que más, pero durante un tiempo eligió... Escribió que hay cierto placer en los bosques impenetrables, algo embelesador en la solitaria ribera. ¿Lo conoces?

«Hay sociedad en donde nadie viene a importunarnos, a las orillas del mar profundo, cuyo bramido tiene también su armonía. Yo no he

dejado de querer al hombre, mas prefiero a la Naturaleza, desde que estoy entregado a su contemplación. En su presencia me despojo de todo lo que soy, de todo lo que he sido, para mezclarme con el universo, para sentir lo que nunca podría esperar, pero tampoco reservar del todo.»

Sonrió.

—Veo que has leído sus obras.

—Me puse al día mientras te buscaba. Pensé que podría ser útil.

—Aun así, todo fue gracias a los ópticos.

—Y tanto.

Volvió a centrar su mirada en mí, ladeando ligeramente la cabeza.

—Te dan miedo, ¿verdad? Los riesgos de la soledad. El no tener a nadie que te ayude a encontrar tu camino. Ningún amigo que te diga: «te pasaste un poco de la raya», ningún amante que te diga: «podrías ser más tierna cuando hablas». Ningún jefe que te diga «trabaja más» y ningún loquero que te diga «trabaja menos»; ninguna... ninguna sociedad que te diga qué tienes que elegir, o cómo te tienes que vestir, ningún... criterio que te ayude a encarrilar el tuyo. ¿Te da miedo todo eso?

—Sí. Temo la falibilidad de mi propio juicio.

—Pues claro, sí... La locura que es fruto de un proceso mental que no está supervisado, de una lógica que resulta irracional, sin que nadie te lo diga.

—Me impongo disciplinas, discurso, razón, conocimiento...

—¿Para llenar el hueco que debería ocupar la sociedad?

—Sí. Y para mantenerme cuerda. Para poder verme a mí misma, tal y como otros me ven.

—¿Desde el punto de vista de la ley, la razón, la filosofía?

—Sí. ¿Qué ven los desconocidos cuando me miran? Casi nunca te cuentan la verdad, así que intento entenderlos para así poder entenderme a mí misma.

—Esa es tu falacia —me interrumpió, girando el cuerpo de tal manera que todas sus extremidades se desplegaron, apuntando hacia mí—. Ahí es donde te equivocas. Tienes un don, Hope, uno de los mejores que se puedan tener. Estás al margen de todo, eres libre.

—Libre de...

—La gente. La sociedad. No te hace falta adaptarte, ¿para qué? Nadie te darás las gracias por ello, nadie se acordará de ti, así que eres libre de elegir tu propio camino, tu propia humanidad, puedes ser lo que tú quieras ser, y no una marioneta moldeada por la tele y las revistas, por los anuncios, por la definición más reciente de lo que es el trabajo o el tiempo libre, por el concepto de sexo, de género, por la...

—¿Perfección?

—Por la perfección. Tú eliges lo que es perfecto. Eliges lo que quieres ser y el mundo no puede moldearte, a no ser que tú se lo permitas. El mundo no puede influir en ti, a no ser que tú le abras las puertas. Eres libre, Hope. Eres más libre que ninguna otra criatura viviente.

Un rato de silencio. Después dije:

—¿Por eso los mataste? —Byron se recostó en su asiento, decepcionada, dejando escapar un suspiro—. ¿Por eso querías destruir Perfección? ¿Para liberar a la gente?

—Hemos sacrificado el pensamiento —respondió con rotundidad, con un tono firme y la mirada fija en un punto—. Vivimos en una tierra de libertad, pero las únicas libertades que podemos ejercer son cómo gastar, comer y follar. El resto es un tabú. Misántropo. Fulana. Rarito. Marica. Puta. Zorra. Drogata. Gorrón. Feo. Pobre. Musulmán. Diferente. Odia al diferente. Mata al diferente. Aspira, como nosotros, a rodearte de gente, a ser mejor persona, a volverte... perfecto. Perfección. Un ideal unificado. Perfección: sin tacha. Perfección: blanco, rico, hombre. Perfección: coche, zapato, vestido, sonrisa. Perfección: la muerte del pensamiento. Programé a los miembros del 206 para que se mataran entre sí. Si tuviera ocasión, reuniría a todos los miembros posibles del 106 y haría que se devorasen entre sí.

Clavó sus ojos en los míos, con un fulgor en sus pupilas, retándome a que dijera algo.

—Pensé que quizá... —dije, pero me callé—. Que a lo mejor...

No encontré las palabras apropiadas.

—Adelante.

—Pensé que quizá había otra explicación detrás de todo esto. Pensé que tal vez habías visto cosas, o que habías hecho cosas, o que se habían hecho cosas... Pero ese no es el caso, ¿verdad? Destruiste Perfección porque era necesario destruirla. No hay ninguna tragedia personal de fondo, ninguna promesa que cumplir. Viste algo que te pareció maligno y te rebelaste contra ello. Esa actitud podría parecerme admirable si las cosas hubieran acabado de otro modo.

Silencio.

El té se enfriaba en las tazas, el viento soplaba desde el mar.

Y entonces dije:

—He llamado a Gauguin.

Silencio.

—Anoche —añadí—. Se lo he contado todo.

Silencio.

—¿Por qué? —Incomprensión. Era la primera vez que percibía algo así en ella: incomprensión, incredulidad, dos emociones apenas contenidas, los dedos blanqueados, las venas asomando entre los

pliegues fofos de su cuello, el cuerpo rígido y trémulo—. ¿Por qué?

—Porque... porque... —Tomé aliento—. Porque, aunque estoy de acuerdo contigo en casi todo... En lo de Perfección, la soledad, la libertad, el poder, la elección... prácticamente en todo... Creo que eso tiene que parar en algún momento. Creo que tiene que haber un punto en el que el individuo se da la vuelta y permite que el mundo que le rodea lo defina. Soy libre. He decidido respetar la libertad de aquellos que viven a mi alrededor. He decidido respetarlos a ellos. Creo que tu libertad no permite hacer eso.

Silencio.

Byron se levantó a toda prisa, se dio la vuelta, vació su taza en el fregadero, la dejó a un lado, se giró, inspiró hondo y exclamó, sin pararse a respirar:

Pues así como la espada gasta su vaina,Y el alma consume el pecho,
Asimismo el corazón debe detenerse a respirar,E incluso el amor debe descansar.

Se quedó callada, con las manos trémulas, resollando, como si esos versos le hubieran arrancado todo el aire de los pulmones. Dejé mi taza sobre la mesa, me levanté, sin dejar de mirarla en ningún momento, y repuse en voz baja:

—Eh, Macarena.

Silencio.

Byron ladeó la cabeza, para comprobar si sus palabras desencadenaban algo más —obediencia, tal vez, sumisión ante sus órdenes—, y al no encontrar nada de eso, se limitó a sonreír, negó con la cabeza y dijo:

—¿Damos un paseo junto al mar?

Enarqué las cejas.

—Esta zona es preciosa. Cuando hay buena luz, cuando se pueden ver las estrellas... A veces me deja sin aliento. A veces me repugna. Cambia, de un instante al siguiente. Como... —Se interrumpió, se recompuso antes de que le rehuyeran las palabras y esbozó una sonrisa frágil—. Como el momento presente.

—Salgamos a pasear —dije—. Tenemos tiempo.

—Iré a buscar mi abrigo.

Paseamos.

Ella llevaba puestas unas botas de color marrón claro y un grueso abrigo de color verde oscuro.

—Confeccionado en Stornoway. Olvídate de todas esas cosas

modernas, los escoceses ya tenían prendas apropiadas para cualquier estación hace quinientos años. Aparte de ellos, los únicos que saben lo que se hacen son los escandinavos, e incluso a ellos les ha dado hoy en día por la tontería del polímero y las gafas polarizadas.

No dije nada, me dediqué a pasear a su lado, con el abrigo abrochado hasta arriba, las manos metidas en los bolsillos. El cielo se encapotó todavía más y empezó a caer una llovizna helada, ansiosa por convertirse en nieve, cuyas gotas tamborileaban sobre mi espalda y mordisqueaban las porciones de piel que estaban expuestas. Abajo, el mar resoplaba como un troll, las rocas traqueteaban cuando el agua volvía a ser absorbida hacia las profundidades, tras romper con fuerza contra los acantilados. Percibí la belleza que había en todo ello, en ese paisaje de contrastes oscuros. A lo lejos, un petrolero avanzaba lentamente entre la isla y la costa, con rumbo norte, hacia Kirkwall y Lerwick, hacia el Círculo Polar Ártico y los pozos de petróleo, que escupían fuego sobre el mar.

—Gauguin dijo que quería casarse contigo —dije al rato, alzando la voz para que no se la llevara el viento.

Byron sonrió.

—Nunca me lo pidió.

—Pero ¿pensaba hacerlo?

—Nunca me lo pidió —repitió.

Seguimos caminando, su cabaña iba menguando en la lejanía.

—¿Vas a huir? —pregunté.

—¿Huir? ¿Desde la isla de Lewis, mientras John viene de camino? Supongo que podría. Tal vez podría hacer algo. Pero lo dudo. Un refugio no es más que una prisión con otro nombre.

—¿Cuánto tiempo has estado viviendo aquí?

—Casi tres años.

—¿Cómo pudiste pagar todas esas cosas? El equipamiento, los expertos, los pasaportes, el...

—Robando —respondió, tajante—. Era necesario.

Seguimos caminando.

El mar se extendía por debajo del acantilado, las gaviotas se posaban bajo nuestros pies. Las olas rompían y las nubes atravesaban el cielo a toda velocidad, rumbo a un destino desconocido. La hierba siseaba y las piedras se zarandeaban por efecto del viento, un código morse compuesto por elementos en continuo cambio: flos flos hacía el mar, pum pum hacía la tierra, fiuu fiuu hacía el cielo, mientras nosotras, dos figuras diminutas dentro de un mundo inmenso en perpetuo movimiento, caminábamos.

Seguimos paseando.

Y durante un instante, fui el cielo.

Fui el mar.

Fui la hierba, mecida por el viento.

Fui el frío.

Fui Byron, que caminaba a mi lado, que se detuvo y se dio la vuelta para contemplar el océano; después alzó la cabeza al cielo, cerró los ojos mientras la lluvia caía sobre su rostro, inspiró hondo por la nariz y contó hacia atrás desde diez.

Me quedé mirándola mientras contaba, y le oí decir, con los ojos todavía cerrados:

—Si me encuentran, habrá un juicio.

—No tienen demasiadas pruebas... Supongo que, más bien, te matarán.

—No importa —respondió—. La prensa, los medios, Internet... Harán ruido, gritarán, siempre con sus gritos... y tanto mi voz como la verdad se perderán por el camino. El ruido y la culpa, cosas de humano. Lo reducirán todo a cosas de humanos, no dirán la verdad. ¿Cómo pueden vivir con ello? ¿Cómo pueden vivir con tantos gritos en sus vidas, a todas horas? A Matheus Pereyra le encantaban los gritos. Supongo que a la gente de hoy en día le gusta sentirse en llamas.

—Siobhan —dije, y titubeé al ver que no se movía, que no parpadeaba—. Byron —me corregí—, podemos encontrar otra alternativa mejor.

Byron abrió los ojos, me sonrió, hizo amago de empezar a hablar, dudó, levantó la cabeza y se puso a mirar al cielo.

Un sonido, mitigado por las nubes. Un tracatracatraca que se abría paso entre los bramidos del mar.

Un helicóptero.

—Mira —dijo Byron—. Ya han llegado.

—Byron...

Alzó una mano para hacerme callar, sonrió, se dio la vuelta hacia el océano y, tras dejar escapar un suave suspiro, echó a correr hacia el agua.

Cerró los ojos, justo antes de llegar al borde del acantilado, y si profirió algún sonido durante la caída, el rugido de las aguas lo eclipsó.

CAPÍTULO 106

Un cuerpo entre las rocas.

Un coche de policía, conducido expresamente hasta la isla.

Una ambulancia, dos horas más tarde.

Me senté en el borde de la colina a contemplarlo todo.

Gauguin llegó corriendo y cayó de rodillas junto al borde del acantilado, profiriendo gritos ahogados. Un hombre avejentado con una chaqueta demasiado fina para un clima como ese con las manos echadas a la cabeza,llorando.

Lo observé todo, pero él no reparó en mí.

Y cuando, pasado un tiempo, los policías habían olvidado y recordado mi presencia suficientes veces como para sentirse confusos, recogí mi equipaje y me marché.

Caminé hacia el norte por la orilla del mar.

Caminé sobre piedras grises y hierba descolorida.

Caminé frente a la furgoneta donde vendían empanadas de carne de dudosa procedencia, a la que la gente acudía expresamente.

Caminé con los ojos achicados para protegerlos de la lluvia.

Caminé mientras se ponía el sol.

Caminé cuando volvió a salir.

Caminé tierra adentro hasta que dejé de ver el mar, después caminé hasta que volví a llegar a la costa, hasta que el mar abarcó todo mi campo visual.

Caminé.

Y mientras caminaba, sentí el desierto bajo mis pies, el roce del sol en la cara a pesar de que estaba lloviendo.

Y caminé hacia el ferry para atravesar las aguas.

Y caminé hacia la estación para subirme a un tren.

Y miré por la ventanilla del tren para contemplar las vidas ajenas que se desarrollaban al otro lado del cristal.

Un hombre yendo al trabajo en bici.

Un par de niños con gorras escolares, peleándose por una bolsa de patatas fritas.

Un hombre reparando su camioneta en el arcén.

Una mujer hablando por teléfono, plantada en mitad de un puente que cruzaba un riachuelo, haciendo aspavientos vehementes, triste, frustrada.

Una anciana y su marido, con su nieto cogido de la mano, saludando a la gente al pasar.

En cierto momento compré un periódico, lo leí en mi asiento, situado junto a la ventanilla, y los titulares estaban...

llenos de gritos.

Así que lo dejé.

En la estación de Edimburgo-Waverley, compré un cuaderno y un paquete de bolígrafos, y mientras el motor resoplaba para anunciar su victoria frente a la inercia, y mientras el tren emprendía la marcha hacia el sur, de regreso a Inglaterra, de regreso al calor, de regreso a Derby con mi hermana, que me estaba esperando, comencé a escribir.

Escribí sobre el pasado.

Sobre las cosas que me han traído hasta aquí.

Sobre lo que significa que te olviden y que te recuerden.

Sobre los diamantes de Dubái y el incendio de Estambul. Sobre los paseos por Tokio, las montañas de Corea y las islas de los mares del sur. Sobre Estados Unidos y el autobús Greyhound, sobre Filipa y Parker, sobre Gauguin y Byron14.

Escribí, para que mis recuerdos se hicieran realidad.

Para que el pasado volviera a la vida.

Ahora.

Aquí, en estas palabras.

Escribí para hacerme realidad.

Y cuando mi tren llegó por fin a Nottingham, salí de la estación y pedí un taxi; y cuando llegué al lugar donde vive mi hermana estaba medio dormida, pero me reconoció en cuanto entré por la puerta y exclamó:

—¡Hope! Me mentiste, te has pasado fuera una eternidad.

Me disculpé y le enseñé los regalos que le había comprado: películas de aventuras y proezas, de gente buena que sale victoriosa, del triunfo de la belleza frente al mal, de héroes y villanos, de...

un mundo más fácil.

Y cuando se durmió, seguí escribiendo un rato más, introduciendo la verdad entre tantos gritos.

Recuerda esto, mis palabras.

Ahora que estoy en casa.

Ahora que soy, por fin, yo misma.

Ahora que soy Hope.

Acuérdate de mí.

COPYRIGHTS

«Macarena», de Los Del Río (1993). Arreglos y dirección musical de Jesús Bola y Manuel Soler. Copyright © Nova Ediciones Musicales S.A., Warner/Chappell Music Spain S.A., Universal MCA Music Publishing, Universal Music Publishing Mgb Spain S.A., BMG Music Publishing Spain S.A., Canciones del Mundo S.A.

«Great Balls of Fire», interpretada por Jerry Lee Lewis (1957). Escrita por Jack Hammer y Otis Blackwell; producida por Jack Clement. Copyright © Mystical Light Music, Mijac Music, Chappell & Co. Inc., Donna Dijon Music Publications, Unichappell Music Inc.

«I Have a Dream», discurso del Rev. Martin Luther King durante la «Marcha sobre Washington», pronunciado el 28 de agosto de 1963 en el Lincoln Memorial, Washington DC.

Poemas de Lord Byron: «So We'll Go No More a Roving», en versión de Arturo Rizzi; «The Destruction of Sennacherib», traducción de Francisco Rico Manrique, contenida en *Mil años de poesía europea* (Editorial Planeta, 2009); «Childe Harold's Pilgrimage», traducción de M. de la Peña, contenida en *La peregrinación de Childe Harold* (Imprenta de la Crónica, 1864); «She Walks in Beauty».

«We Are Seven», poema de William Wordsworth, traducción de Santiago Corugedo y José Luis Chamosa, contenida en *Baladas líricas* (Ediciones Cátedra, 2001).

Autora

Claire North es el pseudónimo de Catherine Webb, una aclamada autora inglesa que ha publicado varias novelas en diversos géneros, que utiliza para publicar sus novelas de ciencia ficción. Obras del autor

Copyright © Claire North, 2016
Título original: The suddeen appearance of Hope
First published in the English language in the United Kingdom in 2014
by Orbit, an imprint of the Little Brown Book Group Ltd, London

© De esta edición: 2020, Editorial Hidra, S.L.
red@editorialhidra.com
www.editorialhidra.com

© De la traducción: Jaime Valero Martínez

ISBN: 978-84-18359-15-6

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser ni total ni parcialmente reproducida, almacenada, registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, ni mediante fotocopias o sistemas de recuperación de la información, o cualquier otro modo presente o futuro, sin la autorización previa y por escrito del editor.

Índice

La súbita aparición de Hope
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83

Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Capítulo 103
Capítulo 104
Capítulo 105
Capítulo 106
Copyrights
Autora
Créditos